

REVISTA DE HISTORIA MILITAR

INSTITUTO DE HISTORIA Y CULTURA MILITAR

Las Guerras Carlistas



MINISTERIO DE DEFENSA

REVISTA DE HISTORIA MILITAR

INSTITUTO DE HISTORIA Y CULTURA MILITAR

Las Guerras Carlistas



MINISTERIO DE DEFENSA

NUESTRA CUBIERTA:

Batalla de Castellfullit, óleo de Victor Morelli. Museo del Ejército

Diseño y composición:

Laura Mantecón Alonso

Cabo del Ejército de Tierra (AGR)

INSTITUTO DE HISTORIA
Y CULTURA MILITAR



Revista
de
Historia
Militar

Año LXVI

2022

Núm. Extraordinario II

Los artículos y documentos de esta Revista no pueden ser traducidos ni reproducidos sin la autorización previa y escrita del Instituto de Historia y Cultura Militar.

La Revista declina en los autores la total responsabilidad de sus opiniones.

CATÁLOGO DE PUBLICACIONES DE LA ADMINISTRACIÓN GENERAL DEL ESTADO
<https://cpage.mpr.gob.es>

Edita:



<https://publicaciones.defensa.gob.es/>

Paseo de la Castellana 109, 28046 Madrid
© Autores y editor, 2022

NIPO 083-15-111-0 (edición impresa)
ISSN 0482-5748 (edición impresa)
Depósito legal M 7667-1958

NIPO 083-15-112-6 (edición en línea)
ISSN 2530-1950 (edición en línea)

Publicación semestral: segundo semestre de 2022
Fecha de edición: diciembre de 2022
Maqueta e imprime: Ministerio de Defensa

Las opiniones emitidas en esta publicación son exclusiva responsabilidad de los autores de las mismas. Los derechos de explotación de esta obra están amparados por la Ley de Propiedad Intelectual. Ninguna de las partes de la misma puede ser reproducida, almacenada ni transmitida en ninguna forma ni por medio alguno, electrónico, mecánico o de grabación, incluido fotocopias, o por cualquier otra forma, sin permiso previo, expreso y por escrito de los titulares del copyright ©.

En esta edición se ha utilizado papel 100% libre de cloro procedente de bosques gestionados de forma sostenible.

La Revista de Historia Militar es una publicación del Instituto de Historia y Cultura Militar, autorizada por Orden de 24 de junio de 1957 (D.O. del M.E. Núm. 142 de 26 de junio).

Tiene como finalidad difundir temas históricos relacionados con la institución militar y la profesión de las armas, y acoger trabajos individuales que versen sobre el pensamiento histórico militar.

DIRECTOR

D. Andrés Freire García, general de Artillería DEM

Jefe de la Subdirección de Estudios Históricos

CONSEJO DE REDACCIÓN

Jefe de Redacción:

D. Juan José Matesanz Gómez, coronel de Caballería DIM PH

Vocales:

D. Gerardo López-Mayoral y Hernández, coronel DEM

D. José Romero Serrano, coronel DEM

D. Miguel Penalba Barrios, coronel DEM

D. Benito Tauler Cid, coronel DEM

D. Jesús Manuel Fernández Pedraza, coronel DEM

D. Manuel Casas Santero, coronel

D. Rafael de Pazos Portal, coronel DEM

D. Rafael de la Torre Casaponsa, subteniente

Consejo de Redacción Externo:

D. Martín Almagro Gorbea, R.A. Historia

D. Miguel Alonso Baquer, general

D. Jesús Cantera Montenegro, U. Complutense

D. Emilio De Diego García, U. Complutense

D. Serafín Fanjul García, R.A. Historia

D. Luis García Moreno, R.A. Historia

D. José Luis Isabel Sánchez, coronel

D. Enrique Martínez Ruiz, U. Complutense

D. Hugo O'Donnell y Duque de Estrada, R.A. Historia

D. Fernando Puell de la Villa, coronel

D. José Luis Sampedro Escolar, R.A. Matritense

D. Juan Teijeiro de la Rosa, general

Secretario: D. Roberto Sánchez Abal, comandante de Infantería

Adjunto: D. Aurelio Moreno Centeno, funcionario de la Admón. Gral. del Estado

Paseo de Moret, 3. 28008-Madrid. Teléfono: 91 780 87 52 - Fax: 91 780 87 42

Correo electrónico: rhmet@et.mde.es

Enlaces directos a la web:

<http://www.ejercito.mde.es/unidades/Madrid/ihycm/Instituto/revista-historia/index.html>

http://www.portalcultura.mde.es/publicaciones/revistas/historia_militar/index.html

APP Revistas Defensa: disponible en tienda Google Play <http://play.google.com/store> para dispositivos Android, y en App Store para iPhones y iPad, <http://store.apple.com/es>

DISTRIBUCIÓN Y SUSCRIPCIONES:

Subdirección General de Publicaciones y Patrimonio Cultural.

SECRETARÍA GENERAL TÉCNICA. Ministerio de Defensa.

Camino de los Ingenieros, 6 - 28071 - Madrid. Tel.: 91 364 74 21

Correo electrónico: suscripciones@oc.mde.es

Sumario

	Páginas
PRESENTACIÓN	11
ARTÍCULOS:	
– <i>La Primera Guerra Carlista en el norte</i> , por don Julio ALBI DE LA CUESTA , embajador de España, correspondiente de la Real Academia de la Historia.....	15
– <i>La Guerra de Cabrera. La Primera Guerra Carlista en el Maestrazgo (1833-1840)</i> , por don Javier URCELAY ALONSO , fundador del Museo Carlista de Madrid. San Lorenzo de El Escorial	47
– <i>Corresponsales y Primera Guerra Carlista: primer intento sistemático por cubrir un conflicto bélico</i> , coautoría por doña Cristina BARREIRO GORDILLO , profesora titular de Historia y doctora en Periodismo por la Universidad CEU-San Pablo y don Elías DURÁN DE PORRAS , decano de la Facultad de Humanidades y Ciencias de la Comunicación de la Universidad CEU Cardenal Herrera	107
– <i>Aspectos militares de la guerra civil de los siete años en Cataluña (1833-1840)</i> , por don Manuel SANTIRSO RODRÍGUEZ , profesor titular del departamento de Historia Moderna y Contemporánea de la Universitat Autònoma de Barcelona; director de la revista <i>Rúbrica Contemporanea</i>	133
– <i>Abárzuza: análisis y significado de una batalla en la Tercera Guerra Carlista</i> , por don Antonio Manuel MORAL RONCAL , catedrático de Historia Contemporánea, Universidad de Alcalá.....	171
– <i>La Campaña Montemolinista o Guerra de los «matiners»</i> , por don Javier URCELAY ALONSO , fundador del Museo Carlista de Madrid. San Lorenzo de El Escorial	213
– <i>Las guerras carlistas en Galicia</i> , por don Alfredo COMESAÑA PAZ , doctor en Historia, profesor	239

– <i>Las expediciones carlistas</i> , por don Alfonso BULLÓN DE MENDOZA Y GÓMEZ DE VALUGUERA , catedrático de Historia Contemporánea de la Universidad CEU San Pablo.....	291
Normas para la publicación de originales.....	329
Solicitud de impresión bajo demanda de publicaciones	333
Boletín de suscripción.....	334

Summary

	Pages
PREFACE	11
ARTICLES:	
– <i>The First Carlist War in the North</i> , by Mr. Julio ALBI DE LA CUESTA , Spanish ambassador, correspondent of the Royal Academy of History	15
– <i>Cabrera’s War. The First Carlist War in the Maestrazgo (1833-1840)</i> , by Mr. Javier URCELAY ALONSO , founder of the Carlist Museum of Madrid. San Lorenzo de El Escorial	47
– <i>Correspondents and First Carlist War: first systematic try to cover a war</i> ; co-autorship by Ms. Cristina BARREIRO GORDILLO , titular teacher of History and doctorate in Journalism by the CEU San Pablo University, and Mr. Elías DURÁN DE PORRAS , dean at the Humanities and Communications Sciences Faculty, at the CEU Cardenal Herrera University	107
– <i>Military aspects of the 7 years Civil War in Catalunya (1833-1840)</i> , by Mr. Manuel SANTIRSO RODRÍGUEZ , titular teacher at the Modern and Contemporary History Department of the Autonomous University of Barcelona. Director of the magazine <i>Contemporary Signature</i>	133
– <i>Abárzuza, analysis and meaning of a battle in the Third Carlist War</i> ; by Mr. Manuel MORAL RONCAL , Contemporary History professor, University of Alcalá	171
– <i>The “Montemolinist” campaign, or “War of the Matiners”</i> , by Mr. Javier URCELAY ALONSO , founder of the Carlist Museum of Madrid. San Lorenzo de El Escorial	213
– <i>The Carlist Wars in Galicia</i> , by Mr. Alfredo COMESAÑA PAZ , doctorate in History, teacher	239
– <i>The Carlist Expeditions</i> , by Mr. Alfonso BULLÓN DE MENDOZA Y GÓMEZ DE VALUGUERA , Contemporary History professor at the CEU San Pablo University	291

Norms for publishing originals	329
On demand printing of publications	333
Subscription Bulletin	334

PRESENTACIÓN

La Guerra Civil de 1936-1939 ha hecho en buena medida que se pierda el recuerdo de la importancia que en su día tuvieron los anteriores conflictos civiles de nuestra historia contemporánea: Las Guerras Carlistas, entre las que por su importancia cabe destacar con luz propia la acaecida entre 1833 y 1840, donde según los datos de la estadística efectuada por el ejército isabelino al final de la misma los defensores de la Reina tuvieron un total de 66.159 muertos, o sea, más de los experimentados por el ejército nacional o el ejército republicano en la contienda cien años posterior.

A ella van dedicados gran parte de los artículos de este monográfico, como el de Julio Albi sobre la Primera Guerra Carlista en el norte, el de Javier Urcelay sobre El Maestrazgo, el de Manuel Santirso sobre el escenario catalán y el de Alfonso Bullón de Mendoza sobre las expediciones que trataron de establecer la guerra en el resto de la Península y que se ven completados por el de Cristina Barreiro y Elías Durán sobre la presencia de corresponsales de guerra que cubren los acontecimientos bélicos veinte años antes de que Russell hiciera lo propio en Crimea.

La Segunda Guerra Carlista, aunque fue un conflicto menor, sirvió para hacer presente que el carlismo no estaba muerto tras su primera derrota, y Javier Urcelay nos recuerda esta campaña, mientras que Antonio Manuel Moral Roncal nos lleva hasta una de las acciones más importantes de la Tercera Guerra, la de Abárzuza, que costó la vida al general Gutiérrez de la Concha.

Un último artículo, debido a la pluma de Alfredo Comesaña, analiza las Guerras Carlistas en Galicia y es de gran utilidad para comprender las diferencias entre las mismas, que muchas veces pasan desapercibidas a primera vista.

El conjunto de los artículos, elaborados por reconocidos especialistas en los temas que abordan, sirve para dar una visión actualizada de unos conflictos civiles que comenzaron hace ya cerca de dos siglos y que también estuvieron presentes durante nuestra última guerra fratricida, en la que no debe olvidarse que participaron decenas de miles de voluntarios carlistas encuadrados en los tercios de requetés.

Alfonso BULLÓN DE MENDOZA Y GÓMEZ DE VALUGERA
Catedrático de Historia Contemporánea de la Universidad San Pablo CEU

ARTÍCULOS

LA PRIMERA GUERRA CARLISTA EN EL NORTE

Julio ALBI DE LA CUESTA¹

RESUMEN

En la terminología convencional de las guerras carlistas, por el Norte se entiende el teatro de operaciones que abarca los tres provincias vascas y Navarra. Durante la primera de esas guerras, fue uno de los principales teatros de operaciones, junto con el Centro y Cataluña, pero entre 1833 y la segunda mitad de 1837 fue de mucha mayor importancia, sobre todo por la presencia de Zumalacárregui, durante parte del periodo, y del propio don Carlos. Fue, también, y hasta 1839, el objetivo principal del Ejército cristino. Las hostilidades terminaron con el Convenio de Vergara y el paso de don Carlos a Francia, con las últimas fuerzas leales que le quedaban combatiendo hasta la misma frontera. La guerra duró allí, pues, seis años, con incesantes combates, desde batallas a sitios, y una permanente guerra de guerrillas. Desde luego, un corto artículo como este solo puede pretender despertar interés por una materia fascinante, que anime a lecturas más profundas.

PALABRAS CLAVE: España siglo XIX. Primera Guerra Carlista. Ejército. Isabel II. Infante don Carlos. Tomás Zumalacárregui.

¹ Embajador de España; correspondiente de la Real Academia de la Historia.

ABSTRACT

In Carlist Wars parlance, the «North» was, basically the area defined by the three Basque Provinces, Guipuzcoa, Alava and Biscay, together with Navarre. During the First War, it was one of the main theaters of operation –the «Center» and Catalonia being the others–, but between 1833 and the second half of 1837 it had far more importance than the other two, mainly by the outstanding leadership of Zumalacárregui and the presence in the region of don Carlos himself, and it remained, till 1839, the main objective of the Liberal Army. Hostilities ended through the Bergara Convention, and with don Carlos crossing the border to France, with the few loyal troops marching with him firing their parting shots on the very border. During six years the war had raged, with nearly constant strife, from battles to sieges, and from sieges to incessant guerilla warfare. Obviously, such a short article as this can only hope to be a primer, to encourage further reading on a fascinating subject.

KEY WORDS: Spain XIX Century. The First Carlist War. Army. Isabel II. Infante don Carlos. Tomás Zumalacárregui.

* * * * *

Preámbulo

Antes de entrar en materia, y sin perjuicio de que el asunto pueda haber sido tratado en otro lugar, conviene hacer una breve referencia a la posición de partida de los contendientes. Es evidente la disparidad de medios humanos y materiales entre ambos, con una abrumadora superioridad para los liberales, pero quizás se pueda matizar algo esa afirmación.

Cuando Fernando VII recuperó el poder absoluto, merced sobre todo a la intervención de los Cien Mil Hijos de San Luís, adoptó la inusitada decisión de disolver al Ejército. Los resultados se pueden apreciar en el *Estado Militar* de 1825, donde en Infantería de línea solo figuran 8 regimientos, designados solo por su número, sin nombre, en contra de la tradición española, y todos ellos, «creados» [sic.] en virtud del Reglamento de 23 de abril de 1824. Cada uno responde a la amalgama de unidades levantadas «en defensa del Rey, Nuestro Señor» con singulares denominaciones; así, el n.º 1 se formó con los batallones Fernando VII, Provisional del Rey, Provisional de la Reina, 2º y 3º Cántabro y 2º Guipuzcoano. Algo parecido sucedió en Caballería; en 1826 todavía seguían existiendo 8 regimientos calificados de «provisionales».

Parece que, paulatinamente, las autoridades se percataron de la enormidad de la drástica medida; en 1827 se asignan nombres tradicionales a los cuerpos y dos años después se recuperan las viejas antigüedades, recurriendo a la ficción de que el reglamento citado y otros posteriores «reorganizaron» –ya no se dice «crearon»– las unidades. En todo caso, por mencionar un solo caso, pretender que el nuevo Regimiento Zamora n.º 7, constituido por batallones con tan singulares nombres como Guías Leales al Rey o Priorato, tenía alguna relación con el original, formado en 1580, no resiste el menor análisis.

Si el Ejército había perdido así sus tradiciones y su solera, la composición del cuerpo de oficiales no era la más adecuada para devolver el lustre de tantos siglos borrados de un plumazo. En efecto, agrupaba hombres de muy distinto origen: profesionales, que habían sobrevivido a la purga de elementos liberales que se llevó a cabo; ex guerrilleros de la Guerra Independencia; mandos de las tropas improvisadas para defender los derechos absolutos de Fernando VII, a los que se reconoció hasta dos grados, y aquellos procedentes de las campañas de Emancipación de América, conocidos como *tigres*, por la crueldad que se les atribuía. Más común era el apelativo de *ayacuchos* con el que se designaba a estos, aunque muchos, incluido Espartero, el principal, no participaron en esa batalla.

Para dar un ejemplo de tan contraproducente disparidad de orígenes y formación, bastará mencionar algunos de los generales que actuaron en el Norte: Espoz y Mina era un labrador, antes de emprender la carrera de las armas; Quesada, en cambio, era un profesional, que sirvió durante gran parte de su vida en la más distinguida de las unidades, la Guardia Real, cubriéndose de gloria, y de heridas, junto al brillante 4º de Walonas en Gamonal, el 10 de noviembre de 1808. En cuanto a Rodil, se trataba de un estudiante, enrolado en el Batallón Literario, de Santiago de Compostela, que ganó sus espuelas en América, distinguiéndose en la célebre defensa de El Callao, en las proximidades de Lima, donde se mantuvo meses después de que el Ejército realista de Perú hubiese capitulado.

Parece evidente que, a pesar de todos los esfuerzos reformistas de Zambrano, unas Fuerzas Armadas así formadas ex novo y así compuestas tenían que adolecer de serios problemas de cohesión y de instrucción. Contribuyó a empeorar la situación, como señaló el ministro de la Guerra, Zarco del Valle, en su *Exposición* a las Cortes de 16 de agosto de 1834, el hecho de que cuando estalló la Primera Guerra Carlista se acababa de licenciar la quinta de 1827, y no habían incorporado todavía los reemplazos, de forma que el Ejército regular estaba reducido a poco más de 55.000 plazas.

Un problema adicional era que, debido a la guerra civil en Portugal, en la que se disputaban el trono dos hijos de Juan VI, don Miguel y don Pedro, absolutista el uno, liberal el otro, fue preciso desplegar en aquella frontera, tan alejada del Norte, el grueso de las tropas disponibles. El horizonte se complicará cuando, a la muerte de Fernando VII, don Carlos, que se encontraba en el vecino país –expulsado, según algunos, por voluntad propia, estiman otros– proclame sus aspiraciones al trono de España, lo que obligará a prever una invasión por aquella frontera.

En cambio, en el futuro teatro de operaciones, Bilbao carecía de guarnición; en Vitoria, no llegaba a los 200 hombres, y en San Sebastián y en Pamplona eran tan cortas que cuando se rompieron las hostilidades solo se pudo enviar a operaciones fuera de cada una de esas capitales al equivalente de un batallón, y aun así en la segunda de ellas eso obligó a clausurar tres de las puertas por falta de efectivos para guardarlas. En puntos adyacentes, la situación no era mejor: Logroño no disponía de tropas; la ciudad de Santander contaba nada más que con una compañía de Carabineros, y Burgos apenas se podía defender a sí misma.

Las fuerzas no estaban, además, en las mejores condiciones. Sarsfield, al mando del Ejército de Observación de Portugal, en teoría la más sólida agrupación de tropas, describió su caballería como «los únicos tres llamados escuadrones que tengo» mientras que un batallón, como el III del Regimiento Príncipe solo contaba con 150 plazas; en Pamplona, a causa de los licenciamientos, hubo que agregar infantes al servicio de los cañones, a falta de suficientes artilleros; cuando, al fin, se formó un ejército de operaciones para actuar en el Norte, se constituyó con «muchos cuerpos, pero todos en cuadro y algunos sin instrucción» y «de insignificante fuerza» menos de la mitad de la reglamentaria.

Un importante complemento del Ejército regular eran los 42 batallones de Milicias Provinciales, pero no todos estaban sobre las armas cuando estalla la guerra, y algunos, como el de Ciudad Rodrigo, se hallaban «en esqueleto y sin instrucción», en «un estado de nulidad absoluta». El de Trujillo, por su parte, excepto las dos compañías de preferencia, el resto eran «reclutas y gente sin instrucción».

Por otra parte, algunas unidades no inspiraban confianza. En el selecto 4º de Guardias hubo que apartar algunos mandos, en Burgos, cuando marchaba hacia el teatro de operaciones, y lo mismo se hizo en el Provincial de Trujillo, del Ejército de Observación. Del Provincial de Laredo, se tenían «malas noticias» de varios oficiales; lo mismo era aplicable al de Ávila, procedente de Aragón, hasta el extremo que se solicitó su relevo. El mal perduraría largo tiempo; un informe policial llegó a denunciar que «los

alabarderos están casi todos dedicados a seducir a los coraceros y a los cazadores a caballo» para que se pasasen a los carlistas. Teniendo en cuenta que esos tres cuerpos pertenecían a la Guardia, la noticia da idea de la fiabilidad muy relativa de muchas unidades.

Tal, pues, era el estado de cosas, en octubre de 1833, cuando empiezan a menudear los alzamientos carlistas. Así se explica que Bilbao, Vitoria y Logroño fueran cayendo sucesivamente en sus manos, sin disparar un tiro.

El principal instrumento de que se valieron los sublevados fueron los cuerpos de voluntarios realistas, creados, dice su reglamento de 1826, para «combatir a los revolucionarios y conspiradores, y exterminar la revolución y las conspiraciones de cualquier naturaleza y clase que sean»; «los revolucionarios y los conspiradores serán considerados por estos cuerpos en la primera línea de los malhechores o criminales públicos». Reunían, sobre el papel, varios cientos de miles de hombres, pero muchos no estaban armados ni equipados, y en algunas regiones, como Cataluña, se habían tomado antes de la guerra medidas para su disolución, precursoras de las que se adoptarían con carácter general el 25 de octubre de 1833. Su preparación también era muy relativa, ya que solo se instruían los fines de semana, pero, con todo, sí constituían una fuerza suficiente para hacerse, como se acaba de ver, con una ciudad sin una guarnición mencionable, lo que hicieron los dos batallones que había en Bilbao.

Por otra parte, en el País Vasco, y debido a los fueros, tenían una organización especial, recogida en una *Adición al Reglamento* ya citado. En virtud de ella, esos voluntarios, con el nombre de Paisanos Armados, no estaban sometidos al mando militar, y dependían de las diputaciones respectivas, que designaban a sus mandos, fijaban el sistema de financiación, podían elegir detalles de uniformidad e incluso proponer sus propias banderas. Así pues, esas fuerzas, aunque con sus grandes limitaciones, podían constituir el embrión de un ejército, al margen del regular. Navarra disfrutaba también de su propia normativa, publicada en 1831, que concedía un grado menor de autonomía a las autoridades locales.

El número de los alzados no fue, en absoluto, desdeñable; en 1834 se estimaba en más de 40.000. Por limitarnos al área comprendida en este trabajo, en Navarra, sus Cortes de 1828–1829, de signo moderado, fijaron el número de efectivos en 2.500. En Vizcaya, en cambio, había unos 13.000, en 18 batallones, y en Guipúzcoa, 5.000, de los que fuentes liberales calculaban que 800 eran hombres aguerridos en las guerras de Independencia y de 1822, mientras que Álava contaba, solo en la casi desguarnecida capital, con 2.000. El 14 de octubre de 1833, un correo de gabinete detenido vio 3.000 en Vitoria, y en Miranda de Ebro dos batallones de 600 a 700 plazas cada

uno, «bien uniformados y armados» con dos cañones. Respecto a regiones aledañas al Norte, pero que influyeron directamente en las operaciones allí, se puede mencionar que en Castilla la Vieja se levantaron unos 10.000, a las órdenes de Merino, y 5.000 en la Rioja.

Esta era, pues, y de forma muy sucinta la situación de partida de los dos contendientes, en las primeras semanas del conflicto. Naturalmente, mucho más precaria en el lado carlista, pero tampoco demasiado halagüeña en el de sus contrarios.

«SE MULTIPLICAN DEMASIADO LAS ATENCIONES»

La falta de energía del gobierno de Zea Bermúdez, enfrascado en un evanescente «despotismo ilustrado» y casi tan receloso de los absolutistas como de los demasiado liberales, tampoco contribuyó a evitar que la cadena de levantamientos se propagara, como se dijo en la época, como «una corriente eléctrica».

Por otro lado, el escalonamiento de estos –2 de octubre en Bilbao; el 7, en Vitoria y Logroño– y la lentitud de las comunicaciones, complicada porque los alzados desde un primer momento interceptaron las diligencias y se adueñaron de los caballos de posta, complicó la respuesta del Ejército a la multiplicación de «atenciones». Así, el 5, y para sofocar el primero de ellos, el capitán general de Guipúzcoa, Castañón, sale de San Sebastián con 500 hombres del Regimiento San Fernando y una pieza. Sin embargo, el 8, al enterarse de lo sucedido en Vitoria, decide hacer alto en Tolosa. En Madrid se forma la llamada Brigada Real, de solo el 4º de la Guardia y el Regimiento de Cazadores a Caballo de la misma, a las órdenes de Santiago Wall, conde de Armildez de Toledo, con instrucciones de marchar hacia el Norte. En un principio, se la consideró suficiente, pero, en seguida, la evolución de los acontecimientos obligará a detenerla, para reforzarla.

De ahí que, ante la cadena de alzamientos, el gabinete, dispusiera que Sarsfield, el general en jefe del Ejército de Observación de Portugal, desplace su cuartel general a Salamanca, como medida preventiva, sin por eso dejar de vigilar la frontera. A su vez, Antonio Solá, el virrey en cargos de Navarra manda al brigadier Lorenzo que se dirija contra Logroño, con 400 hombres del Regimiento Córdoba, del que es coronel, el Provincial de Sigüenza y algunos caballos de Albuera, pero eso, ante la falta de efectivos, le imposibilita atender a las solicitudes de ayuda que desde Tolosa le hace Castañón. Al tiempo, esa medida, le circunscribe, en su criterio, a mantenerse dentro de los muros de Pamplona, sin poder atender a otros focos como el que enciende, el 12, el teniente coronel Eraso, al pronunciarse en Roncesvalles.

Ese mismo día, el gobierno oficia a Sarsfield. Agobiado ante la perspectiva de enfrentarse, a la vez, a una sublevación en la frontera portuguesa, dirigida por don Carlos y la crisis en el Norte, que está adquiriendo creciente gravedad, ha decidido sofocar esta en primer lugar. Por eso, instruye al general al que confía el mando de ese teatro, que se dirija a Miranda de Ebro, y que envíe en esa dirección tropas a la ligera. Pero en esas fechas, todo son malas noticias para Madrid; el 14, Merino sale de la curiosa apatía que ha mantenido hasta entonces y se une al alzamiento, arrastrando a miles de hombres con la magia de su nombre, y cortando las comunicaciones entre el Ebro y Burgos.

El 15, Wall está en dicha ciudad, donde queda espantado ante la «nulidad» de las autoridades y el «mal espíritu» de la población. Además, su famosa brigada se reduce, en realidad, a solo 600 granaderos, y 160 cazadores a caballo, y solo entonces se percata de que apenas dispone de municiones.

Pero el 16, hay un rayo de esperanza. Una *Gaceta Extraordinaria* proclama que el 11, Lorenzo ha batido en Los Arcos a Santos Ladrón, un general destinado de cuartel en Valladolid, de donde escapó para ir a Logroño. Allí, reunió un contingente que dirigía sobre Navarra. Asegura el vencedor haber causado «un gran número de cadáveres» y cogido 32 prisioneros, entre ellos Ladrón de Cegama, que será fusilado. Hay que precisar que para la generalmente fiable *Galería Militar Contemporánea*, solo hubo «algunos muertos». Las pérdidas propias han sido, dice, dos de estos y 12 heridos. Llevado por el alborozo, el gobierno le ascenderá en el acto a mariscal de campo, y concederá un grado a todos los mandos de la columna, de coronel a cabo. Insensatas medidas de ese tipo, y no será la última, contribuirán a desmoralizar al Ejército, y a elevar a mérito el simple cumplimiento del deber.

Hasta el 18, Sarsfield no sale de Salamanca, para ir a Burgos, vía Valladolid, aunque ha enviado tropas por delante como se le ordenó. Llega el 24 a su destino, y aún entonces estima que «el enemigo es muy superior en número» en referencia a los castellanos de Merino que le cerraban el paso, que incluso se temía intentasen asaltar la ciudad. Debía esperar, pues, a que se le reunieran todas sus fuerzas antes de atacar la concentración que había en Briviesca. Resulta singular, a este respecto, la tendencia de los jefes liberales a sobrevalorar a sus enemigos. Como se había visto en Los Arcos en otros combates anteriores, y en los que se sucederían en esta primera fase, las agrupaciones carlistas, en general faltas de instrucción y de disciplina, se aventaban habitualmente con facilidad, y a costa de muy pocas bajas.

Lo acababa de demostrar Castañón, que el 22 derrotó, afirma, a 3.600 contrarios, que dejan «algunos cadáveres» según el parte de la *Gaceta* del

31, mientras que él pierde solo un muerto y 10 heridos. Es muy notable que en la acción se distinguió el recién llegado coronel Jáuregui, viejo guerrillero, con dos compañías de guipuzcoanos irregulares, prueba de superioridad, en esa clase de guerra, de las fuerzas locales sobre las regulares.

En paralelo, Lorenzo, explotando su éxito de Los Arcos, marcha sobre Logroño. El 26, derrota tras breve combate a don Basilio García, comandante de Voluntarios Realistas y administrador de bulas, que manda a cerca de mil riojanos. Asegura que les causa más de 100 muertos, y que coge 80 prisioneros. Sus pérdidas, en cambio, se reducen a seis de los primeros y 18 heridos, una prueba más de la escasa capacidad de resistencia de sus enemigos. Rescata, también, a 47 cazadores del Provincial de Álava. Pertenecen a la compañía de cazadores de este regimiento, procedente de Aragón, que se habían dejado capturar sin defenderse, una muestra de su escasa calidad. Con la exageración habitual en la época, y a pesar de las escasas bajas propias, Lorenzo afirmó en su parte, publicado en la *Gaceta* citada, que había sufrido «un fuego horroroso». El mismo 26 entra en la ciudad, pero, en lugar de perseguir a los carlistas, que se dispersan, se dedica a fortificarse.

Lo mismo hace Sarsfield en Burgos, como si tuviera enfrente al ejército de Napoleón, para desesperación del gobierno que le recuerda «las trascendentales consecuencias» de su pasividad. Llega un momento en que el general presenta su dimisión, consciente de las críticas que llueven sobre él, acompañadas de sospechas sobre su lealtad. Dadas sus simpatías políticas, en efecto, parece que si don Carlos le hubiese invitado a cambiar de bando lo habría hecho, pero el infante no dio ese paso.

En el entretiem po, ya es principios de noviembre, Castañón, que lleva semanas paralizado en Tolosa, es derrotado cuando se atreve a acercarse a Azpeitia, y tiene que acogerse precipitadamente a San Sebastián, donde queda bloqueado. Su vencedor es Bruno Villarreal, un joven ex teniente de la Guardia Real, cuerpo que daría excelentes mandos a los carlistas. Naturalmente, el revés causa pésima impresión en las filas liberales.

Por fin, el 12, Sarsfield anuncia su salida a campaña, con 3.150 infantes, 237 caballos y 4 piezas. Ha permanecido, por tanto, 19 días sin emprender ningún movimiento significativo. El retraso, alega, se debió a «la inexperiencia y sobrada presunción» del oficial de ingenieros encargado de la fortificación. A la postre, solo se erigió una «casa fuerte».

Lo que sigue, después de tanta espera, es un anticlímax. Los miles de hombres de Merino, ya muy desgastados por la desertión, se dispersan sin apenas pegar un tiro ante la vanguardia liberal. Así, en Beldorado, 5.000 huyen, tras solo sufrir 8 muertos. El 19, Sarsfield entra en Logroño. Al día

siguiente, 1.500 carlistas son ahuyentados en Peñacerrada, a costa de dos muertos y seis heridos liberales, afirma la *Gaceta Extraordinaria* del 25; el 22, Vitoria cae, y Bilbao, el 25.

A la vista de tan fáciles triunfos, es legítimo preguntarse si estaban justificadas las dilaciones y timideces de los mandos de la reina, que por esas fechas experimentan cambios. Sarsfield recibe órdenes de hacerse cargo del virreinato de Navarra, para el que había sido nombrado meses antes, y es sustituido por Valdés, general con brillante hoja de servicios en América. Por cierto, este, es interceptado en su marcha para hacerse cargo del mando el 3º batallón carlista de Bilbao, con 600 plazas. Aunque solo lleva de escolta una compañía de la Guardia, 21 cazadores a caballo de la misma y ocho artilleros, también de la Guardia, lo puso en fuga, tras infringirle nada más que «varios muertos» y sin tener él pérdidas.

ZUMALACÁRREGUI

Esos éxitos liberales se verán contrapesados por una información transmitida el 6 desde Pamplona: «el coronel ilimitado don Tomás Zumalacárregui ha desaparecido de esta plaza hace unos cuatro días, abandonando a su mujer y familia».

Entraba así en la palestra un hombre que cambiará el curso de los acontecimientos. Se trataba de un veterano de la Guerra de Independencia, donde, entre otros, había servido con Jáuregui, y de la campaña realista, a las órdenes de Quesada. Su actuación en ellas no fue especialmente notable, pero sí adquirió una merecida fama por sus dotes de organizador. Estos, unidos a un carácter decidido y ordenancista y un gran valor personal, le permitirán forjar un temible instrumento militar. Habría que añadir que poseía un instinto especial para la guerra de guerrillas, pero también, y esto es esencial, para comprender que con ella no sería suficiente para ganar la contienda, y que debía llevar a cabo la difícilísima transición de ella a una guerra regular, sin dejar de combatir mientras lo hacía.

También se debe considerar, y no es desdoro, que la inercia de sus adversarios le ayudó; de ahí que hayan sido precisas las páginas anteriores para reflejar el estado de cosas existentes cuando la guerra empezó a adquirir carta de naturaleza, y el coste para la causa liberal de la proliferación de alzamientos, la mala calidad del generalato y el deficiente estado del Ejército. En Navarra, en concreto, la pasividad de Solá había permitido a los carlistas empezar a esbozar una cierta organización a sus fuerzas, que el 14 de noviembre, cuando Zumalacárregui asume el mando,

contaban ya con tres batallones. «con cierta especie de carácter militar» –decían los liberales–, si bien solo dos armados, uno con pocos fusiles y otro desarmado.

Otros jefes carlistas, de su lado, habían dado pasos para incrementar la eficacia de los voluntarios realistas, base de sus fuerzas. Por ejemplo, Verástegui, en Vitoria, a fines de octubre decidió que solo los solteros quedasen en filas, y promulgó un llamamiento general a los hombres en esa situación, de 18 a 40 años, a los que encuadró con oficiales de su elección, en tercios, equipados y vestidos «sencillamente». Algo similar hizo la junta de Castilla la Vieja, a principios del mes siguiente, pero ambas medidas tuvieron un éxito solo relativo. Conviene señalar, en todo caso, que ambas eran coercitivas, lo que no impidió a las autoridades carlistas seguir designando a sus hombres como «voluntarios».

Los carlistas de las tres provincias reconocerán también como jefe al elegido por Navarra, aunque en la práctica Vizcaya actuará durante tiempo con casi total independencia.

Con la asunción del mando por Valdés y Zumalacárregui, respectivamente, la guerra adquirirá un estilo «a lo cosaco»², que, para la mayor frustración de los liberales, pervivirá durante meses. Realizarán estos inagotables marchas, en extenuantes condiciones; casi a ciegas, porque no disponen de guías fiables; en medio de una población hostil y persiguiendo a un enemigo «connaturalizado con el terreno»; fielmente apoyado por los habitantes, que le facilitan información, ayuda y refugio, y que solo planta cara cuando y donde le conviene. Los choques son breves y violentos, lo que necesita el general de don Carlos para ir fogueando y ahormando a sus hombres de forma progresiva, y terminan en una bien calculada retirada, por varias direcciones, que culmina en una posterior concentración, en un punto previamente fijado, mientras, los de la reina, jadeantes se reorganizan. Inevitablemente, la necesidad de avituallarse les obligará a retirarse a sus bases, acarreado una porción de despeados, enfermos y, con frecuencia, heridos.

En cambio, los generales cristinos, con pocas excepciones, no entienden esa guerra. Lo reconocerá públicamente el ministro del ramo, en su *Exposición del estado actual* de su departamento, en fecha tan avanzada como diciembre de 1837, cuando se quejó en el Congreso del «funesto error sobre la verdadera índole de la guerra» de «lo perjudicial» de aplicar «reglas y principios que ni aún podrían admitirse en toda su latitud para el caso de una conquista». Era una acusación que se hacía eco de las formuladas por sus antecesores en 1834

² Leonardo Bonet, *Apuntes sobre la guerra en Navarra*, Valladolid, imprenta de Aparicio, 1835, p. 10.

y 1836. Lamentablemente, sería un mal que se prolongaría, al menos, hasta entrado el siglo XX. Al respecto, Mola expresó su perplejidad por el hecho de que en España nunca se había elaborado una auténtica doctrina de la guerra antiguerrillas, a pesar de que habían tenido tal carácter la mayoría de los conflictos en que había participado el Ejército desde 1809, cuando empiezan las campañas de Emancipación. Por contra, en las academias y escuelas solo se estudiaban las operaciones de los grandes capitanes de la Historia, al frente de innumerables ejércitos, cuando era evidente que, por su práctico aislamiento internacional, y sus dimensiones demográficas y económicas, difícilmente un general español se iba a ver jamás en esa tesitura.

Con Zumalacárregui ya a al mando, los combates, muy conocidos, se suceden, siempre a su elección: Nazar y Asarta, el 29 de diciembre; Güesa, el 3 de febrero de 1834; Urdániz, 18; Abárzuza, el 29; venta de Alsasua, el 22 de abril; 18 de junio, Venta de Gulina; Muez, el 26; Artaza, 31 de julio; Peñas de San Fausto, 19 de agosto; Eraul y Viana, a principios de septiembre, con el brillante estreno de la caballería carlista; Alegría, 27 de octubre; Venta de Echávarri, al día siguiente; incursión en la Ribera, en noviembre. Todos ellos son muy parecidos; o bien los carlistas esperan el ataque en una posición fuerte, para romper el contacto cuando lo juzgan oportuno o necesario, o bien asestan ataques duros golpes contando con la ventaja de la sorpresa. Son acciones calculadas, en las que los de don Carlos sufren menos bajas que sus enemigos, y al tiempo refuerzan su confianza, a medida que disminuye la de los adversarios.

Durante esos meses, tiene lugar un acontecimiento importante. Don Carlos escapa de Portugal por cortesía de Su Graciosa Majestad, en una interpretación lata de la alianza hispano-británica, que causó el lógico despecho en Madrid. Luego, en un rocambolesco viaje a través de Francia, llega a Elizondo, el 15 de julio. Ascenderá a Zumalacárregui a teniente general, pero le confirmará en el mando solo jefe del estado mayor general, reservándose él la autoridad militar suprema.

Con la presencia del infante, su causa adquiere renovados bríos, pero, a la vez, va a verse lastrada por una creciente corte, cuyas intromisiones en cuestiones bélicas resentirá Zumalacárregui, acostumbrado a seguir sus propios criterios.

Mientras, los generales cristinos fracasados se suceden. En febrero de 1834, Quesada releva a Valdés. Tras un intento fracasado de negociación, solo cosechará reveses, pese a su previa experiencia militar en Navarra. Le sustituye en julio Rodil, que se desgasta en una estéril persecución de don Carlos, al tiempo que Zumalacárregui campa por sus respetos. En septiembre, se decide dividir el mando, lo que no favoreció a los liberales; Mina se

encargaría de Navarra, y Osmá del País Vasco. Para entonces, el ejército liberal, si bien sumando guarniciones, superaba los 24.000 hombres, no tenía más que 15.000 disponibles para operaciones. Por otra parte, la guerra había adquirido, por ambas partes, tal monstruosa crueldad entre compatriotas que es preferible no incidir en ella.

Se depositaron grandes esperanzas en Mina, navarro y guerrillero de enorme prestigio, pero no tardó en defraudarlas. Envejecido, enfermo, se adaptó mal al papel que estaba obligado a jugar, el inverso al que había desempeñado en la Guerra de Independencia. Quizás por ambos motivos puso toda su confianza en Luís de Córdova, un general que era lo opuesto a él: joven, de familia antigua, refinado, y crecido entre la Guardia y embajadas.

A pesar de su casi total inexperiencia –debía todos sus empleos al favor real, y desde teniente no había mandado a un soldado–, resultó más eficaz que lo habían sido sus veteranos compañeros.

Como en la famosa novela de Conrad, él y Zumalacárregui se batieron en un duelo, en distintos lugares, y con resultado diverso. El primer episodio fue en Mendaza, el 12 de diciembre, quizás la más ambiciosa batalla presentada por el carlista hasta entonces, que no dio el resultado apetecido porque la precipitación de Iturralde descubrió prematuramente su plan. Fue un forcejeo largo y sangriento –solo el mejor batallón de don Carlos, el de Guías, perdió nueve oficiales–, en el que ambos generales tuvieron que arriesgar sus personas para restablecer situaciones críticas, pero, al fin, Zumalacárregui se tuvo que retirar, batido en ese encuentro que le fue –lo afirma el muy fiable Zaratiegui– «desventajosísimo».

Pero no desmoralizado, como demostró en el siguiente choque, en el puente de Arquijas, solo tres días después, donde Córdova no pudo forzar su posición y se vio obligado, a su vez, a retirarse. Culpó a quien fue uno de los más peligrosos enemigos de los carlistas en ese teatro de operaciones, aunque luego, en el Maestrazgo, su actuación fue más discutida; se trataba de Marcelino Oráa, el *Lobo cano*, otro navarro, antiguo guerrillero de Mina. Su general le acusó en su *Memoria justificativa* de haber hecho fracasar la maniobra que había concebido, por la lentitud con que ejecutó *un movimiento envolvente, destinado a ser decisivo, lo que el propio Oráa, ya dolido por creer que Córdova no había realizado como merecía su participación en Mendaza, negó con energía*, a través de una *Representación* al gobierno, y como expone su biógrafo, Chamorro.

Caso frecuente en aquella guerra, ambas partes se atribuyeron el triunfo. La *Gaceta de Madrid*, por ejemplo, consagró cuatro números, uno de ellos extraordinario, entre diciembre de 1834 y enero de 1835, a exaltar ambos combates.

El 5 de febrero de 1835, Arquijas volvería a presenciar otro combate, esta vez entre Lorenzo, reemplazo de Córdoba, que había dejado el ejército alegando su mala salud, y *Oráa contra Zumalacárregui*. Se saldó en un fracaso sin paliativos para los primeros.

Poco más de un mes después, el 12 de marzo, Mina y el general de don Carlos tendrían su primer y último enfrentamiento, en Larremiar. Para entonces, el viejo guerrillero, atenazado por la mala salud, era una sombra de sí mismo; tuvo que salir a campaña montado en una mula cubierta con un «armatoste» como dice Iribarren, una capota de cuero plegable, con una ventana de cristal. La operación fue una pesadilla para los liberales; azotados por un tiempo infernal, acosados como fieras por sus enemigos, apenas se salvaron del aniquilamiento, lo que debieron a la pericia de Oráa, que cubrió la desastrada retirada, y –cuenta Du Casse– a un truco de viejo zorro de Mina, que hizo llegar a sus enemigos un mensaje falso, que los llevó a aflojar la presión en un instante crítico. En sus *Memorias*, y en su parte publicado en la *Gaceta* del 28, Mina se presenta como triunfador; la realidad, es que allí quedó enterrado entre la nieve su prestigio militar. Con él, dejó su capota y, como recuerdo, se llevó un balazo, que detuvieron los pliegues de la esclavina, la levita y el chaleco que llevaba.

Desesperanzado, renuncia al mando. Le sustituye Valdés, que de nuevo se calza las botas de campaña. Decidido a terminar la guerra mediante un golpe definitivo, tiene la osadía de penetrar en el valle de las Amézcoas, el baluarte de Zumalacárregui. Fue un calvario de dos días para sus tropas, ateridas, perdidas en un terreno ignorado y abrupto, estiradas en una larga columna que es fusilada por los carlistas. El II batallón del Regimiento Ligeros de Aragón, recientemente deshonrado en Madrid con el infame asesinato de un general³ –preludio de otros que seguirán– cubrió la acelerada retirada, que tiene mucho de fuga. Más de 1.000 de los 16.000 hombres empleados fueron baja entre el 22 y el 23 de abril, a manos de solo 5.000. Naturalmente, ambos bandos se proclamaron victoriosos⁴, pero el único triunfo de Valdés fue sobrevivir a la trampa en la que se había metido.

Tras esta nueva derrota, este y el dispositivo liberal se desploman, y plazas y pueblos fortificados son evacuados con precipitación. Da una idea

³ Canterac, un sobresaliente jefe de caballería, que había ganado sus entorchados en América.

⁴ Es un ejercicio curioso comparar los partes que ambos contendientes publicaban sobre las distintas batallas; discrepan en todo, menos las fechas. En este caso, el de Valdés figura en la *Gaceta* de 1 de mayo; el de Zumalacárregui, en extracto, en Marcelo Núñez de Cepeda, *El hogar, la espada y la pluma de Zumalacárregui*, Vitoria, Imprenta del Montepío Diocesano, 1963, pp. 253-256.

de las dimensiones del caos que Zumalacárregui ha creado, que la cifra de sus capturas entre marzo y junio asciende a 140 oficiales, casi 7.300 soldados, entre 10 y 12.000 fusiles y 20 cañones.⁵

La única noticia alentadora fue la firma, entre el 24 y el 27 de abril, del conocido como Convenio Eliot, orientado a limitar las matanzas perpetradas por unos y otros. Fue un baldón para España que resultase precisa para ello la intervención británica, como lo había sido la francesa, con el mismo motivo, durante la Guerra Realista. Aun así, sectores liberales protestaron por el acuerdo, ya que ponía en el mismo plano jurídico a los dos bandos. Al parecer, juzgaban más importante salvar las apariencias que poner término a asesinatos de españoles por españoles.

Con el derrumbe de los cristinos, se abren amplios horizontes y alternativas para sus rivales. Zumalacárregui, que nunca pierde la ecuanimidad, aboga por un avance metódico, en mancha de aceite, que bien ejecutado, puede llevar a Madrid. Pero el entorno de don Carlos, impaciente, piensa de otra manera. Necesita con urgencia una gran ciudad, por sus recursos y porque, piensan, puede acarrear el soñado reconocimiento de su causa por las potencias conservadoras de Europa.

Contra su mejor criterio se ve obligado a renunciar a su mejor baza, la movilidad de sus tropas, y a poner en juego en su punto más débil, la artillería y los ingenieros. El 13 de junio planta sus exiguas baterías frente a Bilbao. Un tiro casual, el 15, y una herida mal tratada pondrán fin a sus días, el 24.

Con él, el carlismo perdió su mejor espada en el Norte, si bien quizás donde menos se lamentó la desgracia fue en el Cuartel Real, resentido por la resistencia del general a dejarse influir. Ninguno de los sucesores que tuvo rayó a su altura; peor, aún, los corifeos del infante fueron ganando influencia en el ámbito militar, con desastrosos resultados.

EL EJÉRCITO CARLISTA EN 1835

A su muerte, el general dejó en herencia una magnífica arma, un ejército bien organizado y acostumbrado a la victoria. Había perdido, sin embargo, parte de su carácter. Aunque la coerción intervino desde un principio en la formación de las unidades, estas habían contado inicialmente con numerosos voluntarios. Al poco de su llegada, don Carlos había decretado, el 15 de septiembre, una movilización general de los hombres de 18 a 40 años, en contra del criterio de Zumalacárregui, que se preguntaba la utilidad de

⁵ *Essai historique sur les Provinces Basques*, Burdeos, R. Techenev, 1836, pp. 354-355.

restar a la agricultura brazos que no podían armar. No obstante, la medida se ejecutó, y así se crearon los batallones 7º a 9º, aunque los dos últimos fueron bautizados durante meses como de *los palos*, hasta que se les pudo dotar de fusiles capturados.

Ese primer reclutamiento en gran escala fue posible, de un lado, porque, se dijo, tras tantos años de inestabilidad la guerrilla se había convertido en una ocupación «predilecta» de los hombres; de otra, porque, según alguna estimación⁶, en Navarra sobran, por falta de trabajo para ellos, 4.000 jóvenes. Sin embargo, a medida que se sucedieron los alistamientos, las resistencias sociales a ese impuesto de sangre –y a los materiales– fueron en aumento, hasta el extremo de crear serios problemas.

En junio de 1835, Zumalacárregui había conseguido la hazaña de formar, sin dejar de combatir, 13 batallones en Navarra, incluido uno de Guías; uno de esta clase y otros 5 en Álava; 6 en Guipúzcoa y 8 en Vizcaya. La caballería consistía en el Regimiento de Lanceros de Navarra, con cuatro escuadrones, más sendos escuadrones sueltos en las tres provincias vascas. La artillería disponía de 28 piezas. Habría que sumar a la infantería 6 batallones de castellanos, nombre con el que la terminología carlista designaba a los que no eran oriundos del Norte, formados por hombres procedentes del ejército liberal, bien como desertores o como prisioneros que deseaban escapar de las tristes condiciones en las que se les mantenía. El conjunto de los cuerpos sumaba unos 28.000 infantes y 800 jinetes.

Los batallones tenían una organización convencional: 6 compañías de fusileros o de centro, y dos de élite, una de ellas de granaderos y otra de cazadores. Los requisitos que para estas exigía el ya citado *Reglamento* para los Voluntarios realistas, de 1831, son explícitos: los granaderos, destinados en principio a encabezar los choques, se elegían entre hombres «bizarros y experimentados, de buenas costumbres y mejor talla»; los cazadores, utilizados para las escaramuzas, debían ser «de buena conducta, bizarría, agilidad, viveza y menor talla». En la práctica, los carlistas –y los liberales en menor grado– emplearon indistintamente, y sin tasa, a los unos y a los otros en cualquier acción arriesgada

En general, su nivel de instrucción era mediocre. En la época, había tres tipos fundamentales de formaciones: la guerrilla, la línea y la columna. La primera, que prelude cualquier encuentro, se constituía por parejas de hombres, desplegados en orden abierto, y apoyados por núcleos de tropas. Los de don Carlos eran maestros en esa técnica, y llegaron a emplear así a batallones enteros. En cuanto a la línea, estaba formada por soldados colocados hombro con hombro, con solo dos o tres de fondo. Tenía la ventaja

⁶ *Fastos españoles*, Madrid, imprenta de don Ignacio Boix, 1840, vol. II, p. 320.

de poner un gran número de ellos en contacto con el enemigo, pero requería espacios abiertos y mantener una impecable alineación. Era, por otro parte, frágil por su escasa profundidad y sus flancos resultaban muy vulnerables.

Por fin, la columna, o masa, según el término de origen austriaco, tenía frente estrecho y lados prolongados. Sus ventajas y sus inconvenientes eran opuestos a los de la línea. Es decir, se podían mover por terreno más cerrado, estaba menos expuesta a operaciones envolventes y presentaba menos efectivos al adversario. En ella solo combatía, de hecho, la cabeza, sistemáticamente integrada por las compañías de preferencia, es decir por hombres escogidos.

Era la formación favorita en la mayoría de los ejércitos europeos, y, por supuesto, el de don Carlos, por requerir menor instrucción que la línea, propia de tropas profesionales, como las británicas, o de excelente calidad. De ahí que esta fuese utilizada poco por los liberales y aún menos por los carlistas.

Una última clase de despliegue era el cuadro, ante la caballería. Aunque relatos contemporáneos apuntan a su empleo, en algunas ocasiones, por los carlistas, parece más probable que se trataran en realidad de columnas cerradas, habida cuenta de las complejas evoluciones que requería, y en presencia del enemigo.

LOS SUCESORES

Al poco del fallecimiento de Zumalacárregui, los carlistas levantaron el sitio de Bilbao, elevado por los liberales a categoría de mito, si bien las escasas bajas de los defensores –27 muertos y 125 heridos⁷– no apuntan a un empeñado asedio. Ambos bandos, tras algunas vacilaciones, nombraron nuevos jefes militares. La regente doña María Cristina recurrió a Fernández de Córdova; don Carlos, al teniente general González Moreno, con el título de jefe del estado mayor general. Era un militar de capaz, de larga experiencia, pero con el pecado original de ser «castellano» por haber nacido en Cádiz, lo que dará lugar a suspicacias de los vascos y navarros, debido al espíritu «provinciano» cada vez más enraizado a medida que aumentaba la llegada de españoles de otras regiones, pronto bautizados despectivamente como «ojalateros». Empezó su gestión teniendo que abordar dos problemas adicionales. De un lado, la tan personal dirección del Ejército por Zumalacárregui, que apenas dejó tras de sí ninguna documentación administrativa. De otro, el cambio de carácter de la guerra, crecientemente más regularizada, con efectivos más numerosos y choques menos frecuentes, debido a la evacuación del interior realizada por Valdés.

⁷ *Reseña histórica del memorable sitio de Bilbao*, Bilbao, Imprenta de N. Delmas, 1835, p. 59.

El 15 de julio de 1835, los dos rivales se enfrentan en Mendigorriá. El carlista, quizás no conociendo bien a sus tropas, las despliega en línea, formación desusada para ellas, y que superaba sus niveles de instrucción. Conjuga ese error con otro no menor, ya que toma posiciones con el río Arga, franqueable solo por un estrecho puente y algunos vados, a sus espaldas. Córdoba se percata de ello, y lanzará ataques frontales con poderosas columnas que rompen el frágil dispositivo. Como pueden, los de don Carlos escapan, con el propio infante mezclado con ellos. La solidez del 2º y del 3º de alaveses, siempre famosos por su imperturbable disciplina, evita una catástrofe mayor. En el lado contrario se lucieron los regimientos 1º y 4º de la Guardia, más fiables en el campo de batalla que en el de la política.

Los liberales se apresuraron a lanzar las campanas al vuelo. Aunque el ejército carlista sobrevivió, debido a una serie de errores, aquel fue «el primer éxito considerable obtenido por las armas de la reina»⁸. El entonces ministro de la Guerra lo explica: «el triunfo, por estériles que fueron sus resultados, nos fue de gran utilidad para la moral»; de ahí que «se le dio toda la importancia posible»⁹.

En efecto, desde hacía meses solo habían llegado del Norte noticias de desgracias; por otro lado, la primavera y el verano de ese año presenciaron una sucesión de algaradas y pronunciamientos revolucionarios, con la consabida quema de conventos y el asesinato de otro general, que amenazaron con desestabilizar a la retaguardia cristina, llevándose por delante dos gobiernos sucesivos.

La situación fue tan crítica que Valdés y sus mandos habían impetrado al gabinete para que solicitara la ayuda extranjera, en virtud del tratado de la Cuádruple Alianza, en un palmario reconocimiento de su incapacidad para vencer a los carlistas. Los tres países cofirmantes acabaron por acceder, pero cada uno de forma distinta. Gran Bretaña prestó la colaboración de su Armada y aceptó el reclutamiento de voluntarios en su suelo; Francia cedió, en bloque, su Legión Extranjera; Portugal envió tropas regulares. Las aportaciones fueron de distinto valor: los británicos, reclutados entre la hez de distintas ciudades, mala fuente de alistamiento, ya que se consideraba preferibles a los campesinos, plantearon graves problemas de disciplina. Los legionarios tampoco resultaban fáciles de manejar lejos de la línea de fuego, pero en ella eran magníficos. Unos y otros sufrieron por el lamentable estado de la Hacienda, incapaz de cumplir sus compromisos en cuestiones

⁸ Georges de Lacy Evans, *Memoranda of the contest in Spain*, Londres, James Ridgway, 1840, p. 29.

⁹ Pedro Agustín Girón, marqués de Las Amarillas, *Recuerdos*, Pamplona, Universidad de Navarra, 1981, vol. III, p. 147.

como haberes, alimentación o vestuario, lo que implicaba pobreza, hambre y desnudez para el soldado; se decía que solo españoles podían soportar tan penosas condiciones. En cuanto a los portugueses, sólidos y disciplinados, no tardaron en ser reclamados por su propio país.

Con todo, esas fuerzas, que empezaron a llegar en agosto de 1835, supusieron un complemento quizás decisivo para el maltrecho ejército de doña María Cristina.

Tras su victoria, Córdova empezó a aplicar la estrategia que se había trazado. Persuadido de que la imposibilidad de conquistar por la fuerza el territorio carlista, prefirió cercarlo, y reducirlo por consunción, como si de una ciudadela se tratara. Empezó, por tanto, a erigir una serie de líneas, destinadas a cerrar el acceso a los recursos de las regiones adyacentes. No se trataba, desde luego, de un muro utópico, sino de una serie de puntos fortificados, apoyados por unidades móviles, que harían costosas, si no imposibles, las incursiones enemigas de alguna envergadura.

El plan tuvo sus entusiastas y sus detractores, pero tenía dos defectos insalvables. Exigía una cantidad inalcanzable de hombres y de recursos, y requería la sincera colaboración francesa, que nunca se obtuvo durante largos periodos. El general incluso llegó a proponer que tropas del país vecino estableciesen un cordón sanitario al sur de los Pirineos, pretensión que, al margen de lo que pensara París, no podía aceptar la dignidad nacional.

Su rival, asediado por enemigos en su propio campo, nunca llegó a recuperarse de Mendigorriá. En octubre fue reemplazado por Nazario Eguía, con el título de general en jefe, no ya jefe del estado mayor. Se trataba de un curtido teniente general, procedente del acreditado Real Cuerpo de Ingenieros, y con la ventaja añadida de proceder de vieja familia duranguesa. Sus opiniones políticas también eran impecables; le habían costado ser víctima de un atentado que le destrozó la mano derecha, de forma que sólo podía escribir con la ayuda de un artilugio diseñado al efecto.

Tanta virtud, sin embargo, estaba opacada por un temperamento imposible. Alguien que le conoció dijo de él que fue «sin disputa, el general de mayores conocimientos, no solo entre los carlistas, sino entre los de ambos ejércitos; como general es digno de todo elogio, como hombre, adolece de defectos» ya que era «intratable por su carácter impropio de su elevada posición, es altivo con el desgraciado, demasiado humilde con el poderoso»¹⁰. En efecto, llegaba a insultar a sus subordinados.

¹⁰ Anotación manuscrita que figura en el ejemplar de la *Galería Militar Contemporánea*, Madrid, establecimiento tipográfico de Benito Hortelano, 1845, vol. II, p. 167, que posee quien esto escribe. Por el tenor de los comentarios, su autor, sin duda, conoció personalmente a los principales generales de ambos bandos.

A Eguía le debió el carlismo un éxito no desdeñable, como fue frustrar en Arlabán, entre el 16 y el 18 de enero de 1836, una maniobra de Córdoba dirigida a perforar la línea enemiga, con el concurso de Espartero, británicos y franceses. En gran medida vino forzada por la insistencia del gobierno para que obtuviera una victoria, a fin de tranquilizar a una parte de la población, que continuaba soliviantada, y cometiendo desmanes como asesinar a dos generales más, uno de ellos Quesada. La *Gaceta de Madrid*, desde luego, en su número del 22, presentó la batalla como una victoria; lo mismo hizo, en el bando contrario, la *Gaceta Oficial* publicada en Oñate¹¹. El propio Córdoba, que tenía una veta seudo napoleónica –en Mendigorria había señalado «la Eternidad» como punto de eventual retirada– felicitó a sus tropas destacando que «las águilas volaban más bajas» que las cúspides coronadas por sus tremendos esfuerzos. Bien se merecían los elogios; combatieron bajo la lluvia, sin leña para calentarse y para cocinar, muchos sin capotes y con pantalones de verano. Pero el general se vio obligado a retroceder y perdió, sin fruto apreciable, cientos de hombres en sangrientos choques en aquellas cumbres. En mayo volvió a intentarlo, sin mejor suerte, mientras en el entretanto, su rival le asestó duros golpes en Guetaria, Balmaseda y Plencia, mostrando que la actitud de «defensiva prudente» que había adoptado no equivalía a pasividad.

Sin embargo, su estrategia contraria a las expediciones, materia que se analiza en otro lugar, acabó por costar el mando a Eguía. Ocupó su lugar en junio Bruno Villarreal, un joven alavés de meteórica trayectoria, de corta experiencia militar, muy querido y, también, más influenciado.

No se enfrentaría a Córdoba. Este, disgustado por los acontecimientos, culminados en el vergonzoso motín de La Granja, que llevó aparejado el restablecimiento de la Constitución de 1812, cesó su cargo, tras haber presentado varias dimisiones, rechazadas. Tan disconforme estaba que partió para Francia sin esperar a la preceptiva Real licencia. Le sustituyó, con su recomendación, Espartero, que daría al ejército de la regente una estabilidad de la que estaba bien necesitado.

El episodio más destacado del periodo de Villarreal sería el establecimiento de un nuevo sitio de Bilbao, recomendado, entre otros, por Eguía, en una junta de la cúpula militar, presidida por don Carlos y celebrada en Durango, el 14 y 15 de octubre. Forzó el asedio el nuevo general en jefe, con la ayuda de la Armada británica, y en el brutal ataque de Luchana, lanzado en la inclemente Nochebuena de 1836, en medio de un temporal de granizo y de nieve. Los carlistas perdieron varios cientos de hombres, aunque menos que sus oponentes, y una parte apreciable de su artillería, y Villarreal,

¹¹ Números de 22 de enero, y 9 y 12 de febrero.

su prestigio como jefe de operaciones complejas. Espartero, que ya tenía a sus espaldas una gran carrera, se convirtió, en cambio, en un héroe para los liberales.

Tras la derrota, hubo un nuevo relevo. Esta vez el escogido por don Carlos fue su sobrino el infante don Sebastián. De origen hispanoportugués, era un hombre de extensa ilustración y un patrón de las artes. Carecía, en cambio, de toda formación militar, ya que su categoría de capitán general fue una concesión graciosa de Fernando VII. Tenía en su contra la circunstancia de haber jurado en su día a doña Isabel como princesa de Asturias, cosa que muchos carlistas, que le sospechaban tendencias liberales, no perdonaban, pero su elevado rango le situaba por encima del común de los mortales. Demostró debilidad por los vasco-navarros, lo que fue acogido con agrado en el Norte.

Seguramente para compensar sus carencias técnicas, se designó a González Moreno para que dirigiera su estado mayor, mientras él asumía el título de general en jefe. Dadas las tendencias pro-castellanas de aquel, cada uno de los dos grandes grupos que configuraban el ejército carlista tuvieron de esa forma su paladín, lo que se tradujo en renovadas rencillas entre ambos.

En marzo de 1837 se le presentó ocasión a la renovada cúpula para demostrar su valía, cuando Espartero puso en marcha una gran ofensiva desde tres puntos, con más de 50.000 hombres, incluyendo las legiones británica y francesa: él partiría de Bilbao; Evans, desde San Sebastián, y Sarsfield, virrey de Navarra, desde Pamplona. La idea era que las tres grandes columnas convergerían de forma sincronizada sobre el territorio carlista, en un incontenible avance, ante la imposibilidad de hacer frente a tantas amenazas simultáneas.

El infante, sin embargo, y pese a que contaba con poco más de 30.000 efectivos, estuvo a la altura de las circunstancias. Aprovechando la ventaja de operar por líneas interiores, salió al paso de Sarsfield, que apenas dejada su capital se apresuró a regresar a ella en cuanto atisbó las boinas carlistas. Luego, se revolvió contra el británico, que solo a costa de rudos combates había avanzado hasta Oriamendi. Tan pronto como llegó, el 18, don Sebastián se arrojó sobre él, asestándole tal empellón que desmoronó toda su línea en breve tiempo, tras intercambios de cargas a la bayoneta, arma más temible, en contra del mito, por sus efectos morales que por los materiales, ya que su peligro residía no en los muy infrecuentes cuerpo a cuerpo, en sentido estricto, sino en los alcances. Los carlistas persiguieron con saña a los vencidos, dejando de lado a sus aliados españoles, también derrotados. Al día siguiente, muchos de ellos, sobre todo del 4º de Navarra y el 6º de Guipúzcoa, las unidades que más se distinguieron, se pavoneaban vistiendo las casacas rojas cogidas en la desalada huida.

Espartero, que había llegado combatiendo hasta Elorrio, al ver melladas dos de las puntas de su pretendido tridente, tuvo que replegarse.

Según algunos, el éxito se debió en exclusiva al infante, ya que el prudente Moreno desaprobó, por demasiado audaces, sus arriesgadas maniobras. No deja de ser singular que tanto aquel como Córdova, generales sin conocimientos técnicos, figuraran entre los más eficaces de sus bandos respectivos, por encima de hombres encanecidos en el servicio de las armas.

URANGA

Cuando, en mayo, se puso en marcha la Expedición Real, quedó al mando del Norte José de Uranga, guipuzcoano, ayudante de campo del infante, que le asciende a teniente general. Se trata de un carlista de la primera hora, antiguo subordinado de Jáuregui en la Guerra de Independencia y compañero en ella de Zumalacárregui. La partida de don Carlos con el grueso de sus tropas, a las que luego se unieron las de Zaratiegui, le dejó casi sin efectivos para defender el extenso territorio que le fue confiado. Cumplió, no obstante, su misión con habilidad, ayudado por su jefe de estado mayor, el navarro Juan Antonio Guergué, hombre en principio poco apropiado para tal puesto, habida cuenta de que se le consideraba arquetipo de los llamados «brutos» por oposición a los militares profesionales «de carta y compás».

Uranga, leal subordinado, se fija como objetivo atraer sobre sí el mayor número posible de tropas enemigas, para facilitar los movimientos de ambas expediciones. Asesta su primer golpe contra Lerín, a 50 kilómetros al suroeste de Pamplona, en la línea liberal de la Ribera. La toma el 29 de mayo, con la ayuda de complicidades internas, cogiendo 400 prisioneros y una pieza. Luego, se retira, tras demoler las fortificaciones.

Antes de que pueda emprender nuevas operaciones, se entera de que Espartero camina hacia Pamplona, para seguir a la Real, por lo que se dirige contra él, y hostiga su marcha, hasta que, con bajas, alcanza la capital navarra.

Tras la partida, en julio, de la columna de Zaratiegui, se vuelve contra Peñacerrada, pese a que se ha quedado solo con una veintena de batallones y, en sus propias palabras, «un único escuadrón» aunque cuenta con la totalidad de la artillería, ya que don Carlos no se ha llevado consigo ningún cañón; hará generoso uso de ella. El 27, la plaza capitula, con su guarnición de unos 400 hombres y cuatro piezas. Con ello, corta las comunicaciones entre Logroño y Vitoria, y gana acceso a la rica Ribera alavesa, por lo que decide retenerla.

En septiembre, tiene que enfrentarse a una asoladora incursión de O'Donnell, que ocupa Hernani y Urnieta, y llega hasta Andoáin. El choque se produce el 14; con una finta, Uranga engaña a su rival, y lanza un inesperado ataque contra su izquierda, desestabilizando toda su línea. O'Donnell, tras derrochar en vano pruebas de valor, se salva como puede, «en caballo ajeno y sin tricornio»¹². La fuerza de su mando queda deshecha. Estaba integrada por unidades españolas y por la denominada Nueva Legión Británica, constituida sobre los restos de la diezmada primitiva¹³, cuyo contrato había vencido en junio. Como en Oriamendi, los carlistas se cebaron en los ingleses, Los 114 prisioneros que cogieron eran todos españoles. Uranga asegura que los muertos superaron el millar, y que sus bajas fueron menos de seis muertos y de 40 heridos, cifras que parecen inverosímiles. Se apresuró a fortificar lo conquistado, abriendo una brecha en el sistema de líneas que dejó Córdova.

Su siguiente golpe está dirigido al mismo objetivo. Envía tropas a controlar los valles pirenaicos, tradicionalmente liberales, de Aézcoa y Salazar, y, más tarde, Guergué opera sobre la línea de Zubiri, tomando el vital reducto de Íñigo, con lo que se establece en la frontera con Francia y con el Alto Aragón. Así, deja a la Navarra cristina en angustiosa situación de aislamiento.

Incansable, Uranga pone sitio a Peralta, a unos 60 kilómetros al sur de Pamplona. Cae en sus manos el 30, capturando, dice, 600 hombres. La ciudad le permite el acceso a las fértiles orillas del Ebro y del Arga, por lo que, a instancias de Francisco García, comandante general de Navarra, decide retenerla, dejando una guarnición, aún a sabiendas de que, por su posición avanzada, era muy vulnerable. En efecto, los cristinos no tardaron en recuperarla.

Su último triunfo será la ocupación, el 10 de octubre, de El Perdón, evacuado por sus defensores.

El regreso de la Expedición Real al Norte lleva consigo el fin de su mando. Lo había desempeñado, sin duda con eficacia, aunque muchos, como Barres du Molard y Mazarrasa, criticaron su criterio a la hora de elegir las plazas que retuvo y las que abandonó. Otros, entre ellos, Camarero, lo defienden. En todo caso, su gestión fue meritoria, superior de lo que cabía esperar de su escaso prestigio.

¹² Antonio Pirala, *Historia de la Guerra Civil*, Madrid, imprenta de Dionisio Chauhié, 1869, vol. IV, p. 250.

¹³ Sir Rutherford Alock, en sus *Notes on the Medical History and Statistics of the British Legion in Spain*, Londres, John Churchill, 1838, p. 9, señala que de sus 10.000 efectivos, 401 murieron en combate y 228 de sus heridas, mientras que los heridos fueron 1.692 y los fallecidos por enfermedad, 1.850. Las bajas totales superaron, por tanto, la cuarta parte del total.

La vuelta de don Carlos llevó aparejada traumáticos cambios. Aparte de los que se produjeron en el terreno político, en el ámbito militar fueron radicales. Don Sebastián y González Moreno dejan sus respectivas responsabilidades; Zaratiegui, Elío, de la Torre y Villarreal, entre otros, son encausados –como ya lo estaba el célebre general Gómez–, o desterrados y el infante en persona asume el mando del ejército y Guergué es designado jefe del estado mayor general. Se trató de una auténtica purga, el principio del fin, como luego se vería.

Acabó 1837 con ambos bandos al borde del límite. En el campo carlista, la frustración de las grandes esperanzas puestas en la Real, el agotamiento de los recursos humanos y materiales, la creciente resistencia a las exacciones en hombres, dinero y especies, han creado un ambiente general de descontento, del que se hacen eco los organismos forales. Para paliar la carga que recae sobre la población y hacer frente a la crisis de efectivos vasco-navarros, se constituye una espléndida división castellana, que pronto será dilapidada.

En el lado opuesto, el ministro de la Guerra habla de la «miseria pública» de «la paralización del comercio y de la industria» de «la extraordinaria escasez de las cosechas». La situación de la Hacienda es desastrosa: el déficit llega a los 800 millones de reales, y los retrasos en las pagas superan los diez meses. Mientras, el ejército, famélico, mal vestido, descalzo, continúa sin cubrir las serias carencias que arrastra desde el inicio de la guerra, con reformas esenciales como las de la administración militar, la formación de mandos, la sanidad, la creación de un verdadero estado mayor, empantanadas en interminables reuniones de comisiones y en vericuetos administrativos. Hay una oleada de motines, acompañados de asesinatos, entre ellos los de los generales Sarsfield y Ceballos Escalera, y se suceden los gobiernos impotentes. Todo ello redundará en beneficio de Espartero, que aparece como el único hombre con la energía y el prestigio que requieren la dramática situación.

MAROTO

Pese al resultado de la Expedición Real, y su amarga experiencia personal en Cataluña, Guergué lanzará nuevas columnas al interior del territorio enemigo, que acabaron descalabradas.

No fue más afortunado en campo abierto, cuando Espartero, después de haber reintroducido la disciplina en sus filas a golpe de fusilamientos, marcha en junio de 1838 sobre Peñacerrada, con la intención de recuperar la plaza. Guergué reacciona como deseaba su enemigo, que busca un choque

frontal, y acude en socorro de la ciudad amenazada, pese a que su ejército no está en las mejores condiciones, tras una serie de motines que han afectado a una parte importante de los batallones navarros, cansados de privaciones, de la impuntualidad en las pagas y de los detestados ojalateros. Don Carlos tuvo que intervenir en persona y hacer una distribución de dinero para calmar los ánimos soliviantados.

El 23, se da la batalla. La resuelve el Regimiento de Húsares de la Princesa, que añade una nueva corbata de San Fernando a las dos que ya había ganado su estandarte en aquella guerra, algo inédito. Las cargas de caballería eran, como las que se hacían a la bayoneta, eran más efectistas que efectivas, pero tenían un efecto moral desproporcionado, y los sables y las lanzas resultan realmente terribles solo cuando el adversario volvía las espaldas, como sucedió. El mismo *Boletín* carlista, órgano tan propagandístico como la *Gaceta de Madrid*, atribuye al ataque de los jinetes liberales el desmoronamiento del dispositivo propio. Desde luego, las dos partes facilitaron datos poco fiables sobre las pérdidas propias y las ajenas, pero resulta indiscutible que Peñacerrada cayó, y que el ejército de don Carlos fue derrotado, dejando en manos de Espartero una cifra considerable de prisioneros, lo que siempre indica un colapso de la voluntad de combatir.

En junio, Maroto sustituye como jefe de estado mayor general a Guergué. La elección fue difícil para el infante, que desconfiaba de él, y más tras su desacertada gestión en Cataluña, donde no tuvo más suerte que su antecesor. Tales eran sus recelos, que al poco de haberle nombrado pidió a algunos de sus íntimos que vigilaran su comportamiento. Resulta posible que fuera designado, en parte, porque el número de posibles candidatos era ya muy reducido. Como se ha visto antes, la cúpula militar había sufrido una severa depuración, y estaba o pendiente de juicio o alejada de la corte. En esta categoría se contaba también Eguía, recluido en un castillo por un motivo baladí, de forma que se había llegado a la extraña situación de que hasta cuatro sucesores de Zumalacárregui se hallaban en desgracia.¹⁴

Por otro lado, el murciano Maroto poseía credenciales atendibles. Hijo de militar, se había iniciado en la carrera de las armas con solo 13 años, y participó en la Guerra de Independencia, siendo dos veces capturado, y escapando ambas, lo que refleja carácter. Marchó luego a América, donde no se distinguió, al tiempo que su difícil carácter hizo que los ayacuchos no le consideraran verdaderamente uno de los suyos. Unió, por fin, su suerte a la de don Carlos en Portugal, donde unas inoportunas palabras malsonantes hicieron pésimo efecto al infante, que nunca le perdonó totalmente esa falta de etiqueta. Incorporado al Norte, no consiguió el mando supremo que

¹⁴ González Moreno, Eguía, Villarreal y el infante don Sebastián.

apetecía, y tuvo un serio y público enfrentamiento con González Moreno, en plena batalla de Arrigorriaga, que se zanjó con el cese de ambos. Tras su insatisfactorio comportamiento en Cataluña al que se acaba de aludir, se encontraba, en desgracia, en Francia, hasta que don Carlos le llamó.

La llegada del general fue mal acogida por la facción apostólica –«fúribunda» la llamaban sus enemigos– que constituía el entorno del infante. Ese grupo, de gran influencia, estaba acostumbrado a intervenir en asuntos militares, y vio con reticencia la llegada de alguien extraño, que no compartía sus ideas, sino que, por el contrario, y al que consideraba como cabeza del partido moderado. Por si eso no bastara, Maroto pretendía ejercer su mando sin más cortapisas que la autoridad suprema de don Carlos.

Descubrió enseguida que experimentaría graves dificultades para ello, ante la enemiga de la camarilla. Contrastaba con su precaria situación la creciente pujanza de Espartero, que llegaría a gozar, a fines de 1838, y según su biógrafo José Segundo Flórez, de un «prestigio y poderío de una magnitud colosal, inmensa». Tras haber derrotado de plano a Narváez, su rival y hombre del partido moderado, su palabra sería ley. Haría y desharía gobiernos; las Cortes no le negarían nada; pondría en el ministerio de la Guerra a Alaix, un general de su entera confianza, antiguo compañero de armas en América, y poseería el mando indiscutido de todos los ejércitos, no solo el del Norte.

Desde muy pronto, pues, la posición de Maroto tuvo poco de envidiable, teniendo que atender a peligrosos rivales en dos frentes; el interno, y el exterior. Contaba, sin embargo, con una baza. Las potencias conservadoras, descontentas ante el estado de cosas en el campo carlista, habían bloqueado sus donativos, pero ante la designación del nuevo general los liberaron. De esa forma, Maroto contó con fondos para atender a unas tropas todavía no repuestas de la derrota de Peñacerrada, de los motines de Estella y del procesamiento de prestigiosos militares. Equipos y armas empezaron a afluir y, lo más extraordinario, dinero para atender la paga de los hombres. De ahí, su fulminante popularidad entre ellos. Al tiempo, reforzó el ejército con la formación de cinco nuevos batallones castellanos, llevó a cabo un amplio relevo en la oficialidad, que afectó a más de 300 mandos, y consiguió que se nombrara ministro de la Guerra al marqués de Valde Espina, que le era afín.

No obstante, resulta innegable que las Provincias, exhaustas tras tantos años de guerra, ya no podían mantener unas fuerzas capaces de batirse en igualdad de condiciones con las liberales, que contaban con una base demográfica y económica muy superior. Por eso, trazó una estrategia defensiva, consistente en evitar grandes choques en campo abierto, esperar al adversario en posiciones preparadas y dejar que se desgastara frente a ellas.

Espartero, por su lado, consciente de su superioridad, abogaría por buscar una batalla decisiva con el núcleo de sus fuerzas, mientras que Diego de León y Zurbano desarrollarían, en Navarra y Álava, respectivamente, una campaña de «incendio y arrasamiento» destinada a arruinar las cosechas y doblegar la voluntad de resistencia del adversario. Duras medidas de expulsión al territorio carlista de familiares de mozos enrolados en las filas de don Carlos o de desertores completaban esa auténtica política de terror, aunque su autor prefiriera calificarla de «prudente rigor».

Como era previsible, las tácticas fabianas adoptadas por el nuevo jefe de estado mayor le atrajeron las críticas del cuartel real, que reprochaba su inacción, y que arreciaron cuando el general Francisco García, uno de los integrantes del partido ultra, obtuvo en El Perdón, en septiembre, una victoria que parecía dar un mentís a las cautelas de Maroto.

«CON BARRO HASTA LAS PATILLAS»

Salvo ese combate y el de Sesma, en diciembre, en el que, en cambio, fueron derrotados los carlistas de Carmona, apenas hubo novedades en el frente militar durante el resto de 1838.

En el político, en cambio, Maroto había llegado a una doble conclusión. De un lado, su posición se había hecho insostenible ante las intrigas de sus enemigos internos, que eran en parte reales y, en parte, producto de su carácter desconfiado —«en todo veía siempre horribles fantasmas» afirma un partidario suyo—. De otro, era imperativo buscar una solución a una guerra que no se podía ganar por las armas.

Por eso, y aprovechando un canje de prisioneros, en enero de 1839 hace las primeras aperturas de negociación, a través de un ayudante de campo de Espartero. Martín Echaide, «el arriero de Bargota» mantendría luego abierto ese canal de comunicación. A la vez, y también ese mes, el travieso Aviraneta inicia desde Francia una campaña de intoxicación, con documentos falsificados y la ayuda de las que denomina sus «maniobreras» destinada a incrementar las tensiones internas del carlismo y a debilitarlo, mientras que Muñagorri volverá a alzar, aunque con tan poco éxito como en el año anterior, el peligroso pendón de Paz y Fueros, tan atractivo para unas tropas, hastiadas de una contienda que parecía sin fin. Fracásó, sin duda, como ha estudiado Cajal Valero, pero las líneas generales de su propuesta vertebrarían eventualmente el Convenio de Vergara.

En esa atmósfera de conjuras, intestinas y externas, crecientemente irrespirable, Maroto toma en febrero una brutal decisión; por sí y ante sí, sin

consultar ni a don Carlos ni al Derecho, manda fusilar sin juicio previo y sin siquiera una acusación formal, a destacadas figuras del sector apostólico, encabezadas por los generales Guergué, Francisco García y Pablo Sanz. El 20, casi con displicencia, informa al infante de los hechos. La reacción de este al día siguiente es terminante, y le declara traidor a su causa. Sin amilanarse, el jefe de estado mayor, al frente de tropas leales a él, se pone en marcha sobre el cuartel real, dispuesto a todo. Acobardado, don Carlos se desdice, el 24, y proclama legítima la ejecución, un asesinato, en verdad. Va más allá; admite todas las exigencias que le plantea su teórico subordinado, expulsando a Francia a lo más granado de la facción ultraconservadora y aceptando el nombramiento de un gabinete favorable al que ya es un espadón. Al tiempo, los generales procesados son rehabilitados sin paliativos. Elío será nombrado comandante general de Navarra; La Torre, de Vizcaya; Iturriaga y Alzaá, ratificados en Guipúzcoa y Álava, respectivamente; Urbiztondo recibe el mando de la División de Castilla; Zaratiegui pasa al estado mayor y Villarreal es designado ayudante de campo del infante.

Si con estas medidas Maroto creía que había resuelto sus problemas, se equivocaba. Porque el 17 de abril, Espartero se ponía en movimiento desde Villarcayo, con cerca de 30 batallones y un poderoso tren de artillería. Su intención era atacar Ramales, en el extremo derecho de la larga línea carlista, el más vulnerable, en la entonces provincia de Santander. La marcha, sin embargo, es muy lenta, debido a las cortaduras practicadas en los caminos por los de don Carlos, y a un clima atroz, de nieblas, lluvia y nieve —el general cristino escribirá a su esposa que estaba «con barro hasta las patillas»—.

Maroto tiene así tiempo de reaccionar, y acude al punto amenazado con las tropas disponibles, menos de la mitad que las de su adversario. Se instala en el valle de Carranza, desde donde será un mero testigo de los subsiguientes acontecimientos.

Se desarrollarán estos entre el 27 de abril y el 12 de mayo, en lo que globalmente se conoce como la batalla de Ramales, la última importante de la guerra en el Norte y una de las pocas a las que se ha consagrado un estudio detallado¹⁵, una prueba más de las grandes lagunas que todavía existen en la Historia Militar de España.

Resumiendo al máximo, fueron una serie de ataques contra las empinadas líneas defensivas carlistas, siempre con una meteorología adversa. Ambos bandos se batieron con empeño, los de don Carlos presentando una

¹⁵ Ramón Villegas López, *La batalla de Ramales*, Torrelavega, Librucos, 2010. La *Gaceta de Madrid* y la *Gaceta de Navarra y Provincias Vascongadas* recogieron, respectivamente, la visión liberal y la carlista en varios números de ambas publicaciones aparecidos a lo largo del mes de mayo.

obstinada resistencia, esmaltada con brillantes salidas, y los de doña María Cristina superando con tesón todas las dificultades presentadas por el enemigo, la orografía y el clima. Espartero, a la cabeza de su escolta, lanzó dos cargas de caballería, imposibles en aquel terreno, en lo que era su fórmula favorita para restablecer situaciones críticas. Al final, todo cayó en sus manos; quedó para el recuerdo la obstinada lucha por la cueva conocida con el expresivo nombre de la Lobera, y por el fuerte de Guardamino, cuyo comandante se negó a capitular hasta que no recibió una orden expresa de Maroto.

Tras la derrota, este se encontró en incomodísima posición. La timidez demostrada fue objeto de duras críticas de sus propios colaboradores, que no aceptaron como excusa la circunstancia de que durante todas las operaciones Espartero había destinado la nutrida y selecta división de la Guardia, más numerosa que las reservas carlistas, para vigilar los eventuales movimientos de estas. Al tiempo, los apostólicos expulsos conspiraban activamente contra él desde el otro lado de la frontera, mientras que Aviraneta proseguía sus manejos. Una serie de motines en los batallones navarros, estallados en agosto, será el resultado de estas actividades.

En tal tesitura, intensificó sus contactos con Espartero, ya duque de la Victoria de Ramales, título que añade al de conde Luchana, que se va adentrando en territorio carlista, desbordando sus líneas fortificadas, en una marcha de la que el inglés John Moore, que le acompañó, ha dejado puntual constancia¹⁶. Pero el cristino sabe que el tiempo juega a su favor, y se muestra inasequible a las propuestas que su contrario le hace respecto al futuro de don Carlos y de los fueros.

El final tendrá grandes dosis de patetismo. Maroto, abandonado por todos, sin poder apenas, abandonará las conversaciones, y serán La Torre, Iturbe y Urbiztondo los que estampen en Oñate, el 31 de agosto, su firma al pie de lo que se llamaría Convenio de Vergara, una vez que Espartero hubiera revisado su intransigencia en la cuestión foral, al percatarse de que esa, y no los derechos de don Carlos, se había convertido en la cuestión central. El propio Maroto, un hombre desarbolado, para garantizar su seguridad llegó a intentar acogerse a la protección de Gran Bretaña, que habían jugado un relevante papel en todo el proceso, iniciativa que Espartero rechazó por innecesaria y deshonorosa.

En cumplimiento de lo acordado, las divisiones de Castilla y de Vizcaya, y la mitad de la guipuzcoana depositaron sus armas en la campa famosa. El resto de la tropa de Guipúzcoa se desmovilizará de forma menos ordenada. Los navarros lo harán de manera caótica; algunos batallones,

¹⁶ John Moore, «Poco más» *Scenes and Adventures in Spain*, Londres, Richard Bentley, 1845, vol. II.

reducidos a «esqueletos» porque los hombres se marchan en masa a sus casas, pasarán a Francia, siguiendo a Zaratiegui, siempre fiel; otros se presentarán en Estella y en Pamplona. Por fin, algunos, en especial el n.º 11, mancharán su trayectoria saqueando a los civiles y militares que buscan refugio al otro lado de la frontera; el asesinato de González Moreno será el más execrable de sus crímenes.

Don Carlos también pasará al vecino país acompañado por sus guardias; los restos de los cántabros, destrozados en Ramales; el bisoño 5º de Castilla, que estaba en proceso de formación y, naturalmente, los impecables alaveses. Menos estentóreos que los demás vascos y que los navarros se mostraron, a la hora de la verdad, más sólidos. Lo ratificaron el 25 de septiembre, cuando el castillo de Guevara, la última fortaleza carlista de importancia, arría la bandera, solo cuando responsables de su propio partido lograron «acabar de persuadir» al gobernador del derrumbamiento de su causa. La columna vertebral de la guarnición era una compañía del 3º de Álava.

De esa forma acabó la guerra en el Norte. Don Carlos pagó por su «irresolución» tan criticada por sus leales. No apoyó a fondo ni al general que había elegido ni a los incondicionales apostólicos y al final fue víctima del enfrentamiento del uno con los otros. En cuanto a Maroto, repudiado por tirios y troyanos, derrotado en todos los planos, llevó su soledad a Chile, en busca, dice la leyenda, de un mítico tesoro enterrado en un jardín de Santiago.

BIBLIOGRAFÍA

- ALBI DE LA CUESTA, Julio: *El Ejército Carlista del Norte*. Desperta Ferro. Madrid, 2017.
- ALCOK, Sir Rutherford: *Notes on the Medical History and Statistics of the British Legion in Spain*. John Churchill. Londres, 1839.
- ARÍZAGA, José Manuel: *Memoria militar y política sobre la guerra de Navarra*. Vicente Lalama. Madrid, 1840.
- AVIRANETA, Eugenio: *Memoria dirigida al gobierno español*, Madrid, Narciso Sánchez, 1844.
- AZAN, Paul: *La Légion Etrangère en Espagne*. Charles-Lavauzelle. París, 1907.
- BACON, Francis: *Six Years in Biscay*. Simith, Elder and Co. Londres, 1838.
- BARRES DU MOLARD, Alphonse: *Mémoires sur la guerre de la Navarre et des Provinces Basques*. Dentu. París, 1842.
- BONET, Leonardo: *Apuntes sobre la Guerra de Navarra*. Aparicio. Valladolid, 1835.
- BULLÓN DE MENDOZA, Alfonso: «Don Carlos y Maroto», en *Aportes*, n.º 29, diciembre 1995.
- : *La Primera Guerra Carlista*. Actas. Madrid, 1992.
- BURGO, Jaime del: *Para la historia de la Primera Guerra Carlista*. Príncipe de Viana. Pamplona, 1981. Incluye el *Diario* de Florencio Sanz.
- CAMARERO LÓPEZ: *Supplément historique aux Mémoires sur la guerre de Navarre*. Collignon. Metz, 1845.
- ECHAIDE, Martín: *Reseña histórica sobre los preliminares del Convenio de Vergara*. J. Llorente. Madrid, 1849.
- ESPOZ Y MINA, Francisco: *Memorias*. Atlas. Madrid, 1962, vol. II, *Fastos españoles*. Ignacio Boix. Madrid, 1839-1840.
- FERNÁNDEZ DE CÓRDOBA, Luís: *Memoria justificativa*. Tomás Jordán. Madrid, 1837.
- FERNÁNDEZ DE CÓRDOVA, Fernando: *Mis Memorias íntimas*. Atlas. Madrid, 1966.
- FERRER, Melchor; TEJERA, Domingo y AEDO, José F.: *Historia del tradicionalismo español*. Editorial Católica Española. Sevilla, 1941-1979.
- FLÓREZ, José Segundo: *Espartero, historia de su vida militar y política*. Wenceslao Ayguals de Izco. Madrid, 1847.
- Galería Militar*. Hortelano y Cía. Madrid, 1846.
- GIRÓN, Pedro Agustín, marques de Las Amarillas: *Recuerdos*. Universidad de Navarra. Pamplona, 1981, vol. III.

- HENNINGSSEN, C.F.: *The Most Striking Events of a Twelve-Month Campaign with Zumalacárregui*. John Murray. Londres, 1836.
- IRIBARREN, José María: *Espoz y Mina, el liberal*. Aguilar. Madrid, 1967.
- LACY EVANS, Sir John de: *Memoranda of the Contest in Spain*. Ridgway. Londres, 1840.
- LÁZARO TORRES, Rosa María: *La otra cara del carlismo vasco-navarro*. Mira. Zaragoza, 1991.
- : *El poder de los carlistas*. Autoedición. Bilbao, 1993.
- MOORE, John: *Scenes and Adventures in Spain*. Richard Bentley. Londres, 1845.
- PAN-MONTOJO, Juan: *Carlistas y liberales en Navarra*. Pamplona, 1990.
- Panorama español*. Imprenta del Panorama Español. Madrid, 1842–1845.
- PEÑA, Enrique de la: *Tío Tomas, los 20 meses memorables de Zumalacárregui*. R.G.M.S.A., 2015.
- PIRALA, Antonio: *Historia de la Guerra Civil*. Imprenta y Librería Universal. Madrid, 1868–1870.
- : *Vindicación del general Maroto*. Urgoiti. Pamplona, 2005.
- PORRAS Y RODRÍGUEZ DE LEÓN: *La Expedición Rodil y las legiones extranjeras en la 1ª Guerra Carlista*. Ministerio de Defensa. Madrid, 2004.
- RÍO ALDAZ, Ramón: «De voluntarios realistas a mercenarios», en *Gerónimo de Ustáriz*, n.º 3, 1997.
- SOJO Y LOMBA, Fermín: *El mariscal Mazarrasa*. Centro de Estudios Montañeses. Santander, 1973.
- SOMERVILLE, Alexander: *History of the British Legion and the War in Spain*. James Pattie. Londres, 1839.
- URANGA, José Ignacio: *Diario de guerra*. Diputación de Guipúzcoa. San Sebastián, 1959.
- URQUIJO, José Ramón: «Los sitios de Bilbao», en *Estudios Históricos III*. Ormaiztegui, 1994.
- VILLEGAS LÓPEZ, Ramón: *La batalla de Ramales*. Librucos. Torrelavega, 2010.
- ZARATIEGUI, Antonio: *Vida de Zumalacárregui*. José de Rebolledo y Cía. Madrid, 1845.

LA GUERRA DE CABRERA. La Primera Guerra Carlista en el Maestrazgo (1833-1840)

Javier URCELAY ALONSO¹

RESUMEN

La comarca del Maestrazgo, comprendido en sentido amplio, fue uno de los principales escenarios de la Primera Guerra Carlista. El levantamiento carlista producido a la muerte del rey Fernando VII, contó con el masivo apoyo de los Voluntarios Realistas del Reino de Valencia, pero fue pronto aplastado por las tropas cristinas. Sin embargo, la aparición en el campo carlista de la figura del seminarista tortosino Ramón Cabrera, de extraordinarias dotes organizativas, liderazgo y talento militar, permitiría su recuperación y crecimiento, hasta llegar a dominar un extenso territorio.

Tras la toma de Cantavieja, Cabrera desplegó una extraordinaria labor organizativa, tanto en el plano militar como en el civil, sentando las bases para la administración del territorio bajo su control, así como para convertir las partidas guerrilleras en el Ejército Real de Aragón, Valencia y Murcia.

Las tropas del Maestrazgo participaron en la expedición de Gómez, constituyeron la vanguardia de la Expedición Real que llegó hasta Madrid, conquistaron Morella, que convirtieron en su capital, y batieron al general Pardiñas en los campos de Maella.

¹ Fundador del Museo Carlista de Madrid. San Lorenzo de El Escorial. www.museocarlistademadrid.com

Tras el declive carlista en el Norte posterior al fracaso de la Expedición Real, Cabrera y su ejército concentraron las mayores esperanzas de la Causa legitimista. La no aceptación por parte del caudillo tortosino del Convenio de Vergara firmado por Maroto a espaldas del rey, le llevaron a continuar la guerra, primero en el Maestrazgo y después pasando a Cataluña, hasta que la disparidad de fuerzas y una grave enfermedad hicieron imposible la resistencia, viéndose obligado a cruzar la frontera francesa y poner fin a la guerra.

PALABRAS CLAVE: Maestrazgo. Primera Guerra Carlista. Guerra de los Siete Años. General Ramón Cabrera. Morella. Cantavieja. Ejército Real de Aragón, Valencia y Murcia. Carlismo. Legitimismo. Carlos V de Borbón. Pretendiente carlista.

SUMMARY

The Maestrazgo region, understood in a broad sense, was one of the main scenes of the First Carlist War. The Carlist uprising produced at the death of King Ferdinand VII, had the massive support of the Royalist Volunteers of the Kingdom of Valencia, but was soon crushed by the Christian troops. However, the appearance in the Carlist field of the figure of the seminarian from Tortosa Ramón Cabrera, with extraordinary organizational skills, leadership and military talent, would allow its recovery and growth, until it came to dominate an extensive territory.

After the capture of Cantavieja, Cabrera displayed extraordinary organizational work, both on the military and civil levels, laying the foundations for the administration of the territory under his control, as well as converting the guerrilla groups into the Royal Army of Aragon, Valencia and Murcia.

The troops of the Maestrazgo participated in the Gómez expedition, they formed the vanguard of the Royal Expedition that reached Madrid, conquered Morella, which they made their capital, and beat General Pardiñas in the fields of Maella.

After the Carlist decline in the North after the failure of the Royal Expedition, Cabrera and his army concentrated the greatest hopes of the Legitimist Cause. The non-acceptance by the leader of Tortosa of the Vergara Agreement signed by Maroto behind the king's back, led him to continue the war, first in the Maestrazgo and later in Catalonia, until the disparity of forces and a serious illness made the resistance impossible, being forced to cross the French border and to put an end to the war.

KEY WORDS: First Carlist War. Seven Years' War. General Ramon Cabrera. Morella. Cantavieja. Royal Army of Aragon, Valencia and Murcia. Carlism. Legitimacy. Charles V of Bourbon. Carlist claimant.

* * * * *

1. *El levantamiento carlista en la Cataluña meridional, Aragón y Valencia*

El 29 de septiembre de 1833 se produce el fallecimiento de Fernando VII. Las noticias que enviaban todos los gobernadores anunciaban que se hacían preparativos para un alzamiento. Llauder, capitán general de Cataluña, extremó las precauciones y adoptó una serie de medidas para evitar el posible levantamiento general, que supusieron un efectivo estado de militarización del país.

El 3 de octubre, el administrador de correos de Talavera de la Reina, Manuel González, fue el primero en levantar la bandera del rey Carlos V, por lo que sería ajusticiado poco después.

El fuego de la insurrección se propagó rápidamente por el país y el 5 de octubre el teniente coronel José Galcerán, en Prat de Llusanés, enciende la tea de la insurrección en Cataluña, que fue sofocada rápidamente por las tropas de Llauder, pero otras partidas empezaban a hacerse presentes en varios corregimientos.

Inmediatamente después de producirse los primeros conatos de levantamiento carlista, el gobierno publicó varios decretos imponiendo la pena de muerte a todos los carlistas que fueran cogidos con las armas en la mano. Sentaba con ello el bando liberal la pauta de guerra sin cuartel y el carácter sangriento que habrían de caracterizar a la Guerra de los Siete Años.

En Aragón y confines del Reino de Valencia los acontecimientos habían seguido un curso paralelo al de Cataluña, con análogo descontento y clima conspiratorio entre los Voluntarios Realistas y los oficiales ilimitados y retirados. Sólo faltaba la aparición de un jefe militar de prestigio en el país, y una plaza fuerte que sirviera de apoyo.

El Real Decreto de desarme de los Voluntarios Realistas de 25 de octubre de 1833 se fue comunicando a los comandantes del Maestrazgo a mediados de noviembre. En muchos pueblos esta disposición fue incumplida, circulándose órdenes para que todos los realistas se reunieran en puntos determinados, señalándose Morella como el principal punto de reunión de los realistas del Reino de Valencia.

El 28 de octubre el coronel Carnicer, que se hallaba en situación de ilimitado, dio el grito a favor de Carlos V en el Bajo Aragón, que inició así la sublevación realista.

El día 6 de noviembre llegó a Morella Rafael Ramdeviu y Pueyo, barón de Hervés y conde de Samitier, que había salido de Valencia tras la muerte de Fernando VII para evitar ser víctima de los atropellos contra los realistas que se produjeron en la capital del Turia, ciudad de la que había sido alcalde-corregidor. Llegaba acompañado de varios cientos de voluntarios que se le habían ido incorporando en su tránsito. A su graduación militar en el Ejército, unía ser muy conocido en el país por los cargos políticos ocupados y por estar su baronía radicada en el pueblo de Hervés, a pocos kilómetros de Morella.

El barón de Hervés transmitió la disposición de los Voluntarios Realistas de Villarreal, Peñíscola y otras poblaciones que había atravesado, así como los progresos en las provincias del Norte y la precaria situación en que se encontraría la reina regente, obligada por los liberales a obrar prácticamente en contra de su voluntad. Con ello se encendieron los ánimos de los carlistas de la plaza, cuyo gobernador militar, el coronel Carlos Victoria, proclamó a Carlos V el 13 de noviembre.



Figura 1: Manuel Carnicer y Rafael Ramdeviu, barón de Hervés, jefes del alzamiento carlista en el Bajo Aragón y el Maestrazgo

Para administrar el poder conquistado, al día siguiente se constituyó una Junta de Gobierno. El barón de Hervés recibió el nombramiento de comandante general de la Corona de Aragón, enviando un llamamiento a

todos los comandantes Realistas de San Mateo, Benasal y demás pueblos del Maestrazgo, del distrito de Castellón de la Plana e inmediaciones², sin olvidar al coronel Carnicer que no había temido precederle en tan arriesgada empresa.

Al saberse el levantamiento de Morella, de todas partes llegaban voluntarios para inscribirse en las filas carlistas. Voluntarios Realistas, algunos miembros del Ejército –incluido Carnicer con su gente–, antiguos combatientes del trienio liberal, simples campesinos y un número importante de jóvenes concurren a la plaza, pululando por las calles de Morella.

El grito a favor del pretendiente resonó en todos los ángulos de la provincia, echándose al monte distintas partidas. En las comarcas limítrofes del Bajo Aragón y de la Tierra Baja, se registraron movimientos similares, de modo que el 20 de noviembre contaba Morella sobre tres mil hombres armados.

Entre los que llegaron a Morella se encontraba un joven seminarista de Tortosa llamado Ramón Cabrera, que días antes había recibido del gobernador militar de su ciudad la orden de destierro, con otros sesenta vecinos considerados peligrosos por las nuevas autoridades.

Ramón Cabrera había nacido en diciembre de 1806, y era hijo de un marino mercante de nombre Josef y de su joven esposa María Griñó. Al ser su ciudad natal invadida por los franceses, la familia se había trasladado a Vinaroz, donde poco después fallecería el padre. La joven viuda regresó a su ciudad, donde no mucho tiempo después contraería matrimonio con otro marino mercante, de nombre Felipe Calderó.

El carácter travieso e inquieto del joven Ramón llevó a sus padres a encaminarlo hacia la carrera eclesiástica, aprovechando un beneficio al que tenían derecho fundado por sus antepasados en la catedral de Tortosa. La nula vocación del interesado llevó al experimentado obispo diocesano, D. Víctor Sáez, a no querer conferirle el diaconado, viendo en la personalidad del joven una mayor predisposición para la milicia que para la vida eclesiástica.

Al recibir el 12 de noviembre la orden de destierro con el pasaporte para Barcelona, Cabrera decidió dirigirse a Morella para unirse a los hombres que en todo el corregimiento de Tortosa y el Maestrazgo se levantaban por Don Carlos.

² El cuerpo de Voluntarios Realistas de los partidos de Castellón constaba de trece batallones y un escuadrón de Caballería con sede en Villarreal. Los batallones radicaban en Castellón de la Plana, Villarreal, Vall de Uxó, Peñíscola, Torreblanca, Onda, Morella, Benasal, Vall de Almonacid, Segorbe, Jérica, Villar del Arzobispo y Liria. Todos estos efectivos pertenecían a la segunda brigada de la Subinspección de Voluntarios Realistas de Valencia y Murcia. Ver *Estado Militar de España*. Imprenta Real. Madrid, 1833.

Al poco de llegar a la plaza, Cabrera ofreció sus servicios para ocupar un puesto de secretario de Cosme Covarsí, comandante del batallón realista de Vinaroz, que necesitaba un cabo que supiera leer y escribir para ayudarle en las tareas de encuadramiento de los mozos. De esta manera Cabrera, a los pocos días de unirse a los rebeldes, se situó junto a los jefes que estaban dirigiendo el movimiento y supo granjearse la simpatía del barón de Hervés y del coronel Victoria.

Los capitanes generales tanto de Aragón como de Valencia, alarmados por el carácter que tomaba el levantamiento, enviaron tropas para sofocar la sublevación en los pueblos del Maestrazgo y rendir la plaza de Morella.

El general Horé, gobernador militar y político de Castellón, se plantó ante Morella con artillería, ante lo que los jefes carlistas consideraron que era mejor salir al encuentro del adversario, aprovechando su superioridad numérica. Los reclutas carlistas no pudieron, sin embargo, resistir el empuje de las tropas cristinas y se replegaron con gran desorden, corriendo unos hacia la ciudad y dispersándose otros por los montes.

En vista de la situación, el coronel Victoria y el barón de Hervés decidieron la evacuación de la ciudad la noche del 7 al 8 de diciembre, sin que los liberales se percataran de ello.

En la plaza quedaron 300 hombres de guarnición, integrados en tres compañías mandadas respectivamente por Cosme Covarsí, Manuel Vallés y el comandante retirado José Marcoval, el jefe más importante que quedaba en tierras valencianas. Con ellos quedó el joven cabo Cabrera, en quien el comandante carlista observó ciertas cualidades que le llevaron a tenerle por uno de sus hombres de confianza.

2. Represión de la insurrección. La dispersión de las partidas

Los fugitivos de Morella, al no poder internarse en el Maestrazgo castellonense, optaron por buscar refugio en territorio aragonés. Sin embargo, poco después fueron batidos en Calanda, lo que hizo que muchos se acogieran a indulto y otros se escondieran por los montes.

El día 9 de diciembre, las tres compañías que constituían la guarnición remanente en Morella evacuaron la ciudad.

La continua persecución de las tropas isabelinas no daba tregua y se cobraba continuas bajas entre los carlistas. Apenas llegaban a 300 hombres los que hicieron frente a aquellos primeros reveses. Se hacía preciso proceder a la elección de un jefe, en ausencia del barón de Hervés y del coronel Victoria, fugitivos y ocultos desde el encuentro de Calanda. En Vistabella,

una votación secreta llevada a cabo entre los jefes, en la que el sargento Cabrera ofició de secretario para el escrutinio, elevó a comandante general de los carlistas del Maestrazgo a Juan Marcoval. En realidad, comandante de los carlistas valencianos, ya que la sucesión efectiva del barón de Hervés la tenía Carnicer.

La elección de Marcoval causó disgusto a otros jefes que pretendían el mando. Una intervención decisiva de Cabrera evitó la ruptura entre los jefes del carlismo valenciano, dando origen a su incipiente prestigio y siendo nombrado en el acto subteniente de infantería en comisión.

A últimos de diciembre de 1833, sólo quedaban de los sublevados de Morella pequeños grupos de seis o siete hombres y jefes, ocultos en las cuevas o en las masías del país, acosados por las patrullas del ejército cristino, e indefensos ante los rigores del invierno.

El año 1834 no empezaba con mejores augurios que el que concluía, produciéndose nuevas bajas en cada choque con las columnas cristinas.

Marcoval y sus hombres, entre los que se encontraba Cabrera, ascendido ya a teniente, permanecieron en el barranco de Vallivana durante el mes de enero. Cabrera recorría los pueblos al frente de una pequeña partida de nueve hombres en busca de reclutas para organizar un batallón con el que pudiera operar la primavera siguiente, así como para recaudar dinero y alimentos. A las dos semanas Cabrera había conseguido reclutar 135 hombres, muchos de ellos procedentes de la dispersión de Calanda. La mayor parte carecía de armas. Cabrera empezaba entonces a sonar como *El Estudiante de Tortosa*.

Carnicer era el jefe de mayor prestigio, tanto por sus conocimientos militares como por haber sido el precursor del alzamiento. Para tratar sobre las acciones a adoptar, envió confidentes a los demás jefes a los que pudo localizar, invitándoles a reunirse en un día determinado. A la cita pudieron acudir veintiún jefes. Después de haber manifestado cada uno su opinión, acordaron enviar una comunicación a Zumalacárregui, no sólo para exponerle el estado en que se encontraban los carlistas, sino para que les diese instrucciones y obtener de Don Carlos autorización para poder premiar el mérito y el valor, así como poder aplicar castigos a quien lo mereciese³.

La emboscada preparada en el barranco de Vallivana en el mes de febrero permitió a los liberales hacer presos a Marcoval, Soto y Covarsí, que fueron pasados por las armas. Antes habían sufrido la misma suerte el barón de Hervés y el coronel Victoria, Sáforas, Borrás y demás infortunados compañeros.

³ Exposición de los carlistas aragoneses y valencianos, firmada por Carnicer y sus oficiales, entre ellos Cabrera, recogida en M. FERRER, D. TEJERA y J. ACEDO: *Historia del Tradicionalismo español*. Editorial Católica Española, S.A. Sevilla, 1941-1947, Tomo V, documento anexo n.º 18.

El 27 de febrero de 1834 fracasa en Zaragoza el intento de alzamiento carlista dirigido por los tenientes generales conde de Villemur y Blas Fournas –capitán general de Aragón hasta septiembre de 1832, que mantenía contactos desde Francia con los carlistas zaragozanos–, así como el brigadier Lampérez. Villemur logró fugarse y luego unirse a los carlistas de Navarra, mientras que Lampérez fue hecho prisionero.

Las noticias que se recibían causaban tremendo desaliento en los voluntarios carlistas. Muchos valencianos y aragoneses abandonaban para pedir indulto.

Cabrera se vio obligado a pasar a Aragón, pero el antiguo seminarista no era hombre que se arredrase fácilmente. Siguiendo órdenes de Carnicer con el fin de reclutar nuevos voluntarios, recorrió los pueblos de Teruel, logrando reunir hasta 140 voluntarios.

A principios de marzo, tuvo lugar una nueva junta general de los jefes carlistas, convocada por Carnicer para dar a conocer las instrucciones recibidas de Zumalacárregui. En ellas, se disponía el nombramiento de Manuel Carnicer como comandante general de Aragón; de José Mestre como comandante del Maestrazgo; y de José Torner como comandante de los carlistas de la derecha del Ebro. Junto a ello, se daba orden de que cada partida permaneciera al mando del jefe que las reclutara, si bien prestándose ayuda mutua cuando fuera preciso, y permaneciendo todos sujetos a los comandantes que se nombraban. Cabrera, segundo de Carnicer y hombre de su plena confianza, empezó pronto a convertirse en el líder natural de las partidas aragonesas, que reconocían su liderazgo y arrojo en los combates.

Durante los siguientes meses los carlistas sufrieron distintos choques con las fuerzas cristinas, que se tradujeron en completas derrotas, como en Mayals, o en pequeñas victorias, incapaces de cambiar el signo que iba tomando el levantamiento.

En octubre de 1834 la situación del carlismo valenciano, aragonés y tortosino era francamente apurada, fruto de la implacable persecución de la que eran objeto las partidas y de la pérdida de algunos de sus más destacados jefes, capturados y pasados por las armas sin piedad.

Cabrera ignoraba el paradero de Carnicer y los demás jefes carlistas, y se veía sin recursos, en medio de un país yermo y desolado, acosado sin cesar por las columnas de la reina. En tal situación, tomó la resolución de presentarse en el Cuartel Real y exponer personalmente al rey, si le era posible, la situación de sus partidarios levantinos, y lo que a su juicio debería hacerse.

El 10 de febrero Cabrera y el comandante García fueron recibidos por el conde de la Penne Villemur, ministro de la guerra del pretendiente, que

se encontraba en Zúñiga (Navarra). Al día siguiente, Cabrera y su acompañante García fueron recibidos por el rey, al que pusieron puntualmente al corriente de la situación de sus partidarios levantinos. Al reemprender la marcha el 18 de febrero, habían logrado que la situación en el Maestrazgo y el Bajo Aragón fueran ahora conocidos en el Cuartel Real, por el Rey, por Villemur y, probablemente, por el propio Zumalacárregui, en su calidad de jefe del Estado Mayor General de Carlos V.

A su vuelta de Navarra y debido a las precauciones que las partidas tomaban para ocultar su paradero, Cabrera no pudo encontrar a Carnicer hasta el 8 de marzo, entregándole los pliegos del Cuartel Real, que le ordenaban dejar el mando al jefe de más graduación, y presentarse en Navarra a recibir sus soberanas instrucciones.

El día siguiente se verificó el reconocimiento de Cabrera como jefe accidental de todas las fuerzas que operan en el Bajo Aragón y confines de Valencia y Cataluña.⁴



Figura 2: Ramón Cabrera Griñó, según un dibujo del natural realizado por Luís López Piquer

⁴ CÓRDOBA, Buenaventura de: *Vida militar y política de Cabrera*. Imprenta y fundición de D. Eusebio Aguado. Madrid, 1844, Tomo I, documento n.º 15.

Emprendido su viaje a Navarra atravesando territorio enemigo, Carnicer fue reconocido y hecho prisionero al llegar al puente de Miranda para intentar pasar el río Ebro. Cuatro días después, el 6 de abril, fue fusilado por la espalda en el propio Miranda de Ebro, con gran sentimiento de cuantos le conocían. La pérdida del que hasta entonces era el principal jefe de los carlistas de Aragón y Valencia, juntamente con la eliminación de otros jefes de partida a manos de las tropas cristinas, marcaría el ascenso de Cabrera hasta convertirle, como se haría patente en los meses siguientes, en el caudillo indiscutible del carlismo levantino.

Poco a poco, la guerra que empezó por una cuestión dinástica, se enardeció por los principios políticos y tomó después el carácter de religiosa, por los desmanes del populacho y por la condescendencia de los que dirigían el timón del Estado, cuando no su declarada complicidad con la Revolución en curso.

Los avances de la Revolución favorecían paradójicamente los avances del carlismo. Las partidas carlistas aumentaron considerablemente por los desaciertos del partido liberal, que no respetaba lo más sagrado que tenía la nación. Como gráficamente dice un historiador liberal, «la lava del volcán se había derramado desde las alturas que enciman la Plana de Castellón por el llano de Villarreal y Torreblanca y sobre el propio camino real, había entrado en la huerta de Valencia, y cruzando el río Júcar había llegado hasta Albaida, en la provincia de Alicante»⁵.

3. *El afianzamiento de los carlistas y el endurecimiento de la guerra*

La pérdida del control efectivo sobre buena parte del Maestrazgo y el Bajo Aragón se hizo patente hasta para las propias autoridades cristinas encargadas por la seguridad de estos territorios⁶. La consecuencia fue la pérdida de confianza de los ayuntamientos en que el gobierno fuera capaz de defenderles, lo que hizo que muchos de ellos empezaran a ayudar también a los carlistas. Otro signo del creciente poder carlista fue el incremento de las deserciones procedentes del ejército cristino, que venía a sumarse como síntoma a la escasa capacidad de reclutamiento de la Milicia Nacional en los pueblos afectados por la guerra.

⁵ SAN ROMÁN, Marqués de: *Guerra Civil de 1833 a 1840 en Aragón y Valencia. Campañas del general Oraá (1837-1838)*, 2 volúmenes. Imprenta y fundición de M. Tello. Madrid, 1884 y 1896, Tomo I, p. 23.

⁶ Así, por ejemplo, en el Oficio del capitán general de Aragón, Antonio María Álvarez, al brigadier Noguera, comandante general del Bajo Aragón, fechado en Zaragoza el 14 de mayo de 1835. Archivo de la Real Academia de la Historia 9/6828.

El 11 de noviembre de 1835 el Cuartel Real comunicó a Cabrera su nombramiento como segundo comandante general interino del Bajo Aragón⁷ y, con la misma fecha, a José Miralles *El Serrador* el de comandante del Maestrazgo y Valencia. Torner obraba con una cierta autonomía en el corregimiento de Tortosa y derecha del Ebro. Sin embargo, por encima de los reconocimientos oficiales, cada día se hacía más patente en los hechos la supremacía de quien por su innato genio militar, su arrojo en el combate y su capacidad de organización, destacaba entre todos los jefes del carlismo levantino.

A partir de ese momento la suerte de la guerra en Levante sería otra. Cabrera sistematizaría las bases del conflicto y les daría dimensión en un esfuerzo por hacer de las partidas de guerrilleros carlistas un ejército organizado y dotarle de una infraestructura administrativa, de una hacienda y de unos órganos de gobierno.



Figura 3: José Miralles, alias «El Serrador», nombrado jefe de los carlistas del Maestrazgo y Valencia

⁷ Texto del comunicado recogido en OYARZUN, Román: *Vida de Ramón Cabrera y las guerras carlistas*. Editorial Aedos. Barcelona, 1961, p. 35.

En el plano militar, el objetivo de Cabrera era el que sus tropas fueran reconocidas como un verdadero ejército, que combatía por la causa de un rey al que respaldaba la legitimidad sucesoria, y que por tanto era tanto o más digno de consideración que el ejército que luchaba por Isabel II.

Cabrera pone en marcha unas dotes de organizador que hasta entonces habían estado inéditas, y en las que mostró un talento fuera de lo común. A cada división le asignó un recaudador o depositario, constituyendo así la base de la Administración o Hacienda militar, encargada de pagar sueldos y soldadas. Junto a los salarios, se estableció la organización de las raciones y del vestuario de las tropas, hasta entonces ataviadas de manera anárquica, en los más de los casos con las propias prendas cogidas al enemigo o con el vestuario característico de los paisanos del lugar. En cuanto a las municiones, otra de las necesidades que escaseaban, Cabrera decidió crear en el interior de los Puertos una fábrica de munición y un taller de recomposición de armas. Para el cuidado de los heridos y enfermos, potenció la sanidad militar creando un verdadero hospital en el monasterio de Benifazar, convirtiéndolo en el núcleo de lo que sería la notable organización sanitaria que tendría, con el tiempo, el Ejército Real de Aragón y Valencia.

Cabrera estaba en todos los detalles, controlándolo todo personalmente y enfureciendo cuando algo no salía como él lo había previsto. Así, con su experiencia desde el comienzo de la guerra, Cabrera estableció las bases de un ejército regular, con su administración militar y servicios auxiliares, que le permitirían llevar a cabo su plan de acción. La administración civil aún no se inició, y no lo hará hasta que los carlistas no empiecen a dominar, de manera estable, partes crecientes del territorio en el que operaban.

Un incidente habría de tener un profundo impacto sobre el curso de la guerra. María Griñó, la madre de Cabrera, junto con sus hermanas, habían sido encarceladas como rehenes por el general Colubi el 9 de Julio 1834, cuando aún Cabrera no era más que un desconocido oficial a las órdenes de Carnicer, permaneciendo desde entonces en los calabozos de los cuarteles de Tortosa. El 7 de febrero de 1836, el gobernador militar de Alcañiz informó al comandante general del Bajo Aragón, el brigadier Noguerras, del fusilamiento de unos alcaldes por parte de Cabrera por haber pasado información al enemigo. Al recibir la noticia, Noguerras ordenó «fusilar a la madre del rebelde Cabrera, dándole publicidad en todo el distrito, prendiendo además a sus hermanos o hermanas, para que sigan igual suerte si el sigue asesinando inocentes», decisión que pide se haga extensiva a las familias de los demás jefes carlistas «debiendo V.S mandar fusilar a las mujeres, padres o madres de los cabecillas de Aragón, que cometan iguales atentados que el feroz Cabrera»⁸. La orden fue refrendada por general Espoz, capitán general de Cataluña.

⁸ FERRER, M.; TEJERA, D. y ACEDO, J.F.: op. cit., Tomo XI, documento n.º 17.

El 16 de febrero de 1836, María Griñó fue fusilada en la barbacana del fuerte de Tortosa sin siquiera darle opción de recibir los últimos sacramentos, en un acto de vileza que por la generalidad fue reprobada con indignación. Los parlamentos francés e inglés denunciaron el hecho y el carácter sanguinario que tenía la guerra civil española⁹.

El historiador y político liberal Nicomedes-Pastor Díaz, supo valorar la injusticia y trascendencia de aquella vileza: «La sangre de un solo inocente así derramada, una tan bárbara y tan atroz injusticia como el horrible hecho que referimos, mancha un partido, ensangrienta más una causa que la mortandad de cien combates... Desde aquel momento, Cabrera quedaba disculpado de todos sus horrores. El vértigo, el frenesí de matanza que le acometió, no podía justificarse jamás, pero se explicaba y se comprendía. Muchas veces hemos temblado al discurrir que en circunstancias semejantes hubiéramos podido ser monstruos también. Nos hemos aterrado, cuando después de la sangrienta relación de los horrores cometidos en Aragón y Valencia, escuchábamos de boca de alguna persona pacífica y de condición suave, estas palabras terribles: Yo hubiera hecho más si hubieran fusilado a mi madre»¹⁰.

Cabrera no recibió la noticia del fusilamiento de su madre hasta el final del día 20 de febrero, estando en Valderrobres. Al conocer los hechos y abrumado por la terrible injusticia, no pudo contener el deseo de venganza contra los monstruos capaces de matar a su madre anciana y desvalida. Convencido de la necesidad de no dejar impune un acto semejante de crueldad, y sediento de vengar la injusticia cometida con su pobre madre, dictó a su secretario un bando terrible, como él mismo lo califica. En él declara traidores y dispone el fusilamiento de todos los individuos que se hagan prisioneros en lo sucesivo, así como que sean pasadas por las armas Doña María Roqui, esposa del coronel Fontiveros, comandante de armas de Chelva, que fue aprehendida en el ataque a la citada población, así como de Cinta Foz, Francisca Urquizu, y Mariana Guardia, familiares de guardias urbanos de Beceite, que le acompañaban como rehenes, precisamente para evitar medidas contra su madre y hermanas, así como otras treinta personas¹¹.

Cabrera tomó esta decisión creyéndola su deber, cegado por la ira y para demostrar al mundo entero que no aceptarían crímenes semejantes de

⁹ Carta de 7 de marzo de 1836 de G. Villiers a Lord Palmerston. BULLEN, Roger y STRONG, Felicity: *Palmerston. I: Private correspondence with Sir George Villiers (afterwards fourth Earl of Clarendon) as Minister to Spain 1833-1837*. Her Majesty's Stationery Office. London, 1985, p. 388.

¹⁰ DÍAZ, Nicomedes-Pastor: «Biografía de Don Ramón Cabrera», en *Obras*, Tomo V. Imprenta de Manuel Tello. Madrid, 1968, p. 289.

¹¹ Texto del *Bando* en ROMÁN OYARZUN: op. cit., pp. 45 y 46.

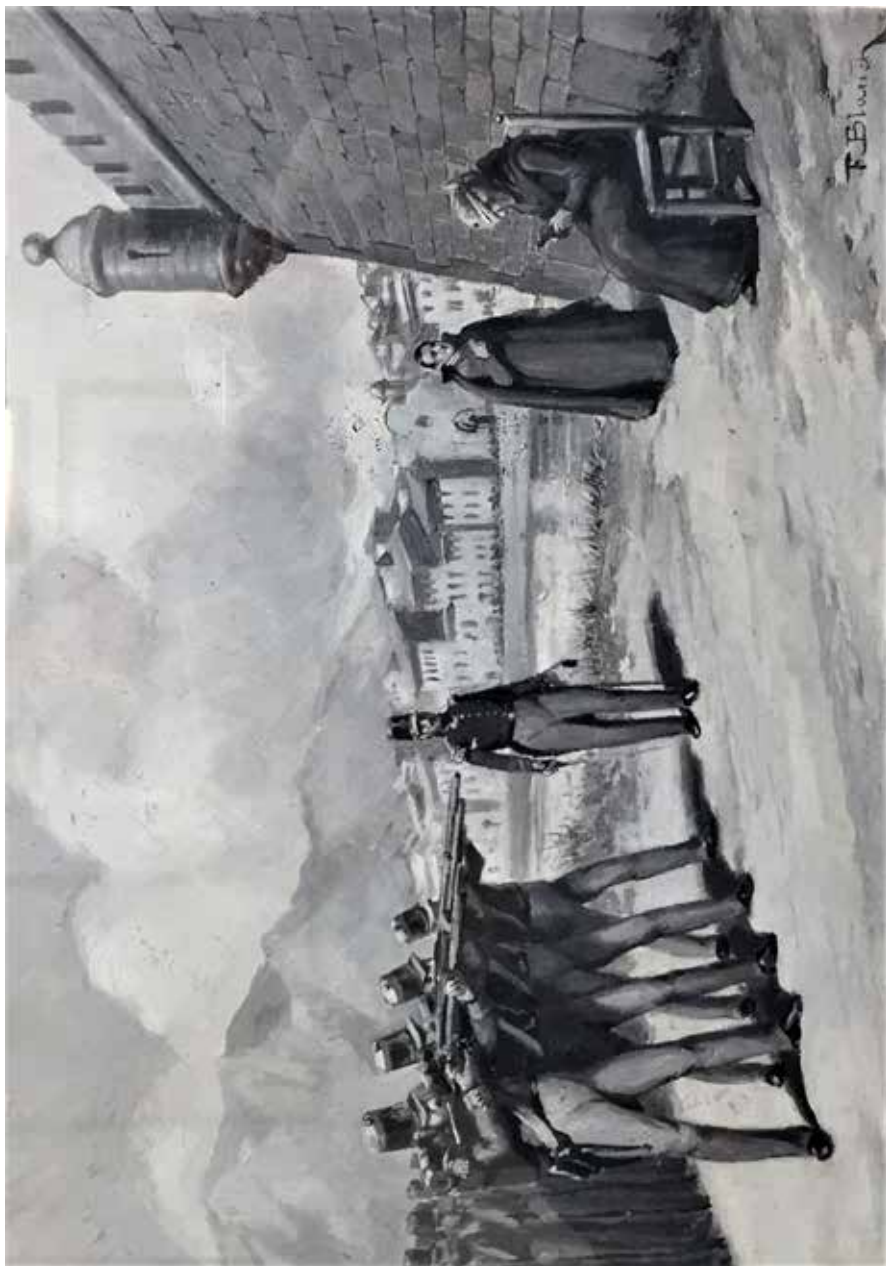


Figura 4: *Fusilamiento de la madre de Cabrera*, según grisalla de F. Blanch. Museo Carlista de Madrid

forma impune, a pesar de la repugnancia que le produciría dar la orden de ejecutar a unas mujeres a las que sabía inocentes, a las que siempre había tratado con toda consideración, que con frecuencia le habían acompañado a la mesa desde que estaban en su poder. En el caso de Cinta Foz, que sólo tenía 18 años se dice que Cabrera había llegado a coquetear con ella e incluso que muchos creían que pensaban casarse¹².

El 16 de marzo de 1836, casi un mes después de los hechos, el atribulado coronel retirado Fontiveros escribió una carta a Isabel II en la que, doliéndose de las víctimas inocentes causadas por tanta injusticia, pedía que se procesase y juzgase al brigadier Noguerras y al general Espoz y Mina, como responsables últimos de la muerte de su mujer¹³.

El fusilamiento de la madre de Cabrera marca un punto de inflexión en la guerra. A partir de ese momento la misma conocerá un endurecimiento sin precedentes, que la convertirán en guerra cruel y sanguinaria¹⁴.

Con fecha 8 de febrero, Cabrera recibió la Orden Real, firmada por el conde de Villemur ascendiéndole al empleo de brigadier de Infantería¹⁵.

Poco a poco, Cabrera ensanchaba el círculo de sus operaciones, aprovechando la insuficiencia de tropas cristinas para atender al mismo tiempo la guerra en el Norte, las guarniciones en las ciudades que amenazaban revueltas y los muchos puntos en los que las tropas realistas reclamaban su atención.

¹² Algunas fuentes señalan a Francisca Urquizu en lugar de Cinta Foz como la joven en quien Cabrera había fijado su atención. Al parecer de las tres mujeres, dos eran solteras y jóvenes, mientras que la tercera era más mayor. En las fuentes existe una gran disparidad incluso en el apellido de estas mujeres, que, salvo Mariana Guardia, conocen todo tipo de variantes, probablemente debidas a la originalidad y pronunciación de la lengua hablada en Beceite y los pueblos de la cuenca del Matarraña.

¹³ CALBO Y ROCHINA DE CASTRO, Dámaso: *Historia de Cabrera y de la Guerra Civil en Aragón, Valencia y Murcia*. Establecimiento Tipográfico de D. Vicente Castelló. Madrid, 1845, pp. 183 y 184.

¹⁴ Cabello, Santa Cruz y Temprado, que no pueden considerarse fuentes fiables por su manifiesto sectarismo, llegan a imputar a Cabrera el fusilamiento de 975 personas a lo largo de los siete años que duró la guerra. Ver CABELLO, F.; SANTA CRUZ, F. y TEMPRADO, R.M.: *Historia de la guerra última en Aragón y Valencia*. Imprenta del Colegio de Sordomudos. Madrid, 1845, Tomo II, pp. 193 a 195. Las cifras resultan prácticamente imposibles de cotejar, y no tienen en cuenta los innumerables carlistas que fueron fusilados por orden de los jefes del ejército liberal, en lo que fue una guerra implacable y sanguinaria por los dos bandos. Por mencionar sólo algunos de los jefes carlistas, mencionados por los mismos autores unas páginas más adelante –pp. 220 y 221– el barón de Hervés fue fusilado en Teruel; Carlos Vitoria en Lucena; Carnicer en Miranda de Ebro; el brigadier Tena en Lahoz; Magraner en Játiva; el Guerrista y Papaceite en La Galera; Cordero en Daroca; Jover en Lidón; García y Lerin en Quinto; Tallada en Chinchilla; el comandante Tena en Singra; Torner y Mombiola en Jaca; Peinado y Peret del Riu en Valencia; Vicente Perciva en Peñíscola; el Serrador y La Coba en Benasal –después de concluida la guerra–; Bosque en Zaragoza...

¹⁵ Orden con el nombramiento recogido en OYARZUN, Ramón: op. cit., p. 48.

Nunca satisfecho con las ventajas presentes, sino alimentado permanentemente de grandes proyectos, Cabrera sólo pensaba en los trabajos de organización, en medios de allegar recursos, de aumentar y de armar a su ejército. A cada paso iban agrandándose sus miras. Las facciones de Aragón y Valencia no eran ya columnas sueltas; eran divisiones de su ejército.

En el mes de abril de 1836 un confidente le avisó de la pretensión del Gobierno de fortificar Cantavieja¹⁶. Esta noticia le hizo acelerar sus planes, largamente considerados, de contar con una plaza fuerte que le sirviera de centro de operaciones. Ante la precipitación de los acontecimientos, Cabrera decidió la fortificación urgente de Cantavieja, antes de que algún jefe cristino se anticipara.

Necesitaba una plaza donde pudiera llevarse a cabo la instrucción de los numerosos nuevos reclutas que se le agregaban, se dispusiera de hospitales, depósito de víveres, fábricas de pólvora y otros aspectos de la intendencia de un ejército que empezaba a ser numeroso y a disponer de un cierto grado de organización.

A diferencia de Zumalacárregui en el Norte, Cabrera no tuvo en dos años una fortaleza en que abrigarse, ni una población considerable en que guarecerse. Cuando la tuvo, se enseñoreó de un vasto territorio; fundó, por así decirlo, un estado y una capital, y extendió en derredor suyo líneas de defensa y fortificación.

Cabrera tenía a Morella en sus pensamientos, porque era la llave y ciudadela natural del Maestrazgo, que constituía el centro de sus operaciones. A su conquista se dirigieron todos sus planes y tentativas. Alternativamente Peñíscola o su Tortosa natal eran las otras plazas fuertes que soñaba, pero ninguna de ellas era empresa fácil y las conspiraciones alentadas para su rendición no habían tenido éxito. Sin perderlas nunca de vista, no quiso perder el tiempo, y optó por planes alternativos menos difíciles, y Cantavieja reunía condiciones favorables.

En quince días los planes del tortosino eran ya una realidad y Cantavieja se convertía en capital del Maestrazgo carlista.

Cabrera, al tiempo que luchaba, implantaba una hacienda rudimentaria y un conato de estado, con cierta unidad y centralización en su administración. Esta característica le dio gran respeto por parte de sus voluntarios, que sabían que nada les faltaría mientras él se encontrara a su frente.

¹⁶ Cantavieja había dispuesto de comandante de armas y una guarnición del ejército, pequeña pero suficiente para disuadir a los carlistas de atacarla. Sin embargo, fue abandonada el 22 de agosto de 1835 por una orden de las autoridades militares cristinas, con lo que cuando Cabrera decidió apoderarse de ella la plaza estaba completamente indefensa.

Cabrera recorría todo el país comprendido entre el mar, el Ebro y el Guadalupe y el río Mijares, en un territorio que abarcaba las provincias de Teruel, Castellón, parte de la de Valencia, los confines de la de Tarragona y el este de la de Cuenca, en una circunferencia de unas cien leguas.

Él era la inteligencia que presidía todo, la voluntad a que obedecían aquellas masas. Él era el que las creaba, las alimentaba. Su eterno pensamiento era proveer a su subsistencia. El saqueo de las poblaciones ricas, el merodeo por los campos, eran sus contribuciones. Los alcaldes, por adhesión sincera o por temor, eran sus intendentes y sus celosos comisarios¹⁷.

Mientras se ocupaba de todo ello y con el fin de poder acabar la fortificación de Cantavieja y completar la intendencia, dio orden a sus lugartenientes de que llamaran la atención de las columnas liberales en distintos puntos alejados de la plaza.

Los triunfos y progresos de los carlistas en esta época motivaron reiteradas solicitudes de refuerzos militares por parte de distintas instancias de Aragón y Valencia, tanto civiles como militares. La Diputación de Castellón pedía al gobierno que salvara a aquella provincia antes de que se convirtiera en otra Navarra, y el capitán general de Valencia informaba el 4 de junio sobre el gran incremento que cobraban los carlistas y el riesgo de que aumentaran más, solicitando se enviaran más efectivos.

Por esos días la columna de José Miralles *El Serrador* hostigó Castellón, realizó una tentativa sobre Benicarló y rindió los fuertes de Alcalá de Xivert y Torreblanca. Con ello los carlistas protegían sus comunicaciones, ampliaban su radio de acción a las poblaciones del litoral, acopiando abundantes recursos, evitaban que las fuerzas de la reina dieran abasto para atender tantos puntos a los que debían acudir y ponían de manifiesto al país que habían pasado a tomar la iniciativa.

La aparente inacción de Cabrera recluido en Cantavieja hacía sospechar a las autoridades liberales que algo tramaba. Los temores se concentraban en Morella, donde el gobernador recelaba de que la guarnición pudiera estar confabulada con el enemigo.

En efecto, Cabrera tenía su mirada puesta en la capital de los Puertos, aunque no eran estos sus únicos planes, consistentes igualmente en fatigar a las tropas de la reina con marchas y contramarchas, poner a Cantavieja en las mejores condiciones para su defensa, y junto a ello, caer sobre los pueblos fortificados de la ribera valenciana para proveerse de víveres, caballos y recursos que necesitaba.

¹⁷ VON GOEBEN, Augusto: *Cuatro años en España*. Institución Príncipe de Viana. Diputación Foral de Navarra. Pamplona, 1966, p. 249.

Cabrera seguía su táctica de atacar los fuertes y de que las unidades de *El Serrador*, Quílez y otros jefes carlistas hostigaran a las tropas gubernamentales en distintos puntos del territorio.

La estrategia de atacar en puntos muy dispersos daba abundantes frutos, al resultar imposible al ejército liberal acudir al mismo tiempo a todos los lugares donde las guarniciones de los fuertes le requerían. Ello producía el abandono de algunas de las mencionadas guarniciones, así como la desmoralización de los fieles al gobierno. Con todo ello los voluntarios carlistas ganaban, además, en experiencia y espíritu militar, como señalan los testimonios de los propios partes liberales de aquellos días¹⁸.

En oposición a la situación del bando cristino, Cabrera afianzaba cada vez más la organización de su ejército y podía presumir de un creciente control del territorio. Todas estas medidas produjeron un aumento del número de sus voluntarios.

En estos días recibió Cabrera el despacho de su ascenso a mariscal de campo, firmado por el Rey en Oñate con fecha 15 de agosto¹⁹

4. *Con la expedición de Gómez*

Cumpliendo órdenes de Don Carlos y del general Villarreal y con el fin de extender la guerra a Asturias y Galicia, el 23 de junio había salido de Navarra el brigadier Miguel Gómez y Damas, al frente de 2.700 infantes y 180 jinetes.

Tras marchar por Asturias y Galicia, Gómez pasó a las provincias de León, Palencia y Burgos, desde donde intentó regresar a Vizcaya, pero el gran número de prisioneros que llevaba consigo y el continuo acoso de las tropas cristinas dificultaba sus movimientos. Convencido de la imposibilidad de tener éxito en su propósito, decidió cambiar de planes y llevar la guerra al interior de la Península, para lo que optó por dirigirse hacia el Este para entrar en contacto con las fuerzas carlistas de Aragón, dirigiéndose hacia Cantavieja, para depositar allí sus prisioneros, para lo que mandó oficios a los comandantes del carlismo levantino.

Reunido con el general Gómez, Cabrera decidió unirse a los planes del general expedicionario de dirigirse contra la capital. En efecto, el 7 de septiembre la expedición de Gómez llegó a Utiel, pueblo de la provincia de Cuenca limítrofe con el Reino de Valencia, donde Cabrera y sus tropas

¹⁸ CÓRDOBA, Buenaventura de: op. cit., Tomo II, p. 75.

¹⁹ CÓRDOBA, Buenaventura de: op. cit., Tomo II, nota 29.



Figura 5: *Retrato al óleo del general Gómez, firma ilegible. Museo Carlista de Madrid*

se le reunieron el día 12, después de dar las órdenes correspondientes para lo que habían de hacer en su ausencia en Aragón y tierra de Tortosa²⁰.

La intención era hacer una incursión en la Mancha, y amenazar a Madrid, y aún atacarla si el estado de su defensa lo permitía²¹. Sin embargo, los distintos descalabros que experimentó la expedición en su recorrido, llevaron al general Gómez en La Mancha a desistir de su propósito de marchar sobre Madrid, internándose a cambio en Andalucía y luego Extremadura.

Cabrera, preocupado por la situación en Aragón, cuya defensa le correspondía como comandante general que era de ese territorio, y en desacuerdo con la estrategia errática de Gómez, deseaba regresar a Aragón con la división aragonesa que mandaba y con la valenciana de Miralles.

Estando en la capital extremeña, el día 2 de noviembre llegaron noticias sobre el riesgo inminente que sufría Cantavieja, sometida ya al fuego liberal. A pesar de la distancia a la que se encontraba, Cabrera tomó la decisión de acudir en su defensa como comandante general de Aragón que era. Pidió a Gómez alguna fuerza de Caballería que le acompañase, y con los hombres de José Miralles *El Serrador*, que quiso acompañarle voluntariamente, y sus ordenanzas y ayudantes, se separó de la expedición el 5 de noviembre.

5. Regreso al Maestrazgo

Tras abandonar en Cáceres la expedición, caminando día y noche sin interrupción y ayudado por numerosos voluntarios a su paso, Cabrera y sus mermadas tropas atravesaron las líneas enemigas, resultando el tortosino herido en Arévalo de la Sierra el 2 de diciembre al ser sorprendido por la columna del brigadier Albuin.

Cabrera –que en ese mes de diciembre cumplía treinta años– permaneció escondido en casa del párroco de Almazán, tomándose todas las precauciones para no ser descubierto. Todo tipo de rumores corrieron sobre su

²⁰ Según VON GOEBEN: op. cit., p. 86, los efectivos levantinos unidos a la expedición de Gómez ascendieron a 3.400 hombres de Infantería y 400 caballos.

²¹ DELGADO, José María: *Memorias militares del general D. Miguel Gómez y Damas. Expedición carlista por España en 1836*. Imprenta de El Correo Español. Madrid, 1914, pp. 29 y 30. Según comenta Buenaventura de Córdoba en su biografía de Cabrera, éste tomó notas durante su participación en la expedición de Gómez. Sin embargo, las perdió entre sus papeles, por lo que su biógrafo, al no disponer en esta ocasión de documentos del propio general, echó mano para narrar estos acontecimientos del relato de la expedición escrito por el comandante José María Delgado, que formó parte de la misma, contando para ello con el consentimiento del mismo Cabrera. (CÓRDOBA, Buenaventura de: op. cit., Tomo II, p. 91)

paradero, desde los que le daban por muerto a los que le señalaban fugitivo entre los montes. Al parecer, algunos individuos del propio ayuntamiento pudieron estar implicados en la ocultación del jefe carlista²².

Durante la prolongada ausencia de Cabrera, el desaliento empezó a cundir entre los partidarios de Don Carlos de Aragón, Valencia y Murcia, y el entusiasmo realista de las poblaciones parecía apagarse al ritmo de algunos episodios en que las armas carlistas no salieron bien paradas. Así acabó el año, con el jefe interino Arévalo asegurando, entre el escepticismo de muchos, que Cabrera vivía y pronto regresaría, y las divisiones marchando a ocupar los puntos del territorio que tenían asignados.

Por fin, el día 8 de enero Cabrera pudo reunirse en Aliaga con sus tropas y el leal Arévalo le entregó el mando. La recepción a Cabrera por parte de sus voluntarios se produjo entre vítores y aclamaciones.

De vuelta a su posición al frente de su ejército, Cabrera se puso por menorizadamente al día en todo lo referente a la situación militar y administrativa en que éste se encontraba, poco lisonjera, por cierto. La disciplina y la organización, el estado moral y el económico, todo se había resentido de la falta de unidad a raíz de su ausencia.

Para ayudar a recuperar el ánimo y la organización, Cabrera dictó distintas disposiciones: mandó dar tres días de paga a los voluntarios, media paga a los subalternos y un tercio a jefes y oficiales; revisó la hacienda militar y rebajó las contribuciones de los pueblos como agradecimiento a los sacrificios que realizaban.

El regreso del caudillo carlista devolvió rápidamente la moral a su estado anterior, obteniendo distintos triunfos a lo largo de todo el primer trimestre de 1837. Los carlistas, envalentonados de nuevo, atacaban los fuertes de pueblos situados en lugares distantes, que, si bien tenían nulo valor estratégico, les servía para suministrarse armas y recursos, para enseñorearse del territorio y para reducir la eficacia de las columnas liberales, que no daban abasto para atender a todos los puntos.

Cabrera se disponía a aumentar las preocupaciones del abatido ejército cristino, y a demostrar al gobierno y al mundo que el carlismo en el Maestrazgo y en Aragón era más fuerte de lo que se había subestimado hasta entonces, empezando por la reconquista de Cantavieja, llevada a cabo en un golpe de audacia de los carlistas el 25 de abril, y la entrada en San Mateo pocos días después.

²² Así se deriva de la causa que se formó a raíz del descubrimiento del escondrijo de Cabrera, tal y como se refleja en el *Libro de Actas de la Diputación de 1837*, sesión de 9 de febrero, conservado en el Archivo de la Diputación Provincial de Soria. El Ayuntamiento de Almazán fue destituido como consecuencia de los mencionados indicios.

Los planes de Cabrera se fijaron como objetivo inmediato atacar Gandesa –propósito en el que volvió a fracasar– e invadir la huerta de Valencia simultáneamente, para dividir las fuerzas del enemigo.

6. En la vanguardia de la Expedición Real

Entretanto, en el ejército carlista del Norte tenían lugar decisiones importantes. El 15 de mayo se puso en marcha en Estella el gran cuerpo expedicionario, al mando del infante Don Sebastián Gabriel y a cuyo frente marchaba el propio Don Carlos en persona, por lo que se conoció con el nombre de la Expedición Real.

Las fuerzas carlistas estaban integradas por 16 batallones, 10 escuadrones y dos piezas de artillería. El general Vicente González Moreno era el jefe de Estado Mayor del ejército expedicionario, en el que marchaban, además de las tropas, una parafernalia compuesta por el cuartel real al completo, con los ministros, empleados y dignatarios, eclesiásticos y numeroso séquito de criados y equipajes.

La salida a mediados de julio de otra expedición hacia tierras de Castilla, mandada por el general Zaratiegui distrajo la atención del ejército del Norte mandado por Espartero, que fue requerido por el gobierno para socorrer a la capital amenazada, permitiendo a las tropas de la Expedición Real salir del cerco en que estaban contenidas en el territorio vasco-navarro.

La noticia de la expedición del pretendiente llenó de inquietud los ánimos del ejército liberal del Centro y de su comandante en jefe, conscientes de que se aproximaban momentos quizás decisivos para el final de la guerra en uno u otro sentido.

La Expedición Real se dirigió hacia Cataluña y Aragón, donde Don Carlos contaba con muchos adeptos, que le permitirían demostrar su apoyo popular, y valiosas tropas para engrosar la Expedición antes de marchar hacia Madrid, que estaría desguarnecido a su llegada.

La principal preocupación del general Oraá era impedir que la expedición pasase el río Cinca, o que intentaran atravesar el Ebro más abajo de Zaragoza. Si lograban reunirse con Cabrera, podrían acometer objetivos que antes no hubieran sido posibles, pero que ahora constituían una amenaza real. Con el fin de impedir ambas posibilidades, y puesto que de Zaragoza hasta Tortosa no existía ningún puente sobre el Ebro, salvo puentes de barcas, mandó hundir todas las que había en el Cinca, quedando sólo en el Ebro las barcas de Caspe, bajo la custodia de la guarnición del fuerte de esta localidad.



Figura 6: Grabado «Carlos V, hispaniorum rex». Museo Carlista de Madrid

Tras diversas peripecias que salen fuera de nuestra narración, la Expedición Real avanzaba hacia el Reino de Valencia, perseguida por las columnas enemigas.

Cabrera tenía órdenes superiores de llamar la atención del ejército a toda costa hacia las provincias de la derecha del Ebro. Sin embargo, el día 4 de junio recibió instrucciones de no hacerlo, ordenándosele en cambio, que preparase todos los medios posibles para proteger el paso del Ebro por parte de la Expedición Real.

Tanto Cabrera como Oraá no quitaban de su atención los movimientos de la Expedición. Para Oraá era clave impedir que Don Carlos cruzara el Ebro. Para asegurarse, cursó orden para que la brigada de Borso cayera rápidamente sobre Cherta para destruir las barcas y almadías que los carlistas tenían preparadas para facilitar el paso.

Mientras tanto, la Expedición Real había conseguido ganar terreno a sus perseguidores y presentarse el día 29 de junio sobre Tivenys, pueblo situado casi enfrente de Cherta, en la orilla izquierda del Ebro.

Cabrera recibió aviso de que la Expedición pensaba atravesar el río por Cherta al día siguiente. Sabedor de que Nogueras se encontraba en Mora con 5 batallones y 300 caballos, y Borso en Tortosa con otros 6 batallones y 250 jinetes, se preparó a la batalla, dispuesto a proteger a muerte el paso de la Expedición. Su estrategia y brillante actuación ante las fuerzas enemigas hicieron posible su derrota y que tuvieran que retirarse, haciendo posible el paso del Ebro por la Expedición Real. Don Carlos no tardó en mostrar a Cabrera su aprecio, pues aquél mismo día le concedió la Gran Cruz y Banda de la Real y Militar Orden de San Fernando.

A lo largo de ese mismo día 29 las fuerzas expedicionarias atravesaron el río y pasaron a la margen derecha, donde fueron recibidas con sustanciosos ranchos y con el júbilo y la algarabía de las poblaciones. La presencia del rey en las tierras de la derecha del Ebro fue una convulsión en el país. Gentes de toda la comarca y representantes de todos los pueblos acudieron a rendir homenaje al que reconocían como Carlos V. Por todas partes corría de boca en boca que el rey se dirigía a Madrid, y todos se prometían felices lo que parecía ya sólo cuestión de un par de semanas para que se encaramara al trono de España.

La Expedición se movía con lentitud, entorpecida por la multitud de bagajes y comitivas que formaban una larga procesión. Cabrera, consciente del valor del factor tiempo en toda guerra y conocedor por sus confidentes de la indefensión en que se encontraba la capital del Reino, veía con impaciencia esta falta de agilidad y de resolución, pues en su opinión debía caminar día y noche para, aprovechando el aturdimiento del enemigo, presentarse en la puerta de Atocha el mismo día que supieran allí que habían salido de Cherta.



Figura 7: *Cruz laureada de San Fernando perteneciente al general Cabrera.*
Museo Carlista de Madrid

El estado mayor expedicionario no tuvo, sin embargo, la determinación para aprovechar la oportunidad que se le presentaba, y el cuartel de la Expedición permaneció tres días inmóvil en Cherta, recibiendo el pretendiente el homenaje ceremonioso de los pueblos y sus representantes, cuando tenía delante de sus ojos el camino expedito hacia la Corte.

Por su parte, en el bando liberal, el general Oraá desplegaba toda su actividad para concentrar sus tropas y tratar de impedir la marcha de la Expedición sobre Valencia, o retrasarla al menos para dar tiempo a que el ejército del Norte mandado por Espartero, pudiera acudir desde Navarra en auxilio de la capital.

El 2 de julio, Cabrera fue nombrado por el rey como comandante general de Aragón, Valencia y Murcia, al mismo tiempo que *El Serrador* era destituido de la comandancia general de Valencia²³. El prestigio de Cabrera y la predilección real que por él tan claramente se manifestaba, aumentaba sin embargo el número de sus enemigos que conspiraban para propiciar su caída, envidiosos de su ascendente estrella y temerosos de perder con ello su influencia cortesana sobre el rey.

La Expedición se puso en camino el día 4 hacia Castellón. La defensa del vecindario, reforzado con tropas de Borso llegadas de Vinaroz, consiguió rechazar a los atacantes, que desistieron de tomar la capital e invertir en ello unos días que resultaban preciosos en la marcha hacia Madrid.

El avance del ejército de Don Carlos resultaba divagante y parsimonioso, a la espera del desarrollo de los acontecimientos y las noticias de la Corte que les indicaran el momento de acercarse a Madrid. Cabrera

²³ El Serrador había prestado desde el inicio de la guerra valiosísimos servicios a la causa carlista. El pueblo campesino le adoraba, y durante tiempo había bastado su nombre para que se le abrieran las puertas de los pueblos. Cabrera nunca tuvo con él buenas relaciones, quizás porque se sometía con desgana a su liderazgo. Hombre de escasa instrucción, creía poco en la estrategia militar. Desde la vuelta de la expedición de Gómez, Miralles contrajo una enfermedad cuyo restablecimiento fue largo y costoso. Sus desavenencias con Cabrera, que no disimulaba, provocaron su cautiverio durante un tiempo en Mosqueruela y más tarde en Cantavieja, y estuvieron a punto de costarle ser fusilado. Después de algunos meses se trasladó a su localidad natal de Benasal, donde permaneció dedicado a instruir quintos y en calidad de retirado. Los celos de Cabrera sobre su conducta llevaron a que fuera confinado en el castillo de Miravete con su mujer, del que trató de huir, rompiéndose las dos piernas. Volvió a la vida privada, de la que ya no salió hasta concluida la guerra, cuando volvió a echarse al monte. «En algunas biografías, escritas con mala fe, se le pinta como un hombre de malas costumbres y ladrón. Esto es falso; le pudimos tratar antes de la guerra de los Siete Años, durante la guerra y hasta pocos días antes de morir en mayo de 1844. El Serrador era pobre, pero honrado; de talento natural, aunque de instrucción descuidada, y valiente, y por ello tuvo rivales» (SEGURA BARREDA, José: *Morella y sus aldeas*. Volumen IV. Ayuntamiento de Morella. Morella, 1991).

contemplaba con desesperación la falta de decisión del mando expedicionario. En su opinión, la Expedición debía seguir a marchas forzadas hacia la capital, aprovechando que las tropas liberales no alcanzaban a cerrarles el paso, en lugar de encaminarse hacia Valencia, donde Oraá y fuerzas de la brigada Borso se disponían a interceptarles.

El día 16 de junio en los campos de Chiva dio comienzo el combate. El resultado de la jornada fue de más de 1.000 bajas por el lado carlista y de 500 por el constitucional, aunque las cifras disienten según el parte de uno y otro bando²⁴.

Las consecuencias políticas de la batalla fueron mayores si cabe que las militares, porque Don Carlos abandonó entonces la ofensiva, cesó de amenazar el corazón de la monarquía, y roto y maltrecho tuvo que ir a ocultarse en las sierras de Cantavieja, dilatando su movimiento sobre la Corte en más de sesenta días²⁵.

Por fin, la expedición continuó su marcha el 8 de agosto, en permanente mutuo acoso y vigilancia de las tropas carlistas y cristinas, que fueron batidas en Villar de los Navarros, permitiendo a la Expedición penetrar en Castilla.

Sin embargo, en lugar de aprovechar esta nueva oportunidad, la Expedición Real se durmió sobre los laureles cuando hubiera hecho falta determinación y audacia para consumir el golpe final. Por el contrario, el ejército de Don Carlos permaneció dentro de Aragón a la espera de noticias de María Cristina, dando tiempo a que se presentasen las fuerzas enemigas, y cuando emprendió finalmente su lánguida marcha sobre Madrid, ya caminaban a sus espaldas dos grandes cuerpos de tropas, que podía haber dejado fuera de combate, y que le picaban la retaguardia donde podían.

En la primera semana de septiembre, Don Carlos se cansó finalmente de esperar la señal de María Cristina, que jugaba su propia partida dando largas a su conveniencia, y decidió poner marcha hacia la Corte plantándose el día 12 en Arganda, a menos de 20 kilómetros de Madrid.

Ese mismo día 12 de septiembre, Cabrera y sus batallones del Maestrazgo, que constituían la vanguardia de la Expedición Real, se presentaron a vista de la capital, hasta llegar a las alturas situadas frente a las mismas tapias del Retiro.

²⁴ El parte liberal es de un jefe, 5 oficiales, 37 soldados y cinco caballos muertos, y 4 jefes, 31 oficiales y 475 heridos por su bando, y más de 150 muertos, 600 heridos y 400 prisioneros por parte carlista, con un número considerable de desertores y pasados, ascendiendo aproximadamente a 2.000 el total de sus bajas. Marqués de SAN ROMÁN: op. cit., Tomo I, p. 178.

²⁵ Marqués de SAN ROMÁN: op. cit., Tomo I, p. 179.



Figura 8: Grabado representando a los carlistas ante Madrid. Biblioteca Nacional

Mientras tanto, Don Carlos mandaba emisarios continuos a María Cristina esperando un mensaje suyo, y ésta le contestaba con evasivas de que aguardase unos días, que no atacase, porque no estaba bien terminado el plan de insurrección que debía estallar en Madrid proclamando a Don Carlos, para evitar así la necesidad del asalto. Mientras así entretenía a su cuñado, la regente había enviado despachos a Espartero y Oraá, para que a marchas forzadas cayeran sobre el ejército carlista y le derrotaran²⁶.

Al ver Don Carlos frustrados los planes y darse cuenta del juego al que estaba siendo sometido, renunció a tomar la capital. El general González Moreno, jefe de estado mayor del ejército expedicionario, cursó la instrucción de retirada, y Cabrera se vio obligado a emprender la marcha atrás hacia Arganda, donde estaba el cuartel real.

Tras dos días de inacción de la expedición en sus campamentos y después de muchas deliberaciones y cálculos de los intrigantes consejeros que rodeaban al monarca, Don Carlos decidió el abandono de su objetivo en una decisión cuyos efectos, a la larga, significarían el comienzo de la irremediable decadencia militar de su causa²⁷.

²⁶ HORTELANO, Benito: *Memorias*. Espasa Calpe, S.A., Madrid, 1936, p. 63.

²⁷ VON GOEBEN: op. cit., pp. 152 y 153, realiza interesantes consideraciones militares sobre las razones que hubieran aconsejado el asalto a la capital.

La orden de retirada produjo una profunda decepción entre los que veían inminente el triunfo de Don Carlos. Cabrera, que no entendía los motivos de una decisión tan inoportuna, acogió la orden con despecho e indignación interior, jurándose a sí mismo no seguir en adelante sino sus propias inspiraciones; y así lo hizo cuando tomó la decisión de separarse con sus tropas.

Tras el descalabro sufrido por la Expedición en el corredor del Henares a manos de Oraá, que obligó a la dispersión de las tropas expedicionarias, Cabrera decidió regresar hacia sus territorios del Maestrazgo. Conociera el rey o no la decisión de separarse de Cabrera, lo cierto es que resultó favorable, pues ocasionó la división de las fuerzas enemigas que, en parte, fueron en persecución de Cabrera.

En lo que respecta a Don Carlos, obligado por las circunstancias y preso su ejército de la desmoralización, se vio obligado a atravesar el Ebro, renunciando por el momento al Trono de San Fernando, y regresando al mismo territorio del que había partido.

El fracaso de la Expedición Real introdujo el desaliento y la confusión en el campo carlista, que desde entonces no volvió a tener ni plan, ni unidad de acción, ni jefes con visión de cómo continuar la guerra, ni alcanzaría hecho de armas destacado, con la única excepción del joven caudillo del Maestrazgo, el único que aun creía en la victoria y se preparaba para una tenaz resistencia.

7. El caudillo del Maestrazgo

Cabrera había aprendido las lecciones de la derrota de la Expedición Real: nada podía esperar de los ejércitos del Norte, así que en adelante se dispondría a contar sólo con sus propios recursos. Sus tropas, por otra parte, habían demostrado no tener nada que envidiar a las mejores que defendían la causa realista.

Animado por los buenos auspicios con los que empezaban las cosas tras unirse a su ejército, con algunos choques victoriosos, decidió pasar a la ofensiva con el fin de extender las fronteras del territorio bajo su control. El plan de Cabrera consistía en apoderarse de Tortosa, pero su plan fracasó porque el día 15 de octubre se presentaron tropas cristinas de Tarragona en auxilio de la población, lo que obligó a los carlistas a retirarse.

Desde el 1º de octubre, el propósito de las autoridades liberales, que habían encomendado al general Oraá, era reconquistar Cantavieja, privando a los carlistas de su punto de apoyo y base de operaciones en todo el territorio que dominaban. Cabrera conoció los preparativos del enemigo y tomó decisiones para contrarrestarlos.

Cuando Oraá avanzaba en sus preparativos para el asalto final al reducto carlista, que tantas dificultades conllevaba para acometerse con garantías, el general del Centro fue sorprendido por un correo desde Madrid en el que se le ordenaba suspender la operación sobre Cantavieja. La instrucción le instaba a coordinarse con el general Espartero para tratar de obligar a huir de Navarra a Don Carlos o destruir su ejército, reforzando con parte de sus tropas al ejército del Norte, mientras con el resto de ellas debía tratar de defender el Maestrazgo de las incursiones carlistas.

El desistimiento del objetivo cristino de reconquistar Cantavieja, fue aprovechado por Cabrera para celebrar lo que consideraba una nueva muestra de debilidad gubernamental, aumentando la confianza entre los suyos en un próximo triunfo, y erosionando el prestigio del gobierno, ya de por sí escaso en los pueblos del Maestrazgo, mayoritariamente partidarios de Don Carlos.

La distancia de las tropas liberales permitió al caudillo carlista llevar a cabo una rápida incursión por la huerta valenciana, para hacerse con las provisiones que su ejército precisaba. El factor sorpresa le permitió recoger un abundante botín de víveres, caballos y dinero, que no podía conseguir en el Maestrazgo, sin que los pueblos de la ribera valenciana ni el jefe cristino encargado de su protección pudieran hacer nada por evitarlo.

Sin embargo, no todo eran triunfos para Cabrera, y también sus fuerzas sufrían contratiempos y descalabros en distintos lugares de Aragón, como en los malogrados sitios de Caspe, Escatrón y Lucena.

La mente de Cabrera no se apartaba de sus objetivos de tomar Morella, que permanecía prácticamente cercada en medio de un territorio controlado por los carlistas, y Peñíscola.

8. *La toma de Morella*

Al comienzo de 1838, los carlistas dominaban la mayor parte del territorio del Maestrazgo y Bajo Aragón. Don Carlos había pedido a su ejército de Aragón que tratara de llamar la atención del gobierno hacia la guerra en el Levante, para dar respiro al Norte y dar oportunidad de rehacerse a los batallones que habían regresado tan maltrechos de la Expedición Real.

Morella era considerada la llave para acceder al Maestrazgo y al Mediterráneo desde el Norte, nudo de enlace entre Aragón y Valencia y fortaleza a cuyo abrigo un cuerpo de tropas podía maniobrar libremente dominando toda la comarca. Para los carlistas, ser dueños de Morella era serlo

del Maestrazgo y del Bajo Ebro, era obligar a las tropas cristinas a cambiar las condiciones de la guerra, a partir desde la circunferencia al centro, en lugar a hacerlo desde el centro a la periferia. Si conquistaban Morella, y un punto de apoyo más en la costa, como Peñíscola, por ejemplo, los liberales se verían obligados a pasar a la defensiva, con grandes posibilidades de perder la guerra.

Oraá conocía la importancia de la plaza, y las dificultades a las que estaba sometida por el bloqueo, pero juzgaba su conquista por los carlistas como imposible, dada su escasisima artillería, por lo que no deseaba distraer fuerzas en acudir en su defensa, sacándolas de otros lugares donde su presencia se consideraba más crucial.

Los carlistas dominaban las masías y alturas que circunvalan la capital de los Puertos y habían cortado el agua que suministraba a las fuentes de la ciudad. El coronel Portillo, gobernador militar de la plaza, resistía tranquilo la situación, pues le parecían efectivos insignificantes para poner en riesgo la seguridad de una ciudad poderosamente fortificada como Morella, inexpugnable por bloqueo.

Por su parte, los carlistas cada día imaginaban nuevas formas de intentar la conquista. El 19 de enero de 1838 se presentó a uno de los jefes de puesto carlistas un artillero desertor de la plaza, comunicando al jefe del puesto que había preparado un plan que les permitiría entrar en el castillo. El plan consistía en que, en la garita que había frente al cuerpo de guardia del castillo había un retrete sin guardia ni tubería de ninguna clase, que podría alcanzarse por medio de una escalera, y quitando el asiento de madera que él había desenchajado y preparado, podrían penetrar en el castillo²⁸.

La ocasión se presentó la noche del 25 de enero, día crudo y sombrío en que una fuerte nevada dejó las montañas cubiertas. A las cuatro y cuarto de la madrugada, trepaban los voluntarios en el orden preasignado por la segunda escalera, cayendo de improviso sobre la guardia que opuso inútil resistencia encerrados en el cuerpo de guardia. Dueños los carlistas de la fortaleza, se apoderaron de las armas y municiones y enviaron a las tropas apostadas en el exterior la señal convenida, mientras más voluntarios subían sin cesar por el muro.

²⁸ OVILO Y OTERO, Manuel: «Vida militar y política de D. Carlos María Isidro de Borbón», en *Historia de la Guerra Civil*, 3 Tomos. Imprenta de D. Benito Lamparero. Madrid, 1844 y 1845. El autor dedica el Cap. V del Tomo III a la toma de Morella por los carlistas, con una narración pormenorizada de los hechos, incluyendo el nombre de los voluntarios participantes en el comando que tomó la plaza. Por su parte VON GOEBEN: op. cit., pp. 257 y ss, recoge la narración de la gesta según se la relató el propio entonces teniente coronel Don Pablo Alió cuando le conoció en Morella en enero de 1840.

El gobernador Portillo con la guarnición y milicianos trataron de reconquistar el castillo, pero fueron repelidos por los carlistas que habían reforzado la entrada del mismo, a fuerza de balas y granadas, obligando a los liberales a abandonar la plaza²⁹.

Cabrera se apoderaba de Benicarló prácticamente al mismo tiempo en que recibía la noticia de la toma de Morella³⁰. Eufórico por ambas conquistas, recibió la felicitación de todos sus jefes y oficiales, redactando sin demora los partes para Don Carlos y la Junta Gubernativa.

La caída de Morella en poder de los carlistas cortó por completo para los liberales la comunicación directa entre el Bajo Aragón, Norte y Valencia, lo que obligaba al enemigo a una gran dispersión de fuerzas. Además, la conquista de la plaza dejó en poder de los carlistas 11 cañones, bastante acopio de víveres y municiones.

El 31 de enero, cinco días después de la toma de la plaza, Cabrera hacía su entrada triunfal en Morella en medio de las aclamaciones del vecindario, las bandas de los batallones castellanos, el repique de campanas y las salvas de artillería³¹.

Morella se convirtió en capital de la Comandancia militar carlista de Valencia y Aragón y de toda la zona del Maestrazgo. La toma de Morella por Cabrera aumentó enormemente la popularidad del caudillo carlista, extendiéndose su fama más allá de nuestras fronteras.

El jefe del ejército liberal del Centro, general Oraá, abrumado y lleno de amargura, escribió al gobierno, informándole de la pérdida de la plaza³². En su comunicación se lamentaba, una vez más, de la penosa situación del ejército bajo su mando, que apenas le permitía ya para mantenerse ni a la defensiva frente al creciente poderío de su rival. Su queja apenas contaría con oídos en un gobierno al que por entonces la guerra en Aragón y Valencia le parecía mucho más lejana que el riesgo carlista que siempre veía a las puertas de Madrid.

Otros muchos encuentros y escaramuzas tuvieron lugar por aquellas mismas fechas en distintos puntos del Maestrazgo, Valencia y Bajo Aragón entre destacamentos realistas y constitucionales, con distinta suerte para uno y otro bando.

²⁹ GONZÁLEZ DE LA CRUZ, Rafael: *Historia de la emigración carlista*. Imp. Cuesta. Madrid, 1844, Tomo I, pp. 360 y 361, recoge el parte del gobernador Portillo al general Oraá dándole cuenta de las circunstancias de la pérdida de la plaza, que atribuye a la desertión de algunos miembros de la guarnición y al soborno de otros.

³⁰ Curiosamente la noticia se la dio un grupo de la guarnición huida, que cuando llegaba a Vinaroz fue capturado por las fuerzas de Cabrera que sitiaban Benicarló.

³¹ CÓRDOBA, Buenaventura de: op. cit., Tomo III, pp. 116 a 134 y 150-151.

³² Comunicación recogida en Marqués de SAN ROMÁN: op. cit., Tomo II, p. 34.



Figura 9: *Cabrera ante Morella*, o/l por Augusto Ferrer-Dalmau. Museo Carlista de Madrid

9. *La expansión del territorio carlista*

Tras apoderarse de Gandesa, después de dos años de intentonas infructuosas, Cabrera concibió un plan para apoderarse de Zaragoza, al conocer por sus espías que el general San Miguel, al salir de la capital aragonesa para ir en socorro de Gandesa, no había dejado en la capital más que una guarnición de treinta hombres de tropa. Apoderarse de Zaragoza significaría tener el Ebro y obligar al ejército liberal del Centro a evacuar sus posiciones, por lo que la trascendencia sería mayor que en el Norte sería la toma de Bilbao.

El 5 de marzo la fuerza de 3.000 infantes y 250 caballos mandados por Cabañero y por el brigadier francés Lespinasse consiguieron penetrar en Zaragoza, después de asaltar la muralla y abrir la puerta de la ciudad, apoderándose de los puntos neurálgicos de la misma mientras los vecinos reposaban tranquilamente. Al amanecer, sin embargo, los toques de generala y diana alarmaron a la población, y empezó a generalizarse en distintos puntos el fuego. El hostigamiento de que eran objeto, obligó a los carlistas a abandonarla tras sufrir abundantes pérdidas.

El desastroso final de la tentativa sobre Zaragoza, redujo significativamente los efectivos del ejército carlista de Aragón, que había perdido en la *Cincomarzada* unos 1.100 hombres. Ello obligó a Cabrera a concentrarse en conservar a su gente a la espera de nuevos voluntarios, de mozos procedentes de la leva decretada por la Junta, o del intercambio de prisioneros que Cabrera llevaba tiempo ofreciendo a Oraá, para el que las gestiones verbales y la correspondencia escrita se incrementó considerablemente durante los meses de marzo y abril. El resultado fue el canje de 347 individuos del ejército constitucional procedentes de la acción de Villar de los Navarros, el día 26 de marzo, y de los milicianos de Zaragoza sorprendidos por Cabañero, canjeados también el día 30 en Belchite.

Reforzado así, durante los meses de abril y mayo Cabrera continuó expandiendo el territorio bajo su control, con ataques a poblaciones como Alcora, Alcorisa, Lucena e incluso Alcañiz, de la que tuvo que retirarse sin poderla conquistar.

El día 4 de abril Oraá salió de Castellón con 7 batallones y 3 escuadrones con el fin de liberar a Lucena del cerco carlista. Cabrera, separado de su enemigo por barrancos y cortadas y preocupado sobre todo de proteger la artillería que tanto le había costado adquirir, siguió los movimientos de su enemigo sin poder evitar su avance, que le permitió entrar en Lucena el día 5, abasteciendo la población y mejorando sus fortificaciones.

La defensa de Lucena por los liberales ante el que era el duodécimo asedio carlista a la población, constituye uno de los más destacados ejemplos

de heroísmo de los vecinos de una ciudad, dispuestos a resistir a toda costa antes que entregar la misma a sus enemigos.

Desde su posición en Alcora, Cabrera dictó instrucciones a sus divisiones y llevó a cabo algunos nombramientos en su ejército. Tras tomar estas disposiciones, Cabrera salió de Alcora acompañado de sus ayudantes y ordenanzas hacia Mirambel, Cantavieja y Morella para combinar y llevar a efecto los planes que tenía en la cabeza. Su propósito era apoderarse de Calanda. El día 18 salió Cabrera de Morella con 18 piezas de artillería, y se inició el fuego. Tras una resistencia de la guarnición, finalmente capituló y el 21 de abril el pueblo cayó en manos de los carlistas.

Regresado a Morella, Cabrera dispuso las órdenes para repetir la jugada en Alcorisa, que cayó en su poder el día 27 sin necesidad de usar la fuerza, pues la guarnición había abandonado el pueblo dos horas antes. En este pueblo encontraron los carlistas gran cantidad de víveres que, tras ser oportunamente verificados para evitar un posible sabotaje, Cabrera empleó para alimentar a sus hombres.

A Alcorisa siguió Samper, que cayó en poder del tortosino el día 30, después de sitiado e intimar la rendición de la guarnición, que fue hecha prisionera. Al igual que en los casos anteriores, los carlistas se apoderaron de víveres y pertrechos de guerra y destruyeron después las fortificaciones.

La suerte sonreía al caudillo carlista. Envalentonado Cabrera por esta cadena de triunfos y la impotencia de su rival Oraá para hacer frente a su creciente dominio del territorio, el 2 de mayo se plantó delante de Alcañiz con su artillería emplazada sobre las dos alturas que dominan la ciudad. Alcañiz, a menos de cincuenta kilómetros de Zaragoza y a la derecha del Ebro, era una plaza importante para los cristinos, depósito de pertrechos y vituallas y llave para la defensa de una gran parte del Bajo Aragón.

Tras batir los muros fortificados con los disparos de sus cañones abriendo brecha, en la noche del día 4 se inició el ataque, librado en medio de una encarnizada resistencia. Sin embargo, antes de que pudiera consumarse la conquista, Cabrera ordenó la retirada porque enterado de la venida de Oraá, quiso evitar poner en peligro su artillería.

En medio de estos trabajos, Cabrera impuso un paréntesis en sus planes para salir en busca del conde de Negri, que se acercaba a Calanda con apenas 100 hombres supervivientes de la expedición que había salido de Navarra tratando de extender la guerra a otras regiones³³.

³³ «Este sistema de expediciones condenado por Zumalacárregui, costó al ejército carlista del Norte 23 batallones castellanos, 500 jefes y oficiales y 2500 caballos», según ARI-ZAGA, José Manuel de: *Memoria militar y política sobre la guerra de Navarra, los fusilamientos de Estella, y principales acontecimientos que determinaron el fin de la causa de D. Carlos Isidro de Borbón*. Imprenta de Vicente de Lalama. Madrid, 1840, p. 120.

El día 6 de mayo los generales conde de Negri y Cabrera se abrazaban y los voluntarios del Norte descansaban al amparo de su protector, como antes lo había hecho el célebre general Merino, que también se había refugiado en Aragón con sus derrotados castellanos³⁴. Integradas las fuerzas del conde en las suyas, durante el resto del mes de mayo Cabrera recorrió los principales pueblos de la línea que demarcaba el territorio bajo su control. Por primera vez los carlistas pretendían afianzar su dominio del territorio a través de un rosario de puntos fortificados protegidos por la permanencia de tropas en los mismos.

La Junta Administrativa era la depositaria del poder supremo en el territorio controlado por los carlistas. Era responsable del manejo de la hacienda del país, por medio de comisionados, unos fijos y otros ambulantes, que se entendían con los comandantes de armas, y repartía los servicios y las contribuciones, que recaudaba en nombre del rey Carlos V. Creó papel sellado, y gobernaba en lo civil haciendo los nombramientos de alcaldes y ayuntamientos; ordenaba los llamamientos de gente; representaba al rey en lo judicial, y en todo se expresaba ante los habitantes de los pueblos como consejo de ministros reales, representantes del monarca legítimo³⁵.

Una junta eclesiástica se ocupaba de la recolección del diezmo y las bulas que previamente distribuía, confería órdenes sagradas y otorgaba dispensas.

Además de todo ello, Cabrera estableció una red de diez hospitales, situados en distintos pueblos del territorio bajo su control.

Con todas estas medidas Cabrera demostraba su extraordinaria capacidad de organización y su visión política, que desmentía categóricamente a los que pretendían presentarle como «el jefe de una banda de ladrones». En el poco tiempo transcurrido desde que estableció su primera y única base de operaciones en Cantavieja, Cabrera había no sólo organizado un completo ejército, sino puesto los rudimentos de la completa administración de un estado en el territorio que, ni siquiera del todo, controlaba.

³⁴ Según señala críticamente VON GOEBEN: op. cit., p. 210, «En sus tiempos Merino no había mandado más que Caballería, y no tenía ni idea de la Infantería; sin embargo, siempre se le dio alguna. Dejó las Provincias con dos batallones, los perdió, huyó hacia Aragón, donde tomó el mando de los batallones de Castilla que se habían allí salvado de la expedición de Zaratiegui».

³⁵ El reinado efectivo de Carlos V sobre los territorios del Maestrazgo se comprueba en los documentos municipales de este período de muchos pueblos. A título de ejemplo pueden citarse los documentos conservados en el archivo municipal de Catí procedentes de 1838, todos los cuales llevan el sello del monarca carlista. Véase PUIG Y PUIG, Juan: *Historia breve y documentada de la Real Villa de Catí*. Servicio de Publicaciones. Diputación de Castellón, 1998, p. 126.

10. *El fracasado intento cristino de reconquistar Morella*

La actitud del caudillo tortosino infundía crecientes temores en el gobierno de Madrid. Preocupaba que Cabrera, asentando su poder en una base estable y en una línea de puntos fuertes, extendiera el territorio bajo su control desde la desembocadura del Ebro hasta la del Guadalaviar, y que penetrando por las sierras de Cuenca amenazaba llegar hasta el corazón mismo de Castilla. Era preciso derrotar al orgulloso Cabrera antes de que fuera demasiado lejos, y desalojarle de país en que se había hecho fuerte.

Con este pensamiento en mente, el gobierno adoptó a principios de mayo la decisión de reforzar las tropas del general Oraá³⁶, y dispuso lo necesario para recobrar Morella, centrando en este objetivo toda su atención. Para ello se dividió el ejército del Centro en tres columnas, que avanzarían convergiendo sobre la capital carlista. De esta manera se pensaba dar un golpe mortal a la causa del Pretendiente. La atención de toda España seguía impaciente aquella operación, anunciada como la definitiva derrota del desafiante jefe carlista.

Cabrera conoció los planes enemigos a través de su tupida red de espías y confidentes, que tenía dispuestos por todo el país. Decidido a esperar a su enemigo, no se descuidó, sino que adoptó una actitud proactiva preparándose para hacer frente a su enemigo.

Dividió sus tropas para dejar dentro de la plaza una guarnición resuelta a defenderse hasta la muerte, reservándose una división de tres mil hombres para, dispuestos en los lugares adecuados, hostigar a los sitiadores desde fuera, interceptar sus convoyes y hostilizar su retaguardia.

A lo largo de todo el mes de junio, los lugartenientes de Cabrera mantuvieron encuentros y escaramuzas con las columnas cristinas en distintos puntos del territorio. Cabrera recorría incesante los pueblos, animando a los pobladores y asegurando que los enemigos no encontrarían más que la derrota y la muerte si osaban penetrar en el Maestrazgo.

El 24 de julio de 1838 un poderoso ejército compuesto de 23 batallones, 12 escuadrones, 25 piezas de artillería y algunas compañías de ingenieros, al mando del general Marcelino Oraá se ponía en marcha para establecer el cerco a Morella³⁷.

³⁶ Los diez batallones que se incorporaron al ejército del Centro fueron tres de la brigada de Azpiroz, tres del brigadier Mir y otros cuatro al mando del general Pardiñas.

³⁷ En el Centro Geográfico del Ejército, Signatura C63-n.º 27, se encuentra una interesante memoria inédita titulada Noticias sobre la situación de Morella y puntos más ventajosos para hostilizarla, redactada para el general Oraá por el teniente coronel de Artillería de su ejército D. Juan Vial.



Figura 10: *Sitio de Morella por el ejército de Oraú*. Óleo de Ignacio Mingol. Museo Carlista de Madrid

La previsión del general Oraá, compartida por el gobierno, era que la reconquista de Morella sólo tardaría el tiempo necesario para abrir brecha en el recinto de la plaza, operación que debía concluir en pocos días³⁸.

Cabrera, como hemos dicho, no esperó pasivamente los acontecimientos, sino que llevó a cabo los preparativos necesarios para resistir. La defensa de la plaza fue confiada al conde de Negri, que juró sepultarse en las ruinas de Morella antes que sucumbir con vida a esta nueva prueba para su valor y capacidad militar.

Convencido de la imposibilidad de tratar de retrasar el avance del ejército enemigo, Cabrera se mantuvo en actitud de observación, vigilando su progresión. Seguía centímetro a centímetro los movimientos de sus enemigos y coordinaba con sus lugartenientes los movimientos necesarios para controlar cualquier oportunidad de sorprenderles.

Durante los primeros días de agosto continuaron los dispositivos del sitio, y el hostigamiento al que las fuerzas carlistas del exterior sometían a las divisiones cristinas que participaban en los preparativos del mismo. La posición de Oraá no era muy halagüeña, entre una plaza defendida y fortificada y un ejército enemigo a retaguardia, en un país sin prácticamente recursos con los que abastecer las necesidades de su numeroso contingente y con las líneas de aprovisionamiento interceptadas³⁹.

El 10 de agosto de 1838 las tropas de Oraá estaban frente a la plaza. El plan de Cabrera trataba hábilmente de cortar las comunicaciones al ejército sitiador y atacarle en sus líneas de comunicación, indispensable para la llegada de los convoyes de refuerzo.

Al amanecer del 14 de agosto rompió el fuego por primera vez la artillería de Oraá, logrando abrir una brecha en la muralla. Los carlistas prendieron fuego a los combustibles que tenían amontonados a espaldas de la brecha, mientras que desde las murallas y torres inmediatas arrojaban granadas de mano y sostenían un continuo fuego de fusilería sobre los soldados que se acercaban.

Conociendo la imposibilidad de adelantar en el ataque y la tenacidad del enemigo en defender la brecha, Oraá dispuso que se retirasen las tropas al punto de su salida, para evitar continuase derramándose inútilmente una sangre que ningún resultado producía⁴⁰.

³⁸ Según el autorizado testimonio de un historiador militar liberal participante en las operaciones, el optimismo era generalizado entre el mando cristino: «tal vez algunos no creyeron que se tomara Morella después del primer asalto a la brecha; pero yo pienso que ninguno». Marqués de SAN ROMÁN: op. cit. Tomo II, p. 139.

³⁹ Marqués de SAN ROMÁN: op. cit., Tomo II, p. 150.

⁴⁰ Del Diario del Ejército del Centro de mando del teniente General D. Marcelino Oraá, citado por Buenaventura de Córdoba.

El día 18 de agosto, el general Oraá, tras 19 días de asedio, sin víveres y sin esperanzas de éxito, dio la orden de emprender la retirada hacia Alcañiz, levantando el sitio y afrontando la humillación de no haber podido tomar la plaza tan bravamente defendida por un incontablemente inferior número de defensores carlistas.

Cabrera había resultado victorioso en lo que había sido, sin duda, su más glorioso hecho de armas y sería para siempre la página más brillante de su historia militar. La prensa europea se hizo eco de la hazaña del héroe de Morella, cuyo nombre se rodeó de una aureola de leyenda y morbosa curiosidad. A partir de entonces, el pueblo vio como triunfadora a la causa carlista, con lo que muchos se atrevieron a exponer públicamente sus opiniones, y otros parecieron resignarse a lo que parecía inevitable.

La frustración de los planes liberales sobre Morella produjo inmensa alegría en el campo de Don Carlos, donde todos tributaban entusiasmados elogios al bravo tortosino que había marcado un hito en el curso de la guerra. Cabrera recibió su nombramiento como teniente general y el otorgamiento del título de Castilla de conde de Morella⁴¹. Por el contrario, el fracaso del sitio de Morella provocó una crisis ministerial en el campo liberal e hizo que el prestigio del general Oraá, al que se abrió causa, se viera zarandeado por la prensa y en el parlamento, por lo que el gobierno decidió su sustitución al frente del ejército del Centro por el mariscal de campo Antonio Van Halen.

11. *Cabrera en la cumbre de su poder*

Cabrera mandaba ya un ejército de unos 10.000 hombres de Infantería y 1.100 caballos, encuadrados en cuatro divisiones. A ellos había que agregar los cuerpos de artillería y de ingenieros, este último compuesto hasta entonces sólo por zapadores con oficiales no facultativos; y los Voluntarios Realistas, que no abandonaban sus residencias, además de algunas partidas que no sumaban más de dos centenares de hombres⁴².

El ejército liberal del Centro, por el contrario, se componía de 30.000 infantes y 2.000 caballos, que se reducían a 20.000 hombres de a pie y 1.750 montados operativos cuando se descontaban los que debían permanecer en guarniciones y depósitos.

El caudillo carlista acariciaba por aquellos días la idea de tomar la iniciativa y batir al joven general Pardiñas, jefe de una división de élite del ejército cristino y acostumbrada a vencer.

⁴¹ CÓRDOBA, Buenaventura de: op. cit., Tomo III, pp. 372 y 373.

⁴² Datos proporcionados por VON GOEBEN: op. cit., p. 280.

Enterado de que Pardiñas se había desplazado de Alcañiz hacia Calaceite, decidió ir en su busca. Al alborear el 1º de octubre los ayudantes avisaron a Cabrera de la salida de Pardiñas desde Maella en dirección a Alcañiz. Una encarnizada batalla dio comienzo, en la que Cabrera resultó herido en un brazo y el jefe cristino resultó muerto por fuego de sus propios hombres que le confundieron con el enemigo⁴³.

La victoria de Maella fue una de las más decisivas y notables de la guerra, pues el efectivo de las tropas era aproximadamente igual, el terreno favorecía a ambos bandos de igual manera, y sin embargo la división cristina resultó prácticamente aniquilada. El conde de Morella se había convertido en la gran esperanza de la causa legitimista⁴⁴.

El cariz que tomaba la guerra en el Levante llevó al general Van Halen a proclamar el estado de guerra en los distritos de Aragón, Valencia y Murcia. La barbarie con la que se desarrollaba la guerra en Levante, enzarzada en un brutal sistema de represalias por ambos bandos, movió al embajador británico Villiers a intervenir para tratar de mitigar los horrores de la guerra civil. Los dos bandos proclamaban la guerra sin cuartel y ambos aducían hacerlo en respuesta a la provocación del otro bando.

Al comenzar el mes de abril se firmó, por fin, el ansiado convenio de humanización de la guerra, conocido por los carlistas como Convenio de Segura y por los liberales como Tratado de Lécera⁴⁵.

El resto de los sucesos de aquel mes de abril tuvieron relativamente poca importancia, salvo el ataque a Segura llevado por Van Halen, que acabó en tablas.

Cabrera reinaba en sus vastos dominios, de los que era, en la práctica, el verdadero y único capitán general⁴⁶. Desde su fortaleza de Morella tenía bajo su control casi una cuarta parte del territorio español. La línea de sus plazas fuertes avanzaba ya hasta la provincia de Guadalajara, hasta menos de dos jornadas de la capital del Reino. Cabrera apostaba claramente como estrategia para la guerra por el dispositivo de guarniciones que le permitían ir expandiendo el control territorial. La idea era expansiva y los puntos fortificados tenían como misión vigilar el control carlista, propiciar el cobro de

⁴³ Esta versión de la muerte de Pardiñas fue narrada personalmente al oficial prusiano Von Goeben por varios testigos presenciales, así como por el coronel Heliodoro Gil, quien mandaba en Maella los Lanceros de Tortosa, por lo que el autor da fe de su veracidad, a pesar de que discrepa de otras versiones que circularon por el propio campo carlista, según las cuales Pardiñas fue muerto por Rufo y éste por el granadero. De esta segunda e incorrecta versión se hizo eco en su libro el general Von Rahden. VON GOEBEN: op. cit., p. 286.

⁴⁴ VON GOEBEN: op. cit., p. 286.

⁴⁵ CÓRDOBA, Buenaventura de: op. cit., Tomo IV, pp. 63 y 64.

⁴⁶ Así es reconocido sin ambages por el historiador liberal RICO Y AMAT, Juan: *Historia política y parlamentaria de España*. Imprenta de las Escuelas Pías. Madrid, 1861, p. 235.

contribuciones y dificultar cualquier intento de las partidas francas liberales. Sólo la falta de armas suponía una merma de las posibilidades que se abrían entonces ante el imparable caudillo tortosino.



**Figura 11: Retrato anónimo al óleo del general Cabrera, con su capa característica.
Colección particular**

El 18 de abril de 1839 que apartaba a Van Halen de la jefatura del ejército del Centro, y se nombraba para reemplazarle interinamente al mariscal de campo Agustín Noguerras, que ocupó el mando hasta el nombramiento de O'Donnell en el mes de junio. Se daba la circunstancia de que dos de los hermanos del nuevo jefe del Centro habían dado su vida por sus ideales carlistas, y un tercero militaba en las filas del rey.

El propósito de O'Donnell era levantar el cerco de Lucena, instaurado por los carlistas desde hacía largo tiempo. Los cristinos liberaron la plaza rompiendo el cerco y pudieron abastecerla.

Otros incidentes menores se produjeron en los restantes días de aquel verano, en que los carlistas continuaron con su estrategia de actuar en puntos distantes, atrayendo la atención del enemigo y abasteciéndose de avituallamientos para su ejército.

12. *La traición de Maroto, el Convenio de Vergara y el final de la guerra en el Norte*

Mientras los acontecimientos del Maestrazgo marcaban el apogeo del poder militar y político de los carlistas bajo el caudillaje indiscutido del conde de Morella, los sucesos en las provincias del Norte tenían un cariz muy distinto. El gobierno y el propio monarca eran prácticamente prisioneros del general Maroto, que ejercía un completo control e influencia sobre las fuerzas armadas carlistas. Por otra parte, a partir del mes de abril los planes de transacción de Maroto con el general cristino Espartero eran prácticamente de conocimiento público.

Cabrera recibía todas estas noticias reafirmando su oposición intransigente a cualquier transacción con los liberales⁴⁷.

El 25 de agosto Maroto dio a conocer públicamente las propuestas de paz que se suponía le había hecho Espartero. El rey, inseguro y dubitativo, se vio incapaz para restablecer su autoridad, y tampoco pudo convencer a su círculo más fiel de pasar al Maestrazgo para ponerse al resguardo de Cabrera.

El 29 de agosto, Maroto marchó a Vergara, donde se hallaba el general Espartero, y el 30 por la tarde se hizo público el definitivo Convenio, que fue firmado el día 31, y al que se acogieron las divisiones guipuzcoanas, vizcaína y castellana, con otros cuerpos y corporaciones.

Las proclamas de Carlos V de ese mismo día y el siguiente, declarando traidor a Maroto y oponiéndose a la transacción, no tuvieron prácticamente eco.

El 14 de septiembre el rey entró en Francia, y el 25 se rindió el castillo de Guevara, último reducto que defendió la bandera de Carlos V en las

⁴⁷ Citado por RICO Y AMAT, J.: op. cit., p. 238.

provincias del Norte. Alrededor de ocho mil hombres marcharon al exilio como consecuencia del hundimiento del ejército legitimista de Navarra y las provincias vascongadas⁴⁸.

Cabrera quedaba solo, abandonado a su suerte. Los sucesos del Norte y la firma del Convenio de Vergara le habían cogido casi por sorpresa, pues su información sobre los acontecimientos en el cuartel real era sólo esporádica, debido a la distancia y al relativo aislamiento.

13. *Asesinato del conde de España. Cabrera se queda solo*

El duque de la Victoria, convencido de que Cabrera no aceptaba más transacción que la resistencia, se dispuso a caer sobre él con todas las fuerzas a su mando, tanto las procedentes del Norte como las que habitualmente operaban en el Centro. La desventaja entre ambos ejércitos era abrumadora, pero aun así los carlistas contaban con la ventaja de conocer el territorio, del apoyo de los habitantes –que en su gran mayoría les eran favorables– y, sobre todo, la confianza en su jefe. En Valencia y Aragón, Cabrera mantuvo siempre su autoridad sobre su ejército, sin que proliferaran las funestas divisiones que gangrenaron el campo carlista en el Norte.

En Cataluña la mano de hierro del anciano conde de España había logrado convertir en un ejército ordenado lo que hasta su mando había sido una gavilla de partidas guerrilleras incapaces de someterse al menor orden y disciplina. No obstante, su despotismo de querer resolver todo *manu militari* y los cambios arbitrarios de su humor caprichoso le granjeaban muchos enemigos.

La tensión entre la Junta del Principado y el conde de España aumentaba día a día. Si bien los rumores que le atribuían negociaciones con el enemigo eran falsos y promovidos por agentes cristinos, si es cierto que el comandante general del Principado no confiaba ya en las posibilidades de un triunfo carlista⁴⁹.

⁴⁸ Varios generales y ministros habían precedido ya al rey, otros muchos le siguieron inmediatamente, entre ellos D. Nazario Eguía, el general Silvestre, jefe del Cuerpo de Ingenieros, el ministro de la Guerra Montenegro, el general Basilio García, que había regresado a España poco antes, Villareal, Gómez, Zaratiegui, el anciano cura Merino y otros que prefirieron el exilio a someterse. Enseguida pasaron también a Francia seis batallones de Alava con un escuadrón, el batallón de Cantabria, algunas compañías navarras y la Guardia Real, mandada por los generales Elío y Conde de Negri. En los días siguientes les siguieron todos los batallones navarros, que no podían resistir ya más. Antes de hacerlo se produjeron inevitables desordenes, fruto de los cuales resultó asesinado por sus propios soldados el general González Moreno cuando iba a pasar a Francia, en un momento en que se veían traidores por todas partes. Ver MORAL RONCAL, Manuel Antonio: *Carlos V de Borbón*. Editorial Actas S.L., Madrid, 1999, p. 352 y ss; y VON GOEBEN: op. cit., *Cuatro años en España*, p. 333.

⁴⁹ Díaz de Labandero, Gaspar: *Historia de la Guerra Civil de Cataluña en la última época*. Imprenta de la Viuda de Jordán e Hijos. Madrid, 1847, p. 382.

A pesar de todo, el conde de España estaba dispuesto a resistir, y todavía preparó un plan en combinación con Cabrera, consistente en que España extendería sus operaciones hacia el sur para atacar el flanco y la retaguardia de Espartero, cuando éste saliera de Zaragoza con destino al Maestrazgo.

Pero la Junta Superior Gubernativa de Cataluña, convencida después de los incendios de Pons, Manlleu, Ripoll, Oliván, Gironella y caseríos de las cercanías de Berga ordenados por el conde de España, así como por la apatía de éste en las operaciones militares, de su excesiva dureza en el mando, de su abuso de autoridad llevado al extremo, y de sus sospechas –completamente infundadas– sobre infidencia, acordó solicitar del rey la destitución del conde de España⁵⁰.

La carta de destitución llegó la noche del día 25 a manos de la Junta. A la mañana siguiente la Junta celebró sesión extraordinaria y el conde de España fue detenido, al tiempo que se le comunicaba su destitución como comandante general del Principado por orden del rey.

El temor que el conde les inspiraba, y el miedo a que no aceptase la destitución, impulsó a los vocales más osados de la Junta a un procedimiento que se apartó de lo que era la orden superior y hubiera sido el procedimiento normal de proceder al relevo.

Decidido el traslado a Andorra del destituido teniente general Carlos de España, en un momento del trayecto los que marchaban con él se volvieron contra el conde y le asesinaron, arrojando su cuerpo al río Segre atado con una soga que sujetaba una piedra⁵¹.

La responsabilidad del asesinato del conde de España recaía en los miembros de la Junta que formaban parte del llamado *sector universitario*, con su presidente y vicepresidente a la cabeza.

El intendente Labandero fue destituido y fue a reunirse con Cabrera, así como el canónigo D. Mateo Sampons. Ambos relataron lo sucedido al conde de Morella, incluidas las amenazas de muerte que habían recibido por pedir que se aclararan las circunstancias del crimen, y que los había llevado a abandonar el Principado.

⁵⁰ El famoso conspirador Aviraneta y los servicios secretos que trabajaban para el gobierno llevaron a cabo todo tipo de maniobras intoxicadoras para tratar de sembrar la desconfianza y la división en el campo carlista, incluida la circulación de correspondencia falsificada en la que se daban informaciones falsas que ponían en entredicho la conducta de algunas personas.

⁵¹ El asesinato del conde de España mereció, desde poco después de producirse, gran cantidad de relatos, algunos de ellos deliberadamente escritos con el fin de ocultar la verdad. Para una narración verídica y documentada, después de contrastar todas las fuentes, resulta recomendable la lectura de la biografía del conde de España escrita por el historiador OLEZA, José de: *El primer conde de España. Sus proezas y su asesinato*. Biblioteca Nueva. Madrid, 1944, pp. 235 y ss.

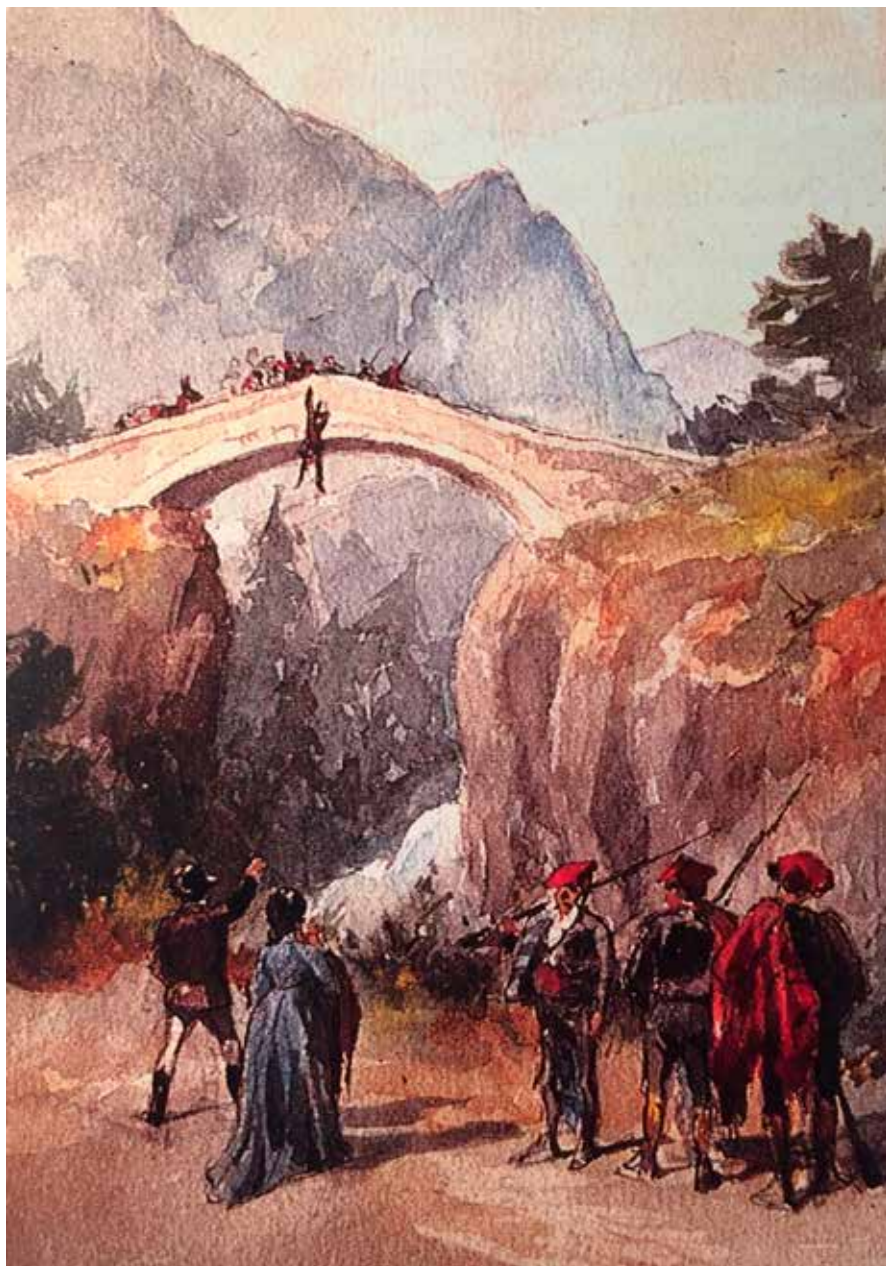


Figura 12: Asesinato del conde de España, acuarela anónima. Colección particular

El embajador español en París, marqués de Miraflores, transmitió al gobierno su impresión de que la orden de destitución del conde de España había sido falsificada por sus enemigos, y de que su sustituto al frente de los carlistas catalanes, el mariscal de campo José Segarra, podría ser fácil presa del soborno. Sus palabras resultarían proféticas.

14. *Resistencia contra toda esperanza*

Cabrera estaba dispuesto a resistir y a defenderse no sólo de fuerzas inmensamente superiores, sino también de argucias y maniobras, tanto para sembrar la división en su ejército como para acabar con su propia vida⁵².

El 14 de octubre los generales Espartero y O'Donnell, primer y segundo jefe respectivamente del ejército conjunto, mantuvieron una reunión para coordinar las operaciones de pinza sobre el territorio controlado por los carlistas. Cabrera, por su parte, respondía multiplicándose en cuantos puntos era necesaria su presencia, aprovisionando sus plazas fuertes, y eligiendo gobernadores de su confianza, que aseguraran la defensa de las mismas.

Así las cosas, en el Maestrazgo los hechos empezaban a imponerse con la aplastante superioridad del ejército enemigo. El formidable ejército de Espartero empezó entonces su ofensiva con el ataque a los fuertes carlistas de la izquierda del Turia, empezando por los de Chelva y Alpuente. Mientras el primero cayó sin resistencia, el segundo dio muestras del heroísmo de los defensores, que tantas veces se repetiría a lo largo de los siguientes meses⁵³.

Sin embargo, estas primeras victorias del ejército constitucionalista no dejaban de tener compensación en otros hechos de armas favorables a los realistas.

Cabrera, aunque consciente de los nubarrones que se cernían sobre el futuro de su ejército, recorría sus fortalezas y disposiciones apartando –o mandando fusilar– a cualquier sospecho de infidencia o soborno.

Los planes de Cabrera consistían en ganar tiempo, para que la estación avanzase y le favoreciese en sus proyectos de que el rey o su primogénito pudieran entrar en España. Pero la tensión de una actividad sin descanso pasó factura al caudillo carlista, que contaba entonces sólo 33 años, cuya salud empezó a resquebrajarse.

Los jefes cristinos pusieron en marcha todo tipo de artimañas para dividir, desmoralizar y sobornar al ejército carlista, incluido la falsificación

⁵² Carlos Marx escribió que la decisión de resistir de Cabrera no fue «más que un esfuerzo póstumo por galvanizar el seco esqueleto del carlismo». MARX, Carl y ENGELS, Frederick: *Revolución en España*. Ediciones Ariel. Barcelona, 1970, p. 37.

⁵³ CÓRDOBA, Buenaventura de: op. cit., Tomo IV, p. 164.



Figura 13: *Cabrera al frente de sus tropas*. Óleo de Mikel Olazábal. Museo Carlista de Madrid

de órdenes del propio Cabrera. Este tipo de tretas, obligaron a Cabrera a promulgar una orden general para que nadie obedeciese eventuales órdenes escritas, incluso con su firma y sello, si no eran llevadas personalmente por uno de los ayudantes u oficiales de órdenes, cuyo nombre se especificaba⁵⁴. Por otra parte, el tortosino era implacable con cualquier muestra de deshonra, prodigándose los fusilamientos ante cualquier muestra de traición o conspiración con el enemigo⁵⁵.

El día 13 de diciembre, Cabrera entró en Cataluña, acompañado sólo de cuarenta jinetes, con el ánimo de tomar algunas disposiciones que le había confiado el rey en el Principado, pero la situación en el Maestrazgo le obligó a retornar de inmediato.

El 14 de diciembre cayó el fuerte de Manzanera, y poco después los de Chulilla y Ejulve, que escribieron páginas de heroísmo.

Cada una de estas pérdidas era un golpe en el campo carlista, pero de menor impacto que lo fue la noticia de la enfermedad de su caudillo, que se conoció en esos días y que llenó de angustia todos los pechos carlistas. El día 16 de diciembre el general se había sentido indispuerto, acometiéndole náuseas, unidas a fuertes dolores en los miembros y un intenso sudor frío, lo que le obligó a guardar cama. Los médicos constataron la gravedad del estado del enfermo, y juzgaban el mismo era debido a estar afectado de fiebres tifoideas.

Tras un inicial alivio de su estado, pronto se agravó de nuevo, aquejado de una rigidez, una debilidad general del cuerpo y una depresión del ánimo que contrastaban con su fuerza y energía anteriores, y de las que ya no se recuperaría plenamente hasta el final de la guerra.

Los médicos decidieron trasladar a Cabrera a Morella, sin que el caudillo tortosino pudiera prácticamente aguantar sobre su caballo, lo que le obligó a permanecer en una masía a las afueras de Hervés.

La noticia se esparció como un reguero de pólvora, primero por el campo carlista, pero luego también por toda España y hasta por los periódicos extranjeros⁵⁶. La desolación se apoderó del campo carlista y de los habitantes de los pueblos, sabedores de que sus esperanzas se sostenían sólo

⁵⁴ VON GOEBEN: op. cit., p. 402.

⁵⁵ VON GOEBEN: op. cit., p. 393.

⁵⁶ Corrieron rumores de que Cabrera había sido envenenado. El rumor tenía su lógica, teniendo en cuenta que en dos ocasiones se habían frustrado tentativas de asesinar al caudillo carlista. Un tal José Guarch fue fusilado en Morella convicto y confeso de haber querido asesinar a Cabrera a cambio de 80.000 reales y el empleo de capitán. Otro comisionado para este mismo fin fue perdonado en atención a su arrepentimiento y a la información que proporcionó sobre los que le enviaban, según el Boletín del Ejército Real de 17 de octubre de 1839. Citado por FLAVIO, E., Conde de X***: *Historia de Don Ramón Cabrera*. Est. Tipográfico-Editorial de G. Estrada. Madrid, 1870, Tomo II, p. 139.

en aquel hombre que yacía ahora en un estado de sopor comatoso que le acercaba a la muerte a escasamente tres horas de las posiciones que ocupaba el enemigo. A pesar de todo, Espartero no se movió, sin querer arriesgarse a penetrar en la caverna del león moribundo.

Al anochecer del día 24 de diciembre, Nochebuena, el estado del enfermo se agravó al extremo y le fue administrada la Extremaunción. Confortado con el sagrado Viático, el estado del general experimentó en los días siguientes una apreciable mejoría, que le llevó a pedir continuar viaje a Morella, donde confiaba restablecerse.

El 9 de enero Cabrera entró finalmente en Morella, donde fue recibido por una inmensa muchedumbre y por las autoridades, que salieron del pueblo a recibirle⁵⁷.

A mediados de enero la enfermedad de Cabrera empezó a hacer crisis, y el general experimentó una cierta mejoría. Los médicos le ordenaron que durante cuarenta días no se ocupase de la guerra, advirtiéndole que sólo así podría evitar que una recaída le llevase a la tumba.

En esos mismos días Cabrera recibió dos órdenes del rey, firmadas en Bourges el 9 de enero. En la primera de ellas se le nombraba general en jefe del ejército de Cataluña, según comunicación que se enviaba a la Junta Gubernativa del Principado. Segarra quedaba como comandante general, si él lo consideraba conveniente.

En la segunda, se le autorizaba para que comprometiera un empréstito, o los medios que juzgara oportunos, para allegar recursos para su ejército⁵⁸.

⁵⁷ DÍAZ, Nicomedes-Pastor: op. cit., p. 331.

⁵⁸ El 4 de enero el cónsul general de España en Lisboa informaba al gobierno de que «se me ha asegurado por persona muy al alcance de secretos que por el último paquete llegado de Inglaterra se han recibido en esta Corte libranzas por el valor de seis millones de reales con destino a Cabrera, a quien deben remitirse en plata u oro. He tratado de indagar la casa o casas a cuyo cargo han venido aquellas y sólo he logrado conjeturar que podrían ser las de Walsh, Goold, O'Neill y Lindemberg, particularmente a esta última por ser corresponsales de la de Gower de Londres que ha sido siempre el banquero del Pretendiente. También se me ha afirmado que están para llegar a esta bahía buques cargados de fusiles con el mismo destino, sin que se me haya podido designar la nación a que pertenecen los buques que se aseguran portadores de este armamento, aunque se me ha indicado que los fusiles son procedentes de las fábricas belgas». También los encargados de Negocios en La Haya y Bruselas fueron movilizados por el activo marqués de Miraflores para tratar de averiguar las noticias de que Cabrera podía estar intentando adquirir 20.000 fusiles en Holanda o Bélgica. Archivo Histórico del Ministerio de Asuntos Exteriores, Legajo H 2842. La embajada española en Francia consiguió con gran efectividad desbaratar todos los intentos llevados a cabo por Don Carlos y Cabrera de obtener fondos y armas, movilizándolo para ello a todo el servicio exterior del gobierno español. Véase MIRAFLORES, Marqués de: *Memorias para escribir la historia contemporánea de los siete primeros años del reinado de Isabel II*. Imprenta de la Viuda de Calero. Madrid, 1844, Tomo II, p. 311 y ss.

Por coincidencia o por deseo de no ser menos, a los pocos días de que Cabrera añadiera a los de Aragón, Valencia y Murcia el mando sobre el ejército de Cataluña, también Espartero fue nombrado caudillo en jefe del ejército cristino del Principado.

El gobierno debió conocer las órdenes cursadas al conde de Morella o los planes de éste de pasar a Cataluña, pues pidió a su agente Eugenio de Aviraneta que pasara a Francia a hacer una labor semejante a la que había realizado anteriormente en el Norte y que había resultado en la descomposición del campo carlista y el Convenio de Vergara⁵⁹.

El ejército liberal no perdía el tiempo mientras tanto. Revistaban las fortalezas de su línea y planificaban en sus cuarteles de invierno la acción concertada sobre el territorio de Cabrera, al que aislaron completamente prohibiendo toda circulación de personas entre una y otra zona.

Los jefes carlistas se dedicaban más a la atención de su caudillo que a las operaciones militares, a pesar de que diversos choques habidos en estas fechas dejaban clara su voluntad de resistir. Decididos a ganar tiempo mientras se producía la recuperación de su jefe, sus planes consistían en mantenerse a la defensiva, sostener sus plazas fuertes a cualquier precio y mover sus divisiones de forma que atrajeran la atención de Espartero hacia distintos puntos.

El día 31 de enero la impaciencia del conde de Morella no le permitió aguantar más, a pesar de las súplicas de los facultativos, y ordenó partir al día siguiente a San Mateo.

Mientras tanto, los ejércitos del Norte y del Centro seguían preparándose para el ataque a las fortalezas carlistas, cuyas líneas se estrechaban. La intención de Espartero era bloquear al ejército carlista en sus aldeas montañosas e impedirle sacar recursos de las fértiles tierras bajas.

Cabrera permanecía entretanto en San Mateo sumido en una profunda depresión, sin fuerzas para tenerse a caballo, desenvainar el sable o dar una orden a sus hombres. Su estado lejos de mejorar, dio paso a una nueva enfermedad, que se manifestó por tos, vómitos y fiebre, y que fue diagnosticada de tos ferina, lo que recomendó su traslado a Uldecona, pensando que cambiar de aires le convendría. De allí pasó en los días siguientes a Mora y a Flix, con el fin de tener una entrevista con algunos jefes de Cataluña, para acordar un plan de acción conjunto.

En Flix, conoció Cabrera los detalles sobre la destitución y el posterior asesinato del conde de España. Ajeno a las maniobras intoxicadoras llevadas a cabo por los agentes y espías cristinos, que mezclaban maliciosamente verdades con mentiras para «provocar la división de los facciosos

⁵⁹ *Apuntes de Aviraneta*. Citado por CASTILLO PUCHE, José Luís: *Memorias íntimas de Aviraneta*. Biblioteca Nueva. Madrid, 1952, p. 292.

en Cataluña», como declara el propio Aviraneta, Cabrera tenía el encargo recibido del rey de aclarar la situación en el Principado y castigar ejemplarmente a los culpables del crimen del conde de España.

Tras su estancia en Flix, volvió Cabrera a Mora de Ebro, con la intención de permanecer allí algún tiempo para completar su restablecimiento, porque desde allí podía atender más fácilmente tanto a Aragón como a Cataluña, si acaso determinaba pasar al Principado⁶⁰.

El mismo día en que el caudillo entraba en Mora, marchaba sobre Segura el formidable ejército del duque de la Victoria, dispuesto a empezar por esta plaza el aplastamiento de la resistencia carlista. Su caída el 27 de febrero, fruto de una traición, produjo desolación en el ejército y en los pueblos⁶¹.

Tras la conquista de Segura, le tocó el turno a Castellote, que cayó el día 26 después de una resistencia numantina durante varios días. En su parte, el propio Espartero escribiría: «La defensa de Castellote ha sido la más obstinada de cuantas ofrece esta sangrienta lucha»⁶².

Junto a la gloriosa pérdida de Castellote, los carlistas tuvieron que sufrir en esas mismas fechas otras derrotas en diversos puntos. Ocupado militarmente el territorio que hasta entonces controlaban los carlistas, ignorante Cabrera en su postración de la magnitud de la situación y carente de información sobre el estado real de las cosas, las desgracias se iban encadenando y las distintas plazas fuertes iban cayendo como las fichas de un dominó, presagiando un cercano y trágico final.

Después de siete años de guerra, todo lo que laboriosamente habían construido parecía derrumbarse sin remedio. A pesar de todo, cuando la totalidad del ejército liberal caía sobre ellos en enfrentamiento desigual, cuando todo invitaba a desistir, los carlistas mostraban su empeño en defender sus plazas fuertes y disputar cada peñasco de su territorio con increíble porfía.

Cabrera había enviado, desde febrero, comisionados a Bourges para intentar una reactivación de la guerra en el Norte que distrajera las fuerzas de sus enemigos. Carlos V hacía esfuerzos por reanudar la guerra en el Norte o por promover un levantamiento en Andalucía. Cabrera les estimulaba

⁶⁰ Mora de Ebro, junto con Flix, eran los puntos más importantes de paso del Ebro que tenían los carlistas en su poder. Resultaban puntos estratégicos clave para el enlace con Cataluña, y su defensa era importante, especialmente contra un golpe de mano desde la fortaleza vecina de Mequinenza, en poder de los liberales.

⁶¹ De la confianza que tenían los carlistas en la capacidad de resistir de la fortaleza de Segura da idea la pintada que habían escrito en sus muros: «Segura siempre será Segura o de Ramón Cabrera la sepultura». Citado por SÁNCHEZ I AGUSTÍ, Ferrán: *Carlins amb armes en temps de pau. Altres efemérides d'interés (1840-1842)*. Pagés Editors. Lleida, 1996, p. 55.

⁶² CÓRDOBA, Buenaventura de: op. cit., Tomo IV, p. 273.

a que lanzaran gente a Navarra y al Alto Aragón para distraer a Espartero y evitar así la caída de Morella y las plazas que resistían en el Maestrazgo.

A la falta de fondos para secundar un tal levantamiento se unieron las filtraciones a las autoridades consulares y a la gendarmería francesa, que intervino para desbaratar todos los planes, internando a unos y deteniendo a otros.

Entre tanto, en el Maestrazgo, la pregunta que angustiada de dónde estaba Cabrera era la que se hacían todos los voluntarios, todos los pueblos, todos los que suponían que sólo la muerte del caudillo podía explicar su incomparecencia, la desolación, las pérdidas de plazas fuertes, las deserciones y las infidencias a las que nadie parecía poner remedio.

Cabrera, como quedó dicho, permanecía en Mora de Ebro aislado y ensimismado en los lúgubres pensamientos fruto de su estado de depresión y de su enfermedad, que le duraba ya más de un mes padeciendo unas toses que le partían el pecho. Su estado general se empeoró, llegando a sufrir un edema generalizado, hasta el extremo de que creyendo morir, pidió que se administrasen de nuevo los sacramentos.

Cuando pudo recuperarse algo, pidió ser llevado a Morella para dejarse ver, pues todos le creían muerto, y abundaban las deserciones y la indisciplina⁶³. Al entrar en Morella el 4 de mayo, la población entera salió a recibirle y a mostrarle su alborozo por su restablecimiento. Pero la enfermedad había dejado huella en su cuerpo —«reducido a la armazón huesosa cubierta de débiles músculos y piel»⁶⁴— y en su espíritu, menos enérgico que antes de padecerla.

15. *Caída de Cantavieja, Morella y las últimas plazas del Maestrazgo*

Las batallas se sucedieron, impotentes los carlistas de contener la ofensiva del ejército liberal. El 11 de mayo Cabrera dio la orden de que se abandonara Cantavieja, destruyendo antes las fortalezas, por conocerse los preparativos que los liberales realizaban para su ataque y haberse descubierto una conspiración para entregar la plaza.

El abandono de Cantavieja dejó expedita al ejército liberal la toma de los restantes pequeños fuertes que aún desplegaban en el Bajo Maestrazgo y confines de Cataluña, quedando libres los principales ejes de comunicación al ejército liberal.

Cabrera se dirigió a La Cenia, donde las fuerzas carlistas tuvieron que enfrentarse a las de O'Donnell, viéndose obligados a retirarse hacia Rosell.

⁶³ CÓRDOBA, Buenaventura de: op. cit., Tomo IV, pp. 322 y 323.

⁶⁴ Descripción del profesor Hernández, médico comisionado por Carlos V, en el informe sobre la segunda enfermedad de Cabrera, firmado en Bourg el 4 de agosto de 1840, y recogido en CÓRDOBA, Buenaventura de: op. cit., Tomo IV, pp. 332 y ss.

El 18 de mayo empezó el formidable ejército mandado por el general Espartero su ofensiva contra la sitiada Morella. Al final, conociendo los carlistas su situación sin esperanza alguna, se rindieron como prisioneros de guerra. Los liberales tomaron la ciudad, que fue saqueada y en la que hicieron 2.731 prisioneros⁶⁵.

Como quedó dicho en su lugar, tras su enfrentamiento con O'Donnell en La Cenia, Cabrera se había dirigido a Rosell, donde continuaba postrado a causa de la enfermedad que le abatía. «Era un cadáver, una sombra: ni podía andar, ni montar a caballo, ni dormir. Ya no soy Cabrera, nos decía, yo mismo no me conozco: momentos hay en que deseo la muerte»⁶⁶.

16. Paso a Cataluña del ejército de Cabrera. La derrota y el final de la guerra

El primero de junio Cabrera llegó a Cherta, e inmediatamente dispuso lo necesario para cruzar el Ebro con la intención de unirse al ejército de Cataluña y tratar de resistir allí mientras pudieran. Su presencia en Cataluña era necesaria para aclarar el asesinato del conde de España, que desde entonces ponía una sombra de sospecha sobre la Junta de Berga. A ello se unía el que comunicaciones oficiales interceptadas al enemigo le habían convencido del inminente peligro que corría la causa carlista en el Principado a manos de la intriga y la perfidia, lo que hacía urgente su presencia. De hecho, como veremos a continuación, desde el asesinato del conde de España, las fuerzas catalanas habían permanecido a las órdenes de Segarra, que ya estaba en comunicación con el bando liberal para tratar de llegar a algún acuerdo. Por otra parte, Cataluña resultaba más favorable para tratar de resistir que el empobrecido Maestrazgo, y disponía además de una frontera que era clave para evitar que su ejército quedara aislado en la eventualidad de que se perdiera el Principado.

Aviraneta y sus agentes a sueldo habían avanzado en su trabajo, y conseguido de los miembros de la Junta que se dispusieran a hacer todo lo posible por combatir a Cabrera. En Berga había mucha gente armada, la mayor parte paisanos.

⁶⁵ Pormenorizada e interesante narración de la caída de Morella en Sánchez, R.: Historia de D. Carlos y de los principales sucesos de la guerra civil de España. Imprenta de Tomás Aguado y Compañía. Madrid, 1844, Tomo II cap. XVI y en FLAVIO, E: op. cit., Tomo II, p. 155 y siguientes, quien contrasta fuentes carlistas y liberales y recoge datos de una Memoria debida a D. Pedro Pablo Pallarés, capellán del 1º de Tortosa, testigo presencial.

⁶⁶ Testimonio citado por CÓRDOBA, Buenaventura de: op. cit., Tomo IV, p. 359. Por este testimonio, que refleja la alteración de su estado anímico, cabe suponer que Cabrera sufriera lo que hoy se diagnosticaría como una depresión, que pudo incluso ser expresión de la afectación a nivel del sistema nervioso central de las propias fiebres tifoideas que padeció.



Figura 14: *Miniatura del general Espartero. Museo Carlista de Madrid*

El 6 de junio se recibió un parte de que Cabrera estaba a dos jornadas de Berga y que el día 8 finalmente estaría frente a la ciudad. Los miembros de la Junta dictaron una serie de medidas de defensa y precaución como si las tropas cristinas estuvieran a la vista.

El día 7 el cirujano Ferrer y otros miembros de la Junta dieron muestras de gran nerviosismo. Trataron de avisar a Segarra para pedirle que viniera con sus tropas e impidiera la entrada del tortosino, en caso de que persistiera en sus planes de venganza contra la Junta. Pero la diferencia de opiniones entre unos y otros no aseguraba la resistencia que pretendían los hermanos Ferrer y otros miembros de la Junta de su cuerda, por lo que pensaron en huir para ponerse a salvo, sin ponerse tampoco en ello de acuerdo. El cirujano Ferrer, que debía tener peor conciencia del asesinato del conde de España que otros, decidió entonces escapar por su cuenta.

El día 8 Cabrera entraba triunfalmente en la plaza tras parlamentar con varios individuos de la Junta y hacerles saber que venía en paz y sin planteamiento hostil⁶⁷.

Abandonado el Maestrazgo por las últimas fuerzas, fueron cayendo los fuertes que subsistían, que o bien se entregaban a los constitucionalistas o eran abandonados directamente por sus disminuidas guarniciones, con lo que el territorio quedó provisionalmente pacificado, subsistiendo sólo pequeños grupos de fugitivos dispersos que erraban por aquellas montañas hasta ir cayendo en manos de la tropa.

Antes de que Cabrera llegara a Berga, todos pensaban que la guerra estaba perdida de forma inevitable. Hacía dos meses que el ejército catalán no combatía, y los que permanecían en sus puestos difícilmente podían sustraerse al ambiente cada día más cargado de celos, discordias y animosidades. La crispación de los ánimos, efecto de siete años de lucha y ante la perspectiva de una derrota inminente, podían haber producido un baño de sangre, que la llegada del conde de Morella pudo evitar.

Inmediatamente después de su llegada a Berga, Cabrera mandó detener a los sospechosos y ordenó la detención de Segarra, comandante general del Ejército Real de Cataluña, que desde Vich, donde consiguió escapar, publicó una proclama en que pedía a las fuerzas carlistas que se pasaran al enemigo⁶⁸.

Las investigaciones llevadas a cabo probaron que varios jefes y oficiales estaban comprometidos con él en su traición, y que existían movimientos

⁶⁷ *El Restaurador Catalán*, 9 de junio de 1840. Citado por SAGARRA I DE SISCAR, Ferran de: *La primera guerra carlina a Catalunya. El conde d'España i la Junta de Berga*. Editorial Barcino. Barcelona, 1935, Tomo II, pp. 147 y 148.

⁶⁸ *Álbum biográfico dertoesense*. Obdulio Rodríguez y González de los Ríos, editor. Tortosa, 1892, Vol. 1, P. 213.

subversivos en el campo carlista, promovidos por agentes del gobierno, que animaban a la desertión y a la discordia entre los voluntarios catalanes, aragoneses y valencianos leales aún a su jefe y a la causa del rey.

Estaba claro que las autoridades liberales pretendían, con el soborno y la intriga, reproducir en Cataluña un desenlace similar al alcanzado con Maroto en las provincias del Norte.

La desmoralización y las intrigas promovidas por el gobierno en el ejército carlista catalán, para que sus componentes se acogieran a indulto, amenazaba gravemente la disciplina y el mantenimiento de la autoridad, en momentos en que se tenían noticias del avance del enemigo hacia la ciudad. Cabrera, acongojado por los continuos rumores de nuevas desafecciones y abatido por su enfermedad, dirigió el 24 de junio una dura Orden General a los jefes y comandantes de su ejército, así como a los pueblos, que refleja su estado de ánimo. En ella establecía pena de muerte para todo aquel que fuera encontrado con pliegos del enemigo y no los hubiera presentado a la autoridad militar.

Por su parte, el 1 de julio, Espartero publicó desde Manresa un bando en el que amenazaba con la pena de muerte a los ayuntamientos que no denunciaran la entrada de fuerzas carlistas; a cualquier carlista no uniformado; y a quienes se encontraran en posesión de armas sin entregar.

En esa misma fecha, el ejército cristino de Espartero inició la ofensiva final sobre los núcleos legitimistas catalanes. «Nadie ignoraba en el ejército, desde el simple voluntario hasta el último jefe, que desde aquel punto pasaríamos días antes o días después la frontera», escribió Díaz de Labandero en sus memorias de aquellos días⁶⁹.

A pesar de la desproporción de fuerza y de la imposibilidad de albergar ya ninguna esperanza, el conde de Morella sostuvo el 4 de julio una última batalla antes de abandonar definitivamente Berga. Tras la derrota y la pérdida de la plaza, Cabrera decidió entonces atravesar la frontera francesa con lo que quedaba de su ejército.

La decisión de atravesar la frontera se basaba en la falta de víveres y municiones, lo exhausto del país y el cansancio de sus habitantes, su propia enfermedad que le aquejaba desde hacía casi ocho meses, la superioridad numérica del enemigo⁷⁰ y, por último, el triste estado del ejército catalán tras el asesinato del conde de España. Todo ello le hacía creer que la prolongación

⁶⁹ DÍAZ DE LABANDERO, Gaspar: op. cit., p. 135.

⁷⁰ Al tomar la decisión de cruzar la frontera, el Conde de Morella estimaba los efectivos de ejército liberal en unos 100.000 infantes y 6.000 caballos, contra 20.000 y 2.000 respectivamente que componían su propio ejército. En el ataque a Berga, Espartero dispuso de 60 batallones y unos 4.000 caballos, contra los 6 batallones y 300 caballos que pudo oponerle el general Cabrera.

de la guerra no conduciría más que a un inútil derramamiento de sangre sin beneficio alguno, por lo que proponía pasar la frontera y buscar asilo en territorio francés.

La *Guerra de Cabrera* había terminado después de siete años de desigual combate.

No pasarían muchos años, sin embargo, para que se viera que lo que parecía el final de una guerra no era, sin embargo, más que el final de una batalla, y para que el propio Cabrera volviera a dirigir a sus hombres en el combate. Durante casi un siglo más los carlistas, seguirían velando armas, en el exilio o en sus casas unas veces, en el monte otras, a lo largo de todo el siglo XIX, representando a una España que se negaba a morir.

BIBLIOGRAFÍA

- Anónimo: *Álbum biográfico dertoense*. Obdulio Rodríguez y González de los Ríos, editor. Tortosa, 1892.
- Anónimo: *Estado Militar de España*. Imprenta Real. Madrid, 1833.
- ARIZAGA, José Manuel de: *Memoria militar y política sobre la guerra de Navarra, los fusilamientos de Estella, y principales acontecimientos que determinaron el fin de la causa de D. Carlos Isidro de Borbón*. Imprenta de Vicente de Lalama. Madrid, 1840.
- BULLEN, Roger y STRONG, Felicity: *Palmerston. I: Private correspondence with Sir George Villiers (afterwards fourth Earl of Clarendon) as Minister to Spain 1833-1837*. Her Majesty's Stationery Office. London, 1985.
- BULLÓN DE MENDOZA, Alfonso: *La Primera Guerra Carlista*. Editorial Actas. Madrid, 1992.
- CABELLO, F.; SANTA CRUZ, F. y TEMPRADO, R.M.: *Historia de la guerra última en Aragón y Valencia*. Imprenta del Colegio de Sordomudos. Madrid, 1845.
- CALBO Y ROCHINA DE CASTRO, Dámaso: *Historia de Cabrera y de la Guerra Civil en Aragón, Valencia y Murcia*. Establecimiento Tipográfico de D. Vicente Castelló. Madrid, 1845.
- CASTILLO PUCHE, José Luís: *Memorias íntimas de Aviraneta*. Biblioteca Nueva. Madrid, 1952.
- CASTRO, Antón: «Ramón Cabrera: la literatura y el héroe», en *Aceite, Carlismo y Conservadurismo político. El Bajo Aragón durante el siglo XIX*. Al-Qannis, n.º 5. Taller de Arqueología de Alcañiz. Alcañiz (Teruel), 1995.
- CÓRDOBA, Buenaventura de: *Vida militar y política de Cabrera*. Imprenta y fundición de D. Eusebio Aguado. Madrid, 1844.
- DELGADO, José María: *Memorias militares del general D. Miguel Gómez y Damas. Expedición carlista por España en 1836*. Imprenta de El Correo Español. Madrid, 1914.
- DÍAZ, Nicomedes-Pastor: Biografía de Don Ramón Cabrera. En *Obras*. Tomo V. Imprenta de Manuel Tello. Madrid, 1968.
- DÍAZ DE LABANDERO, Gaspar: *Historia de la Guerra Civil de Cataluña en la última época*. Imprenta de la Viuda de Jordán e Hijos. Madrid, 1847.
- FERRER, Melchor; TEJERA, Domingo y ACEDO, José F.: *Historia del Tradicionalismo español*. Editorial Católica Española, S.A. Sevilla, 1941-1947.
- FLAVIO, E. Conde de X***: *Historia de Don Ramón Cabrera*. Est. Tipográfico-Editorial de G. Estrada. Madrid, 1870.
- GONZÁLEZ DE LA CRUZ, Rafael: *Historia de la emigración carlista*. Imp. Cuesta. Madrid, 1844.

- HORTELANO, Benito: *Memorias*. Espasa Calpe, S.A. Madrid, 1936.
- MARX, Carl y ENGELS, Frederick: *Revolución en España*. Ediciones Ariel. Barcelona, 1970.
- MIRAFLORES, Marqués de: *Memorias para escribir la historia contemporánea de los siete primeros años del reinado de Isabel II*. Imprenta de la Viuda de Calero. Madrid, 1844.
- MORAL RONCAL, Manuel Antonio: *Carlos V de Borbón*. Editorial Actas S.L. Madrid, 1999.
- OLEZA, José de: *El primer conde de España. Sus proezas y su asesinato*. Biblioteca Nueva. Madrid, 1944.
- OVILO Y OTERO, Manuel: *Vida militar y política de D. Carlos María Isidro de Borbón. Historia de la Guerra Civil*. Sociedad de Operarios del mismo Arte. Madrid, 1844.
- OYARZUN, Román: *Vida de Ramón Cabrera y las guerras carlistas*. Editorial Aedos. Barcelona, 1961.
- PUIG Y PUIG, Juan: *Historia breve y documentada de la Real Villa de Catí*. Servicio de Publicaciones. Diputación de Castellón, 1998.
- RICO Y AMAT, Juan: *Historia política y parlamentaria de España*. Imprenta de las Escuelas Pías. Madrid, 1861.
- SAGARRA I DE SISCAR, Ferran de: *La primera guerra carlina a Catalunya. El comte d'España i la Junta de Berga*. Editorial Barcino. Barcelona, 1935.
- SÁNCHEZ I AGUSTÍ, Ferrán: *Carlins amb armes en temps de pau. Altres efemérides d'interés (1840-1842)*. Pagés Editors. Lleida, 1996.
- SÁNCHEZ, R.: *Historia de D. Carlos y de los principales sucesos de la guerra civil de España*. Imprenta de Tomás Aguado y Compañía. Madrid, 1844.
- SAN ROMÁN, Marqués de: *Guerra Civil de 1833 a 1840 en Aragón y Valencia. Campañas del general Oraá (1837-1838)*. 2 volúmenes. Imprenta y fundición de M. Tello. Madrid, 1884 y 1896.
- SEGURA BARREDA, José: *Morella y sus aldeas. Volumen IV*. Ayuntamiento de Morella. Morella, 1991.
- URCELAY ALONSO, Javier: *Cabrera. El Tigre del Maestrazgo*. Editorial Ariel. Barcelona, 2006.
- : *El Maestrazgo Carlista*. Editorial Antinea. Vinaroz (Castellón), 2001.
- : «La historia autógrafa de Ramón Cabrera redactada por su hijo», en *Revista Aportes*, Año XV, n.º 43, 2/2000. Editorial Actas. Madrid, 2000.
- : «El hogar materno y el entorno familiar de Ramón Cabrera», en *Revista Aportes*, Año XVIII, n.º 52, 2/2003. Editorial Actas. Madrid, 2003.
- VON GOEBEN, Augusto: *Cuatro años en España*. Institución Príncipe de Viana. Diputación Foral de Navarra. Pamplona, 1966.
- VON RAHDEN, Wilhem: *Cabrera. Recuerdos de la guerra civil española*. Institución Fernando el Católico. Zaragoza, 2014.

CORRESPONSALES Y PRIMERA GUERRA CARLISTA: PRIMER INTENTO SISTEMÁTICO POR CUBRIR UN CONFLICTO BÉLICO¹

Cristina BARREIRO GORDILLO²
Elías DURÁN DE PORRAS³

RESUMEN

William Howard Russell ha sido considerado el primer y más grande corresponsal de guerra de la historia y la guerra de Crimea, el primer intento sistemático por parte de las cabeceras británicas de informar sobre un conflicto sobre el terreno. Sin embargo, diferentes investigaciones llevadas a cabo en las últimas décadas han abierto una nueva perspectiva para el estudio académico del origen del reporterismo: aquella que sitúa el nacimiento de la profesión en España durante la Primera Guerra Carlista. En el siguiente artículo se presenta el caso de la cobertura de este conflicto civil, en el que varios periodistas de distintas cabeceras británicas viajaron a la Península para informar de la guerra.

¹ Este trabajo ha sido financiado por el proyecto MCP19V01, «El nacimiento de los corresponsales de guerra: una consecuencia olvidada de la internacionalización de la Primera Guerra Carlista» de la Fundación Universitaria San Pablo CEU en el programa de «Proyectos de Consolidación». Grupo de Investigación en Consolidación ESCUR. Facultad de Humanidades y Ciencias de la Comunicación. Universidad San Pablo-CEU, CEU Universities.

² Profesora Titular de Historia y Doctora en Periodismo por la Universidad CEU-San Pablo (CEU Universities). IP2 del Proyecto «El nacimiento de los corresponsales de guerra: una consecuencia olvidada de la internacionalización de la Primera Guerra Carlista». cbarreiro@ceu.es

³ Decano de la Facultad de Humanidades y Ciencias de la Comunicación de la Universidad CEU Cardenal Herrera, Valencia. eduran@uchceu.es

PALABRAS CLAVE: Primera Guerra Carlista. Charles Lewis Gruneisen. William Howard Russell. *Morning Post*. Corresponsales de Guerra.

ABSTRACT

William Howard Russell has been considered the first and greatest war correspondent in history and the Crimean War the first systematic attempt by British newspapers to report on a conflict on the ground. Nevertheless, different research carried out in recent decades have opened up a new perspective for the academic study of the origins of war reporting: that which placed the birth in Spain during the First Carlist War. The following article presents the case of the coverage of this conflict, in which several journalists from different British newspapers travelled to the Peninsula to report on the war.

KEY WORDS: First Carlist War. Charles Lewis Gruneisen. William Howard Russell. *Morning Post*. War correspondent.

* * * * *

De Crimea a Crimea

A lo largo del primer mes de la guerra entre Rusia y Ucrania de 2022, cinco periodistas han perdido la vida. Cinco nombres que pagaron el más alto precio por informar sobre un conflicto que tiene a Europa en vilo. En los meses posteriores la lista de periodistas fallecidos como consecuencia de los combates se elevó por encima de los 20⁴. Ironías del destino, la historiografía tradicional sobre los corresponsales de guerra sitúa el nacimiento de esta especialidad periodística en la misma zona, en 1854, cuando el corresponsal de *The Times* William Howard Russell acercó a los lectores ingleses la guerra de Crimea que enfrentó al Imperio Ruso y Grecia contra el Imperio Otomano, Francia, Reino Unido y el reino de Cerdeña.

⁴ 135 reporteros españoles han estado en Ucrania o países limítrofes desde que comenzó el conflicto, según un censo de Reporteros sin Fronteras y la Universidad de Valladolid. Este hecho demuestra que la guerra «vende y aporta un caché adicional a los medios que apuestan por relatarla en cualquiera de sus dimensiones probables (militar, víctimas civiles, consecuencias económicas, etc.)». Bernal, Pilar: «Periodismo en guerra», en *Cuadernos de Periodistas*, n.º 44, 2022, pp. 9-17.

“Billy” Russell continúa siendo uno de los mitos más sobresalientes del periodismo de guerra porque el éxito entre la opinión pública de sus crónicas provocó la caída del gabinete presidido por George Hamilton-Gordon. Con posterioridad, su pluma narró otros conflictos, como la guerra Austro-Prusiana (1866), India (1857) Franco-Prusiana (1870) y anglo-zulú (1879). Al fallecer se inauguró un busto y una placa en la catedral de San Pablo de Londres donde se indica que fue «el primero y el más grande de los corresponsales de guerra».

El objeto de este artículo no tiene como finalidad cuestionar que Russell fuera el corresponsal de guerra más famoso de su época, sino poner en entredicho que fuese el primer corresponsal de guerra moderno o, al menos, rescatar la figura de los que podrían considerarse sus «antepasados directos». Porque figuras similares las encontramos en España durante la Primera Guerra Carlista, cuando otros británicos visitaron la Península para informar sobre la contienda y se creó una red sistematizada de informadores sobre los asuntos peninsulares. Un hecho que demuestra hasta qué punto el conflicto legitimista en España atrajo el interés de los lectores de prensa inglesa. Cuando hace más de una década se publicó en la revista *Cuadernos de Investigación Histórica* el artículo «Los primeros corresponsales de guerra: España 1833-1840» se abrió una nueva perspectiva para el estudio académico del origen del reporterismo: aquella que situaba el nacimiento de la profesión en España durante la Primera Guerra Carlista⁵. Este punto de vista adelantaba en casi veinte años el origen del periodismo de guerra moderno que tradicionalmente y desde los entornos universitarios se situaba en 1854, con las crónicas en *The Times* sobre la Guerra de Crimea. Desde entonces han sido mucho los esfuerzos por avanzar en las investigaciones que pudiesen posicionar a la Península Ibérica y los conflictos civiles que aquí se vivieron, en el centro del debate científico.

El debate sobre los primeros corresponsales de guerra

Russell se definió a sí mismo como «el mísero padre de una tribu desdichada». Y así parece que ha quedado en la historiografía⁶. Pese a que algunos de los primeros historiadores de la prensa inglesa ya adelantaron otras

⁵ Bullón de Mendoza, Alfonso: «Los primeros corresponsales de guerra: España, 1833-1840», en *Cuadernos de investigación histórica*, n.º 9, 2009, pp. 345-359. En esta dirección se pronunció también el mismo autor en «Charles Lewis Gruneisen: un corresponsal de guerra británico en la Primera Guerra Carlista» en su discurso de ingreso en el Real Colegio de Doctores de España, el 18 de mayo de 2022.

⁶ Este punto de vista se mantiene también en la profesión, como puede leerse en innumerables artículos como, por ejemplo, el escrito por Enric González el cinco de abril de 2009 en *El País*: «Un periodista indeseable».

figuras anteriores o contemporáneas del periodista irlandés, ninguno niega la preeminencia de su figura o bien que con William Howard Russell el periodismo de guerra, «ese invento de mediados del XIX»⁷, se hizo adulto⁸.

Los anteriores a Russell serían, en todo caso, unos meros precursores fruto de una época en la que aún no había nacido la prensa de masas. Con todo, hay autores que señalan que el periodismo de guerra pudo nacer durante las guerras revolucionarias francesas y napoleónicas por la extraordinaria demanda de noticias desde el teatro de operaciones⁹. La fuerza de prensa inglesa era una constatación del grado de madurez de la opinión pública inglesa, después de un siglo XVIII en el que fue creciendo su importancia y poder¹⁰.

⁷ Hobsbawm, Eric: *Historia del siglo XIX, 1914-1989*. Ed. Crítica, Barcelona, 2003, p. 31. Citado por Guillamet, Jaume: «De William H. Russell a Robert Fisk, un siglo y medio de corresponsales de guerra,» en *Estudios de Periodística*, XI, 2006, p. 53.

⁸ Altabella, José: *Corresponsales de guerra. Su historia y su actuación. De Jenofonte a Knickerbocker pasando por Peris Mencheta*. Ed. Febo, Madrid, 1945. Andrews, Alexander: *The History of British Journalism, from the foundation of the newspaper in England to the repeal of the Stamp Act in 1855*. Ed. Richard Bentley, Londres, 1859. Brake, Laurel and Demoor, Marysa: *Dictionary of Nineteenth-Century Journalism*. Academia Press, Gante, 2009. Bullard, Frederic L.: *Famous war correspondent*. Ed. Beekman Publishers, Londres, 1974. Guillamet, Jaume: «De William H. Russell a Robert Fisk, un siglo y medio de corresponsales de guerra,» en *Estudios de Periodística*, XI, 2006, pp. 53-62. Griffiths, Dennis: *Fleet Street. Five Hundred Years of the Press*. Ed. British Library, Londres, 2006. Herd, Harold: *The march of journalism: the story of the British press from 1622 to the present day*. Ed. Allen & Unwin, Londres, 1952. Knightley, P.: *The first casualty: from the Crimea to Vietnam, the war correspondent as Hero, Propagandist and Myth Maker*. Harcourt Brace Publishers Ltd, Nueva York, 1976. Korte, Barbara: *Represented Reporters. Images of war correspondents in Memoirs and Fiction*. Bielefeld, 2009. Liddell Hart, B.H.: *The Sword and the Pen*. Ed. Littlehampton Book Services, Londres, 1976. Moorcraft, Paul L. and Taylor, Philip M.: *Shooting the Messenger. The political impact of war reporting*. Ed. Potomac Books, Washington, 2008. Roth, Mitchel P.: *Historical Dictionary of War Journalism*. Ed. Greenwood Press, Westport 1997. Roth, Mitchel P.: *The Encyclopedia of War Journalism, 1807-2010*. Ed. Grey House Publishing, 2010. Royle, Trevor: *War report. The war correspondent's view of battle from the Crimea to the Falklands*. Ed. Mainstream, Londres, 1987. Simpson, John: *News from no Man's land. Reporting the world*. Ed. Macmillan, Londres, 2002. Wilkinson-Latham, Robert J.: *From our special correspondent*. Ed. Hodder & Stoughton General Division, Londres, 1979. Guillamet, Jaume: «De William H. Russell a Robert Fisk, un siglo y medio de corresponsales de guerra,» en *Estudios de Periodística*, XI, 2006, pp. 53-62.

⁹ Sweeney, Michael S.: «War correspondents», en Sterling, C. H. (editor): *Encyclopedia of journalism*. Ed. SAGE Publications, Newbury Park, 2009, Vol. IV, pp. 1441-1447. Durán, Elías: *Galicia, The Times y la Guerra de la Independencia, Henry Crabb Robinson y la corresponsalía de The Times en A Coruña*. Ed. Fundación Pedro Barrié de la Maza, A Coruña, 2008. Herd, Harold: *The March of Journalism. The Story of the British Press from 1622 to the Present day*. Ed. George Allen & Unwin LTD. Londres, 1952. Este último en su página 79 indica que el primer corresponsal de guerra fue John Bell, que más adelante veremos.

¹⁰ Durán de Porras, Elías: «De editores a periodistas: hacia el periodismo contemporáneo en Inglaterra», en *El Argonauta Español*, n.º 6, 2009.

Hasta ese momento los lectores conocían los conflictos a través de cartas de viajeros particulares, despachos oficiales, resúmenes de publicaciones extranjeras o misivas de oficiales enviadas desde el frente que los periódicos publicaban conforme les llegaban. Para eludir el control gubernamental, que en ocasiones entorpecía la recepción de noticias o bien favorecía a las cabecezas más afines, los directores comenzaron a establecer una red de agentes cuya misión era recoger panfletos, periódicos, cartas, y remitirlos a la metrópoli cuanto antes. Estos agentes eran meros «news gatherers» que en ocasiones incluían comentarios propios que solían publicarse. Cuando la situación internacional se complicó a finales del XVIII por las circunstancias en Francia, los lectores demandaron más noticias «from the continent» a la par que el Gobierno inició una campaña para controlar la información por el miedo que se tenía a la revolución. Estos factores fueron determinantes para que algunos periódicos enviaran periodistas a los escenarios más relevantes. Es lo que ocurrió con *The Morning Chronicle*, cuyo director James Perry, se trasladó a París en 1791 para cubrir lo que acontecía en la Asamblea Nacional¹¹.

En el caso de la cobertura de la guerra, tres diarios apostaron por los enviados especiales para que escribieran desde el teatro de operaciones: *The Oracle*, *The Times* y *The Morning Chronicle*. Eran, además, tres periódicos que mantenían una difícil relación con el gabinete de Saint James¹². De esta manera, los tres primeros enviados especiales a cubrir un conflicto fueron John Bell, Henry Crabb Robinson y Peter Finnerty. El primero, director del *Oracle*, acompañó a las casacas rojas en la campaña de Tournai, en 1794; el segundo cubrió para los lectores de *The Times* en primer lugar la campaña de Napoleón de 1807 para después, en 1808, trasladarse a La Coruña donde narró la retirada del Ejército de Sir John Moore; el tercero sufrió una severa condena por libelo por publicar un duro artículo contra Lord Castlereagh, secretario de guerra, como consecuencia de lo ocurrido en la desastrosa expedición de Walcheren, en 1809, que Finnerty cubrió para *The Morning Chronicle*¹³. Los tres conocían el oficio, eran periodistas profesionales e incluso uno de ellos, Robinson, llegó a proponer a su director, John Walter II, una transformación de la «sección» internacional del periódico con el objetivo de hacer un periodismo más explicativo, con más artículos y menos noticias traducidas sin más¹⁴.

¹¹ Asquith, Ivon: *James Perry and the Morning Chronicle (1790-1821)*. London University, 1973, pág. 17 y ss.

¹² Durán de Porras, Elías: «Corresponsales británicos en la Guerra de la Independencia: la batalla por la información», en Miranda Rubio, Francisco: *Guerra Sociedad y Política (1808-1814)*. Ed. Universidad Pública de Navarra, Pamplona, 2008, Vol II, pp. 879-902.

¹³ Durán de Porras, Elías: «Peter Finnerty, un antepasado de los corresponsales de guerra modernos», en *Textual & Visual Media*, n.º 7, 2014, pp. 163-184.

¹⁴ Durán de Porras, Elías: «Henry Crabb Robinson y la sección internacional de *The Times* a comienzos del siglo XIX», en *Historia y Comunicación Social*, n.º 14, 2010, pp. 71-86.

Años más tarde, uno de ellos, Henry Crabb Robinson, en una reflexión sobre la fama que estaban adquiriendo los corresponsales de guerra a mediados de siglo, anotó en su diario (30 de marzo de 1858): «Este Corresponsal Especial de *The Times* es un verdadero poder en el Estado. En cada país tiene su representante y en la Guerra de Crimea realmente se encargó de llevar caridad donde el Gobierno había fracasó [...] Durante mi corta conexión con *The Times*, hace cincuenta años, todo estaba en su infancia»¹⁵.

Otro corresponsal, Charles Lewis Gruneisen, del que hablaremos más adelante por su presencia en España durante la Primera guerra Carlista, refiere: «Nosotros lo pasábamos malamente en mi tiempo, pero las guerras de Crimea, India y Francia, han provocado el reconocimiento de los representantes de los periódicos, por su independencia y utilidad. Nosotros hemos sido y somos los guías de los historiadores, que estarán agradecidos por nuestros detalles, separados de los secos despachos y los formales relatos de los oficiales»¹⁶.

Autores estadounidenses¹⁷, por otra parte, señalan que el reporterismo de guerra moderno nació durante la guerra entre México y los Estados Unidos (1846-48), donde una docena de «*full-time professional journalist*» trabajaron prácticamente sin restricciones e incluso fueron los primeros periodistas «empotrados» (*embedded*) en unidades del ejército¹⁸. Lo que apuntan no es original, ya lo había adelantado Bullard¹⁹, pero constatan un hecho que contradice Knightley, que Crimea fue el inicio de los esfuerzos por parte de las empresas periodísticas por cubrir de manera sistemática un conflicto con periodistas civiles²⁰.

Si bien estos últimos estudios están muy centrados en el desarrollo de la especialidad periodística en los conflictos en los que estuvo implicado EEUU, también citan otras conflagraciones por sus implicaciones en el desarrollo de las coberturas informativas sobre la guerra. Por ejemplo la guerra ruso-japonesa (1904-5), origen del primer sistema ideado para

¹⁵ Hudson, Derek: *The Diary of Henry Crabb Robinson, an abridgement*. Ed. Oxford University Press, Londres, 1967, pág. 296.

¹⁶ Gruneisen, Charles Lewis: *Sketches of Spain and the Spaniards during the Carlist War*. Ed. W.H. and L. Collingridge, Londres, 1874, p. 36. Citado por Bullón de Mendoza, Alfonso: «Los primeros corresponsales de guerra: España, 1833-1840», en *Cuadernos de investigación histórica*, n.º 9, 2009, pág. 357.

¹⁷ Sweeney, Michael S.: *The Military and the Press, an uneasy truce*. Ed. Northwestern University Press. Evanston, Illinois, 2006. Roth, Mitchel P.: *The Encyclopedia of War Journalism, 1807-2015*. Ed. Grey House Publishing, Amenia, Nueva York, 2015.

¹⁸ Sweeney, Michael S.: *op. cit.*, pp. 5 y 17.

¹⁹ Bullard, Frederic L.: *op. cit.*, pág. 351.

²⁰ Knightley, Philip: *op. cit.*, pág. 11.

controlar la prensa por parte de los japoneses²¹. Sobre la Primera Guerra Carlista, Sweeney indica: “*The first to report as an eyewitness from a war zone may have been Chales Lewis Gruneisen (1806-79), who wrote about engagements of the Spanish Civil War of the 1830’s for the London Morning Post*”²². Aportación también extraída de la obra de Bullard o de Royle²³.

La historiografía sobre el reporterismo de guerra revela, por otra parte, un aspecto a tener en cuenta a la hora de buscar los orígenes de esta especialidad periodística: las características que deben cumplir los corresponsales de guerra para ser considerado como tales. Elementos que en la mayoría de los autores solo cumpliría Russell por primera vez. Estos son:

1. Un corresponsal de guerra debe ser un periodista profesional. Ha de conocer el oficio, con sus rutinas productivas y teniendo como eje informar a los lectores de su periódico. Por tanto, militares que enviaron despachos o civiles que de forma puntual fueron testigos de unos enfrentamientos, no pueden tenerse en cuenta.
2. No puede considerarse corresponsal de guerra de guerra aquel que no informa de manera sistemática sobre un conflicto y no cubrió más de una guerra.
3. Su ejercicio profesional entraña el riesgo de ser una víctima más del conflicto. Los corresponsales de guerra deben estar presente en el frente y ser testigos presenciales de los enfrentamientos.
4. Tener presente la realidad del conflicto, esto es, tener interés en acercar a los lectores el sufrimiento del soldado o de la población civil, el drama de la guerra, que la propaganda patriótica.
5. Los despachos desde el frente deben tener un gran eco entre la opinión pública.

Estas características son objeto de debate constante, porque establecer comparaciones sobre las coberturas de conflictos en épocas distintas puede resultar, cuando menos, arriesgado. Si analizamos, por ejemplo, la característica primera, relativa a que un corresponsal de guerra debía ser un periodista profesional, puede cuestionarse a través de figuras cuyos trabajos

²¹ *Ibidem*, pp. 3-4. Según Sweeney, los japoneses diseñaron un sistema basado en tres premisas: primero, los periodistas no podían estar a menos de cuatro millas del frente; segundo, debían ir acompañados siempre de militares; tercero, no se podía transmitir despacho alguno por cable sin contar con la autorización oficial. Este sistema impedía que los periodistas buscaran distintos puntos de vista y al final provocó el nacimiento de los «Press Pool».

²² Sweeney, Michael S.: «War correspondents», en Sterling, C. H. (editor): *Encyclopedia of journalism*. Ed. SAGE Publications, Newbury Park, 2009, Vol. IV, pág. 1441.

²³ Royle, Trevor: *op. cit.*, pp. 16-18.

presentaron similitudes con el de Russell. Jaume Guillamet presentó hace pocos años una muy interesante: Joaquín Mola y Martínez. El historiador afirma que la «propia condición militar no impide que el corresponsal describa las dificultades del ejército y la deficiente asistencia sanitaria a los heridos, que causan honda impresión en el público. En su defensa por las críticas recibidas, el *Diario de Barcelona* evoca el comportamiento del británico *The Times* en un episodio parecido durante la guerra de Crimea»²⁴.

El desarrollo de la profesión iba pareja a las demandas de la opinión pública y la competencia. Antonio García Palomares, en su tesis doctoral defendida en la Universidad Complutense sobre los corresponsales españoles en el conflicto norteafricano entre 1893 y 1925, concluye: «La longevidad del conflicto ha permitido comprobar la evolución de la figura del corresponsal. Dentro de la generación de los que narraron la guerra de 1859-1860, el corresponsal se identificaba como un militar que desempeñaba funciones de periodista, mientras que, en 1893, el cronista-soldado empezaba a quedar relegado por el personal civil que ejercía, con mayor o menor exclusividad debido a la precariedad, el periodismo como profesión. Con ello había comenzado la profesionalización del corresponsal bélico, como periodista especializado en cubrir guerra de manera continuada»²⁵. De igual manera ocurrió en el caso de Inglaterra. Y no solo en la guerra de Crimea. En la Primera Guerra Carlista e incluso en la Guerra de la Independencia española, ya existía una fuerte competencia entre las cabeceras londinenses por lograr un “scoop”.

Con respecto a la tercera característica, habría que decir que Russell apenas pisó «el campo del honor», al igual que Henry Crabb Robinson. Su periodismo se basó en las informaciones de los soldados y oficiales que llegaban desde la primera línea del frente²⁶: «Vio muy poco de la lucha (y lo que vio le desalentó) y hubo de recurrir a las tácticas que le habían llevado a ingresar en *The Times* durante las elecciones irlandesas y que han sido la base del modus operandi del corresponsal de guerra: paró a cuantos oficiales y soldados pudo y les pidió que les describiesen lo que había sucedido. Al principio, la maraña de impresiones que recogió no hicieron más que aumentar su confusión [...] Descubrió lo que descubren enseguida la mayoría de los corresponsales de guerra: los informes de los testigos presenciales

²⁴ Guillamet, Jaume: «Joaquín Mola y Martínez y los primeros corresponsales de guerra», en *Textual & Visual Media*, n.º 5, 2012, p. 225. La Guerra de África (1859-60) tuvo una amplia cobertura periodística con varios enviados especiales españoles y extranjeros.

²⁵ García Palomares, Antonio: *El origen del periodismo de guerra actual en España: el análisis de los corresponsales en el conflicto del Norte de África entre 1893 y 1925*. Tesis Doctoral, Universidad Complutense 2014, pág. 408.

²⁶ Knightley, P.: *op. cit.*, pp. 16-17.

suelen ser contradictorios». Por el contrario, hay antecesores de Russell que sí arriesgaron sus vidas, de forma consciente o no. Henry Crabb Robinson huyó de Altona disfrazado para evitar ser apresado por los franceses y, posteriormente, en España, embarcó con las tropas inglesas tras asistir la batalla de La Coruña. Peter Finnerty, por su parte, estuvo junto a la tropa y acabó repatriado por sus crónicas, alejadas del patriotismo que deseaba el Gobierno²⁷. Gruneisen, por último, sufrió las mismas penalidades de los soldados carlistas en su marcha por el país y estuvo a punto de ser fusilado por ser considerado un espía; hubiese sido el primer «mártir» de esta especialidad periodística²⁸.

La cuarta característica también es aplicable a los periodistas anteriores a Russell. John Bell fue muy crítico con la dirección de la guerra, al igual que Finnerty; Robinson tenía más cautela en sus informaciones, pero no dudaba dar credibilidad o no a algunas informaciones e incluso dedicó una de sus crónicas a la prensa española de la época para evidenciar su escaso rigor y exceso propagandístico²⁹. Es más, las cabeceras inglesas de aquel entonces señalaban, en lo que podríamos denominar comentarios editoriales, los propios excesos de la «prensa ministerial», como denominaban a los periódicos progubernamentales, y también los de la prensa francesa³⁰.

Sobre la segunda y quinta característica no cabe duda de que el trabajo de Russell alcanzó un prestigio social y profesional inimaginable para sus antecesores, pero afirmar que fue el primero sería tan injusto como afirmar que Woodward y Bernstein fueron los primeros periodistas de investigación porque su trabajo fue clave en la dimisión de Nixon y tuvo un eco mundial. Russell pudo ser el más grande, pero no el primero. Porque la fama o el renombre no puede ir, en nuestra opinión, contra la constatación de que hubo periodistas civiles y profesionales que en cierta medida trabajaron de igual manera que el reportero irlandés.

Por otra parte, en los estudios acerca de los riesgos que sufren los reporteros de guerra hoy, sobre todo los relativos a la desinformación, encontramos patrones que ya se dan en épocas anteriores a Billy Russell. En el libro *Periodismo de Guerra*, Pablo Sapag expone los factores *exógenos* y *endógenos* que afectan a la información que llega desde el frente³¹. Entre los factores

²⁷ Simpson, John: *op. cit.*, pág. 37. Durán de Porras: *op. cit.*

²⁸ Bullón de Mendoza, Alfonso: «Charles Lewis Gruneisen: un corresponsal de guerra británico en la Primera Guerra Carlista». Discurso de ingreso en la Real Academia de Doctores de España, Madrid, 2022, pág. 66.

²⁹ *The Times*, 12 de octubre de 1808.

³⁰ Durán de Porras: *op. cit.*

³¹ SAPAG, Pablo: «Los corresponsales de guerra», en PIZARROSO, A; GONZÁLEZ, M. y SAPAG, P.: *Periodismo de guerra*. Ed. Síntesis. Madrid, 2007, pp. 34 y ss.

exógenos, los externos a los propios periodistas, se encuentran la censura y la propaganda de las instituciones o fuerzas armadas implicadas; en cuanto a los endógenos, los que afectan al propio corresponsal, tenemos la concepción de la guerra en la retaguardia, su compromiso político, formación académica y el papel de sus editores, negocio, y el medio como tal. Es un plano que consideramos correcto porque a través de estos factores podemos comprender a qué se enfrentaron los antepasados periodísticos de Russell. Por ejemplo, en el caso de los corresponsales de la Primera Guerra Mundial, edad de oro del periodismo de guerra para Kightley, el periodista español Manuel Leguineche muestra en unas breves líneas cómo y por qué motivos se generalizó la figura del reportero de guerra durante la Primera Guerra Mundial³²:

Ellos [por los periodistas británicos en la Primera Guerra Mundial] fabricaron el conflicto para subir la tirada. Los lectores quieren confundir el olor a tinta con el de la sangre, con la pólvora. Necesitan descripciones dramáticas. Un material así no se consigue desde los hoteles de París o sobre la base de los partes oficiales que el ejército aliado entrega en forma de observaciones de un testigo ocular. Hay que arriesgar, acercarse a las trincheras (...). Los directores de los diarios exigen noticias, crónicas calientes, exclusivas.

Consecuentemente, hay que «pasar por el tamiz» de las cinco características antes mencionadas y los factores *exógenos* y *endógenos* definidos por Pablo Sapag el periodismo desarrollado por Charles Lewis Gruneisen y otros corresponsales durante la Primera Guerra Carlista, para concluir si fueron o no antepasados del reportero de guerra.

La Primera Guerra Carlista en la prensa inglesa

La prensa inglesa siempre mantuvo un atento interés hacia los sucesos ocurridos en España, en especial durante la convulsa primera mitad del siglo XIX. La percepción de España y sus problemas estaba muy marcada por tópicos culturales y estereotipos negativos, particularmente anticlericales, difundidos en muchas ocasiones por los libros escritos por viajeros anglosajones durante el siglo XVIII³³. Como se ha visto, quedaba también

³² LEGUINECHE, Manuel: «Sin novedades desde el frente», en LEGUINECHE, Manuel y SÁNCHEZ, Gervasio (Coord.): *Los ojos de la Guerra*. Ed. Mondadori. Barcelona, 2001, pp. 267-68. Véase, PLA, Xavier y MONTERO, Francesc: *En el teatro de la Guerra: crónistas hispánicos en la Primera Guerra Mundial*. Comares Historia. Granada, 2019.

³³ Ver Freixa, Consol: *La imagen de España en los viajeros del siglo XVIII*. Universidad de Barcelona, Tesis doctoral 1992, y Guerrero, Ana Clara: *Viajeros británicos en la España del siglo XVIII*. Ed. Aguilar, Madrid, 1990.

cercano el recuerdo, no muy lejano, de la «*Peninsular War*» y las glorias británicas en la alianza anglo-española frente a Napoleón (1808-1814), lo que había propiciado que la añoranza por lo español permaneciese constante. Por todo ello, había desde Inglaterra, un esfuerzo por conseguir la información más veraz y también por comprender las luchas políticas que estaban teniendo lugar en la Península Ibérica. En Portugal, la guerra miguelista comenzada en 1828 en torno a la sucesión real había puesto de manifiesto que el conflicto entre constitucionalistas y absolutistas estaba abierto. Poco después, en España, la muerte de Fernando VII, llevaba a otra guerra civil en la que, bajo el paraguas de la legitimidad dinástica, se escondía un nuevo conflicto de identidad política. A primera vista eran dos conflictos puramente dinásticos, pero en realidad eran mucho más que esto: formaban parte de un largo conflicto ideológico y filosófico entre dos visiones distintas de entender y ver la vida humana³⁴. Ambas contiendas decimonónicas representaban la batalla entre el conservadurismo tradicional y el liberalismo. Por todo ello, los diarios británicos fueron mostrando un interés creciente hacia la situación peninsular y las informaciones que publicaron en sus páginas nos permiten avanzar en un mejor conocimiento de los aspectos políticos y sociales de la época. Como afirma Jorge Álvarez en su reciente trabajo sobre las causas del interés peninsular, ya desde finales del reinado de Fernando VII los periódicos ingleses comenzaron a hablar del ascenso de don Carlos y el partido apostólico, aunque fuese de forma confusa y vaga al principio³⁵. Las cabeceras no escatimaron a la hora de relatar el conflicto de sucesión y cómo ya desde 1827, la Prensa londinense consideraba que España estaba sumida en un caos de facciones y luchas intestinas, si bien el conocimiento que se tenía sobre el pretendiente era bastante confuso e inexacto. Un ejemplo es que se refieren a él como de opiniones mucho más moderadas que su hermano, «*manly and highly liberal ideas [...] friendly to a proper Constitution being founded in that country*», dice en una carta en 1825 *Morning Post*. Pese a ello, lo cierto es que en esos meses previos a la guerra creció el interés con el que Gran Bretaña estaba siguiendo los sucesos políticos de España. Sin embargo y aun teniendo en cuenta estas consideraciones, «el país era para el público

³⁴ Gordon, Paul: «The Siege of Oporto in *The Times* of London», en *Journal of Liberal Arts and Humanities*, Vol. 3, n.º6, june 2022, pp.21-25.

³⁵ Álvarez Palomino, Jorge: «Causas del interés peninsular: la imagen de la España de Fernando VII en la Prensa Británica», en Bullón de Mendoza, A y Barreiro, C. (Coords), *El nacimiento de los corresponsales de guerra*. Madrid, Dykinson, 2022, pág. 28. Para conocer la visión de los viajeros ingleses a lo largo del reinado de «el Deseado» ver Hernando, Beatriz: «Viajeros en la España de Fernando VII», en *Aportes: Revista de Historia Contemporánea*, n.º 34, 1997, pp.65-96.

británico más lejano y extraño que nunca»³⁶. Porque, según Álvarez, en la mentalidad británica había quedado asentada una visión romantizada de España, como una tierra atrasada, oriental, no europea y en gran medida, incomprensible³⁷. Como afirma Howarth³⁸: “*For all the interest Spain provoked intermittently in Britain, the British never really understood the Peninsula on its own terms*”.

Aunque la percepción aquí descrita no cambia diametralmente con el inicio del conflicto civil carlista, lo cierto es que la disposición hacia la guerra peninsular española, va a ir en aumento de manera progresiva. Los apoyos internacionales recibidos por los contendientes hicieron de estas guerras un reclamo para la presencia sistematizada de una red de periodistas y corresponsales avalados por diferentes periódicos, especialmente británicos según nuestras investigaciones, aunque también por parte de la prensa francesa y la publicada en lengua alemana. Ya fuese por su repercusión en el panorama europeo, por la firma de la Cuádruple Alianza o por la presencia de tropas británicas en España a partir de 1835 con la llegada de la Legión Auxiliar Británica, el interés por los asuntos peninsulares se fue haciendo, cada día, más evidente: de las cerca de 10.000 menciones anuales en las que se localiza la palabra «Spain» en la prensa británica entre 1814 y 1833, pasamos a cifras que oscilan entre 20.000-30.000 a partir de la muerte de Fernando VII y su disputada sucesión, datos que evidencian cómo el conflicto civil carlista dispara la atención sobre España³⁹. Hasta esa fecha y comparativamente, el único país que adelantaba a España en cifras era Francia, nación que dominaba claramente en la prensa británica. Pero desde 1833, la atención que recibe España es muy similar a la de otras grandes potencias de la época como Rusia, Austria o Prusia. Estos datos, sin ser definitivos, contribuyen a demostrar cómo la Guerra Carlista atrajo mayor atención de los periódicos ingleses sobre España de la que había antes, lo que, en nuestro caso, nos lleva a justificar el porqué del despliegue en España de los primeros corresponsales de guerra en el sentido moderno del término.

Desde septiembre de 1833 e incluso unos meses atrás, los periódicos ingleses se habían ido posicionando claramente a favor de uno u otro de los

³⁶ Álvarez Palomino, Jorge: op. cit., pág. 39.

³⁷ *Ibidem*, pág. 39.

³⁸ Howarth, David: *The invention of Spain. Cultural relations between Britain and Spain (1770-1870)*. Ed. University Press, Manchester, 2007, p. IX. Para el mismo tema: Saglia, Diego: *Poetic Castles in Spain. British Romanticism and figurations of Iberia*, Ed. Rodopi, Amsterdam-Atlanta, 2000.

³⁹ Álvarez Palomino, Jorge: *op.cit.*, p.41. Anexo: España en la prensa británica. Los datos provienen de la base *British Newspaper Archive*, en la que, no obstante, se obvian medios tan relevantes como *Times*.

bandos políticos enfrentados. En apoyo de don Carlos figuró el *Morning Post*, periódico considerado como *tory*. *The Times* adoptó la postura liberal, abiertamente a favor de la causa cristina y atacando duramente a los que apoyaban a los carlistas. Otras publicaciones pro-liberales fueron el *Morning Chronicle* y el *Morning Herald*. Los estudios llevados a cabo por el Grupo de Investigación ESCUR, nos llevan a constatar cómo hasta el inicio de la guerra civil, los rotativos británicos ya contaban en diversas ciudades con una red de informadores en España; podía tratarse de comerciantes, de súbditos británicos residentes en España o de personal diplomático, pero casi en ningún caso firmaban sus crónicas. *The Times*, por ejemplo, se había mantenido dentro de su línea editorial de publicar mucha información de calidad sobre el extranjero, aunque sin mencionar los nombres de los corresponsales, con artículos generalmente anónimos, caracterizados por su variedad de fuentes y una alta frecuencia –casi a diario– de publicación. Enviaban sus informaciones desde distintas localizaciones en el continente europeo como París, Lisboa, Madrid y puertos en el sur de Inglaterra que, como Falmouth, tenían una conexión marítima directa con la Península Ibérica. El periódico de los Walter, con sueltos de interés internacional muy superiores a sus competidores del momento, publicaba regularmente un resumen desde París de las noticias de los periódicos continentales más importantes que muchas veces incluía informaciones relacionadas con Portugal o España. Pero, en las investigaciones llevadas a cabo hasta el momento, no se ha logrado averiguar los nombres de estos «corresponsales anónimos» que escribían para *The Times* acerca de la situación en España, datos que tampoco se conservan en el archivo del periódico⁴⁰.

Es a partir de las primeras semanas del conflicto cuando los editores de la prensa inglesa mostraron un creciente interés por proporcionar información fiable, veraz y también «reconocible» desde la Península. Y a ello, precisamente, responde el envío de corresponsales identificables que, además, comiencen a firmar las crónicas con sus iniciales. Pero, ¿quiénes fueron estos corresponsales que en España responden al primer intento sistemático de cubrir una guerra? Aunque los trabajos siguen en curso y la perspectiva para el estudio científico del reporterismo no está agotada, las aportaciones académicas recogidas en el ámbito del Grupo de Investigación ESCUR nos han llevado a descubrir la identidad de algunos de los autores de estas crónicas. Salvo el caso de *The Times*, diario objeto de estudio por el investigador Paul Gordon y que mantuvo los artículos anónimos firmados con solo una letra mayúscula, los periódicos británicos de mayor tirada y difusión apostaron por revelar la identidad de sus informadores creando una red pionera de corresponsales en la Península.

⁴⁰ Gordon, Paul: *op.cit.*, pág. 22.

En el caso del *Morning Post*, los dos corresponsales conocidos son Edward Bell Stephens y Charles Lewis Gruneisen. El primero residió en España desde septiembre de 1836 hasta enero de 1837 según los avances de la tesis en curso de Rosario Gutiérrez Carreras; el segundo, desde abril de 1837 hasta diciembre del mismo año. Tanto Stephens como Gruneisen estuvieron acreditados ante don Carlos, quien les agradeció su presencia y sus «servicios a la verdad». *Morning Herald*, envió a España a Michael Burke Honan del que tenemos noticias de su entrada en España en mayo de 1834 pero que anteriormente ya había estado en Gibraltar. Cubrió la guerra desde Cataluña en enero de 1836 desde donde fue expulsado a Francia, por el impacto de las descripciones violentas que hizo en alguna de sus crónicas. Honan volvió a entrar en España y viajó hasta Madrid, siendo por segunda vez expulsado en marzo de 1836, por Bardajoz desde donde salió a Portugal. En mayo de 1836 regresó a Londres, trabajando después para *The Times*, como corresponsal en Nápoles y México. Por su parte, William Walton fue el encargado de *The Morning Post* de cubrir los asuntos españoles. Había estado en Portugal para informar de la guerra miguelista pero en el invierno de 1835, se encuentra con el ejército carlista del Norte y entrevista a don Carlos en Oñate. Walton investigado en diferentes trabajos académicos por el profesor Carlos Gregorio Hernández, se identificó con las causas de Miguel de Portugal y Carlos María de Isidro de Borbón⁴¹. La mayoría de sus crónicas están sin firmar por lo que, como afirma Hernández, es difícil precisar qué informaciones fueron de su responsabilidad. John Moore, quien firmaba sus crónicas como «Poco Mas» fue corresponsal del *Morning Chronicle*, periódico de tendencia *whig* que se mostró favorable a la intervención británica en el conflicto. Moore estuvo en España desde 1835 hasta 1840 y llegó con el propósito de acompañar a la Legión Auxiliar Británica en apoyo de la causa cristina. Otros nombres como Mitchell o Derbyshire

⁴¹ Hernández Hernández, Carlos Gregorio: «William Walton: corresponsal en la Primera Guerra Carlista», en Bullón de Mendoza, A y Barreiro, C. (coords), *El nacimiento de los corresponsales de guerra*. Madrid, Dykinson, 2022, pp.43-58; «Los límites de la historia nacional: William Walton (1784-1857)», en Moreno Seco, Mónica (Coord.): *Del siglo XIX al XXI. Tendencias y debates (Alicante, 20-22 de septiembre de 2018)*. *Actas del XIV Congreso de la Asociación de Historia Contemporánea*, Alicante, Biblioteca Virtual Miguel de Cervantes, 2019, pp. 1530-1541; «Una mirada *anglofrancesa* a Grecia en la antesala de su revolución», en García Marín, Álvaro y Latorre Broto, Eva (Eds.): *Periferias de la Revolución. Contextos transnacionales de la insurrección griega de 1821*, Erytheia Ediciones, Madrid, 2021, pp. 237-266; «William Walton (1784-1857): De la revolución a la contrarrevolución durante el Trienio Liberal», en Frasquet, Ivana; Rújula, Pedro y París, Álvaro (eds.): *El Trienio Liberal (1820-1823). Balance y perspectivas*, Zaragoza, Institución Fernando el Católico, 2022, pp. 257-268; «William Walton, las independencias iberoamericanas y la revolución liberal», en Chust, Manuel; Marchena, Juan y Schlez, Mariano (Eds.): *La ilusión de la libertad. El liberalismo revolucionario en la década de 1820 en España y América*, Santiago de Chile, Ariadna Ediciones, 2021, pp. 461-477.

contribuyeron también a tejer una verdadera red de corresponsales para cubrir la Primera Guerra Carlista y abastecer de información a los medios británicos

Algunos de estos periodistas publicaron obras sobre su presencia en España aprovechando el interés del público inglés. Estos libros constituyen una fuente insustituible para el conocimiento de la época y el curso de la guerra en sus aspectos militares, sociales y políticos. Charles Lewis Gruneisen escribió *Sketches of Spain and the Spaniards During the Carlist Civil War* (1874); Michael Burke Honan, recopiló muchas de las crónicas que había publicado en *Morning Herald* en *The Court and Camp of Don Carlos* (1836); Stephens, *The Basque Provinces: Their Political State, Scenery, and Inhabitants, with Adventures Amongst the Carlist and Christinos* (1837) y John Moore, *Scenes and Adventures in Spain from 1833 to 1840*, en el que reorganiza los testimonios sobre la guerra carlista que su posición de corresponsal del *Morning Chronicle* le permitió recoger. William Walton, fue el más prolífico de los corresponsales a la hora de contar sus experiencias en la Península. Lo hizo en *Spain!: or, Who is the Lawful Successor to the Throne?* (1834); *Legitimacy the Only Salvation of Spain* (1835); *The Revolutions of Spain, from 1808 to the end of 1836* (1837) que apareció por entregas y parcialmente en el *Morning Post*, y *A Reply to the Anglo-Cristino Pamphlet, Entitled «The Policy of England Towards Spain.»* (1837) en la que Walton no deja ninguna duda sobre su inclinación política hacia el carlismo.

Es curioso constatar cómo la guerra carlista también queda reflejada en muchos artículos financieros desde *la City* que versaban sobre las finanzas públicas españolas. En el caso de *The Times* son, como ha desvelado Gordon, cartas personales de distintos personajes, así como informes diplomáticos y militares sobre los acontecimientos⁴².

Charles Lewis Gruneisen, «our correspondent» en España. ¿Primer corresponsal de guerra?

Charles Lewis Gruneisen figura entre los primeros corresponsales de guerra presumiblemente por la conferencia de hora y media que impartió en el Shire Hall de Hertford, el 28 de enero de 1874, años después de su tercera visita a España y con motivo del inicio de la Tercera Guerra Carlista, ante los socios de la Asociación Literaria y que fue publicada «haciéndose constar en la portada el carácter de ‘corresponsal de guerra del *Morning Post* en España en 1837-8’ de su autor»⁴³. Ese mismo año reunió sus experiencias en un libro⁴⁴.

⁴² Gordon, Paul: *op.cit.*, pág. 23.

⁴³ Bullón de Mendoza, Alfonso: «Los primeros corresponsales de guerra: España, 1833-1840», en *Cuadernos de investigación histórica*, n.º 9, 2009, pág. 348.

⁴⁴ Gruneisen, Charles Lewis, *op. cit.*

Gruneisen, quien llevaba trabajando para el *Post* desde 1834, afirma en su libro que el motivo de su viaje a España era el interés de los *tories* en recibir información de primera mano de lo que ocurría en la Península y conocer la campaña de la Legión Británica comandada por el general Evans. «Además, había expresado el deseo de ver personalmente a los líderes carlistas y conocer sus expectativas, y también sus intenciones de gobierno para el futuro. Quizás también actué por la juvenil curiosidad de ver algunas de las realidades de la guerra. De cualquier modo, una mañana en marzo de 1837, el director del *Morning Post*, C.E. Michele, que fue después cónsul en San Petersburgo, me llamó y tras establecer que era ciertamente la intención del ejército carlista dejar las provincias vascas para marchar sobre Madrid, me preguntó si yo estaría dispuesto a acompañar la expedición real como corresponsal, visitando primero San Sebastián para informar completamente de la situación de la Legión Británica. Sin un momento de duda acepte la misión, y unas pocas horas fueron suficientes para coger mis instrucciones de la oficina, conseguir mi pasaporte para España vía Francia, hacer rápidos preparativos, y salir con el correo nocturno hacia Dover»⁴⁵.

El corresponsal del *Post* cruzó la frontera cerca de Irún gracias a unos contrabandistas y fue directo a entrevistarse con el general Evans. La intención de Gruneisen fue pasar al lado carlista para ser testigo presencial de la Expedición Real para los lectores de la cabecera británica. Si bien es cierto que las noticias de la evolución de la guerra llegaban antes a Londres por el telégrafo de París, el director, C. E. Michelle, apostó por la exclusividad de un corresponsal para distinguirse de la competencia y responder fielmente a la línea editorial del periódico: «porque contiene la única narración racional que ha sido publicada hasta ahora sobre los movimientos del ejército carlista, los diversos enfrentamientos que han tenido con las tropas de la Reina, y una descripción verídica del estado del país y de los sentimientos del pueblo de Cataluña [...] No ocultando nada, y narrando todas las circunstancias, sean favorables o desfavorables a Don Carlos, nuestro corresponsal lleva plenamente a su término esta tarea. Nosotros pensamos que él tiene derecho a reinar, y que del éxito de sus armas depende el bienestar de su país, pero nosotros no tenemos que servir objetivos personales, y nuestros lectores deben mirarnos con confianza para saber la verdad y nada más que la verdad»⁴⁶.

El corresponsal tardó más de dos meses en alcanzar el cuartel Real de Don Carlos, en Rubielos. A lo largo de su camino escribió varias crónicas sobre los desastres de la guerra que fue encontrando. El 25 de julio, en La

⁴⁵ Bullón de Mendoza, Alfonso: op. cit., pág. 353.

⁴⁶ *The Morning Post*, 11 de julio de 1836. Citado por Bullón de Mendoza, op. cit., pág. 42.

Iglesuela, fue recibido por el Pretendiente, quien agradeció el apoyo del Post a su causa. De la audiencia Gruneisen salió vivamente impresionado por la cercanía y humanidad de Don Carlos. Ánimo que fue creciendo a medida que cruzaban pueblos que vitoreaban y loaban a su rey: «Cuanto más resido en este país más me impresiona que la masa de la población es profundamente carlista [...] El país está enteramente con los carlistas y ningún lugar puede ser mantenido por los cristinos sin una fuerte guarnición»⁴⁷. Con todo, las crónicas de Gruneisen también dejaron espacio para las críticas al mando y al entorno que rodeaba a Don Carlos, a los que llegó a calificar de «haraganes» y «parásitos indolentes»⁴⁸.

Gruneisen no fue testigo de una acción hasta el 25 de agosto, en Villar de los Navarros. Tras el combate entró en la villa de Herrera de los Navarros, donde asistió a los prisioneros isabelinos recibiendo la enhorabuena de D. Carlos y la misma cruz que recibieron los oficiales por su humanidad. Acompañó seguidamente la Expedición Real hasta las puertas de Madrid, donde se exasperó al ver que no entraban en la capital del reino. De vuelta al norte, en octubre, el corresponsal decidió regresar a Bayona, pues no tenía seguridad de que sus crónicas llegasen a Londres y porque se le habían acabado los fondos con los que contaba y era imposible que recibiese más de su banquero en Bayona. Al despedirse de D. Carlos éste le otorgó la Cruz de Carlos III y le pidió que diese a conocer en Inglaterra la verdadera realidad de su causa.

En su camino hacia el Norte fue acusado por un oficial cristino de faccioso y trasladado a Zarzosa. Tras ser robado y casi fusilado («Buen Dios –me dije a mi mismo– voy a morir como un perro por un periódico después de todo 10 que he pasado por él»), fue trasladado a Logroño, siendo testigo de las represalias cristinas. Gracias a la intervención del embajador británico, George Villiers, y el ministro de Estado, la orden de ejecución firmada por Espartero no tuvo efecto. El conde de Luchana consideraba que Gruneisen «había hecho más daño con la pluma que cualquier espada de los generales carlistas»⁴⁹.

Finalmente fue liberado tras jurar que partiría hacia su tierra y no regresaría a España, «una promesa que ninguno de nosotros [se encontraba preso con Henningsen, ex oficial del ejército carlista y entonces corresponsal de *The Times*] detestaba hacer, porque como yo dije al general Van Halen, «yo, personalmente, no voy a visitar África». «¡África!» dijo el general con indignación. «Sí», conteste, «no puede creerse que España sea un país de Europa».

⁴⁷ *The Morning Post*, 28 de agosto de 1837. Citado por Bullón de Mendoza, *op. cit.*, pág. 49.

⁴⁸ *The Morning Post*, 16 de septiembre de 1837. Citado por Bullón de Mendoza, *op. cit.*, pág. 52.

⁴⁹ *Ibidem*, pág. 357.

Grunseisen cruzó la frontera en enero de 1838. No regresaría a España hasta 1856, para entrevistarse con O'Donnell y Narváez. En 1866 viajó de nuevo a la Península para ver los campos de batalla de la guerra carlista en Vascongadas, Navarra y Rioja. En ese viaje conoció a Espartero y reflexionó sobre la carencia que había en España de hombres de estado.

Los otros corresponsales

Además de Grunseisen y como se ha visto, *el Morning Post* también envió a España a Edward Bell Stephens que asistió al segundo sitio de Bilbao en el otoño-invierno de 1836. Por su parte, *Morning Chronicle* tuvo en España a Jonh Moore, lo que, además de por sus textos, queda claramente documentado en su segundo libro *Scenes and Adventures in Spain, Scenes and Adventures in Spain from 1833 to 1840*, publicados en Londres, por Richard Bentley, en 1845 y en 1846 en Filadelfia, Estados Unidos (solo el primer volumen). Willian Walton vino a España como corresponsal del *Mornig Post* una vez comenzado el conflicto, durante el invierno de 1835, y su estancia se prolongó hasta los primeros meses de 1836, sin que podamos precisar con mayor detalle las fechas de su estancia.

Jonh Moore: «Poco Más»

La participación de Jonh Moore en la cobertura a la Primera Guerra Carlista, es, como en otros casos, intermitente ya que durante el periodo que describe en su libro hay largas temporadas en las que no se encuentra en el campo de batalla y prolonga su estancia más allá del fin de la contienda. Como pone de manifiesto la profesora María Isabel Abradelo en sus recientes estudios sobre el personaje, excepto la información que ofrecen de él algunos periódicos de su época y los que él mismo revela en su libro, poco se sabe de sus datos biográficos⁵⁰. Antes de su llegada a España para cubrir la Primera Guerra Carlista, Moore había realizado algunos otros viajes para llevar a cabo misiones que no quedan bien determinadas. Fruto de uno de ellos es su primera publicación: *A Journey from London to Odessa with Notices of New Russia*⁵¹ (1833) donde relata su viaje desde del verano de 1824

⁵⁰ Abradelo de Usera, María Isabel y Orella Martínez, José Luis: «La Primera Guerra Carlista narrada por John Moore, «Poco Más», corresponsal del *Morning Chronicle*» en Bullón de Mendoza, A y Barreiro, C. (coords), *El nacimiento de los corresponsales de guerra*. Madrid, Dykinson, 2022, pp.59-83.

⁵¹ Abradelo de Usera, M^a Isabel «El primer libro de viajes del corresponsal John Moore», en Vaquerizo Domínguez, Enrique, Francisco Jaime Herranz Fernández y Daniel Muñoz Sastre: *Contenidos Comunicacionales de Vanguardia*, Valencia, Tirant Lo Blanch. 2020 pp.29-41.

hasta enero de 1825 y describe aspectos comerciales, artísticos y políticos de los países que va recorriendo. En el libro, que se publica cuatro años más tarde del viaje en sí, el autor va relatando su periplo en forma de cartas a un destinatario anónimo. Ya en este libro encuentra Abradelo varias reflexiones sobre España, país que conocía desde su juventud. Moore dispone de cartas de presentación y de contactos con los ministros y personalidades de la mayor relevancia en Madrid, que le reciben en sus despachos y reuniones de sociedad, así como el hecho de que viaje con su sirviente y, desde su posición de corresponsal, pueda entablar diálogo con soldados y civiles del otro bando que le dan su opinión sobre el conflicto.

En 1835 Moore cruza la frontera española con el propósito de acompañar a la Legión Auxiliar Británica en apoyo de la causa cristina. *The Morning Chronicle* siempre se mostró favorable a la intervención británica en el conflicto y Moore, en la zona vasconavarra principalmente, aunque luego llega a Zaragoza y finalmente a Cataluña, la apoyará en todo momento resaltando la valentía de los soldados británicos y españoles y la heroicidad de sus líderes: el Coronel Wylde y Espartero. De este último parece haber sido la idea de llamarle «Poco Mas» traduciendo de aquella forma el *Little Moore*, nombre que le dieron en la Legión Auxiliar Británica. Moore, lejos de vivir la batalla en la distancia, participa con Wylde en la recuperación de unas barcas durante el sitio de Bilbao. Asimismo, relata la toma de Morella con detalles que solo alguien que está próximo al fuego de los cañones puede relatar y observa cómo hieren al caballo de Espartero. Dichas intervenciones en momentos clave de la Primera Guerra Carlista le hacen conseguir la Cruz de San Fernando, la Medalla al Sitio de Bilbao y otras condecoraciones que contribuyen a explicar su admiración por el duque de la Victoria.⁵² Moore explica estos años convulsos de guerra civil desde su perspectiva de periodista británico. En este sentido, su participación en el teatro de operaciones del norte –zona vasconavarra– resulta de gran importancia por convertirse en el área principal de dominio carlista durante el periodo bélico; la actuación del general Zumalacárregui, el más famoso de los líderes militares contrarios al gobierno de Madrid; la intervención de la legión Británica, formada por voluntarios que ayudaron al ejército español contra la rebelión carlista, y el sitio de Bilbao, ciudad determinante económicamente, cercana a Gran Bretaña y con fuertes intereses con el país, cuya toma era necesaria para la obtención de créditos a favor de los sublevados. Todos ellos, episodios tratados por John Moore en sus escritos sobre España. Pero para él, los carlistas defienden su causa porque están obligados por la fuerza o porque están engañados al creer que el carlismo mantendrá

⁵² Abradelo de Usera, María Isabel y Orella Martínez, José Luis: *op.cit.*, pp. 59-83

su independencia y sus fueros La visión y percepción de Moore sobre los asuntos españoles es muy personal aunque claramente extrapolable a sus contemporáneos de lo que fue la Primera Guerra Carlista para el pueblo de a pie⁵³. En este sentido, Moore subraya el deseo de paz de los que viven la contienda en su propio territorio y desde esa perspectiva explica a sus compatriotas ingleses la guerra de España.

William Walton y el Morning Post

William Walton (1784-1857) llegó a España como corresponsal del *Morning Post* durante el invierno de 1835 y estuvo hasta los primeros meses de 1836, sin que se pueda, hasta el momento, precisar con mayor detalle las fechas de su estancia. El profesor Carlos Gregorio Hernández confirma que Walton entró en Vascongadas a través de Francia y que abandonó el país por este mismo lugar⁵⁴. Walton comenzó a interesarse por los sucesos de España a partir de 1832 y trató a los exiliados carlistas en Inglaterra desde el inicio de la guerra. La colonia miguelista, con el portugués Antonio Ribeiro Saraiva a la cabeza, puso a Walton en relación con el obispo Abarca y con Carlos María Isidro cuando llegaron a Bristol en junio de 1834. Las simpatías hacia la causa legitimista en Walton estuvieron claras desde el principio: para entonces, ya había escrito *Spain!: or, Who is the Lawful Successor to the Throne?* (1834) y varios artículos en su periódico, el *Morning Post*, que incluían una celebrada semblanza de María Francisca de Braganza, primera esposa del pretendiente, fallecida en septiembre de 1834. El hecho más sobresaliente de la presencia de Walton en España fue su entrevista con don Carlos en Oñate, en el mes de noviembre de 1835. También recopiló numerosos datos y detalles que le sirvieron para componer semblanzas de varios generales carlistas, como Zumalacarregui, Sagastibelza, Eguía, Guergué, Gómez, Villarreal, Don Sebastián y el miguelista Pinheiro, al que suele mencionar como su amigo o simplemente como «P», y de los escenarios del conflicto en el norte y los Pirineos. Siguió la ruta Oñate, Vitoria, Vergara, Zumárraga, Vilafranca, Alsasua, Hernani, Deskarga, Irún y Bayona, tanto a pie como en mula. Las crónicas del *Morning Post* que aparecieron durante esos meses no están firmadas o tienen al pie alguna inicial como «A» y «XY». Se publicaron

⁵³ *Ibidem*, pág. 60.

⁵⁴ Hernández Hernández, Carlos Gregorio: «Los límites de la historia nacional: William Walton (1784-1857)», en Moreno Seco, Mónica: *Del siglo XIX al siglo XXI. Tendencias y debates*, Biblioteca Virtual Miguel de Cervantes, Alicante, 2019, pp. 1530-1541

como “Foreign Correspondence”, “From our Correspondent”, “Private Correspondance”, “Received by Express” y “Written on the Spot”. Hernández afirma que por su contenido, podemos saber cuáles eran suyas, ya que fueron reproducidas en parte en *The Revolutions of Spain* (1836)⁵⁵. Sus descripciones son muy detallistas, con aspectos tales como la población de cada sitio, las tropas destacadas en el lugar por ambos bandos, la implicación de las legiones británica y portuguesa, el entorno, la tipología de las casas, sus dimensiones y los recursos que tenían disponibles. Walton se apoya para algunos de sus testimonios en las personas que le acompañaron durante ese tiempo, como un cura de Guetaria. Quizás por ello, tiene muy presente el apoyo popular a don Carlos y la violencia que ejercieron los cristinos contra la religión, los sacerdotes y los lugares de culto. A juicio de William Walton, la guerra carlista reprodujo un clima semejante al que se vivió durante la Revolución francesa.

Otras perspectivas de análisis

Aunque la mayor parte de las investigaciones llevadas a cabo hasta la fecha se han circunscrito al análisis de los diarios y corresponsales británicos en el conflicto peninsular, conviene referir cómo también la prensa francesa y la escrita en lengua alemana, dedicó una atención especial a los asuntos españoles. Alain Pauquet y Milagros Beltrán han abierto el camino en esta dirección con trabajos que apuntan a establecer una posible red de corresponsalías con foco en la frontera francesa con periódicos como *Le Phare de Bayonne* o el modo en el que desde las publicaciones alemanas se presentaron las noticias españolas relativas al ejército, las tropas, los batallones, sus baterías o los combates con la inclusión de numerosos datos adicionales que debían sustentar la credibilidad de la información⁵⁶.

⁵⁵ Hernández Hernández, Carlos Gregorio: «William Walton: corresponsal en la Primera Guerra Carlista», en Bullón de Mendoza, A y Barreiro, C. (coords.), *El nacimiento de los corresponsales de guerra*. Madrid, Dykinson, 2022 pág. 56.

⁵⁶ Pauquet, Alain: «Le Phare de Bayonne, un Journal frontalier face à la première guerre carliste (noviembre 1834-mai 1836)» en *Aportes: revista de historia contemporánea*, vol 34, n.º100 (2019), pp. 39-70; Pauquet, Alain: «Les pérégrinations de don Carlos pendant la première guerre carliste d’après le journal *Le Phare de Bayonne* (noviembre 1934-septembre 1939)», en Bullón de Mendoza, A y Barreiro, C. (coords.), *El nacimiento de los corresponsales de guerra*. Madrid, Dykinson, 2022 pp.99-116 y Beltrán Gandullo, Milagros: «Una aproximación empírica-descriptiva sobre la prensa de lengua alemana y sobre sus redactores-corresponsales en el contexto de la primera Guerra Carlista (1833-1840)», en *Aportes: revista de historia contemporánea*, vol 34, n.º100, 2019, pp. 71-98.

Conclusiones

Una vez presentados los resultados de los trabajos de los investigadores del grupo ESCUR de la Universidad CEU San Pablo, parece evidente que veinte años antes de la guerra de Crimea las principales cabeceras inglesas ya fueron capaces de establecer una red de corresponsales y de informadores para acercar a sus lectores la primera contienda carlista. Incluso una década antes de la guerra mexicano-estadounidense (1846-48).

Varios motivos provocaron la llegada de periodistas británicos a nuestras costas: el conflicto legitimista en sí y su impacto en la política internacional y doméstica, la dificultad de hacerse con noticias del bando de don Carlos, y el interés que despertaba España en el imaginario de los ingleses. Por todo ello Edward Bell Stephens (*Morning Post*), Michael Burke Honan (*Morning Herald*), William Walton (*Morning Post*), John Moore (*Morning Chronicle*), entre otros, se desplazaron a España para cubrir la guerra. Todos ellos eran periodistas profesionales, conocían el oficio, y habían cubierto, en algunos casos, otros conflictos o bien lo harían en el futuro. Asimismo, estos periodistas sufrieron los factores exógenos y endógenos, descritos por Pablo Sapag, a los que se han enfrentado todos los periodistas que han cubierto conflictos a lo largo de la historia moderna y que han limitado su ejercicio profesional: censura y propaganda, línea editorial de sus cabeceras, restricciones autoimpuestas por el concepto que de la guerra se tenía en la opinión pública de la retaguardia y su compromiso político o personal con alguno de los bandos. La llegada a España de estos reporteros demuestra, por otra parte, un esfuerzo continuado de los editores de Londres por lograr informaciones exclusivas o adelantarse a la competencia.

Mención aparte merece el periodismo de Charles Lewis Gruneisen durante su estancia en España. Si bien sus artículos para *The Morning Post* no tuvieron la repercusión de los que posteriormente escribiría Billy Russell, y no cubrió ninguna otra contienda como sí hizo el periodista irlandés, su figura merece un lugar destacado en los antecedentes de los corresponsales de guerra. Siguiendo las características presentadas con anterioridad, fue un periodista profesional y no un agente, viajero o militar-diplomático de escritura ocasional. Por informar a sus lectores estuvo a punto de ser fusilado al ser confundido con un espía. Fue testigo de algunas acciones y de los efectos de la guerra e informó, como publicó su cabecera, sin ocultar «nada, y narrando todas las circunstancias, sean favorables o desfavorables a Don Carlos», esto es, dejando de lado la propaganda. Consideramos, por tanto, que algunas referencias en los libros sobre el reporterismo de guerra no hacen justicia a este periodista, como cuando Bullard sentencia: «aún no

habían llegado los días de arduo esfuerzo para llevar las noticias a casa, y no había una competición en Londres por ser el primero en enviar despachos desde el escenario. Gruneisen fue definitivamente el primero enviado como corresponsal de guerra, y Russell fue el primer corresponsal de guerra profesional»⁵⁷.

En definitiva, ¿fue Gruneisen el primer corresponsal de guerra? «Ciertamente no», concluye Bullón de Mendoza⁵⁸, «pero lo que sí creo es que hoy por hoy sigue siendo muy defendible que es en España, entre 1833 y 1840, cuando encontramos por primera vez un amplio grupo de corresponsales de diversos periódicos enviados para cubrir de forma sistemática un conflicto, anticipándose así en veinte años a los que luego veremos en Crimea, William Howard Russell incluido». Los corresponsales enviados a informar sobre la Primera Guerra Carlista, por tanto, fueron claves en la historia no solo de España y del conflicto civil, sino también en el periodismo universal en sus relaciones con el reporterismo de guerra.

⁵⁷ Bullard, Frederic L.: *op. cit.* pp. 5-9 y 351-352.

⁵⁸ Bullón de Mendoza, Alfonso: *op. cit.*, pág. 74.

BIBLIOGRAFÍA

- ALTABELLA, José: *Corresponsales de guerra. Su historia y su actuación. De Jenofonte a Knickerbocker pasando por Peris Mencheta*. Ed. Febo. Madrid, 1945.
- ANDREWS, Alexander: *The History of British Journalism, from the foundation of the newspaper in England to the repeal of the Stamp Act in 1855*. Ed. Richard Bentley, Londres, 1859.
- ASQUITH, Ivon: *James Perry and the Morning Chronicle (1790-1821)*. London University, 1973.
- BELTRÁN GANDULLO, Milagros: «Una aproximación empírica-descriptiva sobre la prensa de lengua alemana y sobre sus redactores-corresponsales en el contexto de la primera Guerra Carlista (1833-1840)», en *Aportes, Revista de Historia Contemporánea*, n.º 100, 2019, pp. 71-98.
- BERNAL, Pilar: «Periodismo en guerra», en *Cuadernos de Periodistas*, n.º 44, 2022.
- BRAKE, Laurel and Demoor, Marysa: *Dictionary of Nineteenth-Century Journalism*. Academia Press, Gante, 2009.
- BULLARD, Frederic L.: *Famous war correspondent*. Ed. Beekman Publishers, Londres, 1974. Bullón de Mendoza, Alfonso: «Los primeros corresponsales de guerra: España, 1833-1840», en *Cuadernos de investigación histórica*, n.º 9, 2009.
- BULLÓN DE MENDOZA, Alfonso: «Charles Lewis Gruneisen: un corresponsal de guerra británico en la Primera Guerra Carlista». Discurso de ingreso en la Real Academia de Doctores de España, Madrid, 2022.
- BULLÓN DE MENDOZA, Alfonso y BARREIRO, Cristina (coords.): *El nacimiento de los corresponsales de guerra*. Ed. Dykinson, Madrid, 2022.
- DURÁN DE PORRAS, Elías: *Galicia, The Times y la Guerra de la Independencia, Henry Crabb Robinson y la corresponsalía de The Times en A Coruña*. Ed. Fundación Pedro Barrié de la Maza, A Coruña, 2008.
- : «Corresponsales británicos en la Guerra de la Independencia: la batalla por la información», en MIRANDA RUBIO, Francisco: *Guerra Sociedad y Política (1808-1814)*. Ed. Universidad Pública de Navarra. Pamplona, 2008, Vol. II.
- : «De editores a periodistas: hacia el periodismo contemporáneo en Inglaterra», en *El Argonauta Español*, n.º 6, 2009.
- : «Henry Crabb Robinson y la sección internacional de *The Times* a comienzos del siglo XIX», en *Historia y Comunicación Social*, n.º 14, 2010.
- : «Peter Finnerty, un antepasado de los corresponsales de guerra modernos», en *Textual & Visual Media*, n.º 7, 2014.

- FREIXA, Consol: *La imagen de España en los viajeros del siglo XVIII*. Universidad de Barcelona, Tesis doctoral, 1992.
- GARCÍA PALOMARES, Antonio: *El origen del periodismo de guerra actual en España: el análisis de los corresponsales en el conflicto del Norte de África entre 1893 y 1925*. Tesis Doctoral, Universidad Complutense, 2014.
- GONZÁLEZ, Enric. «Un periodista indeseable», en *El País*, cinco de abril de 2009.
- GONZÁLEZ, J.R.; Martín, V.; Gil-Albarellos, S; Alonso, A. (edits.): *Testimonios del desastre. Periodistas y escritores en los campos de batalla*. Ed. Trea, Gijón, 2016.
- GUERRERO, Ana Clara: *Viajeros británicos en la España del siglo XVIII*. Ed. Aguilar, Madrid, 1990.
- GUILLAMET, Jaume: «De William H. Russell a Robert Fisk, un siglo y medio de corresponsales de guerra» en *Estudios de Periodística*, XI, 2006.
- : «Joaquín Mola y Martínez y los primeros corresponsales de guerra», en *Textual & Visual Media*, n.º 5, 2012.
- GRIFFITHS, Dennis: *Fleet Street. Five Hundred Years of the Press*. Ed. British Library, Londres, 2006.
- GRUNEISEN, Charles Lewis: *Sketches of Spain and the Spaniards during the Carlist War*. Ed. W.H. and L. Collingridge, Londres, 1874.
- HERD, Harold: *The march of journalism: the story of the British press from 1622 to the present day*. Ed. Allen & Unwin, Londres, 1952.
- HERNÁNDEZ HERNÁNDEZ, Carlos Gregorio: «Los límites de la historia nacional: William Walton (1784-1857)», en Moreno Seco, Mónica (Coord.): *Del siglo XIX al XXI. Tendencias y debates (Alicante, 20-22 de septiembre de 2018)*. *Actas del XIV Congreso de la Asociación de Historia Contemporánea*, Alicante, Biblioteca Virtual Miguel de Cervantes, 2019, pp. 1530-1541.
- : «Una mirada *anglofrancesa* a Grecia en la antesala de su revolución», en García Marín, Álvaro y Latorre Broto, Eva (Eds.): *Periferias de la Revolución. Contextos transnacionales de la insurrección griega de 1821*, Erytheia Ediciones, Madrid, 2021, pp. 237-266.
- : «William Walton (1784-1857): De la revolución a la contrarrevolución durante el Trienio Liberal», en FRANSQUET, Ivana; RÚJULA, Pedro y PARÍS, Álvaro (Eds.): *El Trienio Liberal (1820-1823). Balance y perspectivas*. Zaragoza, Institución Fernando el Católico, 2022, pp. 257-268.
- : «William Walton, las independencias iberoamericanas y la revolución liberal», en CHUST, Manuel; MARCHENA, Juan y SCHLEZ, Mariano (Eds.): *La ilusión de la libertad. El liberalismo revolucionario en la década de 1820 en España y América*. Santiago de Chile, Ariadna Ediciones, 2021, pp. 461-477.

- HERNANDO, Beatriz: «Viajeros en la España de Fernando VII», en *Aportes: Revista de Historia Contemporánea*, n.º 34, 1997, pp. 65-96.
- HOWARTH, David: *The invention of Spain. Cultural relations between Britain and Spain (1770-1870)*. Ed. University Press. Manchester, 2007.
- HUDSON, Derek (1967): *The Diary of Henry Crabb Robinson, an abridgement*. Ed. Oxford University Press. Londres, 1967.
- KNIGHTLEY, P.: *The first casualty: from the Crimea to Vietnam, the war correspondent as Hero, Propagandist and Myth Maker*. Harcourt Brace Publishers Ltd. Nueva York, 1976.
- KORTE, Barbara: *Represented Reporters. Images of war correspondents in Memoirs and Fiction*. Bielefeld, 2009.
- LEGUINECHE, Manuel: «Sin novedades desde el frente», en LEGUINECHE, Manuel y SÁNCHEZ, Gervasio (Coord.): *Los ojos de la Guerra*. Ed. Mondadori. Barcelona, 2001.
- LIDDELL HART, B.H.: *The Sword and the Pen*. Ed. Littlehampton Book Services. Londres, 1976. MOORCRAFT, Paul L. and TAYLOR, Philip M.: *Shooting the Messenger. The political impact of war reporting*. Ed. Potomac Books. Washington, 2008.
- PAUQUET, Alain: «Le Phare de Bayonne. Un Journal frontalier face à la Première guerre carliste (novembre 1834-mai 1836)», en *Aportes: revista de historia contemporánea*, vol. 34, n.º 100, 2019, pp. 39-70.
- PLA, Xavier y MONTERO, Francesc: *En el teatro de la Guerra: crónistas hispánicos en la Primera Guerra Mundial*. Comares Historia. Granada, 2019.
- ROTH, Mitchel P.: *Historical Dictionary of War Journalism*. Ed. Greenwood Press. Westport, 1997.
- : *The Encyclopedia of War Journalism, 1807-2010*. Ed. Grey House Publishing, 2010.
- ROYLE, Trevor: *War report. The war correspondent's view of battle from the Crimea to the Falklands*. Ed. Mainstream. Londres, 1987.
- SAGLIA, Diego: *Poetic Castles in Spain. British Romanticism and figurations of Iberia*, Ed. Rodopi. Ámsterdam-Atlanta, 2000.
- SAPAG, Pablo: «Los corresponsales de guerra», en PIZARROSO, A; GONZÁLEZ, M. y SAPAG, P.: *Periodismo de guerra*. Ed. Síntesis. Madrid, 2007.
- SIMPSON, John: *News from no Man's land. Reporting the world*. Ed. Macmillan. Londres, 2002. SWEENEY, Michael S.: «War correspondents», en Sterling, C.H. (editor): *Encyclopedia of journalism*. Ed. SAGE Publications. Newbury Park, 2009, vol. IV.
- WILKINSON-LATHAM, Robert J.: *From our special correspondent*. Ed. Hodder & Stoughton General Division. Londres, 1979.

ASPECTOS MILITARES DE LA GUERRA CIVIL DE LOS SIETE AÑOS EN CATALUÑA (1833-1840)

Manuel SANTIRSO RODRÍGUEZ¹

RESUMEN

Aunque la guerra civil carlista de 1833-1840 en Cataluña formó parte del conflicto general en España, presentó algunos rasgos propios, debidos a las particularidades políticas, administrativas y geográficas del territorio. En el bando carlista, predominó siempre la guerra de guerrillas, incluso a partir de 1837, cuando existió un territorio dominado de forma estable, así como un centro político y una jefatura militar bien definidos. Frente a ello, el bando isabelino ensayó varias estrategias contrainsurgentes, con mejor o peor resultado, pero que siempre fueron innovadoras. Los intentos finales de una paz negociada no tuvieron éxito, y la victoria isabelina se produjo por la concentración de sus fuerzas en la ofensiva final.

PALABRAS CLAVE: Primera guerra civil carlista. Cataluña. España. Carlismo. Liberalismo. Guerra de guerrillas. Contrainsurgencia.

¹ Profesor titular del Departamento de Historia Moderna y Contemporánea de la Universitat Autònoma de Barcelona; director de la revista *Rubrica Contemporanea*. El presente estudio debe incluirse en la producción del GRECS, *Grup de Recerca en Guerra, Radicalisme Politic i Conflictic Social*.

ABSTRACT

Although the Carlist civil war of 1833-1840 in Catalonia was part of the general conflict in Spain, it presented some features of its own, due to the political, administrative and geographical particularities of the territory. On the Carlist side, guerrilla warfare always prevailed, even after 1837, when there was a stably dominated territory, as well as a clear political centre and a military leadership. As a reaction, the Elizabethan side tried several counterinsurgent strategies with better or worse results, but they were always innovative. Final attempts for a negotiated peace were unsuccessful, and the Elizabethan victory came from the concentration of their forces for the final offensive.

KEY WORDS: First Carlist civil war. Catalonia. Spain. Carlism. Liberalism. Guerrilla warfare. Counterinsurgency.

* * * * *

Algunas consideraciones previas

Como las palabras tienen dueño, me apresuro a justificar la etiqueta que he empleado en el título, lo que de paso servirá para fijar algunas premisas del estudio posterior. En efecto, aquella a la que hoy se suele llamar *primera guerra carlista* se conoció simplemente como *guerra civil* durante las décadas posteriores a su fin y careció de ordinal hasta que una nueva contienda en 1872-1876 obligó a adjudicárselo. Aunque ambas guerras se convirtieron entonces en *carlistas*, mantuvieron el rango de *civiles* hasta la de 1936-1939, que se lo quedó en exclusiva. Después, haber mantenido *carlistas* para sus predecesoras y haberles extirpado *civiles* ha tenido como consecuencia degradarlas e implantar en el imaginario colectivo la idea de que el siglo XIX español fue una anomalía histórica.

Sin embargo, lo primero que hay que retener de la guerra civil de 1833-1840 es justamente eso, su carácter de lucha total, bélica y revolucionaria, en línea con la experiencia europea y americana contemporánea. En aquellos años se dirimió con las armas nada menos que cuáles serían las reglas socioeconómicas y el sistema político que regirían en el país en adelante, hasta hoy incluso. Cuando los defensores de los supuestos derechos al trono del infante don Carlos se alzaron a su favor, lo que en verdad les

importaba era la permanencia del Antiguo Régimen y de la monarquía absoluta, mientras que muchos adeptos a Isabel II aceptaron que la hija del *rey felón* le sucediera solo porque ofrecía una posibilidad de cambio de la sociedad española en el sentido que se había apuntado en las Cortes de Cádiz y en el Trienio constitucional. No obstante, se hablará aquí de *bando isabelino*, y no de *bando liberal*, y no por mera simetría (habría que emplear entonces *bando absolutista* o *realista*), sino porque pocos de los que apostaron por la reina niña, en especial militares de carrera y altos funcionarios, profesaban un liberalismo que pronto se volvería hegemónico.

Esta naturaleza sociopolítica de la guerra civil española de 1833-1840 no debería impedir un análisis militar de ella. Muy al contrario: ¿acaso no escribió Clausewitz que «la guerra solo es una parte del tráfico político, y que por lo tanto no es algo autónomo»²? Así pues, no hay nada incorrecto en que la abundante historiografía existente haya prestado casi toda su atención a esa faceta –bastante menos a la social y a la económica³. Ha sucedido también con la omnipresente guerra civil de 1936-1939, pero en un caso y en el otro se han vuelto muy necesarias las reflexiones desde el punto de vista que propone este oportuno dossier.

Para formularlas, no basta con echar mano de las obras redactadas en el siglo XIX –sobre Cataluña, ante todo las de Eduardo Chao y Antonio Pirala⁴–, porque informan de una gran cantidad de hechos de armas, tanto nimios como relevantes, pero no contienen juicios generales ni evaluaciones como las que haría un estado mayor. Tras el eclipse de la historia contemporánea de España que sobrevino en la primera mitad del siglo XX, hubo que esperar a las décadas de 1980 y 1990 para que reviviera el interés por *las guerras de nuestros antepasados*, y aun así el componente estrictamente bélico quedó en segundo plano⁵. El signo de los tiempos explica la preponderancia de lo político y el

² Y no, como se suele citar sin contexto, «una continuación de la política por otros medios», como si de realidades separadas se tratase (*De la guerra*, ed. de Madrid, La Esfera de los Libros, con traducción de Fortea Gil, Carlos, p. 668).

³ Se encontrará una recapitulación en Santirso, Manuel: «Después de Tański. Historiografía de la guerra civil de los siete años», en Tański, Joseph: *El informe Tański y la guerra civil carlista de 1833-1840*, Madrid, Ministerio de Defensa, 2011.

⁴ Respectivamente, *La guerra de Cataluña. Historia contemporánea de los acontecimientos que han tenido lugar en el Principado desde 1827 hasta el día, con las biografías de los principales personajes, carlistas y liberales: redactada por oficiales que fueron actores o testigos de los acontecimientos*, Madrid, Imp. y Est. de Grabado de D. Baltasar González, 1847, e *Historia de la Guerra Civil y de los partidos liberal y carlista*, III vols., ed. de Madrid, Felipe González Rojas, 1889-1891 [3ª].

⁵ Se cuentan entre las excepciones Bullón de Mendoza, Alfonso: *La Primera Guerra Carlista*, Madrid, Actas, 1992, y Urquijo Goitia, José Ramón: «Los sitios de Bilbao», en *Estudios históricos*, núm. III, 1994. Del último autor, resulta muy pertinente aquí la síntesis «Los escenarios bélicos. Las guerras carlistas», en Artola, Miguel (coord.): *Historia militar de España. IV Edad Contemporánea. I Siglo XIX*, Madrid, Ministerio de Defensa, 2015.

desapego por lo militar en esa producción, un desequilibrio que parece resuelto en algunos trabajos posteriores⁶. Afortunadamente, las nuevas generaciones no se sienten condicionadas en este sentido, antes al contrario, manifiestan un creciente interés por la historia bélica y militar⁷.

Desde ese punto de vista, lo primero que hay que decir de la guerra de 1833-1840 es que se libró casi exclusivamente en tierra, a veces con frentes definidos y otras sin ellos, como cumple a toda guerra de guerrillas. Ésta aparece como la única forma de combate en Cataluña hasta 1837, y como la predominante hasta el fin de la contienda. Por eso la caballería intervino muy poco (¿para qué, en un territorio accidentado y con unidades dispersas?) y la artillería, únicamente de sitio, se quedó en anécdota, a veces chusca. Se trató, en fin, de una guerra *de alpargata*, porque se sustentó en interminables marchas de unos y otros infantes, ejecutores o víctimas de las acciones clásicas de la guerrilla: la emboscada, la sorpresa, la breve ocupación de lugares y la reunión-dispersión. No hubo batallas convencionales, con la única salvedad de la de Gra de junio de 1837; a otros choques se les concedió ese rango porque se juntaron varias partidas guerrilleras y/o la dotación isabelina fue numerosa, pero en ellos no se aplicaron las reglas académicas del arte de la guerra.

Por lo demás, el bando isabelino empleó en la contienda un armamento de lo más tradicional, y el carlista, uno rústico y precario, a menudo tomado al enemigo, sin que ningún lado aportase novedades tecnológicas. Tampoco se esperen alardes de atuendo como los que recogen algunas publicaciones de divulgación; no, los carlistas catalanes carecieron de uniforme y a los isabelinos les faltó muchas veces. La guerra civil de los siete años no resultó nada creativa a este respecto, como tampoco fue nueva la gran carga que soportó la población civil a consecuencia de extorsiones, cobros, secuestros, ejecuciones o levas: la Guerra Peninsular había patentado ese modelo hacía un cuarto de siglo.

Esa falta de originalidad armamentística y vestimentaria no le resta atractivo a lo que de nuevo Clausewitz bautizó como *guerra popular*⁸ y

⁶ Como Vinaixa Miró, Joan Ramon (2006): *Tortosa en la guerra dels Set Anys (1833-1840)*, Valls, Cossetània, 2006; Sauch Cruz, Núria: *Guerrillers i bàndols civils entre l'Ebre i el Maestrat: la formació d'un país carlista (1808-1844)*, Barcelona, Publicacions de l'Abadia de Montserrat, 2004, o la recentísima Posada Moreiras, Francisco Javier: «La guerra de los Siete Años (1833-1840): una historia militar», tesis doctoral, Universidad CEU San Pablo, 2021.

⁷ Al menos en parte, ha dejado de ser cierto lo que se lamentaba en Aspizúa, Jorge; Cachinero, Jorge, y Jensen, Geoffrey: «La Historia militar: una carencia intelectual en España», *Ayer*, n. 10, 1993.

⁸ «La guerra popular es en la cultivada Europa una manifestación del siglo XIX. Tiene sus adeptos y sus enemigos, los últimos ya se por motivos políticos –porque la consideran un medio revolucionario, un estado de anarquía declarado legal, que es tan peligroso para el orden social interior como el enemigo el exterior– o por motivos militares, porque creen que el éxito no se corresponde con la fuerza empleada» (Clausewitz: *De la guerra*, p. 510).

hoy hay quien llama *guerra asimétrica*. Muy al contrario, esos conflictos tan poco vistosos, y que tan poco gustan a los militares profesionales, se convirtieron en norma después de la Segunda Guerra Mundial, mientras que guerras abiertas como la presente de Ucrania –sin embargo, no declarada como tal por el agresor– se han vuelto la excepción. Por eso, las *guerras irregulares*, *guerras pequeñas* o *guerras del tercer tipo* han suscitado un interés creciente entre los cultivadores de la nueva historia militar, aunque por su procedencia anglosajona mayoritaria han preferido ocuparse de luchas coloniales, propias o ajenas⁹. Tal vez la guerra civil de los siete años en general, y la de Cataluña en particular, encajaría más en la categoría de la *insurgencia*, tan común en América Latina, para la que existen menos estudios, la mayoría relativos a episodios recientes. A su vez, el estudio de la guerrilla y de la insurgencia ha conducido de forma natural al de los métodos ideados para doblegarlas, un campo de trabajo de enorme actualidad¹⁰ y en el que, como se irá viendo, las guerras civiles carlistas pueden ofrecer grandes enseñanzas.

Por último, importa saber que la atención de los contemporáneos y de las primeras obras decimonónicas se centró mucho en el teatro del Norte, el primero en definirse y el que comprometió más efectivos de ambos bandos. No obstante, los otros dos teatros principales, los del Centro o Maestrazgo y Cataluña, aquellos donde los carlistas lograron unos años más tarde la formación de un centro político y el dominio estable de algún territorio, son tan interesantes o más, entre otras cosas porque disipan el espejismo de que la guerra se libró en defensa de unos fueros que no existían en esas zonas. No hubo, pues, ni catalanismo ni precatalanismo que alentara en las filas catalanas del pretendiente, del mismo modo que el pequeño reino de don Carlos en el Norte no fue el embrión de un futuro Estado vasco. Por lo tanto, se expondrán aquí las líneas principales de la guerra *en* Cataluña más que la guerra *de* Cataluña, y sin olvidar sus conexiones con el resto del país y con el extranjero. En realidad, si por algo se distinguía el Principado en 1833 era porque ostentaba el récord español de levantamientos absolutistas: el anticonstitucional de 1822-1823, y el ultrarrealista de los agraviados o *malcontents* de 1827, el primero derrotado por los liberales a las órdenes de Espoz y Mina y el segundo reprimido por la propia monarquía absoluta.

⁹ Ocurre, por ejemplo, con una obra pionera: Rice, Edward: *Wars in the Third Kind. Conflict in Underdeveloped Countries*, Berkeley, University of California Press, 1990.

¹⁰ Se hallará un recorrido general en Porch, Douglas: *Counterinsurgency. Exposing the Myths of the New Way of War*, Cambridge, Cambridge University Press, 2013. Dan la medida del interés por ese tipo de conflictos los 33 volúmenes editados de la revista *Small Wars & Insurgencies* (<https://www.tandfonline.com/journals/fswi20>).

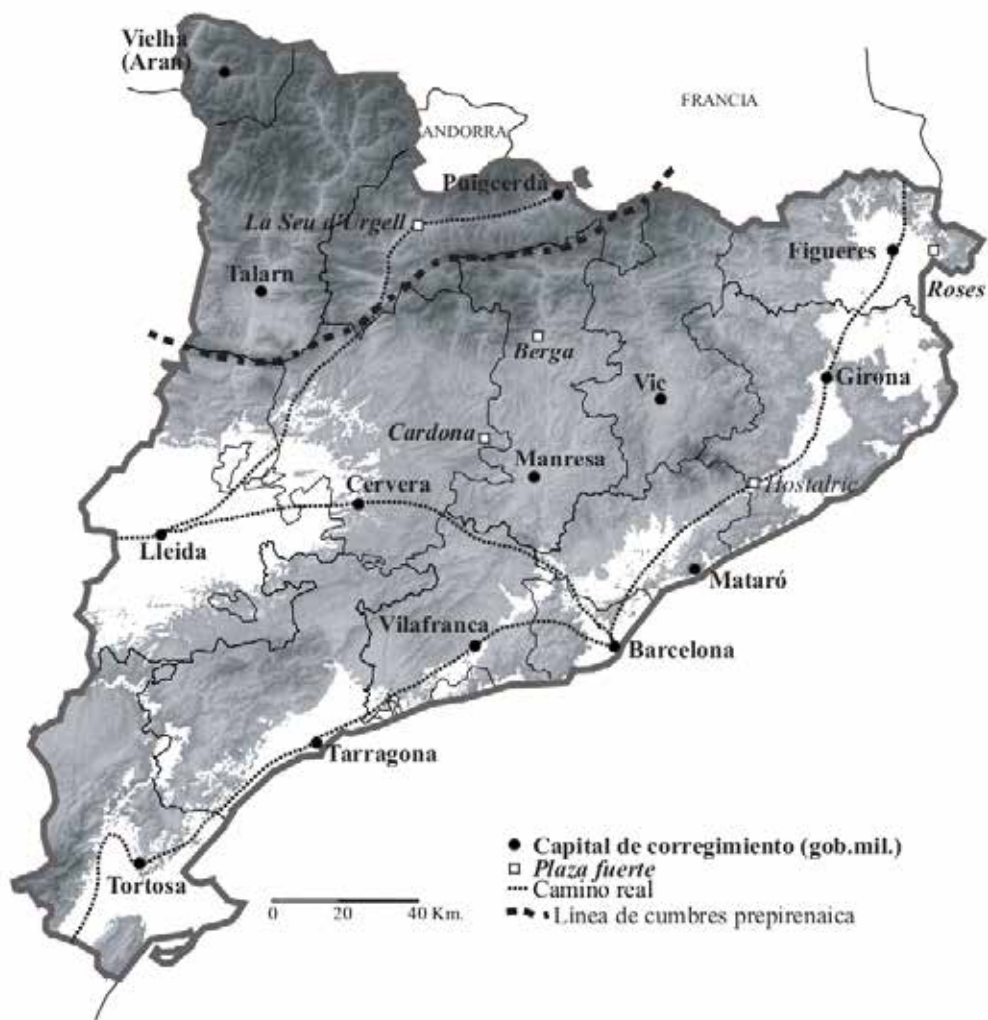
Rasgos generales

Cada uno de los teatros principales de la guerra civil de los siete años presentó características propias. En el que aquí se analiza, la más relevante fue su compacidad, territorial, política y administrativa, que a su vez comportó una permanente unidad del mando en el lado isabelino. Éste siempre descansó en el capitán general del Principado, a cuyas órdenes estuvieron todas las fuerzas a él destinadas, mientras que en otros teatros las capitánías se subordinaron a una jefatura de operaciones superior, antes (la de las Provincias Vascongadas y el Virreinato de Navarra a la comandancia del ejército del Norte) o después (las capitánías de Aragón y Valencia, a la del ejército del Centro).

El capitán general de Cataluña no acumuló poder solo por la guerra. No debe olvidarse que a la muerte de Fernando VII aún era la máxima autoridad en el Principado, donde retenía la suma y mezcla de funciones militares, administrativas y judiciales que le había concedido la Nueva Planta de 1716. Además, en tiempos de guerra se debilitaba el contrapeso de la Real Audiencia, con la que la Capitanía componía el *Real Acuerdo*. A mayor abundamiento, Cataluña era la provincia peninsular de la monarquía donde la administración presentaba un carácter más militar: a pesar de la ampliación y reforma de las alcaldías mayores de 1828, los catorce corregimientos (perfilados y señalados en el *Mapa 1*) seguían siendo de *capa y espada*, con titulares uniformados, y por eso muchos de ellos mantuvieron su potestad después de la división provincial de 1833¹¹. Si a ellos se les añaden los gobernadores de las otras cinco plazas fuertes (La Seu d'Urgell, Roses, Cardona, Berga y Hostalric), equivalentes en jerarquía, se obtiene una densidad de poder militar sin parangón en la España del momento. En otros términos, cualquier capitán general del Principado, con independencia de su orientación política, se convertía por serlo en un dictador *de facto*, y en parte así seguiría ocurriendo durante décadas, pese a la implantación del régimen liberal y de la división administrativa en provincias y partidos.

El ámbito de actuación del capitán general era el territorio histórico de Cataluña, un espacio que también presenta una fisonomía muy específica. Otra mirada al *Mapa 1* revelará que en buena medida ésta se construye sobre una dualidad montaña/llano o litoral que se articula de forma compleja. Ya durante el conflicto se habló de una guerra *en o de la montaña*, y aunque se sabe que una orografía difícil favorece a las guerrillas, los mapas de los

¹¹ Santirso, Manuel: «Los últimos corregidores y alcaldes mayores de Cataluña, 1823-1836», *Cuadernos de Historia Contemporánea*, n. 42, 2020, <http://dx.doi.org/10.5209/chco.71899>.



Mapa 1: Elementos geográficos y administrativos del teatro de Cataluña en 1833

siguientes apartados refutarán una lectura simplista. En ellos se verá que las comarcas pirenaicas (Pallars, Val d'Aran, Cerdanya, Alt Urgell) no formaron parte del territorio dominado por los carlistas, con la excepción de algún punto de cruce del alto Segre (Organyà y Oliana); muy al contrario, les fueron tan hostiles como el litoral o las áreas más densamente pobladas. En realidad, la delimitación del dominio carlista, informal o efectivo, se debió tanto a razones geográficas como bélicas, políticas y geopolíticas. Su espinazo recorre la cresta prepirenaica que va desde el Montsec al oeste –conectando con Aragón– hasta el valle de Núria al este –paso a y desde Francia–, a lo largo de la cadena de sierras de Comiols, Aubenç, Port del Comte, Cadí y Moixeró. El carlismo catalán se desplegó por la vertiente sur de esa línea de cumbres, un espacio poco poblado y peor comunicado, como se comprobará por las rutas de los caminos reales hacia Aragón, Valencia o Francia. Hoy le llamaríamos la *Cataluña vacía*.

Allí tuvo lugar la mayoría de los choques entre dos bandos que diferían mucho en organización y criterios marciales. Si comenzamos por el cuadro, es notorio que a la muerte de Fernando VII, la mayor parte de los militares de carrera optó por Isabel II y por su madre la regente María Cristina, por mucho que tras la *purificación* de 1823-1825 casi ninguno profesara el credo liberal. Algunos exiliados y depurados se incorporaron más adelante gracias a las sucesivas medidas de gracia, pero siempre fueron una minoría. Eso sucedió también en Cataluña, que además estaba muy poco representada en el generalato español, así que los generales, jefes y oficiales catalanes que prefirieron a don Carlos (Juan Romagosa, el barón de Ortafà o José Segarra) se cuentan con los dedos. La jefatura militar del carlismo catalán recayó en los cabecillas guerrilleros veteranos de anteriores alzamientos (los hermanos Tristany, el *Ros d'Eroles*, el *Llarg de Copons*, *Boquica*, *Muchacho*, *Cavalleria*...), que además se enfrentaron a los mandos profesionales enviados desde la corte carlista (Guergué, Maroto, Royo, Urbiztondo y el conde de España) y, en alianza con el sector intransigente del carlismo político del Principado, los sometieron o expulsaron.

La organización y naturaleza de la tropa también difirió mucho entre ambos bandos, y tanto por origen como por encuadramiento. En el lado carlista, estuvo siempre compuesta por lo que los dirigentes de ese bando se complacían en llamar *voluntarios*, aunque muy a menudo no lo fueran. Abundaron los voluntarios a la fuerza, y al final de la guerra los conscriptos de quinta, pero con la palabra se destacaba la adhesión a la causa del pretendiente y se recordaba a los Voluntarios Realistas, que la Junta carlista con sede en Berga intentó restaurar. Tras los sucesos de la Granja de setiembre de 1832, hasta los defensores de la sucesión isabelina creyeron que el cuerpo

de los Voluntarios Realistas era un verdadero ejército de reserva a disposición de don Carlos, y por eso el Gobierno de Zea Bermúdez suprimió en diciembre de 1832 su inspección autónoma y los puso bajo las órdenes de los capitanes generales. Sin embargo, ya durante la rebelión de los agraviados de 1827 se había notado la divergencia entre oficiales y voluntarios rasos, cuyo abandono se hizo notorio a partir de 1830, cuando las pagas se fueron espaciando hasta su desaparición¹². A la hora de la verdad, la mayoría de los Realistas faltó a la cita.

Como se verá en la *Tabla 1*, la cantidad de carlistas armados en Cataluña sufrió fuertes oscilaciones, debidas a las circunstancias bélicas y políticas que se explicarán más adelante. La desertión raleó varias veces las filas del pretendiente, y no podía ser de otro modo, cuando la mayoría de su tropa catalana estaba formada por jóvenes reclutados por guerrilleros veteranos mediante una combinación variable de estímulos positivos –paga, esperanza de ascenso– y negativos –coacción directa o sobre familiares. Si fallaban los alicientes o los castigos, los efectivos lo notaban enseguida.

TEATRO	1834	1835	1836	1837	1838	1839
Carlistas	2	22	11	13	7	13
Isabelinos (sin Milicia Nacional)	18	23	30	29	25	23

Tabla 1: Máximos aproximados de efectivos carlistas e isabelinos, en miles de hombres

Recuentos propios. No incluyo 1840, porque las fuerzas carlistas del *Maestrazgo* y Cataluña acabarían juntándose bajo el mando de Cabrera; a su llegada, los efectivos del carlismo catalán oscilaban entre los 6.000 y los 8.000 hombres. También omito la reunión de los ejércitos de la reina bajo el mando de Espartero para la campaña final de Cataluña: recién acabada la guerra, la Real Orden de 20-8-1840 asignaría 32 batallones y 12 escuadrones al Norte, 16 batallones y 8 escuadrones a Valencia y nada menos que 32 batallones y 8 escuadrones a Cataluña (*Gaceta de Madrid*, 26-8-1840).

Por extraño que parezca, las cuentas de las fuerzas isabelinas en Cataluña son mucho más difíciles de hacer, y tanto por carencias de las fuentes –en las que suele emplear una unidad de cuenta tan elástica como el batallón¹³–,

¹² Rubio Ruiz, Daniel: «Els cossos de Voluntaris Reialistes (Corregiment de Cervera): estructura social i conflicte», en Solé Sabaté, Josep Maria (dir.): *El carlisme com a conflicte*, Barcelona, Columna, 1993.

¹³ Cf. la decepcionante serie de los *Estados militares de España* (Madrid, Imp. Real, vv. aa.). Por eso las obras clásicas del XIX, las de Chao o Pirala ya citadas, carecen de estados de fuerza isabelinos segregados por territorios. Un batallón de infantería contaba idealmente con 1.000 hombres, pero casi siempre la cifra quedaba muy por debajo.

como por la heterogeneidad de sus componentes. Se yuxtaponían los soldados de quinta –en su mayoría no catalanes– encuadrados en los regimientos con sede en el Principado, los miembros de los cuerpos de orden público (las Escuadras de Cataluña, las Rondas Volantes o *parrots* y los carabineros, todos ellos dependientes del capitán general), los cuerpos francos reclutados para la ocasión y los afiliados a la Milicia Urbana, después Guardia Nacional.

De todos ellos, los cuerpos francos son los que presentan mayor novedad e interés. Al cabo de una semana de que se anunciara la muerte de monarca, Llauder puso en práctica un proyecto que había esbozado antes, cuando era virrey de Navarra. Se trataba de transmutar a los Voluntarios Realistas «bien animados»¹⁴ en *Voluntarios de Isabel II*. Las dos ciudades más grandes del Cataluña, Barcelona y Reus, fueron los primeros lugares elegidos para un alistamiento muy exitoso¹⁵. Antes de que acabara 1833 se crearon compañías de seguridad pública en La Jonquera, Figueres y otras localidades próximas a la frontera con Francia, y entre unos y otros sumaron unos 4.000 hombres¹⁶. Durante el resto de la guerra, los cuerpos francos combatirían codo con codo con el ejército regular, asimismo formado por gentes pobres de fuera del Principado, donde las quintas no fueron efectivas, sino que se redimieron con dinero aportado por los ayuntamientos. Los *crístinos*, como también se les llamó, incrementaron la capacidad defensiva y subsanaron las deficiencias de la Milicia, primero Urbana y después Nacional¹⁷. Además, formaron parte de un programa de subsidios de paro, en lugar de las obras públicas habituales y por un jornal parecido: 4 reales.

A mediados de setiembre de 1835, las tropas regulares isabelinas en Cataluña contaban con unos 14.000 soldados y artilleros y unos 1.500 jinetes, a los cuales se tendrían que añadir a los cerca de 3.000 integrantes de los cuerpos francos. La Junta Auxiliar del Principado prosiguió la política de Llauder respecto a ellos, aumentó sus soldadas y llegó a reunir 7.500 hombres. No se les debe confundir con la Guardia Nacional, que había experimentado un enorme crecimiento a raíz de la revolución del verano de 1835, hasta alcanzar

¹⁴ Y todos aquellos que reunieran las condiciones de «buena fama, no ser vagos, ni quimeristas, ni procesados, ni haber pertenecido a la rebelión de 1827» (Llauder, Manuel: *Memorias documentadas del teniente general don Manuel Llauder, Marqués del Valle de Ribas, en las que se aclaran sucesos importantes de la historia contemporánea en que ha tenido parte su autor*, Madrid, Imp. de D. Ignacio Boix, 1844, p. 54.

¹⁵ Vallverdú i Martí, Robert: *La Milicia nacional de Reus en els orígens de la Catalunya isabelina*, Tarragona, Diputació de Tarragona, 1986, p. 53.

¹⁶ Llauder: *Memorias*, pp. 55-56.

¹⁷ Siguen siendo imprescindibles Pérez Garzón, Juan Sisinio: *Milicia Nacional y revolución burguesa. El prototipo madrileño 1808-1874*, Madrid, CSIC, 1978, pp. 380 y ss., y Chust, Manuel: *Ciudadanos en armas. La Milicia nacional en el País Valenciano (1834-1840)*, Valencia, Alfons el Magnànim, 1987, pp. 47-48.

los 10 batallones de línea y 12 ligeros, además de artilleros, lanceros y zapadores. Si se les incluyera en la contabilidad, el bando isabelino contaría con unos 40.000 hombres, 12.000 de ellos en la capital, y por tanto con superioridad táctica. No obstante, es un error contabilizar a la Milicia como fuerza útil¹⁸. Salvo los pequeños destacamentos de la Cataluña interior que defendieron sus pueblos, el grueso de la Milicia –incluido el famoso batallón 12.º ligero, o *de la blusa*– no salió a campaña hasta enero de 1836, y desde entonces lo hizo muy poco y a regañadientes. Cumplió su función de garantizar el derecho a la resistencia a la tiranía, pero no tuvo significación bélica, consumió muchos recursos y, para los más conservadores, fue una fuente de disturbios.

No tenemos números concretos de la reorganización efectuada por Espoz y Mina en 1836, porque la sumisión a la que redujo a las juntas de armamento de las cuatro provincias catalanas nos deja a ciegas. El total no debió de ser muy diferente a los de 1835 y 1837, pero hay que añadirle el refuerzo de los 1.500 cazadores de Oporto al mando de Borso di Carminatí. En febrero de 1837, recién iniciado el mandato como capitán general del barón De Meer, las juntas de armamento redactaron un informe conjunto donde contaban solo unos 12.000 hombres operativos, porque de los cerca de 29.000 teóricos se tenían que restar las guarniciones y destacamentos y las bajas¹⁹. De nuevo, se podría incluir a los 55.000 milicianos, pero una parte fue desarmada a consecuencia de un pronunciamiento en enero de 1837, mientras que el resto mantuvo su rechazo a los combates y su gusto por la acción política de retaguardia. En adelante, De Meer y sus sucesores no buscaron un aumento de tropas, porque no podían sostenerlo, así que no debe sorprender que las cifras de 1838 y 1839 indicadas en la *Tabla 1* sean algo más bajas que las de años previos.

La época de Llauder (1832-1835)

Como se sabe, la respuesta del sector isabelino de la corte al conato absolutista de La Granja en setiembre de 1832 incluyó la remoción de altos mandos militares²⁰. Uno de los relevos más notorios fue el de la Capitanía

¹⁸ Tański: *El informe Tański...*, pp. 120-121. Los números del observador polaco son los mismos que ofrece Pirala: *Historia de la Guerra Civil*, vol. II, p. 1.129, que además suministra otra cuenta, bastante similar, para abril de 1837.

¹⁹ *Manifiesto a las Diputaciones Provinciales de Cataluña por los comisionados de las Juntas Superiores de Armamento de Barcelona, Tarragona y Gerona nombrados para acompañar al E. S. Capitán General y que siguieron el Cuartel General...*, Barcelona, Imp. de Gaspar, 1837, pp. 65-67.

²⁰ Para más detalles sobre el desarrollo del conflicto o para localizar las referencias precisas, recúrrase a partir de ahora a Santirso, Manuel: *Revolució liberal i guerra civil a Catalunya, 1833-1840*, Lleida, Pagès, 1999. Se citarán además algunas obras de gran importancia para el conocimiento del conflicto en el Principado, tanto recientes como contemporáneas.

General de Cataluña, donde el singular conde de España fue sustituido por el teniente general Manuel Llauder. Durante casi tres años, éste ejercería con plena consciencia las múltiples funciones de su cargo, y además lo haría de acuerdo con las fuerzas vivas del país, por lo que el significado de su mandato rebasa las cuestiones bélicas que aquí se tratan.

Después del intento de asesinarle a su llegada, urdido por el conde de Villemur²¹, los ultrarrealistas tardaron algún tiempo en efectuar nuevas tentativas. En enero de 1833 se supo de la implicación en una conjura de cuatrocientos exiliados absolutistas, entre ellos Agustín Saperes (a) *Caragol*, un destacado dirigente de la rebelión de los agraviados. Algunos pequeños disturbios en la capital bastaron a Llauder para ordenar el desarme de los Realistas en ella. Tras algunos incidentes más en el Prepirineo, el capitán general avisó al Gobierno del peligro latente²², y aunque no se le autorizó a disolver el cuerpo, sí podía depurarlo y confiscarle el armamento y la caja.

Los ultras pasaron entonces de la agitación al pronunciamiento a favor de don Carlos. Así sucedió en Sant Vicenç dels Horts el 2 de marzo de 1833 y en Les Borges Blanques los días 14 y 15 siguientes, siempre con resultados decepcionantes, cuando no mortales. Mientras tanto, la Capitanía General redobló sus esfuerzos para desarticular una red conspiratoria cada vez más densa²³. La vigilancia, que contó con la aquiescencia de la población rural, obtuvo buenos resultados, y los meses previos a la muerte de Fernando VII solo se registraron unos gritos subversivos en Figueres y un pequeño motín en Navarces.

En cuanto llegó a Cataluña la noticia del real deceso, el oficial ilimitado Josef Galceran se pronunció en Prats de Lluçanès con unos cincuenta hombres, entre los que había voluntarios realistas de la zona, guerrilleros del Trienio *y/o malcontents*. Tras ocupar un tiempo la villa en connivencia con su Ayuntamiento e imponer un tributo de cuatrocientos duros a los liberales, los carlistas huyeron ante la rápida movilización de tropa y paisanos de Berga; Galceran licenció a su gente y buscó refugio en Francia. Tampoco cuajaron los tumultos en Torà de 15 de febrero de 1834 ni los de Arbeca el 13 de junio siguiente. En resumen, la muerte de Fernando VII no desató un levantamiento carlista en Cataluña. Debido a ese fracaso, en los meses siguientes se formó una guerrilla que, si bien generó gran inquietud, tuvo efectos muy reducidos. Demuestra su debilidad que siempre necesitara una base o un refugio fuera de Cataluña: en Francia, Andorra o el Bajo Aragón.

²¹ Este era el *segundo cabo*, como se llamaba al subordinado inmediato del capitán general, a menudo su lugarteniente y siempre su sustituto interino en caso de relevo.

²² Anguera: Pere, *Déu, Rei i fam. El primer carlisme a Catalunya*, Barcelona, Publicacions de l'Abadia de Montserrat, 1995, pp. 53-54.

²³ Llauder: *Memorias...*, p. 47.

El *Midi* francés fue el cobijo preferido por muchos cabecillas, sobre todo si sus incursiones al otro lado de la frontera salían mal y la presión de las fuerzas isabelinas se volvía demasiado fuerte. Ya a principios de noviembre de 1833 fue detectada la presencia del *Caragol* en Prats de Molló, y en diciembre entró desde Francia un jefe realista que todavía no había intervenido, Benito Plandolit, que intentó un alzamiento en Llanera. *Caragol* entró otra vez desde el reino vecino en abril de 1834, esta vez por el sector aragonés, pero de nuevo se dio la vuelta. Aparte de un magnífico escondrijo, el territorio francés era el almacén de armas y efectos de guerra del carlismo catalán, que disponía de la densa trama de contrabando del Pirineo y el Ampurdán para pasarlo por la frontera. En esto ayudaron también la doble moral de la monarquía francesa y la presencia en su administración departamental y local de muchos legitimistas, vinculados a las redes internacionales de cooperación absolutista²⁴.

Ya en la Península, los cabecillas carlistas del Bajo Aragón escapados de la dispersión inicial se unieron bajo el mando del jefe Manuel Carnicer, hasta que sus *razzias* afectaron a las tierras catalanas del Ebro. Reforzada su hueste con partidas locales, Carnicer asedió Batea el 2 de abril y después hizo lo propio con Gandesa, que iba a rendir cuando las sugerencias de conspiradores carlistas del sur del Principado le hicieron volverse hacia el campo de Tarragona para apoyar un imaginario levantamiento general. El 6 de abril de 1834 atravesó el Ebro una fuerza carlista compuesta por unos 1.700 combatientes, que obligaron a retirarse hacia Falset a una columna de 600 cristinos. Ante la gravedad de la invasión, 700 soldados y 400 voluntarios de Barcelona se dirigieron hacia el sur, pero antes de que llegaran sobrevino el choque. Los carlistas fueron vencidos en Maials por los soldados a las órdenes de Bretón y Carratalà (3.500 infantes y 200 caballos), auxiliados por los Voluntarios de Isabel II de varias localidades de Tarragona. Del lado gubernamental, se registraron 100 muertos; del carlista, 300 muertos y 700 prisioneros. La batalla de Maials, la única digna de ese nombre hasta 1837, marca el momento a partir del cual se puede hablar de guerra en Cataluña. Gracias a su victoria, los isabelinos fijaron en el Ebro una primera línea estable de defensa, de forma que el teatro catalán permaneció separado del Centro o Maestrazgo. En segundo término, la represión sobre los vencidos inutilizó la red política carlista con centro en Tortosa y desanimó su recluta en las comarcas meridionales.

Varios estados absolutistas europeos apoyaron a don Carlos, aunque no pudieran ofrecerse como plataformas de incursión en territorio español.

²⁴ Clarenc, Veronique: «Toulouse, capitale du carlisme catalan (1830-1840)», *Annales du Midi*, t. 105, n. 202, abril-junio de 1993.

En Cataluña, el reino de Cerdeña-Piamonte a menudo aparece como el origen de proyectos de alzamiento²⁵. Allí se gestó la tentativa más sólida de la primera fase de la guerra, encabezada por el general Juan Romagosa, jefe de realistas en el Trienio, gobernador militar de Manresa durante la guerra de los *malcontents* y acompañante de don Carlos en el mismo buque *Donnegal* que los llevó de Portugal a Gran Bretaña. En él, el pretendiente extendió a Romagosa una comisión para promover el levantamiento en Cataluña como comandante en jefe. Una vez que la red conspirativa carlista del interior y del extranjero puso a su disposición los recursos necesarios, Romagosa zarpó de las costas ligures y el 12 de setiembre de 1834 desembarcó en las playas de Berà, lo más cerca posible de su pueblo natal, La Bisbal del Penedès. Se escondió en casa del cura de Selma, una aldea bajo jurisdicción del monasterio de Santes Creus, pero la red de información de la Capitanía funcionó a pleno rendimiento y el general fue capturado el 16 de setiembre. Él y el cura fueron fusilados en Igualada el día 18, mientras que en Lleida era pasado por las armas el cabecilla Aldama, otro implicado.

La ejecución de Romagosa decapitó el proyecto de levantamiento carlista en Cataluña del otoño de 1834, pero sus secuelas duraron algunas semanas. A fines de octubre, *Caragol* reapareció en el Prepirineo prometiendo una soldada que se pagaba en monedas piamontesas de oro de cuatro duros, del mismo tipo que las que llevaba consigo Romagosa. En cambio, Andorra, que había sido otro punto crucial para la entrada de pertrechos de guerra y de combatientes carlistas, adoptó una línea de prudencia mediante el tímido edicto de abstención y vigilancia de 22 de diciembre de 1834²⁶.

Aunque el refugio exterior siguió contando, la iniciativa de los carlistas catalanes pasó a una multitud de partidas pequeñas, mal armadas y dirigidas por oficiales ilimitados, antiguos jefes de guerrilleros realistas de 1822-1823 o *malcontents*. La localización y la viabilidad de estas bandas autónomas varían mucho, pero se pueden distinguir dos tipos básicos: las pequeñas facciones organizadas por líderes locales, militarmente débiles y por eso casi siempre ligadas a acciones de mayor alcance, y las partidas comandadas por guerrilleros veteranos, que se movían en territorios más extensos y exhibían una gran libertad de acción.

Las primeras fueron exterminadas durante el año 1834 gracias a la superioridad militar isabelina, pero también a la falta de complicidad popular con los facciosos. La Capitanía desplegó una vasta operación de orden

²⁵ Hay abundante información al respecto en Izquierdo Genovés, Xavi: «El carlismo y el absolutismo italiano», tesis doctoral, Universitat Autònoma de Barcelona, 2018, pp. 43-55, <https://www.tdx.cat/handle/10803/665945>.

²⁶ López, Esteve, y Peruga, Joan: «Andorra i la primera guerra carlina», *L'Avenç*, n. 151, setiembre de 1991, pp. 8-9.

público, en la que 72 guerrilleros carlistas fueron ajusticiados. No obstante, la fórmula de represión preferida en esta época fue la deportación (498 personas) basada en la real orden de 21 de enero de 1834, en cuya virtud los facciosos con grado de suboficial o cabo serían enviados a los regimientos con base en Ceuta, La Habana y los presidios de África, en tanto que los soldados serían destinados a Cuba, Filipinas y Puerto Rico. Llauder y su equipo no emplearon los indultos (123) hasta muy entrado el año.

Las partidas de los cabecillas curtidos en conflictos anteriores resistieron mucho mejor y formaron el cuadro del futuro ejército carlista catalán. Por eso, los nombres del *Ros d'Eroles*, el *Llarg de Copons*, *Muchacho*, *Boquica*, Borges, Cavalleria y los hermanos Tristany resultan mucho más familiares que los antes citados. Sus guerrillas empleaban la táctica de reunión-dispersión según los resultados de la empresa y las características del terreno, como en el choque del Pont de l'Espia de 13 mayo de 1834. Ahora bien, no lo hacían porque esa fuera la forma de combate más adecuada o la única que conocían, sino también y sobre todo porque no podían considerar seguro ningún terreno.

Con la excepción de encuentros como el antedicho, el abigarrado dispositivo de seguridad de Cataluña impidió la reproducción de las carencias defensivas que aquejaban al Gobierno central. Esa variedad obligaba a una férrea unidad de mando, y por eso el capitán general retuvo la dirección de la mayoría de las piezas del sistema, en una concesión de poderes omnímodos que condicionó la vida política y económica de la región. El sostenimiento del mecanismo montado por la Capitanía era caro, y como los donativos de las más grandes fortunas pronto se volvieron insuficientes, Llauder tuvo que imponer arbitrios extraordinarios. Solo así el ejército de la reina en el Principado pudo contar con fondos para comprar armas sin depender de las escasas remesas del Gobierno, así como pagar con regularidad los bagajes y suministros de los pueblos, algo básico si no se quería exasperar a la población.

La exitosa gestión del capitán general de Cataluña lo elevó al Ministerio de la Guerra, de donde sería desalojado al poco tiempo por sus mismos compañeros de gabinete mediante el pronunciamiento *ad hoc* de Cayetano Cardero que tuvo lugar el 17 de enero de 1835. Llauder volvió a *su* Capitanía de Cataluña, aunque no se reincorporó hasta el mes siguiente, y ya sin el prestigio de otrora. La situación bélica no había empeorado, pero la opinión pública barcelonesa percibió un resurgimiento pasajero de la facción, de nuevo producto de un cambio de escenario internacional. El rey Carlos Alberto I se reafirmó en su ayuda al carlismo catalán a través de la densa red de contactos que el cónsul Ponti había tejido en Barcelona; Llauder ordenó el encarcelamiento del diplomático, que después de unos días encerrado en

la Ciudadela salió libre gracias a la intervención del ministro de Estado piomontés, el conde Solaro, uno de los implicados en los sucesos de La Granja de 1832²⁷.

En el *Midi*, Plandolit se retiró definitivamente a Troyes el mayo de 1835, pero otros muchos carlistas retenidos en los Pirineos Orientales escaparon de los depósitos de prisioneros y se pusieron en movimiento debido al rumor de que el conde de España, huido de Tours, estaba a punto de entrar en Cataluña. El conde no apareció, como haría alguna vez más. En Andorra, a todo esto, un par de incursiones a cargo del gobernador militar de La Seu d'Urgell forzaron a las autoridades de los valles a una apariencia de no intervención.

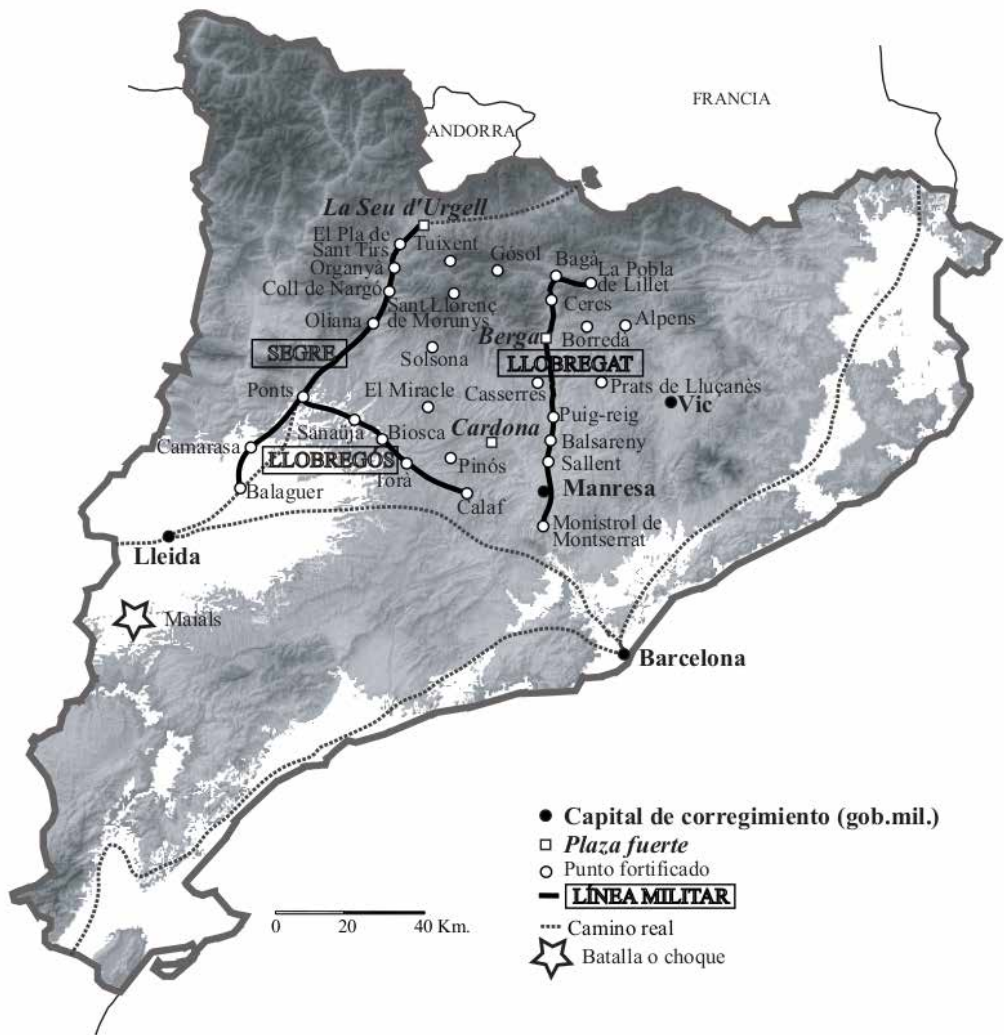
Mientras tanto, las partidas carlistas que habían sobrevivido a la represión intentaban superar la fase de guerrilla pura, con poco éxito. En la primavera de 1835, sus actuaciones se ciñeron a las comarcas más inaccesibles, en donde quisieron ocupar poblaciones y establecer cuarteles permanentes. A su vez, la Capitania revisó su estrategia, que consistió en estacionar tropas a lo largo de unas líneas de defensa (la del Segre, la del Llobregós y la del alto Llobregat) y en unos puntos fortificados que las reforzaban (véase *Mapa 2*). Complementaba la estrategia el control sobre los habitantes, aunque el castigo a los colaboradores de los guerrilleros se alternó con los indultos y los premios a la delación. En contrapartida, al concentrar efectivos en el Prepirineo quedaban más expuestos el sur y las inmediaciones de Barcelona, donde se suponía que el peligro era menor. Para remediar la carencia, Llauder puso en acción a los Voluntarios y a la Milicia Urbana, aprovechando la distinción entre Milicia fija y móvil que había establecido un decreto de 19 de octubre de 1834. Aun así, no paró de pedir refuerzos a Madrid, y después de mucho insistir, el marqués de las Amarillas, ministro de la Guerra, accedió a enviar a Barcelona 20.000 soldados de refresco²⁸. De poco sirvieron, porque la situación de Cataluña iba a cambiar por completo en pocas semanas.

La revolución y la guerra de Mina (1835-1836)

La revolución del verano de 1835 en Cataluña se caracterizó por una gran violencia popular y por la anarquía militar en el bando isabelino, por las cuales el liberalismo se enajenó a los elementos más conservadores. Por

²⁷ Izquierdo: «El carlismo y el absolutismo italiano», pp. 73-87.

²⁸ Amarillas, marqués de las [Girón, Pedro Agustín]: *Recuerdos (1778-1837)*, ed. de Pamplona, EUNSA, 1978-1981, vol. III, p. 136.



Mapa 2: Esquema defensivo de Llauder, primera mitad de 1835

otra parte, la exclaustración forzosa, que había querido privar a los carlistas de los recursos de los monasterios y conventos, tuvo un efecto inicial perverso, ya que sus moradores se llevaron consigo unas riquezas que invirtieron en la contrarrevolución.

Durante julio de 1835, la actividad de las partidas se había reducido a las mismas áreas montañosas que las habían cobijado hasta entonces, por lo que la concentración de tropas isabelinas en Barcelona, Reus y sus alrededores no tuvo graves consecuencias. No obstante, a principios de agosto los carlistas retomaron los intentos de ocupar puntos fortificados, ahora con muchos más efectivos. Varias partidas reunidas asediaron Torà, otras intentaron la conquista de Prats de Lluçanès y Tristany entró en Balsareny. Más allá, a las puertas del Pirineo, los carlistas aprovecharon sus apoyos en el nido de águilas de Talarn para instalar allí una Junta de corregimiento y una base, desde la que realizaron incursiones a la vecina Tremp y a las valiosas salinas de Gerri.

No era mucho para la ventaja que ofrecía la desorganización isabelina. El carlismo catalán necesitó de nuevo un estímulo exterior, que tomó la forma de los 2.500 soldados salidos de Navarra a las órdenes de Juan Antonio Guergué, quien años más tarde figuraría como efímero comandante en jefe carlista. Se ha bautizado con su apellido la primera de las muchas expediciones que partieron de los dominios de Norte para aliviar la presión sobre ellos y propagar la guerra a otras latitudes²⁹. Cataluña reunía los mejores requisitos para ello: tenía un largo tramo de frontera permeable con Francia, había bastantes guerrilleros en activo, era una provincia rica y la escala de mando isabelina había colapsado.

La expedición dejó Estella el 8 de agosto de 1835, pero no tocó tierras catalanas hasta el 9 de setiembre. Durante el resto del mes vagó por los restos del sistema defensivo de Llauder y el día 22 se presentó en las cercanías de Solsona, que los isabelinos habían dejado a su suerte (ver *Mapa 3*). Mientras tanto, las partidas atacaban poblaciones tan grandes y alejadas entre sí como Balaguer, Calaf, Artesa de Segre, Pineda y Malgrat de Mar; al fin ocuparon Torà, uno de los principales baluartes isabelinos, abandonado por la guarnición y los habitantes.

Aunque ni una sola localidad catalana abrió de grado las puertas a la expedición, el ejército isabelino del Principado tampoco la atacó de frente. Muy al contrario, el jefe de las tropas gubernamentales, el ex-realista Pedro María de Pastors, escribió a Guergué para agradecerle el trato que dispensaba a los prisioneros, a lo que el jefe carlista le contestó con una copia del

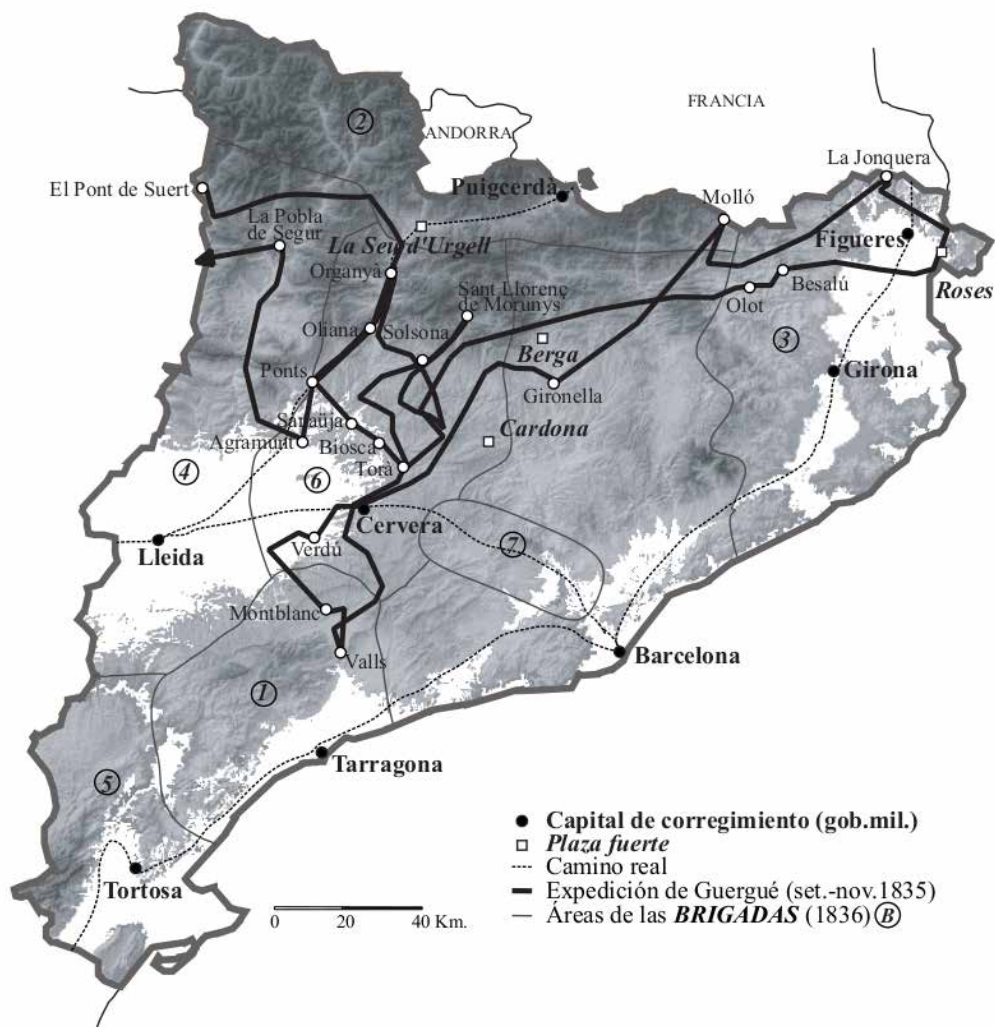
²⁹ Ya en enero de 1835, el cabecilla Samsó había pedido a la corte del Norte que enviara una expedición en el Principado (Bullón de Mendoza: *La Primera Guerra Carlista*, p. 291).

convenio Elliot que regía en el Norte. Por lo demás, las tropas de la reina se vieron sin munición de boca y guerra, de modo que tuvieron que emplear los mismos métodos recaudatorios que las partidas carlistas. Las diversas juntas continuaron con la política de centralización de fondos de época de Llauder, desviaron hacia el ramo militar los arbitrios extraordinarios y se incautaron interinamente de los bienes y rentas de conventos suprimidos. No bastó: a inicios de setiembre de 1835 quedaban 2,3 millones de reales en la tesorería y en octubre, tan solo medio millón.

La expedición de Guergué no buscó tanto barrer las líneas de defensa isabelinas como estimular la recluta y colaborar en la vertebración del carlismo catalán. Consiguió lo primero, pero no lo segundo. El rumbo nordeste que la expedición tomó en octubre obedecía a su misión de proteger, una vez más, la entrada del conde de España. Éste se encontraba el 12 de octubre en Ceret esperando un destacamento carlista que lo recogió y con cuya escolta pasó la frontera, pero sin motivo aparente se volvió a Francia en compañía de varios cabecillas, apresados de inmediato³⁰. Después de la travesura, el 18 o 19 de octubre de 1835 una Junta carlista catalana de la que no se sabe casi nada se reunió con Guergué en Navés para convencerle de que aceptara el mando, lo que el jefe navarro tardó una semana en hacer. Desde entonces, la expedición y sus aliados catalanes se desplazaron sin plan por el sur de Cataluña, donde iniciaron un improbable asedio de Valls. Guergué se retiró al poco al Pallars, solo para ver que una parte de sus tropas se rebelaba, así que ordenó que la caballería de Torres permaneciera en Cataluña, mientras él y 2.800 hombres enfilaban para casa el 22 de noviembre de 1835. Las partidas retomaron la táctica de sorpresa y dispersión, rehabilitaron el refugio andorrano y se hicieron fuertes en puntos de difícil acceso, como Sant Llorenç de Morunys o Àger, desde donde lanzaban incursiones que exasperaban a los isabelinos.

Las esperanzas se pusieron entonces en el nuevo capitán general, el legendario Francisco Espoz y Mina, pensando en su triunfo de 1823 y no en su reciente fracaso en el teatro del Norte. Mina, como se le conocía, organizó enseguida una campaña que tenía como fin político reforzar su imagen y como objetivo militar la toma de los enclaves carlistas de Sant Llorenç de Morunys y el cercano santuario de Lord, que se usaba como depósito de prisioneros. El primero cayó el 23 de diciembre, pero el segundo resistió. Irritado, Mina difundió el 26 de diciembre un parte alarmista en el que se

³⁰ Sagarra i de Siscar, Ferran de: *La primera guerra carlina a Catalunya (contribució al seu estudi). El comte d'Espanya i la Junta de Berga*, Barcelona, Barcino, 1935, vol. I, p. 112.



Mapa 3: La expedición de Guergué y las áreas de las brigadas de Mina

hablaba del fusilamiento por parte de los carlistas de cuarenta isabelinos, con el resultado de un tumulto (una *bullanga*, en el lenguaje de la época) en Barcelona en el que una turba dirigida por milicianos asaltó la Ciudadela y asesinó *in situ* a los prisioneros carlistas, entre ellos el coronel Juan José O'Donnell (hermano de Leopoldo), cuyo cadáver fue lanzado desde la muralla y arrastrado según un ritual codificado el año anterior. Después, los amotinados prosiguieron con los asesinatos en el fuerte de Atarazanas y en el hospital militar.

Si los radicales barceloneses creían que el nuevo capitán general les favorecería, los encarcelamientos a raíz de una nueva *bullanga*, esta constitucionalista, el 5 de enero les enseñaron lo equivocados que estaban³¹. Tras esta limpieza doméstica y la toma de Lord a fines de mes, Mina y sus subalternos pusieron en práctica un nuevo plan de guerra. El 28 de enero de 1836 marca la fecha de un cambio total de estrategia isabelina en Cataluña, de la estática que había planteado Llauder a la móvil de Mina quien, en vez de estacionar tropas en las áreas más conflictivas, las dispersó por ellas. El ejército del Principado fue dividido en siete brigadas que debían perseguir sin tregua y exterminar a los facciosos en las áreas a su cargo, que sin embargo no cubrían todo el territorio (ver de nuevo *Mapa 3*). A los cuerpos francos, que habían demostrado su gran valía, se les apartó de las operaciones y se les destinó a tareas de guarnición.

Por su parte, las partidas carlistas atacaron convoyes gubernamentales y saquearon en las áreas no defendidas, que se convirtieron en zonas de doble contribución, isabelina y carlista. También organizaron razias y se atrevieron a choques directos, donde los isabelinos no resultaron bien parados. Mina salió de campaña con fines propagandísticos, esta vez hacia el sur, pero la cosa no pasó de revista. El héroe ya estaba mortalmente enfermo, y muy afectado por las reacciones internacionales adversas que había suscitado la ejecución de la madre de Cabrera a fines de febrero, así que el primero de abril presentó una dimisión que la regente no le admitió. Hubo que esperar hasta mayo para que las armas isabelinas exhibieran algún progreso, como la recuperación de Torà.

De todos los jefes isabelinos en Cataluña, el que dio más que hablar fue el brigadier Manuel Gurrea, nombrado jefe de operaciones. Ex guerrillero como Mina y amigo personal suyo, carecía de los conocimientos militares para semejante mando, y además creía tanto o más que su jefe que la guerra se ganaría aterrizando a los campesinos. Eso hizo el 22 de mayo, cuando incendió Navés. No obstante, arrasó bosques, quemó cosechas y

³¹ Aviraneta, Eugenio de, y Bertran Soler, Tomás: *Mina y los proscritos*, Argel, Imp. de la Colonia, 1836, pp. 11-12.

multar a los payeses no ayudaría a las armas isabelinas, como tampoco ex-tenuar a las tropas en larguísimas marchas para ganar en un sitio lo que se perdía en otros. Hubiera sido más productivo imponer el orden en el seno del ejército y la Milicia, algunos de cuyos miembros asesinaron el 11 de julio al gobernador militar de Figueres, Manuel de Tena.

A todo esto, el suministro al ejército de Cataluña, contratado en Madrid, se había convertido en un pingüe negocio para los proveedores que giraban en la órbita de Mendizábal, como los hermanos Safont, así como para los subarrendadores locales. Mina quiso hacer frente a la quiebra que provocaban esa corrupción, las exigencias fiscales del Gobierno y la excesiva movilidad de las tropas con un triple expediente, idéntico al que había adoptado Llauder antes y muy similar al que emplearía De Meer después: centralización, arbitrios extraordinarios y desobediencia al Gobierno, desde el 15 de junio de 1836 presidido por Istúriz. No lo logró: la Diputación de Lleida se negó a unirse a las otras tres bajo la presidencia del capitán general y el Gobierno desautorizó la fusión.

La corte carlista quiso enviar otra vez ayuda a Cataluña, aunque solo fuera de cuadro militar y administrativo. El encargado de la misión fue nada menos que Rafael Maroto, que tomó el camino de Francia y entró en Cataluña por Queralbs el 29 de agosto de 1836, acompañado por el intendente Pedro de Alcántara Díaz de Labandero, el brigadier Blas María Royo y el coronel José Pérez Dávila. Al día siguiente lo fue a ver Ignacio Brujó, comandante en jefe interino, y le entregó un estado de fuerzas deplorable: las fuerzas carlistas en el Principado se reducían a 10.600 soldados a pie y 210 a caballo, bien armados, pero mal equipados y pagados. Maroto comprendió enseguida que no podía hacer nada, y tras la muerte en combate de su segundo, el barón de Ortafà, el 5 de octubre de 1836 se volvió por donde había venido. Royo se quedó y le sustituyó como comandante en jefe.

El 5 de noviembre de 1836 se cumplió un año de estado de sitio y las partidas perseveraban. Pese a la captura de algunos cabecillas y de una cierta reducción de los efectivos guerrilleros, el plan bélico de Mina había fracasado. Los gubernamentales apuraron los medios económicos y humanos a su alcance sin obtener mejores resultados. La estrategia era errónea *per se*, pero la deficiencia principal radicaba más bien en la falta de comprensión del conflicto por parte de los liberales, de la que se derivaban la corrupción en los suministros, la falsedad sistemática en los partes, la provisión de responsabilidades con criterios partidistas y, sobre todo, el ataque en las vidas, la seguridad y los intereses de los habitantes de la Cataluña rural, puestos bajo sospecha.

La dictadura del barón de Meer (1837-1839)

Mina murió la Nochebuena de 1836. Tras la inevitable interinidad, el barón Ramón de Meer se hizo cargo de la capitania general de Cataluña el 12 de marzo de 1837, cuando prorrogó el estado de sitio. El ejército gubernamental en el Principado era insuficiente para tomar la iniciativa y aun para conservar las 9 plazas, los 255 puntos fortificados y las 120 casas fuertes. Las tropas isabelinas solo abandonaban esos refugios para buscar víveres o proteger los trabajos agrícolas. Tampoco había dinero: los 25.000 duros aportados por los puentes de Barcelona y los 12.000 en calderilla que se guardaban en la ceca solo servían para salir del paso.

Todos estos males manifestaron la máxima virulencia entre el 26 de abril y el 4 de mayo de 1837: los carlistas tomaron Solsona, compañías gubernamentales enteras corrieron en desbandada mientras perecían sus jefes y en Barcelona se aprovechó que el capitán general estaba de campaña para hacer estallar la última *bullanga* de este período. El caos político y militar se había adueñado del campo de Isabel II en Cataluña.

En el otro bando, el 17 de enero se produjo un notable avance político con el establecimiento en Borredà de una Junta estable, liderada por Bartolomé Torrabadella, ex cancelario de la Universidad de Cervera y subdelegado apostólico para Cataluña. Por su parte, Royo consiguió que las partidas se ajustasen por primera vez a un cierto esquema organizativo, que comprendía 23 batallones encuadrados en tres divisiones y dos brigadas, aunque los guerrilleros mantuvieran su estilo de acción y siguiesen viviendo sobre el terreno. Gracias a esos progresos, los carlistas catalanes se propusieron la toma de Solsona, una ciudad pequeña que a cambio equidistaba entre las zonas de actuación de las partidas y era la única sede episcopal al alcance de una junta dominada por eclesiásticos. De Meer partió de Barcelona el 25 de abril al frente de una columna, llegó a Solsona el primero de mayo, levantó el asedio después de duros combates y se anotó una victoria pírrica. Falto de efectivos y recursos para mantener la posición, ordenó el derribo de las fortificaciones, evacuó a los habitantes y se fue. Los carlistas entraron tres días más tarde e instalaron su Junta el 14 de mayo de 1837.

Al día siguiente, y por supuesto sin saberlo, el infante don Carlos salió de Estella al frente de 12.000 soldados y 1.600 lanceros que también ignoraban adónde iban. Tras un primer revés en Huesca y un paso del Cinca tan mal concebido que el río arrastró a batallones enteros, la expedición penetró el 7 de junio de 1837 en Cataluña por Tragó de Noguera. Cuando se les unieron cuatro batallones y dos escuadrones mandados por el *Ros d'Eroles*, el estado mayor carlista pensó que llegaban refuerzos, pero pronto descubrió que se trataba de una horda semibandolera que ni siquiera tenía munición.

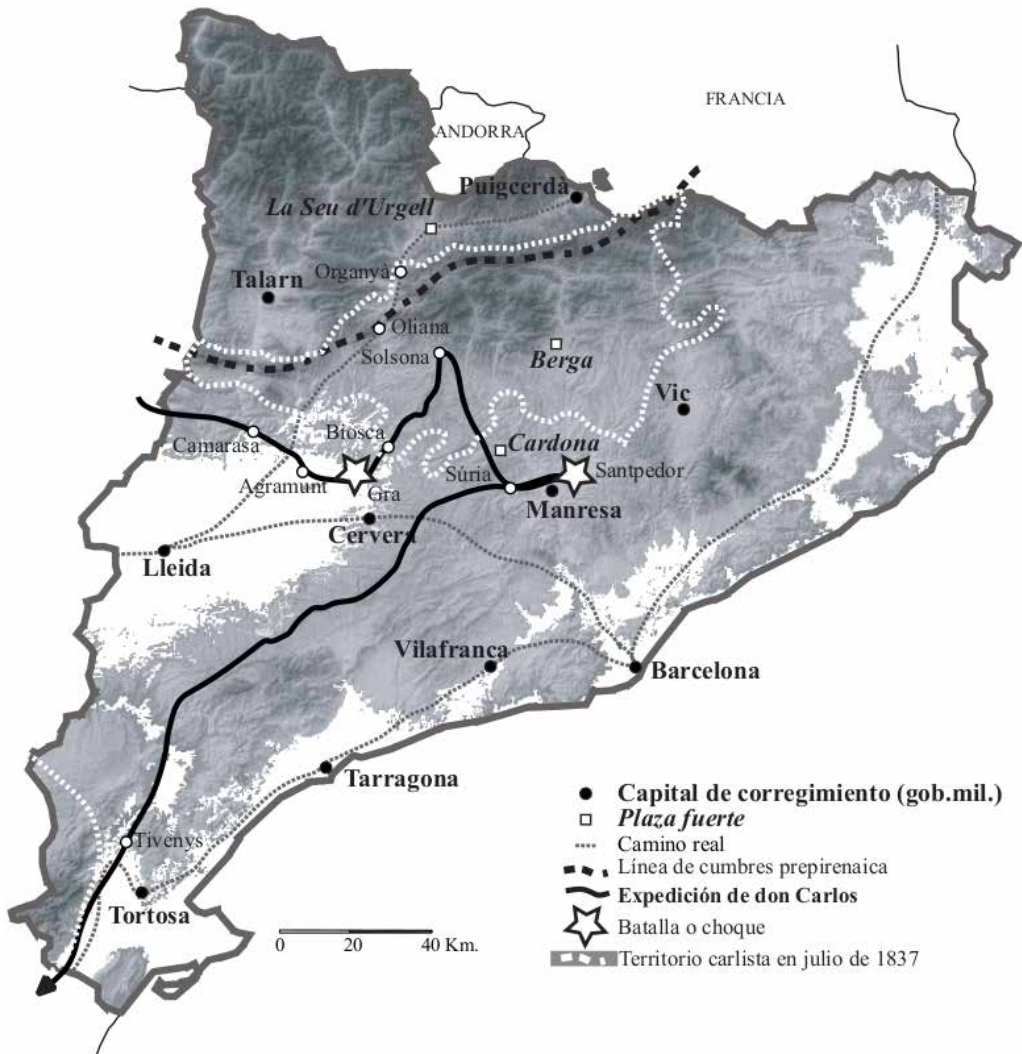
Don Carlos y su variopinto séquito siguieron el itinerario que se reproduce en el *Mapa 4* hasta que el 12 de junio llegaron cerca de Guissona, donde los esperaban el barón De Meer y unos 11.000 soldados isabelinos, incluidos refuerzos de las divisiones 3ª y 4ª del ejército del Norte. La batalla de Gra, única entablada de forma académica en toda la guerra en Cataluña, se convirtió en un cataclismo para los carlistas, que dejaron en el campo cerca de 400 muertos, 200 heridos y 700 prisioneros, por 112 muertos y 461 heridos de los gubernamentales³². El ejército isabelino de Cataluña y De Meer recuperaron su prestigio después de la caída de Solsona, pero hubo quien reprochó al barón no haber atrapado al pretendiente y haber terminado así la guerra, sin pensar que el enfrentamiento contra un ejército numeroso y disperso en un terreno muy accidentado habría costado muchas bajas, sobre todo de caballería. Además, hoy sabemos –como seguramente De Meer en su día– que el objetivo de la expedición de don Carlos era acordar en Madrid una transacción con la reina regente que al final no se produjo, pero que de momento no convenía estorbar³³.

Lo que quedaba de la expedición llegó a una Solsona en ruinas, donde no obstante se celebraron un *Te Deum* y un besamanos. Después, Torrabadella y sus vocales afines presionaron para que se le retirara la jefatura de las tropas a Royo por su libertad en materia militar y –¡horror!– su gusto por las mujeres y se le diera a *mossén Benet* Tristany. Royo cesó el 18 de junio, pero lo reemplazó Antonio de Urbiztondo, uno de los militares de carrera que viajaban con la expedición. Mientras tanto, una parte de ella había llegado a Santpedor, donde unos cientos de milicianos resistieron hasta que una columna de auxilio dirigida por De Meer expulsó a los invasores. Visto el éxito, el 20 de junio de 1837 el grueso de la expedición abandonó Solsona y se dirigió hacia el sur. Tras pararse en Vallbona para que las monjas agasajaran al pretendiente y a su séquito, atravesó el Priorat y llegó al Ebro, que cruzó a la altura de Ginestar y Tivenys (ver de nuevo *Mapa 4*).

En cambio, Urbiztondo quiso explotar el éxito, así como imponer criterios militares convencionales a sus tropas. De Meer le propuso la observancia del convenio Elliot –que había rechazado en mayo anterior–, se retiró del espacio que los carlistas ambicionaban, ordenó fortificar una segunda

³² Un análisis detallado en Pirala: *Historia de la guerra civil...*, vol. II, 633-638. Los datos sobre las bajas carlistas proceden de expertos militares extranjeros afines: Rahden, Wilhelm von: *Andanzas de un veterano en la guerra de España (1833-1840)*, ed. de Pamplona, Institución Príncipe de Viana-Diputación Foral de Navarra, 1965, p. 83, y Lichnowsky, Félix: *Recuerdos de la guerra carlista (1837-1839)*, ed. de Madrid, Espasa-Calpe, 1942, p. 95.

³³ Santirso, Manuel: «El convenio de Vergara y otras paces descartadas, 1837-1840», *Hispania*, vol. LV/3, n. 191, 1995, pp. 1.068-1.070.



Mapa 4: La expedición de don Carlos y el territorio bajo dominio carlista en Cataluña

línea de defensa en el llano de Lleida y el 9 de julio envió a Madrid una dimisión que no se le aceptó. Dos días más tarde, tropas carlistas se lanzaron al asalto de Berga, que capituló el 12. Era la primera plaza fuerte que conquistaban, y en ella se instaló la Junta hasta el fin de la contienda. La guarnición de Gironella se entregó el día siguiente. Urbiztondo exigió la rendición de Prats de Lluçanès el 14, y aunque De Meer levantó el asedio, tuvo que evacuarla. Tras apoderarse de Bagà y Tuixén y de apoyar el asedio de La Seu d'Urgell, Urbiztondo puso sus miras en Ripoll, una villa especializada en la producción de armas que tomó el 26 de julio. Tristany había lanzado en vano a sus hombres a la conquista de Torà, pero visto que no valían para ese tipo de acciones, se los llevó a una nueva razia por el litoral.

La racha de Urbiztondo terminó en Sant Joan de les Abadesses, que no pudo tomar, y ya no se anotaría ningún triunfo más. Aun así, había conseguido mucho: al sur del eje montañoso prepirenaico y en el curso alto del Segre se extendía un territorio dominado por los carlistas, sin más excepciones que la fortaleza de La Seu d'Urgell y la Cerdanya, que sin embargo no podían impedir el tráfico de personas y efectos de guerra desde el extranjero por Queralbs y desde Aragón por Àger (ver *Mapa 5*). No le bastó a la Junta de Berga, que en adelante no cesaría de inmiscuirse en los asuntos militares, para perjuicio de los sucesivos comandantes en jefe, a los que —de forma muy significativa— la Junta jamás reconoció la categoría de capitanes generales.

Como su obsesión era cobrar, la Junta pidió con insistencia a Urbiztondo que dedicara tropas a proteger la recaudación en los corregimientos de Lleida y Talarn, a lo que éste se negó. Comenzó entonces una pelea que duró el resto de 1837 y perdería el militar guipuzcoano. A principios de octubre, montó un par de bases estables en el sur, en Piera y Sant Quintí de Mediona, donde formó una junta propia de jefes militares. Los vocales de la Junta Millà y Fonollar se entrevistaron con él el 3 de noviembre de 1837 para reducirle a la obediencia, sin éxito. Pocos días después, la suerte se puso en su contra. Una combinación de fuerzas isabelinas hizo huir a sus tropas en Pont d'Armentera, y en la confusión de la retirada Urbiztondo perdió una cartera con documentos reservados y exposiciones a don Carlos donde se quejaba amargamente de la Junta y de la mala situación del ejército carlista de Cataluña³⁴. Escribió a De Meer para que le devolviera los malditos papeles, pero éste solo le entregó los de poco interés; su ayudante Manuel Pavía se cuidó de que los más jugosos se publicaran en el periódico *El Guardia Nacional*. Urbiztondo volvió a Berga, donde ya se imaginará el

³⁴ *Els Acords Reservats de la Junta de Berga, 1837-1839*, Berga, Institut de Cultura de Berga-Diputació de Barcelona, 2005, pp. 59-83.

recibimiento que le esperaba. Se fue de allí y, perseguido por una columna isabelina, llegó a Rialp, donde dejó al guerrillero *Pep de l'Oli* con la orden de resistir, mientras él tomaba el camino de Andorra.

Tras conseguir a palos la unanimidad de los liberales, De Meer se pudo dedicar a la guerra. Su estrategia consistió en encerrar a los carlistas en su territorio, pequeño y pobre (véase de nuevo *Mapa 5*), para que lo agotaran, se asfixiaran en él y se pelearan entre sí, lo que sucedió a menudo. Si el auxilio del Norte y de la contrarrevolución internacional no llegaban, tendrían que hacer incursiones fuera de su zona o presentar batalla al estilo académico, y en ambos casos las tropas isabelinas llevarían las de ganar. Aunque la lucha contra guerrillera aún no se había teorizado, De Meer comprendió que la movilidad no funcionaba contra las escurridizas partidas. Se tenía que plantear una guerra de desgaste, que sacara provecho de la superioridad técnica y económica del bando isabelino, así como de su mayor apoyo social.

Para acelerar la consunción del carlismo, había que restarle combatientes, pero no mediante la simple represión, sino gracias a una mezcla de premios y castigos. Las represalias comenzaron en setiembre de 1837, con el secuestro de los bienes de exiliados o de notorios partidarios, continuaron en noviembre siguiente declarando traidores a los eclesiásticos que pagaran contribuciones a la Junta de Berga y se ampliaron el 19 de setiembre de 1838 con la creación de otra junta al efecto, que indemnizaría a los particulares que hubieran recibido daño a manos de los carlistas con los bienes de estos, de sus parientes, sus cómplices y sus colaboradores. No obstante, la campaña paralela de indulto y subsidio obtuvo resultados mucho mejores: durante los *veinte meses* de la dictadura de De Meer, el bando isabelino sustrajo al ejército de Don Carlos 1.197 combatientes solo entre presos e indultados. Esto obligó a los carlistas a recurrir a la conscripción, bajo la forma de dos quintas: la que acordaron el nuevo comandante en jefe José Segarra y la Junta de Berga en junio de 1838 y la que dispondría el conde de España en octubre siguiente³⁵.

El cerco a los carlistas se concretó en una red de puntos fortificados, situados a lo largo de la costa y del camino real de Aragón y reforzados por las fortalezas isabelinas del Principado, en los que se podían reunir hasta cuatro columnas, de unos 2.500 o 3.000 hombres cada una. La población próxima a los puntos tenía que refugiarse en ellos para no ser víctima de las contribuciones carlistas, con lo cual la trama cumplía una función económica. La Junta de Berga quiso contrarrestarla declarando los puntos en estado de bloqueo permanente, pero no consiguió más que contrabloqueos.

³⁵ Sagarra: *La primera guerra carlina a Catalunya*, vol. I, p. 205, y vol. II, p. 32.

De Meer sabía que su sistema de guerra solo tendría éxito si contaba con los medios necesarios para retener a la población en los puntos fortificados. Además, la disciplina no volvería a las tropas de la reina si no se calculaban bien las soldadas y éstas no se pagaban con regularidad. En consecuencia, la disponibilidad de dinero sin trabas burocráticas se convirtió en la clave de bóveda del sistema. Todas las medidas administrativas de la dictadura se encaminaron hacia ese objetivo, tanto las dictadas a través de un Consejo Central como, desde el 6 de octubre de 1837, por una Junta de Administración y Revisión de Cuentas. Para enjugar el déficit crónico del presupuesto militar del Principado había que ahorrar todo lo posible y aumentar los ingresos. Se simplificó la administración y se estableció una escrupulosa contabilidad sobre los impuestos indirectos, lo cual trajo un leve crecimiento de las entradas. En el capítulo de las economías, la medida más importante –y la que más indispuso a De Meer con las tramas de intereses en Madrid– fue el cambio de sistema de adjudicación del suministro al ejército de Cataluña, algo que la Diputación de Barcelona –progresista– llevaba meses pidiendo. A partir de octubre de 1837, el suministro fue adjudicado en Cataluña y por el capitán general, y además se obligó a los proveedores a establecer factorías y a disponer de un remanente de emergencia. Así se añadieron unos 3,3 millones de reales al mes al presupuesto militar y civil del Principado, pero el déficit alcanzaba los 4. De Meer tuvo que ordenar en febrero de 1839 los típicos recargos de aduanas, derechos de puertas y papel sellado, el no menos clásico descuento de los sueldos de los funcionarios y una contribución extraordinaria de guerra. Sin embargo, ya contaba con pocos valedores en Madrid, y las medidas fueron anuladas por real orden.

En cuanto a resultados sobre el terreno, desde comienzos de 1838 hasta julio de aquel año, los hechos de armas más destacados fueron el abandono de Ripoll por parte de los carlistas, el 16 de marzo de 1838, y el asedio y posterior toma del castillo de Orís por los isabelinos (ver *Mapa 5*). Segarra tenía en su contra ser un jefe de transición, tolerado por la Junta mientras don Carlos no designara uno definitivo, pero las cosas cambiaron mucho el 4 de julio de 1838, cuando el conde de España llegó a Berga. El conde de Fonnollar, líder de los *aristócratas* de la Junta había obtenido el nombramiento –casi simultáneo al de Maroto en el Norte– de manos de don Carlos en persona, con lo que se impuso momentáneamente al grupo de *universitarios* de Torrabadella. Carlos de España contó en los primeros tiempos de su mando con cierta corriente de opinión favorable, producto de su reputación de severidad y experiencia en la organización militar, pero las tensiones internas de la Junta, los rencores de antiguos *malcontents* reprimidos por él en 1827 y el sistema de guerra establecido por De Meer agotaron enseguida su crédito.

Para colmo, el barón reconquistó Solsona el 27 de julio de 1838, con lo que se apuntó varios tantos: levantó la moral de los gubernamentales, acalló las voces críticas contra él y endosó una deuda inicial al conde.

Las repercusiones en el bando carlista no tardaron: el conde de Fonnollar y el marqués de Monistrol dimitieron como vocales de la Junta 10 de agosto de 1838 y se fueron a Francia; el resto de los nobles carlistas haría un discreto mutis después de los fusilamientos de Estella en febrero de 1839. Por su parte, el conde de España quiso distraer la atención reorganizando a unas tropas que se habían quedado en menos de la mitad. También desenspolvó los métodos de terror por los que era famoso, mientras encajaba derrota tras derrota: en noviembre de 1838 llegó un segundo convoy gubernamental a Solsona, en diciembre los carlistas montaron una expedición al valle de Aran que casi acabó en catástrofe y entre febrero y marzo de 1839 perdieron el punto avanzado de Àger (ver de nuevo *Mapa 5*).

Mientras tanto, la relación de fuerzas políticas en el bando de Isabel II había vuelto a cambiar. El Gobierno Pérez de Castro-Pita-Alaix, tutelado por Espartero, no pensaba tolerar ningún detrimento económico ni de autoridad, así que el 16 de diciembre de 1838 emitió un decreto por el cual recuperaba la adjudicación de los suministros a los ejércitos y el 18 siguiente ordenó la disolución de todas las Juntas provinciales o regionales. La obediencia estricta al Gobierno del nuevo intendente de Tarragona, José Díez Imbrechts³⁶, y las intervenciones parlamentarias en contra de los métodos económicos –no de los políticos– del barón De Meer forzaron a éste a una nueva dimisión, tampoco aceptada. Las presiones de las autoridades catalanas y la consideración en que se tenía su competencia militar consiguieron que retuviera la Capitanía unos meses, siempre que se subordinara a las finanzas del Gobierno central. La consecuencia fue el derrumbamiento de un sistema de guerra que necesitaba una provisión constante de dinero.

En el lado carlista, el conde de España tuvo que movilizar todos los recursos del país dominado por la facción y del cinturón de tierra de nadie que lo rodeaba para emprender una contraofensiva. Era imprescindible si quería conservar el poder e incluso la vida después de los fusilamientos de Estella. Las operaciones comenzaron el 15 de marzo de 1839 con la toma de Ponts, se detuvieron un tiempo cuando el conde intentó en vano atrapar un convoy isabelino a Solsona, prosiguieron con el saqueo de Manlleu, el 28 de abril, y concluyeron el primero de mayo con la derrota de una brigada isabelina cerca de Roda de Ter.

³⁶ Díez Imbrechts, José: *Documentos justificativos del cumplimiento a las órdenes del Gobierno, por el Intendente don José Díez Imbrechts bajo el mando militar de Cataluña del E. S. Barón De Meer*, Palma de Mallorca, Imp. Nacional a cargo de D. Juan Guasp y Pascual, 1839, p. 27.

Con todo, estas acciones fueron leves contratiempos para los isabelinos en comparación con la segunda conquista carlista de Ripoll, incendiado y después derruido hasta los cimientos por orden del conde de España. Si se observa una vez más el *Mapa 5* se verá que la acción tampoco tuvo demasiado valor estratégico; al fin y al cabo, la villa estaba rodeada de territorio isabelino y podía cambiar de manos en cualquier momento. Sin embargo, De Meer se sostenía a duras penas en la Capitanía, y un golpe así tenía que derribarlo: el primero de junio, en cuanto llegó a Madrid la noticia de la destrucción de Ripoll, el general Isidro Alaix, la mano derecha de Espartero, le destituyó.

Fin de la guerra (1839-1840)

Aunque se especuló con el nombre de Rodil como reemplazo, el 5 de junio de 1839 fue designado como capitán general de Cataluña Jerónimo Valdés. El nuevo comandante en jefe isabelino llegó a la capital del Principado el 16 de junio de 1839 y su primer trabajo consistió en enmendar la represión política practicada por su antecesor. En cuanto a las tareas militares, Valdés pronto se dio cuenta de que no disponía de bastante soldados –de los 23.000 a sus órdenes solo 8.000 estaban operativos–, que debía defender muchos lugares –11 fortalezas y 245 puntos fortificados– y que no tenía dinero. Como Valdés, gestor en su día del convenio Elliot, no era amigo de guerras totales, dictó algunas providencias de trámite y cifró en un acuerdo sus esperanzas de resolución del conflicto.

Durante los primeros contactos entre él y el embajador en París, marqués de Miraflores, éste puso en antecedentes al general de lo que proyectaba en colaboración con el cónsul en Perpiñán, Juan Hernández³⁷. Se trataba de un plan de pacificación análogo a la campaña de *Paz y Fueros* que Muñagorri había desplegado sin éxito en el Norte la segunda mitad de 1838. El encargado de la transacción en Cataluña era el joven marqués de Mataflorida, hijo del presidente de la regencia realista de Urgell durante el Trienio, que al igual que Muñagorri pensaba emplear como instrumento un falso partido político llamado *Unión Española*. La autorización del Gobierno llegó el julio de 1839, cuando Mataflorida llevaba cerca de un mes en Francia trabajando bajo la supervisión de Miraflores y de Valdés, quien cometió el error de comunicarlo a Espartero. El presidente del Consejo de Ministros francés, mariscal Soult, también se mostró favorable. Con estas promesas y 4.000 francos como todo equipaje, Mataflorida se encaminó a la frontera

³⁷ Santirso: «El convenio de Vergara...», pp. 1.076-1.081.

española a finales de agosto de 1839, pero de repente las autoridades francesas dejaron de ser amables. Recaló en Perpiñán el 9 de octubre de 1839 y allá esperó una respuesta de Valdés que, cuando llegó, fue que la maniobra le parecía inútil después del abrazo de Vergara.

El 31 de agosto de 1839 habían culminado cinco meses de negociaciones entre Espartero y Maroto, que tuvieron como resultado el célebre convenio. Una de sus consecuencias fue que los carlistas catalanes empezaron a recibir el refuerzo de combatientes del Norte no comprendidos en el acuerdo, que atravesaban Francia por centenares sin que nadie los viera. En parte por este auxilio tardío, en parte por el empecinamiento de la Junta de Berga, la población catalana sufrió entre octubre de 1839 y el abril de 1840 la fase más cruenta de la guerra.

Al círculo de Torrabadella le estorbaba el conde de España, odiado por nuevas razones. Después de la derrota del Norte, Don Carlos les había concedido a él y a Cabrera plenos poderes, que Cabrera había usado para disolver la Junta de Aragón, así que la de Cataluña temió que el conde lo imitara. Por otra parte, después de los incendios preventivos de Olvan y Gironella –molinos y harina incluidos– y de la ejecución de un amigo de los *universitarios*, las maniobras del conde ya no provocaban terror, sino ira. Además, se rumoreaba que mantenía conversaciones de transacción. Como ya había hecho después de los fusilamientos de Estella, improvisó un contragolpe bélico para silenciar a sus oponentes y ganar tiempo. Se mostró muy activo durante la toma de Moià, efectuada el 9 de octubre de 1839 (ver *Mapa 5*) y de acuerdo con su estilo, puesto que la remató con el incendio, el degüello de 103 personas –entre ellas mujeres y niños– y el fusilamiento y posterior mutilación de 140 defensores. Presos del pánico, los habitantes de Castellterçol entregaron la villa a los carlistas al día siguiente, sin saber que el conde ya no perseguía victorias. Aunque el 11 de octubre declaró Àger en estado de bloqueo, el 23 se retiró a su cuartel general de Casserres, de donde no volvería a salir más que para ser depuesto y asesinado en Organyà el 2 de noviembre de 1839.

Mientras la Junta de Berga cesaba a los cargos y jefes militares próximos al conde, se producía una desertión masiva que dejó en la mitad los cerca de 13.000 soldados que tenía el ejército carlista del Principado en octubre de 1839. Como Valdés seguía limitándose al auxilio a Solsona, el cónsul Hernández y el general Seoane aprovecharon la desbandada de carlistas y la nula combatividad de su jefe, otra vez Segarra, para negociar un nuevo acuerdo, con el visto bueno del Gobierno. En una entrevista secreta en Bourg-Madame el 3 de diciembre de 1839 entre un agente secreto isabelino y un delegado de Segarra, se supo que los combatientes carlistas catalanes

se conformaban con un lugar en el ejército, como en el convenio de Vergara. A Valdés le pareció razonable, pero poco después presentó su renuncia a la Capitanía. Espartero impuso en su lugar a Antonio Van-Halen, el hombre que había negociado su afiliación al progresismo, y que no pretendía acabar la contienda en Cataluña, sino cumplir los designios del general en jefe. En cuanto llegó, a mediados de marzo de 1840, dio por liquidadas las negociaciones organizadas por Miraflores y Hernández, y entró en tratos con Segarra en sus propios términos.

Aun así, el hambre de honores del nuevo capitán general y el fanatismo de la Junta carlista provocarían un último y estúpido combate en la ruta hacia Solsona, en el que se contarían más víctimas que durante muchos meses de guerra. Se trata de la batalla de Peracamps, que tuvo lugar del 24 al 28 de abril de 1840, comprometió al grueso de los ejércitos isabelino y carlista de Cataluña y dejó las cosas como estaban. Se produjeron unas 2.200 bajas isabelinas, entre muertos y heridos, pero Van-Halen recibió el título de conde de Peracamps.

Llegó mayo y Segarra no salía de sus apuros. Se le ocurrió darse de baja por enfermedad el 8 de mayo y pasar el mando al *Llarg de Copons*, pero tres días más tarde el cabecilla se disparó un disparo accidental (?) en la cabeza mientras limpiaba su pistola. Urgía salir del trance, porque venía Cabrera que, desalojado de sus dominios por la ofensiva final isabelina, cruzó el Ebro con sus hombres la noche del 1 al 2 de junio de 1840. Segarra entregó a Brujó aquel mando que quemaba, e hizo bien, porque el *tigre del Maestrazgo* impuso enseguida su poder valiéndose del nombramiento como jefe de Cataluña emitido por don Carlos el 9 de enero anterior. Con el asesinato del conde de España como pretexto, encarceló a los miembros de la Junta, sometidos a un proceso judicial que jamás se cerraría. Espartero, mientras tanto, organizaba en Lleida al ejército gubernamental para la última campaña. El 4 de julio de 1840 tomó Berga tras breves combates y el 6 el ejército carlista pasó a Francia por Oceja. La guerra civil había terminado.

Algunas conclusiones y ciertas herencias

Como había ocurrido en 1822-1823 y en 1827, el absolutismo catalán prefirió en 1833-1840 la guerra de guerrillas casi químicamente pura. Acciones como la de Maials en 1834, y sobre todo la de Gra en 1837, ratiﬁcaron a sus líderes militares en la idea de que la guerra académica siempre les sería adversa. No les faltaba razón, por lo que mantendrían ese estilo de combate durante la revuelta de los *matiners* de 1846-1849 —cuando también

lo adoptaron algunos grupos liberales de izquierda o republicanos— y en la segunda guerra de 1872-1876, sin más excepciones que el desastre liberal de Alpens en 1873.

Igualmente, en el conflicto de los siete años quedó claro que la apuesta por la guerrilla proporcionaba al carlismo catalán una gran capacidad de resistencia —de resiliencia, se diría hoy—, pero al mismo tiempo le privaba de alcanzar objetivos de alguna entidad. Por definición, la guerra irregular carece de ellos y se limita al desgaste del enemigo, para lo que necesita explotar un territorio favorable, a menudo montañoso, y a sus gentes. Por sí sola no puede ganar una guerra, tan solo reforzar un impulso bélico ajeno o externo. Como se habrá comprobado en la narración anterior, los carlistas no rentabilizaron sus triunfos, ni en el momento de peor desempeño isabelino, en 1836, ni cuando dominaron un espacio propio, entre 1837 y 1840. Lo harían aún menos en el alzamiento de los *matiners*, en el que faltaron dirección política y dominio estable, y sucedería una vez más en la segunda guerra civil, cuando llegaron a tomarse plazas tan importantes como La Seu d'Urgell. Y después de eso, ¿qué tocaba hacer?; porque ni a tirios ni a troyanos se les ocurrió que Manresa, Reus o Barcelona abrieran sus puertas a los carlistas, que a su vez jamás tuvieron un plan de invasión y ocupación.

Se debe recalcar, a todo esto, que los carlistas catalanes necesitaron siempre, y más que en otras áreas, ayuda del exterior, sobre todo la que viniera de las cortes de los sucesivos pretendientes, las de *Carlos V* y *Carlos VII* en el dominio del Norte, la de *Carlos VI* en Francia y Gran Bretaña. Con todo, el apoyo principal residió siempre en la vecina Francia, y tanto por la apatía o la doblez de sus gobiernos como por la presencia de absolutistas en su administración o la oficiosidad de lo que ha dado en llamar la *Internacional blanca*. La *monarquía de julio* de Luis Felipe de Orléans siempre jugó a dos barajas, ya que al mismo tiempo que enviaba a la España isabelina los refuerzos de una Legión extranjera montada para la ocasión —y de escasísima utilidad—, permitía la casi libre circulación de combatientes carlistas por su territorio. El disimulo se repetiría durante la primera fase del conflicto de los *matiners*, pero cesaría —quién lo iba a decir— con el advenimiento de la II República, cuyos gobiernos se comportaron siempre como muy leales aliados de los presididos en España por el general Narváez. Por el contrario, la inestabilidad de la naciente III República francesa hasta 1875 y la permanencia en su administración de elementos legitimistas explican en muy buena medida que el carlismo español y catalán se hiciera con los recursos humanos y materiales necesarios para sostener la segunda guerra civil.

Quizá fue la extrema libertad inherente a la acción guerrillera lo que impidió que el carlismo catalán adquiriese un mayor grado de organización,

se sometiera a un liderazgo único y aceptase la primacía de la jefatura política, o bien la subordinara. En el teatro de Cataluña de la guerra de los siete años no surgieron ni un Zumalacárregui ni un Cabrera, y cuando éste regresó de muy mala gana al Principado en 1848, descubrió para su pesar que las cosas no habían cambiado y que, como se dice por allí, «*cada terra fa sa guerra*». Idéntica impresión iba a recibir el infante Alfonso Carlos de Borbón en 1872-1875, enfrentado sin provecho para ninguno de los dos al general Francisco Savalls, digno émulo de los Tristany, *Borgetes* y Castell. En resumen, tras leer las páginas anteriores, se habrá notado la contradicción que padeció la causa carlista en Cataluña entre su imperiosa necesidad de ayuda exterior, fuera en dinero, cuadro o refrendo político, y su permanente insubordinación a los comandantes y a las directrices militares que emanaban del núcleo político carlista. Es más, cuando el carlismo catalán contó con una dirección política identificable, como la Junta de Berga de 1837-1840, ésta se distinguió por su radicalismo e hizo causa común con unos cabecillas guerrilleros que solo obedecerían lo que les conviniera.

La crónica de los principales acontecimientos políticos en el bando isabelino también descubre de inmediato que las luchas en su seno impidieron sacar provecho de una superioridad numérica y armamentística no siempre suficiente. Ese beneficio solo se logró en épocas de mando único, claro, autoritario y bien conectado con las fuerzas vivas del país: la de Llauder en 1832-1835 y la de De Meer en 1837-1839, aunque hasta cierto punto también la de Mina en 1836, por más que adoleciera de un diseño erróneo y obtuviera resultados en consecuencia. En sentido contrario, la existencia de unidades armadas de carácter más político que militar, como la Milicia Urbana o la Guardia Nacional, se reveló como un lastre, cuando no un impedimento, para la acción militar. El problema resurgiría en la segunda guerra civil, cuando los Voluntarios de la Libertad y después de la República volvieron a distinguirse por su ineficacia bélica y su peligrosidad política.

No obstante, el conflicto de los *matiners* de 1846-1849 demuestra que la concentración del mando fue condición necesaria, pero no suficiente, para la victoria. Entonces no estorbó la Milicia, porque se había disuelto, hubo tropas en abundancia, y sin embargo los sucesivos capitanes generales del Principado (Manuel Pavía y Lacy, Manuel Gutiérrez de la Concha, de nuevo Pavía, Fernando Fernández de Córdova y de nuevo Concha) tardaron en dar con la tecla para extinguir un conflicto que a la postre se ganó gracias a la colaboración francesa y a la compra de algunos cabecillas mediante dinero en efectivo y puestos en el ejército, lo que en rigor saldó una deuda pendiente desde 1840.

De poco servía la ventaja en hombres y recursos sin un plan. Faltó en 1846-1849, como faltaría en 1872-1876, el diseño de una estrategia contra-insurgente, que sí había existido, y por triplicado, en la guerra civil de los siete años. Cada cual a su modo y con éxito variable, Llauder, Mina y De Meer habían pensado y después aplicado diferentes planes de guerra, todos ellos plenamente comparables con los que desarrollarían en las dos centurias siguientes en latitudes muy alejadas. Se suele decir que el único modo de acabar con la insurgencia o la guerrilla es «quitarle el agua al pez»; pues bien, empleando un símil pesquero, Llauder dispuso un palangre, Mina usó redes de cerco y De Meer construyó una almadraba. En el mismo sentido, todos se plantearon la victoria, y ninguno el exterminio.

Aún se puede aprender mucho al estudiar esos diseños, así como sus repercusiones económicas y políticas, si se les aplican criterios actuales. En cambio, no se esperen de esta ni de las demás guerras civiles españolas del siglo XIX –y del XX– innovaciones tecnológicas como las que produjo la guerra civil estadounidense de 1861-1865, y menos aún su aplicación posterior a usos no bélicos. A diferencia de muchas otras guerras europeas contemporáneas a ellas, las guerras carlistas ni siquiera sirvieron para impulsar la industrialización.

BIBLIOGRAFÍA

- Acords Reservats de la Junta de Berga, 1837-1839, Els.* Berga, Institut de Cultura de Berga-Diputació de Barcelona, 2005.
- AMARILLAS, marqués de las [Girón, Pedro Agustín]: *Recuerdos (1778-1837)*. Ed. de Pamplona, EUNSA, 1978-1981.
- ANGUERA, Pere: *Déu, Rei i fam. El primer carlisme a Catalunya*. Barcelona, Publicacions de l'Abadia de Montserrat, 1995.
- ASPIZÚA, Jorge; Cachinero, Jorge, y Jensen, Geoffrey: «La Historia militar: una carencia intelectual en España», en *Ayer*, n.º 10, 1993.
- AVIRANETA, Eugenio de, y BERTRÁN SOLER, Tomás: *Mina y los proscriptos*. Argel, Imp. de la Colonia, 1836.
- BULLÓN DE MENDOZA, Alfonso: *La Primera Guerra Carlista*, Madrid, Actas, 1992.
- CLARENC, Veronique: «Toulouse, capitale du carlisme catalan (1830-1840)», en *Annales du Midi*, t. 105, n.º 202, abril-junio de 1993.
- CLAUSEWITZ, Carl von: *De la guerra*. Ed. de Madrid, La Esfera de los Libros, con traducción de Fortea Gil, Carlos.
- CHAO, Eduardo: *La guerra de Cataluña. Historia contemporánea de los acontecimientos que han tenido lugar en el Principado desde 1827 hasta el día, con las biografías de los principales personajes, carlistas y liberales: redactada por oficiales que fueron actores o testigos de los acontecimientos*, Madrid, Imp. y Est. de Grabado de D. Baltasar González, 1847.
- CHUST, Manuel: *Ciudadanos en armas. La Milicia nacional en el País Valenciano (1834-1840)*. Valencia, Alfons el Magnànim, 1987.
- DÍEZ IMBRECHTS, José: *Documentos justificativos del cumplimiento a las órdenes del Gobierno, por el Intendente don José Díez Imbrechts bajo el mando militar de Cataluña del E. S. Barón De Meer*. Palma de Mallorca, Imp. Nacional a cargo de D. Juan Guasp y Pascual, 1839.
- IZQUIERDO GENOVÉS, Xavi: «El carlismo y el absolutismo italiano», tesis doctoral, Universitat Autònoma de Barcelona, 2018, <https://www.tdx.cat/handle/10803/665945>.
- LICHNOWSKY, Félix: *Recuerdos de la guerra carlista (1837-1839)*. Ed. de Madrid, Espasa-Calpe, 1942.
- LÓPEZ, Esteve y PERUGA, Joan: «Andorra i la primera guerra carlina», en *L'Avenç*, n.º 151, septiembre de 1991.
- LLAUDER, Manuel: *Memorias documentadas del teniente general don Manuel Llauder, Marqués del Valle de Ribas, en las que se aclaran sucesos importantes de la historia contemporánea en que ha tenido parte su autor*. Madrid, Imp. de D. Ignacio Boix, 1844.

- Manifiesto a las Diputaciones Provinciales de Cataluña por los comisionados de las Juntas Superiores de Armamento de Barcelona, Tarragona y Gerona nombrados para acompañar al E. S. Capitán General y que siguieron el Cuartel General...* Barcelona, Imp. de Gaspar, 1837.
- PÉREZ GARZÓN, Juan Sisinio: *Milicia Nacional y revolución burguesa. El prototipo madrileño 1808-1874*. Madrid, CSIC, 1978.
- PIRALA, Antonio: *Historia de la Guerra Civil y de los partidos liberal y carlista*, III vols. Ed. de Madrid, Felipe González Rojas, 1889-1891 [3ª].
- PORCH, Douglas: *Counterinsurgency. Exposing the Myths of the New Way of War*. Cambridge, Cambridge University Press, 2013.
- POSADA MOREIRAS, Francisco Javier: «La guerra de los Siete Años (1833-1840): una historia militar», tesis doctoral, Universidad CEU San Pablo, 2021.
- RAHDEN, Wilhelm von: *Andanzas de un veterano en la guerra de España (1833-1840)*. Ed. de Pamplona, Institución Príncipe de Viana-Diputación Foral de Navarra, 1965.
- RICE, Edward: *Wars in the Third Kind. Conflict in Underdeveloped Countries*. Berkeley, University of California Press, 1990.
- RUBIO RUIZ, Daniel: «Els cossos de Voluntaris Reialistes (Corregiment de Cervera): estructura social i conflicte», en Solé Sabaté, Josep Maria (dir.): *El carlisme com a conflicte*. Barcelona, Columna, 1993.
- SAGARRA I DE SÍSCAR, Ferran de: *La primera guerra carlina a Catalunya (contribució al seu estudi). El comte d'Espanya i la Junta de Berga*. Barcelona, Barcino, 1935.
- SANTIRSO, Manuel: «Después de Tański. Historiografía de la guerra civil de los siete años», en Tański, Joseph: *El informe Tański y la guerra civil carlista de 1833-1840*. Madrid, Ministerio de Defensa, 2011.
- : «El convenio de Vergara y otras paces descartadas, 1837-1840», en *Hispania*, vol. LV/3, n. 191, 1995.
- : «Los últimos corregidores y alcaldes mayores de Cataluña, 1823-1836», en *Cuadernos de Historia Contemporánea*, n.º 42, 2020, <http://dx.doi.org/10.5209/chco.71899>.
- : *Revolució liberal i guerra civil a Catalunya, 1833-1840*. Lleida, Pagès, 1999.
- SAUCH CRUZ, Núria: *Guerrillers i bàndols civils entre l'Ebre i el Maestrat: la formació d'un país carlista (1808-1844)*. Barcelona, Publicacions de l'Abadia de Montserrat, 2004.
- URQUIJO GOITIA, José Ramón: «Los escenarios bélicos. Las guerras carlistas», en Artola, Miguel (coord.): *Historia militar de España. IV Edad Contemporánea. I Siglo XIX*. Madrid, Ministerio de Defensa, 2015.
- : «Los sitios de Bilbao», en *Estudios históricos*, núm. III, 1994.
- VALLVERDÚ I MARTÍ, Robert: *La Milícia nacional de Reus en els orígens de la Catalunya isabelina*. Tarragona, Diputació de Tarragona, 1986.
- VINAIXA MIRÓ, Joan Ramon: *Tortosa en la guerra dels Set Anys (1833-1840)*. Valls, Cossetània, 2006.

ABÁRZUZA: ANÁLISIS Y SIGNIFICADO DE UNA BATALLA EN LA TERCERA GUERRA CARLISTA

Antonio Manuel MORAL RONCAL¹

RESUMEN

La batalla de Abárzuza o Monte Muru (25 a 27 de julio de 1874) adquirió una importancia decisiva en su época, no sólo por los objetivos que pretendió conseguir el alto mando liberal sino por las consecuencias que su desenlace tuvo para la evolución de la Tercera Guerra Carlista y del propio Sexenio Revolucionario (1868–1874). Basándonos en fuentes militares, bibliográficas y periodísticas se reconstruye el ambiente y desarrollo de la campaña, analizando la estela interpretativa que tuvo la batalla para escritores liberales y carlistas del siglo XIX y XX, llegando a nuestros días.

PALABRAS CLAVE: Tercera Guerra Carlista. Abárzuza. Manuel Gutiérrez de la Concha. Tomás Mendiry. Antonio Dorregaray. Trincheras.

ABSTRACT

The battle of Abárzuza o Monte Muru (July 25–27, 1874) acquired a decisive importance in its time, not only because of the objectives that the

¹ Antonio Manuel Moral Roncal, catedrático de Historia Contemporánea, Universidad de Alcalá, Departamento de Historia y Filosofía, Facultad de Filosofía y Letras, calle Colegios, 2, 28801-Alcalá de Henares, antonio.moral@uah.es

liberal high command sought to achieve, but also because of the consequences that it had for the evolution of the Third Carlist War and the Revolutionary Sexenio itself (1868–1874). Based on military, bibliographical and journalistic sources, the environment and development of the campaign is reconstructed, analyzing the interpretive trail that the battle had for liberal and carlist writers of the 19th and 20th centuries, reaching our days.

KEY WORDS: Third Carlist War. Abárzuza. Manuel Gutiérrez de la Concha. Tomás Mendirry. Antonio Dorregaray. Trenches.

* * * * *

INTRODUCCIÓN: EL CONTEXTO DE UNA NUEVA GUERRA CIVIL DECIMONÓNICA

La falta de una política estable y no excluyente del régimen revolucionario nacido en 1868 se materializó en un descontento popular que facilitó el estallido de una Tercera Guerra Carlista y, más adelante, de movimientos cantonalistas. Reorganizados desde hacía años, los mandos legitimistas o carlistas intentaron provocar un alzamiento general de sus bases sociales el 21 de abril de 1872, aunque dos semanas antes hizo presencia en Gracia una partida al mando de Juan Castell, premonitoria de lo que habría de estallar. De esta manera, la fecha prevista se mantuvo. El pretendiente Carlos VII firmó dos manifiestos en la frontera francesa, uno dirigido a los soldados y marinos y, un segundo, a todos los españoles. Sin embargo, la respuesta a su llamamiento quedó reducida a sus zonas hegemónicas en el siglo XIX, es decir, Vascongadas y Navarra, algunas partidas en Cataluña, Aragón y Valencia, siendo menor la respuesta en otras regiones de España. Ninguna de las guarniciones militares comprometidas tampoco se levantó.

El 4 de mayo, carlistas destacados en Oroquieta fueron atacados por una columna gubernamental al mando del general Domingo Morines, causando varios muertos y centenares de prisioneros. El Pretendiente consiguió escapar y se retiró a Francia, por lo que los ánimos de sus fieles fueron decayendo precipitadamente. A finales de mes se firmó el convenio de Amorebieta entre la Diputación de Guerra vizcaína y el general Serrano, que facilitó un amplio indulto para los alzados, por lo que fue mal considerado y criticado por los liberales, al considerar que se había perdido una ocasión para aplastar brutalmente al enemigo. Para los mandos carlistas fue considerado una traición parecida al convenio de Vergara de 1839.

Quedó claro que los carlistas se habían precipitado en sus cálculos, sumando a la falta de apoyos militares– y a la de recursos y armas– una clara incapacidad para canalizar un soporte popular, pese a los 14.000 hombres movilizados. No obstante, las partidas de guerrilleros sublevadas en el Maestrazgo y Cataluña mantuvieron vivo el conflicto, de manera que, en los siguientes meses, se sucedieron acciones menores, pero reiterativas, como enfrentamientos puntuales, tiroteos y asaltos hasta cobros de contribuciones, captura de armas y cortes de líneas férreas y telegráficas. Algunas guerrillas entraron en varias ciudades, pero las ocuparon en periodos de tiempo muy cortos, como Reus, que fue tomada por quinientos hombres el 30 de junio. Mientras, en Castellón y Teruel, la partida de Pascual Cucala mantuvo encendida las esperanzas de los carlistas, por lo que Carlos VII reconoció, a mediados de julio, los fueros de Cataluña, Aragón y Valencia.

En el alto mando legitimista se sucedieron una serie de depuraciones y destituciones hasta que Antonio Dorregaray fue nombrado comandante general de las provincias del Norte y se rodeó de un equipo de militares competentes que volvieron a estar en disposición de aprovechar y encauzar la importante agitación popular que se vivía en el País Vasco y Navarra. Un nuevo levantamiento se fijó para el 18 de diciembre de 1872. Y, nuevamente, antes de la fecha oficial, en el Norte ya se habían formado y echado el monte algunas partidas, como la del cura Santa Cruz. La movilización tuvo una rápida respuesta en Navarra, Vizcaya y Guipúzcoa, mientras en Álava tardaría más tiempo.

A lo largo del primer semestre de 1873 los carlistas fueron extendiendo su control sobre todas estas provincias, para lo cual contaron con una progresiva ayuda de su población, tanto del clero como de las autoridades rurales y campesinos. Paralelamente, el ejército liberal quedó desconcertado por la actuación de las partidas y desmoralizado por las pequeñas victorias de los guerrilleros carlistas. A ello se unió una crisis política marcada por la abdicación del rey Amadeo I y el caos generado por la Primera República, cuya consecuencia fue el nombramiento de cuatro generales que se sucedieron en el mando de las tropas liberales durante los siguientes ocho meses. Esos mandos padecieron tanto las dificultades impuestas por la inestabilidad de las instituciones como las que se derivaban del avance carlista, la oposición de la población, la ineficacia de las herramientas políticas de reconciliación y la escasez de efectivos. Ante esta situación, los generales decidieron no perder el control de las grandes ciudades, evitando atentados contra telégrafos y ferrocarriles.

A principios de julio, las fuerzas carlistas se organizaron en 50 batallones de infantería en el Norte, como fruto de las incorporaciones voluntarias y de las levadas obligadas. Su eficacia se demostró en las batallas de Eraul y de Udave, que posibilitaron la llegada de Carlos VII a España desde la frontera francesa. A fines de ese mes, Estella cayó en sus manos, en cuyos alrededores tuvo lugar,

entre el 7 y el 9 de noviembre, la batalla de Montejurra, otra victoria carlista. En esos momentos, se contabilizaron las fuerzas carlistas en 24.000 hombres y, a finales de ese año, la mayor parte de las tierras vascas y navarras acataban la bandera de don Carlos, el cual estableció las bases de un Estado legitimista, proceso en que la formación de un Ejército regular no había sido sino su primer paso. En Cataluña, ante las buenas nuevas de las otras zonas, aumentaron gradualmente las fuerzas carlistas, hasta un total de 12.000 activos, aunque no consiguieron dominios territoriales estables. Atacaron algunas poblaciones catalanas, contando como victorias la de Berga en marzo y en Igualada en julio. Precisamente, el día 9 de este último mes la batalla de Alpens se saldó a favor de las banderas carlistas, logrando casi un millar de prisioneros. Mientras, en tierras aragonesas destacaron varias partidas, como la de Marco de Bello, y en el Maestrazgo fueron echándose al monte varias. En septiembre de 1873, los carlistas en armas eran 2.000 en Valencia, 3.000 en el Maestrazgo y 850 en Alicante. En otras partes de España, la aparición de partidas fue más bien ocasional, aunque no insignificantes, al integrarlas un total de 4.000 hombres.

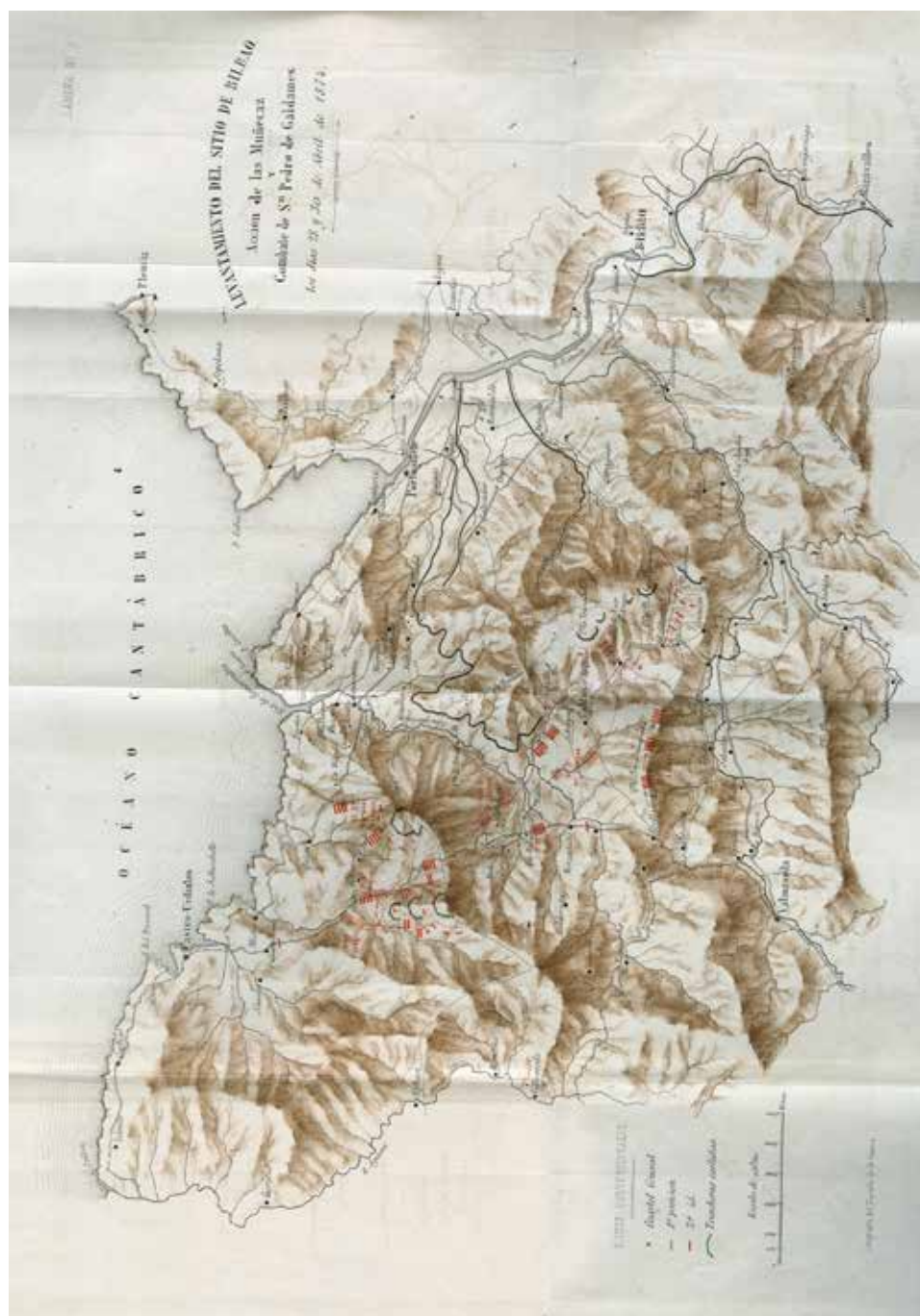
La guerra comenzó a cambiar de rumbo cuando –imitando la Primera Guerra Carlista–, los mandos contrarrevolucionarios decidieron, antes de avanzar sobre la capital, poner sitio y conquistar la ciudad de Bilbao a fines de año. En diciembre, los legitimistas concentraron numerosas tropas y establecieron el cerco y, en febrero de 1874, comenzó el bombardeo de la ciudad. En ese mismo mes, un golpe de Estado, protagonizado por el general Pavía, puso fin a los caóticos gobiernos republicanos e implantó una dictadura cívico-militar en la España liberal. Se formó un nuevo gabinete de concentración, cuyo hombre fuerte fue el general Serrano, que tuvo como misión principal la erradicación de los conflictos bélicos abiertos en la Península y en Cuba².

² Esta guerra ha generado una importante bibliografía contemporánea entre la que destacan –además de publicaciones propias del siglo XIX– Alcalá, César: *La Tercera Guerra Carlista, 1872-1876*, Grupo Medusa Ediciones, Madrid, 2000; Bullón de Mendoza, Alfonso (dir.), *Las guerras carlistas*, Actas, Madrid, 1993; Id.: *Las guerras carlistas*, Ministerio de Defensa, Madrid, 2006; Id.: «Las Guerras carlistas» en *Aproximación a la Historia Militar de España*, Ministerio de Defensa, Madrid, 2006, pp. 453-476; Caspistegui, Javier; Larraz, Pablo y Ansorena, Pablo: *Aventuras de un “gentleman” en la tercera carlistada: imágenes de la sanidad en guerra, 1872-1876*, Gobierno de Navarra, Institución Príncipe de Viana, Pamplona, 2007; Comesaña, Alfredo: *Hijos del Trueno. La Tercera Guerra Carlista en Galicia y Norte de Portugal*, Actas, Madrid, 2016; Garmendia, Vicente: *La Segunda Guerra Carlista (1872-1876)*, Siglo XXI, Madrid, 1976; Moral Roncal, Antonio Manuel, *Las guerras carlistas*, Sílex, Madrid, 2006; Pladevall Font, Antoni: *La Tercera Guerra Carlina vista per un liberal. Extractes de la Crònica de Joan Camps i Prat, 1824-1905*, Patronat d’Estudis Osonencs, Vic, 2000; Prunés Pujol, Fermí: *Cataluña en guerra (1872-1876)*, Actas, Madrid, 2003; Rodríguez Gómez, José María: *La Tercera Guerra Carlista, 1868-1876*, Almena, Madrid, 2004; Ruiz de Azuá, Estíbaliz: *El sitio de Bilbao en 1874. Estudio del comportamiento social de una ciudad en guerra*, La Gran Enciclopedia Vasca, Bilbao, 1976; Valiente, Luis (Ed.): *El carlismo en armas: aspectos bélicos y militares de las Guerras Carlistas*, monográfico de *Aportes. Revista de Historia Contemporánea*, 58, (2005), pp. 1-155; Vallverdú Martí, Robert: *El tercer carlisme a les comarques meridionals de Catalunya, 1872-1876*, Barcelona, Abadía de Montserrat, 1997.

Unidades gubernamentales trataron de romper el sitio de Bilbao por la zona de Somorrostro, defendida por el marqués de Valdespina. Se formó una línea defensiva carlista bajo la responsabilidad de Nicolás Olló y Teodoro Rada. El general liberal Moriones –proveniente de Santander– realizó una ofensiva destinada a romper el cerco, presentando batalla en Somorrostro, entre el 24 y el 25 de enero, comprobando la eficacia de su artillería, pero también la calidad de la infantería carlista. Rechazado tras duros combates, envió a Madrid un telegrama que se hizo famoso al reconocer su fracaso, solicitando refuerzos y «*otro general a encargarse del mando*». Mientras el ejército gubernamental tuvo que lamentar unas 2.000 bajas, los carlistas tan sólo perdieron 600 hombres. La noticia de esta derrota supuso la incorporación del general Serrano al frente del Norte, que reforzó sus fuerzas con 10.000 soldados y 60 cañones más. El 25 de marzo tuvo lugar una segunda ofensiva en Somorrostro, que fue apoyada por la escuadra del almirante Topete, ministro de Marina. Dos días más tarde, las tropas carlistas de Ollo detuvieron a las gubernamentales en San Pedro de Abanto, obligándolas a retirarse. Las bajas fueron numerosas al contabilizarse 2.241 muertos y heridos en el bando liberal y 2.000 en el carlista³.

Si bien se frenó a Serrano, esos días también fueron de luto para el ejército de don Carlos, pues el 29 de marzo, cuando la batalla estaba prácticamente ganada, un obús de la artillería liberal alcanzó a un grupo de oficiales en el que se encontraban el teniente general Ollo y el brigadier Rada, que fallecieron a consecuencia de las heridas. Cierta pesimismo se extendió entre los oficiales legitimistas, pues este hecho les hizo recordar la fatídica bala que había segado la vida del mítico Zumalacárregui, en el sitio de Bilbao de 1835. Rápidamente, se recompuso el ejército liberal del Norte con 18.000 hombres, organizados en 24 batallones y 20 piezas de artillería y, el 5 de abril, a propuesta del general Zabala y de sus propios fracasos, Serrano aceptó nombrar al general Manuel Gutiérrez de la Concha, marqués del Duero, como comandante en jefe del Tercer Cuerpo del ejército de operaciones en el Norte, cuerpo auxiliar que debía ayudarle a derrotar a los carlistas. Su decisiva misión fue liberar la plaza de Bilbao del cerco carlista y provocar el hundimiento de los sitiadores. Se confió la misión a la figura con mayor prestigio en el Ejército que, por su cercanía al proyecto político monárquico-liberal de Cánovas, no había recibido hasta el momento ningún mando. En poco tiempo, Concha venció en las acciones de Las Muñecas y de Galdames, a finales del mes de abril, obligando a los carlistas a replegarse y a renunciar al asedio de Bilbao, el cual fue levantado el 2 de mayo. La retirada se hizo lentamente y en orden, quedando en poder de los legitimistas toda la margen derecha del Nervión.

³ Encuentro descrito por el periodista, testigo de los hechos, Meylan, Auguste: *A través de las Españas. Un apasionante viaje por la España de 1873 y 1874*, Trifaldi, s.l.e., 2018.



*Levantamiento del sitio de Bilbao, combates en Las Muñecas y San Pedro de Galdames, 28 a 30 de abril de 1874.
Fuente: AGMM, planos del Archivo Facultativo de Artillería*

El mismo día en que los carlistas se replegaron, la primera sesión de las juntas forales vizcaínas, elegidas conforme a fuero, tuvo lugar, presentándose el día 3 de mayo ante Carlos VII en su residencia de Durango para prestarle reconocimiento. Después de escuchar el discurso del corregidor del Señorío, conde del Pinar, el Pretendiente les agradeció sus palabras, trabajos y sacrificios, compartiendo con ellos los peligros y circunstancias derivadas de la guerra. Finalizó con la promesa de velar «por el Ejército y por el país, y por vuestra fe, y con el valor de los voluntarios, salvaremos, venciendo, la Religión, la Patria y los Fueros». Además, para explicar el repliegue de Bilbao, don Carlos firmó una alocución a sus voluntarios asegurando que los liberales se habían apoderado de la ciudad con engaños y artimañas y, tres días más tarde, añadió otra dirigida a la Junta de Navarra asegurando el triunfo de la causa.

Pese al avance liberal, la guerra continuó pues ni las tropas gubernamentales eran capaces de desalojar a sus adversarios del territorio que controlaban, ni los legitimistas conseguían hacerse con plazas decisivas y extender la contienda a otras provincias. Aunque el fracaso de Bilbao fue sin duda un hecho singular, el ejército carlista continuaba intacto, e incluso fortaleciéndose día a día. La toma de Tolosa en el mes de febrero había robustecido su posición en Guipúzcoa y la situación abría nuevas esperanzas a los partidarios de don Carlos. Además, pese a la derrota legitimista en Las Muñecas, todavía operaban con suma libertad numerosas partidas por la provincia de Santander⁴. El propio Concha fue muy consciente de esta situación y se la comunicó al presidente del Gobierno⁵.

OBJETIVO: LA TOMA DE ESTELLA

Para poner Bilbao a cubierto de un nuevo ataque carlista, se aseguraron varias fortificaciones y su artillería. Se meditó fortificar el monte de Cabras, el alto de Banderas, el molino y el monte Abril en la orilla derecha, y Portugalete y el Desierto en la izquierda, a cuyo fin comenzaron varias obras⁶. Con la esperanza de que en veinte días finalizaran

⁴ Palomino Ramos, Rafael: *La Tercera Guerra Carlista en Cantabria*, Librucos, Santander, 2017, p. 300.

⁵ De la Vega Inclán, Miguel, Castro López, José, Astorga, Manuel de, Gómez de Arteche, José: *Relación histórica de la última campaña del marqués del Duero. Homenaje de honor militar que tributa a la memoria de tan esclarecido caudillo*, Depósito de la Guerra, Madrid, 1874, p. 61.

⁶ El gobierno aprobó presupuestos para esa defensa como anunció la prensa, *El noticiero de Menorca*, 4 de mayo de 1874, p. 1; *La Correspondencia de España*, pp. 1-4, fecha anterior; *El Gobierno. Diario político de la mañana*, 12 de mayo, p. 3.

esos esfuerzos, Concha no tuvo inconveniente en dejar todo el segundo cuerpo de Ejército para proteger la construcción de las obras y para que éstas acabaran en plazo. Más adelante, sólo debía quedar en Bilbao la guarnición que poseía, aumentada a cuatro batallones, partiendo el resto a reunirse con el ejército que tenía intención de trasladar a Navarra para tomar Estella, la capital carlista, que constituyó el objetivo del general liberal y que los periodistas pronto advirtieron. Atacar y tomar otra población no repercutiría en la marcha de la guerra de forma tan decisiva como intentar penetrar en territorio navarro, donde el carlismo recibía soldados y recursos de todo tipo. Por otra parte, se sabía que los soldados de don Carlos se habían retirado de Somorrostro y San Pedro de Abanto indemnes y en orden, atrincherándose en el camino de Durango, donde esperaban la ofensiva liberal. No resultaba posible realizar operaciones de persecución de unas fuerzas en retirada desordenadas, por lo que se optó por librar nuevas batallas en posiciones elegidas por el enemigo. Los carlistas también se habían atrincherado en los caminos que conducían al valle de Arratia por Miravalles y Lemona, sobre todo en Arrigorriaga. Ello supondría –a ojos de los mandos liberales– repetir ciertas estrategias anteriores que no habían proporcionado resultados efectivos.

Paralelamente a los trabajos de fortificación, se permitió a las tropas gubernamentales que habían estado en el frente de Somorrostro entrar en Bilbao, para proveerse de ropas y artículos necesarios para la vida cotidiana, así como de un poco de descanso. Pero no resultaba conveniente la aglomeración de tantos soldados ya que empezaba a sentirse la disentería que había diezmando los cuerpos acampados. Ante el temor a un contagio, se ordenó la salida de varias divisiones para acantonarse en Abando, Baracaldo y Deusto y de otras para recoger bombas, granadas, pólvora, víveres... abandonados por los carlistas en campos y caseríos en su retirada⁷. Mientras tanto, en el Cuartel Real de Carlos VII se formaron dos bandos, pues los políticos achacaron a los militares el fracaso del sitio de Bilbao, al estar éstos divididos pues el general Antonio Lizárraga y el brigadier Gerardo Martínez de Velasco manifestaron sus discrepancias con el jefe de Estado Mayor, Antonio Dorregaray. A ello se unieron los recelos entre veteranos carlistas y los de nuevo cuño que se habían incorporado a la causa recientemente. Como Tolosa había caído en manos carlistas en febrero, el Pretendiente instaló su Cuartel Real en la mansión del conde de la Vega de Sella, requisada por el nuevo ayuntamiento, mientras buscaba una manera de evitar más disensiones internas.

⁷ *Crónica Meridional: diario liberal independiente y de intereses generales*, 13 de mayo de 1874, p. 2; *El noticiero de Menorca*, fecha anterior, p. 1.

Tan comunes en las guerras civiles por desgracia, las venganzas personales, se sucedieron y varios civiles incendiaron caseríos cercanos a la ciudad con el pretexto de que sus dueños habían ayudado o eran simpatizantes de las banderas de don Carlos. Al tener conocimiento de estos hechos, Concha ordenó el 6 de mayo que el general Castillo publicase, como gobernador militar de la provincia, un bando por el que sujetaba a Consejo de Guerra a los autores de esos desórdenes, medida que tuvo efectos inmediatos. Al abandonar Serrano el frente y unir los cuerpos de Ejército, fue necesario fundir los dos cuarteles generales, reorganizándose de tal manera que el brigadier Ramón Blanco asumió el mando de la brigada de vanguardia, formada por seis batallones de cazadores; al teniente general Antonio López de Letona se le confió el primer cuerpo con dieciséis batallones; al mariscal de campo Adolfo Morales el segundo con doce batallones; y al teniente general Echagüe el tercero con veinticuatro batallones. El 6º batallón de la Guardia Civil quedó afecto al cuartel general y la sección topográfica se asignó al coronel de Estado Mayor José de Castro. La delicada cuestión del abastecimiento constituyó un serio impedimento para el movimiento de las fuerzas liberales, ante la falta de dinero y de suficientes acémilas, al devolver las 400 carretas adquiridas o requisadas en tierras cántabras en los meses anteriores, ante la protesta de los campesinos afectados por esa medida⁸. Los víveres que se habían concentrado en Santander y Bilbao se enviaron a Miranda y Logroño, pero el tiempo dificultó su desembarco –aún se encontraban en los barcos– y su transporte terrestre.

Concha se propuso dirigirse primero a Logroño por Valmaseda y Medina de Pomar para trasladar la base de operaciones a la línea del Ebro, entre Miranda y Tudela, con la idea de penetrar en tierras navarras por la Ribera y alcanzar Estella, reforzando una débil columna que operaba a la izquierda del Ebro⁹. También pensó en destruir la fábrica de cartuchos y apoderarse de los almacenes de paños de Orduña, entrando en Vitoria para animar con su presencia la causa liberal, reforzando la ciudad militarmente. La marcha de sus fuerzas por Medina de Pomar conllevaba un gran rodeo, pero quedaba compensado con el efecto que supondría su vista para consolidar el ánimo y la disciplina de sus soldados que habían combatido en Somorrostro y se encontraban todavía débiles y deprimidas por algunos frustrados avances. Por otra parte, el tercer cuerpo también necesitaba fijar su disciplina y unidad, pues Serrano había creado, en los meses anteriores,

⁸ Archivo General Militar de Madrid (en adelante, AGMM) EP, carp. 16, doc. 41, «Antecedentes sobre organización del Ejército del Norte» fecha de 9 de mayo de 1874.

⁹ La prensa comenzó a circular la idea de que Concha iniciaría pronto un plan de operaciones que estaba delimitando con sus oficiales, *La lucha: órgano del partido liberal de la provincia de Gerona*, 8 de mayo de 1874, p. 3; *El Constitucional*, 13 de mayo, p. 3.

una amalgama de unidades que resultaba evidente fusionar, mientras aumentaba la confianza en sus oficiales. Pequeñas operaciones en el camino servirían para desvanecer la imagen de unas provincias donde la bandera liberal no tenía apoyo para enfrentarse a la carlista, demostrando lo contrario con el desfile de 25.000 soldados en poblaciones y zonas rurales.

Y, así, a mediados de mayo comenzó la marcha de los soldados liberales cuya vanguardia se adelantó para tomar las alturas cercanas, por si los carlistas hubiesen decidido hacerles frente en las alturas que dominaban Valmaseda, cubriendo la marcha del grueso del Ejército¹⁰. Pero los únicos carlistas que estaban en el pueblo se encontraban en su hospital de sangre, que el marqués del Duero visitó, recomendando a sus médicos que les asistieran sin problemas. El 14 de mayo los liberales llegaron a Medina de Pomar y se acantonaron en Villasante y pueblos anejos, a los que se les exigió raciones de pan que no presentaron a su debido tiempo lo cual retrasó considerablemente su marcha¹¹. Con la intención de alcanzar lo antes posible Orduña por el camino más corto, se ordenó que la artillería rodada y los carros de administración fueran trasladados a Nanclares, mientras el resto de las fuerzas cruzaba el camino de herradura por el valle de Losa¹². Orduña no ofreció más resistencia que el fuego de unas guerrillas de caballería que avanzaron frente al pueblo por poco tiempo, mientras el resto de tropas carlistas lo hizo hacia Amurrio. El municipio abonó una contribución igual a la que proporcionaba a los legitimistas anualmente, perdiendo los depósitos de paños y de prendas de vestir. Los liberales destruyeron la fábrica de cartuchos de Artomaña, previa requisita de los cartuchos útiles, lo cual no fue impedimento para que Concha visitara el hospital de sangre de los carlistas, preguntando por su estado, permitiendo que varios de ellos, de forma voluntaria, se unieran como indultados en sus unidades. El 18 de mayo sus fuerzas abandonaron esas tierras alcanzando Vitoria al día siguiente, tras incorporárseles la división Catalán con la artillería a la altura de Nanclares. La acogida que les tributó la población, manifestando su apoyo, aumentó la moral de los soldados y oficiales. La guarnición de casi dos mil soldados recibió a Concha con los honores de ordenanza, ofreciéndole la casa de la Diputación como alojamiento.

Esta ciudad vasca sufría los contratiempos de un bloqueo desde el control efectivo carlista del campo, por lo que se ordenó la distribución de varias piezas de artillería en sus defensas provisionales, proveyendo de víveres a sus combatientes. Un batallón de la división Catalán fue enviado a Armiñón

¹⁰ *El Constitucional*, 14 de mayo de 1874, p. 3; *El Noticiero de Mallorca*, 16 de mayo, p. 4.

¹¹ *La Correspondencia de España*, 15 de mayo de 1874, p. 1.

¹² Roldán, Enrique: *Un corresponsal en España: 50 crónicas de la Tercera Guerra Carlista*, Madrid, Actas, 2009. pp. 180-181. Crónica fechada el 13 de mayo por la tarde, publicada el 21 siguiente.

para defender la comunicación con Miranda de Ebro, punto decisivo al ser organizado como depósito de municiones de boca y otro material bélico. La caballería salvaguardó el correo y las caravanas, regularizándose el servicio de diligencias y carruajes en esa provincia y zonas limítrofes. La franja más peligrosa del camino era el cruce de sierra llamado las Conchas de Arganzón, terreno donde la caballería no podía desenvolverse adecuadamente, a diferencia de los llanos. Al conocer la existencia de tres antiguas atalayas, el general en jefe ordenó que se reparasen dos de ellas, sobre todo la telegráfica, y dispuso la fijación –en cada una de las torres– de una guarnición de treinta soldados con víveres para sostenerse dos meses. Aunque era evidente que esos soldados no podían resguardar todo el camino, valdrían como sostén a cinco batallones que, junto a varios escuadrones de caballería y algunas piezas de artillería, se dispusieron para actuar en La Rioja alavesa ante posibles ataques carlistas.

Recordando la escasa eficacia que había tenido en otros conflictos anteriores, Concha no quiso dividir sus fuerzas en pequeñas guarniciones –típica respuesta ante la guerra de guerrillas– por lo que intentó organizar otro sistema más económico con mejores resultados, para lo cual solicitó permiso a sus superiores. Su plan partía de la rapidez de las noticias, por lo que resultaba trascendental la disposición de telégrafos ópticos en las líneas militares que cubrían desde Santander a Tudela y alcanzaban los Pirineos. Esos telégrafos debían concertarse con los eléctricos que unían los puntos más extremos, ensanchándose hacia el interior a medida que se fuera tomando por sus tropas. A ello se uniría, para su fortalecimiento, la creación de sólidas columnas dotadas de armas propias para desenvolverse en su comarca, que se emplazarían en la ribera de Navarra y la Rioja alavesa para salvaguardar el Ebro. Asimismo, también se colocarían en Medina de Pomar para dominar el valle de Losa; en Villasante y en Ramales para amparar las Encartaciones. Estas columnas enclaustrarían a los carlistas en su territorio y gracias a las torres se podrían recibir avisos inmediatos sobre sus movimientos¹³. De esta manera, se lograría evitar cualquier tipo de expedición carlista a Castilla, de donde los legitimistas habían obtenido 4.000 hombres y algunos recursos. Por otra parte, también se impediría repetir las expediciones carlistas sobre Asturias o Galicia de los años treinta, ahogando las iniciativas del enemigo, esperando que se rindiera ante el agotamiento de alimentos y esterilidad de movimientos. Para el establecimiento de líneas ópticas, Concha propuso que se utilizara la mitad del antiguo material de las 74 torres que habían establecido en Cataluña durante el conflicto de 1846 a 1849. Su propuesta recibió el placet de Madrid y el gobierno nombró –a sugerencia del general en jefe– como director general de telégrafos militares al brigadier Mathé.

¹³ De la Vega Inclán, Miguel et al.: *Relación histórica...*, pp. 70-78.

Al tiempo que sus órdenes se cumplían, los liberales continuaron instruyendo tropas, distribuyendo efectivos en Vitoria, disponiéndose para alguna acción diseñada como un pequeño triunfo para elevar el ánimo de los soldados. De esta manera, Manuel Gutiérrez de la Concha comunicó a sus superiores su intención de atacar las fuerzas establecidas en Villarreal de Álava, montañas de Arlabán y faldas de Peña Gorbea, compuestas por doce batallones carlistas al mando de Dorregaray, con Mediry como su jefe de Estado Mayor. Si se lograba la victoria con captura de prisioneros, sus fuerzas obtendrían información sobre la situación de las defensas que los carlistas podían haber establecido en el camino de Ochandiano, hacia Durango, y sobre toda la tipografía de la zona. El avance comenzó el 24 de mayo, dividiéndose en tres columnas, bajo el mando de Echagüe a la derecha, Martínez Campos a la izquierda y en el centro el general Concha, el cual penetró en Villarreal, abandonado por las fuerzas legitimistas que combatieron durante todo el día en unas posiciones próximas al pueblo, más ventajosas, con una brigada de vanguardia y una pieza de artillería. La fidelidad carlista del pueblo fue sancionada con la imposición de una imposición fiscal semejante a la que abonaban a los legitimistas y con suficiente alimento mediante el cual se abasteció a las tropas ese día. Su prensa presentó la acción de Villarreal como una retirada de tropas liberales, aunque realmente fue una derrota carlista¹⁴. Al día siguiente, las tres columnas volvieron a Vitoria sin tener ningún problema y, de nuevo, caminaron hacia Salvatierra el 26 de mayo, repitiéndose los mismos eventos que en el pueblo anterior sin que hubiera ningún tipo de resistencia armada por parte de los legitimistas.

Por indicación de Concha al gobierno, el general Echagüe fue encargado de la antigua capitania general de Navarra, donde se incorporó con la misión de reorganizar la división de la Ribera, formada por 2 batallones y 1.000 caballos. Paralelamente, el general en jefe decidió permanecer unos días más en Vitoria mientras intentaba, con el respaldo de Serrano, levantar el bloqueo comercial que había provocado en las provincias castellanas un aislamiento de los mercados vascos y de sus puertos, necesarios para la exportación de sus productos, originándose un consecuente deterioro económico que había afectado a su población. Ya que, pese al optimismo que la prensa liberal había divulgado en España tras la victoria de Las Muñecas y Galdamés, la guerra no había finalizado ni se veía en el horizonte su final, salvo que hubiera batallas definitivas o que produjeran una debacle en el ejército carlista.

¹⁴ *El Estandarte católico-monárquico*, 22 de junio de 1874, p. 2. Sobre la importancia del papel de la prensa en la época me remito a Moral Roncal, Antonio Manuel, «La prensa y las culturas políticas carlista y liberal durante el Sexenio Revolucionario», *Torre de los Lujanes*, 68 (2011) pp. 115-141.

HACIA LODOSA Y SESMA

Al finalizar las obras de defensa de Bilbao en su mayor parte estaban concluidas, así como las de las torres del paso de las Conchas, el marqués del Duero decidió encaminarse hacia Logroño el 1 de junio, donde se encontraba el octogenario general Espartero, líder militar de la Primera Guerra Carlista, verdadero icono de la resistencia liberal durante ese conflicto. Concha envió un oficial para que invitarle a encabezar la entrada de sus tropas en la ciudad o presenciar, con todos los honores, el desfile desde su residencia, pero el veterano militar declinó amablemente su ofrecimiento por motivos de salud. Los logroñeses aclamaron al general y sus soldados, tildándole como «*Liberador de Bilbao*», tras lo cual sus fuerzas se acantonaron en el caso urbano y sus inmediateces. En sus entrevistas con los notables de la zona, el general en jefe verificó su seguridad, repetida en muchas ocasiones, que, si lograba entrar en Estella y capturar alrededor de quinientos prisioneros, otorgando garantías para su seguridad, la mayor parte de los hombres jóvenes de aquella comarca navarra retornaría a sus casas y el carlismo se vería mermado¹⁵. Todo ello le convenció más de la necesidad de agrupar el mayor número de soldados, considerando que los que tenía en aquellos momentos resultaban todavía escasos. Pensó en ordenar el traslado del segundo cuerpo que todavía estaba en Bilbao, pero llegó a Logroño una carta del general Castillo explicando que no podía desprenderse de esa fuerza, al ser necesaria para finalizar las obras de defensa totalmente. Ante esa situación, Concha se limitó a solicitar una brigada de las tres que componían el segundo cuerpo, pero otra dificultad imposibilitó la concentración de sus tropas al atacar Hernani los carlistas, para distraer la llegada de los liberales a Estella. Al conocer que el pueblo había sido bombardeado, se enviaron dos batallones de Bilbao en socorro de San Sebastián al considerarse que la ciudad y puerto se encontrarían amenazadas en poco tiempo¹⁶. La maniobra tuvo éxito pues los carlistas se retiraron ante el envío del socorro, pero una fuerza legitimista formada por seis batallones y varios jinetes de caballería, al mando de Lizárraga, se situó en Sangüesa con la intención de penetrar en tierras aragonesas o atacar un castillo. Justamente, así ocurrió al tener noticia de la retirada de su guarnición militar por orden

¹⁵ *Morning Post*, 22 de junio de 1874, noticia publicada en español en *El Gobierno: diario político de la mañana*, el 29 de junio siguiente.

¹⁶ La capital donostiarra se encontraba defendida por 4.700 hombres, organizados en 1.800 soldados, 2.100 voluntarios, 400 migueletes y 400 volantes. Debían defender una línea muy extensa, desde Hernani a Irún. Fue enviado el brigadier Zenarruza para que inspeccionara sus defensas y escribiera un informe, el cual Concha leyó los días que estuvo en Vitoria. AGMM, Capitanía General de Vascongadas, 6.009.25. «Situación del país y operaciones realizadas contra carlistas desde el 3 de enero hasta el 19 de octubre de 1874».

del capitán general de Aragón. Ello motivó que Concha ordenara al general Echagüe que con sus fuerzas se desplazara desde Tafalla a Lumbier para frenar la entrada de esa expedición carlista, enviando en su ayuda a la brigada Otal por Gallur, Tauste y Sospor Retuerta, flanqueando el flanco derecho del adversario. Los carlistas pronto adivinaron la trampa que se les tendía y, cerca de Jaca, temiendo ser cortados por el movimiento combinado de ambas fuerzas se retiraron por el canal de Berdun a zona navarra leal, posicionándose en Navascués¹⁷. Echagüe con sus soldados, junto a los que le remitió Martínez Campos, comandante en jefe del tercer cuerpo, pudo ocupar la peña de Unzué y El Carrascal, expulsando a los carlistas de Navascués hacia Puente la Reina.

A Concha se le notificó que estas fuerzas habían entrado en Pamplona, regresando al poco tiempo a Tafalla, siendo enviadas más tarde a posicionarse en Larraga, donde también llegaron las fuerzas al mando de Martínez Campos. Se les asignó la misión de reparar un puente cortado y escoltar los convoyes de aprovisionamiento de los almacenes de Larraga y Lerin, estableciendo hornos de campaña y hospitales. Paralelamente, el marqués del Duero organizó en la capital riojana una brigada que debía oponerse a las andanzas de los carlistas y sostener la comunicación con Vitoria, encargándose de su mando el brigadier Acellana¹⁸. El 9 de junio el general Concha se trasladó a Lodosa, en la orilla izquierda del Ebro, con la brigada Beaumont, acercándose a la vanguardia de sus objetivos, potenciando la adquisición de aprovisionamientos y conseguir más acémilas para su transporte. Allí se entrevistó con las autoridades locales y les aconsejó lealtad y obediencia al gobierno de Madrid y el pago de contribuciones, denostando abiertamente el ideario carlista. Al saber que habían detenido y entregado a dos sargentos liberales que se habían acercado a Lodosa a por alimentos, les amenazó con castigos que se les asignaría cuando llegara el final de la guerra –que vaticinaba breve– si continuaban colaborando con el enemigo.

El regimiento de infantería de Zaragoza, procedente de las columnas de Medina de Pomar, y dos baterías, una de montaña y otra de posición de a doce, con una compañía de artillería a pie, llegaron a Lodosa el día 14 de junio¹⁹. La misma había protagonizado un episodio de indisciplina que, para Concha, resultaba evidente cortar de raíz pues no soportaba esa clase de faltas. Sus fuerzas desarmaron a la compañía y sometieron a consejo de guerra a los

¹⁷ *El Constitucional*, 21 de junio de 1874, p. 2. Aunque la versión carlista fue la contraria como se aprecia en *La Crónica de Badajoz*, 23 de junio, p. 1, adjudicándose la victoria.

¹⁸ AGMM, Capitanía General de Vascongadas, 6.009.21, «Situación de las partidas carlistas en Logroño».

¹⁹ La prensa notificó la concentración de tropas que estaba realizando Concha como se aprecia en *El Bien Público*, 20 de junio de 1874, p. 3, de forma escalonada «para dejar expeditas las comunicaciones y acudir a tiempo donde sea necesario».

responsables, condenando posteriormente con pena de cárcel a un sargento y a diecinueve cabos y soldados. Consiguió llegar también un batallón de Gerona procedente de San Sebastián. El general Castillo anunció dos días después la salida del regimiento de Ontoria desde la capital vizcaína, al que seguiría, en breves días, el de Asturias, con lo que esperaba reforzar de esa manera al ejército del marqués del Duero, al tiempo que atendía sus órdenes²⁰. En una carta comunicó a su superior que faltaba dinero para pagar las defensas urbanas, lo cual había atrasado las obras, pese a las promesas económicas de las autoridades municipales y las centrales. No obstante, la llegada de esos soldados no pudo evitar la salida del 10º batallón de la Guardia Civil y del 2º de carabineros que regresaron a Madrid, quizá por calificarlos faltos de operatividad en el futuro campo de batalla. La prensa carlista presentó otra visión del hecho, al referirse a esos hombres como «presidarios vestidos de guardias civiles» que, tras haber estado en la campaña de Bilbao al mando de Echagüe, se les había devuelto a las cárceles porque continuaban delinquiendo²¹.

Al igual que en Somorrostro y Castro Urdiales, el mal tiempo entorpeció la marcha de los convoyes de las fuerzas liberales con alimentos y material bélico, deteniéndoles en varios momentos, lo que retrasó el plan de maniobras. Ante esta situación, Concha envió al Gobierno un proyecto de bando con el que trató de mermar el sostén de la población civil al carlismo, amenazando con la deportación a Ultramar de toda persona que excitara a la rebelión y la multa de dos mil quinientas pesetas a todo joven que se pasara al ejército legitimista, las cuales serían abonadas por su familia y, en caso de insolvencia, por el pueblo donde residiese. Al mismo tiempo, se concedería la dispensa del servicio militar o la licencia absoluta al civil o soldado que presentara a alguno de esos instigadores al motín, reos prófugos, ladrones, incendiarios y partidarios del Pretendiente. En caso de ser denunciados por un equipo consistorial o municipal, la exención se aplicaría al cupo de dicha localidad.

Mientras tanto, en la España carlista, se anunció que el 14 de junio Carlos VII y su esposa Margarita de Borbón habían realizado una entrada triunfal en Tolosa, antigua capital foral. La llegada de la reina se celebró con una gran parada militar que los Pretendientes revistaron a caballo, visitando a continuación el santuario ignaciano de Loyola, Azpeitia y Azcoitia –en cuya parroquia fueron recibidos bajo palio como los antiguos reyes–, Oñate, Durango y Elorrio. Carlos VII quiso acercarse a Estella, pero sus ayudantes le convencieron para que renunciara a la idea, al conocerse que los liberales planeaban atacar la localidad en breve tiempo²².

²⁰ *La Correspondencia de España*, 20 de junio de 1874, p. 3.

²¹ *El Estandarte católico-monárquico*, 22 de junio de 1874, p. 3.

²² *El Estandarte católico-monárquico*, 16 de junio de 1874, p. 1.

Concha publicó una orden general donde explicó el sistema más adecuado para perseguir a los carlistas, fruto de sus reflexiones que pretendía aplicar en la futura batalla. La caballería liberal debía formar con las filas abiertas a distancia de sección de menos de tres pasos, con el fin de que –si se ordenaba cargar– la primera fila pudiera entregarse a la persecución sin detenerse después del choque para ordenarse. La segunda línea marcharía ordenadamente, sirviendo de apoyo y protección de la primera. Indistintamente, se ocupó en redactar las instrucciones para el ataque a Estella, siendo lógicamente secretas, por lo que Concha ordenó que sólo dos días antes de realizar el movimiento los generales comandantes en jefe de los cuerpos conocieran sus instrucciones. Este escrupuloso secretismo fue guardado tanto para desorientar al enemigo como para afianzar la confianza de los soldados en sus mandos. El periodista británico Mac Graham apuntó que el marqués del Duero sospechaba de cualquier civil que se paseara cerca de su cuartel general, por lo que se exigía credencial a todos aquellos –como los corresponsales de guerra– que se encontraban siguiendo a sus fuerzas²³.

Como resultaba necesario tener un conocimiento lo más realista y actualizado del territorio donde se iba a operar, fueron entrevistadas varias personas de confianza y se intentó obtener información lo más detallada posible, mientras se racionaba algunos pueblos ocupados por las tropas²⁴. Martínez Campos realizó un reconocimiento del bosque que había en la vertiente meridional de la cordillera con su caballería, desde Muruzábal hasta Oteiza y Lorca, para saber qué características tenían sus árboles, si tenían matorrales o arbustos que hicieran difícil el acceso a la cordillera, en el caso de que estuviera ocupada por los carlistas, la distancia entre Oteiza y el monte, si la cumbre estaba limpia, si el bosque era de vertiente o llegaba hasta el llano, etc. Al concentrarse varios días en Lodosa las tropas liberales, la prensa carlista divulgó que los liberales se encontraban «aislados» ya que sus fieles soldados habían cortado los principales puentes cercanos²⁵.

En Madrid, la opinión pública y el gobierno de Serrano esperaban noticias de una acción que levantara el ánimo de la España liberal, pues el infante don Alfonso, hermano del Pretendiente, había tratado de atacar en Alcora al general Montenegro, cifrando sus fuerzas en 12.000 soldados²⁶. Posteriormente, toda la información que le fue suministrada ayudó a que Concha escribiera sus instrucciones, que fueron acompañadas de un plano del terreno, su descripción

²³ Roldán: *Un corresponsal en España...*, p. 184. Crónica publicada en *The Evening Standard* el 16 de junio de 1874, aunque firmada el día 10.

²⁴ *El Bien Público*, 20 de junio de 1874, p. 3.

²⁵ *La Crónica de Badajoz*, 23 de junio de 1874, p. 1.

²⁶ AGMM, Capitanía General de Vascongadas, 6.009.25, telegrama fechado el 16 de junio de 1874 del Ministerio de la Guerra.

y la de los caminos, así como todo tipo de detalles. Las mismas fueron remitidas a sus generales el día 21, cuando el cuartel general abandonó Lodosa, después de oír misa, hacia Lerín²⁷. No obstante, la lluvia, el frío, el barro y el viento hicieron intransitables los caminos durante dos días, deteniendo la marcha de los soldados liberales en Sesma. Los oficiales desearon haber tenido la posibilidad de organizar otro cuerpo de ejército para operar desde Los Arcos por La Solana pero resultaba un sueño económicamente imposible por lo que, a pesar de creer que su infantería era escasa, se confió en la superioridad de su artillería y caballería, ventaja notable y evidente respecto a sus enemigos.

En esos momentos se conoció una proclama del carlista Antonio Dorregaray a sus hombres, que la encabezó con un «Voluntarios» en vez de «soldados», subrayando el hecho de que bajo la bandera de Carlos VII se reunían libremente los combatientes, a diferencia de los liberales que obligaban con sus quintas a servir en el Ejército. Pero la realidad es que también los carlistas forzaban a muchos mozos a servir bajo sus filas en el territorio que controlaban o hacían expediciones. Tildó a las fuerzas de Concha como «revolucionarias» y a su líder lo definió como un «general que ha servido y ha hecho traición a todas las situaciones políticas», con evidente exageración, ya que Concha siempre fue un liberal moderado que notoriamente apoyó las políticas más centristas de la Unión Liberal de O'Donnell. Antonio Dorregaray animó a que sus hombres rechazasen con desprecio las calumnias y amenazas de los mandos liberales, los cuales deseaban «sembrar la desconfianza, la discordia y la cobardía» en sus filas, pero no podrían conseguirlo. Les recordó que tuvieran confianza —como él la mantenía— en un sistema de trincheras que habían dispuesto en un perímetro de cinco leguas que esterilizaría «casi por completo el terrible poder de la artillería de nuestros enemigos», obligándoles a caminar hacia ellos a la zapa, fortificándose a cada palmo de terreno que lograsen avanzar penosamente, para venir a estrellarse en las trincheras carlistas «dejando el campo cubierto de víctimas». Con rotundidad afirmó Dorregaray que los liberales no se apoderarían de Estella y, de esa manera, «la guerra entraría en condiciones nuevas muy ventajosas para nosotros». Finalmente, aunque recordó a sus soldados la hidalguía que demostraban en batalla, amenazó a que «al primer acto de barbarie que cometan contra nosotros o contra el país, en odio a nuestra causa, comenzaremos a hacerles la guerra sin cuartel»²⁸.

²⁷ *La Paz*, 21 de junio de 1874, p. 3 y *El Gobierno: diario político de la mañana*, 23 de junio, p. 2.

²⁸ La proclama carlista fue difundida en la prensa liberal, *El Imparcial*, 28 de junio de 1874, p. 1; *La Época*, 28 de junio, p. 3; y *La Correspondencia de España*, 28 de junio, p. 3. Resultaba lógico que las noticias se retrasaran varios días en publicarse pues los partes oficiales era necesario llevarlos hasta la estación de Lodosa, a siete leguas, custodiados por jinetes como escolta.

Como respuesta, Concha emitió una orden general el día 24 de junio, al llegar a Lárrega, donde se dirigía a sus «soldados», anunciándoles la publicación de la proclama carlista «anunciando para más adelante una guerra sin cuartel». Calificó la amenaza como una manifestación de su propia desesperación, propia de una causa perdida que no le queda más remedio que la crueldad en su final. Animó a sus tropas a no seguir su ejemplo pues su misión era vencer y no asesinar. Confió en que «al entrar en Estella, que está destinada a sufrir los estragos de nuestra formidable artillería, no se desmentirá un instante la proverbial hidalguía del soldado castellano ante un enemigo vencido y ante una población que, al fin, es una ciudad de España». De esa manera se sofocaría ese grito de rabia que anunciaba la impotencia de los carlistas, mereciendo la estima de los hombres honrados²⁹.

La propaganda de los seguidores de don Carlos se extendió durante esos días como un arma más, llegando a filas gubernamentales papeles donde se denunciaba al general Concha, el cual –aseguraban– tenía órdenes de conceder licencia absoluta a los soldados que tuvieran derecho, pero que no las había dado a conocer, para evitar la merma de fuerzas. Sus anónimos autores –posiblemente carlistas– animaban a la desertión puesto que su jefe los llevaba al matadero. No obstante, si los legitimistas deseaban mermar la moral de las tropas liberales, fracasaron totalmente, pues se encontraban totalmente abastecidos en muchos aspectos. Habían recibido las brigadas dos pares de alpargatas por soldado, 54.000 cartuchos de repuesto –además de los reglamentarios que ya poseían–, provisiones, camas y material sanitario en perfecto estado³⁰.

Manuel de la Concha fue recibido con todos los honores por los generales Echagüe, Tassara, Reyes y Martínez Campos con sus tropas del tercer cuerpo, la brigada de vanguardia y la división de la Ribera, a las que pasó revista ligera, ordenando las últimas disposiciones para comenzar el movimiento al día siguiente, conducente a la conquista de Estella. No obstante, antes de partir, Concha inspeccionó el fuerte de La Corona, situado en un monte cercano a Lárrega, «recorriendo con la vista el panorama al Norte que es el camino a Estella», descendiendo a continuación al pueblo para visitar las obras artilladas en torno a la iglesia y los hornos de campaña montados³¹. Por entonces, la prensa extranjera computaba su ejército en unos 28.000 hombres y 65 piezas de artillería³².

²⁹ Biblioteca de la Real Academia de la Historia (BRAH), fondo Pirala, 2º leg., 6.880 b), junio 1874. La proclama de Concha fue publicada en la prensa, por ejemplo, *La Correspondencia de España*, 27 de junio de 1874, p. 3.

³⁰ *La Correspondencia de España*, 28 de junio de 1874, publicó una carta de su corresponsal fechada el día 24, p. 3.

³¹ *El Imparcial*, 28 de junio de 1874, p. 1.

³² *La Correspondencia de España*, 27 de junio de 1874, p. 3. Roldán: *Un corresponsal en España...*, p. 184. Crónica publicada en *The Evening Standard* el 16 de junio de 1874, aunque firmada el día 10.

El objetivo no era sólo tomar una población sino, como se publicaría posteriormente, el general Concha no sólo quería una victoria, quería más, pues «presente en su memoria el que en las operaciones sobre Bilbao, teniendo reunido todo el ejército carlista, sólo el retraso de algunas horas impidió un resultado decisivo, veía en Estella una situación semejante, encontraba también allí por segunda vez, reunido todo el grueso de las fuerzas rebeldes, y no era de desperdiciar la ocasión con que la fortuna le brindaba para destruirlas y terminar tal vez la guerra. Su plan, por consiguiente, estaba concebido conforme con esta idea, y a realizarla se dirigía su movimiento envolvente. Por él, una vez ejecutado con éxito, podía llegar hasta cortar al ejército enemigo el camino de las Amezcas y el del Valle de la Berrueza, que era su retirada natural, y arrojado sobre el Ebro, su suerte estaba decidida, no quedándole quizás otro recurso que el de rendir las armas»³³. Y, en definitiva, aumentar la división dentro del campo carlista y llegar a un convenio por desaliento y abandono, tal y como había sucedido en el frente del Norte en 1839 durante la Primera Guerra Carlista³⁴.

Mientras tanto, en el campo carlista, desde que fue advertida los movimientos del ejército liberal hacia Vitoria y otros en el sur de Navarra, se procedió a atrincherar todo Montejurra desde Dicastillo por Arroniz y Urbiola, la falda de Monjardín y las entradas de Berrueza y La Solana; la zona de Puente la Reina desde la ermita de Santa Bárbara y montes de Guirguirllano—enlazando con los de Blasco, la peña de Echauri y Salinas de Oro— hasta los valles de Goñi y Olo, inmediatos a la sierra de Andía. La línea seguía por Cirauqui, Mañeru, Villauerta y otros puntos hasta Estella. Según la prensa liberal, «la extensión de estas posiciones atrincheradas es de tres veces mayor que las que tenían frente a Somorrostro y los atrincheramientos no pueden menos de ser formidables»³⁵.

El general Dorregaray decidió enviar rápidamente al general Tomás Mendiry a Estella con algunos batallones de infantería e ingenieros con la misión de fortificar la población. Como el ataque podía tener lugar por diferentes sectores, se articuló una línea a corta distancia de la ciudad, lo cual tenía sus inconvenientes pues comportaría daños a Estella al acercar el frente bélico, pero poseía la ventaja de contar con la proximidad de fuerzas de reserva para actuar sobre los sectores más débiles que no resistieran la artillería o infantería liberal.

Al mismo tiempo, se concentraron más unidades, congregándose nueve batallones navarros en las inmediaciones, cuatro alaveses, tres vizcaínos,

³³ De la Vega Inclán, Miguel et al.: *Relación histórica...*, pp. 138-139.

³⁴ Posibilidad de anunciada en la prensa liberal, ver *Crónica Meridional*, 23 de junio de 1874 y *El Noticiero de Menorca* en la misma fecha, p. 1.

³⁵ *El Bien Público*, 24 de junio de 1874, p. 1.

cuatro guipuzcoanos, cuatro castellanos, dos santanderinos, uno aragonés y otro asturiano³⁶. Los carlistas lograron reunir diez piezas de artillería de montaña, un regimiento de caballería y un batallón de ingenieros, sumando, aproximadamente, 22.000 hombres. Si se calculan los efectivos de todo el Ejército Real del Norte en torno a 32.000 hombres, 1.200 caballos y 25 cañones en esos momentos, los carlistas presentaron el grueso de sus fuerzas, prácticamente. La disposición de los frentes, a modo de un gran polígono en el que ellos ocupaban la posición central, les permitía concentrar sus fuerzas con rapidez en uno u otro lado, pero se arriesgaron a que los liberales les cortaran la retirada³⁷. Su prensa, si bien reconoció la superioridad en número de los liberales, intentó minimizar las posibilidades de su operatividad ironizando sobre su incapacidad para ganar la guerra por la inoperancia de sus oficiales, las divisiones y ambiciones de sus jefes políticos y las continuas peticiones de tropas de Concha³⁸.

El periodista británico Mac Graham, llegó a cifrar las fuerzas liberales en 50.000 hombres frente a unos 25.000 carlistas³⁹ y algún periódico español las redujo a 37.000 soldados y 80 piezas de artillería, pero fueron números exagerados⁴⁰. En la campaña de Las Muñecas, el primer y el segundo cuerpo del Ejército liberal del Norte sumaron 15.494 hombres mientras el tercer cuerpo –al mando de Concha– se cifró entre 16.682 y 17.366, según diversas fuentes⁴¹. En total, entre 32.176 y 32.860 individuos sumando jefes, oficiales, soldados, obreros, y sanitarios. Al abandonar Bilbao, Concha dispuso una guarnición de 3.532 hombres, y en su camino hacia Vitoria y Logroño destinó algunas tropas a la protección de esas zonas⁴². En el informe del general Echagüe al ministro de la Guerra, firmado el 5 de julio de 1874, sobre la batalla de Abárzuza o Monte Muru señaló que un día el convoy de alimentos transportó sólo 10.000 raciones «*en vez de las 30.000 que por de pronto se necesitaban*» para un día de combate⁴³. Por todo ello, la

³⁶ *La Correspondencia de España*, 20 de junio de 1874, p. 3; Roldán, Enrique: «La batalla de Abárzuza», *Aportes*, 58 (2005), p. 108.

³⁷ Prado San Gil, Juan: «Los Ejércitos carlistas en 1872-1876», *Aportes*, 58 (2005), p. 68.

³⁸ *El Estandarte católico-monárquico*, 22 de junio de 1874, p. 3.

³⁹ Roldán González: *Un corresponsal en España...*, p. 189.

⁴⁰ *La Lucha: órgano del Partido Liberal en la provincia de Gerona*, 21 de junio de 1874, p. 3.

⁴¹ De la Vega Inclán, Miguel *et al.*: *Relación histórica...*, apéndice 1, Estado de la fuerza que tiene en el día de la fecha (22 de abril de 1874) el III cuerpo del Ejército del Norte, pp. 23-24; Pirala: *Historia contemporánea...*, tomo XI (tomo V en el original), pp. 295 y 311.

⁴² De la Vega Inclán, Miguel *et al.*: *Relación histórica...*, apéndice 6, Estado de la fuerza de guarnición, 10 de mayo de 1874, p. XIII.

⁴³ *Ibid.*, apéndice 14, Operaciones sobre Estella, parte detallado, p. XXXVI.

cifra de unos 28.000 hombres, citada en la prensa española, para el ejército liberal que se preparaba para tomar Estella y derrotar a sus enemigos pudo ser la más cercana a la realidad⁴⁴. Si bien parece que los carlistas concentraron más hombres de infantería, los liberales les superaron en caballería y artillería. En Estella tan sólo se contaba con algunos cañones provenientes de Francia y dos de fabricación Krupp que Tristany había capturado en Vich.

Las trincheras carlistas fueron excepcionales para su época, vista su eficacia en la campaña desarrollada en tierras cántabras⁴⁵. Se zanjaban en tierra y desde ellas se oponían directamente a la fuerza del atacante y, si la artillería enemiga les bombardeaba, sus soldados, sin salir de la trinchera, se retiraban a otras líneas de segunda fila por pasillos cavados o a los flancos. Y cuando cesaba el fuego artillero y avanzaba la infantería liberal, los carlistas volvían a ocupar su posición inicial disparando cuando tenían a su enemigo a una distancia de 300 ó 400 metros con descargas que habían ocasionado numerosas bajas⁴⁶. Quedaba claro que los mandos carlistas –Iturmendi, Mendiry, Lerga y Bériz a las órdenes de Dorregaray– parecían dispuestos a mantenerse en las líneas de Estella⁴⁷. Los periódicos afines publicaron que, además de cavar trincheras, los carlistas colocaron piezas de artillería escalonadas en puntos estratégicos y sus «partidas amenazan las líneas de abastecimiento republicanas; apresan en los caminos a oficiales y soldados republicanos que circulan para incorporarse a sus cuerpos, se apoderan de los correos, o de provisiones. Don Carlos recorre distintos lugares de Navarra y Vascongadas, estuvo en Azpeitia, luego en Tolosa, posteriormente en Durango y ahora en Vergara, esperando aquí en Estella que venga en el momento menos esperado»⁴⁸. Los pueblos navarros habían contribuido con seis batallones para cubrir las bajas legitimistas, aunque numerosos campesinos de La Solana y La Berrueza se dirigieron a las autoridades carlistas para manifestarles su temor a perder la cosecha durante los ataques a Estella⁴⁹.

⁴⁴ *La Correspondencia de España*, 27 de junio de 1874, p. 3. Incluso la prensa carlista también admitió una cifra cercana a los 30.000 hombres como se aprecia en *El Estandarte católico-monárquico*, 22 de junio de 1874, p. 2.

⁴⁵ Ocariz Basarte, José María y Roldán Vergarachea, Iván: «Fortificaciones en el frente de Estella durante la Tercera Guerra Carlista. 1ª parte. Contexto histórico militar», en Montaña Buchaca, Daniel, Rafart Canals, Josep (coords.): *Propaganda carlista, religió, literatura i operacions militars: III Simposid'Història del Carlisme, Avià, 9 de maig de 2015*, Centro de Estudios de Avià, 2015, pp. 171-180.

⁴⁶ Ruiz Dana, Pedro: *Estudio sobre la guerra civil en el Norte de 1872 a 1876*, Madrid, J. J. de las Heras, 1876.

⁴⁷ *La Época*, 29 de junio de 1874, p. 2, publicó noticias enviadas cinco días antes desde Bayona.

⁴⁸ Roldán González, Enrique, *Un corresponsal en España...*, p. 186.

⁴⁹ *El Bien Público*, 24 de junio de 1874, p. 1.

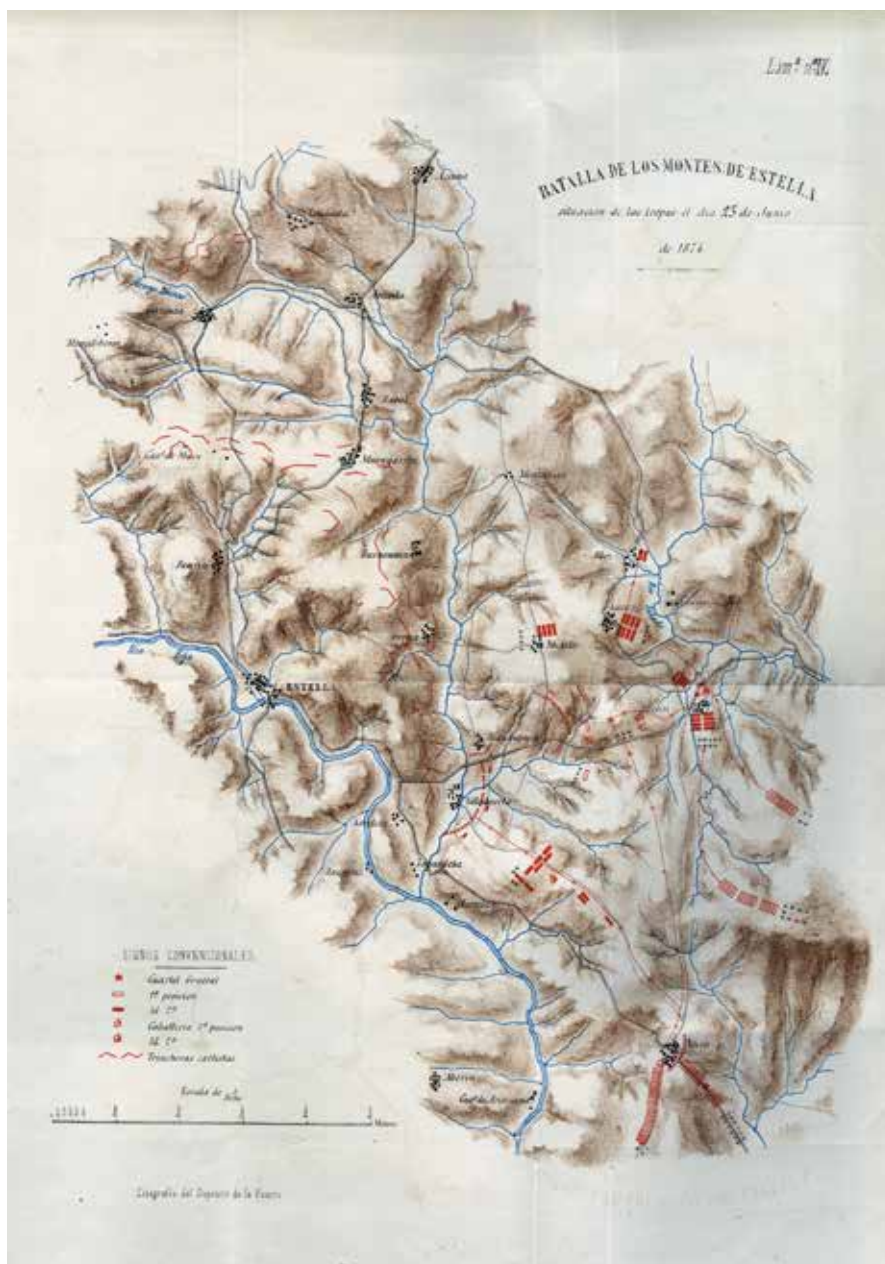
HORA DE ESPADAS

El 25 de junio a las cuatro de la mañana se emprendió el movimiento de las fuerzas liberales de Larraga a Estella en tres columnas. La primera de ellas, bajo el mando de Martínez Campos, con ocho batallones y una batería de seis piezas Plasencia, se encaminó desde Mañeru hasta Muruzábal, desde donde se dirigió sobre la derecha en dirección a Lorca, Lácar y Alloz, siguiendo por la cumbre del monte Esquinza. La segunda, con doce batallones y cuatro piezas Plasencia, se encaminó faldeando el monte, dirigida por Echagüe, para atacar el bosque y las posiciones de la vertiente meridional, apoyada en la cumbre por las fuerzas de Martínez Campos⁵⁰. Concha se encargó de la tercera columna, compuesta por la brigada de vanguardia, la segunda brigada de la primera división –a las órdenes del brigadier Otal–, dos batallones de la división de la Ribera, toda la artillería y caballería, que avanzaron por carretera hacia Oteiza. Todas eran fuerzas del tercer cuerpo, mientras el primero con dieciséis batallones, artillería y caballería agregadas partió desde Lerin a la misma hora hacia Oteiza, por la orilla izquierda del río Ega⁵¹.

Convergió a la misma hora las fuerzas del primer cuerpo convergió a la misma hora con la tercera columna, mientras las otras dos alcanzaban sus posiciones a las dos de la tarde, coronando las alturas desde las cuales se veía Lorca, manteniendo tiroteo. Los soldados de Otal se apoderaron de las alturas que dominaban Villatuerta, a 3 kilómetros de Estella. Desde allí una batería de montaña comenzó a disparar a las trincheras carlistas en las faldas de Montejurra. La columna de vanguardia avanzó en cuatro por la derecha de la carretera de Estella, continuando hacia Murillo donde llegó a las dos de la tarde, protegiendo con dos baterías el movimiento de tropas que tomaron Villatuerta, cañoneando el pueblo de Grocín ocupado por una fuerza importante de los carlistas. Las tropas bajo la dirección del marqués del Duero se posicionaron en las alturas a la derecha de la carretera de Oteiza a Villatuerta, para batir los montes de Estella. El resto de la caballería y artillería permaneció en columna esperando el resultado de estos movimientos. El ayudante del brigadier Blanco anunció la toma de Murillo sin resistencia, por lo que se encontraban las fuerzas de vanguardia en disposición de continuar su avance, pero Concha consideró muy importante la conquista de Villatuerta para protegerlas, por lo que decidió esperar. A las seis y media de la tarde, viendo cómo se demoraba

⁵⁰ Los principales movimientos desarrollados en los tres días de batalla fueron publicados en *La Gaceta de Madrid*, 7 de julio de 1874, p. 1.

⁵¹ *La Correspondencia de España*, 27 de junio de 1874, p. 3 y 28 de junio, p. 3.



Batalla de Abárzuza. Situación el 25 de junio de 1874.
 Fuente: AGMM, planos del Archivo Facultativo de Artillería

la conquista de la citada población por las tropas de Martínez Campos, el marqués del Duero envió al general Vega Inclán con la orden de proceder a ello⁵². De esta manera, se inició la lucha a bayoneta contra dos batallones carlistas que defendían el pueblo hasta que éstos se batieron en retirada, al igual que en el inmediato Arandigoyen. Pero Blanco no pudo avanzar, ordenándosele que aguardara las raciones de sus soldados, que vendrían desde Oteiza, y pernoctara en Murillo⁵³. En Lorca se asentó el Cuartel General con la columna de Echagüe, la artillería rodada y la caballería; las fuerzas de Martínez Campos lo hicieron en Lácar y Alloz⁵⁴. A su frente se extendían las defensas carlistas, fuertes líneas de trincheras y reductos en diez kilómetros desde Villatuerta hasta Abárzuza.

Los liberales habían logrado ocupar un semicírculo de posiciones frente a Estella, por lo que el 26 de junio, Concha dispuso que el primer cuerpo atacaría de frente desde Villatuerta, por la carretera que se dirigía hacia la ciudad carlista; apoyada por Echagüe, la vanguardia de Blanco y los soldados de Martínez Campos realizarían un movimiento envolvente hacia el extremo opuesto de la cordillera, o sea la izquierda carlista, apoderándose del valle hasta Abárzuza, llegando hasta Monte Muru, llave de la posición y objetivo principal, pues desde allí se dominaba Estella y se podían tomar de flanco todas las líneas de trincheras de la cordillera. Mientras tanto, el primer cuerpo amenazaría con atravesar los vados del Ega para penetrar en la Solana, atacando la corte carlista por la derecha del río. Como la prensa anunció en esos momentos, e incluso días posteriores, «militares caracterizados aseguran que si el general Concha sigue su movimiento envolvente hacia Abárzuza, los carlistas no opondrán ninguna resistencia a las fuerzas del Ejército, retirándose inmediatamente a las Amezcoas⁵⁵».

Se tocó diana a las cuatro de la mañana y, en las primeras horas, las tropas del primer cuerpo recibieron los primeros disparos del enemigo, por lo que rompieron fuego sus baterías sin esperar la señal prevenida para dos horas más tarde. El Cuartel General se trasladó de Lorca a Murillo, donde se encontraba la brigada de vanguardia, y Martínez Campos marchó desde Lácar y Alloz para tomar las alturas de Montalván frente a Zaval, puntos ocupados por sus tropas tras un breve tiroteo. En Murillo, el marqués del Duero se encontró con la desagradable sorpresa de que las raciones no

⁵² *La Correspondencia de España*, 27 de junio de 1874, p. 3. *La Gaceta de Madrid*, 27 de junio de 1874 publicó el telegrama del general Concha al ministro de la Guerra sobre su situación ese día 25 desde Lorca.

⁵³ De la Vega Inclán, Miguel et al.: *Relación histórica...*, pp. 105-109.

⁵⁴ *La Gaceta de Madrid*, 7 de julio de 1874, p. 1.

⁵⁵ *La Correspondencia de España*, 27 de junio de 1874, p. 3.

habían llegado todavía, por lo que sus soldados no podían entrar en combate. Tuvo que esperar al convoy, devorándolo la impaciencia y luego la sorpresa cuando supo que aquel se había perdido por los caminos, por lo que había tenido que volver a Oteiza⁵⁶. Resolvió continuar el movimiento a las tres de la tarde, dirigiéndose con todas las fuerzas hacia Montalván. Cuando llegó allí, ordenó al general Martínez Campos que se apoderara del pueblo de Zurucuain y de sus posiciones cercanas, después de cañonearlo vivamente. Tras el fuego de la artillería, cuatro batallones liberales avanzaron a las siete y media de la tarde, luchando encarecidamente contra sus enemigos. Dos batallones de la brigada Infanzón ocuparon un pequeño bosque al pie de las alturas de Montalván, frente a Zurucuain, aunque la llegada de la noche obligó a detener el combate⁵⁷.

Al mismo tiempo el general Echagüe, con dos batallones de la vanguardia, sus propias tropas y cuatro baterías Krupp, se había encaminado hacia las cuatro de la tarde a su objetivo, Abárzuza, quedándose Concha con el resto de la artillería, dos batallones de infantería y el regimiento de lanceros de Numancia. La artillería de Echagüe cañoneó las trincheras carlistas, tras lo cual ordenó el avance de su infantería en medio de una intensa lluvia, la cual se apoderó de la carretera del pueblo⁵⁸. Las fuerzas legitimistas se retiraron a sus reductos del monte que dominaba Abárzuza, las cuales abandonaron al anochecer favorecidos por la oscuridad y la tormenta. Las tropas del primer cuerpo habían simulado un ataque desde Villatuerta y Arandigoyen con el objetivo de entretener a los soldados carlistas de su ala derecha, volviendo a pernoctar en aquellos pueblos. El marqués del Duero, que se había trasladado a las posiciones ocupadas por el general Martínez Campos a fin de presenciar la toma de Zurucuain, marchó desde allí a Abárzuza, donde llegó en el momento en que los batallones conquistaban el pueblo, defendido por ocho batallones carlistas⁵⁹. Entre las aclamaciones de las tropas, se estableció en el lugar y preparó las órdenes para el día siguiente. El optimismo impregnaba al Ejército liberal, convencido de su pronta victoria sobre el carlismo, pero muchos oficiales, entre ellos su

⁵⁶ *La Gaceta de Madrid*, 28 de junio de 1874, telegrama del general Concha al ministro de la Guerra, fechado el 27 de junio.

⁵⁷ *El Imparcial*, 28 de junio de 1874, p. 1.

⁵⁸ *La Gaceta de Madrid*, 7 de julio de 1874, p. 1

⁵⁹ AGMM, Capitanía General de Vascongadas, 6009.25, telegrama del ministro de la Guerra al general Espartero en Logroño, capitanes generales y gobernadores militares, participando de las acciones en Estella del día 25 de junio, 27 de junio de 1874. Hasta ese momento se reconocían oficialmente 100 heridos en las filas liberales y, según la prensa, un 20 % de heridos, *El Imparcial*, 28 de junio de 1874, p. 1. La toma de pueblos en *El Noticiero de Mallorca*, 30 de junio, p. 1, donde se publican telegramas oficiales de días anteriores.



Situación el 26 de junio de 1874.

Fuente: AGMM, planos del Archivo Facultativo de Artillería

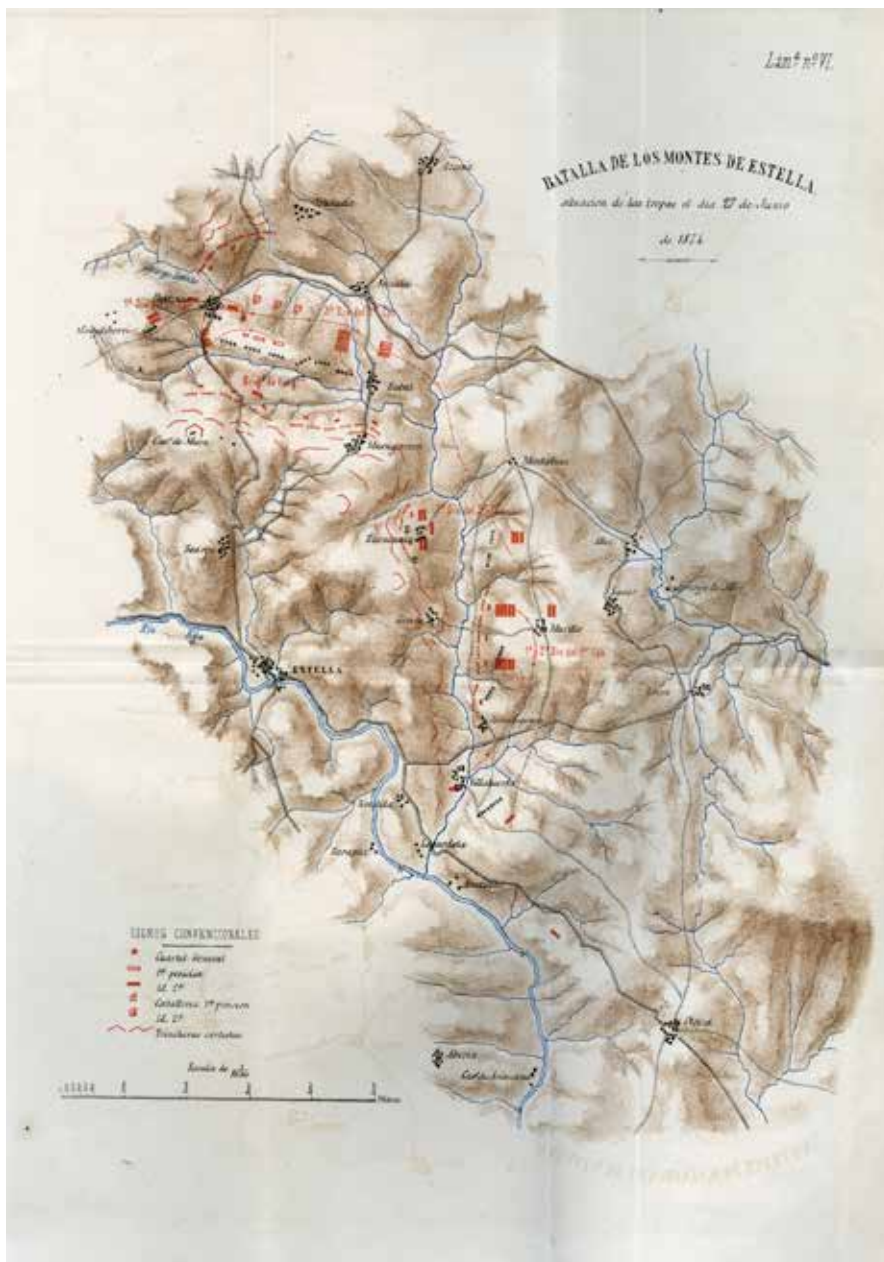
propio comandante, lamentaban haber tenido que esperar las raciones de comida porque esa demora había retrasado las operaciones y, quizá, la toma de Monte Muru⁶⁰.

En Murillo se anunció que el convoy había empezado a llegar, por lo que esperaba enviarlo a las tres y media de la madrugada del día 27 hacia la vanguardia. Se calcularon 64.000 raciones de pan, suficientes para dos días, junto a un importante número de reses vivas, con todo lo cual se podría alimentar a las tropas y avanzar hacia las alturas de Estella. Concha ordenó a Echagüe que atacara Muru, Murugárren y Zabal mientras Martínez Campos lo hacía desde Zurucuain hasta las alturas de la misma cordillera, cañoneando las trincheras carlistas de Grócin. Una vez batidas por la artillería, las fuerzas destacadas en Murillo debían avanzar y tomar dicho punto, para distraer fuerzas carlistas. Pero al llegar el convoy a Montalván, después de numerosos reveses, se comprobó con decepción que sólo transportaba diez mil raciones de pan, es decir, una pequeña proporción de lo esperado, tras abastecer a las tropas de Martínez Campos. Se aseguró que pronto saldría el resto de Oteiza y otra nueva expedición, por lo que se tuvo que distribuir entre las tropas liberales de Abárzuza las raciones de tocino que los carlistas habían almacenado en el pueblo y que habían abandonado en su retirada⁶¹. A este problema se añadieron los incendios en algunas casas de pueblo que, quizá por descuidos naturales de los soldados, comenzaron en la madrugada del día 27 y que, malamente apagados por el cuerpo de ingenieros, volvieron a estallar a la una de la tarde. No se pudo distraer tropas para sofocarlos, pues habían salido para emprender el combate, por lo que el general Concha se dirigió a sus soldados para recriminar semejantes descuidos, advirtiéndoles que estaba dispuesto a castigar con todo el rigor de la ordenanza a los responsables, amenazándoles con la formación de un consejo verbal. Días más tarde, se justificó el fuego por el fuerte viento imperante que lo había avivado y la afluencia de soldados, que tuvieron que cocinar sus ranchos en los suelos de las casas y al aire libre⁶².

⁶⁰ AGMM, Capitanía General de Vascongadas, 6.009.25, telegrama que el general Concha envía a Madrid, Ministerio de la Guerra, 27 de junio de 1874, explicando las maniobras realizadas hasta ese día y las posiciones conquistadas, también publicado en *Diario Oficial de Avisos de Madrid*, 28 junio, p. 4.

⁶¹ La logística fue clave en esta batalla, así como en la campaña de Las Muñecas, como se ha hecho alusión en el capítulo anterior. Su importancia está siendo resaltada en la Historia Militar como ha señalado Valdés, Pau: «Historia Militar y logística: dos evoluciones diferentes», *IV Congreso Internacional Historia a Debate, Santiago de Compostela, 15-19 diciembre de 2010*, actas en internet.

⁶² *La Gaceta de Madrid*, 7 de julio de 1874, p. 1; *El Gobierno: diario político de la mañana*, 30 de junio, p. 3.



Situación el 27 de junio de 1874.

Fuente: AGMM, planos del Archivo Facultativo de Artillería

Según algunos periodistas, los mandos carlistas no pensaron que el ataque comenzaría tan pronto, por lo que dieron orden a su artillería de disparar cuando creyesen llegado el momento, a partir del mediodía. Tras comenzar a intercambiarse disparos, los semblantes de los voluntarios manifestaron que eran conscientes de que se acercaba el momento decisivo. En esos instantes los soldados carlistas observaron cómo emergían unas columnas de humo de los pueblos de Abárzuza, Zabal y Villatuerta. Observaron con fijeza aquellas señales que implicaban incendios en los pueblos y comenzaron a gritar con desesperación y rabia⁶³. Se rumoreó que fuerzas carlistas provenientes de Guipúzcoa y Álava marchaban hacia las Amezcóas para llegar a Estella a través de Eraul. Efectivamente, dos batallones guipuzcoanos pasaron por Salvatierra y Rostegui, donde les esperaron el Pretendiente y su esposa, doña Margarita de Borbón, provenientes de Guernica. En Villarreal se concentraron algunas compañías carlistas del 5º batallón de Álavapero los periódicos liberales vaticinaron que no podrían hacer nada, pues no podrían bajar fácilmente, al tomar los liberales Echevarri, Eraul y Galdeano que cerraban el camino hacia Estella⁶⁴.

Con la intención de dirigir el ataque, el general Concha partió del pueblo de Abárzuza, ocupado por el brigadier Beaumont con seis batallones, para frenar a los carlistas si intentaban un movimiento envolvente. Éste dispuso sus fuerzas en torno a dos baterías de artillería, colocadas una dentro y otra fuera del pueblo, manteniendo dos batallones de reserva por si se necesitaban en la batalla. Concha llegó hasta una batería Krupp que había dispuesto para batir el pueblo de Murugarren y el caserío de Muru, protegida por dos batallones de infantería, una compañía de ingenieros y las fuerzas de los regimientos de caballería de Pavía, Numancia y Talavera, mientras optimismo reinaba en las filas liberales⁶⁵. La prensa afín incluso dignificó a los carlistas, que no se habían retirado, ya que al ser también españoles no podían «creer que huyeran sin combatir»⁶⁶.

La artillería liberal rompió fuego para facilitar el ataque de la infantería, y a las tres y media, el marqués del Duero ordenó al brigadier Blanco que con sus fuerzas iniciase el ataque de las posiciones atrincheradas de Monte Muru, mientras el general Reyes con seis batallones de su división asaltaba Murugarren y sustentaba el ala izquierda de Blanco.

⁶³ Roldán: *Un corresponsal en España...*, p. 184.

⁶⁴ *El Imparcial*, 28 de junio de 1874, p. 1 y *La Correspondencia de España*, 28 de junio, p. 3.

⁶⁵ AGMM, Capitania General de Vascongadas, 6.009.25, «Telegrama de Concha a Ministerio de la Guerra», 27 de junio de 1874, reproducido en la prensa, *La Iberia*, *El Imparcial*, *La Correspondencia de España*, 28 de junio.

⁶⁶ *El Imparcial*, 28 de junio de 1874, p. 1.

Para concentrar todas las fuerzas posibles, Concha dispuso en la vanguardia los batallones de Estella y Barbastro llegados de Murillo. Para alcanzar el punto de ataque previsto había que cruzar un arroyo, cuyo único puente se hallaba sobre la carretera y, una vez atravesado, había que subir los escarpes del monte. Los carlistas dispararon en cuanto vieron a las columnas liberales bajar hacia el riachuelo, que atravesaron con el agua en la cintura, iniciando la subida después en medio de la lluvia y de un intenso fuego incesante de frente y flanco. A la media hora, las guerrillas liberales lograron expulsar a la bayoneta a los carlistas de la primera línea de trincheras, aunque las peculiaridades del terreno comenzaron a desordenar los batallones, disgregándose las compañías, sin enlace ni cohesión alguna, sufriendo numerosas bajas durante dicha acción. Los legitimistas advirtieron esa circunstancia y concentraron sus soldados en las alturas, donde llegaron las guerrillas cansadas, algunas con tan sólo veintisiete hombres calados y llenos de barro. En consecuencia, las tropas liberales tuvieron que sostener un fuerte combate, cuerpo a cuerpo y de forma desigual, retrocediendo ante el empuje carlista cuando pensaron celebrar pronto una victoria,

Paralelamente, el general Reyes había atacado la derecha de las posiciones de Monte Muru en combinación con el movimiento de vanguardia, entrando en el pueblo inmediato a Murugárren. Pero su avance se encontró con una fuerte resistencia de los legitimistas, fuego nutrido y ataques a la bayoneta que forzaron a una retirada a Zabal, siendo herido el brigadier Molina, jefe de la vanguardia liberal. Mientras tanto, como había previsto el marqués del Duero, fue atacado Abárzuza por soldados carlistas para flanquear el ala derecha del ejército enemigo si lograban tomar la localidad. El brigadier Beaumont ordenó la concentración de todos los soldados bajo su mando, incluso los de reserva, para frenar el ataque enemigo y sostener sus posiciones. El marqués del Duero al ser consciente del repliegue de sus tropas, ordenó que fuerzas de reserva avanzaran y mantuvieran la izquierda de la línea de ataque, unidas a uno de los dos batallones que protegían la artillería, con lo cual consiguió sostener la lucha, recuperándose la pendiente de Monte Muru. Sin embargo, una nueva acometida carlista hizo que estas tropas retrocedieran por el camino que conducía a Estella, acosados por carlistas, al mando del teniente coronel Eguileta. No se pudo retirar soldados del pueblo de Abárzuza, por lo que el coronel Castro y sus oficiales detuvieron a los soldados dispersos de Muru, concentrándoles en el camino de tal manera que pudieran enfrentarse de nuevo contra los carlistas que les perseguían, los cuales retrocedieron hasta sus trincheras⁶⁷.

⁶⁷ De la Vega Inclán, Miguel *et al.*: *Relación histórica...*, pp. 110-134.

Martínez Campos no pudo tomar las alturas de Zurucuain, al resultar obligada la toma de Murugarren, la cual no se había producido, por lo que el primer cuerpo no pudo distraerse del combate que había provocado. Concha ordenó al general Reyes que cesara en sus intentos de avanzar y que, dejando un batallón en Zabal, reubicara sus fuerzas para conquistar por la izquierda Monte Muru, mientras la brigada de vanguardia y fuerzas de Abárzuza lo intentaban por la derecha. Para animar a sus tropas, el marqués del Duero se dirigió hacia las posiciones carlistas con el único batallón que custodiaba la artillería, la cual quedó protegida por la caballería. Junto a su Cuartel General, sin escolta, se encaminó a la carretera de Estella, bajando entre Abárzuza y el pequeño puente que cruzaba los riachuelos. Los grupos de guerrillas que encontró y que continuaban el fuego se fueron constituyendo como fuerza de reserva, junto a las reunidas por el coronel Castro con algunas otras compañías. Con ellas y reformando las tropas de vanguardia, Concha decidió apoderarse de Monte Muru, no sin repetir la orden para que Reyes le apoyase en la misma. Mientras, enfermo por la fiebre y la disentería, Echagüe yacía postrado en una manta junto a los cañones por orden superior. Al llegar al puente, el general en jefe se separó de la carretera hacia la derecha, comenzando a ganar la pendiente de Monte Muru, pero a la mitad de ella resultaba imposible la marcha a caballo, por lo que la comitiva puso pie en tierra, dejando los caballos en una ligera inflexión del terreno, algo resguardada del fuego de flanco que los carlistas hacían desde Murugarren.

Concha, apoyado en el brazo de uno de sus oficiales continuó subiendo hasta que mandó detenerse a los que le acompañaban, excepto a sus tres ayudantes y al capitán de artillería Villar, pues temía que cayeran por el fuego carlista, si algún soldado enemigo les localizaba. En lo alto, el general con sus anteojos inspeccionó la posición y las trincheras enemigas defendidas con intenso fuego, tan sólo a cincuenta pasos. Las guerrillas liberales respondían con otro más escaso, por lo que se preguntaron dónde estaban los refuerzos del general Reyes, ya que los soldados de coronel Castro no bastaban para alcanzar el éxito de la operación. A las siete y media de la tarde, resultaba tarde para enviar nuevas órdenes con el fin de ayudar a la vanguardia, pues pronto vendría la noche haciendo imposible cualquier avance en terreno tan montañoso. Por ello, resultaba evidente diferir el ataque para el día siguiente, cuando se recibieran alimentos y municiones y se pudiera trasladar tropas para reforzar la derecha del Ejército, aplastando y tomando las trincheras carlistas⁶⁸. Mientras tanto, el coronel Castro –que dirigía la reserva– había ganado terreno por una inflexión de

⁶⁸ BRAH, fondo Pirala, 6.880 b), junio de 1874, carta de Piñera sobre la batalla de Monte Muru.

la montaña hasta ponerse ya muy cerca de las trincheras, pero los carlistas realizaron varias descargas que diezmaron las guerrillas de vanguardia y una gran masa de infantería navarra, al mando de Mendiry, se lanzó a la bayoneta sobre sus fuerzas. La reserva liberal se retiró en desorden, pese a que los carlistas habían decidido volver a sus líneas, una vez conseguido su objetivo de retroceder a sus enemigos.

Concha, resignado a demorar el ataque hasta el día siguiente, comenzó a bajar hacia el grupo que formaba su Cuartel General, al que ordenó montar a caballo, mientras él se disponía a hacerlo bajando un poco más hacia el puentecillo. Disparos enemigos comenzaron a llegar cerca, cayendo heridos el coronel Astorga y el corneta de cazadores de La Habana, a los que se mandó a retaguardia. El marqués del Duero se quedó sólo con su asistente Ricardo Tordesillas, el cual le acercó el caballo a través de una pendiente para que el general lo montase mejor y, al cruzar la pierna derecha para dejarla descansar sobre el estribo, una bala de fusil procedente de las trincheras carlistas atravesó el pecho del general, derribándole sobre la espalda derecha del caballo, cayendo en tierra pese a los esfuerzos de su asistente para aminorar el golpe. Los gritos de Tordesillas, solicitando ayuda e intentando animar al herido, atrajeron al capitán Grau, ayudante de campo del mismo, que descendía con las guerrillas más avanzadas. Entre los dos bajaron el cuerpo caído tres bancales para librarle de ser objeto de mayor tiroteo. Grau, cogiéndole por los brazos, y el asistente levantándole por las rodillas lograron su objetivo mientras se acercaba a caballo el teniente de húsares Federico Montero, ayudante de campo del brigadier Manrique. Con ayuda de un corneta, un sargento y otro soldado, se elevó al general Concha a los brazos del húsar para conducirlo a Abárzuza. Cogido de las extremidades por Tordesillas y Grau, descendieron al puente que aún mantenían los escuadrones de Talavera y Numancia, donde se encontraba un oficial de sanidad que no pudo hacer nada, aconsejando que se trasladara en camilla al pueblo. Los militares que le acompañaban no quisieron descenderle del caballo y, de la misma manera que le habían bajado, llegaron a Abárzuza dónde, en la casa nobiliaria de los Munárriz, sólo se pudo dar al general los últimos auxilios espirituales, que le prestaron dos sacerdotes⁶⁹.

Recayó el mando en el enfermo general Echagüe, pero, aunque las tropas se vieron por momentos sin un claro líder, la llegada del anochecer, el cansancio general en los dos bandos y el cese del fuego ayudaron a que las tropas liberales se retiraran del monte sin ser hostilizadas, quedando en posición los batallones que defendían las alturas de las avenidas de Eraul

⁶⁹ *La Época*, 29 de junio de 1874, p. 2.

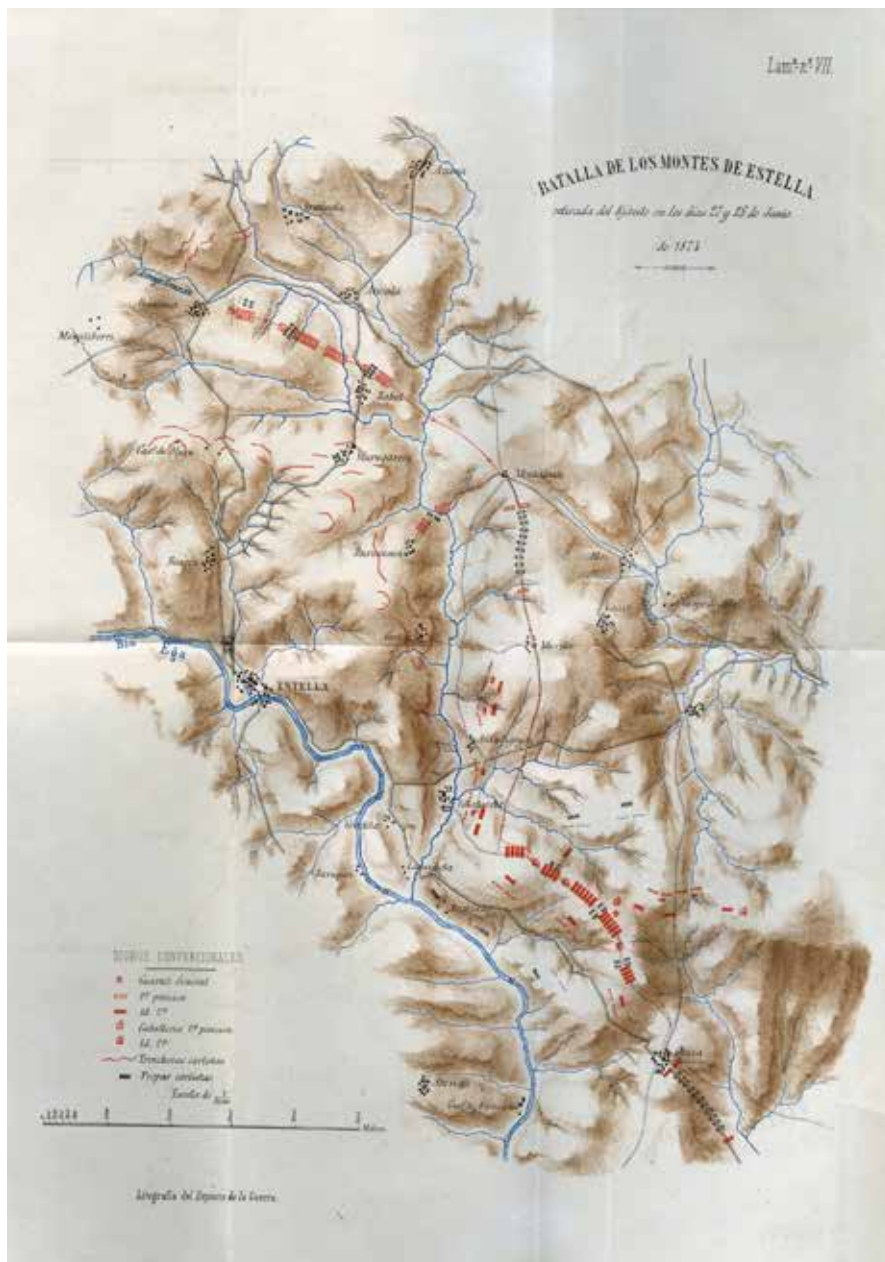
e Ibiricu, donde pernoctaron. Echagüe, pese a todo, se presentó en cuanto pudo en Abárzuza, asumiendo el mando y reuniendo a los generales y brigadieres para acordar una decisión. El resultado de la junta fue publicado por el teniente coronel de Estado Mayor Gregorio Jiménez en el periódico *La Época*, en agosto de 1874, pues resultó necesario explicar a la opinión pública la retirada que acordaron, aguando las expectativas de victoria y fin de la guerra. Concha había dejado instrucciones reservadas por si caía después de la derrota carlista, ordenando que una división ocupara Arbeiza, Ayegui, Igúzquiza y Azqueta, así como Muniáin y Abérin. En Oteiza tres batallones debían situarse para proteger el convoy, el cual debía replegarse a Larraga, mientras la brigada de vanguardia, mediante medias brigadas, marchaba a Oteiza y Lerin, hasta llegar a Allo donde debía cortar la retirada de los carlistas. Otras fuerzas desde Estella flanquearían Montejurra por la carretera de Allo, tomando Dicastillo y, una vez ocupada La Solana, se apoderarían de los recursos de la zona. Ordenó también que el fuerte de Monjardín no fuera destruido para conservar el dominio sobre la antigua corte carlista, pero sus indicaciones no pudieron realizarse posteriormente⁷⁰.

Echagüe asumió la responsabilidad de la retirada, aunque no hubo un solo jefe de los presentes en la citada reunión que, informado de la situación, opinara de manera diferente. Sin municiones de boca ni de guerra suficientes, con menos fuerza de infantería que el enemigo, con soldados carlistas a vanguardia y retaguardia y quebrantada la moral por la muerte del marqués del Duero, sólo restaba o bien retirarse o bien mantener la posición en espera de refuerzos que Madrid, en aquellos momentos, le resultaba imposible enviar. La retirada fue juzgada necesaria por todos y así fue ordenada⁷¹. Eso sí, resultaba necesario evitar que el enemigo se aprovechara de la situación, por lo que se ordenó a los generales Martínez Campos y Vega Inclán que situasen sus fuerzas en Murillo y en Villatuerta para proteger la retirada de los efectivos de Abárzuza y del convoy que, a última hora, había llegado durante el anochecer. El brigadier Prat, comandante general de artillería, se encargó del desplazamiento de las baterías bajo la protección de un batallón y un escuadrón al mando de Otal. Martínez Campos hizo que se apagaran los fuegos de Zurucuain para desorientar al enemigo, emprendiendo sus fuerzas la retirada hasta Montalván, donde llegó al amanecer. La retirada fue, más adelante, explicada al público a través de la prensa oficial⁷².

⁷⁰ De la Vega Inclán, Miguel *et al.*: *Relación histórica...*, pp. 138-140.

⁷¹ *La Gaceta de Madrid*, 29 de junio de 1874, publicó el despacho telegráfico del general Echagüe al Ministerio de la Guerra, comunicando la muerte del general Concha y el repliegue de fuerzas.

⁷² *La Gaceta de Madrid*, 7 de julio de 1874, p. 1



Retirada de las fuerzas liberales tras la muerte del marqués del Duero.

Fuente: AGMM, planos del Archivo Facultativo de Artillería

La lluvia, que había caído en abundancia el día anterior, hizo intransitables algunos puntos de los caminos, de tal manera que se pensó en abandonar material o quemarlo antes de que lo capturaran los carlistas. Pero el alto mando se opuso y ordenó que no se perdiera ni un carro ni una acémila, de tal manera que Echagüe pudo comunicar al ministro de la Guerra que no se había perdido ni material de artillería, ni uno sólo de los 200 carrozcos que se habían desplazado desde Murillo ni un mulo de los 2.000 que siguieron a sus soldados, ni tampoco hubo que lamentar la pérdida de las 250 reses que portaban para su abastecimiento. Se admitió oficialmente un número total de bajas en torno a 1.550 hombres, entre muertos, desaparecidos y heridos, además de cinco carlistas prisioneros⁷³. Reunidas las fuerzas, se descansó en Oteiza durante tres horas, de dónde había partido el convoy para Larraga y Tafalla, invirtiendo ese tiempo los mandos en distribuir 30.000 raciones de galleta. Una vez alimentadas las columnas, continuaron su marcha hasta Berbinzana, donde se acantonó el primer cuerpo. Tras oír misa en una gran explanada inmediata al pueblo, el Ejército se dirigió hasta Tafalla, donde ya había llegado la artillería al mando de los brigadieres Otal y Prat. Se remitieron telegramas a los capitanes generales de Burgos y Provincias Vascongadas, además del comandante militar de Tudela, informándoles de la muerte del general Concha, proporcionándoles instrucciones para vigilar que los carlistas intentaran realizar algún golpe ante el entusiasmo por su victoria. Por ello había que aumentar la vigilancia y encargar a los jefes de las columnas la mayor precaución en las marchas y operaciones para contrarrestar sorpresas y resultados inesperados⁷⁴. Además, Echagüe comunicó la triste noticia al ministro de la Guerra y al Gobierno el día 28 de junio desde Tafalla, cifrando la hora de su muerte a las 8 de la tarde⁷⁵. La retirada de las fuerzas liberales se realizó sin desorden ni bajas, llevándose todo el material de guerra en perfecto estado para impedir su captura por parte del enemigo⁷⁶.

⁷³ Parte detallado de la batalla, enviado por el general Echagüe al ministro de la Guerra, Madrid, 5 de julio de 1874, publicado en el apéndice de documentos e De la Vega *et al.*: *Relación histórica...*, pp. XXXIV-XXXVI. Sin embargo, la prensa extranjera llegó a publicar la cifra de 3.000 soldados liberales muertos, además de 320 prisioneros hechos por los carlistas, los cuales apenas tuvieron 400 bajas. Roldán, Enrique, *Un corresponsal en España...*, p. 184. Apoyó la versión oficial *La Correspondencia de España*, 29 de junio de 1874, p. 1. En cambio, *El Gobierno: diario político de la mañana* señaló que el brigadier Otal había calculado un total de 4.500 bajas entre muertos y heridos, 29 de junio de 1874, p. 1.

⁷⁴ AGMM, Capitanía General de Vascongadas, 6.009.26, «Telegramas enviados desde Tafalla», 30 de junio de 1874.

⁷⁵ AGMM, EP, carp. 16, docs. 59 y 61, «Despachos telegráficos desde Tafalla».

⁷⁶ AGMM, EP, carp. 16, docs. 97 y 99.

CONSECUENCIAS INMEDIATAS Y RECUERDO DE LA BATALLA

Una hermana de la Caridad, presente en los últimos auxilios espirituales del general Concha, anunció su fallecimiento a la maestra Casimira Ripa, la cual anduvo tres horas, durante la noche, en medio del barro y el frío, hasta las trincheras legitimistas. Cuando la condujeron al puesto de mando, tiritando y llorando, comunicó al general Argonz la noticia, pero éste no la creyó, juzgando que la nerviosa explicación de la muchacha era debida a los días de incesante lucha. Por la tarde del día siguiente, los carlistas supieron con certeza la muerte de Concha, pero ni Dorregaray ni Mendiry supieron aprovechar aquellos momentos de desaliento en las filas liberales, quizá por falta de una caballería adecuada. Aunque, en su opinión, tampoco el fallecido general supo apreciar lo que siempre constituyó la debilidad de los carlistas, pues si una vez situadas sus fuerzas sobre Villatuerta, Murillo, Zabal y Abárzuza hubiera realizado pequeños ataques de guerrillas, sin comprometer el grueso de sus fuerzas, adelantando aquellas con sus reservas parciales hasta obligar a los carlistas a romper fuego, éstos hubieran resistido dos días, «pero al tercero nos habríamos visto obligados a abandonar las posiciones y la plaza por falta de municiones, pues con las que teníamos de reserva apenas hubiéramos podido reponer de 30 a 40 cartuchos por plaza»⁷⁷.

Su prensa publicó el entusiasta telegrama que se envió al Pretendiente: «G. E. M. General a S. M. el Rey en Vergara. Destrozado ejército republicano. El general Concha muerto, las bajas del enemigo grandísimas. La victoria es la más completa que hemos tenido en la campaña»⁷⁸. De esta manera, aumentó significativamente la moral entre los «cruzados de la causa», realizando Carlos VII y su esposa una entrada triunfal en Estella el primer día de julio. El Pretendiente premió a Dorregaray con la gran cruz de San Fernando y a Mendiry con el condado de Abárzuza, además de repartir otros premios a varios oficiales.

Muy polémico fue el hecho del posterior fusilamiento de 155 prisioneros liberales por los carlistas, a los que se formó consejo de guerra, acusándoles de incendiarios. Durante el mismo, el comandante Sobrino sostuvo que no se les podía condenar ante la inexistencia de pruebas ni de testigos; no podían fusilarles porque habían ordenado juzgarles según las ordenanzas y las mismas no los condenaban. El juicio se efectuó presentándose los acusados en grupos de cincuenta hombres, a los que se les preguntó si su general les había ordenado

⁷⁷ Pirala: *Historia contemporánea...*, p. 368. Admitieron los carlistas que «llegó un momento en que nuestros generales pensaron con harta cordura en prepararse para una retirada que el avance y la tenacidad del enemigo iban a hacer indispensable» pues «no había confianza en vencer a Concha», *El Cuartel Real*, 19 de noviembre de 1874, p. 1.

⁷⁸ Nogués y Milagro, Romualdo: *Memorias y reflexiones de un general erudito*, Pamplona, Analecta ediciones, 2013, p. 456.

incendiar y saquear, contestando que les había mandado respetar vidas y haciendas. Finalmente, una vez interrogados de otras cuestiones, el fiscal solicitó la pena de muerte para todos excepto 20, al pertenecer algunos a ambulancias y otros por haber sido apresados antes de que los liberales llegaran a Villatuerta. El coronel Segura solicitó una demora en la ejecución de la sentencia para lograr algún tipo de indulto de Carlos VII en Monte Muru, el cual accedió a que se les diezmará, como le solicitó uno de sus consejeros. Los fusilados fueron un capitán, un teniente y diez soldados en Abárzuza; un soldado en Zurucuain y otro, acompañado de Alberto Schmidt, un ciudadano alemán, en Villatuerta. Uno menos de los 13 que correspondían a los 135 condenados. La campaña de prensa que se desató en España y el extranjero en contra del hecho fue tal que Dorregaray no tuvo más remedio que publicar un largo escrito en el boletín oficial *El Cuartel Real* para justificarlo. Aludió a precedentes de carlistas fusilados en julio de 1869, en Montealegre, Iglesuela y Valcovero, el plan de Escoda, el de Carretero en Córdoba, la muerte de inofensivos carlistas cuando se estaban bañando en el río Tajo en 1872 y otros hechos menos importantes. Recordó el comportamiento de los incendiarios, la clemencia con la mayor parte de los prisioneros y amenazó con mayor dureza a partir de entonces contra «ese ejército de fieras»⁷⁹. A pesar de todo, Berlín utilizó el hecho del fusilamiento de uno de sus ciudadanos para reconocer el gobierno del general Serrano, pero no el régimen republicano español, convenciendo a Viena para hacer lo mismo en detrimento de la legitimidad del Estado carlista.

En la España liberal, el general Zavala, marqués de Sierra Bullones, presidente del Consejo de Ministros y ministro de la Guerra, fue nombrado jefe del Ejército del Norte por el duque de la Torre, desplazándose hacia el frente inmediatamente, haciéndose cargo de sus carteras el ministro de la Gobernación, Mateo Práxedes Sagasta, y el general Cotoner, director general de infantería⁸⁰. Numerosos militares llegaron a la conclusión de que el ejército del Norte necesitaba 100.000 soldados para realizar una campaña eficaz y un plan que tuviera en cuenta las características geográficas de esas provincias. Y es que, para ambos bandos en combate, se extendió la certeza de que la guerra no finalizaría pronto, como así ocurrió.

Para los monárquicos partidarios de la restauración de Alfonso XII, la noticia de la muerte del general Concha produjo una completa consternación en sus filas. Sus jefes habían mantenido la esperanza de que el marqués del Duero tomara Estella, hiciera un gran número de prisioneros carlistas, forzara

⁷⁹ Pirala: *Historia contemporánea...*, p. 374-376.

⁸⁰ *La Correspondencia de España*, 29 de junio de 1874, p. 1; AGMM, Capitanía General de Vascongadas, 6.009.25, telegrama de 29 de junio al general Echagüe, y EP, carp. 16, doc. 95, telegrama al marqués de la Habana, 30 de junio de 1874.

a sus derrotados líderes a un convenio o pacto que finalizara la guerra en el Norte, creando el clima simbólico necesario para anunciar solemnemente al hijo de Isabel II como rey de España⁸¹. En el fondo, tenían en mente la proclamación del emperador Guillermo I de Alemania tras su victoria sobre los franceses en 1870 o de Víctor Manuel II como rey de Italia tras derrotar a los austríacos en la guerra de 1859.

La prensa liberal, en un primer momento, presentó la muerte de Concha como una «verdadera desgracia», evitando calificarla como derrota, mientras el ministro de Gobernación la tildaba de «contratiempo». Su repliegue de tropas no fue definido como «retirada» sino como «movimiento sobre su base», subrayando constantemente que no se había perdido en el mismo ni un hombre ni el más mínimo material, presentándolo como un ejemplo de maniobra militar⁸². Se apeló a la necesaria unidad de partidos liberales frente al carlismo insurgente, cuyos políticos debían facilitar los medios materiales necesarios a los soldados que se encontraban deseosos de vengar la muerte de su general. Intentaron minimizar la derrota, recordando contratiempos – como anteriormente había ocurrido en Santander– que posteriormente habían abierto victorias como Las Muñecas y el levantamiento del sitio de Bilbao⁸³.

En la España carlista, la batalla de Abárzuza o Monte Muru se incorporó al panteón oficial de sus victorias y su prensa la recordó cada vez que resultó necesario para levantar el ánimo de sus soldados. Así, junto a Somorrostro, Biurrun y otras acciones, se consideró un hecho glorioso de sus armas que pregonaron «vuestro valor coronado por la victoria. ¿Queréis otra prueba más clara de que Dios está de nuestra parte, de que Dios nos protege siempre que procuramos merecer su protección y de que el triunfo de nuestra causa está escrito en el cielo?». El incendio de los pueblos de Abárzuza, Villatuerta y Zabal fue lanzado contra sus enemigos como una ignominia eterna y causa de que «el rayo de Dios» cayera sobre sus autores y la victoria coronara «la frente de nuestros heroicos soldados»⁸⁴. El general Concha quedó así comparado en la propaganda carlista con el emperador Nerón, como se desprende de la siguiente descripción de la batalla:

«Comienza la sangre de los incendiarios a correr como un torrente por las laderas del monte que defendían los soldados del Rey. Levántase de pronto una tempestad horrible. Los truenos retumbaban, como retumbaría la voz de Dios al fulminar una sentencia de muerte.

⁸¹ *La Crónica de Badajoz*, 23 de junio de 1874, p. 2; *La Crónica Meridional*, 23 de junio, p. 1; Nogués y Milagro: *Memorias y reflexiones...*, p. 456.

⁸² Por ejemplo, *La Correspondencia de España*, 29 de junio de 1874, p. 1; *El Noticiero de Mallorca*, 30 de junio, p. 1.

⁸³ *El Gobierno: diario político de la mañana*, 29 de junio de 1874, p. 2.

⁸⁴ *El Cuartel Real*, 7 y 15 de noviembre de 1874, p. 1.

Los rayos cruzaban uno tras otros la negra atmósfera a modo de mensajeros implacables de la cólera divina. El agua se desplomaba sobre la tierra con estrépito, como si participase también de aquella cólera celeste que parecía comunicada a todos los elementos.

Hubo largos instantes en que los mismos combatientes cesaron el fuego, aterrados de aquel espectáculo. Concha, que no conocía el terror; avanzó resueltamente contra nuestras trincheras y en medio de la lluvia, de los truenos y de los rayos, Concha, el general altivo, el bárbaro incendiario, ¡caía para no levantarse jamás!»⁸⁵.

A comienzos de noviembre de 1874, los carlistas intentaron tomar Irún durante siete días, teniendo que retirarse finalmente. Peso su prensa recordó que «después de la retirada de Bilbao, la gloria de Abárzuza; después de la retirada de Irún... ¡Dios dirá!», con lo que la batalla fue utilizada, en esta ocasión, para levantar el valor de sus voluntarios tras una derrota, certificando su creencia de ser modernos cruzados bajo la protección divina. Días más tarde, remataron esa idea al enlazar el repliegue de Irún con el naufragio de un buque liberal que transportaba un millar de soldados, atribuyéndolo al «dedo de Dios»⁸⁶.

Tras el final de la guerra, los carlistas elaboraron un relato de la misma para perpetuarla en el recuerdo de sus seguidores, donde la batalla de Monte Muru mantuvo su identidad victoriosa, así como su vinculación con los incendiarios liberales⁸⁷. Paralelamente, las plumas de los vencedores alabaron la acción militar y el liderazgo del general Concha, cuya muerte había impedido una total derrota carlista y el fin del conflicto, y, también, continuaron señalando la magnífica actuación de sus oficiales al replegarse sin perder ni armas, ni animales ni soldados. La figura del general Concha fue recordada e inmortalizada en una estatua en Madrid, en varias pinturas en el Senado, en placas y calles por las ciudades de España, mientras los carlistas –hasta bien entrado el siglo XX– realizaban romerías para celebrar en Abárzuza la victoria de sus antepasados y humillar el pequeño monumento que allí tenía el marqués del Duero.

En 1992, el carlista Jaime del Burgo en su biografía *Carlos VII y su tiempo* sentenció que «Somorrostro y Abárzuza habían demostrado que

⁸⁵ *El Cuartel Real*, 19 de noviembre de 1874, p. 1.

⁸⁶ *Ibidem*.

⁸⁷ Ver *Almanaque Tradicionalista*, 1936, p. 25; *Biblioteca Popular Carlita*, tomo VIII, Hormiga de Oro, Barcelona, 1896, p. 79; Cruz Rodríguez, Carlos: «Batalla de Abárzuza (25,26 y 27 de junio de 1874)», *Biblioteca Popular Carlita*, tomo X, Hormiga de Oro, Barcelona, 1896, pp. 47-50; Domínguez Arévalo, Tomás: *Carlos VII*, Espasa-Calpe, Madrid, 1944, p. 179; Hernando, Francisco: *Recuerdos de la Guerra Civil. La campaña carlista (1872-1876)*, Talmer e Isidor Joseph, París, 1877.

los carlistas podían luchar con ventaja contra los republicanos en campo abierto» y, con sumo optimismo, afirmó que «su artillería y su caballería habían aumentado considerablemente»⁸⁸. Tres años más tarde, el tradicionalista Gabriel Alférez todavía describía la batalla como «otro de los grandes momentos culminantes de la guerra», manteniendo la idea de que la bala que mató a Concha partió de sus propias filas, que los liberales desmoralizados se replegaron en «fuga y desbandada», aunque admitió también que los legitimistas no supieron obtener provecho de esa victoria⁸⁹.

Por su parte, José Ramón Urquijo insistió recientemente en la precaria situación de las líneas de abastecimiento como causa principal de la retirada, recordó los prisioneros fusilados por los carlistas y sus consecuencias en el campo diplomático. Si bien en el bando carlista se planteó la posibilidad de aprovechar el momento para atravesar el Ebro y dirigirse hacia Madrid «ni su organización política ni su Ejército, carente de caballería y artillería adecuadas, les permitió asumir semejante empresa»⁹⁰.

En definitiva, la historiografía tradicionalista y sus contrarias han mantenido, prácticamente hasta nuestros días, las interpretaciones que se cimentaron en su época sobre tan importante batalla⁹¹, la cual, de haberla ganado los liberales hubiera precipitado, tal vez, el final de la guerra, pero, al obtener la victoria los carlistas, la mantuvo unos años más, al contrario del régimen republicano que se desharía en diciembre de 1874 entre el caos abierto por sus más fervientes adalides.

⁸⁸ Del Burgo, Jaime: *Carlos VII y su tiempo*, Gobierno de Navarra, Pamplona, 1992, p. 261.

⁸⁹ Alférez, Gabriel: *Historia del carlismo*, Actas, Madrid, 1995, p. 170.

⁹⁰ Artola, Miguel (coord.): *Historia Militar de España. Edad Contemporánea. I. siglo XIX*, Ministerio de Defensa, Madrid, 2015.

⁹¹ Analizar, recordar y conservar el campo de batalla constituye un recurso didáctico que mejora la comprensión general y la capacidad de recuerdo sobre la historia de España, mucho más allá de los meros aspectos bélicos o particulares del combate. Constituyen un paisaje patrimonial susceptible de estudio científico, conservación, museización y explotación didáctica, como defiende Almazán Fernández, Ismael, *Didáctica del Patrimonio. Campos de batalla de la Tercera Guerra Carlista*, tesis doctoral defendida en la Universidad de Barcelona, 2006.

BIBLIOGRAFÍA

- ALCALÁ, César: *La Tercera Guerra Carlista, 1872–1876*. Grupo Medusa Ediciones. Madrid, 2000.
- ALFÉREZ, Gabriel: *Historia del carlismo*. Actas. Madrid, 1995.
- ARTOLA, Miguel (coord.): *Historia Militar de España. Edad Contemporánea. I. siglo XIX*, Ministerio de Defensa, Madrid, 2015
- Biblioteca Popular Carlista*, varios tomos, Hormiga de Oro. Barcelona, 1896.
- BULLÓN DE MENDOZA, Alfonso (dir.): *Las guerras carlistas*. Actas. Madrid, 1993.
- : *Las guerras carlistas*. Ministerio de Defensa. Madrid, 2006.
- : «Las Guerras carlistas», en *Aproximación a la Historia Militar de España*, pp. 453–476. Ministerio de Defensa. Madrid, 2006.
- CASPISTEGUI, Javier; LARRAZ, Pablo y ANSORENA, Pablo: *Aventuras de un “gentleman” en la tercera carlistada: imágenes de la sanidad en guerra, 1872–1876*. Gobierno de Navarra, Institución Príncipe de Viana. Pamplona, 2007.
- COMESAÑA, Alfredo: *Hijos del Trueno. La Tercera Guerra Carlista en Galicia y Norte de Portugal*. Actas. Madrid, 2016.
- CRUZ RODRÍGUEZ, Carlos: «Batalla de Abárzuza (25,26 y 27 de junio de 1874)», en *Biblioteca Popular Carlista*, tomo X. Hormiga de Oro. Barcelona, 1896.
- DE LA VEGA INCLÁN, Miguel; CASTRO LÓPEZ, José; ASTORGA, Manuel de y GÓMEZ DE ARTECHE, José: *Relación histórica de la última campaña del marqués del Duero. Homenaje de honor militar que tributan a la memoria de tan esclarecido caudillo*. Depósito de la Guerra. Madrid, 1874.
- DOMÍNGUEZ ARÉVALO, Tomás: *Carlos VII*. Espasa–Calpe. Madrid, 1944.
- GARMENDIA, Vicente: *La Segunda Guerra Carlista (1872–1876)*. Siglo XXI. Madrid, 1976.
- HERNANDO, Francisco: *Recuerdos de la Guerra Civil. La campaña carlista (1872–1876)*. Talmer e Isidor Joseph. París, 1877.
- MEYLAN, Auguste: *A través de las Españas. Un apasionante viaje por la España de 1873 y 1874*. Trifaldi, s.l.e., 2018.
- MORAL RONCAL, Antonio Manuel: *Las guerras carlistas*. Sílex. Madrid, 2006.
- : «La prensa y las culturas políticas carlista y liberal durante el Sexenio Revolucionario», en *Torre de los Lujanes*, 68 (2011) pp. 115–141.
- NOGUÉS Y MILAGRO, ROMUALDO: *Memorias y reflexiones de un general erudito*. Analecta ediciones. Pamplona, 2013.

- OCÁRIZ BASARTE, José María y ROLDÁN VERGARACHEA, Iván: «Fortificaciones en el frente de Estella durante la Tercera Guerra Carlista. 1ª parte. Contexto histórico militar», en MONTAÑA BUCHACA, Daniel y RAFART CANALS, Josep (coords.): *Propaganda carlista, religió, literatura i operacions militars: III Simposi d'Història del Carlisme*, Avià, 9 de maig de 2015, Centro de Estudios de Avià, 2015, pp. 171–180.
- PALOMINO RAMOS, Rafael: *La Tercera Guerra Carlista en Cantabria*. Librucos. Santander, 2017.
- PIRALA, Antonio: *Historia contemporánea. Desde 1843 hasta la conclusión de la guerra civil*. Ediciones Herper, 1999, tomo XI (tomo V en el original). Pamplona.
- PLADEVALL FONT, Antoni: *La Tercera Guerra Carlina vista per un liberal. Extractes de la Crònica de Joan Camps i Prat, 1824–1905*. Patronat d'Estudis Osonencs. Vic, 2000.
- PRADO SAN GIL, Juan: «Los Ejércitos carlistas en 1872–1876», en *Aportes*, 58 (2005), pp. 49–70.
- PRUNÉS PUJOL, Fermí: *Cataluña en guerra (1872–1876)*. Actas. Madrid, 2003.
- RODRÍGUEZ GÓMEZ, José María: *La Tercera Guerra Carlista, 1868–1876*. Almena. Madrid, 2004.
- ROJO ARIZA, María del Carmen: «Didáctica del Patrimonio. Campos de Batalla de la Tercera Guerra Carlista, tesis doctoral de Ismael Almazán», en *Hermus*, vol. 2 (2009), pp. 111–112.
- ROLDÁN, Enrique: *Estado Mayor General Carlista en las tres guerras del siglo XIX*. Actas. Madrid, 1998.
- : *Un corresponsal en España: 50 crónicas de la Tercera Guerra Carlista*. Actas. Madrid, 2009.
- : «La batalla de Abárzuza», en *Aportes. Revista de Historia Contemporánea*, n.º 58 (2005), pp. 102–114.
- RUIZ DANA, Pedro: *Estudio sobre la guerra civil en el Norte de 1872 a 1876*. J. J. de las Heras. Madrid, 1876.
- RUIZ DE AZÚA, Estíbaliz: *El sitio de Bilbao en 1874. Estudio del comportamiento social de una ciudad en guerra*. La Gran Enciclopedia Vasca. Bilbao, 1976.
- VALDÉS, Pau: «Historia Militar y logística: dos evoluciones diferentes», en *IV Congreso Internacional Historia a Debate, Santiago de Compostela, 15–19 diciembre de 2010*, actas en internet.
- VALIENTE, Luis (Ed.): «El carlismo en armas: aspectos bélicos y militares de las Guerras Carlistas», en monográfico de *Aportes. Revista de Historia Contemporánea*, n.º 58 (2005), pp. 1–155.
- VALLVERDÚ MARTÍ, Robert: *El tercer carlisme a les comarques meridionals de Catalunya, 1872–1876*. Abadía de Montserrat. Barcelona, 1997.

LA CAMPAÑA MONTEMOLINISTA O GUERRA DE LOS *MATINERS*

Javier URCELAY ALONSO¹

RESUMEN

El fracaso de los intentos de fusión dinástica promovidos por el presbítero Jaime Balmes y otros, dio lugar a un nuevo episodio bélico protagonizado por el Carlismo, que frecuentemente se considera la Segunda Guerra Carlista y que contó en esta ocasión como pretendiente a Carlos Luís de Borbón y Braganza, primogénito del primer rey carlista y más conocido como conde de Montemolín, lo que hace que también se hable de la Campaña Montemolinista para referirse a este conflicto. Al fracasar el alzamiento en la mayor parte de las regiones, la guerra se circunscribió fundamentalmente a Cataluña, donde los combatientes carlistas se adelantaron recibiendo el nombre de *Matiners*.

La guerra se desarrolló inicialmente como una guerra de partidas, en la que los carlistas colaboraban con frecuencia con los republicanos contra el enemigo común, hasta que la entrada en escena del general Cabrera fue creando un ejército organizado, como había hecho en la guerra anterior.

La falta de recursos y los titubeos del propio conde de Montemolín, llevaron a los carlistas a poner fin a una guerra que no conducía a ningún sitio, iniciando, por segunda vez en una década, un nuevo exilio.

¹ Fundador del Museo Carlista de Madrid. San Lorenzo de El Escorial. www.museocarlistademadrid.com

PALABRAS CLAVE: Conde de Montemolín. Cabrera. Matiners. Cataluña. Segunda Guerra Carlista. Carlos Luis de Borbón.

SUMMARY

The failure of the dynastic fusion attempts promoted by the priest Jaime Balmes and others, gave rise to a new war episode led by Carlism, which is often considered the Second Carlist War. In this occasion the Pretender to the Throne was Carlos Luís de Borbón and Braganza, eldest son of the first Carlist king and better known as the Count of Montemolín, reason why this conflict is sometimes known as the Montemolinist Campaign. As the uprising failed in most of the regions, the war was limited mainly to Catalonia, where the Montemolin partisans received the name of *Matiners*.

The war was initially developed as a war of parties, in which the Carlists frequently collaborated with the Republicans against the common enemy, until the entry on the scene of General Cabrera created an organized army, as he had done in the previous war.

The lack of resources and the hesitation of the Count of Montemolín himself led the Carlists to put an end to a war that was leading nowhere, beginning, for the second time in a decade, a new exile.

KEY WORDS: Count of Montemolín. Cabrera. Matiners. Catalonia. Second Carlist War. Charles Louis of Bourbon.

* * * * *

1. *El fallido intento de fusión dinástica y sus consecuencias*

El 26 de agosto de 1846 se anunció el matrimonio de Isabel II con su primo Don Francisco de Asís, consumándose el fracaso de la tentativa de fusión dinástica promovida por el presbítero Jaime Balmes, a través del enlace de Isabel con Carlos Luís, primogénito de Carlos María Isidro de Borbón.

Carlos Luís de Borbón, más conocido como conde de Montemolín, que se había manifestado hasta ese momento portavoz de ideas de paz, se ve obligado a orientar sus pretensiones a través de un levantamiento armado, el único medio que le queda para reivindicar sus derechos. Para ello el 12 de septiem-

bre hizo público un manifiesto movilizándolo a los suyos, apelando de hecho a la guerra². En el mismo sentido se pronunció dos días después la Junta carlista vasco-navarra.

El exilio carlista era un hervidero, movido tanto por los deseos de entrar en acción como por las penosas condiciones en que los refugiados tenían que sobrevivir. A raíz de los acontecimientos, la agitación en las fronteras se acentúa y se producen huidas de los depósitos, apreciándose gran actividad conspiratoria.

Constituido en jefe de la Causa, el conde de Montemolín no debía permanecer por más tiempo recluido en Bourges, donde estaba sometido a continua vigilancia policial. De ahí su deseo, compartido por su Corte y por otros prohombres del Carlismo – como Elío, Cabrera y Villarreal, que sufrían el mismo problema en París–, de pasar a Inglaterra, en la que por la tirantez de su Gobierno con el de Madrid, pensaban que podrían desenvolverse con mayor libertad.

El 14 de septiembre, burlando la vigilancia de sus centinelas, Montemolín escapó de Bourges. Con la fuga de Montemolín coincidió la de cuantos personajes carlistas pudieron efectuarla, al estar convenido el plan de reunirse en Londres. Destacados jefes carlistas como los generales Joaquín Julián Alzáa, José María Arroyo, Juan Montenegro, Manuel Añón, Domingo-Arnau, los coroneles Francisco Aguirre, José Borges y José Estartús, y personalidades como Romualdo María Mon, secretario del conde de Montemolín, huyeron de los lugares en Francia en los que estaban bajo vigilancia, siguiendo las instrucciones que Montemolín había cursado.

También Cabrera se fugó de su residencia de Lyon el día 13 de septiembre. Es muy posible que Montemolín y Cabrera se reunieran en Graville, en el Canal de la Mancha, para pasar juntos a Inglaterra.

La fuga concertada de tan significados elementos indignó al gobierno francés, que en previsión de mayores males mandó apresar a varios generales y renombrados carlistas asilados en Burdeos, entre los que se encontraban los



Figura 1: Carlos Luis de Braganza, conde de Montemolín, fotografiado en París, c. 1960

² El Manifiesto se recoge en CENTURIÓN, Leopoldo Augusto de: *Historia de la vida pública y privada de D. Carlos Luís de Borbón y de Braganza, primogénito de D. Carlos María Isidro*. Imp. de D. Manuel Álvarez. Madrid, 1848, pp. 212 y 213.

generales Gómez, Villarreal, Valdespina, Sopelana, el gentilhombre Vargas, el coronel Cevallos y varios jefes de menor graduación, así como algunos eclesiásticos. Los que estaban cerca de la frontera fueron internados, y se redobló la vigilancia sobre los refugiados españoles, al tiempo que se solicitaba del gobierno inglés la detención de Montemolín, a lo que Inglaterra se negó alegando la tradicional hospitalidad.

Al poco de su fuga de Bourges se difundió el Manifiesto que Montemolín había firmado el día 12 de septiembre.

Cabrera llegó a Londres el 16 de noviembre por la tarde, mientras que Montemolín, a quien se esperaba antes, no lo hizo hasta el domingo 22 por la mañana. Como hemos dicho, lo más probable es que ambos entraran juntos en Inglaterra, pero que Carlos Luís permaneciera oculto durante los primeros días.

Al día siguiente de haberse anunciado la llegada a Londres del príncipe español, fue objeto de todo tipo de agasajos por parte de los más notables personajes de la alta sociedad londinense.

El pequeño grupo de exilados carlistas encontró acogida entre los diputados conservadores miembros del grupo *Young England* que ya antes en los debates parlamentarios celebrados con distintos motivos habían dado muestras de sus simpatías por la causa carlista.

Ya desde antes de la llegada de Montemolín a Londres, los carlistas exilados en la capital inglesa estaban tratando de utilizar los contactos proporcionados por sus simpatizantes ingleses para recabar los recursos que necesitaban para el nuevo alzamiento carlista que se preparaba en España, así como llevar a cabo las gestiones diplomáticas que pudieran ayudar al mismo.

Elío, Cabrera, Alzáa y otros trabajaban para hacer posible un nuevo movimiento. Para ello se había creado una junta que se llamó provisional vasco-navarra.

Para la organización del movimiento que se preparaba, Montemolín formó en Londres un Consejo formado por los miembros de su casa militar y civil cuya misión era, además de recabar fondos, la de enlazar con los gobiernos europeos que simpatizaban con la causa de la dinastía proscrita, el reconocimiento diplomático y la estrategia militar de campaña³.

Cabrera insistía en la necesidad de recabar los recursos necesarios para llevar el plan a cabo. Su experiencia le dictaba que sin medios materiales suficientes la intentona carecería de sentido, por lo que su resolución dependía en parte de que pudieran allegarse los fondos indispensables.

³ CLEMENTE, Josep Carles: *La guerra de los «matiners» (1846-1849)*. Servicio de Publicaciones del Estado Mayor del Ejército. Madrid, 1987, p. 93.

Por otra parte, otros jefes carlistas de la primera guerra no veían clara la oportunidad de un alzamiento. Un número de ellos se había reunido en Burdeos para deliberar sobre la situación, y ante el panorama político de Europa –que pasaba por un momento revolucionario de subversión contra las monarquías y a favor del socialismo y las repúblicas– acordaron oponerse a todo levantamiento en armas contra Isabel II, aconsejando el desistimiento a los que lo preparaban.

El carlismo seguía dividido, y moderados y exaltados mantenían posiciones diferentes sobre el camino a seguir.

Las primeras partidas en defensa del Pretendiente aparecieron en Cataluña, donde la disconformidad contra el gobierno autoritario de Narváez era mayor. El mariscal de campo Ignacio de Brujón, nombrado comandante general de Cataluña por Cabrera hasta que él pudiera entrar en España, organizó y distribuyó desde la frontera las distintas jefaturas de las partidas que se fueron alzando, cuyo primer mando coordinador correspondió a Benito Tristany.

Durante todo el otoño el alzamiento inconexo de partidas fue continuo. Los *matiners* (madrugadores), como pronto fueron conocidos los montemolinistas, seguían una táctica típicamente guerrillera a base de partidas que carecían de organización y de disciplina, y huían al primer avistamiento de las tropas de la reina. Las partidas eran numerosas, por lo que eran capaces de actuar simultáneamente en lugares dispares, y poco a poco se fueron robusteciendo a medida que más emigrados pasaban la frontera y se les incorporaban.

El Pretendiente combinaba su vida mundana londinense con el seguimiento de los acontecimientos en España y en la frontera, desde donde sus partidarios le presionaban para que actuase. Por fin, en diciembre, el secretario de Don Carlos Luís responde a las solicitudes que desde los centros conspiratorios de la frontera se dirigían con insistencia en petición de medios materiales y de instrucciones. Del contenido de esta carta se desprende una especie de calma que raya en el desinterés, y que desde luego contrasta con la ansiedad en que vivían los que llevaban a cabo los preparativos para el levantamiento.

Otro golpe que van a recibir los jefes carlistas que conspiraban en la frontera durante este mes de diciembre es la negativa del general Bruno de Villarreal, que estaba prisionero y fue liberado en esos días, a hacerse cargo de la comandancia general de Vascongadas y Navarra que Montemolín le ofreció. El experimentado general consideraba el proyectado levantamiento una empresa desesperada, para la que no creía que se dieran condiciones favorables⁴.

⁴ Carta de Bruno de Villarreal a Joaquín Julián de Alzáa de 15 de enero de 1847. CLEMENTE, Josep Carles: op. cit, p. 140.

Al comienzo del nuevo año de 1847 la situación de los preparativos del levantamiento sigue dependiendo de Londres, donde todos esperan esa ayuda y esas directrices que no acaban de llegar.

El general Elío había sido nombrado comandante general de Vascongadas y Navarra a la vista de la negativa de Villarreal. Desde el sur de Francia se comunica con los enlaces para el levantamiento, la mayor parte de ellos situados también en la frontera. En Cataluña los preparativos llevados a cabo por el conde de Morella parecen más avanzados, y se juzga llegado el momento, si bien se encontraba con la misma falta de recursos.

Como el dinero y las armas siguen sin llegar, Cabrera decide no cruzar la frontera para iniciar el levantamiento porque «si principiamos la danza sin ellos (los recursos) no haré más que echarlo todo a perder»⁵, por lo que opta por acatar las órdenes de Londres –que mantiene la esperanza de que pronto podrán conseguirse las ayudas– y seguir con los preparativos.

A pesar de las reticencias de Cabrera, las partidas que se habían alzado en Cataluña sin esperar órdenes superiores siguen prosperando, sin que el gobierno sea capaz de acabar con ellas. Cabrera presiona por los fondos, y también para que trate de promoverse la insurrección en Andalucía, Extremadura y Galicia para fraccionar la atención del enemigo y aumentar las posibilidades de éxito en Navarra, las Provincias Vascongadas y Cataluña, donde se espera poder contar con un mayor contingente humano.

Los recursos económicos eran la prioridad, y el pretendiente a la Corona no podía dejarse ver en banquetes y recepciones mientras sus compatriotas pasaban hambre⁶.

La guerra en Cataluña seguía propagándose alarmantemente. El capitán general Bretón, viendo el poco éxito en sus intentos de sofocarla, optó por aumentar la dureza de la represión. La falta de éxito de sus medidas dio lugar a su relevo en el mando por el general Pavía, conde de Novaliches, nombrado nuevo capitán general por decreto del 7 de marzo de 1847.

El compás de espera de los exilados en la frontera continuaba en medio de una tensión difícil de soportar. A finales de ese mes de marzo, se extendió el rumor de que Montemolín había obtenido un crédito para extender la guerra, lo que movilizó a los jefes carlistas, pero todo quedó en un empeño sin cumplir.

⁵ Carta de R. Cabrera a Joaquín Julián de Alzáa de 2 de febrero de 1847. Citada por LÁZARO TORRES, Rosa María: «El general D. Joaquín Julián de Alzáa y la intentona carlista de 1846-1849», en *Revista Aportes*, Año X, n.º 27, mayo 1995. Madrid, 1995, p. 149.

⁶ WHIBLEY, Charles: *Lord John Manners and his friends*. William Blackwood and Sons. London, 1925, p. 258.



Figura 2: Retrato del general Pavía

En mayo la guerra de los *matiners* continúa cobrando cuerpo, mientras Don Carlos Luís sigue en la misma actitud irresoluta, pareciendo ignorar la situación. En el territorio vascongado la espera no puede aguantar más tiempo y los convenidos presionan para que empiece el movimiento, so pena de que todos los preparativos se fueran al traste por las medidas del gobierno y el desaliento de los implicados.

Durante los meses de primavera y primeros del verano, Montemolín continuó haciendo intensa vida social, asistiendo con frecuencia a cacerías, fiestas y conciertos⁷.

Mientras tanto la guerra en el Principado seguía extendiéndose, haciendo inútiles los esfuerzos del gobierno por contenerla. El 1 de septiembre se firmó el decreto que sustituía al general Pavía por el joven general de la Concha al frente de la capitanía general de Cataluña. En su voluntad de acabar cuanto antes con la guerra, el marqués del Duero reforzó sus tropas, que llegaron a alcanzar los 42.000 hombres, frente a poco más de 1.000 *matiners* que formaban en aquella época las partidas guerrilleras⁸.

Pero si poco duró Pavía, menos habría de hacerlo su sucesor, al que el cambio de gabinete depuso del mando por decreto de 3 de noviembre, reintegrando al mismo al marqués de Novaliches.

El silencio de Montemolín a lo largo de toda la segunda mitad de este año, cuando estaban todas las espadas en alto, desconcertaba profundamente a los carlistas que estaban dispuestos al levantamiento. El Pretendiente parecía vivir al margen de esta situación de sus partidarios, lo que exasperaba a muchos que se veían obligados por ello a acogerse a indulto para poder regresar a España.

2. Comienzo de la Segunda Guerra Carlista o Guerra de los Matiners

Tras tantos meses de indecisión e inoperancia, a pesar de la no resuelta escasez de recursos, Montemolín creyó llegado el momento de poner toda la carne en el asador, fiado en la expectativa de apoyos extranjeros que nunca llegarían a materializarse.

El plan general de campaña de Montemolín consistía en promover levantamientos en Andalucía, Extremadura, Galicia etc., además de Cataluña,

⁷ Véase el Diario de Marianne Richards, en Urcelay Alonso, Javier: «*El Diario de Marianne Richards. La vida desconocida del general Cabrera*», en *Revista Aportes*, Año XV, n.º 42, 1/2000. Editorial Actas. Madrid, 2000.

⁸ Cfr. *Teatro de la guerra: Cabrera, los montemolinistas y republicanos en Cataluña. Crónica de nuestros días. Redactada por un testigo ocular de los acontecimientos*. Imprenta de D. B. González, Madrid, 1849, p. 65.

Valencia y las Vascongadas y cerrar luego la circunferencia haciendo que todos sus ejércitos confluyeran sobre la corte en un momento dado, para lo cual contarían con los que conspiraban en el interior de la capital del Reino.

Trazado el plan, se nombraron los jefes para cada punto y se dispusieron en Francia y Portugal los núcleos de las fuerzas que cruzarían la frontera y que promoverían el alzamiento en Navarra y las Provincias Vascongadas, Santander, Extremadura, Andalucía, Aragón, Valencia y Cataluña. El general Elío, que en la primera guerra había sido último jefe de los batallones navarros fieles a Carlos V después del Convenio de Vergara, fue nombrado jefe del movimiento en Navarra y las Vascongadas; Alzáa lo fue de Guipúzcoa; Royo y Peco recibieron el encargo de promover el levantamiento penetrando por Extremadura, mientras que para jefe de Andalucía fue nombrado el general Miguel Gómez, con José María de Arévalo como segundo comandante general. El Conde de Morella sería el encargado de penetrar en Cataluña, ponerse al frente de los *matiners* y, con su genio organizador, dar a la insurrección el impulso que necesitaba.

En la segunda mitad del mes de junio se dio la señal convenida, produciéndose el movimiento en los puntos designados al efecto.

Cabrera había manifestado su escepticismo respecto a la oportunidad de la estrategia de tratar de extender la guerra⁹.

Entre el Cabrera de la guerra y el de ahora habían cambiado muchas cosas. Era un legitimista convencido, pero valoraba lo que devastador para una nación tenía una guerra civil, y el cansancio que antes o después provocaba en los pueblos que la soportaban. Su opción era por tanto la de un movimiento rápido y efectivo, que fuera capaz de alcanzar sus objetivos sin el desgaste de una guerra. Y para ello consideraba cruciales la disposición de los apoyos y medios materiales requeridos, sin los cuales no podría alcanzarse el éxito a pesar de pagarse un alto precio. Si aceptó el plan, fue «porque el honor y el decoro me lo mandan así; pero tengo el presentimiento de que todas esas esperanzas serán fallidas»¹⁰.

La entrada en España costó la vida a algunos prestigiosos jefes carlistas. Fue el caso del general Joaquín Julián de Alzáa, que penetró en España por Navarra el 23 de junio, al frente de una partida no muy numerosa, contando con que se le unirían inmediatamente voluntarios. La desgracia acompañó, sin embargo, su intentona, y a los pocos días fue hecho prisionero y fusilado el 3 de julio de 1848, lo que abortó el levantamiento en Navarra.

⁹ Córdoba, E. Pablo de: *Historia de D. Carlos de Borbón y de su augusta familia, desde el convenio de Vergara hasta nuestros días*. Manuel Rodríguez editor. Madrid, 1870, pp. 888 y 889.

¹⁰ *Historia del general carlista Don Ramón Cabrera, desde su nacimiento hasta los últimos sucesos*. Despacho de Marés y Compañía. Madrid 1874. Edición facsímil en Librerías París-Valencia. Valencia, 1992, p. 31.



Figura 3: El general Alzáa, fusilado al fracasar el alzamiento que encabezó en Navarra

Con la muerte de Alzáa y otras derrotas fueron sucumbiendo en las demás provincias las sublevaciones, después de haberse sostenido durante poco tiempo en condiciones muy precarias. Solamente en Cataluña los acontecimientos parecían tener mejor cariz. Cabrera hizo un llamamiento a los exilados de la pasada guerra que estaban todavía en Francia, muchos de los cuales se le presentaron dispuestos a penetrar con él en España. Todavía en la frontera francesa, Cabrera organizó con todos estos voluntarios dos columnas, una de gente de Aragón y Valencia, que al mando del general Forcadell destinó a fomentar el levantamiento en el Maestrazgo, y otra con la que pensaba penetrar en Cataluña.

Antes de penetrar en el Principado, Cabrera lanzó una proclama a los habitantes de Aragón, Valencia, Murcia y Cataluña, para que respondieran al clarín que les convocaba a las armas para defender la independencia española,

amenazada por los matrimonios reales que ponían la sucesión en manos de un extranjero sin crédito, sin valor y sin más título de merecimiento que las maniobras de un príncipe corruptor y una princesa degradada.

La entrada de Cabrera en el teatro de la guerra produjo sensación en toda España. Hasta entonces, el gobierno de Madrid había considerado con indiferencia las correrías de las partidas montemolinistas del Principado, pero la llegada de Cabrera hizo cundir la alarma.

El 23 de junio, el mismo día que lo hacía el malogrado Alzáa, el general Cabrera atraviesa la frontera para tomar el mando de los sublevados en Cataluña.

La aparición en el teatro de la guerra del conde de Morella –rumoreada desde días antes–, incrementó notablemente las filas montemolinistas e hizo cambiar el aspecto de la guerra que se sostenía en el Principado. La vuelta del antiguo jefe de los ejércitos de Don Carlos daría una nueva fisonomía a los guerrilleros carlistas, que se transformarían bajo su mando en un ejército organizado.

Uno de los primeros objetivos de Cabrera fue organizar la Caballería, porque su plan era correrse hacia el Maestrazgo, para lo que disponer de la misma le era vital. En poco tiempo reunió 800 hombres y formó los primeros escuadrones, ordenando a las partidas la requisita de caballos y monturas. La fisonomía de la guerra en Cataluña poco a poco va entrando en una nueva fase. Cabrera, reuniendo y organizando a las partidas antes dispersas, conseguía que los carlistas empezaran a plantar cara y hacer frente a las tropas que les perseguían, en lugar de limitarse a huir como hasta entonces.

El 1 de julio el líder republicano Abdó Terrades lanzó una proclama en París llamando a todos los republicanos a una insurrección general para combatir a la férrea dictadura moderantista del general Narváez en el poder.

Partidas de centralistas y republicanos entraron desde Francia en Cataluña, y lograron un notable incremento en el país.

Cabrera pretendió aprovechar la oportunidad de implicar a los republicanos en la guerra y ampliar su base popular de apoyo, para lo cual lanzó una proclama a los catalanes en la que llamaba a la lucha contra la tiranía y apelaba a la unión para conquistar sus derechos estrechándose en torno a la bandera que llevaba por lema la religión, la verdadera libertad, la paz y la ley. Los republicanos y demócratas se entendían con las partidas carlistas, a pesar de la discrepancia ideológica, movidos por el objetivo común de combatir al gobierno, que veía con preocupación el crecimiento de la guerra en el Principado.

En los primeros días de julio, Cabrera se encontraba ya al frente de 800 infantes y cerca de 100 caballos. De acuerdo con los jefes de las distintas partidas, se distribuían los voluntarios, y operaban conjuntamente o por separado según les conviniera a los objetivos.



Figura 4 y 4 bis: Uniforme y boina que lució Cabrera en la Campaña Montemolinista, con el anagrama de Carlos VI. Museo del Ejército

La frecuencia creciente de estos episodios, y la resistencia aguerrida que los carlistas empezaban a presentar en sus encuentros con las columnas, iban dándole otro cariz a la guerra y aumentando la audacia de los montemolinistas, que llegaron a acercarse a Barcelona y poner bloqueo a Cardona.

El esfuerzo de Cabrera no buscaba tanto la obtención de victorias en los distintos encuentros que se sucedían como la formación de un ejército fuerte y entusiasta, que le permitiera dar una mayor envergadura a la campaña. Pero en estas acciones y en los asaltos a los pequeños destacamentos, el jefe carlista iba reuniendo un número considerable de prisioneros, muchos de los cuales se decidían a pasarse al bando montemolinista.

Cabrera combinaba el esfuerzo militar con la propaganda basada en soflamas llamando a los soldados, e incluso a jefes y oficiales del ejército de la reina, para que se sumaran a la causa de la independencia y la regeneración nacionales bajo la bandera del rey legítimo Carlos Luís de Borbón. Cada una de las proclamas procuraba adaptar el lenguaje y contenido en función de sus destinatarios.

Para la organización de sus fuerzas, Cabrera eligió el territorio entre la población de Vidrá y pueblos limítrofes, permaneciendo en él a pesar de las columnas que le perseguían para proseguir con la instrucción de sus reclutas y la organización de su incipiente ejército.

Durante el mes de agosto se produjeron una serie ininterrumpida de choques y escaramuzas de distinto desenlace, pero común fisonomía. Por primera vez la colaboración y ayuda mutua sobre el terreno entre carlistas y republicanos llegó a ponerse de manifiesto en diversas ocasiones de forma explícita en actuaciones conjuntas, como en el ataque a la columna de Molins de Rey el 12 de agosto o en la colaboración cerca de la frontera de los carlistas Cabrera y Brujó y el republicano Ametller del 26 de septiembre.

A efectos de promover la extensión de la guerra al Maestrazgo, tal y como era su pensamiento desde que entró en Cataluña, el conde de Morella dio órdenes a sus lugartenientes Forcadell, Arnau, Borges y Guerxo para que se aproximaran con sus respectivas fuerzas a las vertientes del Ebro. Con ello amenazaba la parte montañosa de Aragón y Valencia, tomaba posiciones para la invasión de estos territorios, aumentaba el diámetro de la guerra y producía una dispersión de las tropas gubernamentales que, facilitaba sus operaciones en el Principado.

Algunos otros encuentros tuvieron lugar en el mes de agosto, si bien en general de escasa importancia para el curso de la guerra. Esta seguía extendiéndose sin que tuvieran éxito las medidas que para sofocarla adoptaba el general Pavía, a pesar de los numerosos efectivos bajo su mando, lo que llevó a su destitución con fecha 10 de septiembre, siendo sustituido al frente

de la capitania general de Cataluña por el general Córdoba, cuya estrategia se orientaría no sólo a vencer al enemigo derrotándolo militarmente, sino a producir la desertión de sus jefes más influyentes a base de ofrecerles sustanciosas cantidades de dinero, grados y condecoraciones militares.

Una vez satisfecho por el grado de instrucción y disciplina de sus voluntarios, el 15 de septiembre Cabrera se lanzó sobre Castellón de Ampurias, cabeza del Ampurdán, al frente de 1.200 hombres, haciéndose dueño del pueblo. De allí se dirigió hacia sus escondites en Vidrá donde dio descanso a los suyos, no sin antes tener un ligero encuentro con la tropa en Muga. Había recorrido en pocos días la llanura del Ampurdán, demostrando no sólo burlar al ejército, sino ser capaz de asegurar su subsistencia lejos de la zona en la que gozaba de mayor infraestructura de apoyo.

Octubre comenzó con un importante triunfo de los montemolinistas de Posas entre Manresa y Tarrasa, y con la expedición de Cabrera por la comarca de Vich cobrando contribuciones en diversos pueblos. En la tercera semana del mes se corrió hacia la provincia de Lérida pasando el Segre, con la pretensión de entrar en el Alto Aragón, pero ante el acercamiento de fuerzas enemigas cambió sus planes y se replegó hacia el Pirineo, deponiendo su objetivo y teniendo que conformarse con cobrar algunas contribuciones.

El 30 de octubre por fin el general Córdoba se dispuso a dejar Barcelona al frente de un nutrido ejército con la intención de llevar la campaña a término. Todos esperaban la persecución de Cabrera por parte de un ejército muy superior al que podía disponer el caudillo montemolinista.

La estrategia de Fernández de Córdoba de sustituir la espada de general por la compra de voluntades, trajo consigo el 13 de noviembre la presentación a las autoridades del brigadier carlista José Pons, alias *Pep de l'Oli*. Pons era un jefe de prestigio, que había combatido también y dado su sangre en la primera guerra. Poco después luchó con gran celo contra sus antiguos



Figura 5: General Fordacell, comisionado por Cabrera para extender la guerra al Maestrazgo

compañeros de armas. Además del *Pep de l'Oli*, los «estímulos sobrecoedores» de Fernández de Córdoba hicieron que abandonaran la lucha *el Cojo de Cariñena*, Florencio de Silva, Antonio Pont, Francisco Torrecabot, Jacinto Arnau y Ramón Más, entre otros.

El 15 de noviembre en las posiciones de Aviñó, Cabrera obtuvo una resonante victoria sobre la columna del brigadier Manzano, lo que acabó de dejar clara cuál era la posición del caudillo montemolinista ante la desertión de algunos de los suyos.

A diferencia de lo que fue norma durante la Guerra de los Siete Años, la guerra presentaba rasgos de humanidad y consideración para los prisioneros, que eran con frecuencia puestos después en libertad o canjeados. Este proceder de los carlistas fue reconocido incluso por la prensa contraria¹¹.

La victoria de Cabrera sobre uno de los más pundonorosos jefes isabelinos levantó la moral de los montemolinistas y el prestigio de su bandera ante los catalanes, temiendo sus enemigos que la insurrección tomara nuevos bríos y se extendiera a otros puntos del Principado.

Por otra parte, la noticia de la derrota de Manzano trajo consigo la destitución del capitán general Fernández de Córdoba, que fue sustituido por Manuel de la Concha, marqués del Duero, que ya había ocupado el puesto anteriormente. Los montemolinistas tenían más fuerza que nunca y contaban con el apoyo de una buena parte de país. Era la quinta vez que se nombraba capitán general de Cataluña desde que empezó el levantamiento de los *matiners*.

3. *Una victoria imposible*

Al comenzar 1849, el 1 de enero Cabrera publicó desde su cuartel general de Amer la Orden General mediante la cual reorganizaba el Ejército de Cataluña bajo su mando. El ejército carlista quedaba estructurado en cuatro divisiones: la primera, o división de Barcelona, al mando del brigadier Estartús. La segunda o división de Tarragona, mandada por el brigadier Borges. La tercera era la de Lérida, interinamente mandada por el coronel Rafael Tristany. Finalmente, la cuarta división, de Gerona, estaba mandada por el coronel Marcelino Gonfaus, alias *Marsal*.

El conjunto del Ejército Real de Cataluña se componía de 16 batallones de Infantería, una compañía de Guías, un regimiento de Caballería,

¹¹ Cfr. *Biografía del Señor Don Carlos Luis María de Borbón y de Braganza, Conde de Montemolín. Abraza la historia de la guerra civil en los años 1847, 1848 y 1849*. Establecimiento tipográfico de D.M. Morales y Rodríguez. Madrid, 1855, p. 157.

un escuadrón de Ordenanzas del General, una compañía de Artillería, una de Maestranza y Armería, dos compañías de Resguardo, una de Mozos de Escuadra y una de Inválidos. En total, unos 8.500 hombres con 340 caballos y 120 mulas.

El general Concha, consciente de las tareas de organización que el conde de Morella llevaba a cabo y decidido a impedir las, se propuso limpiar la comarca que servía al caudillo carlista de principal base de operaciones.

Los carlistas tenían especial interés en conservar el pueblo de Amer, situado en el centro de la montaña sobre la margen izquierda del Ter y protegido por el río. Estos parajes serían el escenario del encuentro con las tropas del general Nouvilas que ha pasado a la historia como la *batalla del Pasteral*, probablemente el hecho bélico más importante de la guerra de los *matiners*.

La acción del Pasteral, en las que ambos bandos hicieron gala de extraordinario valor y disciplina, dejó un número similar de muertos y heridos por ambas partes, más de una veintena de los primeros, incluidos algunos oficiales, y cerca de cuarenta de los segundos.

El propio conde de Morella resultó herido de gravedad en el combate, lo que hizo que tuviera que ser conducido a Francia en una litera.

El día 29, Cabrera hace pública una proclama a sus voluntarios, señalando que su herida no reviste gravedad, disponiendo lo necesario para que se mantuviera el funcionamiento y disciplina de su ejército durante los días de su convalecencia, agradeciendo la valentía demostrada en las acciones del 26 y del 27, y llamando a continuar con fe en la victoria¹².

En la orden general de 11 de febrero, Cabrera anunció que volvía a dirigir personalmente las operaciones. El tortosino reaparecía en escena cuando aún prácticamente no se había recuperado de su herida, reavivando con su sola presencia las esperanzas de los esforzados montemolinistas¹³.

Desde que había penetrado en Cataluña, Cabrera no había sino comprobado la desproporción de fuerzas y la falta de todos los recursos que se habían prometido. Su brazo derecho, el coronel Hermenegildo Cevallos, escribió al secretario militar de Montemolín, señalando que convendría la presencia de S.M. o de uno de los infantes en Cataluña, pues lo contrario podría comprometer la Causa en el Principado¹⁴.

¹² Texto completo de la proclama recogido en PIRALA Antonio: *Historia Contemporánea. Segunda parte de la Guerra Civil. Anales desde 1843 hasta el fallecimiento de Alfonso XII*. Felipe González Rojas, editor. Madrid, 1892, Tomo 1, p. 554.

¹³ Cfr. Carta de Carlos V a Carlos Luís de Lucca y Parma. Archivo Borbónico de Parma, Ordine Constantini di San Giorgio, Scatola 113: Carlo Ludovico. Copia amablemente proporcionada por Alexandra Wilhemsen.

¹⁴ PIRALA, Antonio: op. cit., Tomo 1, p. 560.



Figura 6: Grabado de la batalla del Pasteral

La distracción de Montemolín de los asuntos militares y políticos de su partido se había acrecentado desde finales de 1848, en que el conde había conocido a la bella Adelina de Horsey, de la que se había enamorado, llegando el 27 de febrero siguiente a proponerla matrimonio en secreto, dispuesto a que, si fuera necesario, su amor le costase sus derechos dinásticos al Trono.

Mientras, en Cataluña la guerra continuaba sin que los numerosos efectivos desplegados por el ejército, que recorrían incesantemente todo el Principado, pudieran acabar con los montemolinistas, que llegaron a bloquear Solsona y aproximarse al castillo de Montjuich en la misma Barcelona. El general Concha decidió incrementar el rigor de las medidas represivas. A las duras disposiciones que se contenían, respondió Cabrera con la correspondiente reciprocidad¹⁵.

En los primeros días de abril, Cabrera se encontró en una situación muy apurada en San Lorenzo de Morunys ante las tropas de su antiguo correligionario el brigadier Pons, el *Pep d'Ollí*, pasado ahora al ejército isabelino, de la que logró huir gracias a una ingeniosa estratagema.

Mientras estos acontecimientos tenían lugar, la ocasión suscitada a finales de marzo por el aviso dado sobre la presunta disposición de los hermanos Tristany –Francisco, Rafael y Ramón– para reconocer a la reina, hizo que los responsables del ejército isabelino entablaran conversaciones con los mencionados jefes carlistas para negociar las condiciones de su sumisión y convenir la entrega de su jefe Cabrera.

A lo largo de varios días y en un par de encuentros, Francisco Tristany hizo creer a los jefes isabelinos de la verdad de sus intenciones, para lo que llegó a firmar escritos al respecto, cobrando incluso dinero por adelantado para poder materializar el plan convenido. En todo ello, sin embargo, obraba en entendimiento con el general Cabrera para poner en evidencia a los que promovían la traición en las filas carlistas.

Tras diversos lances, se convino el santuario de Pinós como el lugar donde tendría lugar el convenio la noche del 13 al 14 de marzo. Allí se congregaron al anochecer de ese día 13 las fuerzas de los hermanos Tristany, de Borges, Coscó y Cabrera, si bien el caudillo montemolinista no se encontraba con los suyos. En conjunto unos mil hombres, escogidos por su conocimiento del terreno y su capacidad para llevar a cabo una sorpresa nocturna.

El mando isabelino, por su parte, tras adoptar las precauciones debidas, dispuso que las columnas de los coroneles La Rocha y Cathalan salieran hacia el santuario de Pinós.

¹⁵ Cfr. *Teatro de la Guerra*: op. cit., p. 236.

Al aproximarse al lugar convenido para la entrega de los Tristany, los carlistas iniciaron una descarga de fusilería. La maniobra quedaba al descubierto. Los liberales, viéndose atacados de una manera tan impensada, consiguieron recomponerse y mantener el fuego, entablándose un feroz combate. La victoria moral fue de los carlistas por lo que se consideró una prueba de su adhesión inquebrantable a su bandera, dispuestos a defenderla hasta el último aliento.

Al mismo tiempo que la noticia de los sucesos de Pinós aumentaba la inquietud de los que temían la prolongación y endurecimiento de la guerra, se producían otros hechos que tendrían una importancia trascendental sobre la evolución de la misma.

La insurrección de los *matiners* prosperaba en el levante español cundiendo cierto malestar entre los carlistas por la permanencia de Montemolín en Londres y la falta de los recursos prometidos. Cabrera pensaba que si quien constituía la mejor encarnación de la bandera por la que se luchaba, se personaba en el teatro de la guerra, su presencia constituiría un revulsivo para la movilización de sus partidarios en toda la península.

Montemolín, «que era absolutista más bien por costumbre que por sus propios sentimientos»¹⁶, decidió finalmente atender el llamamiento de Cabrera e incorporarse al ejército de éste en Cataluña.

El 27 de marzo o un par de días antes, Montemolín abandonó Londres disimuladamente con sus dos hermanos, Don Juan y Don Fernando y los coroneles González y Giménez. Al llegar a París se unieron al coronel Algarra, en entendimiento con Cabrera, y se dirigieron por Toulouse, con pasaportes falsos, a Perpignan. Durante tres días, del 1 al 4 de abril, Montemolín y los tres coroneles que le acompañaban permanecieron ocultos en una aldea al pie de la cordillera, esperando que se presentase en las inmediaciones alguna fuerza montemolinista. Cabrera entretanto operaba en la provincia de Lérida, tratando de atraer hacia él las fuerzas isabelinas que cubrían la frontera, con objeto de que los ilustres viajeros no tuvieran ningún tropiezo al atravesar la misma.

El 4 de abril, Montemolín se decidió a cruzar la frontera con la ayuda de un guía local, sin esperar a que el conde de Morella les diera aviso de que el paso estaba despejado. Al pretender penetrar en España por San Lorenzo de Cerdanes y cuando sólo se encontraban a un cuarto de hora del territorio español, fueron sorprendidos por unos aduaneros franceses, quienes consiguieron detenerles. Conducidos a Arlés, el Pretendiente tuvo que revelar su personalidad, tras lo que fueron trasladados presos a Perpiñan, quedando

¹⁶ MARTÍNEZ DEL RÍO, E.: *Biografía del General Lazeu*. Imprenta de D. Guillermo Penny. Londres, 1863, p. 22.

retenido Montemolín en la Ciudadela y los demás en la prisión departamental, hasta que el gobierno francés decidió fuesen de nuevo reintegrados a Inglaterra por separado.

El conde de Montemolín llegó a Londres en la madrugada del 15 de abril «mohíno y descorazonado», según la historia narrada por el conde de Rodezno, y «sin la menor novedad y más entusiasmado que nunca», según el Diario de Marianne Richards, futura condesa de Morella. Entusiasmo que podía también deberse a la liberación del penoso deber auto impuesto y a la perspectiva del reencuentro con la amada Adelina.

4. *Final de la guerra anticipado*

El fracaso de la entrada de Montemolín en Cataluña fue un golpe mortal para Cabrera y supuso de hecho el final de las esperanzas de que Don Carlos Luís accediera al Trono de España y la insurrección armada pudiera tener el éxito final.

El conde de Morella había conseguido reunir un ejército de 10.000 hombres a pesar de todas las dificultades y la total escasez de medios. Pero la táctica del soborno puesta en marcha sucesivamente por los generales Pavía, Córdoba y Concha estaba dando sus frutos, y cada día se producían desertiones y crecía el riesgo de la traición¹⁷. Un día era un jefe que se pasaba al enemigo, otro una partida entera, o un subalterno que traicionaba a sus jefes revelando su paradero.

Fruto de una de estas delaciones fue la prisión del prestigioso jefe *Marsal* cuando se acercaba a los Pirineos al encuentro de Montemolín. Ambos sucesos supusieron un duro golpe para la moral de los carlistas y aceleraron el final de la contienda.

Desde el 1 de enero de 1849 hasta el 17 de abril habían caído prisioneros 1.400 montemolinistas, incluidos cuarenta jefes y oficiales, y se habían presentado a las autoridades de la reina nueve jefes, más de ciento cincuenta oficiales, veintiséis jefes de partidas y más de 3.000 individuos de tropa¹⁸.

¹⁷ En una ocasión Cabrera estuvo a punto de ser envenenado por un cura que se movía en los círculos de sus más allegados. Advertido, sentó al citado personaje a su mesa y le hizo comer el guiso envenenado, que condujo al asesino a la muerte entre atroces dolores. VILLALBA HERVÁS, Miguel: *Recuerdos de cinco lustros*. Imprenta La Guirnalda. Madrid, 1896, p. 110.

¹⁸ J.C. Clemente cita la cantidad de 314.000 reales que el general Pavía habría destinado a sobornos, confidentes etc durante sus dos épocas en Cataluña, sin contar otro medio millón de reales provenientes de multas e infracciones de bandos. CLEMENTE, J.C.: op. cit., p. 83.

En estas condiciones, Cabrera decidió pasar la frontera francesa y dirigirse a Inglaterra para discutir con su rey la situación de la guerra y conocer la verdad sobre los recursos tantas veces prometidos y nunca recibidos.

Al poco de penetrar en territorio galo, se ocultó en el subterráneo que hay en una de las casas del pueblo de Err, con el fin de burlar la vigilancia de las autoridades, pero fue descubierto y detenido el 23 de abril por la gendarmería francesa, que le condujo a Perpiñan, de donde fue trasladado al día siguiente a Toulon. Junto a él fueron detenidos su jefe de Estado Mayor, el coronel González de Cevallos, Boquica y otros dos jefes carlistas que le acompañaban, que fueron trasladados a los depósitos del interior.

Hasta ahora, la historiografía oficial y los biógrafos de Cabrera, han interpretado el cruce de la frontera por parte del general Cabrera como el inicio decidido del exilio y la voluntad resignada de poner fin a la guerra, aun cuando a algún autor había llamado la atención lo anómalo de este comportamiento en un caudillo que jamás abandonaba a sus hombres, y que era siempre el último en abatirse. Entre sus partidarios, y también entre la opinión pública y sus mismos enemigos, sorprendía que el orgulloso Cabrera no hubiera presentado una última gran batalla con todas sus fuerzas reunidas, o que no hubiera congregado al grueso de sus efectivos para atravesar con ellos la frontera, como había hecho nueve años antes al fin de la Guerra de los Siete Años.

Un párrafo en el Diario de Marianne Richards, escrito tras el encuentro en Londres con quien habría de ser su futuro esposo, ofrece sin embargo una perspectiva distinta frente a esta versión tradicional de los historiadores, y una posible respuesta a los que pusieron de relieve esa discrepancia entre lo que ahora ocurría y lo que era la línea de conducta habitual del caudillo carlista. Una anotación del Diario señala que Cabrera atravesó la frontera con la intención de entrevistarse con su rey y de volver a cruzarla después, lo que quedaría frustrado con su detención: «Me entristecieron algunas de las cosas que me dijo el general. Cuando los franceses cogieron a Cabrera, venía a Londres a ver al Rey, y luego hubiera vuelto a Cataluña»¹⁹.

A la luz de este interesante párrafo, podemos deducir que Cabrera no pasó a Francia para poner fin a la guerra, como se creía hasta ahora, sino para consultar a su rey importantes decisiones relativas a la misma. Esta versión parece no sólo más coherente con la línea de conducta habitual de Cabrera, sino que tendría un precedente en todo paralelo cuando durante la primera guerra y ante circunstancias también adversas, había arrojado grandes peligros para exponer al rey la situación del Maestrazgo y recabar de él las disposiciones necesarias.

¹⁹ URCELAY, J.: op. cit., p. 27.

El propio Cabrera parece que se refería a esta falta de propósito de iniciar el exilio al cruzar la frontera cuando desde su reclusión francesa dirigió a sus amigos de París la siguiente carta, fechada el 27 de abril en Marsella en la que escribió: «He sido detenido en una casa de la extrema frontera, *donde había venido a cumplir un deber, y no como fugitivo*, puesto que durante tres días había derrotado y puesto en dispersión al enemigo»²⁰.

Desconocemos los planes concretos de Cabrera al pasar la frontera, cuál era ese deber que cumplir, como también hasta que punto conoció alguno de los episodios políticos y sentimentales que tuvieron lugar en torno al conde de Montemolín en Londres mientras luchaba en los campos de batalla y si estos influyeron en su determinación de no volver al escenario bélico. Que Cabrera debía sentir una interna frustración por la situación en la que se había puesto a los combatientes en Cataluña, sin ninguno de los recursos prometidos y en manifiesta inferioridad de condiciones, no parece que pueda ponerse en duda. Quizás esa sea la clave para interpretar el apunte que al respecto dejó escrito Adeline de Horsey en sus Memorias: «En abril de 1849, el gran Cabrera disgustado cejó en su empeño, escapó a Francia y después a Inglaterra, donde se casó con una rica esposa inglesa que aún vive —la Condesa de Cardigan y Lancastre publicó sus memorias en 1909—, y decidió no volver a luchar por el Carlismo»²¹.

La publicación en el año de 2002 de la correspondencia privada del que fuera ministro galo de Asuntos Exteriores y jefe de Gobierno de Luís Felipe, Francois Guizot, aporta un nuevo testimonio inédito sobre este enigma, que puede arrojar una nueva luz para comprender este episodio determinante para el final de la segunda guerra carlista. En la carta que Guizot escribe a su hija Henriette el 18 de abril de 1849 se lee lo siguiente:

«El Conde de Montemolín no ha sido hecho preso. Se ha dejado prender. Cabrera le había escrito que necesitaba que le enviara las armas y el dinero o que viniera él mismo. No teniendo las armas ni el dinero, el Infante partió para España. Pero al no tomar precauciones al entrar, lo hizo tan bien que se supo dónde iba, y dónde estaba y se le detuvo y se le devolvió a Inglaterra. De nuevo una hipocresía. Si Cabrera y los suyos tenían dudas ésto podría quitarles las ganas de inmolarsé por el Infante»²².

Coincida o no nuestra tesis con lo que Cabrera pensaba en ese momento, de lo que no cabe ninguna duda es de la profunda decepción que en

²⁰ *Teatro de la Guerra*: op. cit., p. 252.

²¹ Countess of Cardigan and Lancastre: *My recollections*. Eveleigh Nash. London, 1909, p. 84.

²² Carta de F. Guizot a su hija Henriette de Witt-Guizot de 18 de abril de 1849. Texto completo en GUIZOT, Francois: *Lettres à sa fille Henriette*. Editions Perrin. Paris, 2002.

su ánimo supusieron las buenas palabras y esperanzas incumplidas en esta nueva guerra, en la que volvía a exponer su vida y la de sus hombres. Una decepción que marcaría con profunda huella la actitud del caudillo carlista hacia el futuro, cuando en ocasiones análogas y con planteamientos similares su espada fuera nuevamente requerida.

Fuera con un propósito o con otro, lo cierto es que el paso de Cabrera a Francia puso virtualmente fin a la guerra, aunque el país no quedó enteramente pacificado, pues aún se contaban partidas en distintos puntos que mantenían levantada la bandera montemolinista.

Sin embargo, nadie dudaba que la falta del caudillo tortosino conllevaba el final inevitable de cualquier esperanza de triunfo. Poco a poco todas las partidas fueron traspasando las fronteras. El último en hacerlo, el 18 de mayo, fue el coronel Rafael Tristany. Al día siguiente el capitán general de Cataluña, Manuel de la Concha, dirigía una proclama a los catalanes dándoles la buena nueva: «Las armas nacionales han conquistado en vuestro suelo el laurel más hermoso que puede producir la guerra, el restablecimiento de la paz»²³.

Los carlistas empezaban un nuevo período de su dilatado exilio. Sólo por el registro de Le Pertús pasaron en aquella segunda mitad de 1849 cerca de 1.500 carlistas exiliados.

²³ *Teatro de la Guerra*: op. cit. p. 253.

BIBLIOGRAFÍA

- Anónimo: *Teatro de la guerra: Cabrera, los montemolinistas y republicanos en Cataluña. Crónica de nuestros días. Redactada por un testigo ocular de los acontecimientos*. Imprenta de D.B. González. Madrid, 1849.
- Anónimo: *Biografía del Señor Don Carlos Luís María de Borbón y de Braganza, Conde de Montemolín. Abraza la historia de la guerra civil en los años 1847, 1848 y 1849*. Establecimiento tipográfico de D. Manuel Morales y Rodríguez. Madrid, 1855.
- Anónimo: *Historia del general carlista Don Ramón Cabrera, desde su nacimiento hasta los últimos sucesos*. Despacho de Marés y Compañía. Madrid, 1874. Edición facsimil en Librerías París-Valencia. Valencia, 1992.
- Anónimo: *Historia del general carlista D. Ramón Cabrera desde su nacimiento hasta su muerte*. Despacho Sucesores de Hernando. Madrid, s.a.
- CENTURIÓN, Leopoldo Augusto de: *Historia de la vida pública y privada de D. Carlos Luís de Borbón y de Braganza, primogénito de D. Carlos María Isidro*. Imp. de D. Manuel Álvarez. Madrid, 1848.
- CLEMENTE, Josep Carles: *La guerra de los «matiners» (1846-1849)*. Servicio de Publicaciones del Estado Mayor del Ejército. Madrid, 1987.
- CÓRDOBA, E. Pablo de: *Historia de D. Carlos de Borbón y de su augusta familia, desde el convenio de Vergara hasta nuestros días*. Manuel Rodríguez, editor. Madrid, 1870.
- Countess of Cardigan and Lancastre: *My recollections*. Eveleigh Nash. London, 1909.
- GUIZOT, Francois: *Lettres à sa fille Henriette*. Editions Perrin. Paris, 2002.
- LÁZARO TORRES, Rosa María: «El general D. Joaquín Julián de Alzáa y la intentona carlista de 1846-1849», en *Revista Aportes*, Año X, n.º 27, mayo 1995. Madrid, 1995.
- LLORD, Josep: *Campanya montemolinista de Catalunya o guerra dels Matiners (Septembre de 1846 a Maig de 1849)*. Barcelona, 1926.
- MARTÍNEZ DEL RÍO, E.: *Biografía del General Lazeu*. Imprenta de D. Guillermo Penny. Londres, 1863.
- PIRALA, Antonio: *Historia Contemporánea. Segunda parte de la Guerra Civil. Anales desde 1843 hasta el fallecimiento de Alfonso XII*. Felipe González Rojas, editor. Madrid, 1892.
- URCELAY ALONSO, Javier: «El Diario de Marianne Richards. La vida desconocida del general Cabrera», en *Revista Aportes*, Año XV, n.º 42, 1/2000. Editorial Actas. Madrid, 2000.
- : «La historia autógrafa de Ramón Cabrera redactada por su hijo», en *Revista Aportes*, Año XV, n.º 43, 2/2000. Editorial Actas. Madrid, 2000.

- : *Cabrera. El Tigre del Maestrazgo*. Editorial Ariel. Madrid, 2006.
- VILLALBA HERVÁS, Miguel: *Recuerdos de cinco lustros*. Imprenta La Guirnalda. Madrid, 1896.
- WHIBLEY, Charles: *Lord John Manners and his friends*. William Blackwood and Sons. London, 1925.

LAS GUERRAS CARLISTAS EN GALICIA

Alfredo COMESAÑA PAZ¹

RESUMEN

Galicia no fue uno de los principales teatros de operaciones de las guerras carlistas, sin embargo, el impacto de este conflicto en el noroeste español fue mayor de lo que se piensa, presentando aspectos de notable interés que merecen ser tenidos en cuenta en el estudio general de este conflicto.

El modo de plantear la guerra de guerrillas; el persistente interés del Estado Mayor carlista por vigorizar la guerra, centralizar el mando y forjar un ejército regular que superase la guerra de facciones para constituir un frente estable; superar el aislamiento geográfico que sufría el legitimismo galaico conectándolo con Asturias para aproximar el teatro de operaciones noroccidental con el gran baricentro navarro; las peculiaridades de la morfología de las facciones gallegas; sopesar el peso social del carlismo; conocer la geografía de las guerras carlistas en Galicia o poner en valor el rol jugado por Portugal en estas guerras civiles del siglo decimonono, son algunas de las singularidades que aborda este artículo.

PALABRAS CLAVE: Guerras carlistas. Primera guerra carlista. Tercera guerra carlista. Guerrillas carlistas Carlismo Gallego. Guerrillas carlistas gallegas. Portugal.

¹ Doctor en Historia. Profesor Xunta de Galicia, profesor-tutor con *venia docendi*. UNED Pontevedra. alfredo.comesana@edu.xunta.es

ABSTRACT

Galicia was not one of the main theaters of operations of the Carlist wars, however, the impact of this conflict in the Spanish northwest was greater than is thought, presenting aspects of notable interest that deserve to be taken into account in the general study of this conflict.

The way of planning guerrilla warfare; the persistent interest of the Carlist General Staff to invigorate the war, centralize command and forge a regular army that would overcome the war of factions to constitute a stable front; overcoming the geographical isolation suffered by Galician legitimism by connecting it with Asturias to bring the northwestern theater of operations closer to the great Navarrese barycenter; the peculiarities of the morphology of the Galician features; weigh the social weight of Carlism; Knowing the geography of the Carlist wars in Galicia or valuing the role played by Portugal in these civil wars of the nineteenth century, are some of the singularities that this article addresses.

KEY WORDS: Carlist Wars. First Carlist War. Third Carlist War. Carlist guerrillas. Galician Carlism. Galician Carlist guerrillas. Portugal.

* * * * *

INTRODUCCIÓN

A lo largo del siglo XIX, al igual que en otras zonas de España, en Galicia prendió la llama de la guerra civil entre los que tomaron las armas para defender el acuerdo tácito entre Fernando VII y los liberales que, alterando la ley de sucesión, elevó al trono a la hija del monarca, Isabel II, frente a los partidarios del hermano del rey y tío de la joven Isabel II, don Carlos, que consideraban que este era el legítimo heredero a la corona. No se trataba solo de un pleito dinástico. En juego estaba una trascendental transformación de España bajo la hoja de ruta liberal que no tardó en ponerse en marcha, ocasionando el desmantelamiento de las estructuras tradicionales del reino. Comenzaba una pugna entre partidarios de la Revolución española y de la Tradición española que tendrá su expresión bélica en las guerras carlistas. Tres conflictos civiles librados entre los indistintamente llamados liberales, isabelinos o cristinos (pues siendo menor de edad Isabel II al morir su padre, su madre, M.^a Cristina de Nápoles ejerció la regencia) y los carlistas, legitimistas o tradicionalistas.

En el estudio de este conflicto en clave gallega asoman no pocas singularidades, percibidas por Melchor Ferrer en su monumental *Historia del tradicionalismo español*. Ferrer, al abordar con acribia la primera guerra carlista, afirmó que Galicia tuvo su historia propia². Precisamente, los rasgos definitorios que conforman esa historia propia constituyen la razón de ser y el fulcro expositivo de este trabajo, cuyos ejes temporales se focalizan en la primera (1833-1840) y la tercera guerra carlista (1872-1876) ya que fueron los conflictos que tuvieron mayor repercusión en Galicia³. Omitimos, por tanto, el análisis de la segunda guerra carlista al quedar yugulada la insurrección con la prematura muerte de Fernando Gómez –también conocido como el Ebanista–, que estaba llamado a ser el referente de las facciones galaicas.

De esta manera, los hitos cronológicos de este trabajo se sitúan, en la primera guerra, desde febrero de 1834, con los primeros intentos de organización militar del carlismo galaico, hasta la derrota de las guerrillas en 1840 (medio año más tarde del Convenio de Vergara, al rechazar los jefes guerrilleros gallegos un convenio similar propuesto por el capitán general de Galicia). En la tercera guerra, el inicio se produce en 1872, finalizando en 1875 (medio año antes de la salida de Carlos VII de España), al no poder soportar las guerrillas la presión de las fuerzas alfonsinas.

En el arranque de ambas guerras, el legitimismo gallego no contó con el apoyo de ninguna unidad del ejército, careciendo de una conexión fluida con los grandes baricentros del carlismo bélico y de una unidad de mando capaz y efectiva. Estas trabas impidieron la consolidación de un frente de guerra convencional por lo que el Reino de Galicia quedó en una situación periférica y relativamente aislada durante las guerras. Haciendo de la necesidad virtud, frente a un enemigo dotado de mayores recursos, la hueste gallega de don Carlos, al igual que en otras zonas de España, adoptó un modo de hacer la guerra que se amoldaba a sus limitaciones y del que tenían experiencia los veteranos de las guerras realista y de la Independencia que engrosaron las filas del carlismo: la guerra de guerrillas. Una guerra asimétrica llevada a cabo por numerosas facciones; un peculiar minifundismo guerrillero que tenía sus fortalezas en su capacidad de divisibilidad, activación y desactivación, movilidad y en el conocimiento de la realidad social de su tierra. Al tiempo, estas virtudes

² Ferrer, Melchor; Tejera, Domingo; Acedo, José F.: *Historia del Tradicionalismo Español*. Ed. Católica Española, Sevilla, 1943, vol. XVI, pp. 113 y 114.

³ El lector ha de tener presente que nos inclinamos por la división del conflicto en tres y no dos guerras carlistas, incluyendo a la segunda guerra carlista (1846-1849).

suponían su talón de Aquiles ya que esta dispersión de los efectivos restaba capacidad operativa y potencia de fuego a unas partidas dirigidas por unos jefes con gran autonomía de acción y renuentes a subordinarse a una autoridad superior. Y ello muy a pesar de las intenciones del cuartel real que tuvo presente a Galicia en sus planes. Para ello muñó en ambas guerras diversos proyectos, todos fracasados, con la meta de culminar el establecimiento de un mando unificado, capaz de forjar un Ejército Real de Galicia o, de manera más ambiciosa, junto a Asturias y León, un Ejército Real de la Derecha como los existentes en el frente navarro, catalán o del Maestrazgo.

Pero eso no impide para valorar en su justa medida la magnitud y peculiaridades, habitualmente minusvaloradas o simplemente ignoradas, de estas guerras civiles libradas en tierra gallega, aspectos que constituyen la meta primordial del presente estudio. En lugar de realizar un relato diacrónico de las campañas que no dejaría de ser un compendio de diversas publicaciones sobre la materia⁴, hemos optado por realizar un análisis polemológico de los aspectos que consideramos de más interés (carácter voluntario de la guerrilla, respaldo social del carlismo...), incorporando información inédita y un estudio comparado de la primera y la tercera guerra.

El contenido de este documento se vertebra en cuatro capítulos. En primer lugar, se analizan las características que presentan las fuerzas en liza. Seguidamente se describe el espacio geográfico del teatro de operaciones, enfatizando la conexión entre el medio y la génesis y modo de hacer la guerra de las facciones gallegas, cuáles fueron las áreas con mayor actividad guerrillera, el papel jugado por Portugal para las partidas gallegas... En tercer lugar, se estudian los intentos del carlismo para vigorizar la campaña en Galicia y forjar un frente de guerra convencional, finalizando con una disección de los entresijos de una facción guerrillera en la primera y tercera guerra (taxonomía operativa, represión y represalia, armamento...).

Por último, en el capítulo de fuentes, hemos recurrido al uso de fuentes primarias de carácter archivístico (Archivo Histórico de la Universidad de Santiago de Compostela, Archivo Histórico Militar de Lisboa, Archivo General Militar de Segovia), bibliográficas y publicaciones oficiales de la época (*Gaceta de Madrid*, boletines provinciales, *El Cuartel Real*), complementadas y actualizadas con fuentes secundarias integradas por monografías y artículos científicos.

⁴ Tanto de carácter general (Melchor Ferrer, Alfonso Bullón de Medonza, Antonio Pira-la...) como las circunscritas a Galicia (Xosé R. Barreiro, M.^a Francisca Castroviejo...).

QUINTOS, FACCIOSOS Y «PATAQUEIROS». LAS FUERZAS EN LIZA

El 10 de enero de 1834 don Carlos M.^a Isidro signaba, en la localidad lusa de Vila Real, un breve manifiesto dirigido a los gallegos. El remate del texto no podía ser más explícito: «Gallegos, cuento con vuestra cooperación. Tomad las armas»⁵. La llamada a las armas no se quedó en una declaración de intenciones. Desde el exilio portugués, el monarca carlista y sus consejeros dictaron instrucciones a señalados legitimistas gallegos para iniciar las hostilidades en Galicia (para ello, algunos cruzaron la frontera clandestinamente)⁶.

Entre los oficiales carlistas de primera hora se impuso la autoridad del coronel del ejército José María Pouso. Su rango y rutilante hoja de servicios (había servido en el Ejército Real de Navarra a las órdenes de Santos Ladrón de Cegama contra las tropas constitucionales)⁷, hicieron que fuese aceptado entre los gerifaltes del legitimismo. De acuerdo con los cánones de la guerra convencional, Pouso pergeñó la toma de Lugo. El plan combinaba la intervención de una fuerza externa con la decisiva intervención en el interior de la ciudad de una quinta columna que implicaba a elementos de la guarnición. Llegado el 28 de febrero de 1834, la operación resultó un fiasco. Nadie se movió en Lugo y apenas se reunieron algunos hombres para actuar desde el exterior. Sobraron las hesitaciones y faltaron los recursos.

Tras su fracaso, Pouso vio su autoridad contestada, disgregándose la dirección del carlismo de bayoneta entre los jefes más prominentes que iniciaron la guerra por su cuenta. Comenzó así una guerra de guerrillas, de hecho, la primera guerra carlista fue «por antonomasia, la gran guerra de guerrillas de la España del siglo XIX»⁸-. Una sublevación popular que, sin soporte foráneo ni del ejército, resistió a un ejército regular durante unos seis años de la mano de veteranos de la guerra realista y oficiales de los

⁵ Ferrer, Melchor; Tejera, Domingo; Acedo, José F.: *op. cit.*, vol. IV, p. 248.

⁶ Antes de ser fusilado, el labrador Juan Quintas, oficial de la partida de López, manifestó que su pase a la guerrilla se produjo en la noche del 15 de febrero de 1834 cuando recibió la visita de López que le mostró los documentos que traía de Portugal. Archivo Histórico Universitario de Santiago de Compostela, Fondo Castroviejo Blanco-Cicerón, Capitanía General de Galicia (AHUS, FCBC, CGG), procesos 1834, proceso n.º 146. «Expediente de embargo y demás del cura de San Esteban de Pantiñobre».

⁷ Archivo General Militar de Segovia (AGMS), /1º/2623P.

⁸ Bullón de Mendoza, Alfonso: *La Primera Guerra Carlista*. Editorial Actas, Madrid, 1992, p. 213.

A la misma conclusión llega Francisco Javier Posada en su reciente tesis doctoral. Posada Moreiras, Francisco Javier: *Las guerrillas carlistas en la guerra de los Siete Años (1833-1840)*, Tesis doctoral, Universidad CEU-San Pablo, 2021, p. 215

Voluntarios Realistas como Antonio M.^a López Verea, Antonio Pardo o Juan Martínez Villaverde, conocido como el cura de Freijo o el Arcediano de Mellid⁹.

La guerrilla, frente a la guerra convencional, ofrecía ciertas ventajas como una mejor adaptación a la realidad socioeconómica de los combatientes. Muchos guerrilleros no estaban obligados a prestar largos servicios fuera de sus hogares (cuando lo hacían ni la duración ni la distancia eran tan dilatadas como la que le podía tocar en suerte a un quinto). La retribución, en caso de tener éxito en sus operaciones de requisas o de recibir fondos de la retaguardia (cosa que no siempre pasaba) era más generosa que la de un quinto y similar a la de un voluntario de los cuerpos francos liberales, constituyendo un ingreso suplementario para las castigadas economías familiares. Combatir a los «negros»¹⁰ junto a compañeros de armas que, en muchos casos, eran convecinos o familiares por unos principios comunes y la existencia de una disciplina más laxa que la vida de cuartel son otras de las razones que cierran el círculo causal que justifica, junto al recurso de la leva forzada en menor medida, la existencia de las numerosas partidas galaicas. Sin olvidar que esta forma de guerrear resultaba una carga menor para la población que si hubiera que sufragar una tropa permanente, algo de lo que la jefatura carlista era consciente.

La peculiar flexibilidad compositiva de la guerrilla galaica, estrechamente ligada a la dispersión de la población, facilitaba una fragmentación y una discreción de movimientos que hacía más difícil la detección por las columnas adversarias y su red de confidentes. En sentido contrario, cuando se consideraba necesario, el jefe de guerrillero, con autoridad sobre otras partidas, ordenaba el agrupamiento de las facciones para ejecutar una acción conjunta de envergadura e incluso, de acuerdo con otros mandos de semejante rango, se podía reunir una gran masa guerrillera de centenares de hombres. Uno de los muchos ejemplos de esta elasticidad operativa, basada en el agregación y desagregación escalonada de la guerrilla, tuvo lugar el 16 de marzo de 1836 cuando Juan Martínez Villaverde, al frente de las partidas lucenses, unió sus fuerzas con las guerrillas del área provincial coruñesa de Antonio M.^a López. Juntos incursionaron en la villa de Melide con la respetable cifra de 800 hombres¹¹.

⁹ Juan Martínez Villaverde fue comandante de los Voluntarios Realistas del Burón; Antonio María López, exteniente del Cuerpo de Voluntarios Realistas de La Mota... Barreiro, Xosé Ramón: *Liberales y absolutistas en Galicia*, Edición Xerais de Galicia, Vigo, 1982, pp. 201 y siguientes.

¹⁰ Término peyorativo con el que los carlistas denominaban a los liberales.

¹¹ Pirala, Antonio: *Historia de la guerra civil*. Fernando González Rojas, editor, Madrid, 1891, vol. II, p. 153.

Por tanto, el número de efectivos de una facción era variable según las circunstancias. Al alzarse en armas o en situaciones críticas –tras una debacle con el enemigo– presentaban cifras exiguas; mientras que una cadena de éxitos incrementaba los efectivos de manera significativa. Antonio M.^a López, uno de los jefes más señeros, a principios de 1834, inició la forja de su partida con apenas 4 hombres. No tardó en acrecentar sus filas. Al año siguiente, en 1835, dependiendo de la acción, podía reunir de 50 hombres a más de 100¹². En 1836 ya superaba con holgura los 300¹³. Esto no obstaba para que López pudiera actuar con un número menor de combatientes (requisas puntuales, tareas de reclutamiento, asistencia a reuniones...). El mismo patrón es visible en otros jefes con facciones de magnitud notable (Juan Martínez Villaverde, Mateo Guillade, el Ebanista...). Un bando del capitán general de Galicia, Manuel de Latre, fechado el 20 de enero de 1836, confirma esta forma de activación de la guerrilla. Una decena o más de jinetes sería el núcleo de la partida, el círculo de confianza del jefe y sus oficiales que «obran siempre como facciosos»¹⁴. Este grupo recorría las parroquias para convocar a los guerrilleros que, tras actuar, se dispersaba para retornar a sus casas hasta la próxima llamada. Con el tiempo y la experiencia, esta fase de aletargamiento operativo fue aprovechada por las fuerzas liberales para interceptar a los guerrilleros en sus idas o venidas o, a través del espionaje, presentarse en sus casas para registrarlas en búsqueda de pruebas (armas, documentos, artículos requisados...) que confirmasen su pertenencia a la guerrilla¹⁵.

La cruz de la moneda de esta discontinuidad operativa era que impedía al carlismo consolidar un dominio permanente sobre una zona en el

¹² En el asalto al correo La Coruña-Betanzos, López se presentó con 40-50 guerrilleros. AHUS, FCBC, CGG, procesos 1835, proceso n.º 181. «Oficio de Justicia de la Jurisdicción de Miraflores sobre el asesinato del conductor del correo que iba de La Coruña a Betanzos y extracción de la correspondencia y caudales acaecido la noche del veinticuatro al veinticinco de octubre por una partida de facciosos».

Cuando el jefe guerrillero asaltó, en el municipio de Ordes, a la diligencia que iba a Santiago su fuerza oscilaba entre 107 (52 de caballería y 55 de a pie) y 140 (60 a caballo y 80 a pie). AHUS, FCBC, CGG, procesos 1835, proceso n.º 179. «Causa formada contra los curas párrocos de San Julián de Sergude, Santa María de Vigo (municipio Cambre) y San Vicente de Vigo (municipio Carral) por no haber tocado las campanas el día 4 de agosto y concurrir con los más de las inmediatas a la persecución de los facciosos que se presentaron en las Traviesas el otro día».

¹³ El capitán Juan Viñas fue atacado, el 19 de mayo de 1836, en el fuerte de Sobrado dos Monxes por 41 caballos y 300 infantes mandados por López. AHUS, FCBC, CGG, procesos 1837, caja 27, proceso n.º 218, «Copia de la causa formada contra el capitán D. Francisco Viñas del 1er Batallón de Voluntarios de Galicia y el subteniente D. Juan del Río del mismo cuerpo cómplices y reos en la fuga de dos facciosos que se hallaban presos en un calabozo del exconvento de Sobrado en 20 de febrero último».

¹⁴ *BOP Lugo*, 7 (24-01-1836), p. 1.

¹⁵ Ferrer, Melchor; Tejera, Domingo; Acedo, José F.: *op. cit.*, vol. XVI, pp. 113 y 114.

Reino de Galicia y restaba la capacidad de presentar batalla, limitándose en muchos casos a la «guerra de zonas grises» que caracterizaba a las guerrillas. Esta realidad no empece, como veremos más adelante, para que en las fuerzas carlistas gallegas existieran algunas unidades itinerantes que por sus características se pueden considerar permanentes o la existencia de operaciones de cierta magnitud.

Este cuadro general contribuía a la formación de una «niebla de guerra» para las autoridades castrenses liberales que intentaban controlar los movimientos de una constelación de grupos de «facciosos» al mando de «cabecillas» que muchas veces no eran más que porciones desgajadas ocasionalmente de una partida que golpeaban aquí y allá para esfumarse. Para cuantificar de manera global los efectivos guerrilleros contamos con algunas fuentes. Para la primera guerra, disponemos de los datos que, el 19 de junio de 1838, aportaba el marqués de Londonderry en su discurso en la Cámara de los Lores sobre la situación de la guerra en España. En Galicia, el parlamentario británico estimaba que operarían unos 2.400 guerrilleros¹⁶.

¿Eran obligados los carlistas a enrolarse en las facciones? La oficialidad no plantea dudas al respecto. Asumieron de manera voluntaria el riesgo físico y patrimonial de su decisión. Pocos se acogieron a indulto; las bajas en combate, ejecuciones y los vejámenes sufridos por sus familias prueban su condición de cruzados de la causa. En noviembre de 1839, ya en el tramo final de guerra, los jefes supervivientes rechazaron un remedo del Convenio de Vergara propuesto por el entonces capitán general de Galicia, Laureano Sanz. La guerra continuó y la mayoría de ellos pereció (ver tabla n.º 1 en anexo).

Respecto a la tropa de las partidas (sin entrar en la ardua tarea de valorar la sinceridad de las declaraciones realizadas por los carlistas detenidos a sus captores) es un hecho que hubo recluta forzosa¹⁷, en especial,

¹⁶ Londonderry, The Marquess of, *Speech of the Marquess of Londonderry on Spanish affairs*, London, 1838, p. 45.

¹⁷ Media docena exguerrilleros acogidos a indulto excusaron su presencia en la partida de Vicente Gómez por haber sido «extraído de su casa por el cabecilla Gómez». AHUS, FCBC, CGG, procesos 1838, caja 29, expediente n.º 231. «Criminal contra Felipe Fernández de Macendo faccioso aprehendido por la columna de Celanova en 23 de septiembre de 1838 en casa de José Lorenzo vecino de Arrifán, Alcaldía de Villameá, herido de bala de fusil en la pierna derecha».

En otro proceso, el jefe Nogueiro, obligó a 4 jóvenes a ingresar en sus filas, pero dejó marchar a Ignacio Quiroga por ser hijo único de un padre de edad avanzada y a Agustín González por ser «roto de una ingle». Los otros dos (Juan López y Bernardo da Vila) regresaron a sus casas sin que conste que el jefe de la partida tomase represalias. AHUS, FCBC, CGG, caja n.º 136, pieza 12. «Sumaria sobre los mozos llevados por la facción en Teilán, año 1839».

en momentos críticos de apremiante necesidad de efectivos. No obstante, también es un hecho que no fue la vía de captación habitual y que se recurrió a ella en mucha menor medida que el ejército liberal. Precisamente los sorteos de quintos para ingresar en las filas liberales era uno de los momentos predilectos del carlismo no solo para amparar motines¹⁸ –algo habitual desde que el liberalismo impuso las quintas¹⁹–; sino también para que un jefe de partida, como autoridad militar de su circunscripción, impusiera a los mozos la deserción y el pase a filas carlistas²⁰ o, con más frecuencia, que sus agentes reclutadores se afanasen en «seducir» a los mozos para ingresar en las facciones, en las que, además de luchar en el lado correcto, las condiciones eran mejores que las del ejército liberal. Con independencia del estímulo carlista, numerosos mozos intentaron eludir el ingreso en el ejército liberal en ambas guerras ocultándose, huyendo a Portugal –no pocos acabaron en las filas carlistas–, dándose casos de automutilación de dedos de la mano para evitar su incorporación a filas²¹.

Descartado el alistamiento obligatorio como sistema de reclutamiento empleado de manera generalizada (nominalmente los carlistas se denominaban voluntarios)²², ¿qué llevó a los guerrilleros gallegos a tomar las armas de manera voluntaria? La respuesta a esta cuestión ha dado pie

¹⁸ El 17 de noviembre de 1835, al iniciarse el sorteo para la quinta de los 100.000 hombres en Riós, unas 1.500 personas comenzaron a dar vivas a Carlos V, muera a la reina y gritar ¡Todos somos libres! Los alborotadores cargaron contra los 44 nacionales presentes que hicieron uso de las armas ya que «hasta las mismas mujeres venían encima de nosotros a cantazos (y) el alcalde fue maltratado». Aunque el comandante de armas de Verín puso en duda los gritos subversivos, la fiscalía militar confirmó que las declaraciones de los nacionales coincidían en que sí hubo tales gritos. AHUS, FCBC, CGG, procesos 1835, proceso n.º 187, «Causa formada de orden del señor comandante de armas de esta villa de Verín a consecuencia de parte dado por el Subteniente de Voluntarios de dicha villa que ambos obran por cabeza sobre los acontecimientos que hubo con motivo del sorteo en la villa de Riós el día 18 de noviembre contra la tropa que fue a él y mozos sorteables».

¹⁹ Durante de la guerra realista, los conflictos provocados durante la celebración de sorteos (Sarria, Chantada, Cervantes...) fueron, como lo serán en las guerras carlistas, una de las vías predilectas para manifestarse contra el liberalismo. Veiga Alonso, Xosé Ramón: *op. cit.*, pp. 265 y 266.

²⁰ Un bando manuscrito, fechado el 9 de febrero de 1837 y firmado por el jefe Antonio Pardo, exigía a los padres con hijos en el ejército liberal o en la Milicia Nacional que desertaran y se pusieran a su disposición. Una transcripción del documento en Barreiro Fernández, Xosé Ramón: *O carlismo galego*. Edicións Laiovento, Ames, 2008, pp. 130-131. No hemos podido consultar el documento original que, en su momento, formó parte de un sumario de Capitanía General, y hoy ha desaparecido.

²¹ AHUS, FCBC, CGG, procesos 1838, caja 29, expediente n.º 229. «Sumaria formada contra el quinto procedente del Depósito de esta ciudad (Lugo) Manuel Rey n. 204 por el ayuntamiento de Vivero sobre la mutilación del dedo anular de la mano derecha».

²² AHUS, FCBC, CGG, procesos 1839, expediente n.º 602.

a concluir que la guerrilla carlista gallega era mercenaria²³, consecuencia de un exiguo enraizamiento social del carlismo en Galicia²⁴. De una y otra cosa disentimos. Respecto al interrogante planteado, a nuestro juicio, la respuesta es diamantina; no admite simplificaciones y sí matices. No se puede despachar la cuestión, afirmando, en un ejercicio reduccionista, que el carácter mercenario explica la existencia de una guerrilla durante 6 años, soportando unos índices de bajas tan elevados que poco tiempo podrían disfrutar de la soldada tanto los guerrilleros como sus familias, en muchos casos embargadas. Si con esa aporía se pretende evidenciar un carlismo gallego sin apenas sostén social, circunscrito a un sector de las élites del antiguo orden, lesionadas por el proceso revolucionario liberal, que hubo de recurrir a la retribución para insurreccionarse, se está ofreciendo una lectura falaz de la cuestión.

En el arranque de la primera guerra, el ejército acantonado en Galicia, salvo algunas individualidades, se desentendió del carlismo y apoyó a la monarquía isabelina. Haciendo de la necesidad virtud, el legitimismo sacó partido de la experiencia y recursos que proporcionaban los excombatientes de la guerra realista²⁵, librada diez años atrás, y los 32.000 ex voluntarios realistas²⁶ (en los que predominaba como su nombre indica el carácter voluntario) disueltos entre 1832 y 1833 por el capitán general de Galicia Pablo Morillo ya que suponían una espada de Damocles para los cambios que fraguaba la monarquía fernandina²⁷. Aunque solo una parte de este colectivo aceptó el desafío de tomar las armas, su «reenganche» resultó decisivo ante lo que consideraban que era un nuevo asalto, ahora bajo el marbete de las guerras carlistas, en su pugna contra el liberalismo. Una pugna en la que ya

²³ Castroviejo V, M.^a Francisca: *Aproximación sociológica al carlismo gallego*. Akal Editor, Madrid, 1977, p. 106 y Barreiro Fernández, Xosé Ramón: *op. cit.*, p. 110. Barreiro, en la misma página, se contradice. Por una parte, afirma: «Con esto no queremos establecer el siguiente binomio: campesino carlista= mercenario. Esta simplificación sería falsa e injusta». En la misma línea, añade: «Sin embargo, no cabe duda de que la mayor parte de los campesinos guerrilleros temporales eran mercenarios» (!).

²⁴ Barreiro Fernández, Xosé Ramón: *op. cit.*, pp. 88.

²⁵ El fenómeno guerrillero realista en Galicia tuvo uno de sus baricentros en el Burón, donde se formó una facción, dirigida por el Arcediano de Mellid y el escribano José Ramón Abuin, que algunas fuentes cifran en 900 guerrilleros. Veiga Alonso, Xosé Ramón: *op. cit.*, p. 266.

²⁶ Por ejemplo, la guerra de guerrillas frente a un ejército regular en el contexto de una guerra civil; buena parte de la oficialidad (eran veteranos o exoficiales de Voluntarios Realistas, Antonio M.^a López, Juan Martínez Villaverde, José Martínez Villaverde, Mateo Guillade, Vicente Sarmiento, Francisco M.^a Gorostidi, Antonio Pardo...); las redes de solidaridad populares existentes en bastiones del realismo en el Burón, Bajo Miño, Arzúa...

²⁷ Rodríguez Villa, Antonio: *El teniente general Don Pablo Morillo*. Editorial América, Madrid, vol. II, 1920, p. 233.

contaban con un martirologio local previo²⁸ que no tardaría en aumentar, aderezado por masacres anticlericales previas en otros puntos de España. Los jefes guerrilleros y sus lugartenientes iniciaron la captación para las partidas de otros ex voluntarios realistas, pero también de nuevos hombres²⁹. Conscientes del riesgo que representaba iniciar una guerra tan desigual, sin el apoyo del ejército ni de una potencia exterior, muchos rechazaron insurreccionarse, prefiriendo colaborar en retaguardia, retraerse o simplemente apoyar a Isabel II. Otros dieron largas (algunos se incorporaron después); el resto aceptó el desafío y la guerra comenzó.

Sin desechar el peso que pudo tener el cobro del «auxilio» (complementado en ocasiones con una cantidad adicional al ingresar en la partida) para animar a los indecisos –por ejemplo, los endeudados– no se puede considerar que fuera el elemento basilar que dio carta de naturaleza a la guerrilla en Galicia. La paga no supone necesariamente indiferencia ideológica y, por generosa que fuera (en bastantes casos no lo era tanto como se acostumbra a asegurar respecto a algunas unidades de las tropas liberales³⁰), ni su cobro estaba garantizado ni compensaba por sí sola la elevada probabilidad de sucumbir en combate o ante un pelotón de fusilamiento; de abocar a los familiares a

²⁸ El agarrotado escribano Abuin, líder guerrillero realista del Burón o los 44 realistas presos en Coruña arrojados al mar en 1823 por los liberales junto a 8 presos comunes.

²⁹ El Arcediano de Mellid afirmaba que para «adelantar la justa causa pudo no sin bastante trabajo trasladarse a las montañas que separan el país de Burón de los valles de Pedroso y Neira de Rey de cuyas gentes y terreno tenía bastante conocimiento con motivo de haber sido cura de Freijo y mandado en ochocientos veinte y tres el levantamiento y Realistas de Burón». Reboledo Pazos, Julio: «La Exposición del Arcediano (un singular documento del Archivo del Museo Provincial)», *Boletín do Museo Provincial de Lugo*, n.º 13, 2006-2008, pp. 287-308.

Otro ejemplo, por parte cristiana. El gobernador civil interino de Orense comunicaba a Morillo, el 10 de enero de 1835, el hallazgo de cuatro cartas al cura de Piñor que demostraban su desafección con el gobierno y 3 listas de personas del tiempo de los realistas de su pueblo, escritas de su propio puño en que se titulaba comandante de aquella fuerza para defensa del altar y el trono. La documentación iba a ser enviada al capitán general, pero los facciosos se apoderaron de ella y, por consiguiente, «el juego hecho tablas». AHUS, FCBC, CGG, Mazo 1834, «Expediente sobre la conspiración intentada en la ciudad de Orense por los estudiantes en el que se halla comprendido como principal motor el catedrático don Francisco Teodoro Mosquera y don Juan Varela, Arcediano de Sarria, 12 de diciembre de 1834».

³⁰ M.ª Francisca Castroviejo afirma que los sueldos no bajaban de los 8 reales diarios, el doble que el de un voluntario nacional. Castroviejo Bolibar, M.ª Francisca: *op. cit.*, p. 122 (Barreiro rebaja la cantidad, entre 4 y 7 reales). Son bastantes las declaraciones que contienen retribuciones a carlistas por debajo de 8 reales: 5-6 reales diarios (AHUS, FCBC, CGG, Mazo 1834. «Juez de la jurisdicción del Bollo remite testimonio sobre causa de conspiración que instruye, 8 de enero de 1834»); López en 1834 pagaba 4 reales diarios a sus hombres (AHUS, FCBC, CGG, Mazo 1834. «Parte Alcaldía mayor de Órdenes sobre movimiento de la facción, aprehensión del cura de Gafoi y de haberse presentado varios facciosos a indulto, 16 de septiembre de 1834») ...

penas de prisión, embargo de bienes por magro que fuera el patrimonio (ganado, mobiliario, cosecha, vivienda...) o destierro. Por otro lado, si la cuestión medular fuese la retribución, era más razonable ingresar en los cuerpos de voluntarios del ejército liberal donde al salario y complementos se le añadía prestar servicio en Galicia y, lo que no era cuestión menor, la probabilidad de sobrevivir era mucho más alta.

Por otra parte, existen múltiples testimonios que plasman de manera reveladora el grado de simpatía que el legitimismo despertaba en la Galicia decimonónica que permiten elucidar los motivos, más allá de los crematísticos, que explican la existencia de la guerrilla carlista. Ya hemos mencionado la existencia de decenas de miles de Voluntarios Realistas gallegos entre los que prendió con fuerza el carlismo. Iniciada la guerra, podemos añadir más pruebas de su calado social. Entre las fuentes cristinas, sobresale la vivencia del teniente de cazadores Luis de Evans. Evans formaba parte de las tropas de Espartero que, en julio de 1836, entraron en Santiago de Compostela siguiendo los pasos, a prudente distancia, de la expedición carlista del general Gómez que pocas horas antes había abandonado la ciudad. Al entrar en la capital gallega, Evans y sus compañeros de armas experimentaron el sinsabor de la indiferencia de una ciudad que «parecía inhabitable, escasas eran las personas que se veían asomar a los balcones y ventanas; y no hubo un solo grito de aquellos que inflaman el ardor guerrero, y le indican que está entre su pueblo». Recibimiento muy distinto a la entusiástica bienvenida dispensada, horas antes, a los expedicionarios carlistas, «antece-didos de un pueblo numeroso que los victoreaba, llegando hasta el exceso de abrazar las piernas de los lanceros de la vanguardia, haciendo con ellos las demostraciones más evidentes de los sentimientos que los animaban»³¹. Evans no exageraba. El capitán general de Galicia Manuel Latre transmitía a la secretaría de Estado y del Despacho de Guerra semejante información, aunque con un tono más irritado, «hubo una manifestación de alegría harto inconsiderada, especialmente en el populacho y clero; y la opinión estaba tan extraviada, que creyeron buenamente ganada su causa para siempre»³².

De igual manera, encontramos ecos de las simpatías que despertaba el carlismo en la Galicia rural en informes de la oficialidad liberal de ambas guerras. Por ejemplo, en julio de 1835, el gobernador militar de Lugo, Vicente Irañeta, confesaba que «el espíritu público de los pueblos de la montaña, por donde he andado cinco días, he notado que es muy sospechoso y puede recelarse cualquier cosa si no ven cruzar más tropas por aquellos puntos, y si esta

³¹ Evans, Luis de: *Memorias de la guerra de Navarra y las provincias*. Imprenta de don Antonio Bergnes, Barcelona, 1837, p. 50.

³² *Gaceta de Madrid*, 590 (30-07-1836), p. 1.

podiese ser de otras provincias, sería más conveniente...»³³. El capitán general de Galicia, Pablo Morillo era de la misma opinión, «El espíritu de los pueblos es fatal; el que no malo, es apático, y se encuentra dominado por el numeroso clero regular y secular»³⁴. Evans, Irañeta o Morillo no hacían más que constatar la realidad social gallega del momento. Junto a un sector de la Iglesia, forjador de una argamasa espiritual esencial, que con la hidalguía conformaban, a trazo grueso, la élite carlista gallega, no se podía soslayar, más allá de los que colaboraban por temor o interés, la existencia de un pueblo carlista.

Otro tanto ocurre con declaraciones de detenidos carlistas que prueban la existencia de un andamiaje militante de naturaleza transversal. El guerrillero de caballería Andrés Castro, un sastre de Sobrado apodado Violín, reconoció antes de ser fusilado que en el territorio en que operaba –actuales comarcas de Santiago, Terra de Melide, Arzúa, Betanzos, Ordes...– «encubridores son todos, unos por miedo y la mayor parte por voluntad»³⁵. La documentación archivística refrenda que el aserto de Violín no era un embuste ni una exageración³⁶. Encontramos semejante actitud entre la población de parroquias de la provincia de Pontevedra –por ejemplo, en las comarcas de Deza, Tabeirós...–; Orense –en las comarcas de Terra de Celanova, Limia, Baja Limia...– o Lugo –en las comarcas de Ancares, Terra Chá, Sarria, Fonsagrada...–. Tampoco se puede olvidar que los excesos de los liberales sobre la población eran la mejor carta de presentación de la Revolución española para despertar las simpatías contrarrevolucionarias; como señalaba el Arcediano de Mellid al informar sobre los progresos iniciales del carlismo en el Burón, «el espíritu público en favor de la causa carlista se iba mejorando lentamente por aquella parte más que por otra causa por las violencias y extorsiones de los enemigos»³⁷.

³³ Rodríguez Villa, Antonio: *op. cit.*, p. 258.

³⁴ *Ídem*, p. 257.

³⁵ AHUS, FCBC, CGG, procesos 1837, caja 27, proceso n.º 218. «Copia de la causa formada contra el capitán D. Francisco Viñas del 1er Batallón de Voluntarios de Galicia y el subteniente D. Juan del Río del mismo cuerpo cómplices y reos en la fuga de dos facciosos que se hallaban presos en un calabozo del exconvento de Sobrado en 20 de febrero último», h. 57.

³⁶ Cuando la partida de Ramón Ramos asaltó, el 29 de mayo de 1837, a unos comerciantes de Santiago que venían de la feria de San Lorenzo de Berdillo, estos no solo denunciaron el robo de mercancía. Añadieron que el asalto no hubiera sido posible sin la red de apoyos que los carlistas tenían en la comarca. En la misma causa se afirma que la guerrilla legitimista tenía «fuerza de paisanos de vigilantes y espías que les noticiaban cuanto pasaba como que por la tarde uno les notició que el sr. Astariz y Fernández Cid estaban cerca por cuyo motivo se retiraron a otro punto». AHUS, FCBC, CGG, procesos 1837, caja 28, proceso n.º 221, «Causa formada sobre el robo de paños hecho por los facciosos a los comerciantes de esta ciudad el día 29 de mayo último de dicho año», h. 9 y 10.

³⁷ Reboredo Pazos, Julio: *op. cit.*, p. 296.

Este soporte heteróclito trascendió límites geográficos (campo y ciudad), profesionales –clérigos, pequeños propietarios, jornaleros, colonos, caseros, médicos rurales, jueces, arrieros, escribanos, herreros, comerciantes, feriantes, taberneros, estudiantes, catedráticos, sastres...³⁸– y sexo– no fueron pocas las mujeres represaliadas por su compromiso carlista³⁹– cristalizado en un continuado goteo de sumarios instruidos por las autoridades militares liberales. Entre las élites del carlismo galaico, sobresale la presencia de sectores de la hidalguía y clero –algo que no debe extrañar por su capacidad organizativa⁴⁰ y peso social– y una corta nómina de miembros de la nobleza titulada (condes de Gimonde, Campomanes...). Un soporte que se mantuvo, décadas más tarde, en la antesala de la tercera guerra carlista. Prueba de ello son los 6 diputados carlistas elegidos por Galicia en las elecciones de 1871.

Su compromiso conjunto también se expresó en todos los órdenes. En retaguardia, desempeñaron un rol medular en el sostenimiento de la guerra como reclutadores, financiadores, informadores o colaborando en la cadena logística guerrillera (transporte y ocultamiento de armas y munición, cobijo y sustento de guerrilleros, custodia de depósitos de armas...). Una faceta en la que sobresalieron miembros del arzobispado (incluyendo a su titular Rafael de Vélez) y cabildo de Santiago de Compostela, monasterio de Sobrado...⁴¹. En el caso de los religiosos no pocos empuñaron las

³⁸ Caseros como los de la casa de Bordoedo que, ante la ausencia de los propietarios y, al parecer, sin su consentimiento, habían permitido que la facción enterrase armas en las tierras de la casa; facultativos como José Galán, cirujano de Arcillá, que en la feria de octubre de 1834 en Castro había confiado al vicario Luis Pardo (también legitimista) que contaba con 6 hombres armados para unirse a la facción y 10 fusiles o García de Samos que junto al boticario Manuel Ledo eran acusados de conspirar en 1834 para formar una partida; herreros como el de Sobrado, uno de los mayores espías de López; carpinteros como Antonio González, natural de San Adrián de Vieite, ex voluntario realista que «provocaba a los leales vasallos de S. M. llamándoles negros, negros, negros repitiendo igualmente esta cantinela después que se extinguieron dichos realistas»...

³⁹ María Josefa Lago, vecina de Santa María de Cela, casada y labradora, servía de enlace llevando mensajes entre los guerrilleros y sus colaboradores (un comerciante de Lugo, el cura de San Pedro de Momán...). AHUS, FCBC, CGG, procesos 1834, proceso n.º 154, «Causa formada a D. Joaquín López Alván, cura párroco de S. Lorenzo de Árbol, Carballido y Roás acusado de delito de infidencia». María Josefa no fue una excepción. Podemos referir que, a finales de 1836, en previsión de la eventual llegada de una nueva expedición carlista a Galicia, el comandante militar de Santiago de Compostela, marqués de Astariz, envió a La Coruña un grupo de 20 presos carlistas, la mayoría socorridos por la Junta de Caridad por no tener medios suficientes. De la veintena de presos, 13 eran mujeres (María Ulla, Andrea Quintela, María Toubes, Brígida Cid...). AHUS, FCBC, CGG, mazo 1836, «Oficio del comandante general de Santiago marqués de Astariz a CGG, Santiago 14 de octubre de 1836».

⁴⁰ Bullón de Mendoza, Alfonso: *op. cit.*, p. 441.

⁴¹ El destierro a Menorca del arzobispo Rafael de Vélez y la prisión y destierro de su auxiliar Manuel María de Sanlúcar, acusados de sostenedores de la facción, son algunos de los nexos de la alta jerarquía eclesial gallega con el carlismo.

armas y pagaron con su vida. Canónigos como Juan Martínez Villaverde –que lo fue de Mondoñedo y pasó a convertirse en la figura más señalada en el organigrama del carlismo bélico– o Francisco M.^a de Gorostidi, cardenal canónigo de Santiago de Compostela, que intentó dirigir una insurrección generalizada, formó una partida que fracasó y acabó sus días ante un pelotón de fusilamiento. Frailes como Feijóo, Fariñas, Meiriño o Saturnino Enríquez de la Venerable Orden Tercera que mandó el escuadrón de caballería La Constancia; diáconos (Mosteiro); subdiáconos (San Breijo); presbíteros (Juan Jul)...

Para hacer frente al desafío carlista en Galicia en la guerra de los Siete Años, el régimen isabelino tuvo a su disposición los recursos del Estado que, pese a las deficiencias y mermas, le conferían una ventaja incuestionable. Todas las unidades del ejército acuarteladas en Galicia se alinearon con Isabel II (Regimiento de Monterrey, Regimiento 16 Castilla, Regimiento 15 Extremadura, artilleros de la marina, Regimiento de Caballería Albuera...). Peor o mejor dotadas⁴², constituían una fuerza con instrucción, armamento, caballería, oficialidad, marina de guerra, artillería, logística, instalaciones militares (fuertes, arsenales, cuarteles...) frente a la precariedad de medios del carlismo de bayoneta. A su frente, hallamos a curtidos militares (titulares de la Capitanía General como Pablo Morillo, Manuel Latre; oficiales como Irañeta, Sanjuanena, marqués de Astariz, Joaquín Cayuela, Nicolás Luna...).

El ejército liberal engrosó sus filas con quintos y unidades de voluntarios, los cuerpos francos, que cobraban un estipendio y solían cumplir el servicio de armas en Galicia. En la documentación archivística, hemos encontrado que los carlistas gallegos, de manera coloquial y peyorativa, les denominaban *pataqueiros*⁴³. Sobre los cuerpos francos, como incide Bullón de Mendoza⁴⁴, es de sumo interés lo declarado por el capitán general de Galicia Jerónimo Valdés que sostenía que, con su incorporación al

⁴² En algunos casos, las penas económicas impuestas a colaboradores del carlismo o por su pasividad se valoraban en pares de zapatos para la tropa. AHUS, FCBC, CGG, procesos 1837, caja 28, proceso n.º 223. «Sumaria recibida en el Juzgado de primera instancia de Vilalba contra los habitantes la casa del Cañotal parroquia de San Salvador de Ladra, en que fue hallado el cabecilla Pablo Gómez, sobrino de Pardo de Rábade y su compañero Manuel García vecino de Gaibor, muerto el primero y el último fugado», h. 51.

⁴³ Pensamos, posiblemente derivada de *patacón*, la moneda de cobre equivalente a diez céntimos de peseta. El uso de este vocablo posiblemente se aplicase, en general, a los combatientes retribuidos liberales, fueran cuerpos francos o milicianos. AHUS, FCBC, CGG, procesos 1837, caja 28, proceso n.º 221. «Causa formada sobre el robo de paños hecho por los facciosos a los comerciantes de esta ciudad el día 29 de mayo último de dicho año».

⁴⁴ Bullón de Mendoza, Alfonso: *op. cit.*, p. 215.

conflicto prestando servicio en su provincia, «se ha evitado, atrayendo a las filas leales, a muchos individuos, que, por librarse quizá de la miseria, hubieran engrosado las rebeldes, siendo este el pensamiento secreto del Gobierno al determinar su creación»⁴⁵. Una aseveración que refuerza lo apuntado líneas atrás. A pesar de correr menos riesgos luchando en las filas liberales, prestar servicio en su tierra y tener una paga, la creación de los cuerpos francos no logró atraer a millares de guerrilleros que durante 6 años lucharon en la guerrilla carlista. Es evidente que, además de la paga, había otras razones para luchar en la facción y no en la hueste liberal.



**D. Jerónimo Valdés, capitán general de Galicia en 1838 (izqda.)
y D. José Sánchez Bregua (dcha.), capitán general en la tercera guerra carlista**

Otro cuerpo auxiliar, tan esencial como cuestionado, fue la Milicia Nacional (inicialmente nominada Milicia Urbana). Se trataba de unidades de carácter local que presentan un mayor compromiso con el ideario liberal —si bien, no en pocos casos, el compromiso era bastante resbaladizo o aparente

⁴⁵ Valdés, Gerónimo: *Observaciones del Capitán General de Galicia a los discursos pronunciados en el Congreso por los SS. Diputados Pardo Montenegro y Calderón Collantes en la sesión de 18 de diciembre de 1838*, Imprenta de la V. e H. de Compañel, Santiago, 1839, p. 8.

(hubo presiones de las autoridades para enrolarse)⁴⁶. Los milicianos colaboraban con las tropas isabelinas en el desempeño de múltiples funciones: vigilancia, servicio de información, escolta para ejecución de embargos, registros, detención de guerrilleros carlistas y colaboradores en retaguardia, protección de la extensa red de núcleos de población que no siempre podían estar al amparo de las tropas del ejército o la más expeditiva organización de columnas para, bien en solitario, bien en coordinación con las fuerzas regulares, combatir a las fuerzas carlistas. El rol jugado por esta milicia en el conflicto –no olvidemos el contexto de lucha fratricida–, su carácter local, su colaboracionismo en la represión del carlismo y, en sentido lato, su menor calidad operativa, explican que se convirtiesen en blanco predilecto de la guerrilla carlista. Por último, aún cabe añadir otros cuerpos de carácter policial que participaron en la guerra, los carabineros y los miñones.

Teniendo en cuenta lo indicado, podemos hacer una estimación orientativa de las fuerzas contendientes en la primera guerra. Más arriba referimos que el marqués de Londonderry, en 1838, cifraba en torno a 2.400 los efectivos guerrilleros que combatían en Galicia. Para el mismo año, el capitán general de Galicia, Jerónimo Valdés manifestaba que la fuerza liberal totalizaba 6.067 hombres del ejército y cuerpos francos más 371 nacionales movilizados. Valdés estimaba esta fuerza insuficiente para combatir a las guerrillas pues debían detraerse soldados para cubrir las guarniciones de Ferrol y Coruña donde se custodiaban numerosos prisioneros carlistas; 900 dedicados a proteger correos y caudales recaudados, las más de 20 ferias mensuales, escoltar a los quintos enviados a Castilla...⁴⁷.

Estimación fuerzas contendientes primera guerra carlista en Galicia en 1838	
Cristinos	Carlistas
6.067 ejército y cuerpos francos	2.400 guerrilleros
371 nacionales movilizados	
Total: 6.438*	Total: 2.400

*No se computa fuerza de carabineros y miñones

⁴⁶ No faltaron simpatizantes del carlismo que acabaron en la milicia (y a la inversa) sin que por ello en todos los casos renunciasen a sus convicciones. Uno de ellos fue el ex voluntario realista, carpintero y labrador Antonio González del municipio de Leiro, que sufrió prisión y embargo por sus simpatías carlistas, a pesar de ser miliciano urbano. AHUS, FCBC, CGG, caja n.º 136, pieza 2. «Causa de oficio contra Antonio González de San Adrián de Vieite sobre desafección al Legítimo Gobierno de la Reina Nra Señora (que Dios guarde.) D^a Isabel Segunda».

⁴⁷ Valdés, Gerónimo: op. cit., p. 8.

En las zonas rurales con notable presencia partisana contrarrevolucionaria, ante la carencia de recursos, la autoridad liberal impuso a los locales numerosas obligaciones suplementarias (tocar a rebato y acudir a enfrentarse a la guerrilla, espionaje, correo, guías, bagajeros, alojamiento, raciones para militares, pienso y forraje para caballerías...) que no eran aceptadas de buen grado⁴⁸. Para su cumplimiento se recurrió al palo (multas, cárcel o incluso la muerte) y a la zanahoria (incentivos). Entre los últimos, se ofrecieron recompensas y exenciones de obligaciones (por ejemplo, quintas, impuestos...) ⁴⁹ colectivas e individuales. Por ello, sin rechazar el apoyo que la causa liberal tenía en el campo –o el temor a infringir las órdenes de la autoridad instituida–, se debe graduar el apasionado relato de las fuentes liberales y de un sector de la historiografía. Cuando fue batida la partida de Gorostidi, el gobernador civil de Pontevedra aseveraba que «hallándose sin armas los naturales hasta con piedras persiguen y aprehenden a los facciosos como ha sucedido en Cuntis»⁵⁰. Sin embargo, este celo iba más allá de lo estrictamente ideológico y se entiende mejor con el estímulo de la recompensa⁵¹. Algo que no se limita al caso referido. A lo largo de la guerra, encontramos más escrupulosas relaciones tarifarias⁵². ¿Cabría aquí hablar de mercenarios?

Pasando a la tercera guerra carlista, en los años previos a la guerra, al albur de los cambios en materia política (caída monarquía isabelina) y religiosa (artículo 21 de la constitución de 1869 que consagraba la libertad de cultos) que deparó la Revolución de 1868, el legitimismo cobró nuevos bríos en Galicia. Su base social se ensanchó; la causa de Carlos VII fue vista por muchos como un antemural frente a la deriva revolucionaria –empleando el título de Vicente Manterola, se trataba de «Don Carlos o el petróleo»–. Este contexto facilitó la constitución de guerrillas al comenzar

⁴⁸ Castroviejo Bolibar, M.^a Francisca: *op. cit.*, p. 126 y siguientes.

⁴⁹ Vid. Bando de Pablo Morillo, el 28 de octubre de 1835.

⁵⁰ AHUS, FCBC, CGG, Mazo 1835. «Oficio del gobernador civil de Pontevedra Pedro M.^a Fernández Villaverde al Secretario de Estado y del Interior, Pontevedra 16 de mayo de 1835».

⁵¹ El gobernador civil de Pontevedra ordenaba: «Y las justicias del mismo para que hagan salir sus domiciliarios al ojeo, en persecución de los dispersos; en concepto que cuanto les aprehendan será para los mismos, sin perjuicio de una buena recompensa pecuniaria con que gratificaré a los que cojan algún faccioso, armas, caballos, papeles...». *Gaceta de Madrid*, 148 (28-05-1835), p. 591.

⁵² La Capitanía General autorizó la formación de la partida de patriotas de Leira, otorgándole un reglamento. En su punto 5º se puede leer: «Todo cuanto se tome al enemigo, quedará a beneficio de la partida». En el 8º, se retribuye con 60 reales por carlista de infantería vivo o muerto; 80 si es de caballería... *BOP Orense*, 1 (01-01-1839), pp. 1 y 2. Ni qué decir de las sumas prometidas por los jefes guerrilleros capturados o muertos.

la guerra cuya naturaleza, en lo esencial, es semejante a lo apuntado para la primera. Veteranos de la guerra de los Siete Años (Juan Suárez Campos, Nogueiro de Ver...) y jóvenes carlistas tomaron ahora el testigo⁵³. Aunque el carlismo civil se había vigorizado (órganos de prensa, centros tradicionalistas, incremento de simpatizantes...), evidenciado en los buenos resultados electorales cosechados en 1871, de nuevo, el apoyo del ejército fue casi testimonial⁵⁴.

No obstante, la guerrilla carlista de la tercera guerra presenta sensibles diferencias respecto a la guerra de los Siete Años. Algunas facciones alcanzaron cierto relieve numérico (las de Manuel M.^a Núñez Saavedra, Suárez, Ostendi...) pero, en términos generales, el sumatorio fue menor que en la primera guerra que presenta una actividad bélica más intensa. Por parte gubernamental, la Capitanía General de Galicia tuvo en Sánchez Bregua a su titular más descollante (durante la I República fue ministro de la Guerra) que dispuso de una cómoda ventaja numérica al disponer de millares de efectivos procedentes del ejército (como el Regimiento de Murcia n.º 37 que operó en Lugo), Guardia Civil, carabineros, voluntarios y milicias cuyo nombre variará en el transcurso de los acontecimientos del Sexenio Revolucionario.

El fiel de la balanza de los recursos militares, inclinado en ambas guerras a la causa liberal, presenta una desigualdad más acusada en la tercera guerra y bien puede explicar una de las diferencias sustanciales entre las guerrillas de una y otra contienda. En la guerra de los Siete Años las facciones no rehuían del choque armado con tanta facilidad como sí lo hicieron las de la tercera guerra que se centraron en operaciones de sabotaje y requisas. Por otra parte, esta disímil concepción de la guerra hizo que en Galicia no se produjeran ejecuciones sumarísimas de prisioneros ni la población civil sufrió la mortífera espiral de represalias característica de la guerra de los Siete Años. Esto se tradujo en una notoria diferencia del número de víctimas en una y otra guerra. Si bien no disponemos de cifras definitivas, para la primera guerra en Galicia, como poco, la cifra de bajas se cuantifica en centenares de muertos, mientras que en la tercera guerra se pueden valorar en decenas, en su práctica totalidad del bando carlista (de hecho, no hemos encontrado registro de ningún militar caído en combate en el bando liberal)⁵⁵.

⁵³ V. Comesaña Paz, Alfredo: «La Tercera Guerra Carlista en Galicia: un epítome y algunas observaciones de interés», en *Aportes: Revista de historia contemporánea*, n.º 96, 2018, pp. 183-212.

⁵⁴ El exsargento David Cornejo, el teniente Francisco Fernández Cordeiro ...

⁵⁵ Comesaña Paz, Alfredo: op. cit., p. 467.

Estimación fuerzas contendientes tercera guerra carlista en Galicia*	
Fuerzas liberales en Galicia en 1872. Columnas móviles y guarniciones	Carlistas
Infantería (provincia Coruña): 69 Guardia Civil (provincia Coruña): 80 Carabineros (provincia Coruña): 125 Caballería (provincia Coruña): 20 Artillería (provincia Coruña): 200 Infantería (provincia Lugo): 355 Guardia Civil (provincia Lugo): 80 Carabineros (provincia Lugo): 101 Infantería (provincia Orense): 310 Guardia Civil (provincia Orense): 108 Carabineros (provincia Orense): 296 Infantería (provincia Pontevedra): 180 Guardia Civil (provincia Pontevedra): 70 Carabineros (provincia Pontevedra): 118 Guarnición Orense: 293 infantería + 18 Guardia Civil Guarnición Pontevedra: 74 infantería + 58 Guardia Civil Guarnición Vigo: 79 infantería + 58 Guardia Civil Guarnición Lugo: 197 infantería + 26 Guardia Civil + 26 caballería Guarnición Mondoñedo: 82 carabineros + 7 Guardia Civil Guarnición Coruña: 501 artilleros + 160 infantería + 55 Guardia Civil + 25 caballería + 53 carabineros Guarnición Ferrol: 160 infantería + 200 artilleros + 20 carabineros Guarnición Santiago: 50 infantería + 16 Guardia Civil + 74 carabineros	Aproximadamente un batallón
Total: 4.344**	Total: 600-900 ⁵⁶

* Fuente: AHUS, FCBC, CGG, Asuntos de orden público, movimientos militares, «Disposición fuerzas en Galicia en 1872».

** No se contabiliza fuerza de voluntarios.

Por último, otro aspecto distintivo de esta campaña reseñable es el hecho de que fueron menos frecuentes las grandes concentraciones guerrilleras que en la primera guerra. Ahora bien, una de ellas, la formada por Núñez Saavedra y Manuel Osorio en su periplo asturiano, es probable que fuese el más notorio hecho de armas de una facción gallega fuera de su tierra de todas las guerras carlistas.

⁵⁶ Partiendo de los datos existentes de Capitanía General de Galicia, se contabilizan de manera estimativa: 285 detenidos, 37 heridos (no todos capturados), 27 muertos y 91 presentados a indulto. El total asciende a 440 guerrilleros, teniendo en cuenta que no son cifras definitivas la horquilla de guerrilleros gallegos que lucharon en la tercera guerra carlista podría estimarse entre los 600-900.

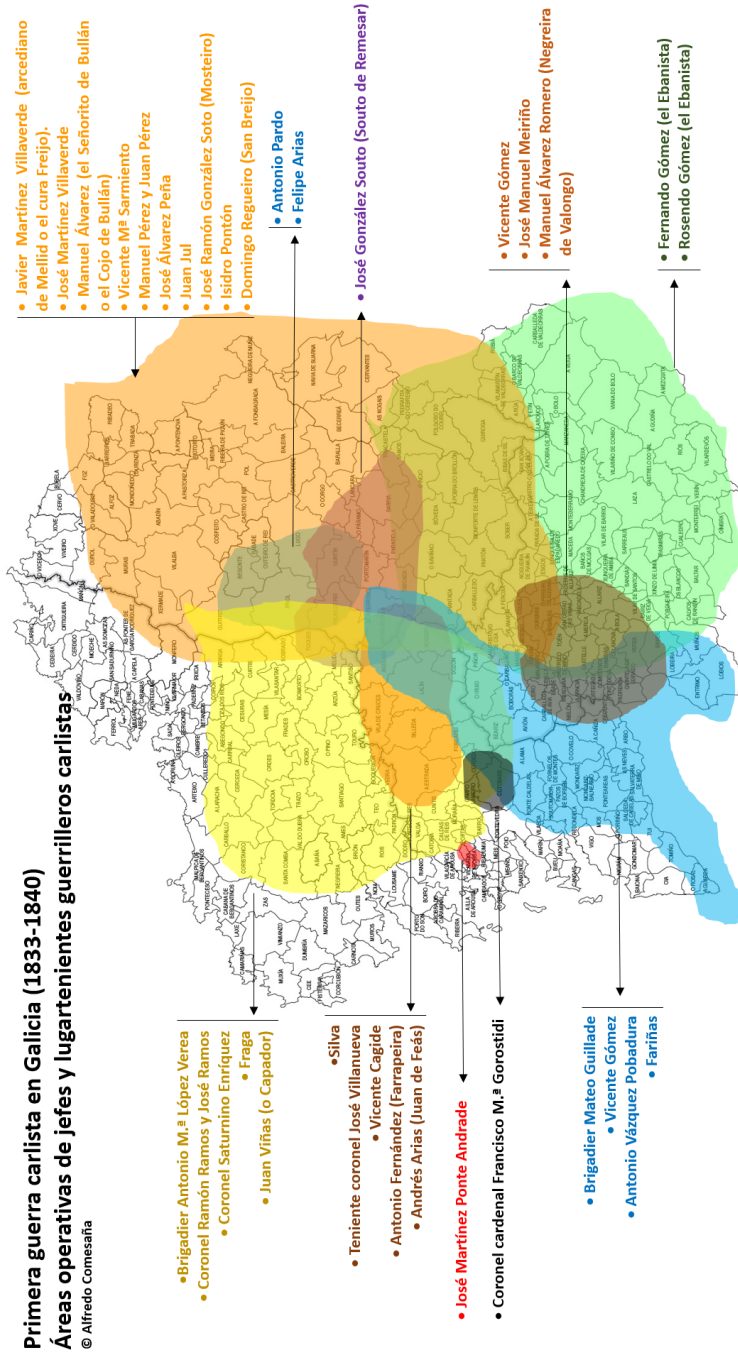
GEOGRAFÍA DE LAS GUERRAS CARLISTAS EN GALICIA

«La geografía no discute. Es, sin más»⁵⁷, zanjaba Spykman. Con su aforismo es posible comprender alguno de los factores geográficos y humanos que determinaron, singularizaron y acotaron el teatro de operaciones en el que transcurrieron las guerras carlistas en Galicia. Al igual que en la cercana guerra realista, las facciones intentaron sacar partido de las ventajas tácticas que les proporcionaba la geografía. Una quebrada orografía, integrada por sierras y cordales como las sierras orientales lucenses (Ancares, Courel, Meira...), Dorsal gallega (Xistral, Cova da Serpe, Faro, Farelo, Candán...), Xurés, Segundeira..., junto al clima húmedo (y frío en las zonas más elevadas), dificultaba que la cadena logística liberal mantuviera un control permanente y efectivo de estas áreas. Al espacio montañoso se le unía una densa red hidrográfica. En particular, los ríos de orientación este-oeste de la vertiente atlántica (Miño, Sil, Limia y Ulla) que cuarteaban el territorio, formando una barrera hídrica que ralentizaba la movilidad incisiva de la tropa enemiga (al tiempo, el trazado del Miño y Ulla servían como líneas demarcadoras de la organización operativa guerrillera). Al relieve y la red fluvial se agregaban densas masas boscosas, también presentes en valles y penillanuras, que velaban los movimientos de la guerrilla⁵⁸. Asimismo, estuvo muy presente el característico marbete impreso por la huella humana en el territorio. Las numerosas facciones surgieron en torno a una plétora de entidades de población, resultado de un poblamiento disperso, que integraban el mapa jurídico-administrativo del Reino de Galicia (ciudades, villas, parroquias, pueblos, aldeas...) en tránsito al nuevo orden impuesto por la Revolución española, donde la parroquia brillaba con luz propia como unidad territorial y seña de identidad local.

Sobre el espacio geográfico resultante de la conjunción de marco físico y ocupación humana, se nuclearon los baricentros clandestinos guerrilleros conformados, en líneas generales, por villas y ciudades que desempeñaban el rol de centros de decisión, conspirativos y logísticos (armas, munición, combatientes, fondos...) en torno a los cuales orbitaba un *hinter-*

⁵⁷ Spykman, Nicholas J.: *America's Strategy in World Politics: The United States and the Balance of Power* en Kaplan, Robert D.: *La venganza de la geografía*. RBA, Barcelona, 2012, p. 61.

⁵⁸ El labrador José Quintás, oficial de la partida de López, antes de ser fusilado, desveló el uso que la partida hacía del medio físico; se reunían unas veces en los montes de Bocelo (área de Boimorto, Toques y Sobrado), otras en la foresta de San Martín de Calvos (Arzúa)... AHUS, FCBC, CGG, procesos 1834, proceso n.º 146. «Expediente de embargo y demás del cura de San Esteban de Pantiñobre».



MAPA N.º 1

land rural y su correspondiente espacio natural. Para completar el complejo escenario que deparaba este poblamiento enmarañado no se puede soslayar la íntima imbricación entre campo y ciudad que constituía un desdibujado continuum de límites imprecisos. La suma de estos factores físicos y humanos moldeaban un paisaje característico que explica, en parte, la dificultad que arrostraron las fuerzas liberales para someter prontamente a las facciones gallegas.

Los escenarios más relevantes y los jefes de las facciones que actuaron en ellos (ver mapa n.º 1 y tabla n.º 1), durante la primera guerra carlista, en la provincia de La Coruña, orbitaron en torno a Santiago de Compostela y un área integrada hoy por municipios coruñeses y lucenses (Boimorto, Sobrado, Toques, Arzúa, Palas de Rei, Melide, Mesía...) en la que se enseñoreó, hasta su muerte, Antonio María López y después los que le tomaron el relevo (Ramos y fray Saturnino Enríquez), incursionando al norte hasta el municipio de Carballo; al sur, más allá del Ulla y, al este, se adentraban en Lugo. En la provincia de Pontevedra sobresalen tres puntos: las comarcas septentrionales de Deza y Tabeirós donde actuaron las guerrillas de Silva y el teniente coronel Tomás Villanueva; la línea de demarcación con las provincias vecinas de Lugo, Coruña y Orense adonde llegaban guerrillas de estas provincias y el área meridional en la que ganó celebridad el brigadier Mateo Guillade. En la provincia de Orense los focos más activos se hallaban en la franja meridional, próxima a la frontera hispanoportuguesa, articulada en torno a la raya seca y el curso del Miño (Manuel Álvarez Romero, Vicente Gómez, Guillade...) en la que también incursionaron partidas lucenses (Fernando Gómez, el Ebanista).

En el oriente de la provincia Lugo, cobran especial protagonismo las comarcas de Burón (Fonsagrada) y Os Ancares (Becerreá) –beligeros antemurales del legitimismo galaico que en la guerra realista constituyeron uno de los focos más activos de las guerrillas–. Prueba de ello es la canteira de jefes guerrilleros que proporcionaron al carlismo estas tierras. En la larga nómina de individualidades se distinguen los hermanos Juan y José Martínez Villaverde, en particular el primero, conocido también como el Arcediano de Mellid o el cura de Freijo, que acabó por desempeñar –más bien sobre el papel– la jefatura de las facciones gallegas; Manuel Álvarez (conocido como el Señorito de Bullán), Mosteiro, Vicente Sarmiento, Jul, San Breijo... La influencia de los jefes del Burón se dejaba sentir, y también se apoyaba, en el resto de la provincia. Al norte, en los municipios que circundan Mondoñedo y al sur, teniendo a Lugo como centro neurálgico, sobresalen Antonio Pardo, Souto de Remesar o, incluso desbordando el límite provincial con Orense, Fernando Gómez, el Ebanista.

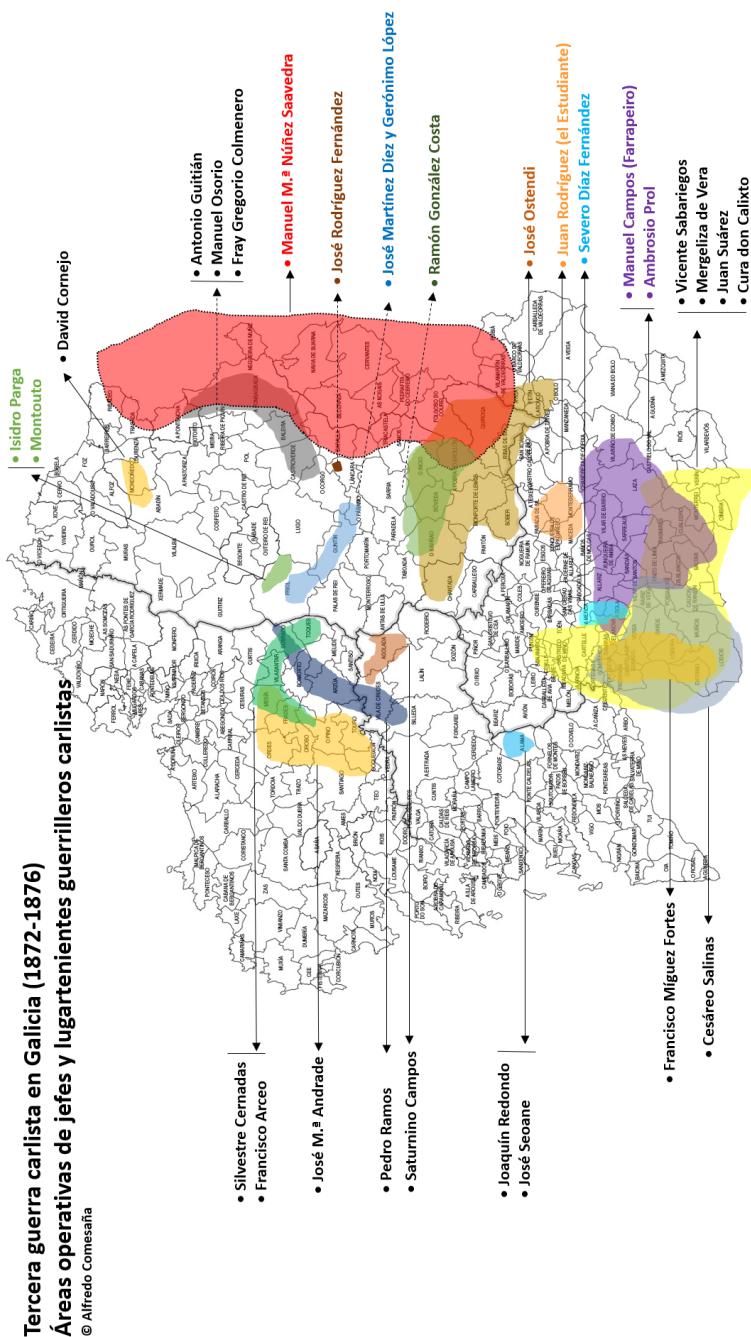
En la tercera guerra carlista el alcance de la actividad guerrillera fue menor respecto a la guerra de los Siete Años (ver mapa n.º 2), en particular, en la provincia de Pontevedra en la que actuaron algunas partidas de trayectoria discreta (Joaquín Redondo o Saturnino Campos). En las provincias restantes, las facciones estuvieron nucleadas en torno a comarcas con fuerte arraigo carlista. En la provincia de Coruña, en las comarcas de Santiago, Arzúa, Ordes y Melide salieron al campo jefes como Pedro Ramos o el joven José María Andrade. En Lugo, las comarcas montañosas del este se convirtieron en la espina medular del carlismo bélico con Manuel María Núñez Saavedra como la figura más destacable, Manuel Osorio, fray Gregorio Colmenero, Antonio Guitián... Al sur, en el área de la comarca de Terra de Lemos, operaron el vizcaíno José Ostendi o Ramón González Costa. Por último, en la provincia de Orense, las comarcas de Verín, Limia, Celanova o Ribeiro fueron el teatro de operaciones de los jefes Juan Suárez, Cesáreo Salinas... teniendo, de nuevo, a la frontera con Portugal, como línea crítica para replegarse y regresar desde allí a internarse en territorio español. Algunos de estos jefes orensanos hicieron incursiones desde Portugal acompañando a los sucesivos comandantes generales de Galicia, Vicente Sabariego y Regino Mergeliza de Vera⁵⁹, comisionados por el Estado Mayor carlista para dirigir a las guerrillas de Galicia.

Mención especial merece el espacio fronterizo con Portugal que compendiaba ventajas de la geografía física y política. El carlismo de ambas guerras explotó las posibilidades que ofrecía la salvaguarda ocasional que encarnaba la barrera divisoria entre los reinos de España y Portugal. Aun siendo Lisboa firme aliada de los diferentes gabinetes instalados en Madrid, la frontera coartaba los movimientos de las tropas liberales en su persecución a las partidas legitimistas que actuaban con un ojo puesto en el tramo final del Miño, en el río Limia⁶⁰ o en la raya seca. Los jefes guerrilleros eran sabedores que, una vez cruzada la frontera, las tropas españolas, tarde o temprano, desistirían en su persecución para regresar a

⁵⁹ *El Cuartel Real*, suplemento (27-08-1874).

⁶⁰ El guerrillero Bartolomé Rodríguez afirmaba que «andaban por la izquierda del río Limia, pero cuando se ven acosados, pasan a la derecha» en alusión a que acababan por internarse en Portugal. AHUS, FCBC, CGG, caja n.º 136, pieza 11, «Causa instruida contra Bartolomé Rodríguez, faccioso aprehendido con armas, año 1839», h. 1.

Otro tanto sucedía en la tercera guerra carlista donde «La Galicia, cuyo suelo se presta tanto como el de Navarra o el de Vizcaya a la guerra de partidas, se ve hoy recorrida por varias de ellas, que tienen por base de operaciones las montañas situadas al Norte de Orense y de Monterrey, a cuyo abrigo se mueven fácilmente teniendo a la espalda a Portugal». *El Cuartel Real*, 104 (03-09-1874), p. 4.



MAPA N.º 2

suelo español. La línea fronteriza no agotaba las oportunidades que proporcionaba la vecindad portuguesa. Con la cooperación de ciudadanos portugueses, los contrarrevolucionarios galaicos tejieron una malla logística clandestina que cobijó a emigrados civiles y guerrilleros⁶¹; aprovechó las redes de contrabando para abastecerse de pertrechos de guerra⁶²; creó puntos de concentración guerrillera –sierra da Peneda⁶³–; construyó depósitos de armas; coadyuvó a la organización de incursiones desde territorio portugués –valle de Monterrey–; facilitó el pase a las filas carlistas de miguelistas...

*GALICIA EN LOS PLANES DEL CARLISMO.
EL IMPOSIBLE EJÉRCITO REAL DE GALICIA*

La divergencia derivada del binomio de una concepción centrífuga de la guerra frente a una concepción centrípeta estuvo presente, en el seno del carlismo de bayoneta galaico, en ambas guerras. El desenlace de este dilema fue el mismo, prevaleció el idiosincrásico «minifundismo guerrillero». En la primera guerra carlista se pergeñaron varias iniciativas para concentrar el mando efectivo de la guerra para agujijonear no de manera aislada sino como un enjambre e incluso superar el estadio de guerrilla para pasar a ejército carlista. Algunos de estos proyectos se desarrollaron desde Galicia (aun contando con la colaboración del Estado Mayor carlista); en otros fue crucial el apoyo externo. Por una u otra razón, todos se estrellaron contra el muro del fracaso. Desde Galicia, a principios de 1834, se produjo el intento ya referido del coronel José M.^a Pouso para unificar el mando y desencadenar la guerra tomando Lugo. En el mismo año, desde Navarra, es probable que al planear Zumalacárregui una expedición al mando del coronel Arroyo⁶⁴ (para lo que fue nombrado comandante general interino

⁶¹ Durante la tercera guerra, el comandante general carlista de Galicia, Regino Mergeliza de Vera, fue detenido en Portugal. Entre la documentación incautada, se encontraban sus contactos en el país vecino. AHML Divisão 3/ Secção 17 /Série 3/Caixa 27/ Documento 189. «Relación de la documentación de Regino Mergeliza de Vera encontrada en una finca de Valença do Minho escondida en julio de 1874».

⁶² AHML. Divisão 3/ Secção 17 /Série 2/Caixa 9/ Documento 162. «Comunicación del ministerio do Reino al ministerio de Guerra, 22 de abril de 1873».

⁶³ Entre otras localidades, en Castro Laboreiro, sempiterno refugio del carlismo galaico de ambas guerras como alertaban los diplomáticos españoles en 1873. AHML, Divisão 3/ Secção 17 /Série 3/Caixa 25/ Documento 85. «Comunicación del embajador español, A. Fernando de los Ríos, a Secretaría de Estado dos Negocios Estrangeiros, 27 de mayo de 1873».

⁶⁴ Bullón de Mendoza, Alfonso: *La expedición del general Gómez*. Editora Nacional, Madrid, 1984, p. 24.

del Ejército Real de Asturias y Santander), entres sus metas, contemplara lograr la conexión con las partidas de la vecina Galicia⁶⁵. También en 1834 Galicia entró en los planes carlistas trazados desde Portugal. Carlos V, en su exilio luso, intentaba entrar en España bien por Castilla, bien por Galicia partiendo de Valença do Minho. Para ello se cerró una gran operación de compra de pertrechos en el Reino Unido, transportados en la balandra Express Packet que zarpó de Plymouth con dirección al norte de Portugal. Todo se fue al traste. La balandra fue interceptada por el servicio de guardacostas del gobierno español a la altura del estero de Oya y Valença fue tomada por las tropas pedristas⁶⁶.

Con igual voluntad de vigorizar la guerra en Galicia, a principios de 1835, don Carlos rubricaba en Zúñiga un decreto para la constitución de una Junta Gubernativa en Galicia que debía estar en conexión con el cuartel real. En el documento el objetivo militar es manifiesto⁶⁷. Presidida por el arzobispo de Santiago de Compostela, Rafael Vélez, incluía a militares de carrera como el teniente general Pedro Legallois Grimarest (prisionero por entonces en el coruñés castillo de San Antón) o el mariscal de campo marqués de Bóveda de Limia y a señalados jefes guerrilleros —el Arcediano de Mellid—. Junto a ellos, con un perfil administrativo, se encontraban Ramón Pedrosa y Andrade o José Arias Teijeiro. Asimismo, se planificó una vasta conspiración que incluía una insurrección general en todo el reino que debía ser respaldada por centenares de carlistas presos en los pontones de Lisboa que, previa fuga, debían dirigirse a Galicia. Para la dirección militar de este proyecto inicialmente se pensó en un oficial de prestigio, Vicente González Moreno⁶⁸.

Los planes fueron desbaratados por el capitán general Morillo. El arzobispo compostelano fue enviado al destierro y el barón de Kerveno,

⁶⁵ Al estallar la guerra, Arroyo era capitán de carabineros y operó con una pequeña partida en Asturias y Galicia. Ferrer, Melchor; Tejera, Domingo; Acedo, José F.: *op. cit.*, vol. IV, p. 169.

⁶⁶ Comesaña Paz, Alfredo: «Armas inglesas para don Carlos: el incidente de la Express Packet», en *Hispania*, n.º 260, 2018, pp. 731-758.

⁶⁷ «La autorizo asimismo para designar el comandante general que se haya de poner al frente de todas las fuerzas existentes ya, y que se organicen sucesivamente en el citado reino, este de mis imprescriptibles derechos, debiéndose considerar este jefe superior como interino, ser de más graduación que los que estén bajo sus órdenes, [...]». Ferrer, Melchor; Tejera, Domingo; Acedo, José F.: *op. cit.*, vol. VII, 1945, pp. 284 y 285.

⁶⁸ Pirala, Antonio: *op. cit.*, p. 578. Dos estudios del fracasado proyecto conspirativo de 1835 en Comesaña, Alfredo: «Fastixio e norte dun portaestandarte do carlismo galego. O cóngo cardeal Francisco M.º de Gorostidi», *Cuadernos de Estudios Gallegos*, n.º 132, vol. LXVI, 2019, pp. 313-341 y «Gesta y tragedia. Carlistas cautivos en los pontones de Lisboa», en *Aportes. Revista de historia Contemporánea*, n.º 96, (1/2018), pp. 183-212.

oficial legitimista francés que dirigía la evasión de los presos en Lisboa, fue detenido en Tuy y fusilado; mientras que González Moreno permaneció en Navarra. En vano se realizaron cambios sobre la marcha. Algunos comprometidos cumplieron su palabra, el resto no se movió. La gran insurrección que debía desembocar en la toma de Santiago de Compostela se frustró, las dos partidas que salieron al campo en Cotobade y Salnés como parte del plan fueron rápidamente desarticuladas provocando el fusilamiento y prisión de numerosos carlistas (entre los ejecutados se encontraban los jefes de ambas partidas, el coronel cardenal Gorostidi y José Martínez de Ponte Andrade). Carlos V trató de superar los reveses con otro decreto, firmado el 17 de mayo de 1835, reestructurando la composición de la Junta Gubernativa⁶⁹. De nada sirvió, el carlismo galaico continuó descabezado.

En 1836 cobró fuerza la idea de proyectar una expedición que lograra una sólida conexión entre Galicia y Navarra. Una idea que no sería posible si no se pensase en el cuartel real (del que formaban parte consejeros gallegos del relieve de Arias Teijeiro, Lamas Pardo, Juan José Marcó del Pont...) que en Galicia había mimbres suficientes para ello. Por otra parte, ese mismo año, los reproches vertidos por el Arcediano de Mellid en su conocida exposición, aun pudiendo pecar de excesivos, prueban la existencia del espíritu de insubordinación de los jefes y la falta de disciplina que presentaba la guerrilla lucense, lo que reforzaba la necesidad de imponer orden en la guerrilla gallega⁷⁰. El 12 de enero de 1836 el coronel Arroyo presentaba al alto mando del Ejército Real legitimista un proyecto para realizar una expedición. Su meta era esclarecedora, «hacer una incursión a lo interior de Castilla, Asturias y llegar a ponerse en contacto con los leales de Galicia»⁷¹.

⁶⁹ Quedaba vacante la presidencia de la junta. Andrés Acuña, deán de la catedral de Santiago, sería el vicepresidente y, los vocales, el marqués de Bóveda de Limia, Juan Martínez Villaverde (el Arcediano de Mellid), el ministro José Arias Teijeiro, el III conde de Campomanes, el exregidor coruñés Pedro Regalado Magdalena y el fiscal Tiburcio Eguiluz. Ferrer, Melchor; Tejera, Domingo; Acedo, José F.: *op. cit.*, vol. VII, 1945, pp. 285.

Hubo otro proyecto de junta presidida por el conde de Gimonde y como vocales López, José Martínez Villaverde, Mosteiro, el Arcediano de Mellid... La renuncia del conde de Gimonde y las muertes de López y de José Javier Martínez Villaverde volvieron a frustrar su puesta en marcha. Barreiro Fernández, Xosé Ramón: *op. cit.*, p. 105.

⁷⁰ Afirmaba el Arcediano de Mellid: «Los robos, las estafas, las violencias hechas casi indistintamente a eclesiásticos y legos adictos o contrarios a la justa: la falta de decoro con que se trata al clero, y la poca consideración con el paisanaje domina demasiado para que yo pueda continuar jefe ni individuo de una Partida carlista que no podía depurarse de estos excesos». Reboredo Pazos, Julio: *op. cit.*, p. 304.

Algo debió de cambiar en la marcha de la guerra o en el propio Martínez Villaverde pues no abandonó su puesto y continuó haciendo la guerra hasta el final, cuatro años más, en 1840.

⁷¹ Bullón de Mendoza, Alfonso: *op. cit.*, p. 277.

Los planes de Arroyo no llegaron a materializarse, pero muestran lo que se fraguaba en un sector de la alta oficialidad carlista en Navarra que, meses después, cristalizará en una expedición que sí alcanzará a Galicia bajo la dirección del mariscal de campo Miguel Gómez Damas. El artículo n.º 7 de las instrucciones recibidas por Gómez, establecía que era Asturias –y no Galicia– el destino inicial de la operación para, desde allí, consolidar un nuevo frente de guerra en el noroccidente español, siendo Galicia una alternativa en caso de fracasar en Asturias⁷². Sea como fuere, Galicia formaba parte de la ecuación de la expedición que, a propuesta de Gómez, se denominó Ejército Real de la Derecha.

Gómez Damas llegó a Galicia en el verano de 1836. En su equipaje, el militar jienense portaba el ascenso del coronel Antonio M.^a López a brigadier y segundo cabo del reino (mientras Gómez permaneciera en Galicia, este asumiría el mando conjunto de todas las fuerzas carlistas). Sin embargo, lo único que Gómez pudo ver de López fueron los restos de su cuerpo desmembrado y expuestos al público. El gallego había muerto en combate contra los liberales pocos días atrás. Tampoco tuvo éxito el jefe de la expedición en el intento de que su segundo, el brigadier marqués de Bóveda de Limia, se quedase en su tierra asumiendo el mando de la hueste carlina gallega. Para aceptar, Bóveda de Limia solicitó que Gómez le dejase un batallón y 40 caballos. El jienense se negó, arguyendo que, aunque pensaba abandonar Galicia, pronto regresaría.

Antes de abandonar Galicia, Gómez dejó algunos oficiales, pertrechos y expidió nombramientos de carácter militar para dotar de una jerarquía territorial a las facciones (Mosteiro comandante general de Burón, Ramos comandante general del distrito de Arzúa...). También intentó remediar el vacío de poder en la dirección militar que dejaba la negativa de Bóveda de Limia con una iniciativa que los liberales conocieron meses después. En la Nochebuena de 1836, tropas cristinas y milicianos irrumpían en una casa de Abrente, municipio de Navia de Suarna, sorprendiendo a 3 oficiales carlistas navarros. De la documentación incautada y de la confesión de los detenidos antes de ser ejecutados en Mosteiro, los liberales supieron que su presencia en aquella tierra respondía a que Gómez, meses atrás, les había ordenado constituir el germen de un Estado Mayor con epicentro en el Burón para lo que les había dejado algunos oficiales, sargentos, cabos y soldados de su expedición. El jefe del Estado Mayor sería Fermín López, Antolín Martín jefe de la infantería y Lapetre de caballería. A tal efecto, los antedichos reunieron en A Fonsagrada 400 hombres que distribuyeron en 5 compañías con la denominación de primer Batallón de Galicia, pero el acoso de las tropas gubernamentales imposibilitó la organización de una fuerza regular.

⁷² Ídem, pp. 22 y 23.

Seguía siendo necesario un apoyo externo notable y durante un tiempo para consolidar un Ejército Real de Galicia o un Ejército de la Derecha. Aún una expedición posterior, la de Pablo Sanz Baeza⁷³ barajaba entre sus metas un objetivo similar, aunque ni siquiera pudo entrar en Galicia.



D. Miguel Gómez-Damas (izqda.) jefe de la expedición que llegó a Galicia en 1836 y su segundo el marqués de Bóveda de Limia (dcha.)

Si el paso de Gómez por Galicia no logró consolidar un mando unificado, tampoco se puede decir que su impacto fuese un fracaso. A la salida de la expedición, las guerrillas triplicaron su número y superaron las dificultades que poco antes habían supuesto las muertes de jefes guerrilleros del relieve de López y José Martínez Villaverde⁷⁴. Menos afortunado sería ponderar que las partidas galaicas representaron un vector residual en el contexto general de la primera guerra carlista. Al menos en Galicia distaron mucho de ser un acontecimiento menor. Varios son los hechos que respaldan este aserto. En abril de 1836, el procurador Alvarado alertaba de manera lapidaria sobre la situación que vivía Galicia: «Concluyo diciendo, que las facciones de Galicia, que fueron un tiempo una miserable chispa que pudo apagarse con un vaso de agua, son hoy una hoguera que no será fácil

⁷³ *BOP Orense*, 4 (13-01-1837), pp. 3 y 4.

⁷⁴ Bullón Mendoza, Alfonso: op. cit., p. 59.

extinguir, pero que mañana podrá llegar a ser un incendio inextinguible y devorador»⁷⁵. Lo manifestado por Alvarado no era un artificio parlamentario. Meses después, en junio de 1836, el nuevo capitán general de Galicia, Manuel Latre, hubo de viajar desde Lugo de incógnito con identidad falsa para tomar posesión de su nuevo puesto en La Coruña. Poco faltó para que, en el trayecto, fuese descubierto por unos guerrilleros carlistas que lo detuvieron de no intervenir un fraile que viajaba con él que les aseguró que su compañero de viaje no era Latre, pues este no se había movido de Lugo⁷⁶.

Tras la expedición de Gómez, el fracaso de Fermín López y el amago de Sanz, se perseveró en la idea de dotar de una jerarquía al conjunto de las facciones. En 1837, los jefes guerrilleros enviaron a uno de los suyos, Mosteiro, para entrevistarse con don Carlos y solicitar su beneplácito para la constitución de una nueva junta. La propuesta obtuvo la sanción real. La Junta fue presidida por Juan Martínez Villaverde como vicario castrense del Reino de Galicia; Ramón Ramos vicepresidente; secretario Francisco Tallón; ayudante de secretario Lasquibar; vocales Mosteiro, III conde de Campomanes... La composición de la junta fue variando con el paso del tiempo y la muerte de alguno de sus miembros. Sus funciones resultaron limitadas y más bien eran de carácter burocrático: podían nombrar ascensos hasta el grado de capitán y proponerlos al rey para los grados superiores; designar hasta 3 miembros más de la junta... Ese mismo año se envió, desde Navarra, a 18 oficiales para «fomentar la insurrección en Galicia», el grupo fue interceptado por las tropas cristinas en tierras palentinas el 18 de junio de 1837 (entre ellos fue detenido el asturiano Feliciano Muñiz Costales, secretario del jefe Mosteiro)⁷⁷.

El problema de la unificación efectiva del mando persistía, posibilitando que los jefes partisanos no estuvieran encorsetados por una autoridad superior (lo que no obstó para que puntualmente se coordinasen acciones conjuntas)⁷⁸. En 1838 tuvo lugar otra tentativa con la llegada de Modesto Varela —en palabras del capitán general de Galicia Jerónimo Valdés, «caudillo organizador rebelde»—, gallego de Pontedeume y veterano del frente catalán y vasco-navarro. Varela se presentó ante Juan Martínez Villaverde para comunicarle que había sido designado por Cabrera para dirigir la guerra en Galicia. Ante la ausencia de noticias previas, el Arcediano de Mellid consultó al cuartel real en Navarra sobre el encargo que decía tener Varela. La respuesta fue que nada sabían. En cualquier caso, todo acabó como el rosario de la aurora y Varela optó por entregarse a las autoridades liberales.

⁷⁵ *Gaceta de Madrid*, 481 (15-04-1836), p. 2.

⁷⁶ Piralá, Antonio: op. cit., p. 152.

⁷⁷ *BOP Orense, Extraordinario al Boletín de Orense* 51 (27-06-1837).

⁷⁸ Barreiro Fernández, Xosé Ramón: op. cit., pp. 105 y 106.

En la tercera guerra carlista persistió la voluntad del carlismo de forjar un mando unificado con una vertebración orgánica pareja a la de la guerra de los Siete Años, aunque, en general, los proyectos no alcanzaron la magnitud que observamos en la primera guerra. De manera clandestina, se erigió en Portugal una comandancia o capitanía general del Ejército Real de Galicia. Razones para esta decisión no faltaban. La porosidad fronteriza y la existencia de un nutrido colectivo de exiliados carlistas posibilitaban la creación de una red logística que proporcionase los medios necesarios para amparar la guerra en la vecina Galicia. Para el desempeño de la máxima jefatura, ya antes de la ruptura de hostilidades, fue elegido el veterano brigadier asturiano Feliciano Muñiz Costales, sin embargo, la presión de las tropas liberales y portuguesas impidieron, de momento, el desarrollo de la rebelión.



D. Vicente Sabariegos (izda.) y D. Regino Mergeliza (dcha.), en la tercera guerra, comandantes generales de los carlistas de Galicia

Rotas las hostilidades, se mantuvo el organigrama de un Ejército Real de Galicia en cuyo vértice jerárquico superior se situaba una comandancia general, ocupada sucesivamente por los mariscales de campo castellanos Vicente de Sabariegos y Regino Mergeliza de Vera⁷⁹. Ninguno de ellos culminó su objetivo. Ambos actuaron desde Portugal, incursionando en territorio español con apoyo de los partisanos contrarrevolucionarios

⁷⁹ Ídem, p. 425.

orensanos, pero fracasaron. Sabariegos regresó a Castilla en 1873 y fue sustituido por Mergeliza que fue detenido en Portugal en 1874. Todavía el 18 de abril de 1875 tenemos noticia del nombramiento de un nuevo comandante general, el veterano compostelano Ramón Carrete⁸⁰.

En un peldaño inferior del escalafón, por debajo de la comandancia general, se encontraban las capitanías generales de la margen izquierda (Núñez Saavedra declaraba a su partida adscrita en la Capitanía Militar de la izquierda del Miño)⁸¹ y derecha del Miño y, por debajo, las comandancias generales de provincia. De estas últimas, conocemos que la de Lugo, tuvo como titular, con un desempeño más bien administrativo, a Ramón Veiga Valcárcel (de manera interina, también tuvo atribuciones de comandante general) y, en la comandancia provincial de Orense, al jefe guerrillero Juan Suárez⁸². A su vez, cada comandancia provincial se subdividía en cantones en las que operaba un jefe de partida.

MORFOLOGÍA DE LAS PARTIDAS CARLISTAS

En las líneas precedentes hemos abordado diferentes aspectos de la guerra asimétrica desarrollada en Galicia por las partidas partisanas contrarrevolucionarias a nivel general (tamaño, movilidad, teatros de operaciones...). Descendiendo al nivel táctico, restan por ofrecer elementos morfológicos y polemológicos de interés pie a tierra. Así, en la guerra de los Siete Años, las partidas gallegas presentan una opima taxonomía operativa. Una de las acciones más usuales consistía en la obtención de recursos para el sostenimiento de la facción a través de requisas que, en el caso de que los bienes fuesen públicos, además contribuían a erosionar las arcas del Estado liberal. Las denominadas contribuciones por los carlistas eran muy diversas –no necesariamente implicaban un choque armado⁸³–, dependiendo del producto de la requisición (caudales públicos y privados, armas, caballos, arreos, alimentos, tejidos, tabaco y efectos timbrados de los estancos...); los requisados (recaudadores, funcionarios judiciales, alcaldes, feriantes,

⁸⁰ *El Eco de Galicia*, 354 (20-08-1901), p. 6.

⁸¹ AHUS, FCBC, CGG, procesos 1874, legajo n.º 162. «Sumario instruido contra Don Manuel Núñez Saavedra y una partida compuesta de veintiséis hombres, por rebelión carlista, soltura de presos y sustracción de fondos y efectos públicos en varios puntos de la provincia de Lugo en marzo de 1874».

⁸² Cuerpo de Estado Mayor del Ejército: *Narración militar de la guerra carlista*. Depósito de la guerra, Madrid, vol. XIV, 1889, p. 427.

⁸³ Hubo casos en los que una facción desarrolló sobre un territorio una administración paralela a la liberal en materia militar y fiscal, exigiendo el pago de contribuciones en función de las rentas de cada vecino a través de una contabilidad rudimentaria. Tal fue el caso de la «Colugna (sic) del mando de D. Antonio Pardo, Defensores de D. Carlos 5º».

campesinos, particulares acomodados, religiosos...); el lugar donde se producía la requisita (una villa, una aldea, una feria...) ... Si no había premura de tiempo para abandonar el lugar, el jefe de la partida o uno de sus oficiales podía expedir un recibo de lo incautado, en especial, cuando el valor era apreciable. El motivo de este celo burocrático radicaba en que, para los jefes carlistas, las requisas no eran razias sino actos legítimos para el sostén de la guerra que, en caso de conseguir la victoria las armas de don Carlos, darían derecho a la oportuna indemnización. Por otra parte, el recibo servía también como justificante al confiscado para demostrar que no disponía de recursos para asumir una nueva contribución del Estado liberal.

Entre las operaciones de carácter ofensivo que buscaban infligir bajas al enemigo sobresale la sorpresa, la cuidada planificación de una emboscada a una columna, a un correo con escolta, un transporte de caudales, el ataque a un punto fortificado... Menos frecuente, por la dificultad que presentaba, era el asalto a una ciudad o una villa. Excluyendo a las poblaciones que quedaron bajo el control, por unas horas, de las tropas dirigidas por la expedición de Gómez Damas (Santiago de Compostela, Mondoñedo...), los carlistas gallegos ocuparon núcleos urbanos de cierta entidad como Tuy, La Guardia, Monforte, Chantada, Carballo⁸⁴... y fracasaron en otros (Orense, Lugo, Santiago de Compostela...). En caso de éxito, además del producto de las requisas, el impacto que causaba la noticia de la entrada de tropas carlistas en estas poblaciones en la moral propia y en la del enemigo era notable. Aún se pueden añadir actividades de carácter logístico en las que el carlismo de retaguardia desempeñaba un papel crucial: transporte y ocultamiento de pólvora, munición y armas; proselitismo y alistamiento; mensajería; cuidado de heridos; alojamiento y cobijo de partisanos; reparación y mantenimiento de armas, aparejos, herrajes...

El tratamiento al antagonista alternó momentos de ferocidad y magnanimidad. En la guerra de los Siete Años, la presencia cotidiana en el léxico administrativo cristino de algunas voces – «infestar», «exterminar»⁸⁵ ...–

⁸⁴ Aunque en algunos casos puedan parecer operaciones de menor calado al tratarse de poblaciones de poca entidad, hemos de tener en cuenta que la estructura de la red urbana en Galicia era diferente a la actual. Por ejemplo, Tuy hasta hacía pocos años había sido capital de provincia. Por otra parte, entre la ciudad y las aldeas, había una red intermedia de entidades de población, las villas, cuyos contingentes poblacionales, en algunos casos, no presentaban unas diferencias tan grandes como hoy en día respecto a las grandes capitales gallegas. Por ejemplo, en el primer censo de 1857 Chantada registraba cerca de 13.000 habitantes mientras que la capital de provincia, Lugo, tenía unos 21.000 habitantes...

⁸⁵ El ministro de guerra, Zarco del Valle comunicaba al capitán general de Galicia, Pablo Morillo: «S.M. ha revestido a V. E. oportunamente de facultades amplias y las ratifica en esta ocasión autorizando latamente a V. E. para cuanto tiene relación con el mantenimiento de la tranquilidad y el exterminio de las facciones». AHUS, FCBC, CGG, Mazo 1833, «Real Orden autorizando a S.E. para que dicte cuantas medidas crea necesarias para la conservación del orden público, 17 de noviembre de 1833».

referidas a las partidas legitimistas, verbaliza la concepción liberal de esta insurgencia como una plaga a erradicar. Una opinión que de las palabras pasó a los hechos. Era habitual no dar cuartel, fusilando, con o sin combate previo, a todo aquel guerrillero que hubiera sido hallado «con las armas en la mano», incluyendo a los heridos. El mensaje era claro, en esencia, los partisanos carlistas y sus colaboradores tenían tres alternativas: acogerse a indulto, exiliarse o asumir las consecuencias (entre las que la muerte era la más frecuente). Son innumerables los registros documentales que contienen, de manera directa o circunstancial, información de ejecuciones sumarísimas de contrarrevolucionarios⁸⁶.

Los guarismos presentados por el capitán general de Galicia, Jerónimo Valdés de los resultados de su gestión en un semestre de guerra durante 1838, aun pudiendo estar abultados con fines propagandísticos, no opacan la tendencia general. El 16,2% de los carlistas que tuvieron un encuentro (choque armado o redada) con las fuerzas cristinas fue hecho prisionero; el resto, un 83,7%, pereció en combate o ante un pelotón de fusilamiento. Los datos de Valdés (el mismo que en 1835 firmó el Convenio Eliot con Zumalacárregui para humanizar la guerra en el frente vasco-navarro) ofrecen la descarnada crudeza de una guerra casi sin reglas ni restricciones en la que los guerrilleros no eran contemplados como *iusti hostes* sino como criminales. Una sombría realidad que proporciona algunas claves para comprender la violencia desatada en la primera guerra carlista en Galicia: la espiral de represalias; el espíritu de resistencia de los jefes guerrilleros; la relativización de la naturaleza mercenaria de la guerrilla (ante una más que probable muerte, poco podrían disfrutar los guerrilleros de su retribución; tampoco sus familiares, vistos como colaboradores, tendrían muchas posibilidades de beneficiarse)...⁸⁷.

Bajas carlistas contabilizadas por Capitanía General de Galicia del 3-07-1838 al 31-12-1838 ⁸⁸	
Guerrilleros muertos en acción o fusilados	253
Guerrilleros prisioneros	49

⁸⁶ Para ejemplificar esta dinámica, un parte de Vicente Irañeta presenta, más allá de la frialdad de los números, la relación nominal completa de 8 guerrilleros muertos en combate y 7 «prisioneros y después fusilados». *BOP Orense, Extraordinario al Boletín de Orense*, 17 (28-02-1838).

⁸⁷ Pirala afirma que, mientras Valdés estuvo al frente de la Capitanía General de Galicia, entre junio de 1838 y febrero de 1839, los carlistas perdieron más de 50 oficiales y jefes de partida y unos 600 guerrilleros entre muertos en combate y fusilados, heridos y prisioneros. Pirala, Antonio: op. cit., p. 138.

⁸⁸ Valdés, Gerónimo: op. cit., p. 15.

En ocasiones, la derrota y muerte de un jefe guerrillero, además de profusa publicidad y manifestaciones de júbilo espontáneas, se acompañaba con la organización de diversos eventos (banquetes, discursos...). Para elevar la moral propia y erosionar la del enemigo, la autoridad militar liberal podía ordenar el descuartizamiento o decapitación del cadáver del jefe carlista y la exposición pública de sus despojos, clavados en picas o escarpas, en lugares señalados. Un trato que no fue privativo para los cuerpos de los jefes de partida (Antonio M.^a López, Guillade...); algunos oficiales sufrieron la misma suerte⁸⁹. En esta línea, era frecuente que los guerrilleros prisioneros fueran trasladados a puntos en los que se había dejado sentir la actividad de su facción donde eran pasados por las armas.

Por otra parte, en el capítulo de las penas impuestas por las autoridades liberales, la pena capital (habitualmente el fusilamiento por la espalda) se complementaba con penas de prisión, servicio de armas fuera de Galicia o de la Península y, en el caso de los sentenciados por colaboración, destierro, embargos, sanciones económicas...

Los carlistas, en caso de resultar victoriosos, era más habitual que dieran cuartel, incluso podían tentar a los prisioneros para que se pasasen a la facción (algunos aceptaron) o conformarse, como puro trámite, con un juramento de fidelidad del vencido a Carlos V y la promesa de no volver a tomar las armas contra sus tropas. En otras ocasiones, no hubo miramientos (caso de capturar a miembros de la alta oficialidad liberal, a los que rompían la promesa de no volver a tomar las armas contra los guerrilleros...). No hemos encontrado, por el momento, que practicasen el descuartizamiento y exposición pública de los cadáveres de los vencidos.

En respuesta a la represión liberal, diseñaron acciones de sorpresa cuya meta era aniquilar a la tropa liberal. Consideramos que se trataba de acciones de represalia, y no meramente militares o de violencia indiscriminada, pues es posible barajar el motivo que llevó a tomar tal decisión. Cuando el jefe Ramos tomó Carballo, el 14 de enero de 1838, respetó la vida de los 30 miembros de la Milicia Nacional, de su comandante, el ilerdense Ramón Besa, y del juez y diputado liberal a Cortes José Moscoso⁹⁰, ¿qué pudo

⁸⁹ Eso sucedió al cadáver de Pablo Gómez, capitán y sobrino del jefe Antonio Pardo: «Dije en oficio de ayer a ese Señor Juez de 1^a Instancia y repito a E^a que se separe de los hombros la cabeza del malvado Gómez y se conduzca a Rábade colocándola en el camino Real al extremo de un palo largo y sobre un yerro o escarpia». AHUS, FCBC, CGG, procesos 1837, caja 28, proceso n.º 223. «Sumaria recibida en el Juzgado de primera instancia de Vilalba contra los habitantes la casa del Cañotal parroquia de San Salvador de Ladra, en que fue hallado el cabecilla Pablo Gómez, sobrino de Pardo de Rábade y su compañero Manuel García vecino de Gaibor, muerto el primero y el último fugado», h. 1.

⁹⁰ AHUS, FCBC, CGG, procesos 1838, caja 29, expediente n.º 228, «Expediente formado en averiguación de las causas que produjeron la sorpresa de Carballo en 14 de enero del presente año, 1838».

ocurrir para que, meses después, el 8 de septiembre de 1838, organizase una sorpresa que acabó con el fusilamiento de unos 40 miembros del Batallón de Voluntarios de Boqueixón junto a algunos familiares?⁹¹ La respuesta está en la propia dinámica de la guerra y su carácter civil con el añadido de vengar la muerte de familiares y amigos. Muy probablemente el cambio de proceder de Ramos estuviera motivado en una acción anterior, trabada por su facción con las tropas cristinas, en agosto de 1838. En el choque murieron su sobrino y oficial de la partida, Ramón Duro, junto a otros guerrilleros y fue capturado su hijo, Andrés Ramos, también oficial de partida. El nexo de la Milicia Nacional de Boqueixón con estos hechos y otros similares sería la gota que colmó el vaso para el coronel Ramos. Aún podemos seguir tirando del hilo de esta trágica madeja para comprender el binomio acción-reacción en el que transcurría la guerra. A raíz de las ejecuciones de los nacionales de Boqueixón, Andrés Ramos fue puesto en capilla de inmediato. El joven, para salvar su vida, delató a una red carlista de colaboradores de la comarca de Bergantiños. Andrés Ramos salvó su vida, pero a costa del fusilamiento y penas de prisión de otros correligionarios.

A similar dinámica respondían otras operaciones selectivas. El coronel Antonio M.^a López se presentó hasta en dos ocasiones en el pazo de La Mota de La Estrada en busca de Esteban Manuel Otero. En ninguna de ellas encontró a Otero, propietario del pazo. El motivo de su insistencia era ajustar cuentas con el señor del pazo, el liberal Otero, por entonces alcalde y comandante de los Urbanos de Tabeirós. Esteban Manuel Otero había participado activamente en la batida de la partida del canónigo Gorostidi que acabó con la muerte de 7 guerrilleros y el posterior fusilamiento de otros 5 prisioneros (entre los que se encontraba Gorostidi y el médico Benito M.^a San Román). En el primer asalto al pazo, López se conformó con desvalijar la residencia. En el segundo, ordenó fusilar al hermano del señor del pazo ausente, Eduardo Otero, y al cuñado de este Gonzalo Arén⁹², ambos también vinculados a los nacionales. De una u otra manera, el jefe carlista saldó con Esteban Manuel Otero su deuda de sangre. A López (a quien los liberales habían fusilado el año anterior a un hermano en Melide y desterrado a sus hermanas, sin contar a los correligionarios caídos) poco le importaba la posición social del enemigo para ser merecedor de la pena máxima. Pocos meses después el coronel carlista también caería en combate.

Esteban Manuel Otero no fue el único señor de pazo adscrito al liberalismo que sufrió las consecuencias de su compromiso. Julián Taboada,

⁹¹ Un estudio de los hechos en Fernández Abel, Severino: *Unha matanza esquecida*. Editorial Toxosoutos, Noia, 2018.

⁹² Bértolo Ballesteros, José Manuel: «Pazo da Mota», en *A Estrada*, n.º 15, 2012, pp. 292-293.

capitán de la Milicia Nacional de A Peroxa y señor del pazo de Turbisquedo, fue asaltado en su residencia señorial en noviembre de 1836 por partisanos legitimistas. Hecho prisionero, fue fusilado pocas horas después de la misma manera que su asistente en la Milicia Nacional. ¿Por qué razón? Julián Taboada, al frente de sus nacionales, había desarrollado una activa campaña contra la guerrilla carlista causando muertes, detenciones y desbaratando operaciones de abastecimiento pólvora⁹³.

Esta justicia taliónica carlina (o, al menos, retributiva) también alcanzó a la población civil, de manera más intensa en las etapas en las que la capitania general endureció la guerra contra los carlistas⁹⁴. La pena capital se reservaba a los que, por obra o delación⁹⁵, habían ocasionado la muerte de carlistas de vanguardia o retaguardia, siguiendo la máxima «pena de vida al que la quite»⁹⁶ o a los que incumplían un mandato del mando carlista (por ejemplo, la prohibición de circulación de correos sin autorización). Como alternativa a la pena capital, los carlistas podían exigir la entrega de dinero o aplicar castigos corporales entre los que se encontraba el apaleamiento y la amputación de orejas (reservada a los confidentes⁹⁷).

La tercera guerra carlista presenta analogías en el *modus operandi* de los voluntarios de Carlos VII con la guerra de los Siete Años. Fueron habituales las acciones de requisa –caudales públicos y privados, armas, caballos, vituallas, efectos estancados (tabaco, papel timbrado) – y las de

⁹³ Agradecemos a William Stokel la documentación aportada sobre estos hechos y a Alfonso Bullón de Mendoza la mediación para contar con esta información.

⁹⁴ En 1838 Villanueva, tras la muerte del jefe Silva y de los oficiales Farrapeira, Cagide y Andrés Arias, intentó contrarrestar la persecución del capitán general Jerónimo Valdés imponiendo medidas draconianas a los vecinos de los pueblos en los que operaba. V. López Fernández, José Ramón: «O final da primeira guerra carlista en Tabeirós», A Estrada. Miscelánea histórica e cultural, n.º 18, 2015, pp. 231 y 232.

⁹⁵ Juan Quintás, miembro de la partida de López, antes de ser fusilado declaró que al vecino de Arzúa Ignacio López se le había quitado la vida por espía. AHUS, FCBC, CGG, procesos 1834, proceso n.º 146, «Expediente de embargo y demás del cura de San Esteban de Pantiñobre».

⁹⁶ El comandante general de Santiago, Francisco Sanjuanena, en oficio dirigido a Capitanía General, comunicaba que, en la causa formada contra los vecinos de Andabao y San Miguel de Boimil por encubridores de los facciosos, fueron fusilados los celadores José Cea y Jacobo Ramos y resultaron complicados Valentín Sánchez, José Moscoso y Francisco Otero quienes, además de estar de vigilantes en custodia de los cabecillas López y Ramos, identificaron a uno de los confidentes de Sanjuanena por lo que fue descubierto y sentenciado por dichos cabecillas a ser fusilado. AHUS, FCBC, CGG, Mazo 1835, «Sobre fusilamientos de varios facciosos y arresto de paisanos encubridores de aquellos, 1 de mayo de 1835».

⁹⁷ No siempre fue así, también consta que se aplicó alguna vez a *pataqueiros*. A dos individuos de la Compañía de Observación de Santiago se les perdonó la vida, pero Juanito o Capador les cortó las orejas. AHUS, FCBC, CGG, procesos 1834, proceso n.º 146. «Expediente de embargo y demás del cura de San Esteban de Pantiñobre».

sabotaje que, de manera novedosa, incluyeron la destrucción de postes telegráficos, quema de libros del Registro Civil, así como listas de contribuciones, listas de quintos sorteables, asalto a prisiones locales...

No obstante, hubo notables diferencias con la primera guerra. Rearraron las operaciones ofensivas, aunque, en no pocas ocasiones, hubo enfrentamientos con las guarniciones que protegían las poblaciones o con columnas, aunque las bajas resultantes fueron mucho más reducidas que en la primera campaña. Asimismo, el tratamiento al adversario vencido, en conjunto, fue con diferencia más lenitivo que en la primera guerra. No se conocen ejecuciones por parte gubernamental (sí alguna muerte de guerrilleros después de haberse rendido como denunciaron los oficiales carlistas hechos prisioneros) ni por parte carlista siendo la norma habitual por ambas partes conceder cuartel. De la misma manera, los excesos entre la población civil fueron puntuales; por ejemplo, por parte carlista, solo hemos encontrado la muerte del regidor de Gontán por un disparo accidental de un voluntario de la facción de Míguez Fortes y, en otras facciones, golpizas a vecinos acusados de colaborar con las fuerzas del gobierno.

Las fuentes son parcas en información sobre la indumentaria de la guerrilla. Entre los voluntarios dominaba el uso de la típica ropa del país (lo que por otra parte dificultaba al adversario la identificación); entre ellos, a veces, encontramos a desertores vistiendo el uniforme del ejército. En los primeros años de la primera guerra ya contamos con referencias del uso distintivo de la boina roja⁹⁸ y de la existencia de cierta uniformidad en algunas partidas. El hacendado Miguel Leis manifestó que, cuando una noche de enero de 1838, pernoctaba en Carballo le despertó el bullicio provocado por los carlistas que acababan de tomar la villa. Al abrir la ventana vio a cinco lanceros, cuatro con boina encarnada y uno con sombrero de palma. Minutos después, entraron en la casa 4 carlistas de infantería todos vestidos de azul, con chaquetas, sables corvos de caballería y gorros de cuartel⁹⁹. Era la facción de Ramos, acompañado por fray Saturnino Enríquez y su escuadrón La Constancia uniformado de la misma manera que los carabineros, pero con mayor número de botones blancos¹⁰⁰.

⁹⁸ En 1835 ya hay constancia del uso de la boina encarnada en la guerrilla de López. José de Castro, que tuvo que servir de guía a los carlistas, declaraba que un carlista montado con el que se encontró «era un joven bien parecido, que no tenía pelo de barba y que se hace cargo tenía puesto en la cabeza un gorro encarnado de los de moda». AHUS, FCBC, CGG, procesos 1835, proceso n.º 181, «El oficio de Justicia de la Jurisdicción de Miraflores sobre el asesinato del conductor del correo que iba de La Coruña a Betanzos y extracción de la correspondencia y caudales acaecido la noche del veinticuatro al veinticinco de octubre por una partida de facciosos».

⁹⁹ AHUS, FCBC, CGG, procesos 1838, caja 29, expediente n.º 228. «Expediente formado en abriguación (sic) de las causas que produjeron la sorpresa de Carballo en 14 de enero del presente año, 1838», h. 99.

¹⁰⁰ Ferrer, Melchor; Tejera, Domingo; Acedo, José F.: *op. cit.*, pp. 113 y 114.

En el caso de los voluntarios de Carlos VII de la tercera guerra se conserva alguna fotografía que aporta información más precisa. En la partida de Mondoñedo (o de Antonio Cornejo) retratada, se aprecia el uso generalizado de la boina roja para la tropa y la blanca con borla y chapa para los oficiales. En la facción de Ostendi, hay testimonios que señalan que vestían blusas¹⁰¹, siendo más habitual el uso de uniformes militares por oficiales y jefes de partida (Pedro Ramos vestía uniforme de caballería que constaba de una chaquetilla roja y pantalón azul con franjas)¹⁰².

Desde el punto de vista organizativo, en las facciones con mayor número de efectivos de la primera guerra, resulta llamativa la alusión a la existencia de una subdivisión en unidades –al menos sobre el papel–. Ya se ha mencionado al escuadrón de caballería La Constancia que parece que disponía de uniformes y de una organización equiparable a una unidad regular. Podemos añadir más evidencias sobre este aspecto en otras formaciones. Cuando se publicó la captura y fusilamiento, en abril de 1837, de los guerrilleros Antonio Quintela y Vicente Pérez, se publicó que ambos pertenecían a la compañía de guías del difunto López¹⁰³; otro tanto sucede con las guerrillas del Burón bajo la dirección del Arcediano de Mellid¹⁰⁴ o del referido Primer Batallón de Galicia organizado por oficiales carlistas venidos de Navarra.

El armamento era muy heterogéneo y, en sentido lato, de menor calidad que el de las tropas liberales. En la guerra de los Siete Años los guerrilleros disponían de fusiles de chispa de avancarga (con las limitaciones en su uso en días lluviosos y ventosos tan frecuentes en Galicia)¹⁰⁵, carabinas, trabucos, tercerolas, sables y pistolas para la oficialidad y lanzas para las unidades de caballería, arma que demostró ser muy eficaz durante esta campaña en la que algunas unidades de lanceros, como la existente en la partida de López y después en la de Ramos y fray Saturnino, demostraron su eficacia. Prueba de este aserto es una debacle liberal inédita¹⁰⁶, el enfrentamiento entre la caballería

¹⁰¹ AHUS, FCBC, CGG, procesos 1873, legajo n.º 160. «Sumario en averiguación de la aparición de una partida carlista en los términos de este partido judicial al mando de José Ostendi, Rendar, Quiroga».

¹⁰² AHUS, FCBC, CGG, procesos 1874, legajo n.º 167. «Sumaria instruida contra el cabecilla carlista D. Pedro Ramos y su partida, levantada en armas en esta provincia y término de Arzúa, 1874».

¹⁰³ *BOP Orense*, 37 (09-05-1837), p. 4.

¹⁰⁴ Escribió Juan Martínez Villaverde: «Se trató de que volviese a ella Sarmiento; se distribuyó en compañías la gente haciendo a aquel Capitán de la de Granaderos». Reboredo Pazos, Julio: *op. cit.*, p. 297.

¹⁰⁵ El fusil reglamentario del ejército español continuaba siendo modelo de 1828 de chispa y ánima lisa, ya que empezaban a introducirse armas de pistón y ánima rayada. Posada Moreiras, Francisco Javier: *op. cit.*, p. 499.

¹⁰⁶ Como otros muchos reveses, fue silenciado por las autoridades liberales, pero sí ha quedado plasmado en la documentación interna de la Capitanía General de Galicia



La partida de Mondoñedo tras de su detención, 1872 (fotografía de Antonia Santos). Es la única fotografía que se conoce de una facción gallega. La uniformidad se reduce al uso de la boina (blanca para los oficiales y roja para la tropa). A la derecha, retrato de Patricio Delgado Luaces, oficial de la partida con boina blanca

de Ramos con la Milicia Nacional del partido de Carballo, que tuvo lugar en la madrugada del 18 de mayo de 1838. En el choque, la caballería carlista barrió al enemigo (14 nacionales quedaron muertos en el campo de batalla y 32 heridos de los que algunos fallecieron poco después)¹⁰⁷. Hechos y cifras como estos proporcionan una lectura alternativa de cómo fue el desarrollo real de esta guerra en Galicia y cuál ha sido el relato que nos ha llegado de fuentes liberales. Como dato curioso y del que tampoco hemos encontrado registro previo, una partida gallega llegó a disponer de una rudimentaria pieza de artillería, un cañón de metralla de madera de manufactura artesanal, que parece que estuvo a disposición del jefe Villanueva¹⁰⁸.

Para armar y municionar a las guerrillas lo más habitual fue recurrir a las requisas realizadas en los pueblos (a menudo se buscaban las armas que las autoridades les proporcionaban a la Milicia Nacional) y a las aprehensiones a las tropas del ejército, estableciéndose centros clandestinos de elaboración de pólvora (por ejemplo, en boticas) o adquirir armas en Portugal a través de las redes de contrabando. Otras vías menos frecuentes contaron con la participación del Estado carlista. Fue el caso de la gran operación de tráfico de armas de la balandra *Express Packet* o el gran número de fusiles procedentes de la fábrica de armas de Oviedo que Gómez dejó a las guerrillas a su paso por Galicia. Cuando no era posible contar con armas de fuego en número suficiente se echaba mano de armas blancas, chuzos y garrotes.

En la tercera guerra carlista, la diferencia entre el armamento de las guerrillas y el de las tropas gubernamentales todavía fue mayor en favor de las últimas. Se produce la introducción de fusiles de retrocarga en el ejército español, bien adaptando los modelos existentes con cierre Berdan, bien adquiriendo el modelo Remington. La mayor precisión y cadencia de disparo de estas armas otorgaban una potencia de fuego muy superior frente a unas partidas que, salvo excepciones, continuaban usando anticuados fusiles de chispa (y eso cuando disponían de armas de fuego). Tampoco dispusieron los carlistas en esta guerra de un arma de caballería comparable a la primera campaña que tan buenos resultados le había dado en el campo de batalla (no sucedió así con las tropas liberales que continuaron empleando destacamentos de caballería), limitándose las monturas a la oficialidad y al transporte de bagajes. Unas condiciones que bien pueden justificar que, en esta guerra, los carlistas evitasen en lo posible las acciones ofensivas, contribuyendo a que se redujesen las bajas.

¹⁰⁷ AHUS, FCBC, CGG, procesos 1838. «Segundo expediente; sobre la entrada de los facciosos en Carballo el día 7 de mayo de 1838».

¹⁰⁸ AHUS, FCBC, CGG, 1840. «Ramal de la causa contra D. Miguel Cagide y consortes por delaciones hechas por D. Antonio García al tiempo de ir a ser fusilado: cuyo ramal corresponde a Francisco Madriñán, sentenciado en rebeldía, y presentado voluntariamente para que se le oiga en justicia, por lo que se abre de nuevo el juicio», h. 19.

CONCLUSIONES

El impacto de las guerras carlistas en Galicia guarda evidentes analogías con lo ocurrido en otras zonas de España. No obstante, el conflicto presenta una serie de elementos distintivos (atomización guerrillera, dispersión poblacional, espacio fronterizo miñoto y transmontano, aislamiento de otros frentes, falta de liderazgo...) que compendian la singularidad de estas guerras en el Noroeste español.

Al igual que sucedió en buena parte de España, de las tres guerras carlistas, las de mayor repercusión en Galicia fueron la primera guerra carlista o guerra de los Siete Años (1833-1840) y la tercera guerra carlista (1872-1875). Huérfanos de apoyos significativos en el ejército en ambas contiendas, los carlistas trazaron diversos planes para superar la fragmentación de sus guerrillas y conformar un Ejército Real de Galicia –o de manera más amplia un Ejército Real de la Derecha– con capacidad para dominar de manera estable una parte del territorio, librar una guerra convencional frente a las tropas liberales y superar el aislamiento con los grandes baricentos legitimistas. Metas ambiciosas que harían posible aguijonear el espíritu de muchos carlistas remisos a asumir los riesgos de una lucha insurgente y que se mantenían al margen. Pero todos los intentos trazados para alcanzar estas metas resultaron baldíos, a pesar del auxilio prestado por el cuartel real.

En su lugar, en la primera guerra carlista, los legitimistas sacaron rédito de la experiencia en la guerra de guerrillas adquirida por los correligionarios más veteranos en la Guerra de la Independencia y la guerra realista. Clave también fue, en el inicio de la guerra, el papel de los ex voluntarios realistas que constituyeron los elementos más activos para levantar las partidas en una guerra que era interpretada como un nuevo asalto al poder del liberalismo. Así surgieron numerosas facciones, enraizadas en torno a comarcas donde mayor era la tradición guerrillera contrarrevolucionaria (Burón, Arzúa, Terra Chá, Terra de Celanova...), dirigidas por jefes que disponían de una gran autonomía operativa, estando subordinados a unos superiores más bien de manera nominal y sacando partido de su conocimiento del territorio y sus pobladores. Una forma de hacer la guerra que combinaba la existencia de un grupo de guerrilleros activos de manera permanente, junto a otros que se incorporaban a la facción de manera temporal, pudiendo así compaginar la guerra con otras actividades y reduciendo el rechazo a estar movilizados durante un prolongado periodo de tiempo.

En la formación de las partidas predominó el carácter voluntario sobre la recluta forzosa (minoritaria y más habitual en las fases críticas de la guerra). Diversos y en grado distinto, según el individuo, fueron los estímulos

que movieron al partisano legitimista de base para enrolarse en las partidas. Ni el terror ni el oro explican por sí solos la existencia de una guerrilla que, durante al menos seis años en la primera campaña y tres en la tercera, movilizó a centenares (miles en la guerra de los Siete Años) de efectivos que mantuvieron dos guerras, casi siempre sin un apoyo material efectivo del cuartel real legitimista. Las más de tres decenas de millares de ex voluntarios realistas que hubo hasta 1833 en Galicia ya de por sí constituían un colectivo de afectos a la causa para iniciar la guerra de los Siete Años como también lo fueron las decenas de miles de votos obtenidos en las elecciones de 1871 por las candidaturas carlistas para formar las partidas de la tercera guerra. Por tanto, no se puede etiquetar de manera generalizada a los combatientes carlistas de mercenarios por el hecho de tener un carácter retribuido (que no siempre se podía cumplir).

Tampoco el terror y el oro explican, en ambas guerras, el acorazamiento social transversal que dispuso el carlismo galaico de bayoneta en un apreciable sector de la población. En síntesis, del análisis social de las guerras carlistas en Galicia se infieren los elementos propios de un conflicto civil –así se denominaron las guerras carlistas hasta la guerra civil del siglo XX porque así eran vistas por sus coetáneos–. El andamiaje social del carlismo atañó a sectores tan diversos como lo era la sociedad gallega del momento. Su ruralismo no fue en sí mismo un rasgo definitorio que lo diferenciara de otros movimientos pues también hubo un legitimismo urbano, menos evidente, pero no por ello residual, al tener que permanecer en la clandestinidad. Las élites legitimistas lo eran de un orden social antagónico a la Revolución española que por su capacidad organizativa asumió las riendas de un movimiento que, una vez derrotado, apostaron por la transaccionalidad y acabaron lentamente por diluirse en la sociedad liberal.

Un estudio comparado de las facciones carlistas en ambas guerras ofrece evidentes analogías (captación, jerarquía, intentos de centralización del mando, uso del territorio portugués...). Pero también hay notables contrastes, entre los que sobresalen la mayor amplitud geográfica y numérica que alcanzaron las partidas de la primera guerra carlista en Galicia, implicándose mayores efectivos (incluyendo la breve estadía de la expedición Gómez) y con una cifra de bajas muy superior a las de la tercera guerra. Bajas no solo provocadas por los choques armados, sino también porque, en buena parte de esta contienda, no se ofrecía cuartel y las represalias desatadas por ambos bandos en vanguardia y retaguardia tuvieron mayor virulencia.

Por el contrario, en la tercera guerra carlista en Galicia se produce una importante reducción de las bajas. Esto se debió a diversas causas, entre las

que sobresalen, que las guerrillas de la tercera guerra centraron su operativa en la requisita y el sabotaje, siendo menores las acciones de tipo ofensivo dirigidas a causar bajas (muy probablemente por ser mayor la desigualdad de medios entre las partidas y las fuerzas de los distintos gobiernos del Sexenio Revolucionario). Además, hubo una mayor humanización de la guerra por ambos bandos plasmada en el menor grado de violencia empleado con el vencido y en una acción represiva en la que se excluyó la pena capital, sustituida por las autoridades liberales por penas de prisión, embargo, servicio de armas fuera de la Península (Cuba y Filipinas) o destierro; mientras que la guerrilla carlista recurrió a detenciones temporales, requisas y excepcionalmente al maltrato físico.

TABLA N.º 1	
JEFES Y SUBALTERNOS GUERRILLEROS PROMINENTES DE LA PRIMERA GUERRA CARLISTA	
ÁREA DE LUGO	
Juan Martínez Villaverde (el Arcediano de Mellid, el Canónigo, el cura de Freijo). Durante buena parte de la guerra mantuvo su autoridad (más bien nominal) sobre las guerrillas gallegas.	Exiliado en Francia.
José Martínez Villaverde, hermano del Arcediano de Mellid.	†1836. Caído en combate.
Vicente Sarmiento (tuvo parientes guerrilleros como sus hermanos Tomás y el clérigo Juan).	
José M.ª Soto (Mosteiro o el Evangelista).	†1838. Caído en combate.
José González Souto, conocido como Souto de Remesar.	†1839. Caído en combate.
José Álvarez Peña, conocido como o Pena.	Prisionero en abril de 1837
Manuel Álvarez Fernández (el Señorito de Bullán o el Cojo de Bullán).	†1837. Caído en combate.
Domingo Regueiro (capellán San Breijo o Sambreixo).	
Juan Jul, presbítero.	†1836. Ejecutado.
Hermanos Rosendo y Fernando Gómez, apodados como los Ebanistas.	†Rosendo caído en combate. Fernando se exilia en Portugal.
Hermanos Manuel y Juan Pérez	†1837. Caídos en combate.
Isidro Pontón	†1839. Caído en combate.
Domingo Arias (conocido como Castro Vilar).	Acogido a indulto en 1839
Modesto Varela.	Se entrega el 31 de diciembre de 1839
Antonio Pardo.	Acogido a indulto en 1838
José María Pouso.	Prisionero en 1834
Felipe Arias.	†1838. Caído en combate.
ÁREA CORUÑA	
Antonio María López Vereá, considerado el primero que se levanta en armas en Galicia e inicia la primera guerra carlista. Tuvo en sus filas a los hermanos Ramos, Saturnino Enríquez, Ramón Duro, Ramón Vigo, Vicente Torreira, José Taboada, Felipe Fernández conocido como Pellicas...	†1836. Caído en combate.
Ramón Ramos. Al morir López asume la jefatura de la partida. Su hijo, Andrés Ramos, también formaba parte de la partida con el grado de capitán.	Ramón Ramos se exilia en Portugal. Andrés Ramos es hecho prisionero.
Fray Saturnino Enríquez.	Se exilia en Portugal.

JEFES Y SUBALTERNOS GUERRILLEROS PROMINENTES DE LA PRIMERA GUERRA CARLISTA	
ÁREA PONTEVEDRA-ORENSE	
Mateo Guillade. Tuvo como lugartenientes a José Gil Araújo que le sucedió en el mando. Otros oficiales fueron Antonio Vázquez Pobadura, Antonio Veloso, Francisco Var, exfraile Fariñas, Vicente Gómez.	†1838. Caído en combate.
ÁREA PONTEVEDRA	
Silva, actúa en la zona del Ulla.	†1836. Caído en combate.
José Tomás Villanueva. Asume el mando de toda la línea izquierda del Ulla al morir Silva. Tuvo como lugartenientes a Vicente Cagide; Antonio Fernández, vulgo Farrapeira; Fray Lorenzo Feijóo; Manuel Peña; Andrés Arias, vulgo Juan Feás; Ignacio Souto... Se titulaba: «Teniente coronel de los reales ejércitos del Rey Nuestro Señor Don Carlos 5º (Q.D.G.), comandante encargado de la defensa en toda la línea izquierda del río Ulla y de los distritos de Ventosa, Deza, Trasdeza, Montes y Tabeirós».	†1840. Caído en combate.
Francisco M ^a Gorostidi, canónigo de Santiago de Compostela. Área de Cotobade.	†1835. Ejecutado.
José Martínez Ponte Andrade, área del Salnés.	†1835. Ejecutado
Delgado, excoronel. Frontera con Portugal.	
ÁREA ORENSE	
Vicente Gómez, dirigía una facción que las autoridades liberales denominaban «facción de Castrelo» por pertenecer la mayor parte de sus miembros al municipio de Castrelo do Miño.	†1838. Caído en combate.
Manuel Álvarez Romero, conocido como Negreira de Valongo (Cortegada).	Exiliado en Portugal.
José Manuel Meiriño, exfraile.	†1839. Caído en combate.
José García, burgalés que luchó en Portugal con los miguelistas y huyó de los pontones de Lisboa.	†1838. Caído en combate.
Fray Lorenzo Feijóo.	†1839. Caído en combate.

TABLA N.º 1	
JEFES Y SUBALTERNOS GUERRILLEROS PROMINENTES DE LA TERCERA GUERRA CARLISTA	
ÁREA DE LUGO	
David Cornejo Díaz	Prisionero en 1872
José Ostendi	Exiliado en Portugal
José Martínez	Herido y prisionero en 1873
José Rodríguez Fernández	Prisionero en 1873
Isidro Parga	
Núñez Saavedra (se incluyen en esta partida a los lugartenientes que realizaron acciones puntuales con guerrilleros que formaban parte de la facción madre. Entre estos oficiales estaban Bernardo Pichel, Antonio Guitián, Balbino González, Francisco Fernández Cordeiro, Nicasio Núñez...	Depurado
Manuel Torviso y Méndez, apodado Plantas	Presentado a indulto en 1873
Montouto	
Manuel Osorio	Depurado
Francisco Lapeña García	
Ramón González Costa	Prisionero en 1874
Esteban Rodríguez García	
ÁREA CORUÑA	
José María Andrade Portas	Detenido en 1875
Pedro Ramos Fernández	†1874. Caído en combate.
Silvestre Cernadas Rodríguez, Francisco Arceo Lodeiro	Cernadas, detenido, Arceo, entregado en 1875
ÁREA PONTEVEDRA	
Joaquín Redondo	Depurado
Saturnino Campos	Juzgado en rebeldía en 1875
José Seoane	Emplazado en rebeldía en 1875
ÁREA ORENSE	
Juan Suárez Campos	†1874. Caído en combate.
Cura don Calixto	
Vicente Sabariegos Sánchez	†1873. Regresa a Castilla. Caído en combate en Extremadura.
Vicente Fuentes	
Bernardino de Ambasaguas	
Manuel Campos Pousa, o Farrapeiro o el Trapero	
Valeriano Rodríguez, o das Pitas	

JEFES Y SUBALTERNOS GUERRILLEROS PROMINENTES DE LA TERCERA GUERRA CARLISTA	
ÁREA ORENSE	
Ambrosio Prol Fernández	
Francisco Carballo	
Julián Núñez de Cavadiña	
Regino Mergeliza de Vera	Detenido en Portugal en 1874. Regresa a Navarra para continuar combatiendo.
Severo Díaz Fernández	Se entrega en 1875. Sale de prisión en 1884.
Antonio Mosquera Casquero, apodado Queimadelos	
Manuel Pardo	
Cesáreo Salinas	
Juan Rodríguez, el Estudiante	†1874. Caído en combate.
Francisco Míguez Fortes	
Maximino Rodríguez Álvarez	Herido y capturado en 1874.

BIBLIOGRAFÍA

- BARREIRO, Xosé Ramón: *Liberales y absolutistas en Galicia*. Vigo, Edición Xerais de Galicia, 1982.
- : *O carlismo galego*. Edicións Laiovento. Ames, 2008.
- BÉRTOLO BALLESTEROS, José Manuel: «Pazo da Mota», en *A Estrada*, n.º 15, 2012.
- BULLÓN DE MENDOZA, Alfonso: *La Primera Guerra Carlista*. Editorial Actas. Madrid, 1992.
- : *La expedición del general Gómez*. Editora Nacional. Madrid, 1984.
- CASTROVIEJO BOLIBAR, M.^a Francisca: *Aproximación sociológica al carlismo gallego*. Akal Editor. Madrid, 1977.
- COMESAÑA PAZ, Alfredo: *Hijos del trueno. La Tercera Guerra Carlista en Galicia y el Norte de Portugal*. Schedas. Madrid, 2016.
- : «La Tercera Guerra Carlista en Galicia: un epítome y algunas observaciones de interés», en *Aportes: Revista de historia contemporánea*, n.º 96, 2018.
- : «Armas inglesas para don Carlos: el incidente de la Express Packet», en *Hispania*, n.º 260, 2018.
- : «Gesta y tragedia. Carlistas cautivos en los pontones de Lisboa», en *Aportes. Revista de historia Contemporánea*, n.º 96, (1/2018).
- : «Fastixio e norte dun portaestandarte do carlismo galego. O cóengo cardeal Francisco M.^a de Gorostidi», en *Cuadernos de Estudios Gallegos*, n.º 132, vol. LXVI, 2019.
- Cuerpo de Estado Mayor del Ejército: *Narración militar de la guerra carlista*. Depósito de la guerra, Madrid, vol. XIV, 1889.
- EVANS, Luis de: *Memorias de la guerra de Navarra y las provincias*. Imprenta de don Antonio Bergnes. Barcelona, 1837.
- FERNÁNDEZ ABEL, Severino: *Unha matanza esquecida*. Editorial Toxosoutos. Noia, 2018.
- FERRER, Melchor; TEJERA, Domingo y ACEDO, José F.: *Historia del Tradicionalismo Español*. Ed. Católica Española, Sevilla, 1943 y 1945, vols. IV, VII, XVI.
- LONDONDERRY, The marquess of: *Speech of the Marquess of Londonderry on Spanish affairs*. London, 1838.
- LÓPEZ FERNÁNDEZ, José Ramón: «O final da primeira guerra carlista en Tabeirós», en *A Estrada. Miscelánea histórica e cultural*, n.º 18, 2015.
- PIRALA, Antonio: *Historia de la guerra civil*. Fernando González Rojas, editor, Madrid, 1891, vol. I, II y III.

- POSADA MOREIRAS, Francisco Javier: *Las guerrillas carlistas en la guerra de los Siete Años (1833-1840)*, Tesis doctoral, Universidad CEU-San Pablo, 2021.
- REBOREDO PAZOS, Julio: «La Exposición del Arcediano (un singular documento del Archivo del Museo Provincial)», en *Boletín do Museo Provincial de Lugo*, n.º 13, 2006-2008.
- RODRÍGUEZ VILLA, Antonio: *El teniente general Don Pablo Morillo*. Editorial América. Madrid, vol. II, 1920.
- SPYKMAN, Nicholas J.: *America's Strategy in World Politics: The United States and the Balance of Power*, en Kaplan, Robert D.: *La venganza de la geografía*. RBA. Barcelona, 2012.
- VALDÉS, Gerónimo: *Observaciones del Capitán General de Galicia a los discursos pronunciados en el Congreso por los SS. Diputados Pardo Montenegro y Calderón Collantes en la sesión de 18 de diciembre de 1838*. Imprenta de la V. e H. de Compañel. Santiago, 1839.
- VEIGA ALONSO, Xosé Ramón: *Poder e política na Galiza vilega 1790-1833*. Edicións Bolanda. Santiago de Compostela, 2017.

LAS EXPEDICIONES CARLISTAS

Alfonso BULLÓN DE MENDOZA Y GÓMEZ DE VALUGERA¹

RESUMEN

Uno de los aspectos más singulares de la Primera Guerra Carlista es el envío por ejército carlista del Norte de diversas expediciones militares cuyo propósito era establecer la guerra en el interior de España. Estas columnas, que recorrieron todas las regiones de la Península, incorporaron a sus filas miles de voluntarios y ocuparon ciudades de la importancia de Córdoba o Valladolid, pero fueron incapaces de abrir nuevos frentes estables. De los 35.000 hombres que formaron parte de las mismas más de la mitad no regresaron.

PALABRAS CLAVE: España siglo XIX. Carlismo. Primera Guerra Carlista. Expediciones carlistas.

ABSTRACT

One of the most singular aspects of the First Carlist War was the dispatch of various military expeditions by the Northern Carlist Army, which purpose was to stablish the war in different provinces of inner Spain. This columns, which travelled across all the regions of the Peninsula , added to

¹ CEU Universities. Catedrático de Historia Contemporánea de la Universidad CEU San Pablo. abullon@ceu.es

their ranks thousands of volunteers and occupied cities of the importance of Cordoba or Valladolid, but were incapable of opening new stable fronts. Of the 35,000 men which formed part of them, less than the half returned.

KEY WORDS: Spain XIX Century. Carlism. First Carlist War. Carlist Expeditions.

* * * * *

INTRODUCCIÓN

Una de las características más singulares desde el punto de vista militar de la Primera Guerra Carlista es el reiterado envío de tropas desde el territorio controlado por los carlistas en el Norte de España al resto de la Península con el propósito de extender el escenario de la guerra. Estas columnas, que recibieron en su día el nombre de expediciones, tenían su origen en el convencimiento, ampliamente difundido entre las filas legitimistas, y no sólo en ellas, de que Don Carlos contaba con el apoyo de una gran mayoría de los españoles. A este respecto no estará de más recordar el texto de carta que el embajador británico en España, Sir George Villiers, escribió a su hermano el 13 de diciembre de 1835:

«La gran masa del pueblo es honrada; pero es carlista; odia todo lo que suene a gobierno liberal –instituciones liberales, hombres liberales– porque por experiencia sabe que de una situación liberal se derivan costumbres peores que de un solo déspota. Pero en lo que tú y otros extranjeros os equivocáis principalmente es en creer que el pueblo español es víctima de la tiranía o de la esclavitud. No hay en Europa un pueblo tan libre: las instituciones municipales en España son republicanas; en ningún país existe una igualdad comparable a la de aquí. El pueblo se gobierna mediante unas pocas costumbres, le importan muy poco las leyes y los reales decretos y hace lo que le apetece. Todo lo que quiere es que se le robe menos por parte del Intendente y que el Alcalde no le fastidie; si esto lo consigue, se siente completamente dichoso. [...] puedes estar seguro de que no me he quedado corto cuando te hablé de la inexistencia de deseos ni aptitud para instituciones liberales. La masa de la nación es carlista y partidaria de un rey absoluto.»²

² Carta de Villiers a su hermano, de 13 de diciembre de 1835, cit. por RODRIGUEZ ALONSO, «La correspondencia privada de George Villiers referente a España (1833-1839)», en *Revista de historia contemporánea*, n.º 4, 1985, p. 58. Ya antes, el 8 de noviembre de 1834, le había escrito en el mismo sentido: «Cuanto más vivo aquí más me convenzo de que Argüelles y la gente de su clase desconocen el estado real del país; la nación no desea instituciones liberales. Son esenciales para su prosperidad y para la corrección de los abusos, pero deben administrarse en pequeñas dosis y bien disimuladas, como la medicina a los niños pequeños, a medida que crecen.» (*Ibidem*, p. 57).

Y desde luego no serían los carlistas quienes disintieran con el juicio del representante diplomático del país que más apoyaba a Isabel II, embajador que además era partidario de incrementar la participación militar directa a favor de la reina. El problema, para ellos, no era si Don Carlos contaba o no con el apoyo de la mayor parte del pueblo español, sino si era posible que pequeñas columnas militares enviadas al interior de la Península sirvieran para que a su amparo se produjeran sublevaciones masivas que dieran lugar a la aparición de nuevos frentes.

Desde el punto de vista teórico, enviar tropas al interior de la Península, dominado por los liberales, no era un plan en absoluto descabellado, pues como afirmaba Jomini, el teórico militar más considerado en la época, «en igualdad de fuerzas y en presencia de un enemigo inteligente, es en general la diversión una falta peligrosa. Hay un solo caso en que pueda ser buena, y es cuando se pueda tener esperanza en un poderoso punto de apoyo dentro del país, y en el que con un cuerpo de quince a veinte mil hombres, se logre obligar al enemigo a que forme un ejército de cuarenta a cincuenta mil combatientes, para resguardar y defender su punto vulnerable; pero en tal caso depende esta diversión de las combinaciones políticas primero que de las militares». Al hacer esta afirmación Jomini pensaba en lo que hubiera podido significar un desembarco aliado en *La Vendée* durante las guerras de la revolución, pero la similitud con lo intentado en repetidas ocasiones por los carlistas es indudable.³

Había además un muy reciente caso de éxito ocurrido durante la guerra civil portuguesa. El 8 de julio de 1832 Don Pedro desembarcó en Oporto al frente de ocho mil soldados procedentes de Azores y trató de extender la guerra al resto de Portugal, pero sus intentos de salir de la ciudad fueron rechazados por las tropas miguelistas dando comienzo un sitio que los liberales pudieron mantener gracias al aporte constante de soldados y suministros por vía marítima. Sin embargo, al cabo de un año la situación parecía inmantenible, por lo que se decidió adoptar el atrevido plan presentado por el almirante Napier de embarcar 2.500 hombres al mando del duque de Terceira con destino al sur de Portugal, prácticamente desguarnecido. La operación fue un éxito, pues el 24 de junio de 1833 las tropas expedicionarias desembarcaban en Tavira y un mes más tarde, tras derrotar junto a Lisboa a la columna mandada por Telles Jordao, se apoderaban de la capital. Aquella expedición cambió el rumbo de la guerra civil portuguesa, aunque es cierto que sin el triunfo de la flota de mercenarios británicos de Napier sobre la flota de Don Miguel en el cabo San Vicente el día 5 de julio hubiera sido muy difícil que los liberales se hubieran

³ JOMINI, Barón de: *Descripción de las combinaciones más importantes de la guerra, y de su relación con la política de sus Estados, para que sirva de introducción al tratado de las grandes operaciones militares. Puesta libremente en castellano por el brigadier de caballería Francisco Ramonet*. Madrid, imprenta Real, 1833, p. 68.

podido apoderar de Lisboa. Además, otra expedición, esta vez sobre el Norte de Portugal, emprendida por Napier en contra de las órdenes expresas de Don Pedro, tuvo como resultado la conquista de las provincias más ricas del país y aceleró el resultado de la contienda. Muy posiblemente estos precedentes fueran tenidos en cuenta por los jefes carlistas que defendían el sistema de expediciones, pues la guerra civil portuguesa estaba lo suficientemente próxima en el tiempo y en el espacio como para ser conocida por todos.⁴

Dentro del campo de Don Carlos la opinión se encontraba muy dividida entre los militares que eran partidarios de tratar de extender la guerra a otros puntos de la Península mediante el envío de tropas que pudieran alentar la sublevación y posterior consolidación de los carlistas locales, y los que consideraban mejor irse extendiendo en forma de mancha de aceite a partir de las bases que se ocupaban en el Norte. No se trata esta de una división entre generales pertenecientes a las diversas tendencias del carlismo sino de posturas particulares, pues entre los jefes expedicionarios encontramos tanto a miembros del sector moderado del realismo (Gómez, Zaratiegui, Negri) como a algunos de los generales fusilados en Estella (Sanz y Guergué).

Tal vez la oposición más frontal a las expediciones, hasta el punto que es muy probable fuera la auténtica causa de su dimisión, fue la del general Eguía, que terminaba con un alegato en contra de las mismas la *Memoria* que de su mando elevó a Don Carlos. En su opinión, las tropas disponibles eran apenas suficientes para conseguir llenar sus objetivos en las provincias, pues Guipúzcoa requería un ejército para apoderarse de San Sebastián, Vizcaya otro para Bilbao, Álava uno para Vitoria, y Navarra las fuerzas necesarias para controlar La Ribera y los valles fronterizos. Además, las tropas enviadas fuera del territorio controlado por los legitimistas, «aisladas sin puntos de apoyo, que se ligen con seguras comunicaciones, y sin los establecimientos necesarios al ejército, por si mismas se destruyen... Podré equivocarme, Señor: otras expediciones sembrarán la guerra, la harán interminable si se quiere; pero el finalizarla está reservado al ejército del inmediato mando de V.M. regularizándole progresivamente».⁵

⁴ A pesar del tiempo transcurrido desde su publicación creemos que la mejor historia militar del conflicto sigue siendo la de SORIANO, José Simao da Luz: *Historia da guerra civil e do estabelecimento do governo parlamentar em Portugal compreendendo a história diplomática, militar e política d' este reino desde 1777 até 1834*. Lisboa, Imprensa Nacional, 1866-1890, 19 vols., que es el equivalente al Pirala de la historiografía portuguesa. Una primera aproximación en castellano puede verse en BULLÓN DE MENDOZA, Alfonso: «Aspectos militares de la Guerra Civil Portuguesa», en *Estados e Sociedades Ibéricas-Realizações e Conflitos (Sécs. XVIII-XX)*, Cámara Municipal de Cascais, 1997.

⁵ *Resumen histórico de la campaña sostenida en el territorio Vasco-Navarro a nombres de Don Carlos de Borbón de 1833 a 1839, e Impugnación del libro que sale a la luz con el título de «Vindicación del General Maroto»*. Madrid, imprenta de José C. de la Peña, 1846, tomo I, pp. 569-571.

Esta era también la postura del auditor Arizaga, para el que los batallones consumidos en estas empresas podían haberse utilizado para dominar toda Navarra, «las merindades de Castilla, y a poco esfuerzo la misma provincia de Santander, granero del Norte de España, y que era la primera conquista y adquisición a que debieron aplicarse los generales y el gobierno de D. Carlos». ⁶ Y del general Mazarrasa, que el 7 de diciembre de 1837 elevó una exposición a Don Carlos en que tras la experiencia de las expediciones anteriores acusaba de «muy ignorantes cuando no sean traidores a la causa de Dios, de V.M. y de la Nación española en general, a cuantos promuevan en el día la salida de nuevas expediciones, cualquiera que sea su fuerza y objeto que se proponga». ⁷ La misma opinión fue manifestada por la Junta de Santander, que hizo presente cuanto útil sería tratar de extender el dominio de las armas realistas en su provincia. ⁸

Lassala cree sin embargo que las líneas de Córdoba obligaron en buena medida a seguir esta práctica para tratar de extender la guerra, aunque opina que los carlistas cometieron el error «de no dedicar siempre sus esfuerzos a aumentar sus tropas en Aragón, punto central y estratégico para ellos, a fin de que desde el Maestrazgo hubiesen salido líneas que sucesivamente hubieran asegurado grandes zonas, aprovechando las cordilleras que de toda España sobre el Aragón se reúnen, y en las que apoyados hubieran extendido sus operaciones» ⁹ En última instancia, era el convencimiento del apoyo con que podía contar la causa de Don Carlos en prácticamente todas las provincias de España lo que inspiraba una política que puso en graves cuidados a las autoridades liberales, pues como señalaba el traductor español de Jomini, «las tropas de la Reina no solo debían destruir los focos enemigos, sino también impedir las operaciones carlistas dirigidas al interior del reino y de graves consecuencias, aún más en el orden político que en el militar». ¹⁰

⁶ ARIZAGA, José Manuel de: *Memoria militar y política sobre la guerra de Navarra, los fusilamientos de Estella, y los principales acontecimientos que determinaron el fin de la causa de D Carlos Isidro de Borbón*. Madrid, Imprenta de Vicente de Lalama, 1840, pp. 120-121. En el mismo sentido expresa su opinión personal el autor del *Resumen histórico*, tomo II, pp. 120 y ss.

⁷ SOJO Y LOMBA, Fermín: *El Mariscal Mazarrasa*, Institución Cultural de Cantabria, Santander, 1973, p. 376. El día 15 recibió una carta de Arias indicando que su majestad deseaba explicase con mayor amplitud su punto de vista sobre las expediciones, lo que dió lugar a una extensa contestación donde se declaraba partidario de formar un cuerpo de operaciones que dedicado a la ofensiva ampliara el espacio controlado en el Norte por las fuerzas de Don Carlos: «Si no conquistamos este año más que seis leguas habremos adelantado más en él que en los cuatro que nos han precedido. »

⁸ SOJO Y LOMBA: *op.cit.*, p. 382.

⁹ LASSALA: «Observaciones sobre la guerra civil», en *Revista Militar*, 1851, p. 133.

¹⁰ JOMINI, Barón de: *Compendio del arte de la Guerra, o cuadro analítico de las principales combinaciones de la estrategia, de la táctica sublime, y de la política militar*. Madrid, en la imprenta de Miguel de Burgos, tomo I, pág. 254.

El general Evaristo San Miguel, que a su condición de militar unió siempre una marcada preocupación por los temas históricos y políticos, afirmaba en una obra escrita durante la guerra: «Los enemigos de Isabel II encontrarán siempre simpatías que favorezcan sus operaciones, que ofrezcan sigilo a sus frecuentes movimientos, e inutilicen las pesquisas de sus enemigos. Las columnas de persecución no purgaran el país de aquesta plaga. Por muchos encuentros favorables que tengan con los enemigos, por mucho que los destruyan y dispersen, por mucho que tengan que celebrar la bizarria y ardimiento de los que militan a sus órdenes, quedará en pie la cuestión por largo tiempo. La facción vencida hoy en este punto aparecerá mañana en otro más distante; la persecución tomará otro rumbo, más quedará siempre en permanencia. Donde no exista realmente una facción armada, habría siempre elementos de formarla en breve; y por muy pacífico que se presente el semblante del país, ningún alto funcionario puede estar seguro de que no estalle una sublevación donde y cuando menos lo imagine».¹¹

Y si esta era la opinión de un general de la Reina, fácil es comprender la postura de quienes, como el general carlista Villarreal, alentaron durante su mando la salida de columnas expedicionarias, que aparte de otras posibles ventajas suponían de inmediato la disminución del peso al que se hallaba sometido el país, y la desaparición de la zona de la parte del ejército liberal de operaciones que fuera destacada en su persecución.

Aunque no faltaron pequeños intentos desde el inicio mismo de la guerra, el sistema de expediciones no se puso en marcha de forma generalizada hasta después de la muerte de Zumalacárregui (junio de 1835) y de hecho es lo que caracteriza el periodo de la guerra que transcurre desde la misma hasta que el peso del conflicto se desplaza al levante peninsular.¹²

EXPEDICIONES MÁS RELEVANTES

Si bien con anterioridad hubo algunas pequeñas expediciones, como las protagonizadas por Cuevillas y Manuel Sanz en 1834, y por José María Arroyo en enero de 1835, las expediciones más significativas son las que tuvieron lugar tras la muerte de Zumalacárregui. De ellas tan solo vamos hacer referencia a las más relevantes, aunque no hay que olvidar otras de menor envergadura como la de Batanero en 1836, y las protagonizadas por Balmaseda sobre Castilla en los momentos finales de la guerra.

¹¹ SAN MIGUEL, Evaristo: *De la guerra civil de España*, Madrid, en la Imprenta de Miguel de Burgos, 1836, pág. 85.

¹² Mi periodización de las guerras carlistas y su fundamentación pueden verse en BULLÓN DE MENDOZA Y GÓMEZ DE VALUGERA, Alfonso: *La Primera Guerra Carlista*. Madrid, Actas, 1992, pp. 231-399.

Expedición de Guergué

Fue organizada durante el breve mando de González Moreno y fue debida a la presión de Don Carlos, pues Moreno creía que era mejor mantenerse en las provincias mientras no se tuviese un aumento de caballería y artillería suficiente para marchar sobre el centro de España.¹³ Moreno convenció al Pretendiente de que la expedición se dirigiera hacia Cataluña, pues consideraba más fácil mantener las comunicaciones con las tropas que se enviaran al Principado que con las que pudieran enviarse a Asturias y Galicia. Se respondía también así a la petición formulada el 31 de enero por uno de los principales jefes carlistas de Cataluña, el brigadier Samsó, de que se enviara una expedición que pudiera establecer allí la guerra.¹⁴

Puesta a las órdenes del general Guergué, esta columna contaba con 2.564 infante y 126 jinetes, y entre sus efectivos se encontraban el batallón de guías de Navarra y el 1º de Castilla, que tenían fama de ser los mejores del ejército. La expedición emprendió la marcha el 8 de agosto, entró el 16 en Huesca y el 18 en Barbastro, donde se formó un batallón con los mozos presentados en ambas ciudades. La entrada en Cataluña se hizo con los mejores auspicios, pues primero se le unieron 500 hombres al mando de Borges y el 25 hacía lo propio el coronel Orteu con 3.500 «a que ascendía el número de los que se pronunciaron tres días antes.»¹⁵ Al día siguiente se le incorporaron dos tenientes del regimiento de Zamora con sus 33 hombres y varios paisanos que les habían ayudado a desarmar a los milicianos de Orgañá. Fueron muchos los pequeños enfrentamientos que con resultados varios tuvieron las fuerzas expedicionarias en estos días, y entre ellos creo que merece la pena hacer hincapié en el ocurrido el 28 de septiembre en Sant Jaume de Llierca, donde sorprendió a dos compañías del regimiento de América que, según Piralá, «se batieron todo aquel día y la noche.» A la mañana siguiente acordaron capitular entregando sus armas y equipo, quedando los sitiados en libertad de ingresar en las filas carlistas o ser escoltados hasta la guarnición isabelina más cercana. Lo curioso es que de aquellas compañías que se habían batido con valor contra los carlistas tan solo 2 oficiales y 23 soldados, a los que se acompañó hasta Figueras, optaron por seguir en las filas de la reina,

¹³ PIRALA, Antonio: *Historia de la guerra civil y de los partidos liberal y carlista corregida y aumentada con la historia de la Regencia de Espartero*. Madrid, Felipe González Rojas, tomo II, pp. 427-428.

¹⁴ Biblioteca de la Real Academia de la Historia (BRAH), Carlistas, leg. 9/6.709.

¹⁵ PIRALA, *Historia de la guerra civil*, tomo I, p. 739.

mientras que los restantes 3 oficiales y 131 soldados se pasaron a los que acababan de combatir. Dicho de otra forma, más de 84% de los sitiados se pasó a sus sitiadores.¹⁶

El momento no podía ser más apropiado para los legitimistas, pues la matanza de frailes del mes de julio en Cataluña había provocado un gran descontento entre sus habitantes, lo que incremento muy notablemente las fuerzas carlistas, que según la reorganización dada por Guergué en 5 de noviembre de 1835 ascendían a un total de 22.363 infantes y 395 jinetes, efectivos que nunca volvieron a ser alcanzados por el ejército carlista de Cataluña, y no demasiado distantes de los que les podían oponer los isabelinos, que en esos momentos pudieron contar con el refuerzo de la legión francesa y de una columna del ejército del Norte al mando del general Gurrea.¹⁷ Para ponerse al frente de las fuerzas carlistas del Principado Don Carlos había designado al conde de España, antiguo capitán general de Cataluña, y posiblemente la única persona con el suficiente prestigio y carácter para lograr imponerse su autoridad a los jefes carlistas de Cataluña, que actuaban entre sí con casi total independencia. Pero el conde de España fue detenido por los franceses en la frontera, lo que sin duda fue una de las mayores contribuciones que hicieron los franceses a la causa de Isabel II. Si a mediados de 1835 el conde de España hubiera logrado reorganizar a los carlistas catalanes como hizo en 1838 la guerra habría sido mucho más complicada para los cristinos.

Ante el descontento de las tropas navarras que le acompañaban, y que llevaban ya más de tres meses fuera de sus hogares, Guergué no tuvo más remedio que emprender el regreso el 22 de noviembre, tras lograr a duras penas impedir un motín de sus tropas. El 25 tuvo un encuentro con la legión francesa en Angües que sin embargo no le impidió continuar su marcha.

A pesar de que en su trayecto hubo tanto victorias como reveses lo cierto es que el balance de esta primera expedición puede considerarse positivo, pues a su amparo se produjo un gran alzamiento carlista en Cataluña, que no fue a mayores por la prisión del conde de España en la frontera y por la insubordinación de las tropas que deseaban volver a sus hogares.

¹⁶ PIRALA, *Ibidem*, p. 751. Como caso curioso también cabe recoger que cuando a su regreso Guergué volvió a entrar en Barbastro se incorporaron a sus filas ocho soldados del batallón de guías de Navarra que habían sido hechos prisionero en el Cinca y se habían pasado a los isabelinos.

¹⁷ PIRALA, *Ibidem*, pp. 753-754. De la cifra anterior habría que restar los 2.654 infantes y 136 jinetes de que en ese momento constaba la expedición para obtener la cifra de los carlistas catalanes, que era por tanto de 19.709 infantes y 259 jinetes. De todas formas los efectivos de este cuadro son de carácter muy general, muy distintos de los detallados estados de fuerzas que solían hacerse, y es posible que haya de considerarse tan solo como una aproximación a la realidad.

Expedición de Gómez

Junto a la expedición Real es la más famosa de las expediciones carlistas, pues no en vano recorrió la Península durante cerca de seis meses, llegando hasta Gibraltar. Su nombre oficial era Ejército Real de la Derecha, pues su objetivo era establecer la guerra en Asturias y Galicia. Se componía de cuatro batallones y dos escuadrones castellanos, así como un pelotón de granaderos, la mayor parte de los cuales procedía de la Guardia Real, con un total de 2.700 infantes y 180 jinetes, con un par de pequeñas piezas de artillería. Se trataba de las tropas más instruidas del ejército (los batallones castellanos estaban en su casi totalidad compuestos por desertores de las fuerzas cristinas) y también aquellas que era más difícil que trataran de desertar para volver al Norte, pues sus hogares se encontraban fuera de la zona controlada por los carlistas.¹⁸ La expedición comenzó con los mejores auspicios, pues el 27 de junio derrotó en Baranda al general Tello, que trató de impedirle la salida, haciendo cerca de setecientos prisioneros. El 5 de julio penetró en Oviedo, donde se le unieron 320 voluntarios con los que se empezó a formar el batallón 1º de Asturias, y el día 8 derrotó a su guarnición en las inmediaciones de la ciudad, haciendo más de quinientos prisioneros. Cuatrocientos de los prisioneros hechos en Baranda, y algunos de los derrotados cerca de Oviedo, pidieron aquí unirse a la expedición, repartiéndose sus fuerzas entre los diversos batallones en base a sus efectivos.¹⁹ Sin embargo Gómez no tardó en abandonar la ciudad ante la aproximación de la 3ª división del ejército del Norte, que le perseguía al mando del general Espartero con fuerzas muy superiores.

El 18 de julio la expedición hizo su entrada en Santiago, que hubo de abandonar en la madrugada del día 20 en medio del mayor silencio para evitar ser copado por las diversas columnas cristinas que con un total de cerca de quince mil hombres se dirigían contra él. El silencio en que se efectuó la salida hizo que quedaran en sus casas muchos de los voluntarios que se habían presentado e incluso algunos soldados de la expedición que al día siguiente fueron hechos prisioneros en sus alojamientos. Gómez hubiera querido dejar en Galicia a su segundo, el marqués de Bóveda de Limia, de gran arraigo en el país, pero este pidió para quedarse un batallón de infantería y 40 jinetes, a lo que Gómez se negó, por lo que aunque equipó y reorganizó a las partidas gallegas, que se aumentaron con los voluntarios que no podían seguir la marcha de la expedición, no se consiguió una unidad de

¹⁸ Para una descripción más detallada de las unidades que la componían y su mando puede verse BULLÓN DE MENDOZA, Alfonso: *La expedición del General Gómez*. Madrid, Editora Nacional, pp. 23-26.

¹⁹ BULLÓN DE MENDOZA: *Ibidem*, p. 40.



«General Gómez», libro de *Magues: Don Carlos et ses défenseurs*

mando que hubiera resultado muy beneficiosa.²⁰ Ante la imposibilidad de mantenerse en Galicia, Gómez se dirigió a León, dejando en Villablino para hacer la guerra en su tierra al batallón 1º de Asturias, que a las pocas horas de separarse de la expedición fue sorprendido y dispersado.

El 1 de agosto la expedición hizo su entrada en León, donde se les unieron ciento sesenta voluntarios, incluyendo el cuadro del regimiento provincial. Desde allí trató de regresar a Asturias, y se dirigió hacia el puerto de Tarna con el propósito de derrotar a Espartero al amparo de sus formidables posiciones. No lo consiguió, y el 18 de agosto se celebró una junta de oficiales en Prádanos de Ojeda en que vista la imposibilidad de establecer la guerra en Asturias y Galicia se decidió adentrarse en el interior de España, aprovechando la coyuntura creada por la revuelta de los sargentos de la Granja, que habían obligado a María Cristina a jurar la constitución de 1812. El 20 entró en Palencia, y desde allí continuó su marcha por Castilla, derrotando el 30 de agosto en Matillas a una columna de la Guardia Real encabezada por el brigadier Narciso López, que cayó en su poder con más de mil quinientos hombres. La necesidad de deshacerse de los prisioneros hizo que Gómez optara por dirigirse hacia el Maestrazgo con el propósito de depositarlos en el territorio controlado por Cabrera, con quien se entrevistó en Utiel el 11 de septiembre. Aunque a Cabrera le hubiera gustado contar con las tropas de Gómez para operar en Valencia y Murcia acabó aceptando el parecer de éste de marchar sobre Madrid, uniéndose a la expedición con unos 2.500 infantes y 550 jinetes.

El 15 de septiembre la expedición emprendió la marcha sobre Albacete, donde hizo su entrada al día siguiente. En las cercanías de Casas Ibáñez los carlistas encontraron los cadáveres quemados y semienterrados de varios voluntarios que llevaban en sus botones el lema de Carlos V, y al llegar a la población supieron que eran dispersos de la expedición de Batanero, asesinados por los urbanos junto con varios presos locales cuando recibieron la orden de trasladarlos. Pese a que se tomaron cuantas medidas se pudo para evitarlo algunos soldados incendiaron el pueblo, y según Madoz más de ochenta casas fueron consumidas por las llamas.²¹ El 20 la expedición fue sorprendida en Villarrobledo por las tropas de Alaix, perdiendo 1.274 prisioneros y anunciando la prensa isabelina la completa dispersión de los vencidos, que para sorpresa de todos entraron al asalto en Córdoba en 30 de septiembre haciendo prisioneros a sus cerca de tres mil defensores, en su mayor parte miembros de la Milicia Nacional de la provincia que se habían concentrado para defenderla,

²⁰ BULLÓN DE MENDOZA: *Ibidem*, pp. 59-61.

²¹ MADOZ, Pascual: *Diccionario geográfico-estadístico-histórico de España y sus posesiones de ultramar*. Madrid, La Ilustración, 1847, tomo VI, p. 52, habla de los efectos del incendio pero omite las causas.

lo que dio ocasión a que poblaciones como Baena, Cabra, Lucena, Montilla y Castro del Río se sublevaran a favor de Don Carlos. Tras iniciar la organización de un par de batallones cordobeses y dejar al marqués de Bóveda a cargo de la ciudad, Gómez se trasladó a Baena para protegerla de una columna que avanzaba desde Málaga, a la que derrotó el día 5. Poco después tuvo noticia de que Alaix había entrado en Alcalá la Real, por lo que se dirigió a Priego con la intención de presentar combate. Las tropas permanecieron frente a frente durante tres días, sin que ninguno de los bandos se decidiera a iniciar la batalla. Sin duda esta fue la mejor ocasión que tuvo la expedición de establecer la guerra en un nuevo punto de la Península, pues en aquellos momentos el ministro de la Guerra, que había abandonado Madrid para perseguirle, se encontraba a más de doscientos kilómetros, y las fuerzas que había en la región estaban compuestas en su mayor parte por nacionales movilizados, cuya moral estaba por los suelos. Aunque sus efectivos eran superiores Gómez no se decidió a empezar la batalla debido al menor grado de instrucción de sus tropas, entre la que había numerosos voluntarios que acababan de incorporarse, y emprendió el regreso a Córdoba, ciudad que abandonó el 14 de octubre, fuera por la gran cantidad de tropas que marchaban contra él, fuera porque había recibido noticias de que una nueva división carlista se había internado en el territorio isabelino y se propuso tratar de ayudarla.

El 23 atacó las minas de Almadén, defendidas por cerca de dos mil hombres al mando del brigadier Puente y Aranguren, que había sido ministro de la Guerra al final del Trienio, y que tomó tras un duro combate en cuyo transcurso se pasó a sus filas el capitán Salvador Criado con su compañía del provincial de Córdoba. La pérdida de Almadén costó el puesto al general Rodil, cuya ineficacia a la hora de perseguir a Gómez había quedado repetidas veces en evidencia. El 27 los expedicionarios entraron en Guadalupe, donde dispersaron sin necesidad de combatir a los milicianos movilizados de Extremadura y el 30 entraron en Trujillo, donde se les unieron soldados y oficiales del cuadro del regimiento provincial. Al día siguiente se efectuó la entrada en Cáceres, lugar donde Cabera abandonó la expedición al frente de un pequeño contingente de caballería con el que se dirigió a marchas forzadas hacia el Maestrazgo al haber tenido noticia de que Cantavieja se hallaba sitiada por el general Evaristo San Miguel. El 2 de octubre Gómez escribió a Don Carlos comunicándole su decisión de tratar de establecer la guerra en Andalucía y haciéndole ver que dado el gran número de fuerzas que le perseguía podía ser un buen momento para que se enviase otra expedición sobre Madrid.²²

²² Esta posibilidad fue abordada en un consejo de oficiales generales celebrado en Durango a mediados de octubre, y aunque este era el parecer de Don Carlos se consideró más oportuno operar sobre Bilbao.

De nuevo en Andalucía Gómez trató de establecerse en la serranía de Ronda, pero pronto vio que era imposible, y decidió iniciar el regreso al Norte, para lo que marchó sobre Algeciras con el fin de despistar a sus enemigos. El brigadier Ordoñez, a cargo del campo de Gibraltar, optó por refugiarse al amparo de las tropas inglesas de Gibraltar, cuyo gobernador tomó las disposiciones oportunas para la defensa. Fácil es comprender el orgullo de los expedicionarios:

Era un día de los más claros y hermosos que se ven en aquel país; nuestro espíritu rebosaba en júbilo y entusiasmo por vernos en la parte más meridional de la península y al frente de una nación extranjera ondeando las armas y pabellón del mejor de los monarcas, todo debido a la omnipotencia de Dios y al valor de nuestros soldados. Confúndanse el charlatanismo y pedantería de los publicistas revolucionarios que mil y mil veces han decantado la impotencia de las armas de Carlos V, sepan que ya no les es lícito ni jamás les ha sido sino faltando solemnemente a la verdad decir que el valiente ejército que defiende la legitimidad no puede hacer la guerra en otro país que las provincias, cúbranse de ignominia al ver que no sólo en ellas lo ha hecho con ventaja, sino en la España entera de un polo a otro polo. La nación británica ha sido testigo de esta verdad. Dígalo si no la baja que padecieron los fondos cristinos en esta nación a consecuencia de nuestra visita ante la plaza de Gibraltar, desmintiendo cuantos enredos y patrañas habían publicado los periódicos de la revolución.

[...] en la tarde del 22 muchos ingleses y algunas señoritas fueron a visitar a nuestras tropas que daban el servicio de la línea y estuvieron mucho tiempo de conversación y preguntando por todo lo que les causaba novedad, quedando admirados de nuestro arrojo y valentía. ¡Que perspectiva! Los que tantas veces habían decantado la impotencia de nuestras armas reducidos a acogerse a la sombra de un pabellón extranjero, mientras una pequeña parte del ejército de Carlos V era la admiración de estos extranjeros mismos.²³

Acosado por más de 25.000 hombres, Gómez optó por abrirse paso a través de las tropas de Narváez, como consiguió el 25 de noviembre en Majaceite. Una inopinada sorpresa de la columna de Alaix sobre la expedición, que pudo haber tenido mayores consecuencias si no hubiera sido por sus disensiones con Narváez, no ocasionó grandes pérdidas materiales, pero dejó en evidencia la necesidad de retirarse al Norte, adonde pudo llegar sin mayores problemas el 19 de diciembre, tras haber permanecido en el interior de la

²³ DELGADO, José María: *Relato oficial de la meritísima expedición carlista dirigida por el General andaluz, Don Miguel Gómez*. San Sebastián, Gráfico-editora, 1943, pp. 103-104.

Península durante cerca de seis meses y haber recorrido más de 800 leguas. Cuando salió de las Provincias la expedición contaba con 2.700 infantes, y cuando regresó con 1.953, si bien había habido un importante aumento de la caballería, que pasó de 180 a 450 caballos. Es difícil saber cuántos de esos 1.953 soldados eran de los que habían salido de las provincias, y cuantos de los 3.511 que se habían adherido a la misma a lo largo de su deambular por España. Además de la expedición propiamente dicha con Gómez regresaron los restos las tropas que se le habían unido en El Maestrazgo, que hacían un total de 1.200 hombres y 340 caballos.²⁴

Primera expedición de Don Basilio

El 11 de julio de 1836, unos quince días después de la salida de la expedición de Gómez, da comienzo la del brigadier Basilio Antonio García, cuyo objetivo no era otro que ocupar en su persecución el mayor número posible de tropas enemigas, a fin de que Gómez pudiera operar con mayor libertad. Tan solo un par de batallones y un escuadrón componían esta nueva columna, que el 16 de julio hace su entrada en Soria, «aumentándose su fuerza con unos ochocientos mozos, tres oficiales, gran número de nacionales de ambas armas, dos eclesiásticos y un cirujano».²⁵ De allí pasó a la provincia de Segovia, ocupando Riaza y acercándose a la Granja, donde se encontraba en aquellos momentos la corte de María Cristina.²⁶ El 26 de julio batía en Arauzo de Miel a una de las columnas que marchaban en su persecución, la del coronel Azpiroz, tras lo cual pidió, como hicieron prácticamente todas las expediciones, que se aplicara el convenio Elliot a fin de poder establecer un depósito de prisioneros. Después de deambular varios días por esta zona, y hacer una breve incursión hacia Aragón, sorprende en

²⁴ BULLÓN DE MENDOZA: *La expedición del General Gómez*, p. 218.

²⁵ PIRALA: *op. cit.*, tomo II, pág. 306. ROMERO, Carmelo; G. ENCABO, Carmelo y CABALLERO, Margarita: *La provincia de Soria entre la reacción y la revolución, 1833-1843*, p. 76 recogen que según el *Boletín Oficial de la Provincia de Soria*, la cifra se reduce a sesenta y cinco.

²⁶ BERMEJO, Ildefonso Antonio: *La estafeta de palacio. (Historia del reinado de Isabel II). Cartas trascendentales dirigidas a D. Amadeo*. Madrid, imprenta de R. Labajos, 1872, tomo I, p. 307 recoge como «llegó de pronto al regio alcázar la noticia de que D. Basilio se acercaba al Real Sitio, por lo que llena de pavor la corte, y dominada por la confusión, decidió fugarse prontamente del lugar que tan amenazado creía», lo que no llegó a suceder por la llegada de Istúriz, que supo restablecer la calma. Según parece Balmaseda, segundo jefe de la expedición, era partidario de haber aprovechado la ocasión para dar un golpe de fuerza y apoderarse de María Cristina, a lo que se opuso don Basilio, tal vez por la superioridad de las tropas que la custodiaban.

Maranchón (Guadalajara) a una columna de francos, parte de cuyos efectivos fueron incorporados a las huestes carlistas. Otros, sin embargo, prefirieron quedar prisioneros, y aquí salió a relucir la animadversión popular contra los francos, pues cuando varios trataron de fugarse los «paisanos de los pueblos, que los perseguían, los prendieron y presentaron a don Basilio, que los hizo pasar por las armas para escarmiento de los demás.»²⁷

El 26 de agosto, al frente de cuatro batallones y tres escuadrones, o sea, de más de duplicadas fuerzas que las que llevaba cuando efectuó su salida, Don Basilio repasaba el Ebro en una expedición, que dentro de su falta de pretensiones, fue de las más afortunadas emprendidas por las tropas de Don Carlos.

Expedición de Sanz

Aunque fue una expedición menor, y que fracasó en sus objetivos, no fue ni la mitad de desastrosa que podría haber sido si se hubieran mantenido las instrucciones oficiales, de 20 de agosto de 1836, según las cuáles Sanz debía marchar hacia el Maestrazgo como comandante general de Aragón y Valencia. Aunque en aquellos momentos podía parecer una buena idea regularizar la guerra en la zona, ello hubiera supuesto la anulación de Cabrera, que como sabemos sería el más destacado dirigente militar carlista junto a Zumalacárregui. La unión de Gómez con Cabrera pareció dejar cumplido el objetivo de apoyar a los carlistas del Maestrazgo (aunque como bien sabemos no fue así), y nada tiene pues de extraño que cuando la expedición estaba en marcha y ya próxima a pasar el Ebro Sanz fuese alcanzado por Villarreal, que le manifestó tener instrucciones del Pretendiente para que se dirigiera a Asturias, noticia que no fue para nada de su agrado: «Sanz le manifestó lo perjudicial e inoportuno de este cambio, puesto que si por una parte peligraba el Aragón, por otra él no podría hacer nada en Asturias, porque no llevaba municiones para más que dos o tres encuentros, el país estaba alarmado desde que por él paso Gómez, había guarnición en Oviedo, y la división portuguesa con otra, recorría aquellas cercanías. Sin embargo estas reflexiones, insistió Villarreal en que el *Rey lo mandaba*, y Sanz fue a Asturias.»²⁸

²⁷ PIRALA: *op. cit.*, tomo II, p. 309. El relato de este autor sobre la expedición de don Basilio cuenta con varias imprecisiones y contradicciones, por lo que es necesario compararlo con el de FERRER, Melchor: *Historia del tradicionalismo español*, tomo XII, pp. 126-135.

²⁸ SANZ, Florencio: *Breve historia militar y política de don Pablo Sanz y Baeza, general carlista*. Pamplona, Imprenta Erasan y Labastida, 1871, pp. 18-19.

Colocado al frente de tres batallones y dos escuadrones, Sanz emprendió su marcha el 25 de septiembre, y el 28 penetraba en Asturias. Desistiendo de ocupar Oviedo, con cuya guarnición mantuvo un breve tiroteo, la expedición se mantuvo cerca de un mes por la zona, haciendo un nuevo reconocimiento sobre la capital el día 19 de octubre. El 22 ocupaba Gijón y el 23 Avilés, pero poco después, tras amagar sobre León y regresar a Asturias, iniciaba su retorno a las provincias vascas, donde hizo su entrada a mediados de noviembre.²⁹

Expedición Real

El 20 de mayo de 1837, al frente de 10.780 infantes y 1.200 jinetes, Don Carlos salió del territorio controlado por los carlistas dando una alocución donde señalaba que su propósito era poner fin a la guerra. Dicha expedición era producto de las negociaciones habidas con la reina María Cristina después de la revolución de la Granja, y el acuerdo al que se pretendía llegar incluía que María Cristina abandonaría España reconociendo a su cuñado como rey, y casando el hijo mayor de éste con Isabel II, con lo que la cuestión dinástica quedaba arreglada.³⁰ Para ello era necesario que fuerzas carlistas se presentaran en las proximidades de Madrid, momento en que María Cristina y su hija se unirían a sus filas para poner fin a la contienda. No terminadas aún las negociaciones en el momento en que la expedición abandonó las Provincias, los movimientos militares pudieron en ocasiones deberse a causas políticas que casi nadie conocía, y podían ser absurdos para casi todos los que acompañaban a Don Carlos.

El 24 de mayo los carlistas entraron en Huesca, donde a las pocas horas fueron sorprendidos por una fuerte columna liberal mandada por el general Iribarren, virrey de Navarra, sobre la que obtuvieron una gran victoria. El 27 entraban en Barbastro, donde el 2 de junio fueron atacados por 14.000 soldados enemigos a las órdenes del general Oráa, consiguiendo una segunda

²⁹ FERRER: *op. cit.*, tomo XII, p. 141. Según Sanz: *op. cit.*, debió ser en torno al 14-15 de diciembre, pero creemos se equivoca de mes. Según el diario del mariscal Mazarrasa, publicado por SOJO Y LOMBA, Fermín: *El mariscal Mazarrasa*, Santander, Institución Cultural de Cantabria, 1973, p. 313, la expedición regresó el 11 de noviembre «menguada de 900 infantes y 80 caballos, según se dijo. Los expedicionarios hablaban muy mal de Asturias donde les habían negado toda clase de auxilios, huyendo de los nuestros los habitantes a consecuencia de haber sido fusilados por Espartero todos los comprometidos al paso de Gómez.»

³⁰ El desarrollo de las negociaciones puede verse en BULLÓN DE MENDOZA, Alfonso: *Auge y ocaso de Don Carlos: la expedición Real*. Madrid, Arca de la Alianza Cultural, 1986, pp. 29-60.

victoria gracias a las acertadas disposiciones del general González Moreno, jefe de estado mayor de la expedición. De allí pasó a Cataluña, entablado batalla en Guissona con las fuerzas del barón de Meer, capitán general del Principado, que acudió a hacerles frente con todas las fuerzas que pudo reunir. En esta ocasión la victoria estuvo del lado de los isabelinos, y tal vez el propio Don Carlos hubiera caído prisionero si el barón de Meer no hubiera ordenado a Diego de León abandonar la persecución de los vencidos.

El 29 de junio los expedicionarios atravesaron el Ebro y se unieron a Cabrera. No fue sin embargo una unión especialmente provechosa, pues rechazados en un reconocimiento sobre Castellón, los carlistas fueron posteriormente derrotados por Oráa en la acción de Chiva y hubieron de refugiarse en las inmediaciones de Cantavieja, capital de los carlistas del Maestrazgo. Acosada por las tropas de Oráa y Espartero la expedición se hubiera visto en un grave aprieto si no hubiera sido porque este último hubo de replegarse para cubrir la capital de España, amenazada por Zaratiegui. Eludiendo las disposiciones del general Oráa, que había preparado un movimiento convergente de las fuerzas del ejército del Centro sobre la expedición, Buerens trató de batirla el 24 de agosto en Villar de los Navarros, pero sus tropas fueron completamente derrotadas por las de Moreno, perdiendo más de tres mil prisioneros (buena parte de los cuales se incorporaron a las filas legitimistas) y dejando el campo cubierto de cadáveres. Reanimose así la maltrecha moral de la expedición, y el 30 de agosto, tras dar cabida en diversos cuerpos a los nuevos voluntarios y conducir los restantes prisioneros a Cantavieja, los carlistas emprendieron la marcha hacia Madrid, a cuyas puertas llegaron el 12 de septiembre de 1837.

¿Pudo Don Carlos entrar en la capital de España? Desde el punto de vista militar la respuesta es fácil, pues nos la da el propio capitán general de Madrid, Antonio Quiroga, cuando al terminar su conversación con el menor de los Córdoba sobre los medios disponibles para la defensa, añadió con ademán sombrío: «Hoy entran los carlistas en Madrid».³¹ Pero como hemos visto no fueron motivos militares, sino políticos, los que habían dado origen a la expedición de Don Carlos. Cierto es que tomar Madrid por las armas no hubiera perjudicado el estado de las negociaciones, pero no era lógico hacerlo cuando todo se podía resolver pacíficamente. Así, Cabrera, que había derrotado a una pequeña columna que salió a hacerle frente, recibió órdenes terminantes de no pasar de Vallecas

³¹ La descripción del estado de la villa y corte puede verse en FERNÁNDEZ DE CÓRDOBA, Fernando, marqués de Mendigorría: *Mis memorias íntimas*. Madrid, establecimiento tipográfico sucesores de Rivadeneyra, 1888, tomo II, pp. 199-206, que concluye afirmando tener sobrados motivos para suponer que «las causas de la retirada carlista fueron de naturaleza esencialmente política».



La reina María Cristina y su hija la reina Isabel pasando revista a las baterías de artillería que defendían Madrid en 1837.
Cuadro de Mariano Fortuny, Museo del Prado. Recuperado de: <https://www.museodelprado.es/coleccion/obra-de-arte/la-reina-maria-cristina-y-su-hija-la-reina-isabel/293ac041-a9da-48af-ab32-c007d8a1e930?searchid=2bb4c92b-ac61-5e21-1530-0c8251f4cc6c>

Al cabo de unas horas de espera los pocos dirigentes carlistas al tanto del proyecto de transacción debieron comprender que, por el motivo que fuese, la Gobernadora no se iba a presentar en sus filas. También entonces se habría podido ocupar la capital, pero los riesgos habían aumentado, pues Espartero se encontraba tan solo a una jornada, y en este espacio de tiempo se debería acabar con todos los focos interiores de resistencia, y tener las tropas dispuestas para un nuevo combate. Varios miembros de la expedición pensaban que al tener noticia de la pérdida de la capital se disolvería la columna de Espartero, pero esto era solo una posibilidad, y un general como Moreno no podía menos de obrar en virtud de hechos reales. Si quería conquistar Madrid lo primero que debía hacer era batir a Espartero (como luego hiciera Narváez con Seoane en una ocasión similar), pues luego entrar en la ciudad no revestiría el menor problema, y esta decisión inspiró los siguientes movimientos del ejército carlista.

Para cumplir su propósito de batir a Espartero antes de tomar Madrid, Moreno contaba con dos posibilidades: caer sobre sus tropas antes de que penetraran en la capital, como al parecer propuso el infante don Sebastián Gabriel, o situarse en un punto donde pudiera reforzar la expedición con nuevos voluntarios mientras esperaba la llegada de Zaratiegui, cuyas fuerzas estaban en Aranda de Duero el 12 de septiembre. Con este último propósito, la expedición se dirigió a Mondéjar, donde el disgusto por no haber atacado antes a Espartero se vio compensado por el aumento que experimentó el ejército: «Aquí es preciso haga público el buen espíritu de la Alcarria –cuenta uno de los expedicionarios–. Desde que entramos en ella no cesaba la presentación de mozos para tomar las armas, pero al llegar a Mondéjar esta presentación fue ya por pelotones bastante crecidos, llegando las partidas de cuarenta, sesenta y de cien hombres con tambor batiente o corneta, todos armados y vestidos de nacionales la mayor parte. Estas partidas venían mandadas por los ricachos de los pueblos, por los curas, o por oficiales retirados. En una palabra, este país se levantó en masa y en los tres días que estuvimos en Mondéjar la división castellana se aumentó en más de dos mil hombres. Jamás se vio nuestro ejército tan contento y entusiasmado.»³²

Sanz y Cabrera, que se habían separado con sus fuerzas del grueso de la expedición, sitiaban a los rezagados de Espartero que habían quedado en Guadalajara. La noche del 16 una compañía de granaderos de Tortosa sorprendió

³² Recogido por BULLÓN DE MENDOZA: *Auge y ocaso de Don Carlos*, pp. 155-156. Estos hechos son también citados por BURGOS, Javier de: *Anales del reinado de doña Isabel II*, Madrid, establecimiento tipográfico de Mellado, 1851, tomo V, p. 21: «Don Carlos, queriendo proteger el alzamiento de la Alcarria, se trasladaba de Arganda a Mondéjar, hacia desarmar milicianos y alistar quintos, y recibía de todo aquel territorio testimonios de simpatía, que, aunque tumultuosos y desordenados, podían hacerse funestos a la causa de la Reina, por poco que se tratase de darles coherencia y unidad.»

uno de los puestos de guardia enemigos, abriendo las puertas de la ciudad, cuyos habitantes fueron despertados a primera hora de la mañana por la música de las bandas militares colocadas en la plaza del ayuntamiento. La guarnición cristina, refugiada en la ciudadela, se salvó gracia a la llegada de una columna de socorro.

Reunidas estas fuerzas con las de Moreno, que desesperando de recibir a tiempo el socorro de Zaratiegui se decidió a intentar una sorpresa sobre las tropas de Espartero, la expedición emprendió el 18 de septiembre el camino de Alcalá de Henares, pero antes de llegar se supo por un par de desertores que sus movimientos eran ya conocidos, y que se habían tomado las oportunas disposiciones. No escapó a González Moreno el pésimo efecto de una retirada en estas circunstancias, y por ello propuso al pretendiente aceptar el combate en las alturas cercanas a Alcalá, pero su plan fue rechazado por los consejeros de Don Carlos. La situación se invirtió por completo cuando Espartero emprendió la persecución de los carlistas, cuya retaguardia, desorganizada por la caballería cristina, fue perseguida hasta las proximidades de Aranzueque, en cuyas alturas pudieron mantenerse los legitimistas sin mayores dificultades. No fue esta una acción donde los carlistas tuvieran excesivas pérdidas, pero la expedición quedó partida en numerosos grupos, separándose definitivamente Cabrera, que emprendió el regreso a Aragón, e introduciéndose el desánimo en las filas.³³

Desde este momento los carlistas se declararon en franca retirada, y mal hubiera podido acabar ésta si el 28 de septiembre, cuando se dirigía hacia el Aranda de Duero, no hubiera hecho acto de presencia una nueva expedición carlista, la del general Zaratiegui, que pudo anticiparse a tomar aquel puente antes de que lo hiciese el general Lorenzo, enviado por Espartero para impedir su paso. Lo ocurrido a partir del momento en que se unen ambas expediciones lo tocaremos en el punto siguiente.

Expedición de Zaratiegui

Obscurecida por la espectacularidad de la expedición de Gómez, y por la significación de la encabezada por Don Carlos, la expedición de Zaratiegui fue sin duda la más afortunada de cuantas emprendieron los carlistas. Con el fin de atraer sobre sí cuantas fuerzas isabelinas fuese posible y dejar

³³ Al hablar de esta dispersión, Sacanell recoge como muchos de los mozos presentados en la Alcarria quedaron prisioneros, «algunos pagaron con la vida su adhesión a Carlos V, y la mayor parte, con semejante ensayo, desmayaron y se volvieron a sus casas.» Según el mismo autor el ejército carlista, que antes de la batalla contaba con 12.000 hombres y 1.500 caballos, se encontraba reducido, un par de días más tarde, a unos 4.000 hombres entre ambas armas.

lo más libre de enemigos posible a la expedición de Don Carlos, la columna de Zaratiegui se concentró en Zúñiga (Navarra) el 18 de julio de 1837. Su salida trató de ser obstaculizada por la división auxiliar portuguesa, a la que derrotó en Zambrana, formando una compañía con los soldados que se le pasaron, y que se añadió a los 4.500 infantes y 260 caballos que componían la expedición. El 4 de agosto entró al asalto en Segovia, gran parte de cuyos milicianos nacionales se negaron a participar en la defensa, llegándose a extremos como el de la 4ª compañía de fusileros que lo hizo en pleno y con su capitán a la cabeza. En total, de los más de 600 nacionales solo 350 se aprestaron para el combate, y al resto se le recogió las armas para evitar «que hicieran mal uso de ellas.»³⁴ Al día siguiente capituló el grueso de las fuerzas liberales, que se habían refugiado en el Alcázar, sede del Colegio General Militar, algunos de cuyos profesores se unieron a las filas carlistas. Como dato curioso merece la pena reseñar que en Segovia había una Casa de la Moneda y que los legitimistas recurrieron a su ex-grabador principal, Nicolás Bartolomé, muy afecto a su causa, para que hiciese troqueles para batir moneda a nombre de Don Carlos: «Se acuñaron así cerca de 10.000 reales de a 8 maravedís, en cobre, y algunas monedas de plata de a peseta; la única moneda carlista que se acuñó en el curso de la guerra.»³⁵



³⁴ CEBALLOS-ESCALERA Y GILA, Alfonso: «4 de Agosto de 1837, Zaratiegui en Segovia», en *Estudios segovianos*, 1990, XXXI, núm. 87, p. 17.

³⁵ *Ibidem*, p. 37. El cuño se hizo pedazos al llegar a la novena moneda, por lo que el resto se hicieron con el busto de Fernando VII con bigote. En la subasta electrónica número 68 de Cayón se adjudicó una de estas monedas por 5.800 euros. La leyenda era: CAROLUS V D G HISP REX 1837.



Fuente: Wikipedia

En su deseo de atraer sobre sí el mayor número de enemigos posible Zaratiegui avanzó hasta Las Rozas, donde sostuvo una escaramuza el 12 de agosto con las muy superiores tropas de la guarnición de Madrid, retirándose acto seguido hacia Segovia, de donde hubo de salir el día 15, habiendo formado un nuevo batallón de 700 plazas. Acto seguido se dedicó a organizar la guerra en Castilla, estableciendo un hospital en Santo Domingo de Silos y ocupando diversas poblaciones. Tras una acción indecisa contra Mendez de Vigo en Nebreda, Zaratiegui se movió libremente por Castilla, apoderándose de Salas de los Infantes, el Burgo de Osma y Lerma, y formando con los voluntarios presentados los batallones 1º, 2º y 3º de Burgos, además de completar el 6º de Castilla. El 10 de septiembre ocupó Aranda de Duero, y tras varios días de descanso que utilizó para organizar el continuo flujo de voluntarios, se dirigió hacia Valladolid, que el general Espinosa decidió abandonar sin combatir, dejando una guarnición en el fuerte de San Benito. La situación de la provincia era de plena insurrección, pues según su jefe político en Nava del Rey se quemó el retrato de Isabel II, en Tordesillas «se quedaron casi todos los nacionales, sabiendo que aquella [la expedición] se aproximaba, entregando uniformes y armamento, incorporándose en una gran parte a las filas enemigas, y pasado a ellas de consiguiente sus caballos y monturas.»³⁶ Y no era mejor la situación del resto de la provincia,³⁷ pues como recoge Pirala: «los pueblos se consideraban dueños de manifestar libremente su adhesión y no temían apresurarse a demostrarla.»³⁸

³⁶ NÚÑEZ DE ARENAS, José: *Contestación a lo dicho y escrito contra el jefe político de Valladolid*. Valladolid, Imprenta de Aparicio, 1837, p. 4.

³⁷ Cfr. *Manifiesto de la Milicia Nacional de todas armas de la ciudad de Valladolid*. Valladolid, Imprenta de Aparicio, 1837.

³⁸ PIRALA: *op. cit.*, tomo II, p. 714.



El general Zaratiegui, galería militar contemporánea

Tras llegar a un acuerdo de no agresión con los defensores del fuerte de San Benito (los carlistas no tenían la pólvora necesaria para hacer una mina, y los isabelinos eran muy inferiores en número), unos y otros quedaron en posesión pacífica de sus dominios. Con los mozos presentados se formó un batallón de Valladolid que se armó con parte de los tres mil fusiles entregados por los nacionales. Pequeños destacamentos fueron enviados a las provincias de León, Palencia, Zamora y Salamanca, y la brigada de Goiri había desalojado a Espinosa de Toro cuando el día 23 Zaratiegui recibió una comunicación, firmada por el ministro de la Guerra en Mondéjar, ordenándole situarse sobre Almazán para colaborar con la expedición Real. El 24 el barón de Carondelet, al frente de 7.000 hombres, se presentó ante la ciudad, y Zaratiegui presentó combata para dar tiempo a que se le uniesen las tropas de Goiri, tras lo cual emprendió la retirada sin ser molestado. Informado de la dirección tomada por la expedición Real el 28 llegó a Aranda a tiempo de evitar que el general Lorenzo cortase la retirada a Don Carlos.

Más de 10.000 hombres y 700 caballos constituían entonces la fuerza disponible de Zaratiegui, dato digno de destacar, pues demuestra que pese a las bajas tenidas en diversos combates, los efectivos de la expedición habían aumentado en cerca de 6.000 soldados. Por el contrario, la columna de don Carlos había perdido la mitad de sus efectivos, pues según Rahden contaba con 6.000 infantes y 500 caballos, e incluso estas cifras nos parecen altas. No obstante, parecía abrirse una nueva época de esperanza para los cerca de 17.000 carlistas situados en la línea del Duero, y que poco antes de la acción de Retuerta habían aumentado hasta 19.000.³⁹

Reanimado el espíritu de las tropas expedicionarias con el refuerzo recibido, pues las fuerzas de Zaratiegui se hallaban en el más brillante estado, don Carlos decidió tratar de mantenerse en Castilla. Consciente no solo de su inferioridad numérica, sino también de que buena parte de sus soldados carecían de la necesaria instrucción,⁴⁰ Moreno trató de sorprender a Lorenzo, acampado en Retuerta, sin dar tiempo a que Espartero acudiera

³⁹ Según el estado de fuerzas formado por Zaratiegui antes de la misma y que se conserva en ARGN, papeles Zaratiegui, leg. 11-32 y los datos facilitados en su *Miscelánea sumario de las expediciones que han salido de estas provincias*, reproducida en BULLÓN DE MENDOZA Y GÓMEZ DE VALUGERA, Alfonso: «Las expediciones carlistas en un inédito del general Zaratiegui», en *Aportes. Revista de Historia Contemporánea*, núm. 33, 1997, pp. 3-22.

⁴⁰ De las tropas con que contaba Zaratiegui antes de esta batalla, la división de operaciones tenía 4.671 hombres disponibles, pero la de reserva tan solo tenía un batallón veterano, el 41 de Vizcaya, fuerte de 547 plazas. Igual ocurría con la mitad de su caballería, por lo que como mucho Moreno podía disponer de un total de 11.000 soldados y 900 caballos para enfrentarse con cerca de 20.000 de ambas armas reunidos por Espartero y Lorenzo.

en su socorro, pero el plan inicial se vino abajo cuando el batallón 2º de Aragón se abalanzó sobre el enemigo sin esperar a que el resto de las fuerzas hubieran ocupado las posiciones que les estaban marcadas, pues Lorenzo pudo hacer frente con facilidad a un ataque hecho por fuerzas tan inferiores, y aunque la llegada de los restantes cuerpos carlistas le obligo a replegarse, consiguió mantener el orden hasta ser reforzado por Espartero. Al día siguiente volvió Moreno a presentar batalla sobre las alturas de Retuerta, pero las tropas cristinas optaron por retirarse hacia Covarrubias. Pese a no haber experimentado ningún revés, el fracasado intento de batir a Espartero volvió a dejar de manifiesto el enfrentamiento, cada vez más fuerte, que había entre los jefes de las columnas expedicionarias, y la desertión tomo aún mayores proporciones, contagiándose a las tropas de Zaratiegui.⁴¹

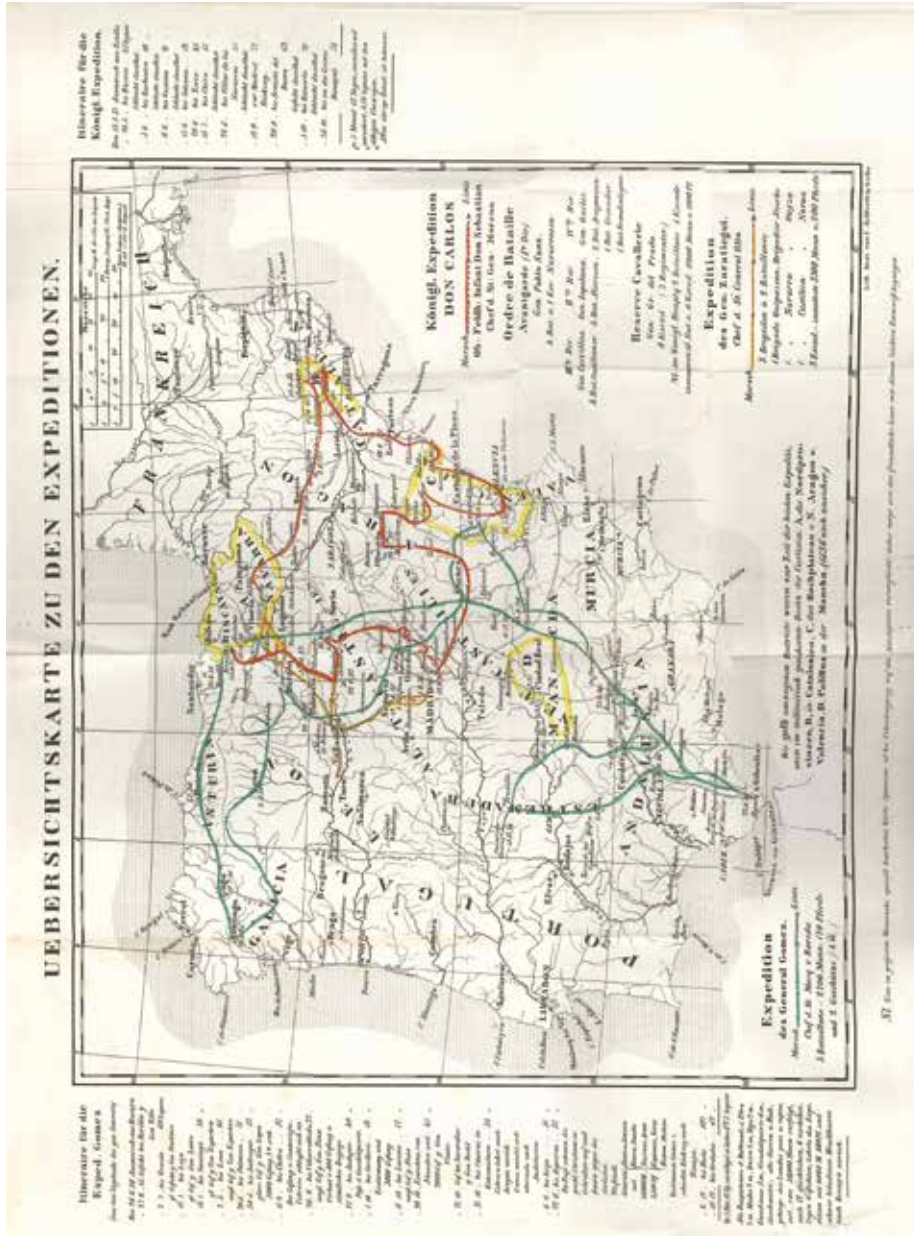
El 10 de octubre, y a pesar de los peligros que entrañaba esta medida, Don Carlos opto por dividir las tropas en dos cuerpos, uno a las órdenes del Infante y Zaratiegui, y otro conducido personalmente por él y por Moreno, tratando así de evitar las crecientes rivalidades. Mas pronto las fuerzas de Espartero se interpusieron entre las dos columnas, obligando a la de Don Sebastián a refugiarse en Navarra mientras que el Pretendiente, al frente de poco más de 5.000 hombres, lograba a duras penas penetrar en el territorio controlado por sus armas en la mañana del 26 de octubre de 1837.⁴²

Aunque ya hemos visto sus graves repercusiones políticas, hay que señalar que desde el punto de vista militar las expediciones de 1837 no supusieron un grave revés para las armas de Don Carlos, pues si consideramos el número de soldados que salieron de las provincias, y el de los que volvieron, veremos que las bajas experimentadas no pasaron de 2.500 hombres, saldo muy inferior a las causadas al enemigo y debido al gran número de voluntarios unidos a Zaratiegui.⁴³ Según la versión que normalmente suele ofrecerse de esta guerra, comenzaría ahora una progresiva decadencia de las armas

⁴¹ GOEBEN, August von: *Cuatro años en España. Los carlistas, su levantamiento, su lucha y su ocaso. Esbozos y recuerdos de la guerra civil*. Pamplona, Príncipe de Viana, 1966, pp. 154-155, cuenta como en las cercanías de Estella, donde se encontraba en aquellos días, se veían llegar diariamente grupos de soldados, siendo tal el estado de descomposición que llegó a presentarse entero un escuadrón navarro, sordo a las recriminaciones de sus jefes y a las duras medidas imperantes.

⁴² Estos últimos días fueron decisivos para explicar las medidas que se tomaron contra diversos generales a la vuelta de la expedición, pues la columna de don Sebastián y Zaratiegui entró en las provincias sin autorización de Don Carlos. Ciertamente es que no podía hacer otra cosa dada la situación de las fuerzas liberales, pero no lo es menos que el pretendiente y los que le seguían sintieron que habían sido abandonados cuando se encontraban prácticamente rodeados por el enemigo, *vid.* BULLÓN DE MENDOZA: *Auge y Ocaso de Don Carlos*, pp. 191-202.

⁴³ BULLÓN DE MENDOZA: *op. cit.*, p. 211.



Mapa de las expediciones carlistas del barón de Rahden, tomo de sus recuerdos de un viejo soldado dedicado a la guerra civil de España

carlistas cuya consecuencia lógica sería el convenio de Vergara, firmado por un ejército que se sentía derrotado pero, desde el punto de vista militar, es evidente que esta visión no es correcta, pues en diciembre de 1837 se había formado una división de Castilla, compuesta de doce batallones y cinco escuadrones cuyos componentes: «espléndidamente equipados, como jamás estuvieron los carlistas, saludaban al Rey con vivas entusiastas y recibían jubilosos la noticia de que saldrían otra vez a buscar al odiado enemigo y a intentar la liberación de las regiones patrias que aún gemían bajo su yugo.»⁴⁴

Segunda expedición de Don Basilio

Compuesta por cuatro batallones y dos escuadrones, la expedición efectuó su salida el 28 de diciembre con la misión de organizar la guerra en La Mancha y restantes regiones de la España central, para lo que debía contar con el apoyo de una división de Cabrera, a quien se habían dado instrucciones en este sentido.⁴⁵ El brigadier Marqués de Santa Olalla, que hasta poco antes del inicio de la contienda había sido gobernador militar de Ocaña, fue enviado como jefe del estado mayor divisionario, pues sin duda era persona de prestigio y conocimientos en la zona. No comenzó la marcha con buenos augurios, pues en la misma noche de su inicio varios voluntarios perecieron cuando trataban de vadear el Ebro, y otros doscientos, que no se atrevieron a hacerlo, quedaron en las provincias. García, con sus cerca de dos mil hombres, trató de dirigirse a Aragón para ponerse en contacto con Cabrera (uno de sus batallones era valenciano y dos aragoneses, así como uno de sus escuadrones), pero acosado por las tropas liberales se encaminó directamente a La Mancha. Sorprendido en Sotoca el 12 de enero de 1838, logró retirarse en buen orden y sin excesivas pérdidas, y el 20 de enero, ya en Ciudad Real, derrota a las tropas de su comandante general, el brigadier Minuisir, que trató de hacerle frente en Malagón. Un acuerdo con el enemigo sobre la aplicación del convenio Elliot, permitió establecer un depósito de prisioneros y un hospital, que parecían ser las primeras premisas para una nueva dimensión de la guerra.⁴⁶ El 26 de enero se unieron a sus fuerzas las tropas del coronel Tallada, a quien poco antes Cabrera había ordenado hacer una incursión por Murcia y Andalucía a fin de conseguir caballos y recursos. Dado que esta división no había partido

⁴⁴ GOEBEN: *Cuatro años en España*, pp. 173-174.

⁴⁵ GOEBEN: *Ibidem*, pág. 177. Con la expedición marchaban también cincuenta armeros destinados a las fábricas de Cabrera, que estaban escasas de personal cualificado.

⁴⁶ PIRALA. *Op. cit.*, tomo II, p. 957.

con órdenes de reunirse a don Basilio, y que sus tropas eran cerca del doble de las de este, Tallada no acato su autoridad sino con muchas reservas, de lo cual se derivaron numerosos inconvenientes.⁴⁷

Una breve incursión en Andalucía no resultó propicia a los expedicionarios, pues Tallada fue sorprendido cuando se hallaba acantonado en Baeza, y sus mal disciplinadas tropas debieron su salvación a la rápida aparición de don Basilio, cuyos batallones cubrieron la retirada. Varios días después, cuando Tallada decidió separarse de don Basilio, su columna fue sorprendida en Castril y completamente aniquilada.

Destinado a organizar la guerra en La Mancha, no parece que el general García llegara a congeniar con sus nuevos subordinados, a quienes probablemente no llevo a entender: «las tropas de Aragón (las de Tallada), cobardes e insubordinadas, huyen a la vista del enemigo, atropellan y roban cuanto encuentran. Las fuerzas de la Mancha son aún peores, sus jefes, oficiales y soldados, no son más que unos facinerosos... Prefiero la muerte a tener a mis órdenes semejantes forajidos que no conocen ni religión ni rey; son ladrones y nada más».⁴⁸ Más comprensivo resulta, paradójicamente, el juicio de Goeben:

Estas partidas fueron acusadas por unos y otros de procedimientos poco humanitarios e impropios de su denominación de carlistas, porque sacrificaban sin miramientos a los enemigos que caían en sus manos. Pero en ello hacían bien. ¿Cómo podían proceder de otra manera aquellos hombres que, porque eran los más débiles, habían sido excluidos por los adversarios de los beneficios de todo Tratado, que veían matar, arrasar, aniquilar todo cuanto les pertenecía y les era allegado? He referido antes con que crueldad intentaron aplastar los cristinos el levantamiento en estas provincias; después de hechos tan horriblos no podían esperar indulgencia jamás. No, cuando aquellos hombres de las partidas, que habían sido arrastrados a la desesperación, se vengaban de los liberales pasándolos a sangre y fuego, los trataban con toda justicia y cumplían su deber; pues en tal sazón la indulgencia y el perdón se hubieran convertido en despreciable debilidad, que habría llevado consigo inevitable ruina.

⁴⁷ GOEBEN. *Op. cit.*, p. 201. CALBO Y ROCHINA DE CASTRO, Dámaso: *Historia de Cabrera y de la guerra civil en Aragón, Valencia y Murcia*, Madrid, 1845, señala que Tallada fue enviado por Cabrera con la misión de auxiliar a don Basilio, en lo que es secundado por FERRER. *Op. cit.*, tomo XIV, p. 122. Sin embargo, no es esta la opinión de CÓRDOBA, Buenaventura de: *Vida militar y política de Cabrera*, tomo III, p. 110, ni de PIRALA: *Op. cit.*, tomo II, p. 958.

⁴⁸ Así se expresa en la carta que dirige a don Carlos con motivo de la derrota de Tallada en Baeza, y que es reproducida parcialmente por PIRALA. *Op. cit.*, tomo II, pág. 960, pero la guerra de guerrillas tiene sus propias reglas y sin duda don Basilio, cuya honradez y buenas intenciones son unánimemente reconocidas al hablar de esta expedición, se hubiera sentido extraordinariamente ofendido de haber sabido que en 1834, cuando él había practicado este tipo de guerra, Zumalacárregui se refería a él en términos parecidos.

*Pero se deshonraron a sí mismos al extender su furia vengativa fuera de los infames que la habían provocado. Los carlistas, esto es los hombres que luchaban honrosamente en los ejércitos regulares por el sostenimiento de los derechos de su Rey, no querían, naturalmente, conceder ese título a aquellas cuadrillas de La Mancha.*⁴⁹

Así pues, es fácil comprender que las relaciones de don Basilio con los cabecillas manchegos no iban a ser especialmente buenas. Las tropas de Orejita, que parecían ser las más dispuestas a colaborar, fueron pronto batidas y dispersadas, mientras que Jara y Palillos, enfrascados en antiguas rencillas, trataban de manejar al general según sus designios. Finalmente se impuso el primero, y Palillos, varias veces postergado, se separó completamente de la expedición. Las divergencias subieron de tono cuando García amenazó con hacerle fusilar, como efectuó con algunos de sus jinetes, y Palillos comenzó a hostilizarle.⁵⁰ No parece tampoco que la táctica utilizada por don Basilio fuera la más a propósito para darle el control de La Mancha, pues en vez de tratar de establecer una base de operaciones, bien en la parte de Cuenca, amparándose así en las líneas de Cabrera, bien en los Montes de Toledo, donde protegido por el fuerte de Guadalupe hubiera podido ir organizando sus fuerzas, optó por distraerlas en múltiples movimientos, con lo que si bien es cierto que se apoderó momentáneamente de poblaciones como Calzada de Calatrava, Puertollano y Almadén, no hizo sino llamar sobre sí la atención de numerosas columnas liberales.⁵¹ Finalmente, y ante la imposibilidad de cumplir su cometido, y con su columna reducida a poco más de mil hombres, optó por retirarse sobre Castilla la Vieja, donde esperaba unirse a la expedición encabezada por el conde de Negri. Mas tampoco este designio fue posible, pues a principios de mayo sus tropas fueron sorprendidas en Béjar por una columna liberal mandada por Pardiñas, consiguiendo escapar con tan solo 250 hombres, a cuyo frente consiguió llegar hasta el Maestrazgo.

Expedición del conde de Negri

Contra lo que más de una vez se ha afirmado, Negri era algo más que un simple gentilhombre de Don Carlos, pues con anterioridad a ocupar este puesto se había ejercitado en la carrera de las armas, combatiendo tanto en la guerra de la Independencia como en la campaña realista, y aunque según

⁴⁹ GOEBEN: *op. cit.*, p. 203.

⁵⁰ GOEBEN: *op. cit.*, p. 205; SOJO Y LOMBA: *El mariscal Mazarrasa*, p. 391.

⁵¹ PIRAL: *op. cit.*, tomo II, p. 964.

Mazarrasa no gozaba de un gran concepto militar, se distinguió pocos meses más tarde en la defensa de Morella.⁵² Esta nueva expedición, compuesta por ocho batallones y cuatro escuadrones, emprendió la marcha el 14 marzo de 1838, y el 21 batía en Pesaguero a las fuerzas que al mando del general Latre habían sido enviadas en su persecución. Dos días antes se le había separado el general Merino, que con alguna caballería debía marchar hacia la sierra de Burgos y los Pinares de Soria para establecer allí una base de operaciones a la retaguardia del ejército liberal.⁵³

El 31 de marzo Negri dejó al coronel Balmaseda junto con los heridos y enfermos en Quintanar, dándole para su protección una compañía de cazadores, y encargó al comandante Carrión, con su escuadrón de lanceros, operar en la provincia de Palencia. El 6 de abril, el grueso de la expedición efectuaba su entrada en Segovia, cuya guarnición se refugió en el Alcázar. Cuatro días más tarde, debido a las tropas que acudían en su contra, Negri se vio obligado a abandonar la ciudad y emprender una durísima retirada, en medio de la lluvia y la nieve, que terminó el 27 de abril, al ser sus tropas alcanzadas por Espartero en el desfiladero de la Brújula. La acción, si así puede llamarse, no pudo ser más desastrosa para las tropas carlistas, pues cuando incapaces de continuar la marcha formaron en orden de batalla y se prepararon a recibir con una descarga cerrada a la caballería cristina «los fusiles se caen de las adormecidas manos; no sale ni un solo tiro, pues la pólvora se había inutilizado totalmente. En pocos minutos quedó consumado el incruento sacrificio. El conde de Negri escapó con ambos escuadrones y algunos oficiales montados, llegando a Aragón; los ocho batallones de fieles y abnegados castellanos cayeron indefensos en manos del insolente enemigo que apresó igualmente la impedimenta y los cañones.»⁵⁴

En opinión del general prusiano Goeben, que entonces servía como oficial en las filas carlistas y participó en la expedición de don Basilio, tres fueron los errores cometidos por el mando carlista al enviar estas tropas a operar en ambas Castillas: «envió expediciones en la estación que tenía que amontonar toda suerte de inconvenientes; las envió aisladas, sin darles por esto los necesarios efectivos para poder sostenerse con fuerza por sí mismas; y las puso al frente de jefes que eran poco apropiados para orillar tales desventajas»⁵⁵

⁵² SOJO Y LOMBA: *op. cit.*, p. 390.

⁵³ FERRER: *op. cit.*, tomo XIV, p. 93.

⁵⁴ GOEBEN: *op. cit.*, p. 209. Según PIRALA: *Historia de la Guerra Civil*, tomo II, p. 996, la expedición contaba entonces con unos 1.800 infantes y 100 caballos, y según el mismo autor, *Ibidem*, p. 999, «con los soldados prisioneros de Negri fundó el conde de Luchana el Segundo batallón de los guías que llevaban el nombre de su título, y los restantes ingresaron en los cuerpos del ejército».

⁵⁵ GOEBEN: *ibidem*, p. 208.

CONSIDERACIONES Y BALANCE

¿Era acertada la suposición de los jefes carlistas que defendían que su causa contaba con un gran número de partidarios en el interior de España y que la presencia de fuerzas expedicionarias carlistas podría extender la guerra a nuevos territorios?

Creemos que lo más apropiado es responder de forma separada a los dos interrogantes que plantea la anterior pregunta. De todas las expediciones carlistas, sin duda fue la de Gómez la que hizo un más amplio recorrido por la Península, y por tanto la que nos puede dar más información al respecto. Veamos pues cuál es la forma en que según el relato de uno de sus integrantes fue recibida en las ciudades más importantes de su tránsito: Oviedo, «todo el pueblo lleno de regocijo, comprometido y llorando de alegría, salió a recibirnos, llamándonos sus libertadores»; Santiago, «a esta ciudad llegamos el día 18 de julio en medio de las más vivas aclamaciones de la población, que se hallaba agolpada por donde entramos, dando muestras nada equívocas de los más sinceros sentimientos en favor de la justa causa del Rey N.S.»; León, «los habitantes de todas clases se esmeraban a porfía en demostrar el júbilo y alegría de que estaban poseídos, dando señales evidentes de la simpatía con que nos miraban»; Palencia, «en esta ciudad notamos el mismo entusiasmo y decisión por la justa causa del Rey N.S. que en las otras capitales, recibiéndonos el pueblo con las más sinceras muestra de adhesión»; Albacete, «entramos en esta población la tarde del 16 de septiembre en medio del regocijo público, y a pesar de que varias personas las más comprometidas la habían desamparado no echamos nada de menos, porque todas las casas se hallaban abiertas, y el pueblo dio muestras del contento que tenía por nuestra presencia»; Córdoba, «las puertas de la ciudad estaban cerradas y atrancadas por dentro, de modo que no se podían abrir por la parte de afuera, pero al instante que los vecinos vieron llegar a estos dos generales [Cabrera y Villalobos], quitaron los impedimentos que obstruían la entrada, y abriendo las puertas entraron aquellos en la ciudad... Casi todas las ciudades y pueblos de esta provincia o al menos los más principales se pronunciaron abiertamente por la causa del Rey... No es posible ver mayor entusiasmo y decisión por nosotros, que la que vimos en Córdoba, su provincia y casi toda Andalucía, y estoy persuadido que si hubiéramos podido fijarnos aquí, en menos de un mes se hubiera pronunciado por la justa causa la Andalucía entera, y hubiera desaparecido de ella en un abrir y cerrar de ojos la revolución; tal es el espíritu que observamos en ella»; Cáceres, «llegamos el día 31 de octubre a las tres de la tarde, en medio de los vivas y aclamaciones de toda la población que salió a recibirnos, mostrando

la satisfacción que tenían por vernos»; y Ronda, «entramos en esta ciudad el 16 de noviembre en medio de las aclamaciones de un pueblo entusiasmado por la justa causa del Rey N.S.»⁵⁶

Como es obvio el testimonio de un oficial carlista no puede ser aducido como prueba definitiva del espíritu de estas ciudades, por lo que es necesario confrontarlo con otras fuentes. El capitán Luis de Evans, que participó en la persecución de Gómez, da los siguientes datos sobre lo sucedido en las ciudades a las que iba llegando su columna: Oviedo, la entrada «se efectuó con todo el orden que reclama la más rígida disciplina, a pesar de creerse el pueblo en mal sentido, tanto por las fiestas espontáneas que hizo a la entrada de Gómez, como por la creación de un batallón compuesto de voluntarios, que tomó el nombre de Oviedo, primero de Asturias»; Santiago «los enemigos entraron en Compostela anteceditos de un pueblo numeroso que les vitoreaba, llegando hasta el exceso de abrazar las piernas de los lanceros de la vanguardia, haciendo con ellos las demostraciones más evidentes de los sentimientos que les animaban», lo que contrasta con la entrada de las fuerzas liberales: «la ciudad parecía inhabitable, escasas eran las personas que se veían asomar a los balcones y ventanas; y no hubo ni un solo grito de aquellos que inflaman el corazón del guerrero, y le indican que está entre su pueblo»; León, «el pueblo leonés admitió en sus hogares a la división enemiga después de haber salido en turba y con algazara a vitorearla, y la aumentó con un batallón de la ciudad, creado en el momento, y a quien se le dio el nombre de 1 de León»; Palencia «abre sus puertas a los expedicionarios. Muchos nacionales, indignos de haberse confundido en un tiempo en las filas del honor, reciben al jefe enemigo entre las demostraciones más vivas de entusiasmo, y le ofrecen como garantía de su adhesión las mismas armas que la patria confió en sus manos para defenderla de la usurpación y la anarquía».⁵⁷

Evans termina aquí su relato en lo que a la expedición de Gómez se refiere, pero podemos añadir que también está contrastado por numerosas fuentes el entusiasmo con que los carlistas fueron recibidos en Córdoba.⁵⁸

En una carta enviada al *Faro de Bayona* el 30 de enero de 1837 el propio Gómez hizo presente que no cabía poner en duda «el espíritu monárquico

⁵⁶ DELGADO, José María: *Relato oficial de la meritísima expedición carlista dirigida por el general andaluz Don Miguel Gómez*. San Sebastián, Gráfico-Editora, 1943, pp.21, 26, 31, 39, 49, 53, 55, 65 y 69.

⁵⁷ EVANS, Luis de: *Memorias de la guerra de Navarra y las provincias, hasta la expedición del ex-infante D. Carlos a Aragón*, Barcelona, Imprenta de Don Antonio Bergnes, 1837, pp. 46, 50, 53 y 58.

⁵⁸ Cfr. BULLÓN DE MENDOZA: *La expedición del general Gómez*, pp. 117 y ss.

que reina en España» si se consideraba que había logrado moverse durante seis meses por el interior de la Península pese a verse perseguido por fuerzas mucho más numerosas:

No, no es a mi habilidad, ni tampoco a la inacción ni a la ignorancia de los generales enemigos, a quienes debe atribuirse la felicidad de mis marchas, sino principalmente a aquella benevolencia oficiosa, que adivina las necesidades de un amigo, y vuela para socorrerle, mientras que al enemigo todo se le rehusa, excepto aquello que exige por medio del rigor o de que se apodera por la fuerza. Muchos pueblos tuvieron la osadía de proclamar a Carlos V, con solo el aviso de que estábamos a pocas leguas de distancia; otros, entusiasmados con la dicha de verse libres un momento, no comprimieron sus vivos deseos, sino a súplicas mías, porque yo sabía muy bien qué al cabo de algunas horas, el enemigo hubiera correspondido a ellas con el incendio y la muerte. Todos, sin excepción, se desesperaban de la falta de armas y del tiempo necesario para organizar una leva en masa en favor de nuestra causa. Es esto tan cierto, que hasta los diarios de Madrid da un testimonio auténtico de ello, en la correspondencia de uno de los oficiales de Espartero, el cual escribía desde Lugo en el mes de julio, diciendo: Si no se hubiera perseguido a Gómez con tanta actividad, tendría a estas horas sesenta mil hombres.

Cuando se dice que, en punto a realismo, toda la España es Vizcaya y Navarra, aún no se aprecian bien las disposiciones del reino. En Navarra y en Vizcaya, la opinión realista está a lo menos templada con la gloria militar, y descansa y respira, por decirlo así, en la venganza; pero en el resto de España, la exaltación de los ánimos se duplica por la violencia misma de la opresión, que ahoga hasta el derecho de quejarse.

[...] La guerra de España es la de una nación contra un ejército, y si aquella pudiese sucumbir en la lucha, sería necesario que, a la máxima de que Un pueblo no necesita para ser libre más que quererlo, sustituyésemos esta otra: El tirano más odioso, con tal que una vez invada el poder, puede mantenerse en él contra todos los esfuerzos del pueblo tiranizado.⁵⁹

En base a lo visto, creemos que puede admitirse que es cierto que los carlistas gozaban de amplias simpatías fuera de las zonas de España controladas por sus ejércitos regulares, o incluso de aquellas en que eran más fuertes sus guerrillas, pero sin embargo ninguna expedición consiguió regularizar la guerra en nuevos territorios debido a la activa persecución de que fueron siempre objeto por numerosas fuerzas isabelinas. Posiblemente

⁵⁹ Recogido por MIÑANO, Sebastián: *Examen crítico de las revoluciones de España de 1820 a 1823 y de 1836*. París, en la librería de Delaunay, 1837, tomo II, pp. 293-4.

quien estuvo más cerca de lograrlo fue Zaratiegui en Castilla, donde llegó a controlar por un breve periodo de tiempo un territorio casi tan amplio como el que ocupaban los carlistas en el Norte, y prácticamente triplicó los efectivos que había sacado de Navarra. Su unión con la expedición Real resultó desastrosa para la columna de Zaratiegui, pero aún sin ella no es fácil que hubiera logrado conservar sus posiciones en el momento en que obligado Don Carlos a refugiarse en las Provincias hubiesen quedado libres las tropas que lo perseguían.

Parece pues, en suma, que al final hubiera sido más acertado para los carlistas seguir la opinión de quienes pensaban que era mejor renunciar a estas arriesgadas iniciativas, susceptibles de acabar tan desastrosamente como hicieron las expediciones enviadas en 1838, y tratar de hacer una expansión en mancha de aceite desde los territorios ocupados, por lenta que esta pudiera ser. La empresa sin duda tampoco sería fácil, pero no debe olvidarse que hasta que Espartero comenzó su ofensiva final los carlistas habían logrado incrementar notablemente su presencia en la provincia de Santander.

No es fácil determinar con exactitud cuántos fueron quienes tomaron parte en las diversas expediciones carlistas. Limitándose tan solo a contabilizar las tropas que en algún momento abandonaron las provincias estaríamos hablando de unos 35.000 hombres. Es cierto que hubo unidades que participaron en varias expediciones, pero aun así no creemos que la cifra disminuyera en exceso, pues la rotación de los soldados debió ser muy alta, especialmente en el caso de los batallones castellanos.

¿Cuáles fueron sus bajas? Aunque la pregunta no es nada fácil de responder hay que decir que los datos que tenemos sobre algunas de ellas son sin duda los más completos que hoy por hoy conocemos sobre las pérdidas experimentadas por los carlistas durante la contienda. Tal es el caso de la expedición de Gómez, teóricamente compuesta por 2.700 infantes, de los que 114 no llegaron a abandonar las Provincias, con lo que quedó reducida a 2.586. A lo largo de la marcha se le incorporaron otros 3.511, de los que 1.643 fueron prisioneros que solicitaron las armas, 1.112 voluntarios y 756 reclutas. En total, 6.211 hombres, sin contar las fuerzas de Cabrera, que constituían una división aparte.

Sobre este conjunto, siendo imposible diferenciar a que categoría pertenecían, hubo un total de 879 muertos y heridos, 1.059 prisioneros, 301 enfermos que hubieron de ser abandonados en los diferentes pueblos del tránsito (85 en Cantavieja), 280 hombres del batallón de Asturias que se quedaron en su provincia para hacer allí la guerra, y 1.739 desertores y rezagados, categorías estas dos últimas que ciertamente son muy diferentes entre sí, pues las largas marchas de la columna expedicionaria hacía que los que

no podían seguir su paso fueran muy numerosos, sobre todo en sus últimos días.⁶⁰ Es curioso sin embargo como varía la proporción según la categoría de integrantes de la expedición a la que pertenecían estos rezagados. Los 114 que quedaron en sus casas antes de comenzar la expedición propiamente dicha representaban un 4,22% de sus efectivos, los 264 voluntarios un 23,74% de los presentados, los 484 reclutados un 64,15% de los mismos, y los 876 prisioneros que habían pedido las armas un 53,31% de quienes lo habían hecho. No habiendo motivos para suponer que los rezagados tuvieran que ser más numerosos en una que en otra categoría las cifras son bastante significativas de la fidelidad a la causa de cada una de las categorías de adheridos. A Vascongadas regresaron 1.739 hombres de los 2.586 que habían salido, y a la vista de la bajas e incorporaciones experimentadas no parece lógico suponer que más de novecientos formasen parte del contingente inicial. Dicho de otra forma, dos terceras partes de sus efectivos habían quedado por el camino, siendo reemplazados generalmente por soldados de menor calidad que los que integraban los originarios batallones castellanos. Y la expedición de Gómez, no lo olvidemos, no fue ni con mucho las más castigada.⁶¹

Por su parte los expedicionarios pensaban que habían causado a sus oponentes 579 muertos y 2.355 heridos, cifra que suponemos muy abultada. Dando por buenas las proporcionadas para los lugares donde quedaron dueños del campo de batalla, y dando por buenas las cifras de los partes isabelinos para las batallas por ellos ganadas, estaríamos hablando de 430 muertos y 1.436 heridos, número que muy posiblemente siga siendo excesivo. Más fiabilidad merece el cuadro de prisioneros efectuados al enemigo, que ascendió a 7.996. De ellos sabemos que 1.643 se incorporaron a las filas carlistas, pero la mayor parte del resto quedó en libertad, pues o fueron depositados en Cantavieja, tomada poco después por el general San Miguel,

⁶⁰ GONZALEZ ARRANZ, Gregorio: *Memorias del Alcalde de Roa*, p. 215 cuenta como el bagajero que le acompañaba cuando en los últimos días de su transcurso se unió a la expedición de Gómez, «subió a uno de los montes y regresó horrorizado, por haber visto a una columna de cristinos persiguiendo a los carlistas rezagados, asesinando sin piedad a cuantos alcanzaban», lo que es confirmado por uno de sus perseguidores EVANS: *Memorias de la guerra de Navarra y las Provincias*, p. 38 «desde Alcaudete hasta Medina Pomar el camino fue un vasto reguero de sangre cual era indispensable verter para anonadar el prestigio enemigo. (Hasta tal extremo deben embotarse los sentimientos de humanidad)».

⁶¹ Cfr. BULLÓN DE MENDOZA, *La expedición del general Gómez*, pp. 402-404. La expedición volvió, sin embargo, con un aumento de 270 caballos, que es también posible fuese acompañado por el de los correspondientes jinetes. De los 2.500 infantes y 590 caballos que se habían unido a la expedición al mando de Cabrera 200 de los primeros y 490 de los segundos emprendieron la marcha hacia el Maestrazgo. 1.200 infantes y 340 caballos entraron en Vascongadas junto a las tropas de Gómez, por lo que el balance global fue una pérdida de 1.100 infantes (un 44% de los efectivos) y un aumento de 240 caballos (*ibidem*, p. 218).

o fueron liberados por los propios carlistas tras haber prometido no volver a tomar las armas en su contra, ya que no eran sino una impedimenta a la hora de seguir las marchas.

También conocemos detalladamente los datos de la expedición de Zaratiegui, que cuando salió del Norte constaba de 4.500 infantes y 260 caballos, y que antes de la batalla de Retuerta disponía de 12.839 hombres de todas armas y 759 caballos, todos los cuales pasaron al Norte salvo tres batallones que pasaron a Aragón. Sus pérdidas fueron de 43 muertos, 319 heridos y 100 dispersos.⁶² En cuanto a la expedición Real, Zaratiegui calcula que regresaron 3.000 infantes y 200 caballos, cifra que puede ser un poco baja, sobre todo en lo que se refiere a la caballería, y que en cualquier caso habría de aumentarse con unos 1.000 hombres más que habían regresado ya a las Provincias y otros 500 que habían quedado en Cataluña. En cualquier caso es evidente que se había dejado por el camino un 60% de sus efectivos, y que no todos los que regresaron formaban parte del contingente inicial.

En resumidas cuentas, pese a que los miles de voluntarios que incrementaron sus filas son una inmejorable prueba del apoyo con que contaban los carlistas en el interior de la Península, las expediciones no solo no consiguieron establecer la guerra en ningún lugar en que ya no lo estuviera, sino que además se dejaron por el camino entre 15.000 y 20.000 hombres de sus integrantes iniciales sin obtener ninguna ventaja positiva que las justificara aunque, como es evidente, si Don Carlos hubiera entrado en Madrid todo podría haber sido distinto (o no).

⁶² BULLÓN DE MENDOZA, *Auge y ocaso de Don Carlos*, pp. 286-287 y BULLÓN DE MENDOZA: «Las expediciones carlistas en un inédito del general Zaratiegui», p. 16.

BIBLIOGRAFÍA

- BULLÓN DE MENDOZA Y GÓMEZ DE VALUGERA, Alfonso: *La expedición del General Gómez*. Editora Nacional. Madrid, 1984.
- : *Auge y ocaso de Don Carlos: la expedición Real*. Arca de la Alianza Cultural. Madrid, 1986.
- : *La Primera Guerra Carlista*. Actas. Madrid, 1992.
- : «Aspectos militares de la Guerra Civil Portuguesa», en *Estados e Sociedades Ibéricas-Realizações e Conflitos (Sécs. XVIII-XX)*. Cámara Municipal de Cascais, 1997, vol. 3, pp. 89-118.
- : «Las expediciones carlistas en un inédito del general Zaratiegui», en *Aportes. Revista de Historia Contemporánea*, núm 33, 1997, pp. 3-22.
- CEBALLOS-ESCALERA Y GILA, Alfonso: «4 de Agosto de 1837, Zaratiegui en Segovia», en *Estudios segovianos*, 1990, XXXI, núm. 87, pp. 3-78.
- DELGADO, José María: *Relato oficial de la meritísima expedición carlista dirigida por el General andaluz, Don Miguel Gómez*. Gráfico-editora. San Sebastián, 1943.
- EVANS, Luis de: *Memorias de la guerra de Navarra y las provincias, hasta la expedición del ex-infante D. Carlos a Aragón*. Imprenta de Don Antonio Bergnes. Barcelona, 1837.
- FERNÁNDEZ DOMINGO, Jesús Ignacio: *Esos días de agosto: la toma de Segovia por las tropas carlistas*. Publicaciones de la Facultad de Derecho de la Universidad Complutense. Madrid, 2018.
- FERRER, Melchor: *Historia del tradicionalismo español*. Trajano-Catolico Española, vols. IX-XIV. Sevilla, 1947 y ss.
- GOEBEN, August von: *Cuatro años en España. Los carlistas, su levantamiento, su lucha y su ocaso. Esbozos y recuerdos de la guerra civil*. Príncipe de Viana. Pamplona, 1966.
- PIRALA, Antonio: *Historia de la guerra civil y de los partidos liberal y carlista corregida y aumentada con la historia de la Regencia de Espartero*. Madrid, Felipe González Rojas, 1889-1891.
- SOJO Y LOMBA, Fermín: *El Mariscal Mazarrasa*. Institución Cultural de Cantabria. Santander, 1973.

NORMAS PARA LA PUBLICACIÓN DE ORIGINALES

La *Revista de Historia Militar* es una publicación del Instituto de Historia y Cultura Militar. Su periodicidad es semestral.

Puede colaborar en ella todo escritor, militar o civil, español o extranjero, que se interese por los temas históricos relacionados con la institución militar y la profesión de las armas.

En sus páginas encontrarán acogida los trabajos que versen sobre el pensamiento militar a lo largo de la historia, deontología y orgánica militar, instituciones, acontecimientos bélicos, personalidades militares destacadas y usos y costumbres del pasado, particularmente si contienen enseñanzas o antecedentes provechosos para el militar de hoy, el estudioso de la historia y jóvenes investigadores.

Los trabajos han de realizarse en idioma español, ser inéditos y deberán precisar las fuentes documentales y bibliográficas utilizadas. No se aceptará ningún trabajo que haya sido publicado en otra revista o vaya a serlo.

Los originales deberán remitirse en soporte papel y digital a: Instituto de Historia y Cultura Militar. *Revista de Historia Militar*. Paseo de Moret, núm. 3. 28008-Madrid, pudiendo remitirse con antelación, vía correo electrónico, a la siguiente dirección: rhmet@et.mde.es.

El trabajo irá acompañado de una hoja con la dirección postal completa del autor, teléfono, correo electrónico y, en su caso, vinculación institucional, además de un breve currículum. En el caso de los militares, en el supuesto de encontrarse en la situación de «reserva» o «retirado», lo harán constar de forma completa, sin el uso de abreviaturas.

El procesador de textos a emplear será Microsoft Word, el tipo de letra Times New Roman, el tamaño de la fuente 11 y el interlineado sencillo.

Los artículos deberán tener una extensión comprendida entre 10.000 y 20.000 palabras, incluidas notas, bibliografía, etc., en páginas numeradas y contando cada página con aproximadamente 35 líneas, dejando unos márgenes simétricos de 3 cm.

En su forma el artículo deberá tener una estructura que integre las siguientes partes:

- Título: representativo del contenido.
- Autor: identificado a través de una nota a pie de página donde aparezcan: nombre y apellidos y filiación institucional con la dirección completa de la misma, así como dirección de correo electrónico, si dispone de ella.
- Resumen en español: breve resumen con las partes esenciales del contenido.

- Palabras clave en español: palabras representativas del contenido del artículo que permitan la rápida localización del mismo en una búsqueda indexada.
- Resumen en inglés.
- Palabras clave en inglés.
- Texto principal con sus notas a pie de página.
- Bibliografía: al final del trabajo, en página aparte y sobre todo la relevante para el desarrollo del texto. Se presentará por orden alfabético de los autores y en la misma forma que las notas pero sin citar páginas.
- Ilustraciones: deben ir numeradas secuencialmente citando el origen de los datos que contienen. Deberán ir colocadas o, al menos, indicadas en el texto.

Notas a pie de página.

Las notas deberán ajustarse al siguiente esquema:

a) Libros: apellidos seguidos de coma y nombre seguido de dos puntos. Título completo del libro en cursiva seguido de punto. Editorial, lugar y año de edición, tomo o volumen y página de donde procede la cita (indicada con la abreviatura pág., o pp. si son varias). Por ejemplo:

Palencia, Alonso de: *Crónica de Enrique IV*. Ed. BAE, Madrid, 1975, vol. I, pp. 67-69.

b) Artículos en publicaciones: apellidos y nombre del autor del modo citado anteriormente. Título entrecomillado seguido de la preposición en, nombre de la publicación en cursiva, número de volumen o tomo, año y página de la que proceda la cita. Por ejemplo:

Castillo Cáceres, Fernando: «La Segunda Guerra Mundial en Siria y Líbano», en *Revista de Historia Militar*, n.º 90, 2001, pág. 231.

c) Una vez citado un libro o artículo, puede emplearse en posteriores citas la forma abreviada que incluye solamente los apellidos del autor y nombre seguido de dos puntos, *op.cit.*, número de volumen (si procede) y página o páginas de la cita. Por ejemplo:

Castillo Cáceres, Fernando: *op.cit.*, vol. II, pág. 122.

d) Cuando la nota siguiente hace referencia al mismo autor y libro puede emplearse *ibidem*, seguido de tomo o volumen y página (si procede). Por ejemplo:

Ibidem, pág. 66.

e) Las fuentes documentales deben ser citadas de la siguiente manera: archivo, organismo o institución donde se encuentra el documento, sección, legajo o manuscrito, título del documento entrecomillado y fecha. Por ejemplo: A.H.N., *Estado*, leg. 4381. «Carta del Conde de Aranda a Grimaldi» de fecha 12 de diciembre de 1774.

Se deberá hacer un uso moderado de las notas y principalmente para contener texto adicional. Normalmente las citas, si son breves se incluirán en el texto y si son de más de dos líneas en una cita a pie de página.

Recomendaciones de estilo.

- Evitar la utilización de la letra en negrita en el texto.
- Utilizar letra cursiva para indicar que se hace referencia a una marca comercial, por ejemplo fusil *CETME*, o el nombre de un buque o aeronave fragata, *Cristóbal Colón*. También para las palabras escritas en cualquier idioma distinto al castellano y para los títulos de libros y publicaciones periódicas.
- Los cargos y títulos van siempre en minúscula, por ejemplo rey, marqués, ministro, etc., excepto en el caso del rey reinante en cuyo caso será S.M. el Rey D. Felipe VI. Los organismos e instituciones van con mayúscula inicial: Monarquía, Ministerio, Región Militar, etc.
- De la misma manera, se escriben con mayúscula todas las palabras significativas que componen la denominación completa de entidades, instituciones, etc.
- Los términos «fuerzas armadas» y «ejército» se escribirán con minúscula cuando se haga referencia genérica a ellos. Si se habla de «Ejército» o «Fuerzas Armadas» como institución debe emplearse la mayúscula inicial. Otro tanto viene a ocurrir con las especialidades fundamentales, las antiguas Armas y Cuerpos de los Ejércitos y con las Unidades Militares; por ejemplo tropas de infantería y Especialidad Fundamental, Arma de Infantería, un regimiento y el Regimiento Alcántara.
- Las siglas y acrónimos más conocidos se escriben sin intercalar puntos y conviene relacionarlos entre paréntesis inmediatamente después de utilizarlos por primera vez, Centro Superior de Estudios de la Defensa Nacional (CESEDEN).
- Se utilizarán siglas para referirse a archivos y publicaciones periódicas que vayan a aparecer con frecuencia en el texto, Archivo General Militar de Madrid (AGMM).

Evaluación de originales.

Para su publicación los trabajos serán evaluados por, al menos, cuatro miembros del Consejo de Redacción, disponiéndose a su vez de un proceso de evaluación externa a cargo de expertos ajenos a la entidad editora, de acuerdo con los criterios de adecuación a la línea editorial y originalidad científica.

Impresión Bajo Demanda

Procedimiento

El procedimiento para solicitar una obra en impresión bajo demanda será el siguiente:

Enviar un correo electrónico a **publicaciones.venta@oc.mde.es** especificando los siguientes datos:

Nombre y apellidos

NIF

Teléfono de contacto

Dirección postal donde desea recibir los ejemplares impresos

Dirección de facturación
(si diferente a la dirección de envío)

Título y autor de la obra que desea en impresión bajo demanda

Número de ejemplares que desea

Recibirá en su correo electrónico un presupuesto detallado del pedido solicitado, así como, instrucciones para realizar el pago del mismo.

Si acepta el presupuesto, deberá realizar el abono y enviar por correo electrónico a:

publicaciones.venta@oc.mde.es
el justificante de pago.

En breve plazo recibirá en la dirección especificada el pedido, así como la factura definitiva.

Centro de Publicaciones

Solicitud de impresión bajo demanda de Publicaciones

Título:

ISBN (si se conoce):

N.º de ejemplares:

Apellidos y nombre:

N.I.F.:

Teléfono

Dirección

Población:

Código Postal:

Provincia:

E-mail:

Dirección de envío:
(sólo si es distinta a la anterior)

Apellidos y nombre:

N.I.F.:

Dirección

Población:

Código Postal:

Provincia:



SECRETARÍA
GENERAL
TÉCNICA

SUBDIRECCIÓN GENERAL
DE PUBLICACIONES
Y PATRIMONIO CULTURAL

Publicaciones de Defensa
Camino de los Ingenieros, 6 • 28047 Madrid
Teléfono: 91 364 74 27 (Pedidos)
publicaciones.venta@oc.mde.es

BOLETÍN DE SUSCRIPCIÓN

Revista de Historia Militar

Tarifas de suscripción para el año 2022:

- 15 € ESPAÑA
 - 25 € EUROPA
 - 30 € RESTO DEL MUNDO
- (IVA Y GASTOS DE ENVÍO INCLUIDOS)

APELLIDOS, NOMBRE: _____ CORREO ELECTR.: _____

DIRECCIÓN: _____

POBLACIÓN: _____ CP: _____ PROVINCIA: _____

TELÉFONO: _____ NIF: _____ Nº DE SUSCRIPCIONES: _____

FORMAS DE PAGO: (Marque con una X)

- Domiciliación bancaria a favor del Centro de Publicaciones del Ministerio de Defensa. (Rellene la autorización a pie de página).
- Incluyo un cheque nominativo a favor del CENTRO DE PUBLICACIONES DEL MINISTERIO DE DEFENSA.
- Transferencia bancaria / Ingreso en efectivo al BBVA: «CENTRO DE PUBLICACIONES DEL MINISTERIO DE DEFENSA».
Nº de Cuenta: ES57 0182 2370 4402 00000365

Al recibir el primer envío, conocerá el número de suscriptor, al cual deberá referirse para cualquier consulta con este Centro.
En _____, a ____ de _____ de 2022.

Firmado:

IMPRESO DE DOMICILIACIÓN BANCARIA

ENTIDAD	OFICINA	D.C.	NÚMERO DE CUENTA

En _____, a ____ de _____ de 2022.

SELLO DE LA
ENTIDAD

Firmado:

↑↑ EJEMPLAR PARA ENVIAR A LA SUBDIRECCION GENERAL DE PUBLICACIONES Y PATRIMONIO CULTURAL MINISDEF ↑↑

Deptº. de Suscripciones, C/ Camino los ingenieros nº 6
28047 - Madrid

Tfno.: 91.364 74 21 - Fax: 91 364 74 07 - e-mail: suscripciones@oc.mde.es

CORTAR ----- CORTAR ----- CORTAR ----- CORTAR ----- CORTAR ----- CORTAR ----- CORTAR ----- CORTAR ----- CORTAR ----- CORTAR ----- CORTAR ----- CORTAR ----- CORTAR ----- CORTAR ----- CORTAR -----

↓↓ EJEMPLAR PARA QUE Vd. LO ENVÍE AL BANCO ↓↓

SR. DIRECTOR DEL BANCO/CAJA DE AHORROS:

Ruego a Vd. de las órdenes oportunas para que a partir de la fecha y hasta nueva orden sean cargadas contra mi cuenta nº _____ abierta en esa oficina, los recibos presentados para su cobro por el **Centro de Publicaciones del Ministerio de Defensa - Revista de Historia Militar**

En _____, a ____ de _____ de 2022

Firmado:



App

Revistas de Defensa

Consulta o **descarga gratis el PDF** de todas las revistas del Ministerio de Defensa.

También se puede consultar el Boletín Oficial de Defensa de acceso libre.

La app **REVISTAS DE DEFENSA** es gratuita.



WEB

Catálogo de Publicaciones de Defensa

<https://publicaciones.defensa.gob.es/>

La página web del **Catálogo de Publicaciones de Defensa** pone a disposición de los usuarios la información acerca del amplio catálogo que compone el fondo editorial del Ministerio de Defensa. Publicaciones en diversos formatos y soportes, y difusión de toda la información y actividad que se genera en el Departamento.

También se puede consultar en la WEB el Boletín Oficial de Defensa de acceso libre.



GOBIERNO
DE ESPAÑA

MINISTERIO
DE DEFENSA

SUBSECRETARÍA DE DEFENSA
SECRETARÍA GENERAL TÉCNICA

SUBDIRECCIÓN GENERAL
DE PUBLICACIONES
Y PATRIMONIO CULTURAL



latindex



02022



GOBIERNO
DE ESPAÑA

MINISTERIO
DE DEFENSA

SUBSECRETARÍA DE DEFENSA
SECRETARÍA GENERAL TÉCNICA

SUBDIRECCIÓN GENERAL
DE PUBLICACIONES
Y PATRIMONIO CULTURAL



latindex

